

SALTUS Y AGER VASCONUM.  
Cultura y política en Navarra (1870-1960).

Iñaki Iriarte López.

Tesis doctoral dirigida por el Dr. Jesús M<sup>a</sup> Osés Gorraiz.  
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA.  
UNIVERSIDAD PÚBLICA DE NAVARRA / NAFARROAKO  
UNIBERTSITATE PUBLIKOA.

Pamplona, 1998.

*A mi amatxo.*

“La literatura no es inocente y, como culpable, tenía que acabar al final por confesarlo.”

Georges Bataille.

## Índice.

<b>PRÓLOGO</b> .....	8
<b>Capítulo 1. LAS RUINAS, LA AGONÍA Y EL OLVIDO</b> .....	17
El pueblo de las ruinas.....	17
La intimidad de las ruinas.....	24
Una ruina fugaz: el castillo del Santo Javier.....	37
Las ruinas sin nombre.....	40
La invocación de los muertos.....	44
El olvido punible.....	47
La agonía de la Patria: la esperanza del despertar.....	53
<b>Capítulo 2. MEMORIA, CULTURA E IDEOLOGÍA</b> .....	61
La búsqueda de testimonios.....	63
Memoria e invención: historias y mapas para los niños.....	83
Una exposición, un aniversario, una revista y un museo.....	92
La cultura como memoria.....	95
Literatura, historia e ideología.....	105
La geografía como testimonio.....	109
<b>Capítulo 3. SALTUS Y AGER VASCONUM</b> .....	119
Amagoya o los vascos en el siglo VIII.....	119
Jaizki el proscrito.....	129
Saltus y ager Vasconum.....	134
Las tramas de la cultura navarra.....	150

Euskaros, nacionalistas, navarristas y las tramas.....	156
<b>Capítulo 4. RELATOS DE LOS ORÍGENES.....</b>	<b>159</b>
Los orígenes de la raza.....	163
Los orígenes del Reino.....	199
El oasis del verdadero comunismo.....	209
El monoteísmo originario.....	221
Los manes de los orígenes.....	227
<b>Capítulo 5. RELATOS DE GUERRA:</b>	
<b>LA FIEREZA DE LOS ANTEPASADOS</b>	
<b>Y EL SACRIFICIO DE NAVARRA.....</b>	<b>236</b>
Roncesvalles: la brutalidad de la venganza.....	240
Interludio.....	263
El héroe de las Navas de Tolosa.....	265
Interludio I. La impertinencia de Ambrosio Huici Miranda.....	283
Interludio II. Las tribulaciones de un poeta con la Guerra de la Independencia.....	287
La Covadonga del siglo XX.....	291
<b>Capítulo 6. DE LA LENGUA, LOS BOSQUES Y LAS LEYES.....</b>	<b>302</b>
Eco de prehistoria.....	303
Los castillos naturales de la independencia.....	332
La sombra bendita de los fueros.....	343
La casa de los navarros.....	364
La casa del padre.....	372
<b>Capítulo 7. RELATOS DE LA TRAGEDIA.</b>	
<b>EL OCASO DEL REINO DE NAVARRA.....</b>	<b>381</b>
Aliento de tragedia.....	383
Un príncipe melancólico e irresoluto.....	396

El drama de la conquista.....	405
Paisaje después de la batalla.....	428
La Navarra irredenta.....	435
Un monumento anficológico.....	438
El Almirante de la flora misionera española.....	444
Epílogo: las tramas de la tragedia.....	448
<b>Capítulo 8. RELATOS DE LA IDENTIDAD.</b>	
<b>EL GENIO DE NAVARRA.....</b>	<b>451</b>
Navarros, vascos y españoles.....	453
El genio de los navarros.....	465
Montaña, (zona media) y Ribera.....	474
¿El genio de los navarros?.....	490
<b>Capítulo 9. RECONSTRUCCIÓN Y REGRESO DE NAVARRA....</b>	<b>495</b>
La marea del desencanto.....	502
Conclusiones.....	507
<b>APÉNDICE BIOGRÁFICO.....</b>	<b>511</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>521</b>

## Prólogo.

Hablar de una “cultura navarra” no ha sido ni es nada habitual. Tanto es así que Rafael Conte pudo escribir en una ocasión: “las letras navarras, si es que alguna vez han existido”<sup>1</sup>. Si se toma el caso de la literatura como ejemplo significativo hay que constatar que la práctica totalidad de las historias de la literatura más actuales<sup>2</sup>, hasta donde hemos podido consultar, ni siquiera menciona su existencia. En ellas la condición navarra de un autor o bien se presta para encuadrarlo dentro de una cultura vasca -y no específicamente navarra- o bien se considera una variable irrelevante que no afecta a la ubicación de su obra. Los casos de Navarro Villoslada o Arturo Campión pueden servir de ejemplo al primer supuesto; los de Ángel María Pascual o Pascual Madoz al segundo.

Realmente, el uso de la expresión “cultura navarra” y otras afines como “literatura navarra” o “arte navarro”, se ha reducido a unas cuantas publicaciones de consumo propio como la revista justamente titulada *Cultura Navarra* (1933). A este respecto, los únicos estudios de cierta relevancia que han abordado alguna parcela de esa “cultura navarra” han estado firmados por navarros. Este es el caso de la *Historia de la literatura navarra*<sup>3</sup> de Corella Iraízoz, *Escritores navarros*<sup>4</sup> de Manuel Iribarren, y de los recientes *Introducción a la historia literaria de Navarra*<sup>5</sup>, de González Ollé, y el *Arte Navarro. 1850 -1940*<sup>6</sup>, de Manterola y Paredes.

Merece la pena reparar que, incluso cuando desde estos trabajos locales se ha tratado de definir qué se entendía por “cultura navarra”, se ha remarcado siempre la fragilidad del concepto, optando por la salida cómoda de considerar, v.g., “arte navarro”

---

<sup>1</sup> Cfr. Citado por Fernando González Ollé, *Introducción a la Historia Literaria de Navarra*, Gobierno de Navarra, Dir. de Cultura-Inst. Príncipe de Viana, Pamplona, 1989, p. 9.

<sup>2</sup> Juan Luis Alborg, *Historia de la Literatura Española*, Gredos, Madrid, 1982. José García López., *Historia de la Literatura Española*, Vicens Vives, s. f. Francisco Rico dir., *Historia y crítica de la Literatura Española*, Crítica, Barcelona, 1980. Francisco Rodríguez Puértolas coord., *Historia social de la Literatura española*, Castalia, Madrid, 1984. Ángel Valbuena Prat, *Historia de la Literatura Española*, G. Gili, Barcelona, 1982. Jean Canavaggio dir., *Historia de la literatura española*, Ariel, Barcelona, 1995. Max Aub, *Manual de historia de la literatura española*, Akal, Madrid, 1974. José M<sup>a</sup> Díez dir., *Historia de la Literatura Española*, Guadiana, Madrid, 1974. Ángel del Río, *Historia de la Literatura Española*, Holt, Reinhart and Winston, New York, 1963. AA. VV., *Historia de la Literatura Española*, Cátedra, Madrid, 1990.

<sup>3</sup> José M<sup>a</sup> Corella Iraízoz, *Historia de la Literatura Navarra (Ensayo para una historia literaria del viejo Reino)*, Ed. Pregón, Pamplona, 1973.

<sup>4</sup> Manuel Iribarren Paternáin, *Escritores Navarros de ayer y hoy*, Ed. Gómez, Pamplona, 1970.

<sup>5</sup> F. González Ollé, *op. cit.*

<sup>6</sup> Pedro Manterola y Camino Paredes, *Arte navarro, 1850-1940. Un programa de recuperación de las Artes Plásticas*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1991.

al realizado por artistas nacidos o residentes durante un período significativo de tiempo en Navarra<sup>7</sup>. Consecuentemente, de los estudios citados los de Iribarren, Manterola-Paredes y Corella Iraízoz conforman un mero catálogo de autores locales más que una consideración colectiva de la cultura navarra como tal.

La frágil situación de la cultura local ha sido a menudo explicada a través de dos grandes grupos de argumentos. En primer lugar se ha destacado la ausencia de unas condiciones materiales propicias para su florecimiento -tales como un desarrollo económico, universidades, etc.-<sup>8</sup>. En segundo lugar se ha hablado del carácter ingénito de los navarros, más proclive a los hechos de armas y a la profesión religiosa que a la erudición<sup>9</sup>. El propio Iribarren Paternáin, que insiste en que la aportación de los navarros a la literatura “es mucho más importante de lo que suele afirmarse”, admite a renglón seguido que ésta “ciertamente [...] es poco estimada entre nosotros” y que “ha ejercido escasa influencia en el país”<sup>10</sup>.

Es cierto que las condiciones socioeconómicas de Navarra hasta fechas recientes no parecen haber favorecido el desarrollo de una cultura local. Y sin embargo hay que constatar que ésta existe: ni faltan escritores, ni un número lo suficientemente significativo de obras para que, en principio, podamos hablar de una cultura navarra. El lector puede encontrar suficientes pruebas de ambos asertos en la larga bibliografía que se ofrece al final de este estudio<sup>11</sup>.

Sin duda el cuerpo de la cultura navarra no es comparable en extensión a, por ejemplo, el caso de la cultura francesa. Según Aguiar e Silva durante el imperio napoleónico se publicaron en Francia más de cuatro mil novelas anuales<sup>12</sup>. En nuestro caso, por el contrario, hablamos de unas doscientas obras para un período cercano a los ochenta años.

---

<sup>7</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 9.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>9</sup> Esta explicación hoy no está tan en desuso como pudiera pensarse. Valgan como muestra las palabras de Miguel Javier Urmeneta: “Parece que por ahí somos más conocidos por las armas que por las letras. Y también parece cierto que cuando las armas descansaban, a nuestra gente le divertía más torear ganado bravo o cortar grandes troncos a hachazos que ir al auto sacramental o a los juegos florales.” (Miguel Javier Urmeneta, “Prólogo” en J. M. Corella, *op. cit.*, p. 9). Ángel María Pascual sentenciaba en una de sus glosas: “Algo hay en nuestra estirpe que la impide ser propicia a la emoción poética” (Ángel M<sup>a</sup> Pascual, *Glosas a la Ciudad*, Ed. Morea, Pamplona, 1963, p. 22).

<sup>10</sup> M. Iribarren, *op. cit.*, p. 9. El corchete es mío.

<sup>11</sup> Quede claro que cuando hablamos de una “cultura navarra” intentamos caracterizar algo más que la cultura producida por autores nacidos en Navarra. Por lo mismo, la obra de algunos de ellos, como García Bacca o Sanz Escartín, situada al margen de la temática local no tiene lugar en este estudio.

<sup>12</sup> Vitor Manuel de Aguiar e Silva, *Teoría de la literatura*, Gredos, Madrid, 1972, p. 197.



Es posible que la calidad de la cultura navarra tampoco sea comparable a la de otras literaturas de las que sí hablan los manuales. Es difícil argumentar de forma concluyente en este punto. Algunos críticos han considerado infame el poema de Larra “La canción del pirata” y, sin embargo, la mayor parte de las historias lo citan como obra cumbre del romanticismo español. Otros escritores han permanecido largo tiempo ignorados hasta que alguien ha reconocido su valía y les ha dado renombre. Después de todo, la calidad es algo que depende del gusto y de las modas.

En todo caso, hablar de una cultura española, francesa o armenia, es decir, de una cultura territorial es más complejo de lo dejan translucir las historias de la cultura. ¿Qué vincula, digamos, a Saint Pierre con Rimbaud?, ¿a Fragonard con Toulouse-Lautrec? Esta dificultad se agrava cuando se considera no ya una rama específica de la cultura, como por ejemplo la pintura, sino su totalidad. Al fin y al cabo, el propio concepto de “cultura” reúne un complejo, no muy bien definido, de actividades muy diversas. Nosotros hemos centrado nuestra investigación en la literatura, pero comprendiéndola en un sentido tan extenso que exige el mantenimiento de aquel término.

En el caso de las literaturas regionales, habitualmente nacidas en relación con un regionalismo político, la heterogeneidad que mencionamos suele ser sensiblemente menor. Sus temas, tópicos, recursos, personajes, fuentes, estilo, etc., presentan muchas más similitudes que lo que sucede por término medio en el caso de las literaturas nacionales. El aire de familia de, por ejemplo, la literatura de la *Renaixença* catalana es más perceptible que el de la literatura española. En el caso de la cultura navarra esa homogeneidad está bastante marcada, al menos desde el punto de vista temático. A lo largo de ochenta años, en efecto, los autores locales visitan incansablemente una serie de lugares comunes. Es cierto que en todo ese tiempo el repertorio temático no permanece completamente estático y que tampoco el estilo de 1870 coincide con el de 1960. Pero, pese a todo, la cultura navarra sigue siendo fácilmente reconocible en todos estos años.

Ahora bien, si no han faltado en Navarra ni escritores ni libros lo suficientemente afines como para hablar de una cultura local, ¿por qué las historias de la literatura no han hablado de ella? ¿Acaso sólo por estatolatría, por una suerte de prejuicio centralista?

Es posible que este punto haya contribuido en alguna medida a la inadvertencia de una cultura local. Tal vez si Navarra fuera hoy un Estado independiente los

manuales, por inercia, incluirían alguna mención a su literatura. Pero también es cierto que existen regiones -como Cataluña, Bretaña y Gales- que, sin constituir Estados independientes, han conseguido cierto grado de reconocimiento para su alta cultura. ¿A qué se debe entonces el fenómeno?

Responder a este interrogante exige dar un pequeño rodeo. Anteriormente hemos señalado cómo ha sido habitual que el surgimiento de las culturas regionales estuviera vinculado al desarrollo de movimientos políticos de tipo regionalista. Hasta tal punto se produce esta conexión que repasar la historia de una literatura no estatal suele implicar el estudio de su regionalismo político y viceversa.

Hacia 1870, cuando comienza nuestro análisis, Navarra está gestando un movimiento político y literario de este tipo. Como ha hecho Elorza<sup>13</sup>, podemos denominar a sus componentes *los euskaros*. Éstos concebían simultáneamente a Navarra como parte de Euskal Herria y de España, si bien propugnaban para su patria chica la reintegración del estatuto jurídico previo a la modificación de los fueros en 1841. Los euskaros reivindicaban asimismo el vascuence, las tradiciones nativas, la religión, etc., y mantenían posiciones sociales marcadamente reaccionarias. Muchos euskaros concebían a Navarra en particular, y a Vasconia en general, como un oasis en el que se conservaban en toda su pureza las ancestrales virtudes de la antigua España. Un oasis paulatinamente reducido por la marea revolucionaria, los movimientos migratorios, la desaparición de la lengua vasca y las políticas centralistas.

Transcurridos más de cien años desde la aparición de las primeras publicaciones euskaras, la lectura conjunta de sus obras produce una marcada impresión de ambigüedad. Algunos euskaros, como tendremos ocasión de comprobar en las próximas páginas, combinaban ideas que hoy tenemos por incongruentes. Por ejemplo: la xenofobia anticastellana y el españolismo.

Los más destacados representantes del movimiento euskaro son Iturralde y Suit, Campión, Navarro Villoslada, Altadill, Arigita, Olóriz, Landa, etc.<sup>14</sup>. Su desaparición física supuso hasta cierto punto la desaparición de la corriente ideológica que conformaban. Con todo, su legado fue recogido por otros dos movimientos regionalistas.

---

<sup>13</sup> Antonio Elorza, *Ideologías del Nacionalismo vasco*, Haranburu, San Sebastián, 1978, pp. 11-108. Cfr. Javier Corcuera, *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1904)*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

<sup>14</sup> Hay que advertir que nuestra investigación tiene por euskaros no sólo a aquellos que formaron parte de la célebre Asociación Euskara de Navarra, sino también a otros personajes que mantuvieron su mismo tono ideológico y literario.

A partir de 1894 comenzó a surgir el nacionalismo vasco de Arana y Goiri, establecido en Navarra a comienzos del siglo XX<sup>15</sup>. Como los euskaros, los nacionalistas incluyeron a Navarra dentro de Vasconia, si bien con el paso del tiempo pusieron mayor énfasis en lo genérico (“Euskadi”) que en lo provincial<sup>16</sup>. Dicho de otra forma, en su discurso el referente navarro cedió paulatinamente importancia en favor del referente vasco. A ello se añade que los nacionalistas, al menos desde un punto de vista teórico, optaron por el independentismo. Bien es cierto que este rasgo debe ser matizado, especialmente en lo que atañe al nacionalismo en Navarra<sup>17</sup>. En la práctica, los nacionalistas parecen haber cifrado en mayor medida sus objetivos políticos en la obtención de un estatuto de autonomía conjunto para las cuatro provincias del sur vasco. Al margen de estas diferencias los nacionalistas compartían con los euskaros un catolicismo intransigente, el rechazo del socialismo y la defensa de los fueros, el euskera y las tradiciones locales.

La participación del nacionalismo vasco en la Guerra Civil al lado de la República provocó su persecución a partir de 1936 y el exilio de muchos de sus representantes. Otros nacionalistas navarros se vieron obligados a guardar silencio o se “convencieron” de la “maldad” de sus ideas, afiliándose al Movimiento Nacional.

De manera imprecisa, durante el primer cuarto del siglo XX surge un tercer regionalismo. Lo denominaremos navarrismo. Las fuentes del navarrismo son mal conocidas pero parecen situarse en el maurismo local y las escisiones integristas del carlismo. Si la historia del nacionalismo es la historia del P. N. V., la historia del navarrismo es en buena medida la historia de un medio de comunicación: el *Diario de Navarra*. Sin duda han existido formaciones políticas que podríamos calificar como navarristas, pero su vida ha sido demasiado efímera en comparación con el *Diario*, fundado en 1903 y que continúa publicándose.

En sus comienzos las doctrinas navarristas no se diferencian demasiado de las euskaras. Como aquéllos, los navarristas reivindican la restauración foral, las tradiciones, la religión y el euskera; se muestran especialmente preocupados por la propagación del socialismo y conciben a Navarra unida a España. Las diferencias entre ellos parecen ser más bien de matiz: el navarrismo enfatiza el españolismo y se muestra

---

<sup>15</sup> Araceli Martínez-Peñuela, *Antecedentes y primeros pasos del Nacionalismo Vasco en Navarra, 1878-1918*, Gobierno de Navarra, Dep. de Educación y Cultura, Pamplona, 1989.

<sup>16</sup> A este respecto cfr. Sabino Arana Goiri, “Bizkaya por su independencia”, en *La patria de los vascos*, Ed. de A. Elorza, Haranburu, Donostia, 1995.

<sup>17</sup> A. Martínez-Peñuela, *op. cit.*

menos entusiasta con el euskera. Por sorprendente que parezca respecto al navarrismo contemporáneo, durante el período de tiempo que analizamos, esta corriente sostiene mayoritariamente la identidad cultural vasca de la provincia. Es especialmente a partir de 1932 cuando una parte del navarrismo, sin rechazar el vasquismo cultural, comienza a defender la existencia de Navarra como entidad política diferenciada de las Provincias Vascongadas, propugnando en compensación una cooperación no institucionalizada. Con posterioridad el navarrismo se integró en el franquismo triunfante y pasó a considerar la defensa del estado de cosas surgido a raíz de Ley “paccionada” de 1841 uno de sus objetivos principales. Con la llegada de la democracia, la nueva generación de navarristas ha hecho del rechazo a la unidad institucional y cultural de Vasconia su principal objetivo político. Desde entonces el navarrismo se ha constituido en el discurso hegemónico en la provincia.

Desde el punto de vista cultural, los nacionalistas navarros y los navarristas recogieron buena parte de los tópicos predilectos de los euskaros. De hecho, la mayoría tanto de unos como de otros reconocía en ellos a sus predecesores y maestros. Bien es cierto que cada uno de estos regionalismos no puso el mismo énfasis en cada tópico ni tampoco ofreció la misma lectura de cada tema. Las próximas páginas se centran en estas coincidencias y diferencias. A pesar de todo, nacionalistas navarros y navarristas mantuvieron el aire de familia que los euskaros habían proporcionado a la literatura local.

La anterior tipología de las ideologías político-culturales de tendencia regionalista en Navarra ha dejado de lado un movimiento que se tiene por característico de ésta: el carlismo<sup>18</sup>. Como es sabido, éste ha sido objeto de lecturas marcadamente diferentes. Por citar sólo dos ejemplos, para Estornés Zubizarreta<sup>19</sup>, aunque parte de la complejidad del carlismo, precede a las reivindicaciones nacionalistas de Arana. Román Oyarzun<sup>20</sup>, por el contrario, lo convierte en un precursor del “Movimiento Nacional” de 1936. Esta disparidad de interpretaciones no carece de fundamento. Al fin y al cabo en torno al carlismo giran personajes tan alejados como Víctor Pradera, Iparraguirre y Jesús Etayo. Los euskaros pretendieron ocupar el mismo nicho ideológico que el

---

<sup>18</sup> En palabras de Payne: ‘El carlismo normalmente ha sido considerado como el partido o movimiento navarro, de Navarra, casi por antonomasia’. Cfr. Stanley Payne, ‘Navarrismo y españolismo en la política navarra bajo la Segunda República’, en *Príncipe de Viana*, n° 166-167, 1982, pp. 895-905.

<sup>19</sup> Estornés Zubizarreta, I., *Carlismo y Abolición foral. En torno a un centenario*, Ed. Auñamendi, San Sebastián, 1976.

<sup>20</sup> Román Oyarzun, *Historia del Carlismo*, Ed. FE, Bilbao, 1939.

carlismo y tanto nacionalistas como navarristas se nutrieron de él. Su actual división entre socialistas autogestionarios y tradicionalistas católicos expresa suficientemente su complejidad doctrinal. A nuestro modo de ver, el carlismo constituye más un lugar difuso en el que coinciden voluntades reaccionarias, católicas y fueristas de opiniones concretas muy diversas que una ideología estructurada y bien definida.

Desde el punto de vista de la cultura es difícil hablar de una cultura carlista. En general, en la medida que los carlistas defienden la unidad de España, creemos perfectamente legítimo incluir a la mayor parte de los escritores carlistas navarros dentro del navarrismo. No en vano, aproximadamente a partir de la Segunda República el carlismo se integra con las demás fuerzas conservadoras españolas. Bien es cierto que otros carlistas, como Jesús Etayo, se mantuvieron más próximos a la órbita euskara, pero su peso dentro del movimiento legitimista parece haber sido escaso.

¿Cómo ha influido la existencia de estos diversos regionalismos en la frágil “situación institucional” de la cultura navarra?

Los euskaros estuvieron próximos a constituir una cultura navarra “reconocida”. Sus obras alcanzaron cierta fama tanto dentro como fuera de la provincia; además, eran lo suficientemente homogéneas temática e ideológicamente como para formar un cuerpo reconocible. Si por ellos fuera, sería sencillo hablar de una cultura navarra. Sin embargo, los euskaros no conquistaron la hegemonía política y su último gran representante, Campión, moría en 1937 dejando el movimiento no sólo descabezado sino prácticamente sin componentes. Para entonces sus coordenadas políticas habían quedado notablemente desdibujadas entre el nacionalismo y el navarrismo. Nacido al hilo de la Restauración, es, en efecto, la competencia de sus herederos “más modernos” la que precipita su extinción.

Los nacionalistas recogieron buena parte del legado de los euskaros, pero no todo. En particular se distanciaron del españolismo de aquéllos, provocando cierta ruptura ideológica. Además, diluyeron en buena medida el concepto de cultura navarra al integrarlo como una subdivisión dentro de una cultura vasca genérica.

La situación actual del nacionalismo vasco en Navarra, minoritario, mayoritariamente marxista e independentista, parece dificultar el reconocimiento de la cultura navarra precedente. Por un lado, los nacionalistas tienen muy poco peso como para promover la alta cultura local; por otro, su discurso político actual -antisistema- se encuentra demasiado alejado de la tradición literaria y política de Navarra.

El papel del navarrismo ha sido todavía más decisivo. Durante el período que estudiamos continuó esencialmente con la línea marcada por los euskaros, si bien rechazó aquellas obras euskaras más cercanas al nacionalismo vasco y exaltó la vena nacionalista española. Sin embargo, fue su giro antivasquista de los años setenta lo que le ha impedido recoger la mayor parte de la literatura navarra anterior, incluyendo la propia literatura navarrista. La cultura navarra, globalmente vasquista, se ha vuelto incómoda e inservible para el discurso político hegemónico de la provincia.

En buena parte la historia de la cultura local es la historia de un espacio ideológico actualmente desaparecido; un espacio vasquista y españolista, católico a machamartillo y reaccionario. Nadie podría ni querría recogerlo o asumirlo. Así, la dificultad para hablar de una cultura navarra no viene a ser sino una expresión de la dificultad de Navarra para hablar de su propio pasado reciente.

Las próximas páginas van a repasar la gestación y el desarrollo de esa ignota cultura navarra a la luz de sus significaciones ideológicas. Es cierto que la investigación no carece de referencias cronológicas, pero no conforma una investigación histórica. Al contrario, constituye un itinerario temático, es decir, un recorrido a través de imágenes, relatos, tramas, símbolos, etc.

El establecimiento de los límites de una investigación -nos referimos, claro está a los límites del periodo estudiado- siempre resulta problemático. En la medida que la presente discurre sobre movimientos culturales, sujetos a ritmos notablemente complejos, la dificultad es todavía mayor. Conscientes de que en último extremo la decisión descansa sobre factores subjetivos, hemos decidido fijar como límites superior e inferior respectivamente la constatación de las ruinas monumentales de Navarra y su reconstrucción. La denuncia de las ruinas la capitalizan los euskaros en el último tercio del siglo XIX; el sistemático programa de restauraciones lo lleva a cabo el navarrismo en su mayor parte después de la Guerra Civil hasta los años 50. Los límites deben entenderse en todo caso como un criterio meramente aproximativo.

Una segunda advertencia se refiere al uso de términos como ‘vasco’, ‘vasconavarro’, ‘español’, ‘Vasconia’, ‘España’, etc. Empleamos todos ellos profusamente, sin voluntad polémica, ante la imposibilidad de un vocabulario neutro que no hiera ninguna sensibilidad. Lo contrario nos llevaría a concentrar la atención en lo que no es sino algo periférico. De hecho, como veremos, buena parte de la cultura local ha empleado tales términos así. En cualquier caso nada de ello entraña una afirmación implícita sobre la identidad de Navarra.

El fracaso de la cultura navarra para constituirse y ser reconocida plenamente deriva en una llamativa paradoja. Los escritores navarros fracasaron a la hora de crear una cultura superior, es decir, una cultura en sentido artístico-literario, pero consiguieron que una serie de temas y lugares geográficos se establecieran dentro del imaginario local. Roncesvalles, Leyre, las Navas de Tolosa, el príncipe de Viana, Aralar, etc., ocupan un lugar privilegiado en la memoria colectiva de los navarros del presente. Es gracias a esa literatura olvidada por lo que esto ocurre. En ese sentido nuestros autores instituyeron una cultura, en la acepción antropológica de conjunto de mitos, conocimientos y recuerdos. Es este hecho lo que otorga una indudable relevancia sociológica a nuestro intento de analizar las conexiones entre la cultura y la política en Navarra.

## Capítulo 1.

# Las ruinas, la agonía y el olvido.

### El pueblo de las ruinas.

Hemos afirmado que en torno a 1870 Navarra estuvo próxima a generar una literatura específica a través de los euskaros. Su punto de partida temático fue un tópico frecuente del romanticismo europeo<sup>1</sup>: las ruinas de los monumentos históricos locales.

La primera publicación que aborda el tema de las ruinas parece haber sido la *Memoria sobre los Reyes de Navarra*<sup>2</sup> de Rafael Gaztelu, publicada en 1866. Gaztelu era miembro de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos y consejero provincial de la Diputación Foral, institución que corrió con la publicación del escrito. La *Memoria* llevaba a cabo su encargo de “satisfacer la justa curiosidad del público”<sup>3</sup> por saber acerca de los personajes cuyos restos, hallados en Leyre, se pensaba trasladar a la Catedral de Pamplona. Al hilo de ello, Gaztelu lamentaba el deplorable estado del monasterio de Leyre, “lugar consagrado por tantos recuerdos, pero que la destructora piqueta de la indiferencia y del olvido había reducido al último grado de la desolación”<sup>4</sup>. Tras especular sobre las hazañas de los monarcas enterrados, nuestro autor apelaba a la Diputación para que, siquiera mediante suscripción popular, pusiera los medios precisos para la conservación de “las antiguas glorias” del país.

---

<sup>1</sup> Cfr. Simón Marchán Fiz, *La estética en la cultura moderna. De la Ilustración a la crisis del Estructuralismo*, Alianza, Madrid, 1987, pp. 23-27, 36 y 81. Robert Roseblum, *Transformaciones en el arte de finales del siglo XVIII*, Taurus, Madrid, 1986, pp. 97 y ss., y 100 y ss. Alfredo de Paz, *La revolución romántica. Poéticas, estéticas, ideologías*, Tecnos, Madrid, 1992, pp. 25 y ss.

Uno de los ejemplos más célebres de la temática de las ruinas es la obra del Vizconde de Chateaubriand, *Genio del Cristianismo, o bellezas de la religión cristiana* [sic], Imp. de C. J. Mayol, Barcelona, 1842, tomos II y III (cap. III ‘De las Ruinas en general’; cap. IV ‘Efecto pintoresco de las Ruinas’; y cap. V ‘Ruinas de los Monumentos cristianos’). Pueden mencionarse también obras como *Les Ruines, ou Méditations sur les révolutions des Empires* del Conde de Volney, éxito editorial a lo largo de todo el romanticismo; *Retama, o la flor del desierto* de Giacomo Leopardi; las acuarelas y grabados de Piranesi, Friedrich, Robert de Louis, François Cassas y Edward Lear, etc.

<sup>2</sup> Rafael Gaztelu, *Memoria sobre los reyes de Navarra cuyos restos se hallaron en el monasterio de Leyre y han de ser trasladados al panteón de la Catedral de Pamplona*, Imprenta provincial, Pamplona, 1866. A propósito del traslado de los restos reales de Leyre, José Nadal de Gurrea publicó también sus *Glorias Navarras. Historia compendiosa del origen del antiguo reino de Navarra. Biografías y hechos célebres de sus reyes, fundación de sus principales ciudades, villas y Monumentos, e historia detallada de Pamplona desde sus primitivos tiempos, con otras varias noticias de interés general*, Imp. de Díaz de Espada, Pamplona, 1866. Nos ocuparemos más adelante de ellas. El mismo año de 1866 Pedro egaña, navarro pero diputado general de Álava, presentó una moción en las Juntas Generales en donde se lamentaba de las ruinas alavesas. Cfr. Egaña, Pedro, *Moción presentada a las Juntas de Álava en el mes de noviembre de 1866*, Imp. de los Hijos de Manteli, Vitoria, 1867.

<sup>3</sup> R. Gaztelu, *op. cit.*, p. V.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 68.



Ese mismo año el célebre Gustavo Adolfo Bécquer había escrito una breve reseña sobre su visita al castillo de Olite, a propósito de un viaje por Navarra<sup>5</sup>. Bécquer fantaseaba con el estado del edificio en sus tiempos de esplendor, imaginando caballeros, trovadores y damas por todas partes. Dos años después, en 1868, un periodista madrileño y antiguo secretario de Cabrera llamado Julio Nombela sacaba a la luz una *Crónica de la Provincia de Navarra*<sup>6</sup> donde se incluían también algunas referencias a las ruinas de Olite, Javier y Leyre.

Sin embargo ninguno de estos textos tiene la importancia de la *Memoria sobre las ruinas del Palacio real de Olite*<sup>7</sup> que Juan Iturralde y Suit publicó en 1870. En Gaztelu y Nombela las ruinas constituyen un motivo periférico y en Bécquer la ruina del castillo en absoluto da pie a una reivindicación regionalista. Por el contrario, Iturralde hace de las ruinas el objeto central de una sistemática reflexión histórico-política de carácter patriótico. Es ahí donde reside su novedad.

En efecto. A diferencia de sus predecesores, nuestro autor erige a las ruinas de Olite en el signo de la ruina de Navarra, sometiendo a las piedras a un verdadero y extenso interrogatorio. Iturralde se pregunta por quién construyó el monumento, cuál fue su aspecto original, qué función tuvieron cada una de sus dependencias, cómo estaban adornadas éstas en sus tiempos de gloria, qué papel jugó el edificio en la historia de Navarra, cuáles fueron ‘los muchos hechos históricos que en su recinto han tenido lugar’<sup>8</sup>, qué ocasionó su ruina, a quiénes debe achacarse esta responsabilidad, de qué remedios se disponen para anularla<sup>9</sup>. Por medio de estas preguntas, Iturralde reconstruye exhaustivamente el monumento, con planos y palabras, atrayendo junto a las descripciones arqueológicas el mundo que lo vio vivir. Reveladoramente, Julio Altadill afirmaría medio siglo más tarde que, por su parte, habría titulado el escrito de

---

<sup>5</sup> Gustavo Adolfo Bécquer, ‘Castillo Real de Olite’, en *El Museo Universal*, nº 11, Tomo III, 1866. Recogido en sus *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1954, octava edición.

<sup>6</sup> Julio Nombela, *Crónica de la Provincia de Navarra*, Rubio, Grilo y Vitturi eds., Madrid, 1868. Nombela cita el artículo arriba citado de Bécquer.

<sup>7</sup> Juan Iturralde y Suit, *Memoria sobre las ruinas del Palacio real de Olite*, Imp. La Internacional, Pamplona, 1870.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>9</sup> Iturralde sólo consignó aquí las respuestas al interrogatorio. Cfr. con otro escrito del propio Iturralde, ‘La selva - Aguirico Elize’ (en *Obras de Iturralde y Suit. Vol. I. Cuentos leyendas y descripciones euskaras* -Imp. de J. García, Pamplona, 1912, p. 207) en donde las preguntas están formuladas de manera explícita: ‘Qué iglesia es aquella?[ sic, como el resto] quiénes y cuándo la fundaron? qué hechos conmemora? qué significa su nombre, que no se conserva en documento alguno y sólo ha sido conservado en tradición oral? [...] Qué escenas presencié?’.

Iturralde la “Completa restauración teórica del Alcázar navarro”<sup>10</sup>, aduciendo que, más que una “Memoria”, ofrecía la verdadera “Resurrección”<sup>11</sup> del palacio.

Naturalmente, el interrogatorio dista mucho de ser desapasionado. La visión del “escandaloso abandono”<sup>12</sup> en que yace el monumento emociona profundamente a Iturralde. No en vano éste no es para él una simple arquitectura notable desde el punto de vista histórico-artístico; es el símbolo mismo de la patria ruinosa y olvidada, el correlato arquitectónico de su historia. Hasta tal punto es así que, a su juicio,

“El palacio de Olite [...] pasa por las mismas vicisitudes que el Reino de Navarra y parece marcado por el destino para compartir con él su suerte.”<sup>13</sup>

La ruina del castillo y la ruina de la patria están por lo tanto estrechamente relacionadas. En último extremo cada una de sus piedras se torna un signo que evoca el pasado glorioso de la patria y denuncia un abandono indigno de la propia historia:

“Sus truncadas torres, sus cuarteados muros, sus mutiladas ojivas *parecen representar* las vicisitudes por las que ha pasado este noble país; y aquel castillo, obra predilecta de un gran monarca, aquellas bóvedas bajo las cuales se han celebrado tantos triunfos, que han presenciado acontecimientos tan notables, que han resonado con los gritos de guerra o las trovas amorosas de los menestrales, *parecen hoy la tumba de un reino*. A la algazara y animación ha sucedido un sepulcral silencio, tan sólo interrumpido por el grito lastimero de las aves nocturnas que anidan entre las decrepitas almenas, o por el estruendo de alguna piedra que se derrumba y *parece llevarse un recuerdo de nuestra historia!* [sic].”<sup>14</sup>

Olite está pleno de evocaciones para quien sepa admirarlo, de recuerdos gloriosos y patrióticos que se pierden conforme avanza la ruina del edificio. Es la memoria misma de lo que la patria ha sido lo que se arruina con él, la propia Navarra la que agoniza con su decadencia. Se trata de un mero símbolo, claro está, de una figura

---

<sup>10</sup> Julio Altadill, *Geografía general del País Vasco-Navarro*, Est. Ed. de A. Martín, Barcelona, s. f. (pero 1923), 2 tomos, p. 797.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 798.

<sup>12</sup> J. Iturralde, *Memoria*, *op. cit.*, p. 58.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 22.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 7. *Cursivas mías*.

retórica, pero lo principal es que en los textos no aparece en estos términos. Cassirer señaló que en el pensamiento mítico la imagen no representa el objeto, sino que es el objeto<sup>15</sup>. Tampoco aquí la ruina de Olite aparece como una parábola, como un símil. Se va más allá y se instituye un ícono<sup>16</sup>. En consecuencia es comprensible que Iturralde, que frente a sus compatriotas olvidadizos sí dispone de una *buena memoria*, sienta cómo ‘la indignación detiene nuestra pluma’<sup>17</sup> cuando advierte el menosprecio del palacio por parte de los mismos navarros.

‘Mirado con una indiferencia brutal por la ciudad de Olite, que le debe toda su importancia; descuidado de un modo vergonzoso por los mismos que hubieran debido ser sus conservadores y fieles custodios, el venerable monumento, en cuyos mutilados muros se lee con caracteres majestuosos la historia de un reino, ha sufrido toda clase de profanaciones. Algunas partes de él han sido destruidas para reparar casas, levantar tapias o empedrar calles, y otras utilizadas para bodegas o estercoleros...!! [sic]’<sup>18</sup>

Así pues la ruina es un texto escrito con ‘caracteres majestuosos’ y, como escribió Altadill, ‘cada piedra’ es ‘una hoja del libro magno de nuestra Historia’<sup>19</sup>. Olite ‘habla a la imaginación’<sup>20</sup>, cuenta a sus espectadores la historia entera de Navarra. Además es un texto sagrado y ‘venerable’, que exige ‘custodios’ y soporta ignominiosas ‘profanaciones’. Cuando el propio Iturralde vea en las cruces arruinadas de los caminos ‘la ruina de las creencias y la degeneración del sentido moral’, también hablará de ellas como ‘venerandos documentos’ conservados durante siglos ‘por la piedad de los antepasados’<sup>21</sup>. Julio Altadill, su sucesor en la secretaría de la Comisión

---

<sup>15</sup> Citado por G. S. Kirk, *El mito. Su significado y funciones en la Antigüedad y otras culturas*, Paidós, Barcelona, 1985, p. 273.

<sup>16</sup> Tomo el concepto de ícono y su contrapartida de arte de Robert Redfield. Un mismo objeto puede ser contemplado como arte o como ícono. La diferencia estriba en que ‘para quien experimenta un objeto sólo como arte, sus significados son inmanentes al objeto [mientras que] para aquél para quien el objeto es un estímulo de asociaciones de éste con algo distinto a él, sus significados son trascendentes: caen más allá o fuera de él. El ícono es sólo un tipo de objeto con significaciones inmanentes y trascendentes a un tiempo’. Citado por Joseba Zulaika, *Violencia vasca. Metáfora y sacramento*, Nerea, Madrid, 1990, p. 315.

<sup>17</sup> J. Iturralde, *Memoria, op. cit.*, pp. 58-59. Cursivas mías.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 58. Cursivas mías.

<sup>19</sup> J. Altadill, *op. cit.*, p. 125.

<sup>20</sup> J. Iturralde, *Memoria, op. cit.*, p. 6.

<sup>21</sup> J. Iturralde, ‘Las cruces de nuestro suelo’, en *Boletín de la Comisión de Monumentos*, 1921, p. 229. En adelante *B. C. M. H. A. N.*

de Monumentos, recogiendo todas estas imágenes, aunque en referencia a Leyre y Sangüesa, afirmará que sus restos,

“[...] son hoy para nosotros *libros de pocos folios, pero libro al fin y al cabo*, abierto a la contemplación, estudio y deducciones, cuyas *muertes* no es posible mirar con indiferencia, porque constituyen *artículos de fe*, siempre que se intente establecer la crónica arqueológica de este antiguo Reino.”<sup>22</sup>

Retornemos al castillo de Olite. ¿Cómo fue en su época de esplendor? Iturralde aventura minuciosas descripciones de los torreones, los jardines, las cocinas y el resto de habitaciones, destacando siempre la grandeza solemne que debieron caracterizarlas. A lo largo del tiempo los textos posteriores harán hincapié una y otra vez en la suntuosidad del castillo hasta el punto de convertirlo en “el Versalles de Navarra”<sup>23</sup>. La reiteración sistemática de la magnificencia del castillo no carece de importancia: puesto que éste representa a Navarra, puesto que ambos viven existencias paralelas, su esplendor será el testimonio exacto de la grandeza del Viejo Reino. Significativamente Mañé y Flaquer afirma ante sus ruinas:

“[...] representáis la grandeza del pueblo navarro.”<sup>24</sup>

En la cultura local el castillo de Olite tiene dos habitantes privilegiados: el rey Carlos III el Noble y su nieto, el príncipe Carlos de Viana. En su *Memoria* Iturralde menciona exclusivamente al primero, al “huevo Salomón”<sup>25</sup>, “príncipe sabio y virtuoso, [que] tan sólo ambicionaba el hacer la felicidad de sus súbditos”<sup>26</sup>. Iturralde repasa los hitos de su buen gobierno: la reconstrucción del propio castillo y, de manera especial, la pacificación del reino, “borrando odios antiguos”<sup>27</sup>. Una paz, por cierto, de la que tan necesitada estará Navarra en los años posteriores a la *Memoria* de Iturralde.

---

<sup>22</sup> J. Altadill, *op. cit.*, p. 686. Cursivas mías.

<sup>23</sup> Juan Mañé y Flaquer, *El oasis. Viaje al país de los fueros*, tomo I, Imp. De J. Roviralta, Barcelona, 1878, p. 56. En consonancia su constructor, Carlos III el Noble, es llamado el “Luis XIV” de Navarra.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 59.

<sup>25</sup> J. Iturralde, *Memoria, op. cit.*, p. 10.

<sup>26</sup> *Ibidem*. Corchete mío.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 12.

En lo que atañe a la decadencia de Olite se señalan varias causas. Una de ellas es el fin de la independencia del reino<sup>28</sup>. También en otra obra de nuestro autor, *Las grandes ruinas monásticas de Navarra*<sup>29</sup>, el punto de inflexión a partir del cual los monasterios navarros comienzan a decaer viene marcado por la anexión de Navarra a Castilla. Según Mariano Arigita<sup>30</sup> sucede otro tanto en el caso del Santuario de San Miguel in Excelsis. Bien es cierto que ambos euskaros no se muestran contrarios a la unidad de España. Simplemente “constatan” una coincidencia en el tiempo, dejando en manos del lector la tarea de extraer las conclusiones pertinentes. A este respecto su posición, como la de casi todos sus correligionarios, es todavía demasiado ambigua. Como escribió Campión, “Iturralde no rebasaba los mojones del tradicionalismo español”<sup>31</sup>. Es suficientemente significativo que en la *Memoria* justifique el incendio del palacio de Olite por parte de Mina, durante la guerra de la independencia, a causa del carácter patriótico de la medida<sup>32</sup>.

Además, junto al antecedente remoto de la conquista de Navarra existen dos causas más cercanas. A saber, las guerras civiles “de que ha sido teatro nuestro infortunado país”<sup>33</sup> y, de manera muy especial, la culpable indiferencia de las generaciones actuales hacia su pasado.

Las conclusiones que extrajo con “profunda pena”<sup>34</sup> Arturo Campión de la lectura de los tomos de Pedro Madrazo dedicados a Navarra<sup>35</sup> guardan mucha similitud con la denuncia lanzada por la *Memoria* de Iturralde:

“Nabarra es el pueblo de las ruinas. Palacios, castillos, iglesias, conventos, monasterios, notables unos por su vetustez, otros por la maravillosa inspiración del arte que les [sic] produjera, venerables otros por los recuerdos que en ellos

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>29</sup> Juan Iturralde, *Las grandes ruinas monásticas de Navarra*, Imp. y Lib. de J. García, Pamplona.

<sup>30</sup> Mariano Arigita, *Historia de la Imagen y Santuario de San Miguel de Excelsis*, Imp. Lizaso, Pamplona, 1904, p. XIV. Esa decadencia se produce “como dando a entender la unión íntima que mediaba entre ambos” (*Ibidem*, p. XIV), es decir, el Santuario y el reino.

<sup>31</sup> Cfr. el prólogo de Arturo Campión, a Juan Iturralde y Suit, *Obras*, vol I, *op. cit.*, p. LXXVII. No se entienda aquí “tradicionalismo” por carlismo. Iturralde no era carlista. El propio Campión señala que el tradicionalismo de su amigo, desligado de cuestiones dinásticas, consiste más bien en “encomendar a baskos y nabarros la restauración social de España” (*Ibidem*, p. LXXVIII), rechazo furibundo hacia 1789 e integrismo religioso.

<sup>32</sup> J. Iturralde, *Memoria*, *op. cit.*, p. 59.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 6.

<sup>34</sup> Arturo Campión, “El patriotismo Nabarro”, en *Revista del Antiguo Reino de Navarra*, 1888, p. 32.

<sup>35</sup> Pedro Madrazo, *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Navarra y Logroño*, 3 tomos, Ed. de D. Cortezo y C<sup>a</sup>, Barcelona, 1886.

condensaron las edades, han sufrido, sobre los naturales asaltos del tiempo, los asaltos de la barbarie, del abandono, de la incuria, de la codicia y del mal gusto. Nuestros monumentos yacen, por lo común, convertidos en escombros; *con su voz solemnísimas nos están diciendo lo mucho que fuimos y lo poco que somos*, y a fin de que nuestra confusión y vergüenza sean mayores, varios de esos edificios que habían logrado salvar, sin graves detrimentos, las épocas de las guerras e invasiones extranjeras, se han arruinado en los años del orgulloso siglo diez y nueve.”<sup>36</sup>

Como hacía Iturralde, Campión no menciona exclusivamente el valor simbólico de los monumentos arruinados, su calidad de signos de la Navarra decadente. Invoca también su valor histórico y su valor artístico. Con todo, ambos se encuentran subordinados al primero. En consecuencia sus escritos sobre las ruinas son siempre mucho más que la queja docta de un historiador o de un amante de la arquitectura. En sus manos la ruina desencadena una encendida diatriba contra la postergación de Navarra. Buena muestra de ello es la siguiente reflexión a propósito de un fragmento de Iturralde:

‘Sí; esas piedras venerables y abandonadas son cual un enérgico escorzo, cual una poderosa síntesis del desarrollo de nuestra vida histórica. Están desmoronados, como nuestros recuerdos; hundidos en el polvo, como nuestros ideales; dispersados, como nuestras leyes; lamidas por las llamas, como nuestras almas por las pasiones de los partidos; existiendo entre unas y otras la siniestra analogía de que nosotros mismos somos incendiarios.’<sup>37</sup>

Las ruinas resumen lo esencial de la vida del Viejo Reino, dando testimonio de la grandeza pasada de Navarra. Reúnen recuerdos que van mucho más allá de su historicidad específica como edificios. Simultáneamente, su estado lastimoso manifiesta una decadencia hasta entonces inadvertida. En este sentido son extrañamente ambiguas: ennoblecen y sonrojan al mismo tiempo. Por eso José Ramón Castro, en el prólogo a un libro del capuchino Santos de Tudela<sup>38</sup>, las calificará con acierto de ‘honor y vergüenza

---

<sup>36</sup>A. Campión, ‘El patriotismo Nabarro’, *op. cit.*, p. 32. *Cursivas mías.*

<sup>37</sup> Arturo Campión, *Euskariana. Cuarta serie*, vol. 2, Imp. de Erice y García, Pamplona, 1904, p. 121.

<sup>38</sup> Santos de Tudela, *La Frivolidad. Una raza gloriosa en peligro de muerte*, Imp. Larrad, Tudela, 1934, p. XI.

de Navarra”. “Honor” como huellas de una nobleza que nadie podría arrebatarse, pero “vergüenza” como testimonio de la ingratitud y negligencia de sus hijos.

A causa de su ambigüedad las ruinas sirvieron de punto de partida formal a un discurso regionalista que rompía con quienes mantenían la hegemonía ideológica en Navarra a finales del siglo XIX, alfonsinos y carlistas. La ruina, con anterioridad a los Iturralde, Campión, etc., figuraba como un lugar vacío, prácticamente desocupado por las ideologías dominantes. Ella permite a los euskaros ejercer al mismo tiempo de acusadores y de víctimas, señalando una decadencia palpable, evidente, insólitamente inadvertida hasta ese momento. Además, quienes descubren la ruina detentan a partir de entonces una suerte de autoridad sobre ella: son sus cronistas, sus custodios, sus sacerdotes y sus reconstructores.

Para comprender la importancia de las imágenes que provocan los restos arquitectónicos es necesario trascender las fronteras de los textos en singular. Es preciso ejercer una violencia sobre ellos, sacarlos de sus contextos y desplazarlos una y otra vez a la cercanía de otras citas similares, provenientes tanto de textos cercanos como lejanos en tiempo y propósitos. Sólo así podremos comenzar a hacernos cargo del carácter profundamente monótono de cultura navarra, de la persistencia de las imágenes a través de las políticas que las manipulan.

Sesenta y cuatro años después de la *Memoria* de Iturralde, en 1934, Rafael Querejeta y Berazadi animaba a los niños a cuidar los monumentos de Navarra. Los términos que emplea nos hacen dudar de que efectivamente haya pasado el tiempo:

‘Las viejas piedras de vuestros edificios militares, civiles y religiosos, son libros abiertos que os hablan de la Historia patria, de las pasiones, anhelos, ilusiones y desengaños de nuestros antepasados. Pero, ¡ay!, su elocuente lenguaje no es, a veces, comprendido ni por gente de alguna cultura, y poco a poco sus hojas amarillentas por el sol de los siglos se van convirtiendo en polvo, cuando no las arranca el huracán de la ignorancia, perdiendo el tesoro evocador que representan, los tesoros artísticos que muchas de ellas poseen, y hasta el pecuniario inexplorado.’<sup>39</sup>

---

<sup>39</sup> Rafael Querejeta, *Navarra. Lecturas*, Aramburu, Pamplona, 1934, p. 277.

### **La intimidad de las ruinas**

Hay multitud de ruinas en Navarra. La mayoría de ellas, como Olite, tienen nombre propio: Leyre, Iranzu, Eunate, Tiebas, la Oliva, Javier, etc. Algunas merecerán un tratamiento individual, una monografía denunciando su estado, investigando sus orígenes, su valor histórico y su decadencia. Son como significantes a la espera de un Iturralde que les otorgue significado y haga de ellos el icono de Navarra. El propio autor de la *Memoria* sobre Olite repetirá la jugada en varias ocasiones (Leyre, Irache, Eunate, Ujué y Javier<sup>40</sup>), convirtiéndose en un experto en exhumaciones monumentales.

Muchos lugares ruinosos merecen una atención estrictamente marginal. Algún trabajo suelto, a veces un poema o un cuento publicado en alguna revista como el *Boletín* o *La Avalancha*. Otras ruinas quedan vacías, ignoradas incluso por los redentores de la memoria de Navarra. Ahí están los casos del Palacio de los Reyes de Navarra en Pamplona, el monasterio de Zamarze en Uharte Arakil, San Zoilo en Cáseda o la Purísima Concepción en Oteiza. Su general anonimato contrasta acusadamente con la multitud de evocaciones que suscitan Olite, Leyre o Iranzu, las estrellas de un programa de exaltación patriótica. Las fortificaciones de Pamplona parecen estar entre esos lugares menores y casi descuidados. Acaso porque datan de la dominación española y conocieron pocos hechos heroicos; tal vez sólo porque su ruina ha sido relativa, puesto que hasta fechas recientes han custodiado una pequeña guarnición militar. No obstante, las pocas referencias que se les dedican son apreciables por lo tardías, porque nos muestran cómo hasta fechas bien recientes el viejo esquema utilizado en 1870 por Iturralde todavía podía ser reutilizado al servicio de otros intereses ideológicos. Escribe el navarrista Florencio Idoate, en 1954, en las páginas del ‘nuevo Boletín’, la revista *Príncipe de Viana*:

‘Estos muros y esta Ciudadela que hoy contemplamos -carentes ya de valor propiamente militar- nos hablan de la Pamplona pasada, de la capital de un antiguo Reino, ‘puente y llave de toda España’, como decía la Diputación en 1643. Fueron amasadas con *el sudor y los sacrificios de antepasados nuestros* y

---

<sup>40</sup> Así los trabajos *Una visión en las ruinas de Leyre* (inédito), *Las grandes ruinas monásticas de Navarra* (op. cit.), ‘El Monasterio de Hirache’ (en *Revista Euskara*, 1883); ‘Santuario de Nuestra Señora de Eunate’ (en *B. C. M. H. A. N.*, 1895); ‘Una visita al castillo de Javier antes de su restauración’ (en *B. C. M. H. A. N.*, 1920). ‘Recuerdos de Ujué’ (en *Obras IV*, Imp. De García, Pamplona). ‘Los castillos de Navarra durante la edad Media’, en *Obras*, vol. V, Imp. de García, Pamplona, 1917.



no es mucho que procuremos conservarlas en lo posible, *siempre que no obstaculicen los planes de urbanización.*”<sup>41</sup>

La salvedad expresada por Idoate interesa como síntoma de una época de crecimiento urbano, en la que el interés sentimental y conmemorativo del historiador queda subordinado -y, sobre todo, queda subordinado por él mismo- a las exigencias del progreso. Al margen de ello la cita constituye una buena muestra de la versatilidad ideológica del recurso a las ruinas. Idoate ha escogido un monumento idóneo para su transformación en icono: una ciudadela sin valor militar, cercana y al mismo tiempo inadvertida. La novedad estriba en el tiempo del que nos habla la ruina: una época incómoda para los euskaros, sin una significación clara en su particular ‘filosofía de la historia’ de Navarra, el Virreinato español. Por el contrario, para Idoate es la época en la que Navarra es ‘puente y llave de toda España’. Es notable que pueda acudir a una frase de Diputación para expresar su visión del período. De este modo ni siquiera necesita descubrirse expresando su ideología en primera persona, le basta con apelar a la autoridad de la institución más prestigiosa de la provincia. Es esa breve secuencia que se desliza entre los clichés repetidos monotonamente durante tres cuartos de siglo la que marca la diferencia entre la evocación de la ruina por parte de un euskaro como Campión y la de un navarrista como Idoate. En definitiva, los mismos tópicos han servido para expresar ideologías diferentes.

Abandonemos las casi desconocidas murallas de Pamplona y volvamos a ocuparnos de algunas de las grandes ruinas de la cultura navarra.

Como hemos señalado, entre ellas destaca el castillo de Olite. Desde la *Memoria* de Iturralde son muy numerosos los escritos dedicados al palacio o que, al menos, recalcan en él. Monografías, libros de historia y arte, guías turísticas, pero también novelas, poesías y artículos de prensa. Olite es uno de los principales lugares comunes de la cultura navarra. Son muchos los que, coincidiendo con Iturralde, han hecho del

---

<sup>41</sup> Florencio Idoate, ‘Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 54-55, 1954, pp. 54-55. Las cursivas son mías. Otro de los escasos recordatorios de las murallas se encuentra en Manuel Iribarren Paternain, *San Hombre. Itinerario espiritual* (Ed. Nacional, Madrid, 1943), a cuyo protagonista ‘preocupábanle el lamentable estado de las murallas, por las que sentía cariñoso respeto, *rayano en la veneración*’ (cursivas mías, p.177). ¡Qué diferentes este respeto y esta preocupación a la opinión expresada por Leoncio Urabayan!. ‘Hoy, ciudadela y murallas de Pamplona sólo sirven de estorbo. Han cumplido su misión y no tienen méritos artísticos bastantes para merecer cuidados especiales, aparte de que existen ejemplares semejantes y aún superiores que se han sometido a las necesidades de los tiempos’ ( *Biografía de Pamplona. La vida de una ciudad reflejada en su solar y en sus piedras. Sus problemas urbanísticos*, Ed. Gómez, Pamplona, 1952, p.117). ¿Será efectivamente a causa de que Urabayan era nacionalista vasco -fue concejal de Pamplona- y esas fortificaciones no podían evocarle ningún pasado valioso?

palacio el símbolo del país. Tal y como dictaminó la Comisión de Monumentos, Olite - “con los recuerdos de sus esplendores pasados y la manifestación de sus miserias presentes”- constituye la “*representación exacta y fiel* de nuestro desgraciado Reino”<sup>42</sup>. Julio Altadill añadirá: “es la historia navarra medioeval tallada en piedra”<sup>43</sup>. El informe del Marqués de Monsalud, tendente a la obtención del estatuto de monumento nacional para el palacio, abunda en estas mismas imágenes. Olite es, afirma, el “arca santa de nuestras libertades, glorias y grandezas”<sup>44</sup>. Todavía treinta años después, en 1946, el navarrista Martínez Erro declara al lugar (ya reconstruido) el “compendio y símbolo de la historia de todo un Reino”<sup>45</sup>.

En la medida que Olite contiene la historia del país parece obvio que “desconocer Olite” será “desconocer Nabarra”<sup>46</sup>, como expresará Campión en una celebre sentencia. ¿Qué otra cosa pide la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos, con Iturralde y Gaztelu al frente, en el primer número de su *Boletín* a la Diputación Provincial, sino que dé a conocer Olite a los navarros?<sup>47</sup>

Entre la abundancia de textos dedicados al palacio de Carlos III uno de los más interesantes es el poema “En el castillo de Olite”<sup>48</sup> de Hermilio de Olóriz. En sus versos el autor visita las ruinas del castillo y, en una especie de sueño, presencia los momentos claves de la historia de Navarra. La lucha de los vascones contra los romanos, la evangelización en tiempos de Saturnino y Fermín, la derrota de Carlomagno en Roncesvalles, la hazaña de Sancho Abarca, la oscura muerte del príncipe de Viana, etc. Veinte siglos de historia pasan ante sus ojos. Cuando de pronto despierta en la noche, en medio de las ruinas del castillo, exclama lleno de dolor:

“De mi patria las glorias, no más en mi espíritu alientan...

---

<sup>42</sup> “Castillo real de Olite”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1895, p. 8. Las cursivas son mías.

<sup>43</sup> Julio Altadill, “Discurso leído en la inauguración del Museo Artístico Arqueológico de Navarra”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1910, p. 37.

<sup>44</sup> Marqués de Monsalud, “El Palacio Real de Olite: Informe para su declaración de Monumento nacional”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1913. Da noticia, indignado también, de que en 1906 un particular lo había inscrito en el registro de Tafalla como posesión particular. La declaración de Monumento no tendrá lugar hasta 1925.

<sup>45</sup> José Ramón Martínez Erro, *Olite, Corte de Reyes*, Taller tipogr. de Orive, Tafalla, 1946, p. 6.

<sup>46</sup> Citado por Julio Altadill, *Castillos medioevales de Nabarra*, 3 volúmenes, Beñat Idaztiak, Donostia, 1934-1936. También J. R. Martínez Erro, *op. cit.*, p. 5 y p. 7; y Julio Gúrpide Beope, *Geografía e Historia de Navarra*, Ed. Iberia, Pamplona, 1944, p. 119. La frase llega incluso al contexto de la promoción turística: AA. VV., *Los pueblos más bellos de España*, Selecciones del Reader’s Digest, Madrid, 1981, p. 124.

<sup>47</sup> Cfr. “Castillo real de Olite”, *op. cit.*

<sup>48</sup> Hermilio de Olóriz, “En el castillo de Olite”, en *Laureles y siemprevivas*, Imp. Provincial, Pamplona, 1893.

¡muertas yacen!...y sombras tan sólo por doquier me circundan. “<sup>49</sup>

Merece la pena llamar la atención sobre la heterogeneidad de las visiones de Olóriz. La mayoría de ellas se refieren a tiempos anteriores al castillo actual, erigido en el siglo XIV. Bien es cierto que Olóriz, junto a Iturralde y otros autores, afirma la previa existencia en el lugar de una fortaleza goda. Pero los recuerdos que atrae van incluso más allá de esa época. En todo caso, la mayoría de ellos no guarda ninguna relación concreta con el palacio. Poco importa. Su capacidad mnemotécnica supera ampliamente su estricta existencia histórica.

Julio Altadill es otro de los autores que presta su atención al castillo de Olite. Digna de ser reproducida es la aparición de este ‘sagrario navarro’<sup>50</sup> en la *Geografía General del País Vasco-Navarro*, empero la longitud del larguísimo e intenso párrafo:

‘Nos acercamos a Olite, la antigua Corte del Reino Navarro, y a la vista de la histórica Ciudad, una impresión profunda, un sacudimiento violento, borra inmediatamente la plácida tranquilidad del espíritu. El Castillo Palacio [...], con sus rojizos muros, con sus airoosas, elegantes y numerosas torres, a cual más altiva, nos parecen tubos gigantescos de órgano inmenso que en lúgubres notas entonanar tétrico responso, cual si de aquel recinto, *antes todo riqueza y vida, esplendor y movimiento, hoy solitario sepulcro*, se alzarán roncas y violentas de ira e indignación las voces enérgicas de los soberanos que allí mismo laboraron con amor y tenacidad por el engrandecimiento de Navarra. Entre las notas y voces de aquel enorme monumento surgientes, cree el alma escuchar rudas...¡pero justas y exactas! *acusaciones a la generación presente* que con indiferencia tan negra, con ingratitud tan vergonzosa, olvida que aquel singular recinto fue el centro deslumbrador, el cerebro privilegiado de donde emanaron glorias y grandezas de nuestra historia: a veces creemos percibir entre las notas de aquel órgano titánico, otras tiernas y suplicantes que hacen resurgir la memoria del Príncipe Mártir y sus hermanas infortunadas; en otros momentos, grandes aclamaciones de la masa popular, clarines y atabales hendiendo el espacio con guerreros sonidos, evocan ya las fastuosas bodas del de Viana, ya su regia proclamación; a trechos figúrasenos oír los acentos sesudos de los prohombres que allí constituidos en Cortes acuerdan leyes sapientísimas

---

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 192.

<sup>50</sup> J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 125.

encaminadas a la pública prosperidad. Y cerrando por fin los sonidos y las voces de aquel robusto conjunto, cuyos ecos vigorosamente repercuten en el Santuario de Ujué, parodiando el Amen de un cavernoso, airado y vibrante Requiescant, una querrela estridente que daña a los oídos y rasga el corazón, un potentísimo irrintzi que desde el Ebro hasta Roncesvalles, desde Aralar a Leire, se percibe tan claro y diáfano como la verdad divina. Su traducción es esta: ‘¡Navarra, Navarra! ¿Por qué me has abandonado?’<sup>51</sup>

En el contexto del capítulo en el que se halla inscrita, la cita es absolutamente chocante. Éste está dedicado a las vías de comunicación, y las descripciones que a ambos lados rodean el párrafo son frías reseñas sobre carreteras, caminos y ferrocarriles. Sólo al llegar a Olite el “científico” no puede contenerse y la geografía cede su lugar al poema. No hay, es cierto, novedades sustanciales respecto a las citas de sus compañeros euskaros. Es siempre la misma melancolía, la misma indignación, el mismo trabajo de evocación sobre la ruina y el mismo contraste entre el rico esplendor del pasado y la miseria contemporánea. Lo peculiar de la cita reside en la acusación que lanza abiertamente “a la generación presente”. Aunque no pase de ser un artificio literario, los reproches no provienen formalmente de Altadill sino que brotan de los mismos restos, poblados de voces y fantasmas.

En las citas precedentes, Iturralde y Campión evocaban unos ruidos y unas imágenes, pero sin poder hacerlas presentes, como incapaces de salvar la distancia de los siglos. Altadill y Olóriz han podido oír o presenciar otras épocas. El pasado aparece súbitamente reconstituido, lanzando acusaciones al presente. ¿Qué importancia conceder a estas imágenes? ¿Son acaso sólo licencias literarias, muestras de una escritura que todavía no ha distinguido rígidamente entre el texto científico y el poético, desfuegos retóricos de una generación romántica pasada de moda? Sin duda son “literatura”, pero no por ello dejan de tener interés para quién desee comprender las ideologías vigentes en esta época<sup>52</sup>. Las palabras, las metáforas, las figuras, la literatura en suma, desempeñan importantes misiones políticas, y no la menos importante de ellas es “poetizar” los discursos, provocar emociones y despertar sentimientos, conseguir la

---

<sup>51</sup> *Ibidem*, pp. 123-125. Las cursivas son mías.

<sup>52</sup> Cfr. Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Barcelona, 1992, p. 211: “La forma de un texto es el lugar en el que éste realiza su labor significativa desde el punto de vista ideológico”. También Roland Barthes, “La aventura semiológica” (conferencia dentro del volumen recopilatorio del mismo nombre, Paidós, Barcelona, 1992). Olivier Reboul (*Lenguaje e ideología*, F. C. E., México C., 1986, p. 221). Cfr. Carlo Reis, *Para una semiótica de la ideología*, Taurus, Madrid, 1987, pp. 192 y ss. John B. Thompson, *Studies in the Theory of Ideology*, Polity Press, Cambridge, 1984.

adhesión afectiva de los lectores, expresar ideas que por medio de una escritura más prosaica, sería difícil conjuntar. En cierta medida la literatura libra de argumentar<sup>53</sup>. En consecuencia, la retórica empleada tiene su importancia. Subordinada a un argumento político, sirve al mismo tiempo como vehículo de expresión, punto de apoyo y disfraz.

La larga cita de Altadill muestra sobradamente las facultades expresivas del texto literario. Olite-órgano toca una misa de réquiem por Navarra. Mientras, el legendario *irrintzi* de los vascones recorre las mugas simbólicas del antiguo reino. Como Cristo en la cruz, la ruina reprocha a Navarra su abandono. No es sólo un castillo el que ha sido desguarnecido. Lo han sido los Fueros, la grandeza de Navarra, sus ancestros, su soberanía. Con unas pocas palabras Altadill ha conseguido que un edificio del siglo XIV sirva de recordatorio de toda la historia de Navarra. Un resumen tal vez excesivamente sumario desde el punto de vista académico pero exhaustivo desde la perspectiva del ideólogo.

Junto a Olite, los restos del monasterio de Leyre tienen una importancia excepcional en la literatura navarra. Al margen de la *Memoria* de Gaztelu, otro texto del XIX debe ser traído a colación. Se trata del trabajo de Valeriano Valiente y Pérez *Una gloria extinguida o el Monasterio de Leire*<sup>54</sup>, aparecido en 1881. El “guión” utilizado por Valiente viene a ser el mismo que el empleado por Iturralde con Olite: de entrada se descubre “convertido en ruinas el Monasterio donde se meció la cuna de nuestra libertad e independencia”<sup>55</sup>, “el monumento donde la piedad y el patriotismo de nuestros antepasados depositaran los restos mortales de sus excesos soberanos”<sup>56</sup>; luego sigue el lamento ante el “injustificable olvido en que yacen reliquias tan venerandas y recuerdos tan gloriosos”<sup>57</sup>. A continuación Valiente repasa la historia del reino en torno al lugar, especialmente su nacimiento en medio de una España goda, decadente y “viciosa”<sup>58</sup>. Tras recordar las pasadas grandezas del lugar se siente avergonzado por “la incuria de

---

<sup>53</sup> Como dice Ignace Lotman, “el arte es el medio más económico y más denso de conservar y transmitir una información”. Citado por Edmond Cros, en *Literatura, ideología y sociedad*, Gredos, Madrid, 1986, p. 17. También Vitor Manuel de Aguiar e Silva (*op. cit.*, p. 418) ha remarcado la capacidad de la literatura de producir “significados densamente múltiples”.

<sup>54</sup> Valeriano Valiente y Pérez, *Una gloria extinguida o el Monasterio de Leire*, Imp. Provincial, Pamplona, 1881.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 1.

<sup>56</sup> *Ibidem*.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 2.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 21. Cfr. : “[...] el león de Castilla enervado por la letal influencia de aquellos tiempos de ultradesmoralización y libertinaje; flaco y macilento dobló su cerviz a las pesadas cadenas del opresor.”(p. 24).

sus hijos hacia la gloria de sus mayores”<sup>59</sup>, por “la más incalificable indiferencia por parte de la actual generación”<sup>60</sup>. Bien es cierto que Valiente señala otros culpables: en concreto el fanatismo político y las recientes guerras civiles<sup>61</sup>, pero su papel es secundario.

La diferencia más llamativa entre los textos de Iturralde y Valiente es de orden estrictamente estilístico. Los capiteles y los muros de Leyre no hablan abiertamente, sino que son “mudos testigos de nuestras grandezas”<sup>62</sup>. Significativamente Arturo Campión hará uso del mismo oximorón cuando escriba:

“[...] las piedras vienen a declarar, con su mudo , pero elocuente lenguaje [...]”<sup>63</sup>

La imagen importa porque si las ruinas son tan socorridas es, al margen de esa disponibilidad para recibir la representación de la patria decadente, a causa de esta facilidad para invocar a la vez una presencia y una ausencia, para mostrar una gloria y, simultáneamente, denotar su extinción. Lo segundo las vuelve mudas, lo primero las torna locuaces. Ese claroscuro se erige en guía del conocimiento histórico para los euskaros. A este respecto, es suficientemente explícito el siguiente consejo de Iturralde:

“Cuando visitéis un país, examinad sus viejos monumentos y en ellos leeréis claramente *lo que fue y lo que es*”<sup>64</sup>

La similitud observada entre las imagenes que suscitaban Leyre y Olite no constituye un mero indicio de la influencia de Iturralde sobre Valiente. El propio Iturralde utiliza un tono muy similar al de su *Memoria* en referencia a la antigua abadía benedictina:

---

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 34. Hay que advertir que Valiente se muestra notablemente ambiguo en este punto. En la p. 3, por ejemplo, achaca la ruina de Leyre no a la ingratitud sino a la agitada política española.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 50.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>63</sup> Arturo Campión, “Prólogo” a Juan Iturralde y Suit, *Obras II. La prehistoria en Navarra*, Imp. de J. García, Pamplona, 1911, p. 1.

<sup>64</sup> J. Iturralde, *Obras*, vol. I, *op. cit.*, p. XCI. La cita forma parte de un aforismo recogido por A. Campión en el prólogo. Proviene de un libro inédito de Iturralde: *Libro de mis hijos (colección de pensamientos)*.

‘[...] siente tristeza el corazón, viendo la soledad del monasterio de Leire, sus claustros arruinados, su templo cerrado; que aquel baluarte de la independencia vasco-navarra en los luctuosos tiempos de la reconquista, aquel foco de ilustración, refugio de las ciencias y de las artes, [...] que aquel asilo de santos, héroes y reyes, *Corte y corazón de Navarra*, está solitario y derruido y casi diríamos olvidado por los hijos de Euskalerría.’<sup>65</sup>

En realidad muchos autores coetáneos y posteriores coinciden en tales recursos. El navarrista Manuel Iribarren Paternáin, por ejemplo, afirma que la existencia histórica de Leyre está “fundida y confundida con la del Viejo Reino de Navarra”<sup>66</sup>.

Otro tanto acontece con la grandeza del monasterio. Como se hacía con Olite, los escritores navarros dedican un notable espacio a resaltar “la suntuosidad y riqueza” del “más venerable de nuestros monumentos”<sup>67</sup>. De nuevo el objetivo de la hipérbole es servir de contraste con la desolación del presente, dando pie al habitual lamento por la patria olvidada. Exclama el protagonista de *La Dama del Lebril Blanco*<sup>68</sup>, del también navarrista Eladio Esparza, ante las ruinas de Leyre:

“Aquí en el corazón de Vasconia, me parece que todo está muerto definitivamente. Estas ruinas son implacables: su abandono es el grito de angustia que se ha perdido en la soledad [...]”<sup>69</sup>

En ocasiones esta analogía entre Leyre y Olite se traduce en una lectura del primero como precedente del segundo. Si Olite es una muestra de lujo, Leyre es la corte-monasterio de los reyes-guerreros de la dinastía pirenaica, el santuario sobrio y austero de los albores del reino. En palabras de Francisco Javier Arvizu y Aguado, es el

---

<sup>65</sup> Juan Iturralde, “El monasterio de Leire y la ciudad de San Sebastián”, en *B. C. M. H. A. .N.*, 1922, p. 268. Las cursivas son suyas. Es similar otro artículo del propio Iturralde “La leyenda de San Virila de Leire”, también en el *B. C. M. H. A.*, 1917.

<sup>66</sup> Manuel Iribarren, *Navarra. Ensayo de biografía*, Ed. Nacional, Madrid, 1956, p. 312. Cfr. Fermín Mugueta, “Leyre, Monumento nacional, está de ruinas”, en *Vida Vasca*, nº XIV, 1937, p. 93: “Navarra empezó a declinar y Leyre iniciar también su decadencia. Vidas gemelas, vidas paralelas, habían de torcer juntas el mismo viraje”.

<sup>67</sup> J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 694.

<sup>68</sup> Eladio Esparza, *La Dama del Lebril blanco*, Ed. Juventud, Barcelona, 1930.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 240.

‘[...] símbolo de nuestra primera Monarquía: creyente, como los monjes que lo habitaban; vigorosa y recia, como la sólida fábrica del cenobio; guerrera y militar como la traza de aquella fortaleza.’<sup>70</sup>

Hemos visto cómo Olite era calificado como el “Versalles de Navarra”. Altadill le llamará “Alhambra”<sup>71</sup>. Comprensiblemente, Leyre, austero y fúnebre, será apodado el ‘Escorial de la corona de Navarra’<sup>72</sup>.

La similar consideración de Leyre y Olite no es gratuita: ambos lugares son depositarios de la identidad histórica de la provincia al tiempo que portavoces de duros reproches contra las generaciones presentes.

Hay que advertir que todas las ruinas comparten esta doble condición. Su valor simbólico coincide en buena medida y, a causa de ello, remiten unas a otras. Valiente cita extensamente la *Memoria* de Iturralde para hablar de Leyre<sup>73</sup>; Eladio Esparza salta de un lugar a otro en las páginas finales de su *Discurso sobre el Fuero de Navarra*<sup>74</sup>; otro tanto hace el Conde de Rodezno en la presentación de la revista *Príncipe de Viana*<sup>75</sup>. Significativamente, el ‘llamamiento al patriotismo del pueblo navarro’<sup>76</sup> de Onofre Larumbe en favor del monasterio de la Oliva lo presenta como un correlato del castillo de Olite.

El monasterio de Iranzu figura también entre los monumentos ensalzados por los euskaros y recogidos por sus sucesores, nacionalistas y navarristas. En palabras de Julio Altadill, Iranzu fue

‘[...] abadía importantísima en siglos anteriores, hoy ruina silenciosa y fría donde la yedra y la soledad imperan, pero cuyas bóvedas, pórticos, claustros y

---

<sup>70</sup> Francisco Javier Arvizu, *Elementos de Historia de Navarra y su régimen foral*, Ed. Aramburu, Pamplona, 1953, p. 28.

<sup>71</sup> J. Altadill, *Geografía general*, op. cit., p. 797.

<sup>72</sup> V. Valiente, op. cit., p. 48.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 50.

<sup>74</sup> Eladio Esparza, *Discurso sobre el Fuero de Navarra*, Ed. Príncipe de Viana, Pamplona, 1935. Sin paginación.

<sup>75</sup> Conde de Rodezno, ‘Nuestros propósitos’, en *Príncipe de Viana*, nº 1, 1940.

<sup>76</sup> Onofre Larumbe, *El Monasterio de Nuestra Señora de la Oliva (Restauraciones esplendorosas)*, Aramburu, Pamplona, 1930, p. 21. Larumbe imita su llamamiento del realizado por la Comisión de Monumentos en su ya citada carta del 1 de diciembre de 1894 a Diputación (Ver *B. C. M. H. A. N.*, 1895). La carta de 1895 pedía por “el monumento navarro por excelencia”(p. 10); Larumbe intercede por “el más grandioso monasterio, en el orden artístico, que tenemos en nuestro país; el primero y más bello templo que hay en Navarra.”(p. 21).



sala capitular *nos delatan todavía*, con *elocuencia irresistible*, la importancia que aquella mansión tuvo, la grandeza de aquel cenobio.”<sup>77</sup>

Cenobio que para el poeta navarrista Máximo Ortabe es el ‘felicario adorable de un ayer de esplendores’<sup>78</sup>, como lo eran Leyre y Olite y como lo es el monasterio de Irache para Javier de Ibarra<sup>79</sup>. En este último lugar, ‘mágico emblema’ y ‘ánfora ancestral de esencias medievales’<sup>80</sup>, Juan Iturralde lee de nuevo ‘páginas elocuentes de nuestro gloriosísimo pasado’<sup>81</sup>. Las mismas imágenes se repiten sin aparente contradicción en referencia a los distintos lugares. Leyre, Irache y la Oliva son reputados en diferentes ocasiones como el monumento más importante de la provincia<sup>82</sup>.

Pasado y presente, esplendor y ruina, adoración e indiferencia. También el esquema se repite insistentemente. Al fin y al cabo no es tal o cual edificio el que yace por tierra, como tampoco son los olitenses o los sangüesinos los responsables de su decadencia. Es toda Navarra la que está ruinas, los navarros en conjunto los culpables del crimen de la impiedad. No es extraño que la reacción ante los diversos desolados, hecha de vergüenza, cólera y tristeza, sea también siempre la misma. Escribe Altadill sobre el estado de la Oliva:

‘[...] gran vergüenza para la patria [...] abandonado desde entonces y víctima de la ignorancia y el vandalismo el soberbio monumento erigido por Sancho el Sabio se desmorona y se convierte en ruina.’<sup>83</sup>

La identidad de las ruinas en cuanto tales no significa que los monumentos carezcan de una idiosincrasia característica, idiosincrasia que nuestros autores se encargan de conformar y divulgar. Olite y Leyre son buenos ejemplos de esto. Como han insinuado algunas citas, el palacio abandera una Alta Edad media cortesana y culta,

---

<sup>77</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 723. *Cursivas mías*.

<sup>78</sup> Máximo Ortabe, *En el castillo de Tiebas. Poema*, Imp. Diocesana, Pamplona, 1946, p. 39.

<sup>79</sup> Javier de Ibarra, *Historia del Monasterio y de la Universidad literaria de Irache*, Taller Tip. La Acción Social, Pamplona, S. F. (pero 1939), p. 4.

<sup>80</sup> *Ibidem*.

<sup>81</sup> Juan Iturralde y Suit, ‘El Monasterio de Hirache’, en *Revista Euskara*, 1883.

<sup>82</sup> Cfr. J. de Ibarra, *op. cit.*, p. 542. Onofre Larumbe, *op. cit.*, p. 19.

<sup>83</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 751.

afrancesada, elegante y casi renacentista<sup>84</sup>. Estos atributos aparecen con claridad en la siguiente cita de Campi3n:

‘[...] lugar de recreo, y fortaleza de defensa, y tribunal de justicia, y templo de legisladores, y academia de principes fil3sofo-poetas, y jard3n de rosas, y b3caro de damas; lo que siempre simboliz3 independenciam nacional; civilizaci3n cat3lica, libertad pol3tica, cultura progresiva, renacimiento de ciencias y letras [...].’<sup>85</sup>

‘Independencia nacional’. Olite deviene el s3mbolo de un destino frustrado, a saber, el de un estado moderno netamente navarro, distinto al reino pirenaico que, para la historiograf3a espa3ola, no tiene otra funci3n que reconquistar Espa3a al Islam y converger en el proyecto peninsular. Olite parece representar esa oportunidad de una historia propia, una historia desbaratada por las guerras civiles y la invasi3n castellana, el recuerdo de una existencia soberana moderna, con todas sus expresiones espec3ficas:

‘[...] all3 nacieron y espiraron Reyes y Principes; all3 se celebraron Cortes del Reino; all3 se concertaron treguas, se avinieron alianzas, all3 se efectuaron recepciones de personalidades nacionales y extranjeras; se perpetuaron en solemnes actos de corte, resonantes acontecimientos; all3 se redact3 el pacto de pacificaci3n (Privilegio de la Uni3n de los Burgos de Iru3a); all3 tuvo su trono la paz; de all3 surgi3 siempre la tranquilidad y el orden y las leyes de nacionalidad y justicia, que caracterizaron aquel venturoso reinado del m3s Noble de los reyes de este antiguo Reino.’<sup>86</sup>

Leyre, por su parte, (y a pesar de que N3jera guarde m3s restos reales) figura usualmente como el pante3n de los reyes pirenaicos, los ‘augustos manes fundadores del antiguo Estado<sup>87</sup>’. Vinculado a los or3genes, es calificado como ‘la cuna de nuestras leyes, nuestra fe y nuestra monarqu3a’<sup>88</sup> y el ‘refugio de nuestra independenciam

---

<sup>84</sup> Cfr. El Conde de Rodezno, *op. cit.*, p. 6: ‘As3, en las ruinas emotivas y adorables del Palacio de Olite cabe a la imaginaci3n alcanzar toda la intensidad del esplendor de nuestra corte cuando alumbraron ya sobre Navarra las luces del Renacimiento [...].’

<sup>85</sup> A. Campi3n, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 123. Tambi3n Altadill se encargar3 de destacar el ‘fausto cortesano que delatan las venerandas ruinas’ de Olite (J. Altadill, *Geograf3a general, op. cit.*, p. 734).

<sup>86</sup> J. Altadill, *Castillos medievales de Navarra, op. cit.*, p. 74.

<sup>87</sup> V. Valiente, *op. cit.*, p. 4.

<sup>88</sup> ‘Comunicaciones’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1922, p. 12.

en los tiempos medios”<sup>89</sup>. Nuestros autores repiten una y otra vez una supuesta frase de Sancho el Mayor que hace del monasterio la “corte y corazón de Navarra”<sup>90</sup>.

Aunque a lo largo del tiempo euskaros, nacionalistas y navarristas invocan los mismos lugares, lo cierto es que cada ideología les confiere su particular perspectiva. Leyre, por ejemplo. Leyre puede servir como testimonio del secular catolicismo del país para el integrismo antiliberal del obispo Úriz y Labairu en 1865<sup>91</sup>; como baluarte de la pureza de Navarra para el regionalista Iturralde en 1895<sup>92</sup>; como una muestra del románico de Euskadi dentro de la historia de corte sabiniano de Bernardo Estornés en 1933<sup>93</sup>; o como el exponente de la españolidad de Navarra dentro de una proclama poético-fascista para el padre Izurdiaga<sup>94</sup>. Las ruinas, en definitiva, se prestan a diversas manipulaciones políticas. Y es precisamente su relativa vacuidad la que permite la repetición.

Por otro lado, es preciso ser consciente de que el propio significado artístico de los diversos monumentos de Navarra es un producto construido literariamente, texto a texto. En ocasiones, aquél parece haber sido escaso hasta el mismo momento de la reivindicación de los euskaros. Así el palacio de Olite, ejemplo de lujo y suntuosidad cortesana para muchos autores<sup>95</sup>, es todavía “severo”<sup>96</sup> para Iturralde; y el monasterio de Leyre, para tantos una de las principales joyas arquitectónicas de la provincia, carece de

---

<sup>89</sup> Julio Iturralde, “Una visita al castillo de Javier antes de su restauración”, *op. cit.*

<sup>90</sup> Repetido por ejemplo en V. Valiente, *op.cit.*, p. 21. Y por el propio Juan Iturralde en “El arquilla arábigo-persa de Leire” en *B. C. M. H. A. N.*, 1895, p. 103. No podía faltar Arturo Campión, en *Euskariana. Novena serie* (segunda ed., imp. de J. García, Pamplona, s. f. -¿1929?-) p.113. También repetido por Fermín Izurdiaga, *El cardenal Cisneros*, Ediciones para el bolsillo de la camisa azul, Bilbao, ¿1941?, p. 6. De nuevo en Tomás Biurrun Sóttil, *El Arte Románico en Navarra. Su aspecto monumental y educativo*, Aramburu, Pamplona, 1936, p. 64. Manuel Iribarren variará un poco: “raíz y corazón de Navarra” (*Navarra. Ensayo de biografía, op. cit.*, p. 98). Además Eladio Esparza, *Nuestro Francisco Javier*, Ed. Leyre-Aramburu, Pamplona, 1941, p. 16. Y, como última muestra, Carlos Clavería, “Influencia espiritual de Leire en Navarra”, en *Pregón*, n° 16, 1948.

<sup>91</sup> *Aviso pastoral que el Excmo. e Illmo. Sr. Obispo de Pamplona dirige al clero y pueblo de su diócesis con motivo de la propaganda anti-católica de nuestros días*, Imp. de Erasun, Pamplona, 1865, p. 7.

<sup>92</sup> Cfr. Juan Iturralde, “La leyenda de San Virila de Leire”, *op. cit.*

<sup>93</sup> Bernardo Estornés, *Historia del País Basko*, Ed. Vasca, Zarauz, 1933, p.134.

<sup>94</sup> F. Izurdiaga, *op. cit.*

<sup>95</sup> Cfr. con Campión : “Pocos monumentos de su clase le aventajarían en magnitud, elegancia y majestad” (*Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 287). También con R. Querejeta y Berazadi, *op. cit.*, p. 276: “El castillo que en otros tiempos fue suntuosísimo[...]” Otro tanto Jaime del Burgo, quien habla de la “suntuosidad y boato” del edificio (Cfr. Jaime del Burgo, *Navarra*, Ed. Everest, León, 1966, p. 116).

<sup>96</sup> J. Iturralde, *Memoria, op. cit.*, p. 19. Es cierto que Iturralde también habla a veces del fasto de Olite, pero para él, mucho más que palacio, Olite es castillo guerrero.

todo mérito artístico para la Comisión de Monumentos de 1845, que recomendó ‘la enajenación absoluta del edificio’<sup>97</sup>.

Curiosamente, la frase retórica, efectista y pertinente tiene la extraña capacidad para sobrevivir a las intenciones concretas de sus autores. La repetición de un breve cliché -como por ejemplo el de “corte y corazón de Navarra”- se revela más duradera que el fondo ideológico de los textos. A causa de ello, Campián o Iturralde pueden ser citados por navarristas y nacionalistas, aunque discrepen de muchas de sus ideas, sin ni siquiera necesidad de argumentar su presencia. En definitiva, la reiteración de los mismos tópicos deja espacio a la diferencia ideológica. Euskaros, nacionalistas y navarristas coincidieron en las ruinas pero, en el fondo, no les dieron el mismo sentido.

### **Una ruina fugaz: el castillo del Santo Javier.**

Hemos afirmado que las ruinas son objeto de un tipo de reflexión común, no importa el nombre que éstas tengan. Es preciso ahora ilustrar esta afirmación de un modo más sistemático. Dejaremos los casos emblemáticos de Olite y Leyre para acercarnos a una ruina poco corriente: el castillo de Javier.

Su importancia como ruina es, efectivamente, escasa. Reconstruido en 1888, pierde la ocasión de producir una literatura apreciable bajo esta faceta<sup>98</sup>. No obstante, el tal vez único texto que se le dedica en cuanto desolado posee un notable interés, tanto por su estructura como por su intenso simbolismo. Se trata de un escrito de Iturralde y Suit, titulado ‘Una visita al castillo de Javier antes de su restauración’<sup>99</sup>.

---

<sup>97</sup> Pascual Madoz, *Diccionario Geográfico-estadístico-histórico de Navarra*, Ámbito Ed., Valladolid, 1986, p.168. Facsímil de la edición original de 1845-50. A Emilio Quintanilla Martínez (Cfr. *La Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1995, p. 33) esta actitud le parece “increíble” e “incomprensible”, dada la atención que merecerá posteriormente la conservación de Leyre a la Comisión. Sorpresa similar le causa a María del Puy Huici Goñi (‘Las Comisiones de Monumentos Históricos y Artísticos con especial referencia a la Comisión de Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 189, 1990). Sin embargo, ésta que hoy nos parece una falta de “sensibilidad artística”, es más común de lo que pudiera pensarse. Así, Pedro Madrazo (*op. cit.*, tomo II, p. 490) escribe a propósito de las esculturas de la portada de Santa María la Real de Sangüesa: ‘La estatuaria y el bajo-relieve son de un estilo bárbaro [...]. Las figuras adosadas a las columnas [...] son de [...] tan monstruosa forma, que no ofrecen semejanza alguna con los que se ven en otras iglesias románicas de fuera del país; por lo cual casi me atrevo a sospechar que son obra de escultor vasco poco perito’. Con toda seguridad inspirándose en el texto de Madrazo, aunque sin citarlo, Carlos Justi, notable crítico de arte alemán, especialista en arquitectura francesa, holandesa y española, afirma otro tanto en las páginas de la prestigiosísima *Guía Baedeker de Arte*. Dicho sea de paso que si Leyre no obtuvo la admiración de Madoz, Olite y Javier no merecieron más que una brevísima mención (véanse voces ‘Olite’ y ‘Xavier’ en P. Madoz, *op. cit.*). Curiosamente sí despierta su interés el Monasterio de la Oliva, por entonces propiedad de los Iñarra (Cfr. Voz ‘La Oliva’).

<sup>98</sup> Como se podrá suponer, el lugar una vez reconstruido sí posee una amplia literatura.

<sup>99</sup> Juan Iturralde y Suit, ‘El castillo de Javier, antes de su restauración’, en *Revista Euskara*, 1883. Reeditado en *B. C. M. H. A. N.*, 1920, con el título ‘Una vista al castillo de Javier antes de su restauración’. Manejaremos esta edición.

Iturralde comienza narrando su viaje al monasterio de San Salvador de Leyre, el “en otro tiempo célebre y hoy olvidado monumento”<sup>100</sup>, en compañía de otra persona que no interviene en el relato - y que muy bien pudiera ser Madrazo<sup>101</sup>-. Pretenden “*leer* entre sus ruinas venerandas algo de su grandioso pasado”<sup>102</sup>, a fin de escribir una monografía. Pero en el camino otro texto, otra ruina, imprevista en cuanto desconocida, atraparé su atención. El descubrimiento no tiene lugar sin intermediarios y no se trata precisamente de eruditos. Iturralde y su acompañante encuentran en el camino un grupo de labradores, entre los que se incluye una mujer enferma. De pronto uno de los campesinos grita: “¡El Castillo!”, mientras todos hincan su rodilla en el suelo y rezan una oración.

‘En aquel momento llegamos a su lado y observamos con curiosidad aquella escena *cuya significación ignorábamos*, pero que sin embargo nos inspiraba respeto.

[...]

Después de concluido el rezo, -‘Qué San Francisco Javier te sane!’- dijo el anciano, levantándose y dirigiéndose a la mujer.

[...]

Las primeras palabras que oímos al llegar a aquel sitio y las que el viejo acababa de pronunciar, *nos dieron la clave del enigma*. Efectivamente: a corta distancia se divisaba un vetusto castillo, cuyos muros festonados de almenas, revelaban la morada feudal, al pie de la cual se agrupaban casas de pobrísima apariencia.”<sup>103</sup>

En este momento el relato se interrumpe. Ha llegado ya, narrativa y retóricamente, al lugar que interesaba: el castillo de Javier. Y como sucedía en los casos de Olite y Leyre, la ruina se abre de inmediato a las preguntas de Iturralde, relatando su historia y la de su protagonista, San Francisco Javier.

---

<sup>100</sup> *Ibidem*, p. 88.

<sup>101</sup> Por lo menos Iturralde acompañó a éste en varios de sus viajes por la provincia, incluyendo una visita a Javier (Cfr. P. Madrazo, *op. cit.*, p.497.).

<sup>102</sup> J. Iturralde, “Una visita al castillo de Javier antes de su restauración”, *op. cit.*, p. 88.

<sup>103</sup> *Ibidem*, p. 88. *Cursivas mías*.

‘Este era el pueblecillo de Javier: el castillo, la cuna de San Francisco, el Apóstol de las Indias y del Japón.’<sup>104</sup>

La ruina y el santo sirven como desencadenantes de una reseña de la historia de Navarra, en esta ocasión centrada en el siglo XVI:

‘En aquella época triste y azarosa que presenció el fin de la gloriosa y antiquísima monarquía navarra, no derrocada en buena lid, sino por medio de las malas artes de la intriga, del *furto* y de la *maña*.’<sup>105</sup>

Unas pocas líneas sirven para enlazar un motivo principalmente religioso con un motivo político como la anexión de Navarra a Castilla. El célebre jesuita se erige además en símbolo de los destinos de Navarra; una réplica pacífica de los sangrientos (pero, para Iturralde, también heroicos) conquistadores españoles:

‘[...] casi en los momentos mismos en que Hernán Cortés realizaba sus homéricas hazañas, apoderándose con un puñado de soldados españoles del inmenso imperio mejicano y hacía flotar el estandarte de Castilla *sobre arroyos de sangre*, otro conquistador sublime, Francisco de Jaso y Azpilicueta, sin más armas que una Cruz de palo y el Evangeliario en el corazón [...] lánzase sólo a regiones desconocidas; convierte cincuenta y dos reinos; [y] bautiza por sí mismo un millón de idólatras [...].’<sup>106</sup>

Iturralde prosigue glosando “la importancia que en otro tiempo tuvo” el “vetusto castillo”<sup>107</sup>. Reconstruye verbalmente su estado original, describiendo detalladamente sus partes principales. En cada lugar reconoce huellas de la vida del santo. A pesar de haber prometido que se limitaría a describir el edificio<sup>108</sup> y, sobre todo, de la “casualidad” de su encuentro, la piedad patriótica y religiosa de nuestro autor se desborda:

---

<sup>104</sup> *Ibidem*.

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 89. Las cursivas esta vez son suyas. La expresión se refiere a la que utilizó Fernando el Católico en una carta al Conde de Lerín dándole instrucciones de cara a la conquista del reino.

<sup>106</sup> *Ibidem*. Cursivas y corchete míos. El texto continúa glosando las hazañas del Santo.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 92.

<sup>108</sup> *Ibidem*, p. 90.

‘No es fácil expresar la curiosidad, la emoción, el respeto de que se siente el alma poseída al recorrer aquella venerada morada donde *las piedras mismas parecen hablar* del varón heroico que vio en ella la luz primera; donde hasta el aire parece saturado, si así puede decirse de los recuerdos de sus portentosas empresas.’<sup>109</sup>

Como era de esperar, Iturralde critica la “*punible indiferencia*”<sup>110</sup> con la que los navarros miran Javier. Esta vez los culpables no son, como sucedía en Olite, los actuales lugareños. Al contrario, han sido ellos quienes han revelado con su ofrenda el monumento a Iturralde. No es la única vez que esto sucede. También en “La leyenda de San Virila de Leire”<sup>111</sup> es la “memoria del pueblo” quien conserva la vieja historia olvidada. Conviene tomar nota de esta heterogeneidad en la atribución de culpas e inocencias.

El lamento por el olvido no afecta sólo al castillo de Javier sino que, por la familiaridad que guardan las ruinas entre sí, se extiende al monasterio de Leyre, jugando una vez más con el conocido contraste entre el pasado glorioso y el presente desolado.

‘[...] el célebre monasterio de San Salvador de Leire, entonces floreciente y poderoso, hoy casi convertido en escombros, víctima del vandalismo revolucionario y de la ignorancia, que no sólo destruyeron estúpidamente una inestimable joya religiosa, histórica y artística, sino que dejaron rodar por el suelo las sagradas osamentas de nuestros antiguos Reyes navarros! [sic].’<sup>112</sup>

El “tropiezo” de Iturralde con Javier no impide que el resultado final haya sido el mismo que se hubiera producido de haberse llevado a buen término la visita a Leyre. Una ruina ha sido sustituida por otra, pero las operaciones efectuadas sobre ésta no difieren en lo sustancial de las que se habrían realizado sobre aquélla. Es la “poesía del recuerdo”<sup>113</sup> de la que habló Iturralde en otra ocasión. Una poética -como veremos en el próximo capítulo- fiel *ancilla* de la política.

---

<sup>109</sup> *Ibidem*, p. 93. Cursivas mías.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 90.

<sup>111</sup> J. Iturralde, “La leyenda de San Virila de Leyre”, *op. cit.*, p. 135.

<sup>112</sup> J. Iturralde, “Una visita al castillo de Javier antes de su restauración”, *op. cit.*, p. 94.

<sup>113</sup> Juan Iturralde, “Recuerdos de Ujué”, en *Obras IV*, *op. cit.*, p. 243.

### **Las ruinas sin nombre.**

No sólo los edificios concretos pueden arruinarse. En ocasiones la temática de las ruinas no emplea nombres propios ni señala hacia un monumento concreto. Caseríos, bosques, ermitas, cruces, castillos, palacios rurales, etc., son las principales ruinas genéricas, los humildes lugares que, en ausencia del título que pregonan las grandes ruinas históricas, desempeñan la misma labor que aquéllas. Valgan como primera muestra las palabras de Julio Altadill respecto a los caseríos:

‘Esos bellísimos caseríos [...] te darán idea [...] de *lo que es* el pueblo euskaro, *hoy pequeño pero grande antaño*; ese pueblo está *a maravilla representado* por estos caserones que fueron *palacios y castillos*; hoy casa resquebrajada, remendada, tal vez amenazada de ruina y que suscita una *inmensidad de remembranzas* al espíritu investigador y comparativo.’<sup>114</sup>

Por tanto la ruina no necesita tener un nombre propio ni ser tratada de forma individual. Está íntimamente unida al resto de los desolados y admite sin problemas una consideración colectiva, aunque borre sus rasgos privativos. Su función es siempre la de recordar un pasado glorioso, unos antepasados heroicos, una esencia colectiva sagrada y, a continuación, volverla ausente, contrastándola con su estado contemporáneo. La pluma de Julio Altadill nos proporciona otra muestra del tratamiento colectivo de las ruinas:

‘Recubiertos con la venerable patina de los siglos, los monumentos medioevales, rebosando la poesía de las tradiciones, exhalando el aroma de glorias históricas, circundados del misterio como las sepulturas de los nobles antepasados, pletóricos del ideal sentimiento que les relacionan con las crónicas de lejanas edades, *sagrarios* de arcanos indescifrados, los unos en pie a pesar del embate de los aquilones, los otros iniciada su ruina bajo la pesadumbre constante de las centurias; esas piedras, como *páginas evocantes de nuestro ayer*, son acreedores a [sic] nuestro respeto, *estudio y veneración*, en tan alto grado como *títulos que nos dignifican*, como *patentes que ennoblecen*.

Al visitarlos, nuestra imaginación *reconstituye en su fantasía* los acontecimientos más refulgentes consignados en nuestros Anales: corrobóramos la fe de nuestros mayores, la esplendidez sin tasa de nuestros reyes, la rígida

---

<sup>114</sup> J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 589. Cursivas mías.



austeridad de las órdenes benedictinas, las deslumbradoras galas de los monjes cluniacenses; [...] adquirimos el convencimiento de la superioridad de aquellos ilustres ascendientes laborando sin cesar por la patria, cuando con el hierro del trabajo, cuando con el acero de la guerra; y perpetuado en esas construcciones ciclópeas por sus proporciones y asombrosas por su ornamentación, los magnos acontecimientos de sus días esplendorosos.”<sup>115</sup>

La ruina es parte de la historia en el sentido etimológico de *ιστωρ*, “testigo” e *ιστορια*, “testimonio”<sup>116</sup>. Bien es cierto que es testimonio cubierto de polvo, casi agotado por la indiferencia, que ha yacido como muerto hasta que, gracias al historiador “piadoso”, ha podido volver a la memoria de sus dueños. Respondiendo a su conjuro, escribe Uranga,

“Las reliquias del pasado se levantan del sueño en que duermen y vienen a dar testimonio de la verdad, a decirnos qué fueron las generaciones pretéritas, cómo pensaron y sintieron los hombres que nos han precedido en la ocupación de la tierra.”<sup>117</sup>

Julio Altadill sueña con una completa “Geografía histórica de Navarra” que proceda sistemáticamente a “la enumeración de los pueblos que existieron, los monasterios deshabitados, los castillos arruinados o desaparecidos, vías de comunicación extinguidas, nombres geográficos ya en desuso”<sup>118</sup>. De tener fuerzas para llevarla a buen término, escribe emocionado, esos lugares ruinosos “surgirían en ese mapa como nuevos Lázarus evocados por la voz del historiador”<sup>119</sup>. Tampoco la minuciosa catalogación que lleva a cabo de los *Castillos medioevales de Nabarra*<sup>120</sup>, las “mansiones de nuestra raza”<sup>121</sup>, tiene un propósito exclusivamente científico o turístico. Esta circunstancia se pone rotundamente de manifiesto en el prólogo:

---

<sup>115</sup> *Ibidem.*, p. 668. Cursivas mías. Repárese en la insistente metáfora de la ruina como texto.

<sup>116</sup> Cfr. Jacques Le Goff, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, Paidós, Barcelona, 1991, pp. 21 y ss.

<sup>117</sup> José Esteban Uranga, “Vestigios del culto al toro en Sos”; en *B. C. M. H. A. N.*, 1926, p. 415.

<sup>118</sup> Julio Altadill, “Geografía histórica de Navarra”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1917, p. 110.

<sup>119</sup> *Ibidem.*, p. 113.

<sup>120</sup> J. Altadill, *Castillos medioevales de Nabarra*, *op. cit.*

<sup>121</sup> *Ibidem.*, p. 10. En el trabajo de Juan Iturralde y Suit, “Los castillos de Navarra, durante la Edad Media”, publicado en la *Revista Euskara*, 1883, éstos ya proclaman “nuestro brillante pasado” (p.193).

‘La Nabarra que vas, lector amable, a contemplar con sus viejos murallones, sus angostas saeteras y puntiagudas almenas [...] *ha de evocar en ti una consideración tal vez nunca experimentada, como la atención suscitada al viajero curioso y al turista erudito. Con mis líneas intento no sólo satisfacer tu curiosidad, sino también revivir en tu alma la memoria de los belicosos siglos que en esas fortalezas defendieron, resguardaron y atalaron a la población nabarra [...].*

Acompáñame en esta excursión; *penetra* con mi relato en el interior de esos recintos fortificados, da en ellos *rienda suelta a tu imaginación; reviste con la fantasía* de tus facultades aquellas pétreas y ciclópeas masas [...].”<sup>122</sup>

Ciñéndonos al objeto del epígrafe hay que subrayar que la temática de las ruinas no se detiene ante los edificios. También el euskera, los fueros, los bosques y el folklore se encuentran en ruinas para nuestros autores. El euskaro Campián, por ejemplo, lamenta ‘la ruina del bascuence’<sup>123</sup>. Joaquín Beunza clama contra ‘la ruina de nuestras leyes’<sup>124</sup>. En lo que se refiere a los bosques, el navarrista Julio Gúrpide incluye las repoblaciones dentro de la ‘admirable labor de reconstrucción de nuestras ruinas venerandas’<sup>125</sup> llevada a cabo por Diputación. Respecto al folklore, la metáfora es más excepcional pero no deja de tener importancia. Leemos en la revista *Pregón* de 1950:

‘Cuando hace unos años comenzó Navarra a conocer su folklore, encontró el edificio de la danza deshecho y en ruina completa por el abandono y olvido absoluto en que los mismos navarros le tuvieron.’<sup>126</sup>

Es interesante constatar cómo la contemplación de las ruinas origina dos actitudes muy diferentes, una esperanzada y otra pesimista. La visión de Olite, por ejemplo, aviva la ilusión de *La Voz de Navarra* por una pronta unión de los navarros:

---

<sup>122</sup> *Ibidem*, pp. 9-10. Las cursivas son mías.

<sup>123</sup> Arturo Campián, *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara*, Est. Tipográfico de E. López, Tolosa, 1884. También Pedro Uranga utiliza la metáfora arquitectónica con el euskera. En un informe de 1897 dirigido a Diputación reclama ayudas para salvar ‘las ruinas del más antiguo monumento de nuestra raza’. Cfr. Pedro Uranga, ‘En favor del vascuence’, en *Euskal-Erria. Revista Bascongada*, tomo XXXVI, 1897, p. 256.

<sup>124</sup> Joaquín Beunza, ‘El fuero de Navarra’, en *Diario de Navarra*, 18-VII-1920, suplemento II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.

<sup>125</sup> Julio Gúrpide Beope, *Navarra foral siempre española. Divulgación foral*, Aramburu, 1953, pp. 31-32.

<sup>126</sup> I. C. (I. S. En el sumario), ‘El renacimiento de la danza’, en *Pregón*, nº 25-26, 1950.

‘[...] es posible que su execración uniera a las gentes, y que a la vista del hundimiento de sus torres y arcos encendiera en los pechos el ansía de las alturas y el anhelo de expiación y desagravio al genio de la raza.’<sup>127</sup>

El caso contrario lo ejemplifica el protagonista de la novela de Eladio Esparza *La novia*<sup>128</sup>, quien dedica todo su ocio a visitar los desolados de la provincia. Su idea consiste en luchar “con todo su entusiasmo [...] por la restauración de los viejos monumentos”<sup>129</sup>. Sin embargo, la crueldad de los desolados provoca su desencanto:

‘[...] comprendió que era un Quijote, mientras veía con pena que la lluvia desmoronaba los hermosos capiteles y la brocha audaz, mercenaria, tapaba con estúpidos colores y ridículas púrpuras los pórticos bellos y las vigorosas columnas.’<sup>130</sup>

### **La invocación de los muertos.**

Las ruinas están pobladas con los espíritus de los antepasados. Unos espíritus que como los de *Una vuelta de tuerca*, de Henry James, no se muestran a todos los mortales, pero que el poeta con conciencia histórica puede percibir. Las apariciones fantasmales abundan extraordinariamente en la literatura navarra, especialmente entre los románticos euskaros. Hermilio de Olóriz<sup>131</sup> y Tomás de Ascárate<sup>132</sup> contemplan unos caballeros medievales en las ruinas de Olite; Iturralde experimenta *Una visión en las ruinas de Leyre*<sup>133</sup>; Nicasio Landa presencia el desfile de veinte generaciones de guerreros euskaldunas<sup>134</sup>; Onofre Larumbe ve pasar unos hábitos cistercienses entre las ruinas de la Oliva<sup>135</sup>, Máximo Ortabe lo hace en Iranzu<sup>136</sup>.

---

<sup>127</sup> “Poblet y Olite”, *La Voz de Navarra*, 5-IV-1927, p. 1. En adelante *L. V. N.*

<sup>128</sup> Eladio Esparza, *La novia*, Ed. Patria, Madrid, s. f.

<sup>129</sup> *Ibidem*, p. 127.

<sup>130</sup> *Ibidem*, p. 127.

<sup>131</sup> H. Olóriz, *Laureles y siemprevivas*, *op. cit.*, p. 183.

<sup>132</sup> Tomás de Ascárate, “El monumento navarro por excelencia”, en *D. N.*, 21-III-1912.

<sup>133</sup> J. Iturralde, *Obras*, vol. I, *op. cit.*, p. CLXV.

<sup>134</sup> Nicasio Landa, “Una visión en la niebla”, en *Revista Euskara*, 1878.

<sup>135</sup> Onofre Larumbe, “En el Real monasterio de Santa María de la Oliva. Fantasía”, en *Euskalerraren alde*, año IX, 1918.

<sup>136</sup> M. Ortabe, “Elegía de Iranzu”, *En el castillo de Tiebas*, *op. cit.*, p. 39.

En ocasiones algunos autores disfrutaban del privilegio de una conversación directa con ilustres personajes del pasado. Así, Fermín Izurdiaga dialoga con San Francisco Javier<sup>137</sup> en Leyre, y Ortabe de parte amigablemente con Navarro Villoslada, Olóriz y Campión muchos años después de sus muertes<sup>138</sup>. A menudo estas apariciones tienen como objeto instruir a los navarros del presente con la sabiduría de sus ancestros, salvándolos de situaciones especialmente críticas. Arturo Campión, por ejemplo, recibe “Los consejos de los tiempos pasados”<sup>139</sup> la noche de la derogación de los fueros vascos. De manera similar Luis de Añezkar, el protagonista de la novela homónima de Zapatero<sup>140</sup>, es visitado por un ascendiente que le muestra cómo solucionar sus problemas.

Podría aducirse que estas apariciones carecen de mayor trascendencia si no fuera por la extraordinaria importancia que tienen los antepasados en la cultura navarra. Los “ancestros”<sup>141</sup>, “los mayores”<sup>142</sup>; “huestros mayores”<sup>143</sup>; “huestros gloriosos y heroicos antepasados”<sup>144</sup>; “huestros abuelos”<sup>145</sup>; “huestros gloriosos padres”<sup>146</sup>; “huestros padres”<sup>147</sup>; “huestros remotos progenitores”<sup>148</sup>, “huestros legítimos genitores”<sup>149</sup>; “huestros antecesores”<sup>150</sup>, “las generaciones pasadas”<sup>151</sup>, etc., protagonizan a lo largo de casi un siglo la literatura local. Significativamente la reconstitución de sus lugares predilectos, las ruinas, será “un acto de verdadera piedad filial”<sup>152</sup>.

---

<sup>137</sup> F. Izurdiaga, *op. cit.*, p. 7.

<sup>138</sup> Cfr. M. Ortabe, *Navarra vuelve*, Imp. de J. García, Pamplona, 1952.

<sup>139</sup> En Arturo Campión, *Narraciones Baskas*, Beñat Idaztiak, Donostia, 1934.

<sup>140</sup> Félix Zapatero, *Luis de Añezkar*, Imp. de J. García, Pamplona, 1937 [es posible que sea errata; el *Nihil obstat* es de 1938], pp. 35-36.

<sup>141</sup> Estanislao de Aranzadi, *Reconstitución del Pueblo Euskaldún en la reconstitución de la Lengua*, Imp. y Lib. de J. Astuy, Bilbao, 1902, p. 4.

<sup>142</sup> Mariano Arigita y Lasa, “Reseña Eclesiástica”, en J. Altadill, *Geografía General*, *op. cit.*, p. 315.

<sup>143</sup> Luis Oroz Zabaleta, *Legislación administrativa de Navarra*, Artes gráficas, Pamplona, 1917 (tomo I), p. 75.

<sup>144</sup> Gervasio Etayo, *Paz y Fueros. La manifestación fuerista de Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona, 1893, p. 27.

<sup>145</sup> Serafín Olave, “El Pacto político como fundamento histórico general de la Nacionalidad Española y especialmente como manifestación legal de la soberanía independiente de Navarra”, en AA. VV., *Temas Forales*, Dip. Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1966, p. 165. Es facsímil del original de 1878.

<sup>146</sup> *Ibidem*.

<sup>147</sup> Salvador Echaide, “La Diputación de Navarra. Su origen y organización”, en *Revista Euskara*, 1881, p. 104.

<sup>148</sup> Estanislao de Aranzadi, “Dulcis Amor Patriae”, en *Navarra Ilustrada*, Imp. de N. Marcelino, Pamplona, 1894, p. 2.

<sup>149</sup> Eladio Esparza, “Literatura”, en *Navarra*, n° 1, 1925. Sin paginación.

<sup>150</sup> M. Ortabe, *En el castillo de Tiebas*, *op. cit.*, p. 39.

<sup>151</sup> Bernardo Estornés Lasa, *Orígenes de los vascos* (4 Tomos), Ed. Auñamendi, San Sebastián, 1965, tomo IV, p. 17.

<sup>152</sup> R. Gaztelu, *op. cit.*, p. IX.

Como veremos más adelante, las realidades más importantes de la cultura política navarra son una herencia de los antepasados. De esta forma el fuero, en palabras de Beunza, “es el alma de nuestros antepasados, revelada en fórmulas jurídicas”<sup>153</sup>; y el euskera, según Gúrpide, un “legado de nuestros antepasados”<sup>154</sup>. Otro tanto sucede con los caseríos, los bosques, la toponimia y el folklore.

Los antepasados son invocados para cualquier cometido, casi por inercia. En el suplemento del *Diario de Navarra* al segundo Congreso de Estudios Vascos, por ejemplo, se los emplea para hablar de Ujué, de costumbres populares<sup>155</sup>, de los santos locales<sup>156</sup>; de la Baja Navarra<sup>157</sup>; del feminismo<sup>158</sup>, de la legislación local<sup>159</sup> y del papel de los municipios<sup>160</sup>. Significativamente una guía turística de 1926 se ofrece no sólo para el visitante sino también “para los navarros entusiastas de sus antepasados”<sup>161</sup>.

Es importante hacer notar que la omnipresencia de los ancestros no es una característica exclusiva del romanticismo tardío de los euskaros. Aunque en menor medida, su evocación es también habitual entre los navarristas de la postguerra. En concreto, Gúrpide Beope los invoca asiduamente en sus libros escolares. Para Iribarren Paternáin, un autor en cierta medida iconoclasta, la Navarra de 1956 se distingue por “el culto a los antepasados”<sup>162</sup>. También en Lorategi, el pueblo imaginario inventado por Eladio Esparza<sup>163</sup>, sus habitantes “rinden culto a la memoria de nuestros abuelos”. Hay allá, escribe, “una especie de comunión con los muertos, un enlace de las generaciones”<sup>164</sup>. En 1956, en un contexto en principio tan poco propicio para este tipo

---

<sup>153</sup> J. Beunza, “El Fuero de Navarra”, *op. cit.*

<sup>154</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 84.

<sup>155</sup> Luis Goñi Urrutia, “Euskalerriko Oiturak”, en *Diario de Navarra*, 18-VII-1920. En adelante *D. N.*

<sup>156</sup> Florencio Laguardia, “San Saturnino, San Fermín, San Francisco Javier”: “A la invocación de estos nombres, las generaciones de los antepasados se conmueven en sus tumbas y parece nos dicen: Navarros, si quereis restaurar la patria, comenzad por ‘vivir’ la religión [...]”. En *D. N.*, 18-VII-1920.

<sup>157</sup> Ver el discurso del vicepresidente Oroz con motivo de la excursión a San Juan de Pied-de-Port, en *D. N.*, 23-VII-1920.

<sup>158</sup> Pedro Uranga, “Una mirada al pasado”. En *D. N.*, 18-VII-1920.

<sup>159</sup> Victor Pradera, “¿Debe existir un Derecho foral navarro?”, en *D. N.*, 18-VII-1920. La respuesta es que sí, “y es un *deber filial* de los navarros el defenderlo”[cursivas mías].

<sup>160</sup> Eladio Esparza, “Cinco Villas”, en *D. N.*, 18-VII-1920.

<sup>161</sup> Joaquín Ilundáin, *Guía de Pamplona y de las atracciones histórico artísticas de Navarra*, Imp. de T. Bescansa, Pamplona, 1926, p. 7.

<sup>162</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 308.

<sup>163</sup> Eladio Esparza, “El amor en la parte contraria” en *De cuando éramos novios*, Ed. Gómez, Pamplona, 1943.

<sup>164</sup> *Ibidem*, p. 142. Cfr. Rodney Gallop, *Los vascos*, Ediciones Castilla, Madrid, 1948. Escribe este autor inglés a propósito de los vascos: “No hay sobre la faz de la tierra raza más conservadora que ellos. A los aitzinekoak, ‘aquellos que se han ido antes’, se les tiene la más profunda veneración y sus ideas se consideran como un sagrado modelo, del que las generaciones posteriores no deben apartarse ni una pulgada” (p. 54).

de invocaciones como un seminario de derecho navarro, José Joaquín Montoro afirma que “los verdaderos príncipes o reyes de las casas navarras-montañesas no son los vivos sino los antecesores”<sup>165</sup>.

También los nacionalistas coinciden en invocar a los ancestros. Valga ahora sólo una muestra: desde las páginas de *Amayur* Julio Ruiz de Oyaga anima en 1931 a “que cada uno se mire en el espejo de su ascendiente”<sup>166</sup>. En resumen, todas las ideologías locales coincidieron en el afán por demostrar “*que somos dignos de aquellos abuelos nuestros; tan grandes en la Fe, tan sabios en el legislar; tan firmes en la defensa de la Patria*”<sup>167</sup>.

### **El olvido punible.**

“La raíz de todos los males está en el olvido, en el desconocimiento casi absoluto de nuestra sin igual historia.”<sup>168</sup>

Hemos visto cómo las ruinas acusaban a los navarros del presente de haberse olvidado de ellas. Para nuestros autores esa amnesia no es puntual, excede los lugares concretos. Es un indicio del descuido de Navarra por parte de sus propios hijos. Como escribe Iturralde, “los que con tan fría indiferencia” contemplan los monumentos “y tan vergonzosamente los olvidan, no tienen fe en el alma ni cultura en la inteligencia ni patriotismo en el corazón”<sup>169</sup>.

El “desengaño”<sup>170</sup> que media entre el descubrimiento del pasado glorioso del reino y su estado actual le lleva a Campión a expresarse en términos muy similares, en un artículo suyo de 1888 que lleva por título “El patriotismo Nabarro”<sup>171</sup>. Según afirma,

---

<sup>165</sup> José Joaquín Montoro, “Orígenes y factores del Derecho Navarro”, en *D. N.*, 19-V-1956.

<sup>166</sup> J. R. [Julio Ruiz de Oyaga], “Nabarros”, en *Amayur*, 23-V-1931, p. 1.

<sup>167</sup> “Saludo”, en *D. N.*, 18-VII-1920. Cursivas mías.

<sup>168</sup> “Salvemos la patria”, en *Amayur*, 23-V-1931, p. 1.

<sup>169</sup> J. Iturralde, *Obras*, vol. I, *op. cit.*, p. XCI.

<sup>170</sup> V. Valiente, *op. cit.*, p. 16.

<sup>171</sup> A. Campión, “El patriotismo Nabarro”, *op. cit.*

la causa profunda de las ruinas estriba en el abandono de las tradiciones históricas de Navarra, en haberse apartado de la senda marcada por los ancestros:

‘Para que aquellas soberbias fábricas hayan venido a tierra ha sido preciso que se rompiera el hilo de las tradiciones nabarras, que el recuerdo de los hechos históricos se debilitase, alterándose al mismo tiempo su significado, y que las tendencias que anteriormente nos movían a perpetuar y desarrollar nuestra personalidad fuesen sustituidas por otras tendencias totalmente indiferentes a nuestro modo de ser: los santuarios ruinosos y desiertos siempre significan la decadencia de la fe.

[...]

Nabarra nos presenta el extraño fenómeno de un pueblo que presume de amante de la tradición y que ya apenas conserva tradiciones propias. Ha perdido la conciencia clara de lo que fue y por lo mismo ignora lo que debe ser”<sup>172</sup>

Al dejar arruinar sus monumentos, *sus signos*, Navarra se ha olvidado de sí misma. Cada ruina es un ejemplo de esta amnesia culpable. Campión completa esta respuesta a los orígenes de la decadencia con una tesis que incide nuevamente en la misma temática del olvido, aunque desde un ángulo más inesperado. El polígrafo pamplonés habla de la existencia de una “Constitución nabarra”, anterior a 1841, que por medio de una serie de mecanismos e instituciones conservaba la personalidad del país. Pues bien, en el pasado las autoridades que llevaban a cabo este cometido provenían de unas pocas familias.

‘Estas familias constituían en cada localidad un archivo viviente de las atribuciones y de las prácticas de esos múltiples organismos forales, familias que representaban la sucesión de la existencia nacional [...].’<sup>173</sup>

Hoy, por contra, esos empleos públicos “están en manos del demos, representado por su aristocracia la clase media”<sup>174</sup>. Esta nueva élite “desconoce la

---

<sup>172</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>173</sup> *Ibidem*, pp. 33-34.

<sup>174</sup> *Ibidem*, p. 34.

tradición histórica” y por lo mismo, critica Campión, es “incapaz de perpetuarla”<sup>175</sup>. En definitiva, su pecado consiste en no recordar las enseñanzas del pasado.

El olvido es también el tema central de uno de los relatos cortos más hermosos de este mismo escritor: *El último tamborilero de Erraondo*<sup>176</sup>. Campión narra la historia de Pedro Fermín Izco, un tamborilero que regresa a Erraondo<sup>177</sup>, su pueblo natal, después de cincuenta años de estancia en América, adonde emigró “por no servir a Carlos V ni a María Cristina”<sup>178</sup>. Su única ilusión es hacer bailar a sus paisanos con su chistu y su tamboril antes de morir. Apenas conoce el castellano, pues en América había tantos vascos que pudo desenvolverse con el euskera.

Conforme se acerca a Erraondo advierte los cambios que se han sucedido desde su partida. El paisaje se ha secado, los hayedos y robledales han desaparecido y en su lugar se divisan inmensos campos de trigo y polvo. Cuando entra en el pueblo repara en el novedoso atuendo de las mujeres. Incluso el aspecto físico de los habitantes se ha alterado: Fermín es de tez clara, los nuevos erraondarras son de tez morena. Además hablan en castellano, “un castellano duro, rajante, contraído, modulado con asperezas de carretero”<sup>179</sup>. También el nombre del lugar ha cambiado. Ahora le llaman “Raondo”.

Pese a todo, Izco, entregando su regalo a sus paisanos, se pone a tocar el chistu. La gente que se ha juntado curiosa a su alrededor le interrumpe.

“La borrachera, o qué, t’a dau por chiflar, agüelo?”<sup>180</sup>

Fermín responde en euskera pero nadie entiende esa lengua. “Nosotros no semos montañeses, rejones! Guárdate tu vascuenz pa los d’arriba!”<sup>181</sup>. En su mal castellano - aunque mucho más dulce que el de los raondarras- les responde que es nativo del pueblo, que es montañés y vasco y que la música que toca es de allí. Pero los

---

<sup>175</sup> *Ibidem*.

<sup>176</sup> Arturo Campión, “El último tamborilero de Erraondo”, en *Obras Completas de Arturo Campión, II. Fantasía y realidad (II)*, Mintzoa, Iruña, 1983, pp. 79-89.

<sup>177</sup> Erraondo, o Raondo -como le llaman los nativos a la vuelta de Pedro Fermín- no existe, pero por otras indicaciones geográficas (la Peña de Izaga y la Higa de Elo - Monreal-), lo podemos suponer en la zona de Ibargoiti o Valle de Unciti. Es una buena elección. En el mapa lingüístico del príncipe Luis Luciano Bonaparte de 1863 (Stanford’s Geographical Establishment, London) toda esa zona figura como vasco-hablante, aunque con tendencia a la pérdida. En menos de medio siglo la lengua vasca habrá desaparecido del todo.

<sup>178</sup> *Ibidem*, p. 80.

<sup>179</sup> A. Campión, “El último tamborilero de Erraondo”, *op. cit.*, p. 85.

<sup>180</sup> *Ibidem*, p. 86.

<sup>181</sup> *Ibidem*.



congregados se muestran incrédulos: han perdido hasta la memoria de lo que eran hace cincuenta años. Sólo algunos ancianos ochentones confirman que allá se hablaba vasco.

Pedro Fermín sale apenado del pueblo. En el camino encuentra un roble solitario.

‘Eres como yo - dice-: un testigo de las cosas que fueron; la sequedad y el polvo te rodean, como a mí. Pronto morirás, como yo moriré pronto, y entonces ni aun el recuerdo del bien perdido sobrenadará en la memoria de otros dos viejos. Oh miseria sobre todas las miserias: ni aun el recuerdo!’<sup>182</sup>

El olvido no sólo es un protagonista de los textos más específicamente literarios de la cultura navarra. Muchos de sus escritos “científicos” abundan en la misma temática. Buena muestra de ello es el estudio geográfico sobre Oroz Betelu realizado por Leoncio Urabayen<sup>183</sup> en 1916. Hay que advertir que, no obstante su actividad política nacionalista, los libros de Urabayen se destacan habitualmente por la frialdad científica del código que emplea<sup>184</sup>. La mayor parte de la monografía a la que hacemos referencia se atiene a esta regla. Sin embargo, bajo ese lenguaje distante y cientifista, todavía podemos descubrir rasgos que recuerdan mucho al relato de Campión anteriormente citado.

El Oroz-Betelu descrito por Urabayen lleva camino de convertirse en otro “Raondo” más. Después de dedicar varias páginas a la descripción geográfica del lugar, Urabayen destaca la precaria situación del “euzkera” en la zona, próximo a desaparecer. ‘Pérdida lamentable’, escribe, ‘que trae consigo una relajación de la personalidad vasca’<sup>185</sup>. En apoyo de esta teoría cita a Juan Jacobo Elías Reclus: ‘en el idioma es donde se moldea el pensamiento y sin cesar influye sobre el cerebro mismo’<sup>186</sup>. En consecuencia, y como sucedía en Erraondo, el olvido de la lengua se vincula con sustanciales modificaciones físicas, culturales y paisajísticas.

---

<sup>182</sup> *Ibidem*, p. 89.

<sup>183</sup> Leoncio Urabayen, *Oroz-Betelu. Monografía geográfica*, Real Sociedad Geográfica, Madrid, 1916.

<sup>184</sup> Un erudito tan serio y tan crítico respecto a la historiografía nacionalista como Julio Caro Baroja lo cita aprobatoriamente con cierta frecuencia; cf. *Los vascos*, Istmo, Madrid, 1971, pp. 50 y 110.

<sup>185</sup> L. Urabayen, *Oroz-Betelu, op. cit.*, p. 20.

<sup>186</sup> *Ibidem*.

“Y al igual que con la lengua ha pasado con la raza, si bien el origen de esta *decadencia* tiene raíces más antiguas. El trabajo del bosque y el cuidado de ganado, la vida montañesa es sana, mantenían el tipo vasco en toda su robustez; pero al iniciarse los cultivos de cereales en un pueblo que no reúne condiciones para ello sobrevino un cambio en la constitución física de los habitantes de Oroz-Betelu. [...] el antiguo tipo de hermosa presencia por su alta estatura y armoniosas proporciones, se achica y adelgaza, pareciéndose al campesino castellano, y se convierte en el hombre duro, encogido, magro, capaz de soportar tareas fatigosas y fuertes.”<sup>187</sup>

Urabayen subraya otras mutaciones: ha aumentado el abuso de alcohol<sup>188</sup>, “los vestidos típicos han desaparecido casi del todo”<sup>189</sup>; de las canciones populares y los bailes vascos “no queda ni recuerdo”<sup>190</sup>; la pelota vasca se descuida<sup>191</sup>; el bosque ha sido bárbaramente talado<sup>192</sup> y muchos oroztarras emigran<sup>193</sup>. Sorprendentemente la monografía no conduce a ninguna llamada al recuerdo. No es ese su lugar. Con todo la descripción científica de la amnesia de Oroz-Betelu resulta en conjunto tan efectiva como el “tratamiento literario” empleado por Campión<sup>194</sup>.

Como el idioma y las costumbres, también la legislación forma parte del conocimiento olvidado. Desde Salvador Echaide<sup>195</sup> en 1891 hasta Francisco Salinas Quijada<sup>196</sup> en 1979, pasando por Luis Oroz en 1925 y Justo Garrán<sup>197</sup> en 1941, entre

---

<sup>187</sup> *Ibidem*, p. 21. Urabayen acompaña la explicación de este cambio con fotografías de oroztarras de aspecto vasco y oroztarras morenos, ya degenerados.

<sup>188</sup> *Ibidem*, p. 22.

<sup>189</sup> *Ibidem*, p. 24

<sup>190</sup> *Ibidem*, p. 113.

<sup>191</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>192</sup> *Ibidem*, p. 37.

<sup>193</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>194</sup> Leoncio Urabayen publicó otra monografía sobre “Jaurrieta”, en la revista *Estudios Geográficos*, publicación del C. S. I. C. , nº 32, 1947. Su contraste con la de Oroz-Betelu, a pesar de la proximidad geográfica y la similar evolución social de ambas localidades, no puede ser más grande. No hay aquí rastro de agonía ni de olvido, a no ser una mención al uso del euskara en 1847, sacada de Madoz. Urabayen no parece encontrar ninguna identidad en retroceso en el pueblo salacenco. De hecho, el artículo contiene afirmaciones tan banales como esta: “La primera impresión es de un pueblo de juguete, de esos que suele pintar Walt Disney: alegre, pintoresco y feliz” (p. 8). Sobre las ideas de Urabayen puede verse el artículo de Alfredo Floristán Samames, “El pensamiento geográfico de Leoncio Urabayen”, en *Príncipe de Viana*, nº 195, 1992.

<sup>195</sup> Cfr. Salvador Echaide, *Apuntes sobre la aplicación del código civil en Navarra*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1891, p. 6.

<sup>196</sup> Cfr. Francisco Salinas Quijada, *Elementos de Derecho Civil de Navarra*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1979, especialmente la Presentación. Cfr., por ejemplo, con el comienzo de su estudio sobre “Las Arras en el Derecho Foral navarro” (en *Príncipe de Viana*, nº 5, 1941, p. 45): “Por ello juzgué un verdadero deber [...] quitar el polvo a las

otros, el tema del olvido y del desconocimiento de las leyes propias se escucha con frecuencia entre los estudiosos del derecho foral. En el prólogo de la *Legislación Administrativa de Navarra* del navarrista Luis Oroz Zabaleta, por ejemplo, leemos frases como las siguientes:

‘Triste es reconocer que el espíritu foral, aquel viejo espíritu de libertad e independencia que brilló siempre en la historia de Navarra, está visiblemente decaído y en camino de la muerte.[...]

El desconocimiento que existe de los fueros y leyes de Navarra, es uno de los signos más evidentes de nuestra decadencia. [...]

La decadencia del espíritu foral que lamentamos, se manifiesta también por el olvido en que se va dejando el derecho navarro.’<sup>198</sup>

Los temas del olvido y de la indiferencia de los navarros hacia su pasado, difundidos por los euskaros, están presentes asimismo entre navarristas y nacionalistas vascos. En lo que atañe a los primeros, un texto fundamental como el *Discurso sobre el fuero de Navarra*<sup>199</sup> de Eladio Esparza abunda una y otra vez en la falta de atención de sus paisanos hacia su legislación. Así, en un momento dado se pregunta:

‘El Fuero ¿interesa a alguno? ¿nos interesa a los navarros sinceramente? [...] ¿no creen ustedes que los exclusivamente preocupados por el Fuero cabríamos debajo de un paraguas? [...] ¿podemos decir decorosamente que le tenemos amor, que nos acordemos siquiera de él?’<sup>200</sup>

En lo que atañe a los nacionalistas, Ruiz de Oyaga declara solemnemente en la presentación del semanario *Amayur*: ‘y no descansaremos hasta llegar al corazón de los vascos todos y *despertarles del olvido de lo suyo y de su raza*’<sup>201</sup>.

---

antiguas instituciones, que tuvieron días esplendorosos, y que hoy se encuentran olvidadas sin un mal recuerdo de su ayer.’

<sup>197</sup> Cfr. sus quejas por el ‘ambiente olvidadizo’ que reina en la provincia respecto a su legislación civil, en Justo Garrán, ‘La Ley de 1841’, en *Príncipe de Viana*, nº4, 1941.

<sup>198</sup> L. Oroz, *op. cit.*, p. 9.

<sup>199</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el fuero*, *op. cit.*

<sup>200</sup> *Ibidem.*

<sup>201</sup> J. R. de Oyaga, [sin título], en *Amayur*, 23-V-1931, p. 1. Cursivas mías.

Es cierto que estos reproches, estas quejas por la negligencia memorística del pueblo navarro no carecen de sorprendentes inversiones que llevan a afirmar la fidelidad de su retentiva. Navarro Villoslada, por ejemplo, hace decir al godo Ranimiro:

‘En el pueblo vasco no se extinguen nunca los recuerdos. Dejaría de existir esa raza si llegara a perder la tradición.’<sup>202</sup>

Hacia el final de nuestro período, en 1956, Manuel Iribarren afirma que Navarra guarda en sus monumentos ‘un glorioso pasado que no ha dejado de ser presente’<sup>203</sup>. ¿No será precisamente ésta ‘La lección de Navarra’ en 1936, según Toni? ‘Navarra le ha dicho a España [...] todavía conservo la savia de mis antepasados’<sup>204</sup>.

Pese a la opinión de Navarro Villoslada, el ambiente general entre los euskaros es predominantemente pesimista. El olvido es el *pathos* prevaleciente. Los habitantes de Erraondo o los Oroz-Betelu son los representantes típicos del pueblo navarro. Gente que ha perdido, o está perdiendo aceleradamente, el recuerdo de cuanto es. Hermilio de Olóriz, esta vez no como poeta sino como historiador de la Guerra de la Independencia, efectúa amargamente el diagnóstico de esa locura que lleva a los navarros a renegar de su identidad:

‘[...] fuera en extremo doloroso notar cómo en un pueblo se extingue y desvanece lo que es vida y nervio de su espíritu; verle indiferente contemplando la pérdida de su personalidad; verle calificar de ajeno lo que es propio y de propio lo que es ajeno; menospreciar cuanto le infundió vida, cuanto le dio carácter, lengua, leyes, costumbres, tradiciones; *renegar de su historia* y ofrecernos el espectáculo triste de un hijo que ¡ingrato! Desconoce y vilipendia a la madre de sus entrañas.’<sup>205</sup>

---

<sup>202</sup> Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1977, p. 26.

<sup>203</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 311. Cursivas mías.

<sup>204</sup> Teodoro Toni Ruiz, S. J., *La lección de Navarra*, Imp. Aldecoa, Burgos, 1938 (2ª Ed.), p. 9. Cfr. con Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, pp. 303 y ss., y Federico García Sanchiz, *Navarra*, Ed. Aspas, Madrid, 1943. También con cualquier artículo de los de los años 1937-39, de *Vida Vasca*, especialmente el de Francisco López-Sanz, ‘Navarra lleva en su seno’, nº XVI, 1939.

<sup>205</sup> Hermilio de Olóriz, *Navarra en la guerra de la independencia. Biografía del guerrillero D. Francisco Espoz y Noticia de la abolición y restablecimiento del Régimen foral*, Aramburu, Pamplona, 1910, p. 6.

### **La agonía de la Patria: la esperanza del despertar.**

La indiferencia, el olvido y la ignorancia de la propia historia han llevado a Navarra a una situación agónica. En un brevísimo texto de Iturralde que quedó inédito hasta la edición de sus obras en 1912, titulado *El viejo espíritu de Navarra*<sup>206</sup>, aparece con claridad esta visión pesimista de la historia. Tal espíritu aparece personificado en un anciano, todavía robusto, que vive en la sierra más alta de la provincia, en “una gigantesca montaña”, al lado de una caverna que “oculta un abismo monstruoso”<sup>207</sup>. Durante milenios se ha mantenido joven y fuerte, indomable y fiel a Dios. Pero el pueblo vascón ha dejado de escucharle y el espíritu se ha retirado a “las escondidas profundidades de las selvas”<sup>208</sup>, “en cumbres jamás holladas por el hombre” donde desde entonces mora, “triste y terrible”<sup>209</sup>.

Este pesimismo es común a otros textos de Iturralde<sup>210</sup> y se torna todavía más hondo en algunos escritos de su amigo Arturo Campión. La “Filosofía de la Historia de Nabarra” que dibuja este último después de haber estudiado a fondo el correr de los tiempos es profundamente sombría:

“Nabarra cada día va siendo menos baska, y cada día menos nabarra también. La ley de degenerescencia [sic] es doble: la una vacía el contenido basko; la otra el contenido nabarro; esta segunda ley opera con mayor lentitud que la otra.”<sup>211</sup>

Llama la atención la falta de acuerdo a la hora de ubicar el fin de la tribu. El propio Campión confiesa<sup>212</sup> haber proyectado escribir un estudio sobre “La muerte de la nación Nabarra” en torno al período 1789-1841. En otras ocasiones, frente a ese desenlace ya ocurrido, Campión habla de una muerte todavía futura, aunque próxima en el tiempo<sup>213</sup>. Pero tanto si el final ya se ha producido como si no, lo cierto es que la

---

<sup>206</sup> Iturralde, “El viejo espíritu de Navarra”, en *Obras*, vol. I, *op. cit.*

<sup>207</sup> *Ibidem*, p. XCII.

<sup>208</sup> *Ibidem*.

<sup>209</sup> *Ibidem*, pp. XCII-III.

<sup>210</sup> Ver por ejemplo del propio Juan Iturralde “Las brisas de los montes eúskaros” (en *Obras*, vol. I, *op. cit.*).

<sup>211</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 493.

<sup>212</sup> Arturo Campión, *Euskariana. Séptima serie. Algo de historia*, Imp. de J. García, Pamplona, 1923, p. 361.

<sup>213</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 28: “Dentro de un siglo, de seguir las cosas el camino que traen, los Nabarros, destetados de su idioma nativo y transformados en sus costumbres, habrán perdido su naturaleza euskara y serán otros tantos miles de aragoneses o castellanos.”

situación contemporánea del país es de franca decadencia y retirada de lo étnico. Como sentencia nuestro autor:

‘El tipo euskaro pierde terreno. La marea sube; el agua corruptora de la asimilación empuja su limo hasta las cumbres de las altas montañas.’<sup>214</sup>

Bien es cierto que tanto Iturralde como Campi3n mantienen la esperanza de que la situaci3n se invierta. Para el primero, Navarra es s3lo un ‘pueblo descarriado, a3n no corrompido del todo, capaz de resurrecci3n’<sup>215</sup>. Tambi3n Campi3n espera que gracias a ‘los buenos nabarros [...] la filosof3a de la historia de Nabarra en vez de una filosof3a de la muerte sea una filosof3a de la vida’<sup>216</sup>.

Tal y como ha advertido Prys Morgan<sup>217</sup> respecto al nacionalismo gal3s, la denuncia de la decadencia y la esperanza del renacimiento est3n frecuentemente entremezcladas, provocando una curiosa paradoja. Por un lado, el movimiento 3tnico o nacionalista justifica su existencia en la situaci3n ag3nica de la patria. En consecuencia, 3sta debe permanecer siempre en estado precario para que el movimiento renacentista conserve su raz3n de ser. A la vez la decadencia debe ser reversible, pues de descartarse toda posibilidad de un renacimiento el movimiento perder3a *ipso facto* todo prop3sito. En definitiva, agoni3a y renacimiento, el olvido y el despertar, se complementan antag3nicamente<sup>218</sup>.

La agitaci3n popular producida en torno a la Gamazada represent3 para nuestros autores la ilusi3n de que Navarra remediara su propio olvido, de que la decadencia revertiera. La literatura pol3tica de estos a3os refleja perfectamente la proximidad existente entre agoni3a y resurrecci3n, hasta el punto de que ambos temas conviven en el interior de un mismo escrito.

---

<sup>214</sup> *Ibidem*, p. 118.

<sup>215</sup> *Ibidem*, p. XCV.

<sup>216</sup> *Ibidem*.

<sup>217</sup> Prys Morgan, ‘From a Death to a View: The Hunt for the Welsh Past in the Romantic Period’, en Eric Hobsbawn y Terence Ranger eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge U. P., Cambridge, 1994 (la primera edici3n es de 1983), p. 43.

<sup>218</sup> Naturalmente la simultaneidad de decadencia y renacimiento no significa que un tema no pueda predominar sobre el otro, como sucede entre los euskaros.

Los textos que hemos elegido para ilustrar estas afirmaciones son, por orden de importancia, *La cuestión foral*<sup>219</sup> de Hermilio de Olóriz, *Paz y Fueros, o la manifestación fuerista de Navarra*<sup>220</sup> de Gervasio Etayo y Eraso y *Los derechos de Navarra*<sup>221</sup> de Gregorio Iribas. No se trata en ningún caso de francotiradores aislados. Olóriz, heredando el título de Moret, Alesón y Yanguas, figura por esta época como “crónista de Navarra”. Etayo escribe por encargo directo de la Diputación Foral, e Iribas, por último, ve recopilados sus artículos publicados en prensa por orden de esta misma corporación.

La situación de partida Navarra antes de la Gamazada es descrita por Olóriz en los siguientes términos:

‘Dormido estaba y muerto parecía el espíritu foral, cuando un acontecimiento imprevisto vino a extinguir aquella triste paz, aquella odiosa calma, aquella enervadora indiferencia impropia de una raza altiva e independiente.’<sup>222</sup>

El proyecto de presupuestos para el año 1894 del ministro Gamazo fue ese acontecimiento imprevisto. El 11 de mayo de 1893 *La Lealtad Navarra* informa que aquél tiene intención de incluir a Navarra dentro del régimen tributario común. De un día para otro los periódicos comienzan a preocuparse por la historia de Navarra y de los fueros, al tiempo que publican constantemente cartas de navarros expresando su amor a la patria. Los editoriales animan a la población a unirse en torno a la reivindicación foral. Se producen manifestaciones multitudinarias, adhesiones de instituciones públicas y privadas, ofrecimientos a Diputación, se firman manifiestos<sup>223</sup>. “Aquello era el despertar de un pueblo de patricios”<sup>224</sup>, escribe Olóriz.

---

<sup>219</sup> Hermilio de Olóriz, *La cuestión foral. Reseña de los principales acontecimientos ocurridos desde mayo de 1893 a julio de 1894*, Imprenta Provincial, Pamplona, 1895.

<sup>220</sup> G. Etayo, *op. cit.*

<sup>221</sup> Gregorio Iribas, *Los derechos de Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona, 1894.

<sup>222</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral, op. cit.*, p. 7. Cfr. en la misma página: “Rota la hermosa cadena de la tradición, parecía que nuestros contemporáneos habíanse olvidado del pasado [...]”.

<sup>223</sup> El caso más celebre es la *Protesta Foral de Navarra* (E. Pérez Tafalla Ed., no figura lugar de edición ni fecha, pero Pamplona, 1893) donde se recogen las firmas de todos los navarros, unos 120.000, que se sumaron a la declaración que se entregó a la reina regente. El editor pedía que se leyese con frecuencia el libro como monumento histórico que era, en las “reuniones populares”(p. VI): “[así] cada uno se mirará en el ejemplo de su ascendiente como en un bruñido espejo”(p. VII). Sin embargo no es sino una lista interminable de nombres. “El libro de honor de los navarros” - como también se le llama - es paseado en una carreta con un atril de damasco encarnado en la despedida a Diputación, cuando ésta marcha a Madrid para negociar con el Gobierno, el 12 de febrero de 1894. Puede verse una panorámica de los años de la Gamazada en Ángel García-Sanz, *La Navarra de ‘La Gamazada’ y Luis Morote*, GraphyCems, Morentin, 1993, pp. 11-50.

<sup>224</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral, op. cit.*, p. 22.

La retórica patriótica se desborda: los telegramas enviados en apoyo de la corporación foral muestran a los navarros dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de las viejas leyes<sup>225</sup>. El propio vicepresidente de la Diputación, Eseverri, jura sobre los Evangelios defender en toda su pureza los sacrosantos fueros y declara que él y todos sus compañeros “estamos dispuestos a todo, a todo...; hasta el sacrificio de nuestra vida si fuera necesario!”<sup>226</sup>. Arturo Campión, en una emotiva intervención ante las Cortes españolas, termina recitando las vibrantes palabras del independentista irlandés O’Connell:

‘En el improbable caso de que el parlamento cerrase los oídos a nuestras súplicas, apelaríamos a la Nación, y si ésta misma se encastillase dentro de ciegas preocupaciones, nos retiraríamos a nuestras montañas para tomar consejo de nuestra energía, de nuestro valor y de nuestra desesperación.’<sup>227</sup>

Unos pocos exaltados llegan a levantar una partida armada en la zona de Puente la Reina, bien que de vida efímera<sup>228</sup>. Con más éxito se abre una suscripción popular para erigir un monumento a los Fueros. También se proyecta la constitución de un ‘Día de Fueros’<sup>229</sup>. Gorriti, Larregla, García, Erviti y Landibar componen otros tantos himnos en su favor. El *Viva Navarra* de Larregla es tocado incesantemente por los casinos. En varios puntos de la provincia se queman ejemplares de *El Imparcial*, al que se señala como instigador del atentado antinavarro. En otros lugares son los propios establecimientos los que se niegan a vender el periódico. En toda la provincia reina un clima de unidad y patriotismo, algo inconcebible unos pocos meses antes.

‘¡Quién sabe [...] si la Divina providencia se vale de este ultraje [...] para despertarnos del letárgico sueño!’<sup>230</sup>

---

<sup>225</sup> Pueden verse, como ejemplos, las colaboraciones que recoge *La Navarra Ilustrada*, especialmente las de Joaquín Llorens Fernández de Córdova, Cecilio Gurrea -Diputado a Cortes por Tafalla-, y Estanislao de Aranzadi.

<sup>226</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral, op. cit.*, p.35.

<sup>227</sup> Ver *El Eco de Navarra* suplemento nº 4.613. No obstante, a la interrupción del vicepresidente De la Serna, Campión aclaró que no pensaba que se fuera a dar el caso y remarcó su ferviente “españolismo”. La ambigua declaración es muy representativa de la ambivalencia euskara.

<sup>228</sup> Sobre las circunstancias de dicha partida, sus aventuras y las reacciones que suscitó véase el artículo de Angel García-Sanz Marcotegui, “La insurrección fuerista de 1893. Foralismo oficial versus foralismo popular durante la Gamazada”, en *Príncipe de Viana*, nº 185, 1988.

<sup>229</sup> Ver *El Eco de Navarra* 1-VII-1893. Al parecer la iniciativa no tuvo éxito. Eladio Esparza, en su *Discurso sobre el Fuero* (*op. cit.*) reprocha a Navarra que nunca se haya pensado en dedicar un día a los Fueros.

<sup>230</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral, op. cit.*, p. 24.



¿En qué consiste la Gamazada? Un observador exterior afirmaría que básicamente en una cuestión económica<sup>231</sup>. Sin embargo, para nuestros autores la aceptación del proyecto de presupuestos ‘no significaría otra cosa que la muerte de Navarra’<sup>232</sup>. En consecuencia toda la sociedad se moviliza masivamente en su defensa<sup>233</sup>. Tal y como soñaban Iturralde y Campión las divisiones políticas y de clase parecen olvidarse ante la gravedad del problema.

‘[...] no se distinguen diferencias de posición, de estado, ni de clase, codéanse el altivo con el humilde, y el capitalista con el proletario [...]’<sup>234</sup>

La situación es francamente extraña. Por un lado la patria nunca ha estado en situación tan precaria. El alcalde de Estella sentencia: ‘Nuestros Fueros y los intereses de Navarra se hallan amenazados de muerte’<sup>235</sup>. Y el de Pamplona confirma: la pérdida de los fueros significaría ‘la muerte moral de nuestra querida provincia’<sup>236</sup>. Hermilio de Olóriz, por último, declara también dramático:

‘Transigir con la pérdida de nuestras libertades, equivale a aceptar la ruina y consentir la anulación de nuestra Patria, es transformarse en conquistado departamento una comarca cuya vida propia puede servir de envidiable modelo; es quitarle los rasgos distintivos de su carácter; es privarle de personalidad,

---

<sup>231</sup> Es interesante observar cómo desde el gobierno se insiste una y otra vez en el fondo económico de la cuestión. Ante los discursos históricos y altisonantes de los diputados navarros, desde el bando gubernamental se prefiere no entrar en este tipo de discusiones y centrar el debate en la cantidad que Navarra tendrá que satisfacer de acuerdo con la nueva ley de presupuestos. Cfr. la respuesta de Gamazo al discurso de Los Arcos en el suplemento al número 4.610 de *El Eco de Navarra*, así como la intervención del diputado Rosell en el suplemento al número siguiente del mismo periódico.

<sup>232</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral*, *op. cit.*, p. 24. Cfr. con G. Etayo, *op. cit.*, p. 27: El proyecto de Ley trata ‘ho de vulnerar nuestros derechos sino de destruirlos, triturarlos y sembrar sus átomos a los cuatro vientos; el propósito es privar a este nobilísimo pueblo de su especial manera de ser, heredada de nuestros gloriosos y heroicos antepasados[...]’.

<sup>233</sup> La alocución de 27 de mayo de 1893, por ejemplo, está firmada por representantes de los casinos, el orfeón, la sociedad Santa Cecilia y la Sociedad Veloz Club.

<sup>234</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral*, p. 33. Cfr. G. Etayo, *op. cit.*, p.28: ‘Borráronse entonces las diferencias políticas que separaban entre sí a los hijos de este noble solar [...]’.

<sup>235</sup> G. Etayo, *op. cit.*, p. 36.

<sup>236</sup> Ver los distintos artículos de la *Navarra Ilustrada*.

sometiéndola a servidumbre; es hacer traición a nuestra honrada historia y quemar la bandera del esclarecido Reino de Navarra [...].”<sup>237</sup>

Muchos otros textos plantean la cuestión como un asunto de vida y muerte<sup>238</sup>. Pero al mismo tiempo, junto a la gravedad de la situación, la reacción del pueblo navarro parece indicar la fortaleza de su patriotismo. El abandono ha sido grande, los navarros -lo hemos visto- parecían haberse olvidado de su país y sus antepasados; han estado a punto de provocar con su indiferencia la muerte del viejo espíritu de Navarra. Ni siquiera el agravio de 1841, que era “un adiós a Navarra”<sup>239</sup>, había conseguido desatar su piedad filial.

‘Pero alégrate, amada patria mía, tus hijos han despertado y unidos, en torno de tu gloriosa bandera, juran defender tus derechos sin reparar en la magnitud ni en la calidad de los sacrificios que esa defensa les ocasione.’<sup>240</sup>

La “incalificable indiferencia” de la que hablaba V aliente ha quedado superada. El “entusiasmo por los Fueros [...] hoy reina vigoroso y consolador en toda Navarra”<sup>241</sup>. Si anteriormente las ruinas mostraban la falta de piedad de los navarros, ahora se evidencia que “Navarra no ha degenerado, [que] todavía sabemos vigilar sobre la tumba de quienes nos hicieron libres”<sup>242</sup>. Curiosamente ha sido el enemigo quien ha conseguido con sus ataques lo que el cronista, el arqueólogo y el poeta han intentado vanamente durante años. Por eso, Estanislao de Aranzadi, presidente de la Asociación Euskara, puede exclamar: “¡Viva Gamazo! Gracias a él en Navarra no hay hoy más que Navarros”<sup>243</sup>. En efecto, asiente Olóriz,

---

<sup>237</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral*, op. cit., p. 185. En la p.24, afirma también que transigir “no significaría otra cosa que la muerte de Navarra”. Y poco más adelante exclama “¡El hambre y la muerte, antes que contribuir a la pérdida de nuestras venerandas instituciones!” (p. 25, cursivas suyas).

<sup>238</sup> El estandarte de la prensa de Tudela en la manifestaciones reza “¡Antes muertos que humillados!”. El *Eco de Navarra* da noticia de un grito dado durante la despedida de Diputación: “¡Antes morir que ceder!”. Incluso Gregorio Iribas, hombre no muy dado a las exaltaciones, en un momento de *Los derechos de Navarra* (op. cit.) señala que la abolición de los fueros vasco-navarros, era “un grito de exterminio contra esta región” (p. 58). Más adelante (p.108) lanza el lema de “morir con honra, antes que vivir con deshonor”. Desde *La Lealtad Navarra* también se recordaba que “Navarra estaba amenazada de muerte” (“Un acto patriótico”, 30-V-1894).

<sup>239</sup> G. Iribas, op. cit., p. 39.

<sup>240</sup> G. Etayo, op. cit., p. 23.

<sup>241</sup> *Ibidem*, p. 6.

<sup>242</sup> B. Feliú y Perez, “Por Dios y por mi dama”, en *Navarra Ilustrada*, 1894, p. 5. El corchete es mío. Cfr. “La cuestión foral” en *El Aralar*, 5-VI-1894: “La Navarra de hoy es la Navarra de ayer”.

<sup>243</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral*, op. cit., p.39.

“¡Viva Gamazo!, porque Gamazo ha hecho para Navarra, ya que no por Navarra, más que todos los navarros juntos, más, mucho más, que las incesantes predicaciones nacidas del mejor deseo, y más, mucho más, que la repetición y el constante recuerdo de nuestras desgracias [...].”<sup>244</sup>

El contraste entre las pesimistas reflexiones que hemos visto jalonaban las evocaciones de las ruinas y esta súbita reacción patriótica causa una impresión de incredulidad en algunos autores. Por un momento el “grupo de patriotas que pugnan por romper la indiferencia de su patria, por interrumpir el sueño envilecido de su pueblo”<sup>245</sup>, parece dudar entre mantener el tono acusatorio por el abandono de los monumentos o aplaudir el amor de los navarros contemporáneos hacia sus fueros. Iturralde y Suit, por ejemplo, expresa cierta desconfianza ante el inesperado despertar de sus compatriotas:

“[...] demuestre que el magnánimo sacrificio [...] no es efecto de pasajeros entusiasmos, sino fruto de maduras reflexiones y convicciones arraigadas.”<sup>246</sup>

Sorprendentemente, de pronto, las ruinas han desaparecido del discurso euskaro. Entre todos los panfletos patrióticos que se publican ni Leyre, ni Olite, ni Iranzu, etc., tienen una presencia relevante. Ansoleaga<sup>247</sup> llega a dar por hecho que los navarros conservan los monumentos del pasado, y que por eso conservan también su espíritu. Apenas queda rastro de las ruinas como tales -no como monumentos-. Sucede como si, marcadas por una constelación de discursos que han hecho de ellas el símbolo de la decadencia de Navarra, no pudieran concurrir con las proclamas que constatan el leal patriotismo de los navarros. Sólo Olóriz, en una brevísima colaboración, enfría con su mención la ola de entusiasmo foral a la que ha contribuido en gran medida.

“Profunda pena causa ver lanzadas al olvido las glorias de aquella nación de héroes, [...] sepultamos para siempre inapreciables tesoros [...].”<sup>248</sup>

---

<sup>244</sup> *Ibidem*.

<sup>245</sup> J. Iturralde, *Obras*, vol. I, *op. cit.*, p. XC.

<sup>246</sup> Colaboración sin título de Juan Iturralde, en la *Navarra Ilustrada*, 1894, p. 8.

<sup>247</sup> Colaboración sin título de Florencio Ansoleaga en la *Navarra Ilustrada*, 1894, p. 2.

<sup>248</sup> Colaboración sin título de Hermilio de Olóriz en la *Navarra Ilustrada*, 1894, p. 14.

Pasada la euforia de la Gamazada, con la retirada del proyecto de ley y la dimisión del ministro de hacienda (y a pesar de que su sucesor Amós Salvador mantuviera durante cierto tiempo pretensiones similares), los temas de la ingratitud y el olvido, que durante un instante han parecido desaparecer en medio de los discursos autocomplacientes, recuperan su preponderancia. Aparentemente Navarra ha ganado la batalla. Pero con el triunfo decae el entusiasmo foral, las manifestaciones desaparecen y el interés de los medios periodísticos retorna a los asuntos cotidianos o foráneos. Las ruinas vuelven a hacer acto de presencia y nuestros autores vuelven a lamentar la punible indiferencia de su pueblo. Por supuesto la esperanza en el renacimiento de Navarra no se evaporó por completo, pero se mantuvo como esperanza.

## Capítulo 2.

# Memoria, Cultura e Ideología.

*“Antes de leer historias de extrañas gentes, estudiad la de vuestro pueblo; ella os hará conocer y amar a la patria.”<sup>1</sup>*

Hermilio de Olóriz.

Diferentes autores han advertido del peligro de caer en cualquier forma de reduccionismo a la hora de plantear la índole social de los fenómenos culturales<sup>2</sup>. Ni la literatura, ni el arte, ni la cultura en general pueden encogerse hasta los límites de meros epifenómenos de lo ideológico, lo económico o incluso lo social, por muy laxamente que quiera entenderse esta categoría.

Pese a todo, tampoco cabe negar la funcionalidad política o social -en un sentido más amplio- de la cultura, de cierta cultura especialmente. Por descontado que resulta imposible señalar dónde se ubica la frontera entre lo social, esto es, entre lo susceptible de un análisis sociológico, y lo específicamente “estético” o “literario”, aquello accesible únicamente para una consideración autónoma. Igualmente indiscernible es la frontera de lo ideológico y lo “literario”.

Es sabido que la ideología cuenta con una asombrosa habilidad para enmascararse<sup>3</sup>. A menudo actúa en lugares inesperados, calladamente, alimentando los prejuicios en el terreno de lo cotidiano. Precisamente, desde la semiótica se ha propuesto comprender la ideología como un subcódigo más de los muchos que constituyen el lenguaje<sup>4</sup>. Con frecuencia los sujetos no son conscientes de estar

---

<sup>1</sup> H. de Olóriz, *Navarra en la guerra de la independencia*, *op. cit.*, en portada.

<sup>2</sup> En contra de una consideración simplista del binomio sociedad-literatura véase José-Carlos Mainer, *Historia, Literatura, Sociedad*, Instituto de España-Espasa Calpe, Madrid, 1988, especialmente pp. 54-65. Una crítica definitiva y extensamente documentada contra la disolución de la estética en las ciencias humanas, sin negar la posibilidad de una aproximación social, se encuentra en S. Marchán, *op. cit.*, especialmente los capítulos I y VII.

<sup>3</sup> Cfr. O. Reboul, *op. cit.*, pp. 18-22. Cornelius Castoriadis, *L'Institution imaginaire de la société*, Seuil, Paris, 1975, pp. 22 y ss. Claude Lefort, “Esquisse d'une genese de l'idéologie dans les sociétés modernes”, en *Les formes de l'histoire: essais d'antropologie politique*, Gallimard, Paris, 1979.

<sup>4</sup> Umberto Eco, *Signo*, Labor, Barcelona, 1988. *Tratado de semiótica general*, Lumen, Barcelona, 1995 (5ª edición), pp. 81-219, p. 223.

utilizando este código (y es ahí donde reside su eficiencia<sup>5</sup>). La tarea de aislarlo es ardua, terriblemente minuciosa y en último término incompletable, puesto que los códigos continuamente comparten muchos significantes y tanto el proceso de semiosis como el de interpretación carecen de límites<sup>6</sup>.

Tal y como han señalado autores como Barthes<sup>7</sup> y Reis<sup>8</sup>, la ideología a menudo se ejercita literariamente. En consecuencia, aunque un texto literario jamás pueda agotarse por medio de un análisis sociológico o politológico, tampoco llega un momento en que éstos hayan dicho su última palabra, ni mucho menos existen unos límites a partir de los cuales, sin pretensiones de exhaustividad, dejen de ser legítimos.

En definitiva, al hacer hincapié en la funcionalidad política de la cultura navarra, no pretendemos reducirla al estatuto de un simple apéndice de la política. Somos conscientes de que la naturaleza forzosamente social de los fenómenos culturales no conlleva la suficiencia de una explicación sociológica. Nuestro objetivo consiste simplemente en extraer de esa realidad compleja, autónoma pero indefinidamente dependiente, que es la cultura algunas de sus principales trazas ideológicas.

A nuestro modo de ver, el meollo de la relación entre cultura e ideología reside en el hecho de que, por un lado, la cultura es la principal encargada de elaborar y reproducir las identidades individuales y colectivas. En el caso de las sociedades occidentales modernas buena parte de esa tarea la lleva a cabo la historia. Ésta cumple una función (ficticia si se quiere) de memoria colectiva. Por otro lado, las identidades citadas son un objeto preferente de atención y actuación por parte de los distintos poderes e ideologías.

En este marco teórico, las páginas siguientes se proponen caracterizar la cultura navarra como una vasta producción de identidades locales manifestada bajo el aspecto de una rememoración de los recuerdos colectivos. Esta invención del “ser navarro” no se encuentra desprovista de alcance político, antes bien: las diferentes ideologías pugnan duramente por conseguir imponer su particular definición y su monopolio a la historia. En definitiva, el capítulo trata de poner de relieve la vinculación entre ideología, la difusión de una memoria colectiva, la invención de una identidad y cada una de las esferas de la cultura local.

---

<sup>5</sup> O. Reboul, *op. cit.*, p. 221.

<sup>6</sup> U. Eco, *Tratado de semiótica general*, *op. cit.*, p. 35-55.

<sup>7</sup> Roland Barthes, *El placer del texto*, Siglo XXI, México, 1989.

<sup>8</sup> C. Reis, *op. cit.*

## La búsqueda de testimonios.

“[...] desde la Antigüedad, el hombre se consolaba del terror de la Historia leyendo a los historiadores de los tiempos pasados.”<sup>9</sup>

Mircea Eliade.

A finales del siglo XIX el pueblo vasco, a decir de Arturo Campión, era objeto de una “extravagante paradoja”<sup>10</sup>. A pesar de ser uno de los grupos étnicos más viejos de Europa, si no el más viejo, como él y otros muchos habían afirmado, apenas podían aducirse testimonios, al margen del propio euskera, que probasen esa antigüedad. De una u otra manera esta circunstancia había sido un problema constante desde los mismos comienzos de la historiografía vasca<sup>11</sup>.

Ante tal contrariedad se ha reaccionado fundamentalmente a través de dos vías. La primera consiste en la búsqueda de nuevas pruebas que avalen la nobleza y antigüedad de Vasconia. La segunda directamente en la invención de nuevos testimonios.

Sin duda ambas estrategias no se excluyen mutuamente, aunque es improbable que puedan llegar a complementarse con exactitud. En la modernidad, en tanto que la cualidad “verdadero” es el atributo que autoriza y legitima las ideas y en la medida en que se impone una sensibilidad mucho más escrupulosa con la veracidad de lo dicho, la pura invención -la fábula, el engaño- es un error que vuelve los discursos vulnerables y que, consecuentemente, trata de evitarse. Éstos, y menos aún las ideologías modernas, no pueden permitirse albergar falsificaciones que puedan dejarles indefensos a merced de la crítica. Es esencial comprender que el ideólogo es el primer interesado en

---

<sup>9</sup> Mircea Eliade, *Mito y Realidad*, Labor, Barcelona, 1968, p. 145.

<sup>10</sup> Arturo Campión, “Prólogo” a Juan Iturralde y Suit, *Obras II, La Prehistoria en Navarra*, *op. cit.*, p. 10.

<sup>11</sup> Ya para Ohienart: “Es difícil escribir la historia interna y externa de esta raza pues no existe ni un sólo documento antiguo que le concierna” (Arnaldo de Ohienart citado por Rodney Gallop, *op. cit.*, p. 15). En torno a los orígenes y compromisos de la historiografía vasca cfr. Jon Juaristi, *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*, Siglo XXI, Madrid, 1992. Un sugestivo análisis de las principales invenciones historiográficas modernas españolas, con especial atención a las vascas, puede encontrarse en el libro de Julio Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Seix Barral, Barcelona, 1992 (sexta edición). Otra obra de consulta reseñable en cuanto atañe a los mitos históricos en Vasconia es el estudio de Juan Aranzadi, *Milenarismo vasco (Edad de Oro, etnia y nativismo)*, Taurus, Madrid, 1982 (especialmente en sus pp. 347-441).

conseguir un discurso immaculado, sin mentiras que, desveladas, echen por tierra su trabajo. Sólo excepcionalmente se sorprenderá a las ideologías modernas cayendo en el error de la pura fábula, en la simple falsificación. Su voluntad, por el contrario, es pegarse a la verdad, dominarla y obligarla a darle la razón, imponiéndole sus discursos. Los casos de invenciones tales como *Los protocolos de los sabios de Sión*, las canciones de *Barzaz Breiz* de Hersart de la Villemarque, *La franc-maçonnerie dévoilée* de Leo Taxil<sup>12</sup> o, entre nosotros, de los cantos de Lelo y Altobizkar, son de importancia menor en la producción ideológica. Sus artífices son, en realidad, simples aficionados. Si las ideologías modernas acogen en un momento dado sus patrañas es por equivocación y buena fe, porque han sido la primera víctima de sus engaños.

El caso de las *Glorias Navarras*<sup>13</sup> de Nadal de Gurrea, publicadas en 1868, ilustra diáfamanamente el peligro que entraña utilizar datos falsos, aunque sea involuntariamente. Como algunos años más tarde Campión o Altadill, Nadal pretendía construir una historia explícitamente comprometida con el renacimiento de Navarra. Según afirmaba,

‘[...] el respeto a la historia, a lo que fuimos, a nuestros antepasados, a su nombre, a sus glorias, es el respeto a nosotros mismos y el legado más puro que podemos dejar a nuestra posteridad.’<sup>14</sup>

Su visión del pasado, no obstante, difiere sensiblemente de las historias regionalistas posteriores. La causa de ello estriba en que Nadal se basó principalmente en el denostado *Diccionario geográfico-histórico de España*<sup>15</sup> de 1802 y no en Moret, Alesón y Yanguas, como hará la mayoría de los autores navarros. Esta circunstancia le llevó a aceptar tesis que, además de falaces muchas de ellas, resultarían marcadamente exóticas en la historiografía inmediatamente posterior.

Para empezar Nadal afirmaba la completa sujeción de los vascones por romanos y godos. Además fechaba el origen de Navarra hacia los siglos IV y V, con la llegada a

---

<sup>12</sup> El caso de las invenciones de los versos de Ossian por MacPherson y los papeles de Sión son de sobra conocidos. El Marqués de Villemarque falsificó unos cantos bretones. Leo Taxil, seudónimo de Jogand-Pagés, sacó a la luz los supuestos ritos secretos de la masonería en 1885. Su invención-revelación alcanzó un gran éxito en toda Europa. Con el título de *Los misterios de la Francmasonería* se editó en España en 1887, en la imprenta de la Inmaculada Concepción, Barcelona.

<sup>13</sup> J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>15</sup> *Diccionario geográfico-histórico de España por la Real Academia de la Historia. Sección I. Comprende el Reyno de Navarra, señorío de Vizcaya y provincias de Álava y Guipúzcoa*, Madrid, 1802, dos tomos.



Vasconia de un pueblo bárbaro, los “návaros”<sup>16</sup>. Según señalaba, estos ‘navarros venidos de fuera’<sup>17</sup> se habían mezclado poco a poco con ‘los vascos originarios’<sup>18</sup>, hasta terminar por imponer su nombre al territorio ocupado y ‘confundirse en una misma nación’<sup>19</sup>. En lo que respecta al origen del reino, Nadal lo situaba en la elección como rey de García Jiménez, al que identificaba como un conde godo<sup>20</sup>. Una información todavía más llamativa es aquella referida a la bandera de los roncaleses. Hasta el rey David, dice Nadal<sup>21</sup>, éstos usaban siete estrellas. Por entonces las cambiaron por siete hondas y, más adelante, con la venida de Cristo tomaron por blasón su nombre.

Al margen de estas y otras falsificaciones, lo más llamativo de la historia de Nadal era la trama de fondo que ofrecía. Ésta conformaba un relato del devenir de Navarra mucho más abierto que el de los historiadores euskaros posteriores, como Campión, Olóriz o Altadill. En este sentido, Nadal defendía la unidad originaria entre Aragón y Navarra, remarcaba el carácter voluntario de su agrupación a la muerte de Sancho de Peñalén y, en lo que atañe a la conquista de 1512, dejaba entender que el Católico tenía títulos más que suficientes para arrogarse la corona de Navarra<sup>22</sup>.

Las *Glorias Navarras* pasaron al olvido a una velocidad inusualmente rápida. Que desde el círculo de Campión e Iturralde se marginara su existencia resulta comprensible, dado que -como veremos a continuación- contrariaba marcadamente su lectura de la historia. Sin embargo, incluso para quienes trataran de inventar una historia alternativa a la de ellos, Nadal de Gurrea era un valor absolutamente irrecuperable. Contenía demasiadas patrañas y cualquier ideología que tratara de sustentarse en su obra corría el riesgo de quedar descalificada por sus oponentes<sup>23</sup>.

---

<sup>16</sup> También en este punto Nadal sigue al *Diccionario geográfico-histórico* (*op. cit.*, pp. 58 y ss., tomo II).

<sup>17</sup> J. Nadal, *op. cit.*, p. 21.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 22.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 42.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 294.

<sup>23</sup> Bien es cierto que las historias de Campión *et al.* contienen ocasionalmente falacias similares -como el mito de Aitor o el canto de Altobizkar-. Este hecho no invalida nuestra afirmación. Por un lado porque en la época en que fueron recogidas pasaron por verdaderas, siendo abandonadas cuando se demostró su falsedad. Y por otro lado porque los límites de los euskaros como historiadores reside precisamente en las falsedades que aceptaron.

En definitiva, invenciones en un tiempo valiosas como la “Donación de Constantino” resultan en la modernidad contraproducentes. Ahora bien; el hecho histórico en su condición de “verdad” permite al ideólogo moderno manipulaciones tan efectivas o más que aquélla. En ningún caso su oficio queda constreñido a un mero descubrir y consignar verdades útiles. La invención continua siendo su instrumento más precioso, bien que ahora debe utilizarla, si no con menos asiduidad, sí con mayor cuidado, más diligentemente, *con método*. De lo que se trata es de combinar las dos estrategias mencionadas anteriormente, utilizando las verdades como material con el que elaborar invenciones verosímiles. Su condición ficticia queda entonces enmascarada por la luminosidad de los hechos con los que se construye.

Claro está que el material empleado son *las verdades* y no *la verdad*. Se trata siempre de verdades a medias que obvian a otras verdades por incómodas o perturbadoras<sup>24</sup>. El que esta ignorancia sea consciente o simple descuido apenas tiene importancia.

Las exploraciones llevadas a cabo en la sierra de Aralar entre 1894 y 1915 por Iturralde, Ansoleaga y Aranzadi son un buen exponente del empleo de estas dos estrategias ideológicas, la “descubridora” y la “inventiva”.

El punto de partida de la exploración de 1894 llevada a cabo por Iturralde expresa precisamente el reconocimiento de la paradójica ausencia de testimonios que hemos planteado al comienzo del epígrafe. En sus palabras: la “extraña carencia de monumentos megalíticos en Navarra”<sup>25</sup>. Es cierto que si la formula, si reconoce su existencia, es para disolverla y anunciar cómo gracias a los descubrimientos que se dispone a reseñar ha dejado ya de ser cierta.

¿Por qué puede resultar “extraña” la ausencia de un resto arqueológico? Porque - para nuestro autor- Vasconia es el pueblo más viejo de Europa, porque no se comprende

---

<sup>24</sup> Como escribe Paul Ricoeur “el espíritu de mentira está indisolublemente unido a nuestra búsqueda de verdad” (Paul Ricoeur, “Verdad y Mentira”, en *Historia y verdad*, Encuentro, Madrid, 1990, p. 146). En opinión de Ricoeur desde los polos político y eclesial hay una constante voluntad por unificar violentamente los distintos órdenes de verdad. Es posible que en el fondo nada de esto suponga una novedad sustantiva respecto a época pasadas. Pero parece cierto que, siquiera por la ineludible necesidad de batirse que impone un mundo descentrado en sus imágenes, el afán de las ideologías modernas por apoyarse en pruebas palmarias es mucho más acentuado que en el caso de las ideologías premodernas.

<sup>25</sup> J. Iturralde y Suit, *Obras II. La prehistoria en Navarra, op. cit.*, p. 4. Resulta interesante observar cómo precisamente la carencia de monumentos megalíticos en Vasconia sirve a Francisco Navarro Villoslada para defender su pureza. Cfr. Francisco Navarro Villoslada, “De lo prehistórico en las provincias vascongadas” en *La Paz*, 17-I-1877. Para Campión, en cambio, los dólmenes “confirman la inmemorial posesión de nuestra tierra por los Baskos” (Arturo Campión, *De las lenguas, y singularmente de la lengua baska, como instrumento de investigación histórica*, Bilbaína de Artes Gráficas, Bilbao, 1919, p. 31).

que zonas más nuevas, que pueblos más nuevos, como Andalucía, sí posean estos títulos de antigüedad y Navarra no. Contra toda evidencia, Iturralde sostiene la “íntima convicción”<sup>26</sup> de que aquellos monumentos existen, sólo que escondidos, a la espera de que alguien los descubra.

*“Pero el hecho, con su brutal evidencia parecía probar lo contrario.”<sup>27</sup>*

En efecto: Vasconia está surcada por carreteras, es un territorio pequeño y como escenario de recientes operaciones militares dispone de una cartografía moderna bastante pormenorizada. Viajeros cultos como el príncipe Bonaparte o el filólogo Humboldt la han recorrido con algún detalle, sin observar nada reseñable a este respecto. El sentido común dice que si existieran monumentos prehistóricos hace tiempo que alguien debería haber informado de ellos. Pero Iturralde se mantiene firme en su creencia.

Un día de 1894 recibe inesperadamente la primera pista. En la estación de tren de Pamplona un vecino de la zona de Aralar le informa casualmente de la existencia de vestigios que en su opinión podrían resultar muy antiguos. Es una magnífica casualidad que fuera precisamente en este monte, que mantiene tantas connotaciones para el imaginario euskaro, donde se fuera a producir el descubrimiento.

Diversas ocupaciones impiden a Iturralde ponerse en marcha inmediatamente. Por fin, pasados unos meses, se adentra en la selva de Aralar. Marcha acompañado por un nativo equipado con el bagaje hermenéutico necesario: un pastor ‘havarro de pura cepa, conocedor como ninguno de la milenaria lengua euskara, de los menores accidentes de aquellos laberintos de bosques y montañas inaccesibles y de sus nombres peculiares’<sup>28</sup>. Superando la dureza del camino, a golpe de machete, Iturralde alcanza la estación prehistórica que llevará su nombre. Sin duda el momento fue verdaderamente emotivo para nuestro autor.

---

<sup>26</sup> J. Iturralde y Suit, *Obras II. La prehistoria en Navarra, op. cit.*, p. 4.

<sup>27</sup> *Ibidem*. *Cursivas mías*.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 6.

‘[...] allí acamparon, lucharon o residieron hace miles de años las primitivas razas que, cual jalones de su gigantesca odisea, nos dejaron esos bárbaros y misteriosos monumentos.’<sup>29</sup>

¿Sentiría su acompañante la misma emoción? Seguramente no, porque en realidad aquellas piedras no suponían para él, como tampoco para los demás pastores de la sierra de Aralar, novedad alguna. Eran sobradamente conocidas en la zona, pero nadie había creído nunca que tuvieran la menor importancia.

Inmediatamente Iturralde se pone manos a la obra. Lo primero que debe hacer es dar un nombre a los dólmenes. Decide ponerles aquél que le dan los pastores, acompañado del topónimo en el que se ubican. Y razona: el vascuence es un lenguaje prehistórico, una lengua ‘coetánea de la edad de piedra’<sup>30</sup>, por tanto su nombre vasco podrá aclarar ‘la relación entre monumento, el terreno y los hechos allí acaecidos’<sup>31</sup>. El propio término de *trego-arriya*, ‘piedra tumular’, resulta en su opinión ‘del mayor interés para la ciencia arqueológica’<sup>32</sup>, puesto que señala la finalidad funeraria de los restos.

Una vez han sido bautizados los monumentos, Iturralde se dedica a dibujarlos cuidadosamente, uno por uno. Luego los mide, los sitúa y los describe con toda precisión. En definitiva despliega toda una metodología científica sobre los objetos recién descubiertos. La búsqueda de testimonios se ha visto coronada por el éxito. Lo que antes eran simples piedras ahora son monumentos prehistóricos. Con la conversión la paradoja se ha vuelto menos cierta, menos enojosa. Como escribió Altadill, tras los descubrimientos de Iturralde, ‘ya no puede decirse que sea la lengua euskara el único vestigio sobreviviente de los remotos días precedentes a la Historia’<sup>33</sup>.

Se han ‘descubierto’ evidencias palpables de la existencia en la zona de asentamientos prehistóricos. Esta es ‘la verdad’. Pero sobre ella Iturralde inventa un testimonio de cariz diferente, a saber, una prueba de la antigüedad de los vascos. También esta tesis se verá verificada con el tiempo. Pero, de hecho, nada hay en los dólmenes que conduzca a pensar que sus constructores fueran vascos. Podrían haber

---

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>31</sup> *Ibidem*.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>33</sup> J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 643.

sido celtas o un grupo desconocido. En este punto Iturralde dejó un flanco sin cubrir, convencido como estaba del axioma de que los vascos eran los habitantes primigenios y exclusivos de la sierra.

En 1915 Florencio Ansoleaga y Telesforo de Aranzadi volvieron a visitar la ‘Estación prehistórica de Iturralde’, completando a un mismo tiempo la investigación científica y el relato ideológico que éste no había conseguido rematar.

Han pasado diecinueve años y en este transcurso de tiempo la expedición ha perdido casi por completo ese aire romántico que tuvo el viaje de Iturralde. El equipo investigador es mucho más numeroso y su equipamiento sigue las indicaciones del *Manuel de Recherches Préhistoriques* de la *Société Préhistorique de France*<sup>34</sup>: cámaras fotográficas, aparatos topográficos, calibradores, etc. En definitiva, la búsqueda de testimonios ha devenido más científica<sup>35</sup>.

El trabajo descriptivo realizado por Iturralde vuelve a realizarse sobre cinco dólmenes con una precisión que aquél no pudo alcanzar. Además, los arqueólogos penetran en su interior, efectuando excavaciones. Aparecen diversos restos: huesos humanos, fragmentos de vasijas y collares. Pero también algunas monedas. Su hallazgo contraría visiblemente a los investigadores, tanto que en su informe apenas las nombran. Forzosamente, argumentan, provienen de enterramientos posteriores<sup>36</sup>.

El examen de los huesos, en cambio, permite extraer una conclusión totalmente satisfactoria.

‘Las personas sepultadas en los dólmenes pertenecían al mismo tipo físico que los actuales habitantes de esa parte de Navarra. Concuerdan bastante bien con los caracteres recientes vascos de varios pueblos de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra.’<sup>37</sup>

Los investigadores obtienen cuatro conclusiones reseñables más: la antigüedad de los restos (anteriores cuando menos al 2000 a. de J. C.); que los dólmenes no fueron erigidos por celtas sino por vascos; que éstos tuvieron relaciones con otros pueblos

---

<sup>34</sup> Telesforo de Aranzadi y Florencio Ansoleaga, *Exploración de cinco dólmenes del Aralar*, Imp. Provincial a cargo de J. Ezquerro, Pamplona, 1915, p. 15.

<sup>35</sup> Una curiosidad: entre los auxiliares de la expedición encontramos al pastor que acompañó a Iturralde en 1894.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>37</sup> *Ibidem*.

europeos<sup>38</sup> y la inverosimilitud de una identificación del vasco con el hombre de neandertal.

¿Qué significado hay que atribuir a estas dos últimas aseveraciones? El de una precaución: en 1894 Iturralde todavía mantiene la creencia de que los vascos están emparentados con los iberos<sup>39</sup>. Ansoleaga y Aranzadi ya no defienden esta teoría<sup>40</sup>, pero temen que, al rechazarla, se deje la puerta abierta a una identificación de los vascos con una raza evolutivamente inferior, convirtiéndolos en extranjeros dentro de la Europa aria. Por eso acentúan:

‘[...] el vasco no es un cuerpo extraño en la Europa occidental y, una vez constituida su característica física distintiva, no podemos decir que haya venido de ninguna parte.’<sup>41</sup>

En la medida en que la historia es una disciplina reputada como científica que desvela las verdades del pasado y que, al mismo tiempo, requiere la concurrencia de una labor de “escritura”, de una invención<sup>42</sup>, sus dominios han sido uno de los escenarios preferidos por el ideólogo para desarrollar su labor. En el caso particular de la cultura navarra esta atención de las ideologías por la historia se acentúa con el carácter reaccionario de aquellas predominantes en la provincia. En efecto; tanto para navarristas, como para euskaros y nacionalistas el pasado aparece siempre como fuente de identidad y legitimidad. En lo que sigue vamos a atender a algunos textos en los que esta conexión entre política e historia queda puesta en evidencia.

---

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 62: ‘El pretendido aislamiento del vasco carece de base para esta época como para otras, *sin que esto prejuzgue nada respecto a su independencia*’ (cursivas nuestras).

<sup>39</sup> Cfr. J. Iturralde y Suit, *Obras II. La prehistoria en Navarra, op. cit.*, p. 58.

<sup>40</sup> T. Aranzadi y F. Ansoleaga, *op. cit.*, p. 60.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 65.

<sup>42</sup> Acerca del componente narrativo -ficticio- de la historia, véase Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, F. C. E., México D. F., 1992. Paul Ricoeur ha recogido muchas tesis de White llegando a hablar de la “ficcionalización” de la historia (*fictionalisation de l’histoire*) y la “historización” de la ficción (*historicisation de la fiction*). Cfr. Paul Ricoeur, *Temps et récit. Le temps raconté*, Seuil, Paris, 1985. Véase especialmente el capítulo 5 - “L’entrecroisement de l’histoire et de la fiction”- de la segunda parte - “Poétique du récit histoire, fiction, temps”. Según Ricoeur, ‘no somos menos lectores de historia que de novela’ (*Ibidem*, p. 330). Otras interesantes reflexiones acerca de la relación entre historia y narración, incluyendo una exposición de las principales corrientes en narratología histórica, pueden verse en el primer volumen de Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Siglo XXI eds., México D. F., 1995 (especialmente la segunda parte del primer tomo, ‘Historia y narración’). No carece de interés, a pesar de que en algunos aspectos haya podido quedar ampliamente superada por el libro de Ricoeur, la teoría de las ‘óraciones narrativas’ de Arthur C. Danto. *Historia y narración*, Paidós, Barcelona, 1989. Contiene los capítulos centrales de su libro *Analytical Philosophy of History*.

En 1887 Julio Altadill publicó la *Biografía y obras del P. Joseph de Morete*<sup>43</sup>, obra que había resultado galardonada en el certamen literario convocado el año anterior por el Ayuntamiento de Pamplona. A primera vista Moret no parece un personaje demasiado propicio para una invención ideológica. A fin de cuentas no es un guerrero ni un santo. De hecho, ni siquiera es un testigo directo de los acontecimientos que narra. Es *solamente* un historiador, ni siquiera el primero desde el punto de vista cronológico. Pero precisamente en la medida en que Moret es un historiador, Altadill va a efectuar sobre su figura y su obra una labor casi hagiográfica de gran alcance.

En la introducción a su obra Altadill distingue dos formas de patriotismo. La primera, ‘el espontaneo ofrecimiento de la vida’<sup>44</sup> por la patria. La segunda, la ‘perpetuación de las grandezas peculiares’<sup>45</sup> a través de la historia. La primera tiene lugar incluso entre los pueblos más bárbaros y atrasados. La segunda, por el contrario, está reservada únicamente a las naciones civilizadas. Su cultivo constituye un signo indudable de progreso y patriotismo, su descuido un indicio de decadencia y debilidad.

¿Cuál es el mérito de Moret?, ¿qué lo vuelve digno de ser biografiado? Altadill se responde: ‘arrancó esplendor, grandeza y brillantez a ignotos pergaminos, vetustos códices y olvidadas crónicas, acá y allá esparcidas’<sup>46</sup>, consiguió ‘extirpar los errores, fábulas y nebulosidades en que el pasado de Navarra se hallaba envuelto’<sup>47</sup>. Es decir, formalizó el devenir histórico del reino, convirtiendo ‘en ordenado archivo [...] los trofeos conquistados por nuestros ascendientes’<sup>48</sup>. Esta labor convierte al jesuita en el ‘Augusto Príncipe de los Historiadores Navarros’<sup>49</sup>, en el ‘Mecenas de nuestra historia’<sup>50</sup>. Moret, en definitiva, es el restaurador de la memoria de Navarra, una memoria que se hallaba en ruinas, dispersa y olvidada<sup>51</sup>.

---

<sup>43</sup> Julio Altadill, *Biografía y obras del P. Joseph de Morete*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1887.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 6.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 76.

<sup>47</sup> *Ibidem*.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 68. ‘Por nuestros Abuelos’, escribe un poco más adelante. Cfr. con el juicio que mereció Moret a Campión: ‘Gracias a él, Nabarra se conoce a sí misma, y lo que era confuso sentimiento de personalidad, se perfeccionó en plena conciencia nacional. Muchos presentes óptimos ha recibido Nabarra de sus buenos hijos; pero quedan por bajo del de Moret. Este patricio insigne proveyó a su madre de una facultad nueva: la memoria.’ A. Campión, citado por Bernardino de Estella, *Historia Vasca*, Izaro, Guecho, 1977, p. 246.

<sup>49</sup> J. Altadill, *Biografía y obras del P. Joseph de Morete*, *op. cit.*, p. 10.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>51</sup> El recuerdo de las ruinas es pertinente porque Moret aparece en la biografía de Altadill como un arquitecto que lleva a cabo la colosal ‘tarea de erigir el edificio de nuestra historia’ (*Ibidem*, p. 73). Sus libros son los ‘inexpugnables baluartes que parecen velar el sueño del Reino’ (p. 85), el ‘arca depositaria, elocuente reflejo y

La biografía de Altadill parece en algunos momentos algo desmesurada. Si comparamos la significación que el biógrafo otorga a los *Anales* de Moret con los propios *Anales* es fácil detectar un cierto desequilibrio. Es verdad que Moret es un historiador central para la historiografía navarra y que escribe comprometidamente, en pugna con la “superstición goda”, argumentando la antigüedad e independencia de su país. Sin embargo, tanto la disposición interna de los *Anales* como muchos de sus contenidos difieren notablemente de los de las historias de Navarra más modernas. Temas que a una historiografía más reciente le han merecido considerable interés, como la batalla de Olast, reciben de Moret una atención idéntica a la de acontecimientos que hoy parecen insignificantes, como la peregrinación de San Eulogio<sup>52</sup>. Y al revés, episodios a los que Moret otorga una importancia extraordinaria, como el martirio de las vírgenes Nunilona y Alodia<sup>53</sup>, no son ni siquiera mencionados en la mayor parte de las historias más cercanas.

Esta circunstancia nos lleva a cuestionar el sentido de la biografía de Altadill. En absoluto se trata de una investigación profunda, no aporta documentos inéditos, tampoco ofrece una perspectiva original del biografado y, como reconoce el propio jurado, ni siquiera está bien escrita<sup>54</sup>. Sin embargo ha resultado premiada. ¿Dónde reside su mérito? Precisamente en haber logrado el *reconocimiento* del jurado: en que éste puede *reconocer sus ideas* en lo escrito. El hecho de la propia convocatoria destinaba un premio a la mejor biografía de Moret, lo que revela hasta qué punto existía la demanda de un texto que diera sentido a su figura, que lo ubicara dentro de la búsqueda de testimonios y la resurrección de Navarra. Altadill escribe una. Es mediocre desde el punto de vista de su valor científico y literario pero, en cambio, resulta efectiva desde la perspectiva de su contribución ideológica. No porque las ideas que contenga sean novedosas, ni porque aduzca datos inéditos, sino porque *ni unas ni otros lo son*. La aportación de Altadill consiste en unir unas verdades -los eventos que configuran la vida de Moret- con unas ideas -las suyas y las del jurado-. Como resultado tenemos a un

---

artístico mausoleo, do [sic] se admira nuestro ayer”( p. 9). De este modo, el jesuita navarro queda elevado al rango de artista: “bra pintor inspirado [...], ora escultor adiestrado [...], ora fecundo músico”(p.73).

<sup>52</sup> En la edición de los *Anales del Reino de Navarra* al cuidado de Susana Herreros Lopetegui (Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Pamplona, 1987-1991, cuatro tomos), el viaje de San Eulogio ocupa las pp. 20-24 del segundo volumen. La batalla de las Navas las pp. 304-308 del tomo I.

<sup>53</sup> J. Moret, *Anales del Reino de Navarra*, ed. cit., tomo II, pp. 38-60.

<sup>54</sup> El jurado recomendó a Altadill “que antes de darlo al público procurase modificar su estructura y sobre todo abstenerse de algunos giros y ciertas comparaciones que no han tomado carta de naturaleza entre nuestros autores clásicos”(J. Altadill, *Biografía y obras del P. Joseph de Morete*, op. cit., p. 4).



historiador del siglo XVII prefigurando el movimiento renacentista y anamnético de Navarra.

La demanda expresa de textos por parte de los círculos ideológicos y las instituciones de poder manifiesta con claridad la relevancia política de la cultura. Un ejemplo sugestivo de este hecho es la moción que la Comisión de Monumentos Históricos dirigió en 1919 al Ayuntamiento de Pamplona, proponiéndole el patrocinio de un “patriótico proyecto”<sup>55</sup>. Todas las ciudades importantes, comienza diciendo la moción, tienen una historia, un libro que relata su pasado a sus ciudadanos. Pamplona no. Y a causa de esta rareza:

‘[...] se esfuman y desaparecen nuestro pasado, nuestros ínclitos Monarcas e ilustres Príncipes; nuestros sabios y Santos, nuestros guerreros y legisladores; y cada día nuevo equivale a una losa sepulcral que cayendo sobre todos ellos, *aleja la reconstitución y dificulta el resurgimiento de nuestro pasado y nuestras glorias.*”<sup>56</sup>

Es preciso poner fin a esta situación: dotar a la capital de Navarra de una Historia, de una memoria de sus hijos célebres y sus glorias, de un modelo que posibilite a los pamploneses de hoy reproducir las hazañas ejemplares de sus antepasados, los pamploneses de antaño.

‘Porque la Historia no es un ordinario e inútil pasatiempo, ni una novelilla más o menos deleitable; es *la maestra de la vida, enseñanza de administración y gobierno, de avance y prosperidad*, manantial de útiles doctrinas, *sagrario de reliquias venerandas*, ciencia que ennoblece, *estímulo de ciudadanos*, título dignificante para los que la escriben y para quienes la leen y cultivan.”<sup>57</sup>

El Ayuntamiento pamplonés tomó nota de la propuesta de la Comisión y organizó al efecto un concurso histórico literario, consciente de que “la hidalguía y nobleza de los pueblos se declara y atestigua con su pasado” y de que “la consideración

---

<sup>55</sup> ‘Moción’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1919, p. 7.

<sup>56</sup> *Ibidem*. Cursivas mías.

<sup>57</sup> *Ibidem*. Cursivas mías.

e importancia de los mismos se evidencia con sus crónicas”<sup>58</sup>. Leemos en la convocatoria:

‘Los cuadros de ese magno Museo habrán de traer a nuestra vista en forma de monografías históricas, toda la vida social y civil, religiosa y militar, literaria y artística, política y administrativa de este pueblo, sus avances, estancamientos y retrocesos, con sus causas y accidentes, *para que esa Historia no resulte un cuadro fantástico, sino antes bien un exacto reflejo de las graduaciones recorridas; y una vez más obtengamos de la ciencia histórica -Magistra Vitae-, las enseñanzas utilísimas que de su lectura y cultivo se desprenden.*”<sup>59</sup>

La historia como fuente de saber para la actuación contemporánea<sup>60</sup>. Pero naturalmente tanto la lectura como la escritura de la historia distan mucho de ser inocentes. Si el pasado forma parte de los recursos de las ideologías es porque éstas han conseguido antes manipularlo en su provecho. Esta circunstancia no supone siempre que la ‘política’ del texto se corresponda perfectamente con una ‘política’ concreta. Por emplear la jerga de Bourdieu<sup>61</sup>, hay textos que refuerzan la *doxa*, la opinión común generalmente incuestionada y apartidista. Otros por el contrario se dirigen al área de lo discutible, donde cabe la ortodoxia o la heterodoxia. Incluso entre estos textos sólo algunos toman partido abiertamente por opciones identificables en la pugna por el poder político. Los demás permanecen en zonas próximas o ensayan posturas individuales, ideológicas pero no partidistas. La cultura, incluida la producida con propósitos explícitamente ideológicos, es al fin y al cabo un ámbito diferente del de la lucha política cotidiana, aunque nunca ajeno a la política en un sentido más extenso.

Esta maleabilidad de la historia conduce a que, de igual manera que las ruinas se prestaban a cualquier interpretación, también sus enseñanzas sirvan para respaldar las

---

<sup>58</sup> ‘II Concurso bibliográfico-histórico promovido bajo los auspicios del Excmo. Ayuntamiento de Pamplona’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1920, p. 15.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 16. Las cursivas son mías. El ‘Museo’ no es otro que el libro. Cfr. con las palabras de Julio Altadill: ‘No más beamonteses y agramonteses, aprendamos del pasado, ya que tantas veces hemos conocido que *la Historia es infalible maestra de la vida*’ (‘Pamplona: Brochazo histórico’, en *Euskalerrriaren Alde*, tomo X, 1920, p. 245). Cfr. José Cabezudo Astráin, ‘Lo foral visto desde fuera de Navarra’, en *Pregón*, nº 89, 1966: ‘Y muchas veces, aun no sabiendo mucha historia, se siente uno influido por ella en el subconsciente.’

<sup>60</sup> Sobre la idea de la historia como *Magistra Vitae* se puede ver Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 41-66.

<sup>61</sup> Pierre Bourdieu, ‘Structures, Habitus, Power: Basis for a Theory of Symbolic Power’, en Nicholas B. Dirks; Geoff Eley, Sherry B. Ortner, eds., *CULTURE/POWER/HISTORY*, Princeton UP, Princeton, New Jersey, 1994.

tesis más antitéticas. Eladio Esparza, por ejemplo, invoca el pasado de Navarra para rechazar el nacionalismo, que a su modo de ver siempre tiene un fondo independentista.

‘[...] para embarcar a Navarra esta aventura primeramente habríamos de destrozarse el Reino, en las cabezas de sus reyes más poderosos, habríamos de vaciar todo el contenido de nuestra historia y crear nuestro pueblo, como el reino de Fausto, sobre la nada...’<sup>62</sup>

Desde el semanario nacionalista *Amayur*, en cambio, el mismo pasado sirve justamente para defender la tesis contraria:

‘Contemplad la historia de nuestro pueblo, con la rapidez de una cinta cinematográfica, y en todos y en cada uno de sus innumerables episodios, sólo destaca una idea [...]: El amor a la independencia.’<sup>63</sup>

El que la historia haya sido utilizada de manera explícita con fines ideológicos que van desde una genérica apología de Navarra hasta la defensa de políticas específicas, no significa que sus artífices hayan renunciado a esgrimir su objetividad. Jesús Etayo nos proporciona una clara muestra de este doble juego entre la “cientificidad” y el compromiso. En el breve espacio de unas “Divagaciones”<sup>64</sup> de una sola página consigue reunir la condena a una “entrada de la política en la reducida cofradía de los historiadores navarros”<sup>65</sup> con el llamamiento a la construcción de una historia “por Navarra, en la fraternidad de Dios, de la Patria y de la ciencia”<sup>66</sup>.

Efectivamente, es sólo después de Dios y de la Patria que la ciencia entra, con minúscula, en la escritura de la historia, a modo de operador realista que evite las patrañas. La ciencia en este sentido es esa circunstancia que impide a las ideologías continuar hablando del asesinato del niño Simón, de Túbal o de Uchin Tamayo.

Pero junto a sus efectos restrictivos, la ciencia es también el atributo que torna veraces -y ya no sólo verosímiles- las construcciones del ideólogo. El pasado, dada su extensión, resulta innumerable y siempre equívoco. El dato histórico que de él se extrae

---

<sup>62</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el fuero*, op. cit., sin paginación.

<sup>63</sup> M-J, “Ayuntamientos de Navarra”, en *Amayur*, 23-V-1931, p. 1.

<sup>64</sup> Jesús Etayo, “Divagaciones”, en *Navarra*, ¿número único?, 1925, sin paginación.

<sup>65</sup> *Ibidem*.

<sup>66</sup> *Ibidem*.

es siempre parcial, por mucho que se encuentre bien documentado<sup>67</sup>. En ocasiones aparece producido a la medida de un discurso dado, como la pieza de un rompecabezas. Otras, en cambio, lo hallamos de puro vacío susceptible de integrarse en cualquier discurso. Las estadísticas craneométricas de Paul Broca y Feorge Morton demostrando la base física de la estupidez pertenecen al primer género. Las batallas, las listas de reyes y de obispos, al segundo. En uno y otro caso es frecuente que su “descubridor” borre de él cuantas huellas traicionan su condición de *producto*.

El dato, en definitiva, nunca contiene la realidad, aunque paradójicamente siempre pueda mostrarse su adecuación a unos hechos reales. Gracias a él las ideologías pueden exhibirse como el resultado palmario de lo cierto. Gracias a él José Zalba<sup>68</sup>, por ejemplo, puede afirmar que ha sido únicamente el conocimiento de la historia lo que le ha llevado a sus convicciones políticas.

A causa de esta sutil combinación de ficción y verdad, las relaciones entre historia e ideología no resultan siempre fácilmente identificables. Hay ocasiones en que las intenciones son declaradas con toda franqueza en las introducciones y los prólogos. En esos casos resulta fácil ilustrar la orientación política de la historia. Sin embargo, es preciso ser consciente de que la ideología opera en los textos en más de un nivel. No es algo que incida en un solo punto de su superficie, una mancha que afecte anecdóticamente a unas pocas palabras o algunas páginas. Por un lado, la vemos actuar a través de tramas, estructuras, temas, tiempos y personajes. Por el otro, a través de connotaciones, sentidos evitados, silencios y diferencias deslizadas de forma casi imperceptible junto al tópico repetido una y otra vez.

A consecuencia de esta pluralidad de niveles los libros constituyen manantiales inagotables de análisis semiótico e ideológico. Sólo la necesidad de completar un recorrido de más de setenta años nos impele a pasar sobre ellos con rapidez, ciñendo nuestra atención a unos pocos tópicos que sirvan como hilo conductor. Pero textos como el *¡Amayur...!*<sup>69</sup> del nacionalista Orreaga ofrecen al investigador unas

---

<sup>67</sup> Cfr. Paul Ricoeur, “Objetividad y subjetividad en la historia”, en *Historia y Verdad*, *op. cit.*, p. 25: ‘El documento no era documento antes de que el historiador soñase con plantearle una cuestión, y así el historiador lo constituye, por así decirlo, por detrás de él y a partir de su observación; con eso mismo es él que instituye hechos históricos’. No obstante esta cita Ricoeur entiende que, incorporando forzosamente a la historia ingredientes subjetivos, se trata de una “subjetividad buena” que posibilita cierta objetividad ( cfr. *Ibidem*, pp. 31-38).

<sup>68</sup> José Zalba, *Desconocimiento de la nacionalidad étnica de Euzkadi y sus consecuencias*. Conferencia dada en el Centro Vasco de Iruña, el 20 de diciembre de 1913, Imp. Argaiz, Pamplona, 1914, p. 3.

<sup>69</sup> Miguel de Orreaga [Seudónimo de Pedro de Navascués de Alarcón], *¡Amayur...! Los últimos nabarros. Vindicación de los caballeros patriotas que lucharon por la independencia de Nabarra y por los derechos de la casa de Albret en los años 1512-1524*, Imp. Viuda de T. Bescansa, Pamplona, 1923.

posibilidades hermenéuticas tales que podrían exigir muy bien la dedicación de toda una tesis doctoral.

*¡Amayur...! Los últimos nabarros...* constituye, en efecto, un intenso trabajo de erudición histórica y archivística<sup>70</sup> puesto al servicio de una intención evidentemente política, en el sentido más fuerte del término. El origen del libro se sitúa en la polémica desatada en 1921 en torno al monumento erigido en homenaje a los últimos defensores de la independencia navarra en Baztán. Más adelante nos ocuparemos de ella con detenimiento. Lo esencial ahora es hacer ver cómo, incluso en el caso de una historia escrita con seriedad y profusamente documentada, ésta asume la misión de construir con el pasado relatos que ejerzan funciones políticas específicas, sirviendo de apoyo a opciones ideológicas concretas.

La lucha por el control del pasado comienza a producirse desde la primera página de *¡Amayur...!*, en la misma dedicatoria, cuando Miguel de Orreaga ofrece el fruto de sus investigaciones a los caballeros del castillo. Muy peculiar es la grafía, propia de lápida conmemorativa, con que la redacta.

“A: LOS: HEROES: CORONAS  
A: LOS:MARTIRES: PALMAS  
A: TODOS: LOS: QUE: DESDE  
JULIO: DE: MDXII: A: JULIO  
DE: MDXXII: DEMOSTRARON  
SU: LEALTAD: HEROISMO: Y  
PERSEVERANCIA: AMPARANDO  
A: NABARRA  
SACRO: RECUERDO: INMORTAL”<sup>71</sup>

No se nos debe escapar la importancia de este tipo de detalles. El mismo fragmento, redactado de modo convencional, no tendría la fuerza visual que tiene así impreso. Ante un hecho histórico incómodo para un navarrista -un intento de independencia del reino-, Víctor Pradera ha optado por el insulto. Directamente ha llamado “traidores”<sup>72</sup> a los caballeros de Maya. Miguel de Orreaga, siguiendo “la

---

<sup>70</sup> No obstante el autor contaba con sólo 19 años al publicar la obra.

<sup>71</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 2.

<sup>72</sup> Víctor Pradera, *Por Navarra, para España*, no figura ni edición ni fecha, pero seguramente se editó en 1921, p. 15.

consigna que le dictó su patriotismo agraviado<sup>73</sup>, toma sobre sus hombros la tarea de vindicarlos. La misión del libro es radicalmente monumental, casi idéntica a la de quien erige una estatua. Homenajear y recordar; ‘sacar a la luz [...] una página gloriosa, más en cierto modo, casi del todo olvidada de la historia patria’<sup>74</sup> y honrar a los ‘últimos nabarros’<sup>75</sup>. La dedicatoria ejerce en este contexto la labor de placa del monumento. El resto del libro conforma el mausoleo, una sagaz mezcla de investigación, apología, divulgación, discusión política y literatura.

Es cierto que Orreaga no ofrece apenas documentos novedosos y que, en este aspecto, el valor puramente historiográfico del libro puede parecer escaso. Sin embargo, desde el punto de vista narrativo su autor ha llevado a cabo una valiosa labor de síntesis, invención, sistematización y narración. Nadie hasta entonces la había realizado y, a causa de ello, en la polémica contra Víctor Pradera los apologistas de los defensores del castillo habían incurrido en notorias contradicciones. Jesús Etayo, por ejemplo, llama con orgullo ‘agramontés’ al partido carlista<sup>76</sup>. Manuel Aranzadi, en cambio, dice deplorar todas las banderías<sup>77</sup>. Esta falta de coherencia se traduce especialmente en una dificultad para extraer una enseñanza diáfana de aquellos hechos. En efecto, ¿qué muestra la historia? ¿Hay que imitar al partido de Agramont o iniciar una política exclusivamente navarra? ¿Defender la independencia también en 1920? Aunque los defensores del monumento de Maya tenían casi todos los datos de los que dispuso Orreaga, no contaban todavía con un relato que los integrase otorgándoles un sentido. Sólo por eso Pradera -hábil polemista donde los haya- pudo citar en su propio provecho al mismísimo Campión<sup>78</sup> y a Boissonade, historiador al que acudían sus contrincantes en busca de argumentos. Sólo por esto pudo Pradera emplazar a Altadill y al Conde de Rodezno para que se definiesen respecto a la independencia de Navarra en el presente, dejándolos desconcertados.

La obra de Orreaga vino a racionalizar y a narrativizar esta cuestión. Es cierto que -como veremos- en *¡Amayur...!* las valencias de los personajes, los bandos y los hechos no se han atribuido todavía con toda claridad, pero indudablemente el papel de

---

<sup>73</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. XI.

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. XII.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 273.

<sup>76</sup> V. Pradera, *op. cit.*, p. 40. Reproduce una carta de J. Etayo.

<sup>77</sup> *Ibidem*, p. 32. Reproduce una carta de Manuel Aranzadi.

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 42. Pradera acusa a Etayo de ‘manifiesto desconocimiento de la obra de Campión’.

cada elemento histórico se ha definido con mayor precisión. El curso de los acontecimientos recibe ahora una interpretación coherente, ordenados éstos en el interior de un discurso que ha vuelto más homogéneo su sentido.

Ahora bien. Al establecer marcas menos equívocas, Orreaga ha creado inevitablemente una zona de exclusión mayor que la que regía anteriormente. Los sectores no nacionalistas que hasta el momento han defendido el monumento comienzan a mostrarse reticentes. Orreaga les ha arrebatado la posibilidad de mantener sus posiciones, su ambivalencia. Amayur, o al menos el monolito construido en el lugar, ha quedado politizado tan intensivamente que sólo los nacionalistas pueden sentirse cómodos con él. A partir de ahí se comprende que el libro de Orreaga cayera en el olvido. Al terminar con la ambigüedad que caracterizaba Maya, al otorgarle un sentido que se sitúa del lado de la heterodoxia, Orreaga gana para su causa un relato histórico pero limita la capacidad aglutinadora del evento.

La trabazón entre ideología e historia ha derivado con frecuencia en una apelación directa a la segunda en las discusiones políticas. En el curso de la mencionada polémica de Amayur, por poner el caso, Altadill califica a Pradera de “tránsfuga contaminado del espíritu del abominable Conde de Lerín”<sup>79</sup>. A su vez Pradera llama al Conde de Rodezno “agramontés del siglo XX”<sup>80</sup>. También desde el nacionalismo vasco se denomina a menudo a los partidos no nacionalistas como “partidos godos”<sup>81</sup>. Estas referencias podrían hacernos pensar en un uso puramente secundario de la historia, que encajaría con una concepción de la ideología en términos de interés. Según esta perspectiva la actuación política de la historia se limitaría a constituir un escenario en el que se pusieran en escena disputas externas (por ejemplo de orden económico).

Sin embargo, hay elementos que nos permiten pensar en una ligazón más profunda, menos concluyente en lo que se refiere al orden de dependencias. La polémica desatada por la “Roldanada” constituye a este respecto una muestra evidente de la imposibilidad de representarse las relaciones entre política e historia exclusivamente a partir de intereses.

---

<sup>79</sup> J. Altadill, *Castillos medioevales*, *op. cit.*, p. 11. No lo menciona explícitamente pero es claro que el insulto va por él. Sin nombrar tampoco abiertamente a Pradera, pero siendo suficientemente explícitos, pueden verse insultos similares, en cantidad bien abundante, en la obra de Orreaga, especialmente en el prólogo de Arturo Campión.

<sup>80</sup> V. Pradera, *op. cit.*, p. 70. Ello no obstó para que una vez asesinado Pradera, en 1936, Tomás Domínguez Arévalo escribiera una elogiosa “Semblanza” del político navarro. Cfr. Víctor Pradera, *Obra Completa*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1945, 2 tomos, p. 67.

<sup>81</sup> Por ejemplo en *Diario de Navarra*, 1-I-1936.

En 1934 se cumplían cien años desde que fuera descubierta en el conocido como “Manuscrito de Oxford” la versión más antigua que se conserva del cantar de Roldán. Ante este aniversario, el médico y escritor Víctor Juaristi propuso al Consejo de Cultura de Navarra la celebración del hallazgo y la construcción al efecto de un monumento conmemorativo en Roncesvalles. El Consejo aprobó ambas iniciativas y organizó una serie de actos en Pamplona y *Orreaga* para los días uno y dos de septiembre. El programa incluía un recital de la *Chanson* en el teatro Goyarre, un concierto del Orfeón -que interpretaría las Cántigas de Alfonso X el Sabio-, la lectura en Roncesvalles del “Orreaga”<sup>82</sup> de Campión y, tras la oportuna bendición religiosa, la colocación junto a la Colegiata del monumento (que el propio Juaristi había diseñado). Para la ocasión, que tenía un claro carácter de promoción turística, se invitó a personalidades de ambos lados de la muga y de varias universidades europeas. *Oportunamente*, un día antes de que se hiciera pública la convocatoria, a doce días vista del aniversario, se anunció que, en el transcurso de las excavaciones arqueológicas que venían realizándose en Roncesvalles, habían sido hallados los restos de Roldán y del Conde Oliveros. Resultaba tan poco creíble que incluso Eladio Esparza ironizó abiertamente sobre la casualidad del hallazgo desde las columnas del *Diario de Navarra*<sup>83</sup>.

Cuando se conocieron los detalles de la celebración las reacciones no fueron en absoluto aquiescentes. En el caso del *Diario* las críticas fueron ciertamente moderadas, relativas más que nada a cuestiones de forma. En concreto *Eusebius* García Mina se burló abiertamente de la ocurrencia de interpretar las Cantigas del Rey Sabio<sup>84</sup> y Eladio Esparza calificó las celebraciones de completamente “desmesuradas”<sup>85</sup>. Si lo que se quería hacer era divulgar la historia navarra entre el pueblo lo que se precisaban eran más libros y no nuevos monumentos, “[...] que de piedras ya estamos bien servidos!”<sup>86</sup>

Tampoco *El Pensamiento Navarro* mostró el más mínimo entusiasmo por la iniciativa. En realidad se limitó a informar brevemente de los actos y guardó un gélido silencio sobre la polémica.

Los reproches más violentos provinieron, como era de esperar, del nacionalismo. Desde el momento en que Juaristi hizo pública su propuesta *La Voz de Navarra* y

---

<sup>82</sup> Arturo Campión, “Orreaga”, en *Revista Euskara*, 1878.

<sup>83</sup> Cfr. Eladio Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 21-VIII-1934.

<sup>84</sup> Eusebius [psudónimo de Eusebio García Mina], “Gran tabarra sobre las Cantigas”, en *D. N.*, 31-VIII-1934.

<sup>85</sup> Eladio Esparza, “Postales”, *D. N.*, 21-VIII-1934, p. 1.

<sup>86</sup> E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 29-VIII-1934, p.1.



*Amayur* comenzaron a ofrecer una avalancha de editoriales y cartas en su contra. Juaristi fue acusado abiertamente de escarnecer el ‘buen nombre de nuestros antepasados’<sup>87</sup> y de ‘desafiar a los muertos’<sup>88</sup> con su descabellada idea de erigir un monumento al ‘extranjero invasor’<sup>89</sup>. A todas luces un poco sorprendido por el talante de las reacciones, Juaristi trató de responder enviando un artículo a *La Voz de Navarra*<sup>90</sup>. En él puntualizaba que no se pretendía homenajear a Roldán, sino celebrar el hallazgo de un romance, patrimonio de la literatura occidental, que había hecho célebres los nombres de Roncesvalles y Navarra en todo el mundo. Además afirmaba que en la famosa batalla habían combatido vascos en los dos bandos -‘unos, en las montañas, otros al servicio de Carlo Magno, unos con Castilla, otros con los moros’<sup>91</sup>- insinuando con ello que los nacionalistas cometían una inexactitud histórica al mitificar el suceso. Por último, terminaba calificando de ‘rencorosos de agravios oscuros de hace mil trescientos años’<sup>92</sup> a quienes habían despotricado contra el proyecto.

La polémica no amainó con estas puntualizaciones. Los nacionalistas replicaron que a quienes había que levantar un monumento era a los héroes que habían logrado la gesta de derrotar al emperador franco, inspirando la *Chanson*<sup>93</sup>. Al haber obviado a los verdaderos protagonistas de la batalla acusaron a Juaristi de formar parte del ‘tercio extranjero’<sup>94</sup> que sojuzgaba Navarra, poniéndose siempre del lado de los foráneos.

‘El monumento se erige sencillamente al ‘invasor’, llámese como se llame, sea francés, visigodo o agareno, con tal que venga a sojuzgar Nabarra en su territorio o en su espíritu.’<sup>95</sup>

---

<sup>87</sup> ‘Sobre la canción de Roldán’, por Gurbindo [pseudónimo de José Aguerre], *L. V. N.*, 22-VIII-1934, p. 1. También el artículo de Etayo hablaba del ‘escarnio para nuestros antepasados’ que suponía el homenaje (ver J. Etayo, ‘Ante el homenaje, en Navarra, para el invasor Roldán’, en *L. V. N.*, 21-VIII-1934, p. 1). Otro tanto hizo a los pocos días ‘BIPIMI’ (Niceto Belzanegui Mendibe), acusando a Juaristi de querer ‘hacer renegar’ a Navarra ‘de nuestros ascendientes’(ver BIPIMI, ‘Otro voto en contra’, *L. V. N.*, 26-VIII-1934, p. 1).

<sup>88</sup> Gurbindo, *op. cit.*, p. 1.

<sup>89</sup> Jesús Etayo, ‘Ante el homenaje, en Navarra, para el invasor Roldán’, *op. cit.*, p.1.

<sup>90</sup> ‘Un artículo en ‘pro’, del señor Juaristi’, en *L. V. N.*, 23-VIII-1934.

<sup>91</sup> *Ibidem*, p. 1. Es llamativa la concepción de fondo de la batalla que se observa en esta cita de Juaristi.

<sup>92</sup> *Ibidem*.

<sup>93</sup> ‘Contestando al señor Juaristi’, *L. V. N.*, 24-VIII-1934.

<sup>94</sup> Juan de Juardiano, ‘Sobre la canción de Roldán’, *L. V. N.*, 25-VIII-1934, p.1.

<sup>95</sup> *Ibidem*.

Temeroso de un boicot a los actos tres días antes de la celebración, Juaristi trató de mostrarse conciliador enviando otra carta a *La Voz de Navarra*<sup>96</sup>. En ella recordaba que la organización había tenido la delicadeza de incluir carteles en vasco, que se recitaría el “Orreaga” de Campián en Ibañeta, que al acto asistirían muchos navarros de Ultrapuertos, sirviendo para estrechar lazos entre ambas Navarras. Además aseguraba que el folklore local estaría presente en todo momento, dejando clara la personalidad distintiva del país. Juaristi modificó incluso su firma habitual para hacerlo como “*Juaristi eta Sagarzazu'tar Bithoriano*”<sup>97</sup>.

No valió de nada. Las protestas continuaron, burlándose ahora de la nueva signatura del doctor Juaristi. Finalmente, el día 1 de septiembre, el recital de la *Chanson* en el Gayarre fue interrumpido por gritos de jóvenes nacionalistas.

Inesperadamente, cuando la tormenta ya parecía haber amainado, Juaristi recibió un apoyo absolutamente inoportuno. El *Diario de Navarra* reproducía un artículo del fascista Ernesto Giménez Caballero elogiando las figuras de Roldán y del Emperador de la barba florida. “Carlo Magno”, afirmaba, “vino a luchar contra los separatismos irredentistas de las tribus ibéricas -los vascos- unidos a los bolcheviques moros”<sup>98</sup>. Decididamente, “Gecé” hizo un flaco favor a Juaristi, de quien, seguramente, jamás había oído hablar. El diputado Manuel de Irujo le dio la puntilla al proponer burlescamente: “Levantemos un monumento a Wamba”<sup>99</sup>.

Años más tarde, resumiendo lo sucedido y todavía visiblemente resentido, recordaba Juaristi:

‘Cayeron sobre mí burlas de amigos y ataques injuriosos de enemigos, entre estos los de violentos nacionalistas vascos que, sin que valieran mis apellidos euskaros y el mucho cariño que con palabras y obras he demostrado constantemente a los verdaderos valores de mi pueblo, me combatieron ‘porque pretendía glorificar la memoria de un invasor vencido’.”<sup>100</sup>

---

<sup>96</sup> “Unas cuartillas del señor Juaristi”, en *L. V. N.*, 28-VIII-1934.

<sup>97</sup> “Unas cuartillas del señor Juaristi”, *op. cit.*, p. 1.

<sup>98</sup> Reproducido por Eladio Esparza en las “Postales” del *Diario de Navarra*, 6-IX-1934, p. 1. Esparza contestó a “Gecé” el día siguiente en la misma sección (*D. N.*, 7-IX-1934).

<sup>99</sup> Manuel de Irujo, “Levantemos un monumento a Wamba”, *L. V. N.*, 9-IX-1934.

<sup>100</sup> Victoriano Juaristi, *Roncesvalles y la Canción de Roldán*, Icharopena, Zarauz, S. F. (¿1939?), pp. 4-6.

La polémica desatada por el monumento a Roldán sólo resulta comprensible si partimos del supuesto de que la historia constituye por sí misma una fuente de tensiones ideológicas de orden específico y no un mero reflejo de luchas externas. La condición “política” de la historia, y por extensión de la cultura, no es por tanto uno de sus rasgos periféricos sino una característica cardinal de su constitución misma como áreas de conocimiento.

### **Memoria e invención: historias y mapas para los niños.**

Tal y como señaló Michel Foucault<sup>101</sup>, el control de la memoria es uno de los objetivos vitales de las ideologías. Éstas le dictan qué debe contener, qué debe recordar, cómo hacerlo, qué debe olvidar. La memoria, en definitiva, es inventada e instaurada, sus recuerdos son producidos e implantados políticamente en las mentes individuales. Indudablemente, se trata siempre de una memoria discriminatoria y a menudo creada de forma polémica.

Discriminatoria, en primer lugar, porque aparta recuerdos incómodos y perturbadores. En el caso de Navarra, por ejemplo, cabe mencionar multitud de hechos ignorados deliberadamente por quienes trataron de recuperar la memoria colectiva. Así, la excomuniación de Sancho el Fuerte es habitualmente silenciada; Olóriz<sup>102</sup> decide explícitamente correr un tupido velo sobre los años liberales y antifueristas de Espoz y Mina; el nacionalista, Miguel de Orreaga<sup>103</sup>, por último, hace otro tanto con la derrota que los guipuzcoanos infligen a los navarros en Belate.

Polémica, en segundo lugar, porque las ideologías pugnan por apropiarse de ella, por monopolizarla y controlarla, implantando sus recuerdos y borrando los de los adversarios.

La cultura navarra ha reclamado constantemente su condición anamnética, su calidad de memoria recuperada. ¿Hasta qué punto cabe aceptar sus pretensiones?

---

<sup>101</sup> Citado por William Cohen, “Symbols of Power: Statues in Nineteenth-Century Provincial France”, en *Comparative Study of Society and History*, vol. 31, 1989, p. 494. Cfr. Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Paidós, Barcelona, 1991, p.134: “Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva.”

<sup>102</sup> H. de Olóriz, *Navarra en la guerra de la independencia*, op. cit., p. 321.

<sup>103</sup> M. de Orreaga, op. cit., p. 52.

Según Halbwachs<sup>104</sup> la memoria de una sociedad se extiende sólo hasta allá donde alcanza la memoria de los grupos de que la componen. En ese sentido es claro que la pretensión carece de fundamento, puesto que nadie, al margen del historiador y antes de su labor, recuerda en Navarra la mayor parte de los hechos que, precisamente, trata de rescatar del olvido.

Sin embargo, desde otra perspectiva no cabe cerrarse al carácter memorístico de la cultura navarra. Según François Bédarida<sup>105</sup>, la historia se sitúa en el exterior de los acontecimientos y centra sus preocupaciones en la veracidad. La memoria, por el contrario, camina en el interior del pasado, incapaz siempre de superarlo, obsesionada por la fidelidad y el miedo pánico al olvido. Desde este punto de vista nuestros autores se sitúan más del lado de la memoria que de la historia.

En cualquier caso lo cierto es que buena parte de la cultura consigue implantarse en la memoria colectiva, sustituyendo incluso algunos recuerdos más “naturales”. La torre de Peñaflor, en la Bardena, por ejemplo, pasa a llamarse popularmente el Castillo de Doña Blanca a raíz de la novela de Navarro Villoslada. Su novela *Amaya* sustituye a la tradición, a decir de Arigita<sup>106</sup>, en la imaginación popular en torno a Aralar y la leyenda de Teodosio de Goñi.

Estrechamente vinculado a ese afán de la cultura navarra por constituirse en memoria está su marcado carácter divulgativo. Hay que advertir que éste no ha impedido el gusto por lo erudito, contra lo que Olivier Reboul<sup>107</sup> parece pensar. Tanto en las *Euskarianas* de Campión, como en el *Boletín de la Comisión de Monumentos* y en *Príncipe de Viana* podemos encontrar numerosos alardes de precisión investigadora. En ocasiones incluso la voluntad divulgadora no ha supuesto una renuncia a la complejidad. Ahí está el libro de Mariano Arigita y Lasa *El Ilmo. y Rvmo. señor don Francisco de Navarra de la Orden de San Agustín*<sup>108</sup> con más de trescientas páginas de

---

<sup>104</sup> Maurice Halbwachs, “Memoria colectiva y memoria histórica”, en *Revista Española Internacional de Sociología*, nº 69, 1995, p. 215. Una síntesis de las ideas de Halbwachs sobre la memoria y su relación con la identidad puede verse en Jan Assmann, “Collective Memory and Cultural Identity”, *New German Critique*, nº65, 1995 (monográfico sobre ciencias de la cultura).

<sup>105</sup> François Bédarida, “La mémoire contre l’histoire”, en *Esprit*, nº113, 1993. Una concepción contraria, de la historia como prolongación de la memoria, puede verse en Mircea Eliade, *Mito y realidad*, *op. cit.*

<sup>106</sup> M. Arigita, *Historia de la imagen y santuario de San Miguel de Excelsis*, *op. cit.*, p. XVIII.

<sup>107</sup> O. Reboul, *op. cit.*, p. 224.

<sup>108</sup> Mariano Arigita y Lasa, *El Ilmo. y Rvmo. señor don Francisco de Navarra de la Orden de San Agustín. Estudio histórico-crítico*, Imp. Provincial a cargo de J. Ezquerro, Pamplona, 1899.

apéndice documental, pero escrito con la intención manifiesta de ‘estudiar las grandezas de la Historia de Navarra y ponerlas al alcance de todos’<sup>109</sup>.

Hay abundantes muestras de esa voluntad divulgativa de la cultura local. Las exposiciones histórico artísticas, los certámenes literarios, las conferencias, los libros de la Biblioteca Olave, la colección de Temas de Cultura Popular, etc. Los periódicos han servido a menudo como canales de divulgación. En lo que respecta al caso específico de la historia podemos citar la *Historia de Navarra* de Munárriz y Velasco, publicada por *El Eco de Navarra*; la ‘Historia Menuda’ de Idoate, recogida en *El Pensamiento Navarro*; las ‘Efemérides patrióticas’, las *Iruñerías* de Baleztena y los *Temas Navarros* de Salinas, en el *Diario de Navarra*; los ‘Escamoteos de Historia’ y las ‘Evocaciones’, en *La Voz de Navarra*, etc. Naturalmente en cada ocasión se produce una clara sintonía ideológica entre la historia difundida y el medio difusor. La *Historia Gráfica de Euzkadi*, publicada en el semanario nacionalista *Amayur*<sup>110</sup>, es el caso más llamativo de estas ‘historias para el pueblo’. En cada entrega, en torno a una docena de dibujos va relatando el devenir histórico de Euzkadi. El texto se ha reducido al mínimo de unos párrafos debajo de cada imagen. Las simplificaciones son tan extremas que se cae, de una manera forzosamente consciente, en el anacronismo más escandaloso. En la segunda entrega, por ejemplo, vemos la mano de Dios al principio de los tiempos escribiendo en los Pirineos el nombre de ‘Euzkadi’. Más adelante los vascos, encabezados por la *ikurriña* de Arana, aparecen conquistando y evangelizando América.

La propagación de la cultura entraña siempre una decidida voluntad educativa, el afán de ilustrar a la sociedad con unos conocimientos dados. Sin embargo, es fácil ver tras esa intención pedagógica el deseo de implantarse en el imaginario político del público. Enseñar a alguien significa también proporcionarle -bajo el aspecto de conocimiento- unos principios tales que reproduzcan en ausencia del educador sus juicios y pensamientos en el educando.

Precisamente a causa de esta facultad, la divulgación se ha convertido a menudo en una *paideia* destinada específicamente a formar las memorias infantiles. Las mentes de los futuros ciudadanos parecen fácilmente moldeables. Es lógico que sus inteligencias hayan sido objeto preferente de atención por parte del ideólogo. En la época moderna éste tiene a su disposición un lugar y un tiempo privilegiados para programar las mentes infantiles: la escuela y su horario.

---

<sup>109</sup> *Ibidem*, p. VIII. Cursivas mías.

Navarra no ha tenido el control de las escuelas radicadas en su territorio hasta fechas recientes y esto aún de forma parcial. Ello no ha impedido la producción de textos escolares destinados a formar a los niños navarros. El número de estos libros no es comparable con el editado en estados como el francés o el español, pero no obstante cabe extraer de ellos valiosos datos para el estudio de las ideologías locales.

El control del imaginario infantil es una *techné* llena de trucos. Ser didáctico es una opción verdaderamente ventajosa que evita además los inconvenientes del castigo físico. Con ello se consigue que el educando disfrute con su educación. Los libros escolares navarros han recurrido a esta táctica con frecuencia: Santos Landa pone en verso sus *Páginas de la Historia de Navarra*<sup>111</sup>; Dionisio de Ibarlucea redacta su *Compendio de Geografía de Navarra*<sup>112</sup> en párrafos cortos, de a lo sumo tres líneas, a fin de que los niños “lo aprendan de memoria”<sup>113</sup>. Las últimas páginas incluyen una descripción geográfica de Navarra también en verso, “que puede servir de lucimiento en los exámenes”<sup>114</sup> y que, según su autor, encantará a los pequeños. Conforme transcurre el siglo los avances técnicos permiten incluir dibujos y fotografías, como en el caso de la *Historia de Navarra*<sup>115</sup> de Fermín García Ezpeleta y las *Lecturas*<sup>116</sup> de Querejeta y Berazadi publicadas ambas en los años treinta. Éste último comprende además fragmentos literarios, extraídos de Navarro Villoslada, Altadill, Campión y Salaverría. Otros libros incluirán como elementos didácticos mapas, tipos de letra grandes, resúmenes, anécdotas, etc.

No obstante la ventaja que supone un texto amable a los ojos de los alumnos, los libros escolares deben mostrarse eficientes. Su finalidad estriba en *enseñar* y de nada serviría todo carácter ameno si se frustra este objetivo. Por ello los textos incorporan mecanismos de control que proporcionan al maestro diligente el instrumental preciso para asegurarse de la buena marcha del proceso de aprendizaje. Con este objeto libros como la *Historia de Navarra*<sup>117</sup> de García Ezpeleta, la *Historia Vasca*<sup>118</sup> de Bernardo

---

<sup>110</sup> *Amayur*, números 101 (1933) - 129 (1934).

<sup>111</sup> Santos Landa, *Páginas de la Historia de Navarra. Puestas en verso para niños*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1886.

<sup>112</sup> Dionisio de Ibarlucea, *Compendio de Geografía de Navarra*, Imp. de Aramendía y Onsaló, Pamplona, 1907.

<sup>113</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>114</sup> *Ibidem*.

<sup>115</sup> Fermín García Ezpeleta, *Historia de Navarra*, Imp. de García Enciso, Pamplona, 1933.

<sup>116</sup> R. Querejeta, *op. cit.*

<sup>117</sup> F. García Ezpeleta, *op. cit.*

<sup>118</sup> Bernardo Estornés Lasa, *Historia Vasca*, Beñat Idaztiak, Donostia, 1935.

Estornés y la *Geografía e Historia de Navarra*<sup>119</sup> de Julio Gúrpide incluyen al final de cada lección detallados cuestionarios evaluativos.

Entre la finalidad de un texto efectivo, que asegure la implantación de los conocimientos, y la estrategia de escribir un texto accesible se produce una tensión que no siempre llega a resolverse positivamente. Cuando la cantidad de información que busca transmitirse es escasa resulta fácil ser ameno. Las *Páginas de la Historia de Navarra* de Santos Landa, por ejemplo, exigen al alumno conocimientos muy sumarios. Por eso su extensión puede reducirse a cincuenta páginas de lectura cómoda. Pero cuando la cantidad de información que se desea introducir en la cabeza del niño es más extensa, la posibilidad de ser sugestivo se reduce. El *Compendio histórico del antiguo Reino de Navarra para uso de los niños de ambos sexos*<sup>120</sup> de Capitolina Bustince y Larrondo muestra con claridad estas dificultades. Por un lado la autora ha redactado su libro en forma dialogada, a fin de facilitar su lectura a las “tiernas inteligencias”<sup>121</sup>. Pero al mismo tiempo sus pretensiones informativas son tan abundantes que termina firmando un continuo y exhaustivo interrogatorio de más de cuatrocientas preguntas, algunas de ellas asombrosamente concretas<sup>122</sup>, volviendo el libro francamente agotador.

En buena medida la tensión entre estrategia y fin en los textos escolares está relacionada con la cuestión de cómo se introduce la ideología en ellos. El poder y la educación pueden estar estrechamente relacionados, pero eso no significa que la ideología de cada libro de texto sea susceptible de discernirse con claridad y menos aún que pueda adjudicarse siempre su pertenencia a un discurso político concreto. Una ideología hegemónica, con el mundo exterior a la escuela a su favor, puede permitirse aligerar su influencia en este lugar para distribuirse a lo largo de todo el proceso de socialización. Una ideología minoritaria o con problemas para adueñarse del resto de los mecanismos de socialización precisa ser más intensiva, a fin de aprovechar al máximo todo el terreno que controla. Algo similar sucede respecto a la cantidad de tiempo disponible, al acceso que se tiene a la violencia, a la demanda de legitimidad, a la existencia de competidores y al apoyo de la tradición.

---

<sup>119</sup> Julio Gúrpide Beope, *Geografía e Historia de Navarra. Lecturas- leyendas-tradiciones. Biografías de Hombres Ilustres de Navarra*, Ed. Iberia, Pamplona, 1944. Del mismo autor y con el mismo título la versión reducida en Aramburu, 1944.

<sup>120</sup> Capitolina Bustince y Larrondo, *Compendio histórico del antiguo Reino de Navarra para uso de los niños de ambos sexos*, Imprenta provincial, Pamplona, 1898.

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>122</sup> Cfr. las preguntas relativas al título que se arrogó el Católico, la actitud de D. Juan ante la derrota de Asparrós, o sobre qué encontró Hernando de Villalba en cofres tomados al mariscal Pedro de Navarra.

Hay tres libros de texto cuyo contenido resulta particularmente instructivo en lo que atañe a la función ideológica de los textos escolares. Se trata de los ya citados *Compendio*<sup>123</sup> de Bustince y Larrondo, *Historia Vasca*<sup>124</sup> de Estornés e *Historia y Geografía de Navarra* de Gúrpide y Beope. En las páginas siguientes caracterizaremos brevemente cada uno de estos textos para pasar luego, al hilo de su comparación, a hacer algunas consideraciones genéricas en torno a la relación entre memoria, escuela e ideología.

Capitolina Bustince y Larrondo era maestra de primera enseñanza. Su libro, publicado en 1898, consta de unas ciento veinte páginas y abarca un período que va desde los orígenes de Vasconia hasta los intentos de Navarra para recuperar su independencia. Para escribirlo se basó explícitamente en el *Resumen histórico del Antiguo Reino de Navarra*<sup>125</sup> del euskaro Hermilio de Olóriz. Bustince hacía suyas las intenciones de Olóriz, a quien citaba aprobadoramente al comienzo del libro:

“Aquí, pues, te ofrezco pueblo navarro, el relato de tu vida, digna de ser cantada por el genio; aquí tendrás ocasión de ver el indomable valor de tu raza y sus días de gloria y amargura. Verás también convertido su territorio en teatro de sangrientos dramas y leyendas conmovedoras y si, a par de virtudes dignas de encomio, adviertes sucesos lamentables y pasiones bastardas que al fin la aniquilan no cierres los ojos ante lo menguado de aquellos tiempos, considera que más aprovecha analizar con sereno espíritu las causas del decaimiento de la patria, para evitar su completa ruina que desatender de intento las enseñanzas de la Historia.”<sup>126</sup>

Pero, a diferencia de Olóriz, Bustince no dirigía sus páginas al pueblo en general sino, como expresaba en el título, a los niños navarros en particular, “a fin de que [...] aprendan a recitarlas en los albores de su infancia, se aficionen a relatar nuestras glorias e imitar las virtudes y proezas que fueron siempre el distintivo de la raza euskara”<sup>127</sup>.

---

<sup>123</sup> C. Bustince, *op. cit.*

<sup>124</sup> B. Estornés, *Historia Vasca, op. cit.*

<sup>125</sup> Hermilio de Olóriz, *Resumen histórico del Antiguo Reino de Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona, 1887.

<sup>126</sup> C. Bustince, *op. cit.*, p. 5. En el *Resumen histórico* de Olóriz aparece en la p. 5.

<sup>127</sup> C. Bustince, *op. cit.*, p. 4.



Capitolina Bustince pensaba que de esta forma vendrían “huevas generaciones amantes de Navarra y de sus glorias”<sup>128</sup>.

Consecuente con su afinidad a Olóriz, la historia narrada por Bustince es profundamente maniquea. En sus páginas el niño navarro puede contemplar las peripecias de los muy creyentes y valerosos vascos en lucha por su independencia a lo largo del tiempo. Frente a ellos se encuentran los malvados extranjeros, siempre tratando de subyugarlos. Sólo la división interna de los vascos y sus astucias conseguirán someter a Navarra en 1512.

La *Historia Vasca* de Bernardo Estornés y Lasa, publicada en 1935, es una versión para uso infantil de otra historia vasca destinada a los jóvenes<sup>129</sup>. Consta de 59 lecciones distribuidas en 95 páginas. Las lecciones a su vez se agrupan en cuatro grandes secciones: los orígenes, la unidad nacional, las ruinas y el exterminio. El período abarcado va desde la llegada de los vascos a los Pirineos en la prehistoria hasta 1876, aunque los años que van desde la primera guerra carlista hasta la última se despachan con un breve comentario relativo a la pérdida de independencia de los vascos peninsulares.

En lo que se refiere a las informaciones, Estornés a menudo es menos preciso que Bustince. Sin embargo, desde un punto de vista ideológico su labor ha sido todavía más exhaustiva. En el texto de Estornés los topónimos y los nombres de los personajes vascos han sido sistemáticamente euskaldunizados (*Nabara, Bergara, Príncipe de Biana, Elkano, Zumalakaregi*, etc.), algo que en Bustince no sucede. Por otro lado, lo que en ésta son intentos de recuperación del reino después de 1512 para Estornés son sucesivas “guerras de independencia”<sup>130</sup>. A ello hay que añadir que el sujeto de la historia de Estornés ha dejado de ser sólo Navarra para pasar a toda “Euzkadi”. Este es un punto decisivo porque marca la diferencia entre el fuerismo euskaro radical de Bustince y el nacionalismo moderno de Estornés.

En cualquier caso la historia narrada por este último coincide con la de Bustince en la misma perspectiva maniquea. Valga como muestra el siguiente párrafo sobre la conquista de América:

---

<sup>128</sup> *Ibidem*.

<sup>129</sup> Cfr. B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*

<sup>130</sup> B. Estornés, *Historia Vasca*, *op. cit.*, pp. 57-59.

‘Los baskos colonizaron extensas regiones americanas, llevando a ellas la civilización europea y la luz del Evangelio, mientras los soldados de otras naciones exterminaban sin piedad a las razas indígenas, a los pobres indios.’<sup>131</sup>

Con todo, en algunos momentos Estornés es mucho más crítico con los vascos del pasado, a quienes reprocha una falta de sentido nacional. Además ha añadido o subrayado valores que no aparecían en el *Compendio* de Bustince, como el carácter democrático de su sistema político o el igualitarismo de su sistema económico.

Julio Gúrpide Beope obtuvo en 1944 el premio Olave gracias a dos textos escolares escritos con la manifiesta intención de ‘poner al alcance de todos, con lenguaje sencillo y claro, lo que Navarra ha sido y es física y espiritualmente’<sup>132</sup>. Ambos llevaron por título *Geografía e Historia de Navarra*, con la diferencia de que, mientras el más extenso (313 páginas) estaba destinado a la enseñanza superior, el más breve (244 páginas) se dirigía a los alumnos de enseñanza primaria.

Desde el punto de vista de las materias que abarcan y su extensión ambos son mucho más completos que los textos anteriores, si bien en temas espinosos como la conquista de 1512, paradójicamente, son mucho más imprecisos. Gúrpide ofrece al niño lector una larga lista de las ‘salidas de Navarra en favor de la religión católica’<sup>133</sup>, desde el 795, en que “**el Conde D. Gimeno ayuda a Alfonso II el Casto** de Asturias, contra los moros”<sup>134</sup>, hasta 1936, “cuando una **república atea e incendiaria perseguidora de la Iglesia**, llevaba a **España al abismo** de su desaparición” y “la actitud sacrificada y abnegada de **Navarra** [...] decidió el triunfo en favor de la **Cruzada Nacional**”<sup>135</sup>.

Todos estos autores mantienen muchas y grandes diferencias. Entre el escrito de Bustince y el de Estornés existe al menos una sintonía ideológica, pero entre éstos y los de Gúrpide el contraste es verdaderamente muy fuerte. Con todo, sobre todas estas

---

<sup>131</sup> *Ibidem*, p. 74.

<sup>132</sup> J. Gúrpide, *op. cit.*, edición de ed. Aramburu, p. 3.

<sup>133</sup> *Ibidem*, pp. 133 y ss.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p. 133. Negritas suyas.

<sup>135</sup> *Ibidem*, p. 136. Negritas suyas.

diferencias queremos reparar ahora en una coincidencia importante: la fuerte apuesta ideológica que todos ellos realizan.

En el caso del *Compendio de Historia de Navarra* de Bustince la apuesta se hace por la ideología euskara; en el de la *Historia Vasca* de Estornés por el nacionalismo aranista, y en el de Gúrpide por el navarrismo franquista. En los tres casos la pretensión de adoctrinar al alumno en una historia que legitime cada una de esas perspectivas es muy clara. El pasado considerado globalmente entra a formar parte de *las razones* de la ideología en cuestión. En el texto de Bustince se trata de relatar el pasado como si todo condujese a necesidad de que los navarros se mantengan unidos en la defensa de los fueros. En el de Estornés el objetivo reside en inventar una historia común a los siete territorios vascos, una narración del devenir en el tiempo de “Euzkadi”. En los libros de Gúrpide, por último, se persigue explicar el pasado de Navarra como si se integrara naturalmente en España a través de su catolicismo. En definitiva, ideologías que no sobrepasan los cincuenta años de antigüedad procuran hacerse con una herencia de miles de años de historia, de forma que el complejo conjunto de sucesos pasados desemboque en *sus verdades*. Sin duda que este objetivo exige una difícil mezcla de simplificación y complejidad. No es fácil conseguir que algo tan heterogéneo como el pasado aparezca de manera coherente (entre sí y con un presente dado). Unas veces es preciso estilizar los hechos hasta igualarlos, como hace Gúrpide cuando identifica todas las guerras en dos mil años como “salidas por la cruz”. Otras es necesario interpretar el hecho histórico de forma retorcida, añadiéndole cuantos elementos sean precisos para que encaje en la trama expuesta. Esto sucede, por ejemplo, cuando Estornés hace de Zumalacárregui un independentista vasco<sup>136</sup>. Otras se requiere simplemente borrar datos incómodos..

Junto a estos textos de contenido ideológico fácilmente identificable, llama la atención la presencia de otros libros escolares, tal vez igual de arbitrarios en la selección de los datos y de tendenciosos en sus miras, pero cuya afinidad en el espacio político es más difícil de determinar. Este es el caso de las *Páginas de la Historia de Navarra*<sup>137</sup> de Santos Landa y el *Compendio de geografía de Navarra*<sup>138</sup> de Dionisio de Ibarlucea. Ambos escritos denotan cierto regionalismo, más acentuado en el caso de Santos Landa. Pero, a diferencia del *Compendio* de Bustince, uno y otro incurren en juicios que tornan

---

<sup>136</sup> Cfr. Estornés, *Historia Vasca*, *op. cit.*, p. 90.

<sup>137</sup> Santos Landa, *op. cit.*

<sup>138</sup> D. Ibarlucea, *op. cit.*

problemático su significado concreto. Santos Landa, en primer lugar, acusa a Sancho el Fuerte de buscar alianzas con los infieles contra los demás reinos españoles<sup>139</sup>. Más adelante adopta una postura condescendiente con la conquista de 1512 y la ley de 1841.

En lo que se refiere a Ibarlucea, se muestra especialmente desestabilizador al tratar del carácter de los navarros. Los del norte son identificados con sus vecinos franceses y guipuzcoanos; mientras que los del sur se asimilan a aragoneses y riojanos. ‘Ser navarro’ se vuelve en la pluma de Ibarlucea un atributo absolutamente incierto.

### **Una exposición, un aniversario, una revista y un museo.**

Así pues, la historia es utilizada continuamente por parte de las ideologías políticas. Ahora bien, a través de estas manipulaciones ¿es el pasado el que controla al presente o el presente el que ordena el pasado? ¿La historia es la maestra de la vida o la vida la inventora de la historia?

Es difícil decantarse por una sola de las respuestas. En ocasiones parece evidente que el pasado consigue repetirse en el presente. Otras veces es manifiesto que los historiadores cuentan las épocas pasadas a partir del modelo de su propio tiempo.

En las páginas siguientes vamos a detenernos en dos sucesos que, dejando claro el uso ideológico de la historia, reproducen parcialmente la compleja circularidad de las relaciones que mantienen pasado y presente. Se trata de la Exposición de Arte retrospectivo de 1920 y de la creación del Museo de Navarra en 1956. En ambos casos nos enfrentaremos a aparentes usos del pasado como fuente de identidad para el presente. Sin embargo su propio contraste nos hará dudar de la direccionalidad de la relación.

Como hemos anotado, en 1920 la Sociedad de Estudios Vascos celebra en Pamplona su segundo congreso. Es un acontecimiento de importancia para la ciudad: el mismísimo rey de España, Alfonso XIII, acudirá para su clausura. Para celebrarlo se decide organizar una ‘Exposición de arte retrospectivo’. Tres citas entresacadas de tres textos escritos a propósito del evento nos proporcionan las claves para comprender su alcance. La primera proviene de la circular publicada por la Comisión organizadora,

---

<sup>139</sup> Santos Landa, *op. cit.*, p. 31. Las obras de R. Querejeta (*op. cit.*) y F. García Ezpeleta (*op. cit.*), contienen también numerosas ambigüedades, pero sería excesivamente prolijo detallarlas. El primero parece cuadrar con el ideario euskaro y el segundo con el navarrismo. García Ezpeleta publicó varios libros escolares durante el franquismo.

solicitando la colaboración de los ciudadanos navarros a fin de que presten para la exposición los objetos de valor histórico-artístico que posean.

‘Ha llegado el momento de limpiar el polvo de los siglos a los viejos códices en que vaciaron su pensamiento, sus leyes y su fe los primeros navarros, para que luzcan de nuevo las maravillas de la policromía, con que quisieron adornar aquellos inapreciables libros; es la hora de lucir con orgullo aquellas banderas, testigos de heroísmos sin fin; aquellas joyas del Arte que nuestros Reyes y nuestros ricos-homes regalaban a los monasterios que, como Leyre, fueron cuna de nuestra Monarquía y de nuestras grandezas, y que como Roncesvalles y la Oliva, como Iranzu y Fitero, como Hirache y Urdax, sintetizan la fe, el esfuerzo y la generosidad de aquellos remotos tiempos. Es preciso *reunir, mostrar juntos*, los maravillosos tesoros [...], los infinitos recuerdos salvados de la acción destructora del tiempo y de la codicia sórdida de los que comercian con lo que debe ser el *alma de los pueblos*.’<sup>140</sup>

Mostrar juntos los recuerdos de los antiguos navarros. No es la primera vez que nos encontramos ante esta retórica entre mítica e historicista. Por emplear la terminología de José Antonio Jauregui<sup>141</sup> podríamos decir que la exposición tiene como objeto mostrar los tesoros de la tribu. Y lo hace con vistas a dos tipos de público. En primer lugar se dirige al extraño, al visitante. En lo que se refiere a este destinatario Altadill escribe:

‘Habíamos de *demostrar al mundo* que no somos un pueblo divorciado del sentimiento artístico, del placer estético, del tributo permanente de admiración y en el heroísmo y en la fe; habíamos en fin de *testificar* que no se ha extinguido en nosotros *el culto a los antepasados* y que por filial amor al solar patrio, por propia dignificación viven aquí con vida propia y con esplendor insuperado, la Historia y el arte patrios.’<sup>142</sup>

---

<sup>140</sup> ‘Circular de la Comisión organizadora de la exposición de arte retrospectivo’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1920, p. 192. Cursivas mías.

<sup>141</sup> José Antonio Jauregui, *Las reglas del juego*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977.

<sup>142</sup> ‘La exposición de Arte retrospectivo’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1920, p. 301. Cursivas mías.

En segundo lugar, y no con menor interés, la exposición se destina al nativo. A este respecto el catálogo de la exposición apela directamente a la conciencia de sus compatriotas:

“Vascos: Esta exposición es un vivo testimonio de la fe y de la cultura de vuestros antepasados. Es *deber de patriotismo* mirarle con veneración y conservar esos objetos que constituyen un *pedazo del ser de nuestro pueblo*, que no vivirá en el porvenir, sino tiene amor para su pasado.”<sup>143</sup>

Es tentador preguntarse acerca de qué es lo que vuelve tan valiosos los objetos exhibidos, si su valor artístico permanecería intacto si nos moviéramos geográficamente, si los desplazásemos a otro lugar donde no se reconozca ningún tipo de filiación, donde la admiración no sea un deber patrio. De hecho, la exposición reúne objetos bastante pintorescos: el nº 598 del catálogo es un clavo de hierro de una herrería de Leiza, el nº 539 una escobilla de chimenea del siglo XVIII, el nº 384 las zapatillas del abad de Urdax, el nº 696 un ‘tarjetero chino de marfil mintonado’<sup>144</sup>. Es posible que en último extremo sea imposible discernir entre el contenido histórico-artístico de un objeto y su contenido sentimental, que sólo al insertarse dentro de un horizonte cultural, dentro de alguna historia, los objetos puedan ser apreciados. Pese a todo, es fácil advertir que en este caso concreto el valor de lo exhibido para los organizadores de la exposición reside esencialmente en su capacidad para desencadenar una evocación patriótica.

Saltemos treinta y seis años, hasta 1956. Ese año, el domingo 24 de junio<sup>145</sup> se inaugura una ‘exposición de arte retrospectivo permanente’: el Museo de Navarra. Al acto acuden numerosas autoridades provinciales e importantes personalidades nacionales. En su discurso, recogido puntualmente por la prensa diaria, el director del Museo Arqueológico Nacional, el Sr. Navascués, advierte que ‘los museos no son para los turistas’<sup>146</sup>. Es cierto que existen diferencias importantes entre el Museo y la

---

<sup>143</sup> *II Congreso de Estudios Vascos. Exposición de Arte Retrospectivo. Avance de catálogo*, Imp. y Lib. de la Sociedad Española de Papelería, Pamplona, 1920, en portada.

<sup>144</sup> Según muestra el avance de catálogo de la exposición, ésta es bastante desordenada. Por lo demás, los números 468-471 etiquetan cuadros de pintores extranjeros -Van Herp y Van Huden- sin ninguna relación directa con Navarra.

<sup>145</sup> Se da la circunstancia que el antecesor del actual museo se inauguró un 28 de junio de 1910.

<sup>146</sup> Cfr. *Diario de Navarra, El Pensamiento Navarro, Arriba España* del 26-VI-1956.

Exposición de 1920, pero también sugerentes coincidencias. Dos años más tarde de su apertura María Ángeles Mezquíriz, en un artículo publicado en la revista *Príncipe de Viana*<sup>147</sup>, deja claras las implicaciones simbólicas del nuevo museo. Los materiales que reúne, escribe la arqueóloga navarra, “nos sirven de guía en la *búsqueda de nuestros orígenes*, nos completan y concretan nuestra historia, y constituyen tangibles vestigios que *documentan la tradición de nuestro etnos y la vida y trabajo de nuestros padres*”<sup>148</sup>. No sólo el museo es un depositario de testimonios fidedignos, de pruebas de nuestro pasado, de nuestra antigüedad y nuestras glorias; también es un expositor con afanes divulgativos, “accesible al gran público”<sup>149</sup>. Como hablaban las ruinas en 1870, también ahora se persigue “que el Museo pueda ‘hablar’ a cada uno en su propio idioma”<sup>150</sup>.

“Así el hombre de la calle poco familiarizado con estas cuestiones puede comprender sin conocimientos preliminares el desenvolvimiento histórico y cultural de nuestro país [...]”<sup>151</sup>

Es interesante el énfasis que ambas exposiciones ponen en la asistencia de un público local. Ciertamente, la obtención del reconocimiento ajeno no es una faceta que pueda descuidarse. Los objetos históricos son, como eran los dólmenes en Aralar, los testigos de la raza. Ellos proporcionan la distinción del Otro. Pero tan esencial como el reconocimiento ajeno es el autorreconocimiento. Gracias a la exposición de 1920 primero y al Museo de Navarra después, los miembros del *ethnos* pueden saberse pertenecientes a una misma comunidad en el momento presente y a lo largo del tiempo. En ambos casos se propone una historia positiva, compuesta de objetos cuya existencia nadie puede dudar su existencia. Dispuestos cronológicamente lo que une a todos estos objetos es su referencia a un mismo ámbito geográfico: Navarra<sup>152</sup>. En cada caso una

---

<sup>147</sup> María Ángeles Mezquíriz, ‘El Museo de Navarra’, *Príncipe de Viana*, nº 70-71, 1958. Posiblemente la propia Mezquíriz es la autora de la guía del *Museo de Navarra*, editada por la Institución Príncipe de Viana en 1956 (Pamplona).

<sup>148</sup> *Ibidem*, p. 19. Cursivas más.

<sup>149</sup> *Ibidem*, p. 22.

<sup>150</sup> *Ibidem*, p. 24. Iturralde y Suit no habría necesitado las comillas.

<sup>151</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>152</sup> El cual es además totalmente relativo. En efecto, ¿qué une a “Javier” en época romana con Javier en 1512? ¿O a “Cortes” con “Goizueta” en el neolítico?

placa y eventualmente una guía nombrarán su significado específico al visitante, a la par que su contribución a la historia narrada por el conjunto de los objetos.

Aparentemente ambas exposiciones nos muestran al pasado narrando una memoria para el presente, dictándole su sentido. Ahora bien, entre 1920 y 1956 las exposiciones no relatan la misma historia, por mucho que éstas coincidan en algunos momentos. De hecho, ni siquiera tienen el mismo lector y por ello tampoco el mismo sujeto. En el primer caso son los vascos los que se contemplan. En el segundo caso son los navarros, a secas, los que se reconocen. En 1920 son Campión, Altadill, Etayo, etc., quienes se miran en los vestigios del pasado. En 1956 son del Burgo, López Sanz, Uranga, etc. Sin duda que en el intermedio han cambiado muchos objetos físicos, tal vez la mayoría. Pero no nos engañemos: ni en un caso ni en otro eran ellos los que hablaban. Acaso tampoco era el ayer quien ofrecía sus recuerdos al presente.

### **La cultura como memoria.**

La historia no se encuentra sola en la búsqueda de testimonios. En mayor o menor medida toda la cultura colabora en algún momento en la rememoración de la identidad perdida. Sin duda que los cometidos desempeñados por cada parcela no son siempre los mismos. Tampoco todas ellas juegan un papel de igual importancia. La poesía no proporciona testimonios de igual calidad que el derecho; la arqueología no es tan fácil de divulgar como la literatura de costumbres. Sin embargo, en la medida que todas ayudan a recordar lo que se es colectivamente, todas tienen su utilidad.

Donde más obvio resulta este hecho es en aquellas ramas de la cultura académicamente más cercanas a la historia. Por ejemplo, la arqueología. Ya hemos presenciado la “búsqueda de testimonios” llevada a cabo por Iturralde, Ansoleaga y Aranzadi. En fechas más cercanas María Ángeles Mezquíriz nos proporciona una magnífica definición de esta ciencia:

‘La arqueología navarra, por lo general, no es esplendor de manifestaciones civiles y artísticas de interés mundial, como ocurre en Grecia y Roma; es más bien *búsqueda de nuestros orígenes y conservación de la propia tradición* en aquellos vestigios tangibles que *documentan la tradición de nuestro ethnos y el trabajo de nuestros padres*. Es, por tanto, *una unión con nuestro suelo, en el*



*sentido más literal de la palabra, y una propia e íntima vida que sólo el que ha nacido o vivido largo tiempo entre nosotros es capaz de comprenderlo.”*<sup>153</sup>

Tal y como hemos podido ver a través de la temática de las ruinas, también el arte como disciplina se inserta en esta dinámica de testimonios y rememoraciones. No en vano, según afirma el euskaro Nicasio Landa:

‘Las obras maestras del Arte son como títulos de nobleza para el país que nos legaron nuestros antepasados y que tenemos el deber de transmitir indemnes a las generaciones venideras.’<sup>154</sup>

A la lista de testimonios hay que añadir las viejas historias, las leyendas y los cuentos populares. El nacionalista Carlos Clavería, por ejemplo, los llama ‘el archivo del pueblo vasco, el tesoro de su ciencia, de su religión y de su historia’<sup>155</sup>. Nada puede extrañar que Martínez Alegría, el canónigo bibliotecario de Roncesvalles, comprenda y utilice el Folklore ‘como auxiliar valioso de la historia’<sup>156</sup>.

Dentro del mapa de los saberes que componen la cultura navarra el derecho ocupa un lugar muy destacado. Su contribución rememorativa puede comprenderse distinguiendo analíticamente sus cuatro formas esenciales de manifestarse<sup>157</sup>.

En primer lugar, en cuanto el fuero es integrado como una parte esencial de la identidad local, la historia de Navarra es también una historia del fuero. Las viejas leyes alcanzan así un papel protagonista en la narración de su devenir histórico. Ejemplos de esta manifestación son la *Historia de los fueros de Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa y Álava*<sup>158</sup> de Amalio Marichalar y Cayetano Manrique; *El Pacto Político*<sup>159</sup> de Serafín

---

<sup>153</sup> María Ángeles Mezquíriz, ‘Notas sobre la antigua Pompaelo’, en *Príncipe de Viana*, nº 56-57, 1954, p. 231. Cursivas mías.

<sup>154</sup> Nicasio Landa, ‘Datos sobre el arte cristiano en Navarra’, en *Revista Euskara*, 1880, p. 63.

<sup>155</sup> Carlos Clavería, *Leyendas de Vasconia*, Ed. Gómez, Pamplona, 1958.

<sup>156</sup> Agapito Martínez Alegría, *La Batalla de Roncesvalles y el Brujo de Bargaota. Historia, leyenda y folklore*, La Acción Social, Pamplona, 1929, p. 262.

<sup>157</sup> La distinción es, insistimos, sólo analítica. La norma es que las siguientes manifestaciones ideales se combinen entre sí.

<sup>158</sup> Amalio Marichalar y Cayetano Manrique, *Historia de los fueros de Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa y Álava*, Auñamendi, San Sebastián, 1971. Facsímil del original de 1868. Es preciso advertir que ni esta historia, ni su ideología, ni sus autores pertenecen plenamente al ámbito regionalista navarro.

<sup>159</sup> Serafín Olave, *El Pacto Político*, op. cit. Olave también es autor de una *Reseña histórica y análisis comparativo de las constituciones forales de Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia*, Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C<sup>a</sup>, Madrid, 1875.

Olave y la segunda parte de la *Pequeña Historia del Reino de Navarra*<sup>160</sup> de Eladio Esparza.

En segundo lugar, en cuanto la autonomía política de Navarra (y, por extensión, de las Provincias Vascongadas) es objeto de recurrentes ataques por parte del Estado, el derecho se convierte en un espacio de frecuentes discusiones políticas. Los estudiosos locales tratan de mostrar en cada episodio de éstas que Navarra está “en su derecho” al mantener o reivindicar unas instituciones peculiares y que, “con arreglo a derecho”, no cabe una modificación unilateral de su estatuto jurídico-político. Ejemplos aproximados de esta manifestación son títulos como *Del origen y autoridad legal del Fuero General de Navarra*<sup>161</sup> de Pablo Ilarregui; la intervención de Los Arcos en el Congreso durante la Gamazada<sup>162</sup>; las *Consideraciones acerca de la cuestión foral*<sup>163</sup> de Arturo Campión; el *Fundamento y defensa de los fueros*<sup>164</sup> de Hermilio de Olóriz; *El sistema foral de Navarra y Provincias Vascongadas*<sup>165</sup> de Justo Garrán; la *Naturaleza jurídica de las Leyes Forales de Navarra*<sup>166</sup> de Rafael Aizpún, etc.

La tercera manifestación del derecho viene dada como consecuencia de la Ley de 1841. Ésta dejaba vigente el derecho civil navarro en aquello que no afectara a la integridad constitucional de España. No obstante, el hecho de que dicha Ley privara a Navarra de un órgano legislativo propio provocó junto a otros factores que la legislación civil local sufriera un paulatino proceso de marginación, hasta el punto de ser sistemáticamente ignorada en los procedimientos legales habituales. Como reacción surgiría una corriente de codificación y recopilación legislativa. A este propósito responden la *Memoria que comprende los principios e instituciones de derecho civil de Navarra*<sup>167</sup> de Antonio Morales y Gómez; el *Cotejo de los Fueros y leyes políticas de*

---

<sup>160</sup> Eladio Esparza, *Pequeña Historia del Reino de Navarra*, Ed. Españolas, Madrid, 1940.

<sup>161</sup> Pablo Ilarregui, *Del origen y autoridad legal del Fuero General de Navarra*, Imp. de T. Iriarte, Pamplona, 1869.

<sup>162</sup> Javier Los Arcos, *Intervención del Excmo. Señor D. Javier Los Arcos en la discusión del Proyecto de Ley de Presupuestos para el año económico de 1893 a 1894 en los puntos referentes a la provincia de Navarra*. Editada originalmente en 1893, y recogida en el volumen AA. VV., *Temas Forales*, op. cit.

<sup>163</sup> Arturo Campión, *Consideraciones acerca de la cuestión foral y los carlistas en Navarra*, Imp. a cargo de G. Justi, Madrid, 1876.

<sup>164</sup> Hermilio de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, Imp. de R. Velandía, Pamplona, 1880.

<sup>165</sup> Justo Garrán, *El sistema foral de Navarra y Provincias Vascongadas*, Aramburu, Pamplona, 1935.

<sup>166</sup> Rafael Aizpún, *Naturaleza jurídica de las Leyes Forales de Navarra*, original 1952, reproducida en AA. VV., *Temas Forales*, op. cit.

<sup>167</sup> Antonio Morales y Gómez, *Memoria que comprende los principios e instituciones de derecho civil de Navarra que deben quedar subsistentes como excepción del Código general; y los que pueden desaparecer viniendo a la unificación redactada con arreglo al Real Decreto de 2 de Febrero de 1880*, Imp. Provincial, Pamplona, 1884.

Navarra y de la Constitución Española de 1869<sup>168</sup> de Francisco Baztán; la *Recopilación y Comentarios de los Fueros y Leyes del antiguo Reino de Navarra*<sup>169</sup> de José Alonso; los *Apuntes sobre la aplicación del código civil en Navarra*<sup>170</sup> de Salvador Echaide; *Legislación Administrativa de Navarra*<sup>171</sup> de Luis Oroz; la *Complilación de derecho navarro*<sup>172</sup> de Nagore; los diez tomos de *Derecho civil de Navarra*<sup>173</sup> de Francisco Salinas; etc.

La divulgación es la cuarta manifestación fundamental del Derecho en la cultura navarra. Los textos apelan constantemente a la necesidad de que los navarros conozcan los derechos de su país. Naturalmente la divulgación incluye las tres manifestaciones anteriores, es decir, la historificación, la apología y, aunque en menor medida, también la recopilación. Entre los ejemplos de divulgación más sobresalientes podemos señalar los ya citados textos de Arvizu<sup>174</sup>, Esparza<sup>175</sup>, Olóriz<sup>176</sup>, Iribas<sup>177</sup>, Aldea Eguílaz<sup>178</sup>, Salinas<sup>179</sup>, etc.

Como era de prever, también la filología y la lingüística se encuentran integradas en esa inmensa búsqueda de testimonios. Si los estudios jurídicos tenían su objeto central de estudio en los fueros, estas disciplinas tienen como tema predilecto al vascuence.

La mencionada ausencia de datos arqueológicos e historiográficos en torno a la antigüedad de los vascos provoca que la lengua devenga a menudo una fuente de

---

<sup>168</sup> Francisco Baztán y Goñi, *Cotejo de los Fueros y leyes políticas de Navarra y de la Constitución Española de 1869*, Imp. Provincial, Pamplona 1874 (es posible que sea errata, en el interior se fecha en 1873).

<sup>169</sup> José Alonso, *Recopilación y Comentarios de los Fueros y Leyes del antiguo Reino de Navarra, que han quedado vigentes después de la ley del 16 de agosto de 1841*, Dip. Foral -Aranzadi, Pamplona, 1964.

<sup>170</sup> S. Echaide, *Apuntes sobre la aplicación del código civil en Navarra*, op. cit.

<sup>171</sup> L. Oroz, op. cit.

<sup>172</sup> Javier Nagore, *Complilación de derecho navarro*, Dip. Foral de Navarra-Príncipe de Viana, Pamplona, 1965.

<sup>173</sup> Francisco Salinas, *Derecho civil de Navarra*, Aranzadi-Gómez, Pamplona, 1971-1977. Otros libros del mismo autor tienen propósitos similares. Cfr. Francisco Salinas, *Manual de Derecho civil de Navarra*, Aranzadi, Pamplona, 1980; *Temas de Derecho Foral Navarro*, Dip. Foral de Navarra, Pamplona, 1958; *Elementos de derecho civil de Navarra*, op. cit.

<sup>174</sup> F. J. Arvizu, op. cit.

<sup>175</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, op. cit.

<sup>176</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, op. cit.

<sup>177</sup> G. Iribas, op. cit.

<sup>178</sup> R. Aldea, *Los Derechos de Navarra. Prontuario de divulgación foral*, Gráficas Iruña, Pamplona, 1964. R. Aldea, *Divulgación de los Fueros*, Ind. Gráfica Aralar, Pamplona, 1971.

<sup>179</sup> F. Salinas, *Temas de Derecho Foral Navarro*, op. cit. Naturalmente a lista precedente se podría añadir un largo número de libros. No es sin embargo éste el objeto de esta tesis. Para una lista exhaustiva de las publicaciones relativas al fuero puede consultarse J. Bilbao, *Eusko Bibliographia*, Auñamendi, Donostia, 1989.

decisiva importancia y aparezca como un gigantesco e inédito archivo, repleto de conocimientos históricos.

Esta concepción aparece con claridad en una conferencia de Arturo Campión que lleva por título *De las lenguas, y singularmente de la lengua vasca, como instrumento de investigación histórica*<sup>180</sup>. En ella se refiere a la conocida tesis según la cual en vascuence todas las palabras que sirven para cortar comparten la raíz “piedra” (*aitz*). A su modo de ver esta circunstancia prueba de forma irrefutable la antigüedad prehistórica del idioma. Campión propone extender este tipo de análisis etimológico a todo el léxico vasco. Esto supondría, continúa, “la restauración de tiempos remotísimos gracias al instrumento del idioma”<sup>181</sup>. En definitiva, Campión cree que la historia ha quedado adherida a la lengua, escondida, pero accesible al filólogo. Sólo tiene que descifrarla para que el pasado se evidencie en sus palabras, como sucede con los objetos de un museo. Los vasconavarros, a falta de crónicas que relaten su pasado, poseen un idioma que habla por ellas a quien quiera escuchar acerca de los tiempos más remotos.

“El Basko es testigo mudo de unas épocas cuyo recuerdo perdió la inconstante memoria del Tiempo. Por tanto, si hay algún pueblo a quien convenga someter a nuevos interrogatorios es al nuestro. Da grima que el pueblo más antiguo de nuestro continente posea la historia más moderna.”<sup>182</sup>

Mucho después de haberse pronunciado estas palabras, en los *Orígenes de los vascos* (1965), Bernardo Estornés empleó profusamente la lengua vasca como instrumento de investigación histórica. Afirmó seguir un método científico, el de Swadesh<sup>183</sup>, pero el resultado final no fue de tenor distinto al de la conferencia de Campión. A través de la investigación etimológica Estornés rememora los “recuerdos de la vida en plena naturaleza”<sup>184</sup>, los “recuerdos del primitivo lenguaje”<sup>185</sup>, e incluso algo tan puntual como el “recuerdo del invento de la flauta o el chistu”<sup>186</sup>. Las informaciones obtenidas por este conducto no son meras curiosidades filológicas, como tampoco

---

<sup>180</sup> Arturo Campión, *De las lenguas, op. cit.*

<sup>181</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>182</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>183</sup> Bernardo Estornés Lasa, *Orígenes de los vascos, op. cit.*, p. 447, tomo III.

<sup>184</sup> *Ibidem*, tomo IV, p. 24.

<sup>185</sup> *Ibidem*, tomo IV, p. 27.

<sup>186</sup> *Ibidem*, tomo IV, p. 62.

simples datos para una indagación lingüística. De hecho, la investigación se propone desentrañar los “mensajes orales de las generaciones pasadas”<sup>187</sup>. Tesoros que los ancestros enterraron previsoramente en el idioma.

Dada la importancia que se otorga a la lengua, y si se tiene en cuenta el rápido retroceso que ésta sufre a partir del XIX, es natural que gramáticas del euskera sean algo más que simples métodos de estudio. Campión, por ejemplo, confiesa significativamente al comienzo de la suya: “Este libro es hijo de un movimiento de patriótica angustia”<sup>188</sup>.

Hay que subrayar que el carácter comprometido de las gramáticas no es algo que se manifieste solamente en las introducciones y los prólogos. Es algo que se juega a niveles mucho más internos, a veces mucho menos ostensibles, como los ejemplos, los ejercicios e incluso el léxico. Tampoco la ideología que incorporan se refiere sólo a una toma de posición en defensa de la lengua y de la propia etnia. El *Manual de Gramática Bascongada*<sup>189</sup> del padre Victoriano Huici y la *Gramática del euskera*<sup>190</sup> de Bernardo de Arrigarai constituyen dos buenas muestras de ello. Aunque entre ambos libros apenas median 21 años, en este lapso de tiempo se producen transformaciones de importancia dentro del vasquismo. Una somera comparación entre ambos textos proporciona valiosas enseñanzas sobre estos cambios.

El padre Huici pertenece todavía al fuerismo de corte euskaro y en su *Manual* es constante la defensa del catolicismo. Los ejercicios prácticos discurren generalmente sobre temas religiosos y apologéticos del vascuence, aunque también haya algunos históricos y políticos. A este respecto Huici relaciona a menudo “*erdaldun*”<sup>191</sup> con “liberal”. En el prólogo, por ejemplo, declara: “*Erdaldunak ia denak baldin badiote Euskeldunari gorrotua, aparteko modubatian gorrotatzen dau liberalak*”<sup>192</sup>.

---

<sup>187</sup> *Ibidem*, tomo IV, p. 17.

<sup>188</sup> Arturo Campión, *Gramática de los cuatro dialectos*, *op. cit.*, p. 9.

<sup>189</sup> Victoriano Huici, *Manual de Gramática Bascongada*, Imp. de Erice y García, Pamplona, 1899.

<sup>190</sup> Bernardo de Arrigarai [pseudónimo del P. Celestino de Caparros], *Gramática del euskera. Dialecto Guipuzkoano*. No figura editorial ni imprenta; tampoco lugar de impresión ni fecha. La licencia obispal está dada en Murcia en 1919.

<sup>191</sup> Textualmente hablante de “*erdera*”, cualquier lengua distinta del vasco y, por reducción, castellano.

<sup>192</sup> V. Huici, *op. cit.*, p. II. Traducción (mía, como el resto): “*Si casi todos los erdaldunes tienen odio a los vascos, en modo excepcional los aborrece el liberal*”. Más adelante encontramos frases como “*Gure nazio lastimagarriontan libertade geyegi daukau*” (*Ibidem*, p. 95. Tr.: “En esta nuestra desdichada nación tenemos demasiada libertad”), o como “*Sartu diskigu juduat, moruak eta protestantiak gure ehetan*” (*Ibidem*, p. 96. Tr.: “Hemos metido a los judíos, los moros y los protestantes en nuestras casas”).

En el resto de la sección Huici incide en los tópicos básicos de los euskaros<sup>193</sup>: los castellanos-liberales quieren quitar a los vascos sus leyes viejas, su lengua, sus buenas costumbres y su religión. Por eso es preciso que se mantengan unidos. Sólo así conseguirán derrotar a sus enemigos<sup>194</sup>. Ahora bien, en este aspecto el padre Huici es tan ambiguo como el resto del fuerismo euskaro. Por ejemplo, en la versión castellana del prólogo -notablemente diferente a la vasca- se afirma que los vascos son los primeros ‘habitantes de España’<sup>195</sup>. Más adelante, entre los temas de lectura, se lamenta: “*Galdu ditügu Cuba, Puerto Rico, eta dembora labur Filipiñak, eta beste batzuk*”<sup>196</sup>.

Arrigarai coincide con Huici en la defensa del catolicismo y la apología del vascuence<sup>197</sup>. Sin embargo su ideología no es la de un fuerista del XIX sino la de un *jelzale*<sup>198</sup> del XX. No obstante, acaso como consecuencia de la censura, los ejercicios que propone son menos explícitos que los del *Manual* de Huici. Arrigarai nunca emplea en sus ejercicios términos tales como ‘masones’, ‘liberales’ o ‘España’. Siempre es menos concreto, más atemporal, aunque no por ello menos elocuente. Sirvan de muestra los siguientes ejercicios de traducción que propone al alumno:

“*Aberiaren etsayak ez ditezke gure lagunak izan.*”<sup>199</sup>

“*Biotz aundiko gizonarentzat aberia beti aundi ta edera izan bear da. Al badadi aberian bizi ta il bear gera. Doatsua diteke aberiagatik il ditekena.*”<sup>200</sup>

“*Erori bitez mendiak etsayen gañera. Atera bitez gure aberitik etsai guztiak.*”<sup>201</sup>

“*Nork askatuko ninduke atreritar maltzur orietatik? Zenbat urtez egon ziñaten ayen mendean?*”<sup>202</sup>

<sup>193</sup> Cfr. Jon Juaristi, *El Linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Taurus, Madrid, 1987, pp. 45-75.

<sup>194</sup> V. Huici, *op. cit.*, p. 98: “¿Cómo guardaremos hoy la religión única de nuestro Dios, a Él y a nuestro modo de vivir? Como los antiguos baskongados uniéndonos y atendiéndonos. Así hemos de guardar nuestros Fueros [...] en ellos está nuestra vida”. Y poco más adelante continúa “Nos quitaron nuestro rey, la corona, las mejores rentas, por unificar todo España.” (p.99).

<sup>195</sup> *Ibidem*, p. V.

<sup>196</sup> *Ibidem*, p. 98. ‘Hemos perdido Cuba, Puerto Rico y en poco tiempo Filipinas y otras más’.

<sup>197</sup> ‘Sólo me resta para concluir decir al joven basco: *Ama a Dios y ama a tu Patria*. Si amas a Dios debes amar el Euskera [...]. Si amas a tu Patria debes amar el Euskera.’ (B. de Arrigarai, *op. cit.*, p. 8, cursivas suyas).

<sup>198</sup> La adscripción de Celestino de Caparroso al *Jaungoikoa eta Legezarra* es manifiesta, aunque explícitamente difiera de Arana en la escritura de la raíz “eus” (y no “euz” como es habitual entre los nacionalistas). Cfr. B. de Arrigarai, *op. cit.*, p. 6, nota 1.

<sup>199</sup> *Ibidem*, p. 60. ‘Los enemigos de la patria no pueden ser nuestros compañeros’.

<sup>200</sup> *Ibidem*, p. 62. ‘La patria debe ser siempre grande y hermosa para el hombre de gran corazón. Si puede ser debemos vivir y morir en la patria. Será feliz el que pueda morir por la patria.’

<sup>201</sup> *Ibidem*, p. 78. “Caíganse los montes sobre los enemigos. Salgan de nuestra patria todos los enemigos”.

Más allá de los contenidos concretos, donde más sugestiva resulta la comparación entre Huici y Arrigarai es en el plano más formal del tratamiento de la lengua. En primer lugar, Huici utiliza un léxico bastante llano y es manifiesto que no se ha preocupado en depurar las influencias romances. ‘Blasfemar’ se dice “*blasfematu*”<sup>203</sup>; ‘sujetar’, “*sujetatu*”<sup>204</sup>; ‘estimar’, “*estimatu*”<sup>205</sup>; ‘mermar’, “*mermatu*”<sup>206</sup>. Arrigarai en cambio, y a pesar de que afirma haber empleado pocos neologismos<sup>207</sup>, utiliza un vocabulario mucho más depurado que el de Huici. De este modo en el pequeño diccionario que cierra el libro no se encuentra ninguno de los vocablos citados y sí neologismos tales como “*abagune*”<sup>208</sup> (coyuntura), “*agerbide*”<sup>209</sup> (prueba), “*beregain*”<sup>210</sup> (independiente) o “*azkenai*”<sup>211</sup> (testamento). En cualquier caso, y sin llegar a los extremos de ciertos escritores sabinianos, las raíces romances son generalmente sustituidas por raíces más “netamente” vascas.

Desde el punto de vista morfológico el *Manual* de Huici incluye numerosos equívocos. Por ejemplo, aunque escribe habitualmente por separado el verbo y el auxiliar (“*iduritzen zait*”<sup>212</sup>), otras veces los escribe juntos (“*sortuzitzaion*”<sup>213</sup>). Estos equívocos no se dan en la *Gramática* de Arrigarai<sup>214</sup>.

En lo que respecta a la ortografía, Huici no se muestra especialmente cuidadoso. En general escribe con ‘k’ y ‘z’ (es decir con un alfabeto parecido al moderno), pero en algunas ocasiones escribe “*contrario*”<sup>215</sup> y “*cibil*”<sup>216</sup>. Esos descuidos no se encuentran

---

<sup>202</sup> *Ibidem*, p. 143. “¿Quién me libraría de esos astutos extranjeros? ¿Cuántos años estuvisteis bajo el dominio de aquellos?”

<sup>203</sup> V. Huici, *op. cit.*, p. III.

<sup>204</sup> *Ibidem*, p. III.

<sup>205</sup> *Ibidem*, p. II.

<sup>206</sup> *Ibidem*, p. IV.

<sup>207</sup> B. de Arrigarai, *op. cit.*, p. 12.

<sup>208</sup> *Ibidem*, p. 371.

<sup>209</sup> *Ibidem*.

<sup>210</sup> *Ibidem*. Se interrumpe la paginación.

<sup>211</sup> *Ibidem*.

<sup>212</sup> V. Huici, *op. cit.*, p. IV.

<sup>213</sup> *Ibidem*, p. I. Esto parece ser lo más frecuente en la forma “*Nor-nori*”, mientras que la separación es habitual en los demás casos.

<sup>214</sup> No obstante la “estandarización” del euskera ha cambiado en la actualidad. Arrigarai es más sistemático que Huici pero todavía escribe junta la negación con el verbo (“*eztira*” por “*ez dira*”) (*Ibidem*, p. 17) unas veces y separado otras (p. 25).

<sup>215</sup> V. Huici, *op. cit.*, p. II.

ya en Arrigarai que ha adoptado sin excepciones un alfabeto ‘literal’<sup>217</sup>. Éste señala que las razones que le llevan a elegir su alfabeto estriban en que ‘con la escritura literal se hace más fácil la unificación de la lengua dentro de cada dialecto’<sup>218</sup>.

Esta referencia a los dialectos y la unificación de la lengua nos indica una diferencia de importancia entre nuestros textos. Huici era natural de Etxarri Aranaz y el euskera que enseña es su dialecto materno<sup>219</sup>. Arrigarai es de Caparros y, por tanto, *euskaldunberri*. Teóricamente emplea el guipuzcoano, un dialecto similar al de Huici,<sup>220</sup> aunque reseña numerosas variantes vizcaínas, laburtanas y navarras. A pesar de ello en su gramática hay un afán unificador del que no hay rastro en el *Manual de Huici*. De hecho, la elección del *gipuzkera* (‘o más bien [...] el llamado *bascón* que comprende el guipuzcoano, labortano y gran parte de los subdialectos nabarros’<sup>221</sup>) ha venido dada por ser aquél que, en su opinión, mejor puede servir de base para la construcción de un dialecto central<sup>222</sup>. Es aquí donde reside la verdadera significación ideológica de la *Gramática* de Arrigarai. Como sucede con otros idiomas<sup>223</sup>, el uso de una ortografía sistemática, la depuración del vocabulario, la unificación de los dialectos, etc., forman parte del proceso de ‘invención’ y unificación de la comunidad étnica. A ese pueblo vasco propugnado por los seguidores de Arana debe corresponderle una lengua versátil, común a toda Euzkadi y diferenciada tajantemente de la castellana. Que la labor de Arrigarai no fuera la definitiva es sólo cuestión de detalle.

Para concluir este epígrafe es interesante constatar cómo, al igual que sucedía con las ruinas, en las que la apelación a una de ellas se prestaba a menudo a una consideración genérica, el cultivo de una de las parcelas de la cultura se encuentra vinculado con el cultivo del resto de los saberes. Las costumbres, el arte, la lengua, la literatura, la historia, las leyes. Todo en realidad está unido, porque todo encuentra su

---

<sup>216</sup> *Ibidem*, p. III. El alfabeto completo de Huici figura en la p. 1 e incluye algunas letras que no existen en el euskera actual (ch, ch, q, t, ü, y).

<sup>217</sup> El alfabeto adoptado por Arrigarai incluye también letras que no aparecen en el alfabeto unificado. En concreto la r y la y. Cfr. B. de Arrigarai, *op. cit.*, p. 9.

<sup>218</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>219</sup> Y de este modo utiliza constantemente formas como *dau* (*du*), *zuben* (*zuen*), *ditüzte* (*dituzte*), etc.

<sup>220</sup> El príncipe Luis Luciano Bonaparte clasificó el habla de la Barranca como ‘guipuzcoano de Navarra’. Cfr. su *Carte des sept provinces basques...*, *op. cit.*

<sup>221</sup> B. de Arrigarai, *op. cit.*, p. 6. Cursivas suyas.

<sup>222</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>223</sup> Cfr. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, F. C. E., México D. F., 1993, pp. 63 y ss.



lugar en esa magna búsqueda de ejemplos y testimonios. Cada ciencia tiene algo que decir en la rememoración de la identidad perdida<sup>224</sup>.

Las *Euskarianas*<sup>225</sup> de Arturo Campión, en sus once volúmenes, son un exponente brillante del holismo que preside esta concepción de la cultura. Durante más de cuarenta años, Campión recogió en sus páginas la mayor parte de sus escritos: literatura, historia, lingüística, arte, derecho, antropología. Resulta interesante observar cómo la coherencia interna de la obra ha sido absolutamente sacrificada en aras del citado holismo. De esta manera, el conjunto ofrece una acentuada impresión de desequilibrio: a las emotivas narraciones históricas y literarias le siguen tediosas discusiones sobre el posible origen de los vascos, índices dolicocefálicos y mesocefálicos, descripciones etnográficas, estudios comparativos de lingüística, etc. La parte que comprende las series octava, décima y duodécima es la más homogénea del conjunto. En ella se recogen cuantos “testimonios” ofrecen la antropología física, la arqueología, la etnología, la geografía e historiografía clásicas y la lingüística acerca del origen e identidad de los vascos. El esfuerzo realizado, desde el punto de vista de la erudición, es gigantesco. Si la cultura navarra es esencialmente una gran rememoración, una búsqueda de la identidad a través de los diferentes saberes, las *Euskarianas* de Campión, y de manera especial las series citadas, constituyen su síntesis más exhaustiva, erudita y consciente. No es casual que la cultura navarra, con la insolente excepción de Pradera, reconozca a Campión como “el Maestro”. Él es el único erudito local con capacidad para invocar efectiva y precisamente todas las disciplinas que los demás cultivan por separado. Sólo él puede obtener de cada ciencia los relatos que compongan ese gran saber anamnético.

### **Literatura, historia e ideología.**

Como no podía ser de otra forma, también la literatura ha tomado parte en esta cultura centrada en la búsqueda de recuerdos y testimonios. No en vano, y como advirtió Nicasio Landa<sup>226</sup>, el florecimiento literario de Navarra coincide con la ofensiva contra sus instituciones peculiares. En las páginas siguientes completaremos el epígrafe

---

<sup>224</sup> Como ejemplo de holismo cultural puede verse el “Programa” de la Asociación Euskara (en *Revista Euskara*, 1878, pp. 4 y ss.).

<sup>225</sup> A. Campión, *Euskarianas*, ediciones citadas.

<sup>226</sup> “Nuestra literatura regional, nunca más floreciente que tras los conatos de nivelación absurdos”. Cfr. Arturo Cayuela, *El Paladín de las Navas*, s. e. ,1891. La frase que citamos está en el prólogo de Nicasio Landa, p. VI.

anterior comprobando el contenido ideológico de la novela histórica, la literatura de costumbres y la poesía.

La novela histórica ha sido el género predominante en una novelística navarra por lo demás tan escasa como mediocre y generalmente alejada de las corrientes estéticas europeas. Al margen de los consabidos Iturralde y Campión, pueden citarse a autores como Landa (*Los primeros cristianos de Pompeyopolis*<sup>227</sup>, “Una visión en la niebla”<sup>228</sup>), Olave (“Nobleza navarra”<sup>229</sup>), Pérez Goyena (*Jaunsarás o los vascos en el siglo VI*<sup>230</sup>) y Munárriz Urtasun (*Leoz el Marino*<sup>231</sup>, *Miguel de Iturbide*<sup>232</sup>, etc.).

*Amaya o los vascos en el siglo VIII* de Navarro Villoslada es sin ninguna duda la novela más célebre de la serie. Sus páginas ofrecen una muestra interesante de las relaciones que guardan entre sí ficción, historia e ideología. En lo que atañe a los dos primeros términos Navarro Villoslada es un escritor preocupado por la historicidad de sus informaciones<sup>233</sup>, incluso cuando inserta falsificaciones como la de Aitor. Detalles como el vestido de los personajes o la organización de los ejércitos evidencian hasta qué punto sus escritos han estado precedidos por “reconstrucciones arqueológicas”<sup>234</sup>. Eso no impide que, donde la historia calla, Navarro Villoslada acuda a la ficción inventando personajes, batallas, etc., como cualquier novelista. Precisamente la fuerza de *Amaya* reside en la peculiar combinación de contenidos históricos con ingredientes estrictamente novelescos.

En todo caso, Navarro Villoslada pretende ser verosímil. Esto significa que, aun siendo consciente de la irrealidad de los detalles, de algunos personajes, de algunos acontecimientos, etc., piensa que éstos podrían haber resultado ciertos. Ser verosímil significa pensar que la historia narrada (en el sentido de *story*) resultará afín a la “historia sucedida” (en el sentido de *history*).

Esa pretensión no está en absoluto acompañada por una renuncia a la marcación ideológica. Navarro Villoslada subraya constantemente sus puntos de vista sobre la

---

<sup>227</sup> Nicasio Landa, *Los primeros cristianos de Pompeyopolis*, Imp. Provincial, Pamplona, 1882.

<sup>228</sup> Nicasio Landa, “Una visión en la niebla”, *op. cit.*

<sup>229</sup> Serafín Olave y Díez, “Nobleza Navarra. Leyenda histórica”, en *Revista Euskara*, 1878.

<sup>230</sup> P. Mariano Pérez Goyena, *Jaunsarás o los vascos en el siglo VI*, Imp. de Aramburu, Pamplona, 1899.

<sup>231</sup> T. Coronel Munárriz, *Leoz el Marino*, Aramburu, Pamplona, 1930.

<sup>232</sup> T. Coronel Munárriz, *Miguel de Iturbide*, Bengaray, Pamplona, 1931.

<sup>233</sup> Acerca de las fuentes históricas de Navarro Villoslada y otras cuestiones relativas a la mezcla de ficción e historia cfr. Carlos Mata, *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas*, Gob. de Navarra-Príncipe de Viana, Pamplona, 1995, pp. 264-300.

<sup>234</sup> *Ibidem*, p. 264.

sociedad, la religión, España, los judíos, etc. Esas marcas ideológicas no están inscritas ni al margen de la trama (es decir de la ficción), ni al margen de la historia, sino *dentro* de ellas. Cuando, por ejemplo, achaca la invasión árabe a la degeneración moral goda y la contrasta con la virtud vasca, Navarro Villoslada está recogiendo a la vez un tópico histórico, dando un paso narrativo e insertando una marca ideológica.

Ahora bien. Si es cierto que la ideología de *Amaya* está tan puesta de manifiesto, ¿cómo es posible que haya encandilado a lectores en principio tan dispares? Porque efectivamente si repasamos la línea política más o menos explícita de las editoriales que han publicado la novela nos encontramos con establecimientos carlistas, navarristas franquistas y nacionalistas<sup>235</sup>. ¿Qué hay en *Amaya* para que lectores capaces de matarse entre sí la admiren? Una vez que hemos lanzado esta pregunta estamos obligados a responderla. Sin embargo no será aquí. Debemos esperar todavía algunas páginas hasta hacernos con los elementos suficientes que nos permitan dar a este hecho tan llamativo una explicación.

La presencia de la historia en la literatura ha sido tan intensa que a menudo resulta difícil saber a qué género debe atribuirse un escrito según la óptica del autor. Campión reúne diversos cuentos bajo el epígrafe de ‘Historia a través de la leyenda’<sup>236</sup> y los inserta dentro las *Euskarianas* que, como dijimos, incluyen la antropología y la filología. En otro escrito, titulado ‘El Coronel Villalba’, anota a pié de página:

‘Esta leyenda es una página arrancada a la historia de la invasión castellana; todos los elementos constan en la historia [...]. Mío, pues, no hay aquí más que la parte *externa, la mise en escena*, el agrupamiento de los hechos y los personajes [...].’<sup>237</sup>

Esta confusión entre literatura e historia ha dado origen ocasionalmente a una literatura extremadamente escrupulosa con la fiel reproducción de los ambientes históricos. En su novela *Don García Almorabid*, significativamente subtitulada *Crónica del siglo XIII*, el propio Campión toma los nombres de casi todos sus personajes de

---

<sup>235</sup> *Amaya* es editado entre otros por la Librería Católica San José en 1879; por el Apostolado de la Prensa, en 1909, 1914, 1927, 1945, 1946, 1949, 1952, ; por el *Diario de Navarra*, en forma de folletín, en 1917; por la Editorial Vasca Ekin, del exilio nacionalista, en Buenos Aires, en 1956; por la Gran Enciclopedia Vasca, en 1969, 1971, 1973, 1976; por la editorial Ttartalo en 1991,... Pueden verse todas las ediciones de *Amaya* y de las demás obras de Francisco Navarro Villoslada en la sección bibliográfica de Carlos Mata, *op. cit.*, pp. 443-460.

<sup>236</sup> Arturo Campión, *Euskariana. Parte I. Historia a través de la leyenda*, Biblioteca Bascongada, Bilbao, 1896.

<sup>237</sup> Campión, ‘El Coronel Villalba’, en *Narraciones Baskas*, Beñat Idaztiak, Donostia, 1934, pp. 75-76. Cursivas suyas.

documentos relativos a la Guerra de la Navarrería<sup>238</sup>. Más radical aún el Conde de Guenduláin, con la fidelidad de un filólogo, escribe su poema sobre *El Príncipe de Viana*<sup>239</sup> reproduciendo el lenguaje provenzal del siglo XV, aún a riesgo de volver sus versos difícilmente legibles. Hoy, con la distancia, parece fácil clasificar adecuadamente los libros -en la categoría de la historia, en la categoría de la literatura-, poder reducir la mezcla a componentes secundarios. Pero durante buena parte de nuestro período las distinciones no son tan claras. Las obras de Arturo Campión, a las que María Puy Huici Goñi reconoce un valor literario, pero no histórico<sup>240</sup>, son para Eladio Esparza<sup>241</sup> obra de consulta imprescindible para el historiador. Y en *De tiempos lejanos*, que se añade entre los méritos del Conde de Rodezno para entrar en la Academia de la Historia, se lee esta muestra explícita de falta de rigor científico:

‘Piérdese también en los oscuros senos de la historia los orígenes de estos señores del palacio de Úriz [...]. Pero a poco que *ayude y sustituya la imaginación a la ruda labor de la investigación histórica*, escrupulosa y veraz, bien podemos atribuirlos, en verosímil supuesto, al indomable esfuerzo de algún patriarca vascón [...].’<sup>242</sup>

Junto a la producción de obras histórico-literarias tiene alguna importancia la literatura de costumbres. Si las novelas históricas ofrecían relatos verosímiles del pasado, las novelas de costumbres proporcionan retratos idealizados del presente. Este es el caso de *La Expósita* de Mariano Arrasate, escrita con la abierta intención de hacer un modesto trabajo *descriptivo* de tipos y costumbres de Navarra<sup>243</sup>. La sociedad rural que retrata es creyente, aristocrática, virtuosa y tranquila. Es cierto que la idealización no es tan extrema como para volver el libro una mera parodia y que, de este modo, incluye algunas muestras de egoísmo, injusticia y malos modales. Ahora bien: todos

---

<sup>238</sup> Arturo Campión, *Don García Almorabid. Crónica del siglo XIII*, Auñamendi, San Sebastián, 1970, p. 48.

<sup>239</sup> Conde de Guenduláin, ‘El Príncipe de Viana (Romance)’, en *Revista Euskara*, 1880.

<sup>240</sup> María Puy Huici Goñi, *En torno a la conquista de Navarra*, Gráficas Castuera, Torres de Elorz, 1993, p. 42-43.

<sup>241</sup> Eladio Esparza, ‘Euskariana’, en *Navarra, ¿número único?*, 1925.

<sup>242</sup> Tomás Domínguez Arévalo, *De tiempos lejanos. Glosas históricas*, Imp. de S. Francisco de Sales, 1913, p. 100. *Cursivas mías*.

<sup>243</sup> Mariano Arrasate Júrigo, *La Expósita. Tipos y costumbres de Navarra*, La Acción Social, Pamplona, 1929, p. 9, subrayado mío. Por cierto que también su tercera novela, *Macario*, premio Olave en 1931, es *Novela de tipos y costumbres de Navarra* (Imp. de J. García, Pamplona, 1932).

estos comportamientos reprobables apenas son máculas que emborronan una comunidad idílica, conservadora, caritativa y sanamente regionalista.

Dentro de la literatura, la poesía ha sido un género relativamente cultivado en Navarra. Los poetas, si entendemos por tales a todos aquellos que hayan publicado algunos versos, son muy numerosos. Bien es cierto que la mayor parte de éstos sólo aparecieron en prensa, de modo que los libros de poesía son, en comparación con el número de poetas, mucho más escasos.

Las obras poéticas más relevantes suelen combinar un marcado acento histórico con una clara voluntad política. Las obras de Olóriz, posiblemente el poeta más fecundo de Navarra, pueden constituir el ejemplo más extremo, pero otro tanto sucede con los casos de otros poetas relevantes como Arturo Cayuela y el navarrista Máximo Ortabe. Este último autor ofrece en cada volumen la misma dedicatoria, suficientemente indicativa del tono de su obra.

‘Navarra... ¡gloria a ti, Patria querida!  
Tierra mía y solar de mis mayores  
que aún guardas en tus montes escondida  
la rica esencia de tus bellas glorias.  
Con el amor más grande de mi vida  
te consagro mis cánticos mejores.’<sup>244</sup>

Antes de concluir este epígrafe destinado a ilustrar la vinculación de la literatura navarra con la búsqueda de testimonios son necesarias algunas referencias a la Biblioteca Olave. Su origen está en el ofrecimiento que hizo Buenaventura Olave, hija del militar, político y escritor navarro Serafín Olave, el año 1927 a Diputación para que se hiciese cargo de la biblioteca de su padre. Además anunció que destinaría 3000 pesetas a premiar y publicar obras navarras, constituyendo a tal efecto la Biblioteca Olave. Ejemplares de las obras premiadas se repartirían a escuelas, ayuntamientos y centros docentes de la provincia<sup>245</sup>. Trataba así de ‘alentar a la juventud intelectual’<sup>246</sup>

---

<sup>244</sup> Máximo Ortabe, *En la penumbra del santuario*, Iberia, Pamplona, 1948, p. 5.

<sup>245</sup> Ver *Euskalerraren Alde*, tomo XVII, 1927, pp. 238-240. Reproducción íntegra de la nota hecha pública por Diputación. Todas las informaciones relativas a la constitución e historia de la Biblioteca Olave están sacadas del libro de Eusebio Sarasa *Historia de la Biblioteca Olave*, Imp. y Librería de J. García, Pamplona, 1945.

<sup>246</sup> *Euskalerraren Alde*, tomo XVII, 1927, p. 239.

de la provincia para que dirigiera sus años de estudio hacia materias que ‘puedan engrandecer a Navarra’<sup>247</sup>. Al mismo tiempo se contrarrestaría la ‘perniciosa influencia de la imponente masa de libros desmoralizadores, pornográficos muchos de ellos y hasta irreligiosos, que se anuncian y ofrecen al público’<sup>248</sup>. La iniciativa fue aplaudida entre los medios políticos de orden. El conservador Mariano Arrasate propuso instituir ‘el Día del Libro Navarro’<sup>249</sup>. Su objetivo: ofrecer una ‘literatura sana, instructiva y amena’, que no contenga ‘una sola idea o una frase inmoral o irreligiosa’<sup>250</sup>.

Hasta 1936 la política de premios de la Biblioteca Olave incluyó algunas obras de significación poco clara, como *Navarra en las Cruzadas*<sup>251</sup> del Padre Vera o *Gure ama*<sup>252</sup> del también sacerdote Blas Alegría. A partir de la Guerra su actividad editorial se encuadra claramente dentro del navarrismo. De una u otra manera autores como Arrasate, José M<sup>a</sup> Huarte, Justo Garrán, el Conde de Rodezno, Raimundo García ‘Garcilaso’, Luis Oroz, Onofre Larumbe, Máximo Ortabe, Julio Gúrpide, Eladio Esparza y Agapito Martínez Alegría, se relacionaron con los premios Olave.

### **La geografía como testimonio.**

Como el resto de la cultura, también la geografía ha participado en la búsqueda de testimonios y en el reconocimiento de la identidad olvidada. La conexión entre colectivo y espacio físico, tantas veces postulada en Vasconia en general y en Navarra en particular, ha dejado la puerta abierta a un uso ideológico de la geografía. Sirva como ejemplo la siguiente afirmación de Carlos Clavería:

“Vasconia o Euskeria, Euskalerría o Euzkadi [...] se halla completamente identificada con su propia geografía, ya que en la formación de su raza influye profundamente el sentimiento de la naturaleza.”<sup>253</sup>

---

<sup>247</sup> *Ibidem*.

<sup>248</sup> *Ibidem*.

<sup>249</sup> *Ibidem*.

<sup>250</sup> *Ibidem*, p. 240.

<sup>251</sup> P. Vera e Idoate, *Navarra y las Cruzadas*, Aramburu, Pamplona, 1931.

<sup>252</sup> Blas Alegría, *Gure ama. Estudio euskérico*, no figura ni impresor ni lugar de edición, 1932. Fue premio Olave en 1931.

<sup>253</sup> C. Clavería, *Relieves del Genio vasco*, Ed. Gómez, Pamplona, 1962, p. 15.

La obra geográfica más importante de cuantas se escriben en Navarra es sin lugar a dudas la *Geografía general del País Vasco-Navarro*<sup>254</sup> de Julio Altadill, a la que hemos citado abundantemente a lo largo del primer capítulo. Consta de dos gruesos tomos, con cerca de 2000 páginas en total. El segundo de ellos examina municipio por municipio toda Navarra, ofreciendo datos relativos a población, economía, arte, clima, urbanismo, etc., mientras que el primero -que tiene mayor interés para nuestros fines- está dedicado a temas generales.

La concepción que Altadill tiene de la geografía se acerca de forma perceptible a la enciclopedia e incluye materias que exceden en mucho lo estrictamente geográfico. Así, junto a temas técnicos como ‘Orografía’, ‘Hidrografía’, ‘Descripción geológica’<sup>255</sup> y ‘Espeleología’, encontramos otros dedicados a ofrecer informaciones de índole muy diversa. En concreto el capítulo VII, titulado ‘Reseña Eclesiástica’, consiste en una amplia historia de la religión católica en Navarra firmada por Mariano Arigita, y el capítulo VIII incluye el trabajo ‘Nabarra en su vida histórica’ del amigo e ídolo de Altadill Arturo Campión. Del resto de los capítulos firmados por Altadill, el XIV está dedicado íntegramente a enumerar despoblados, mientras que el XII, bajo el epígrafe de ‘Arqueología’, resulta ser un examen bastante extenso de los principales edificios artísticos de la provincia. El capítulo XIII, ‘Organización administrativa’, se ocupa principalmente de los Fueros y el X, titulado ‘Naturaleza, usos, costumbres’, se centra en cuestiones de etnografía. No obstante estos dos últimos epígrafes incluyen temas de lo más dispares -como la brujería, la presencia de los judíos en el País Vasco, disquisiciones y citas relativas al origen de los vascos, el paisaje de las zonas de Navarra, el carácter de montañeses y riberos, etc.

El conjunto de la *Geografía* es algo desconcertante, no sólo desde el punto de vista de su estructura interna, sino también desde la perspectiva de un análisis en términos ideológicos. En apariencia, las zonas ‘cálidas’ del texto serían fácilmente separables de las ‘frías’, pero lo cierto es que Altadill puede sorprendernos en cualquier momento con una disertación fuera de tono (‘cálida’ o ‘fría’) en capítulos en principio de significado palpable<sup>256</sup>. Más allá del interés de esas marcas puntuales, la verdadera dimensión ideológica de la obra reside en un nivel mucho más genérico, tal vez menos

---

<sup>254</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*

<sup>255</sup> Firmada por Fermín Marquina.

<sup>256</sup> Cfr. la cita relativa al castillo de Olite, en el capítulo dedicado a ‘Vías de comunicación’. En contrapartida Altadill se muestra extrañamente indiferente al considerar el paisaje.

perceptible en una primera aproximación. La ingente compilación llevada a cabo por Altadill *constituye a Navarra*, y lo hace a un mismo tiempo como espacio físico y como colectivo humano. Es en el propio acto de haber reunido dentro de un formato físico -el libro- lo estrictamente geográfico con lo “humano”, y dentro de lo “humano” aquello referido al presente (la Navarra contemporánea, industria, comunicaciones, etc.) y lo referente al pasado (la historia, los monumentos, etc.), donde ocurre su verdadera contribución ideológica. Nuestro autor, en definitiva, *define* Navarra. La Navarra de ayer junto con la de hoy, la Navarra física con la Navarra económica y social. Su religión, su escudo, sus fueros, sus monumentos, costumbres, carácter, montañas, ríos, industrias, etc. Todo contribuye de una u otra forma a la constitución del objeto. El primer volumen lo hace genéricamente. El segundo tomo pueblo a pueblo, exhaustiva y minuciosamente, de forma que ningún asentamiento quede sin marcar ni escape a la definición. Sin duda que la Navarra vasca caracterizada por Altadill resultará inapropiada hoy para el navarrista. Para el nacionalismo parecerá confusa (porque *al fin y al cabo* Altadill es un militar español). Pero al margen de todas las reservas que unos y otros puedan guardar es fácil comprender que la parte más sustantiva de su labor, la reificación de Navarra, continúa vigente dentro de la “doxa”.

El capítulo anterior nos dio ya la oportunidad de comentar algunos rasgos de la obra de Leoncio Urabayen. Decíamos entonces que, a pesar de su militancia nacionalista, Leoncio Urabayen utilizaba un código particularmente aséptico y que sólo en algunos lugares específicos de su escritura podíamos encontrar trazas de una toma de posición política. Las declaraciones explícitas de intenciones patrióticas, religiosas y morales, tan corrientes en la cultura navarra, no son del gusto de nuestro geógrafo.

Con todo, sus obras no son textos tan “científicos” que hagan improcedente la pregunta por su autor y sus intenciones<sup>257</sup>. De hecho, Urabayen sí tiene voluntad de autor. Su concepción de la geografía es muy personal y, en este sentido, procura avisar al lector de que incluye conceptos y términos de su propia cosecha.

En lo que concierne a sus opiniones ideológicas, una de sus obras más interesantes es la *Geografía Humana de Navarra*<sup>258</sup>. En ella Urabayen rechaza el determinismo geográfico pero no niega la profunda influencia del ambiente. Éste

---

<sup>257</sup> Cfr. Michel Foucault, “What is an Author?”, en J. V. Harari ed., *Textual Strategies*, Ithaca, Nueva York, 1979.

<sup>258</sup> Leoncio Urabayen, *Geografía Humana de Navarra*, tomo I, Aramburu, Pamplona, 1929. Tomo II, Espasa-Calpe, Madrid, 1932.



establece el marco y el hombre actúa en consecuencia, siempre prisionero de unos límites, pero con posibilidades de ofrecer distintas respuestas. De hecho, la civilización se caracteriza justamente por la conquista de la naturaleza<sup>259</sup>, por el esfuerzo para trascender en la medida de lo posible el medio natural. Así, los salvajes son poco civilizados porque continúan prisioneros de las condiciones ambientales. Los europeos, en cambio, lo son en gran medida porque sus esfuerzos les han permitido domeñar el medio.

En esta ocasión nuestro geógrafo se propone abordar lo que él llama un ‘precipitado geográfico típico’<sup>260</sup>: las casas. En cierta contradicción con alguna de sus ideas, Urabayen crítica las casas que no le gustan, no sólo por ser caras o por disfuncionales con respecto al clima sino también por feas. Curiosamente, las construcciones más rechazadas son aquellas del segundo y primer ensanches o de pueblos en los que se han escogido soluciones tomadas de fuera<sup>261</sup>.

Lo más interesante para nuestra investigación es su estudio de la casa rural. Dada su filiación nacionalista, esperaríamos aquí una vindicación del caserío en detrimento de la casa ribera. Pero Urabayen es más desconcertante que todo eso. En algún aspecto critica todas las viviendas rurales: las goteras, el calor, el frío, la excesiva resistencia al viento. Como las casas son signos de civilización, Urabayen llama ‘zonas atrasadas’<sup>262</sup> al valle de Goñi y la zona pirenaica. En cambio, defiende ardorosamente las cuevas como habitáculo civilizado y el adobe como material constructivo, elementos ambos típicos del sur de Navarra. Su tipología de las viviendas regionales es además compleja y atiende a tantos criterios (materiales, tejado, planta, etc.) que parece imposible reconducirla a una división norte-vasco y sur-castellanizado<sup>263</sup>.

Ahora bien, al llegar el momento de la recapitulación y extraer sus conclusiones, escribe sobre las casas de cada comarca:

‘Las de la Montaña parecen haber sido construidas según otro criterio que las de la Ribera. Aquellas son generalmente espaciosas, sólidas y apunta en ellas el gusto artístico. Las de la Ribera son pequeñas, feas y más endeables. [...] Esto

---

<sup>259</sup> *Ibidem*, tomo I, p. 65.

<sup>260</sup> *Ibidem*, tomo I, p. 42.

<sup>261</sup> Hay curiosas críticas a construcciones poco tradicionales de Pamplona, Burlada y Baztan en la p. 112, del primer tomo. Sus opiniones contra el Nuevo Ensanche pueden verse en la página 141 y ss., del tomo II.

<sup>262</sup> *Ibidem*, tomo II, p.157.

<sup>263</sup> Cfr. ‘Clasificación de las viviendas de Navarra’, *Ibidem*, tomo II, pp.121-131.

parece indicar que en la Ribera no se han preocupado de la casa como en la Montaña [...]. Por fuerza hay que convenir que el navarro de la Ribera siente menos que el de la Montaña la necesidad de la casa cómoda.”<sup>264</sup>

El que de pronto surja la dicotomía Montaña-Ribera es absolutamente sorprendente porque la investigación anterior parecía haberla disuelto. En los párrafos siguientes la casa de cada zona se convierte repentinamente en signo de una situación social antagónica. La propiedad en la Ribera está en manos de unos pocos, la mayoría de sus habitantes son pobres, por eso aman escasamente su hacienda y la dividen entre sus hijos, alimentando el desapego y la pobreza. Ni siquiera hacen como en la Montaña en donde habitante y edificio reciben un mismo nombre. En esta última parte, por contra, la renta está mejor repartida. Tal vez no son ricos pero el sistema social está equilibrado. Las haciendas se transmiten íntegramente a los primogénitos y éstos cuidan de ella con diligencia.

Urabayen no continúa. Pero las premisas están ya puestas. Ahora debe ser el lector el que extraiga sus consecuencias respecto al grado de civilización de cada zona.

Si bien Campión no cultivó directamente la geografía, el paisaje es un elemento de gran importancia en su obra narrativa e histórica. Esta circunstancia es lógica si se tiene en cuenta que para él, el espacio físico viene a ser “el escenario donde se mueve el actor”<sup>265</sup> de sus pesquisas, es decir, el vasco. Precisamente el paisaje ocupa un lugar central en uno de sus cuentos más célebres: *Pedro Mari*<sup>266</sup>. El argumento narra la historia de un joven baztanés que sale en busca de aventuras. Recorre la provincia y se interna en Castilla la Vieja. Entonces comprobamos junto a él que, del mismo modo que el vasco es hijo de su paisaje, también el castellano lo es del suyo.

“Cada vez era más alegre el cielo y más feo el suelo; áridas sierras, peñascos escuetos, gargantas de granito, tristes pinares, y, a poco, la inacabable estepa polvorosa, amarillenta, con su marco de montañas que no eran sino montones de tierra parda, levantados sin duda por gigantescos topos, y lejanos campanarios a los que nunca se llegaba. Bajo los torrentes de oro de la luz solar, pueblacos

---

<sup>264</sup> *Ibidem*, tomo II, p. 155.

<sup>265</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 1. Cursivas mías.

<sup>266</sup> Campión, “Pedro Mari”, en *Narraciones Baskas, op. cit.*

miseros, casuchas de tierra, hombres y mujeres cetrinos, flacos, peludos, andrajosos, rebaños negros que pastores de torvo mirar y vestidos de pieles conducían.”<sup>267</sup>

“La geografía profetiza la historia”<sup>268</sup>, escribió Campión. El navarrista Manuel Iribarren Paternáin también subraya la importancia del paisaje y, por tanto, del medio geográfico<sup>269</sup>. Según afirma,

“El paisaje no es un mero agente decorativo o simple escenografía, sino molde que determina las costumbres, forma el carácter y explica por sí solo las cualidades del hombre que lo habita. De aquí que se relacione íntimamente con su manera de ser y ayude a su comprensión y más exacto conocimiento.”<sup>270</sup>

Iribarren sostiene que el conocimiento del medio sirve para conocer a sus habitantes<sup>271</sup>. Pero la geografía no sólo determina algo general y relativamente impreciso, como la manera de ser. Su influencia alcanza la constitución misma del territorio político. “El imperativo geográfico”, señala, “ha ido recortando y definiendo las fronteras naturales de Navarra”<sup>272</sup>.

La representación que hace nuestro autor del paisaje navarro, como la realizada por Campión del castellano, no carece de obvias connotaciones ideológicas. Como muchos otros autores, Iribarren ve en Navarra una “España en escala reducida”<sup>273</sup>, una “síntesis del paisaje español”<sup>274</sup>, “único en su esencia aunque plural en sus matices”<sup>275</sup>. De este modo la variedad geográfica y humana de Navarra se convierte en un sutil argumento en favor de la unidad de España. Como Navarra es una a pesar de su

---

<sup>267</sup> *Ibidem*, pp. 44-45.

<sup>268</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 22.

<sup>269</sup> Cfr. M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 258. Manuel Iribarren, *El Príncipe de Viana (Un destino frustrado)*, Montaner y Simón, Barcelona, 1947, p. 22.

<sup>270</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 25.

<sup>271</sup> Leemos, por ejemplo, en el capítulo II ‘El hombre’: ‘Grande y notoria es la influencia del medio ambiente en la manera de ser, costumbres y aspecto físico de sus habitantes. *El paisaje moldea al hombre como la mano invisible de Dios el barro dúctil de la Creación*. Paisaje y hombre se complementan, tal que la hornacina y la estatua’ (*Ibidem*, p. 52). *Cursivas mías*.

<sup>272</sup> *Ibidem*, p. 28.

<sup>273</sup> *Ibidem*.

<sup>274</sup> *Ibidem*.

<sup>275</sup> *Ibidem*, p. 30. Cfr. José Manuel Casas Torres, *La originalidad geográfica de Navarra*, Dip. Foral de Navarra, Pamplona, 1956, pp. 13-18. Rafael García Serrano, *Plaza del Castillo*, Ed. Saso, Madrid, 1951, p. 261: Navarra es “una síntesis armoniosa de España”.

diversidad, también España es una por encima de sus regiones. En la misma línea Rafael García Serrano consigue ver en el relieve físico de la provincia una metáfora de la patria hispana:

‘Basta echar un vistazo al mapa para ver que la configuración física de Navarra tiene algo de odre hacia abajo, de modo que desde ese punto de vista parece simbolizar el pellejo maravilloso que guarda la solera, la quintaesencia de España, y cuando suelta el atadizo de su espita es para que se derrame sobre las tierras hermanas su generoso caldo, con frecuencia del color de la sangre.’<sup>276</sup>

La contribución de la geografía en la cultura navarra a la búsqueda de testimonios también se pone de relieve en el papel jugado por la toponimia. Es indicativo de su importancia el hecho de que la *Geografía* de Altadill incluya un capítulo dedicado a ella, fuera de texto<sup>277</sup>, como si, dada la importancia del tema y aún a riesgo de estropear la edición, se hubiera decidido imprescindible su presencia. Porque, en efecto, de la misma manera que la geografía no es una simple constatación de accidentes físicos, tampoco la toponimia es un mero catálogo de nombres. Desde la exploración de Iturralde el topónimo se incluye como testimonio junto a los dólmenes y la lengua. Fray Eusebio de Echalar escribe refiriéndose a la presencia de vascos fuera de las siete provincias:

‘No nos resta más monumento de ellos, que los nombres de ríos, valles, territorios, pueblos o barrios de pueblos, que se hallan idénticos y de igual significación que en nuestro país’<sup>278</sup>

La toponimia se integra como un auxiliar de la historia, como un instrumento que interroga a los lugares y extrae nuevos testimonios de un lugar insospechado. A este respecto es sintomático que Campión intente fundamentar la identidad de Navarra recurriendo precisamente a argumentos de índole toponímica.

---

<sup>276</sup> Rafael García Serrano, ‘Prologo’ a Jaime del Burgo, *España en paz. Navarra*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1964, p. 6.

<sup>277</sup> Eusebio de Echalar, ‘Disertación sobre toponimia vasca’, en J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*

<sup>278</sup> Eusebio de Echalar, ‘Voces vascas en los Fueros de Navarra’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1920, p. 63. ‘Ellos’ son nuestros antepasados, como se dice textualmente en una frase inmediatamente anterior.

“Ochocientos sesenta y cuatro pueblos, villas y ciudades constituyen la actual provincia de Navarra; *setecientos treinta y uno* de ellos llevan nombres puramente baskos; *treinta y uno* son de filiación dudosa, aunque fácilmente reducible al euskara en su mayoría; y de los *ciento dos restantes*, varios poseen dos nombres, uno romántico o neolatino y otro baskongado [...].”<sup>279</sup>

La importancia del topónimo como argumento de autoridad a la hora de establecer la identidad étnica de los navarros no es una ocurrencia privativa del ‘Maestro’. También el joven José María de Huarte opina que ‘la toponimia local acusa [...] un mismo origen étnico’<sup>280</sup> entre Montaña y Ribera. Similarmente el nacionalista Carlos Clavería se apoya expresamente en la abundancia de topónimos vascos en la Ribera para probar su unidad originaria con los montañeses del Pirineo<sup>281</sup>. Otro navarrista, Manuel Iribarren, reproduce en su *Navarra* la anterior estadística campioniana<sup>282</sup>. Por último, para Enrique Zubiri los nombres de las calles Indatxikia, Chapitela, Mañueta y Santo Andia, prueban “*nola zen Iruñeko mintzaira eskuara huts-hutsa*”<sup>283</sup>.

No sólo el topónimo testimonia cuál es la verdadera lengua de Navarra. También ofrece datos para conocerla en sus formas más puras. A este propósito responde explícitamente la propuesta lanzada desde las páginas de la *Revista Euskara* por Pablo Iñarregui, a fin de que se cree un centro de estudio de la lengua vasca que recoja los

---

<sup>279</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 31. El propio Campión había ofrecido ya esta estadística en la introducción de su *Gramática de los cuatro dialectos, op. cit.*, pp. 27-28.

<sup>280</sup> José María Huarte, ‘Posibilidades turísticas de Navarra’, en el volumen *Navarra. Ayer, Hoy y Mañana*, Rafael Gurrea Ed., S. F. (pero 1934), sin paginación.

<sup>281</sup> Cfr. C. Clavería, *Relieves, op. cit.*, p. 21.

<sup>282</sup> M. Iribarren, *Navarra*, p. 31. El primer capítulo de *Navarra* sirvió de base para la elaboración del folleto también firmado por Iribarren, *El paisaje*, de los Temas de Cultura Popular (Dip. Foral de Navarra, Dirección de Turismo, Bibliotecas y Cultura Popular, Pamplona, 1968, nº 16). La práctica totalidad del texto del folleto, hasta la página 22, sigue casi literalmente el libro. Las escasas diferencias que guardan ambos son, no obstante, bastante significativas. En el folleto se han omitido todas las referencias a Navarra como parte del País Vasco -que son relativamente frecuentes y presentadas de manera poco problemática a lo largo de todo el libro-. Así, donde el libro dice (p. 31): ‘Comprende Navarra, que es la porción más meridional y extensa de todo el País Vasco, así como la de mayor importancia histórica, 854 localidades entre ciudades, villas y pueblos. De ellas 731 tienen y conservan nombre vascos, 102 poseen denominaciones bilingües (una, la primitiva, en euskera, y la otra, de uso corriente, romanceada) y sólo 31 son de dudosa filiación.’; el folleto (p. 8) omite este párrafo y lo sustituye por una información relativa al número de municipios por merindades. También la inclusión de Navarra en el País Vasco de la p. 28 del libro ha sido borrada en la p. 6 del folleto. El resto de los cambios, a excepción de todo el epígrafe ‘Las foces’ (p. 14 del folleto, sin correspondencia en el libro), son casi totalmente de índole estilística.

<sup>283</sup> Tr.: ‘como fue el euskara la única lengua de Pamplona’ (Cfr. ‘Iruñe zahar eta berri’, en Angel Irigaray selec., *Prosistas Navarros Contemporáneos en Lengua Vasca*, Diputación Foral de Navarra-Príncipe de Viana, Pamplona, 1958, p. 90).

topónimos de todo el país euskaro<sup>284</sup>. Dada la importancia del topónimo, nada puede extrañar que desde las instituciones culturales se hayan dedicado notables esfuerzos a recoger y catalogar de manera sistemática estos nombres<sup>285</sup>. Ni tampoco que desde el nacionalismo vasco se haya procurado expresamente imponer las denominaciones euskaras sobre las castellanizadas<sup>286</sup>.

En Vasconia en muchas ocasiones el topónimo se identifica de manera natural con los apellidos. Tal y como advierte Estanislao de Aranzadi estos “se confunden con los nombres de los lugares en que se situaron nuestros abuelos aborígenes”<sup>287</sup>. En consecuencia, de la misma manera que el topónimo es un testimonio decisivo de la identidad, también lo es el apellido. No en vano, Arturo Campión acude a él para defender la vasquidad de la Ribera.

“Otra prueba nos la suministran los apellidos [...]. Los apellidos de la Ribera de Nabarra, estudiados en el último padrón electoral, me han suministrado los siguientes datos: el *setenta por ciento* es euskaro, el *diez y siete* provenzal (gascón, catalán, valenciano, alto-aragonés), el *diez* castellano y el *tres* de muy diversa composición: (francés, árabe, gótico, portugués, etc.).”<sup>288</sup>

La popularidad de que gozan los diccionarios de apellidos vascos todavía en nuestros días da idea de su importancia. Con todo, no iba a ser Campión (de apellido foráneo) quien extrajese las conclusiones más radicales de esta conexión entre nacionalidad y apellido. Es el furibundo nacionalista Evangelista de Ibero quien escribe:

“*Quiera o no quiera*, un Lizarraga será siempre vasco, aunque nazca en un cortijo de Jerez o en una Pampa de la Argentina, y un Beaumont será francés, y

---

<sup>284</sup> “En este centro directivo debían coleccionarse con particular esmero *catálogos exactísimos de los nombres geográficos y topográficos* que actualmente se conocen en las cuatro provincias, poniéndoles su verdadera significación castellanas y descomponiendo la estructura gramatical de que puedan constar, para que de esta manera fuera fácil *conocer y clasificar las verdaderas raíces de la lengua*.” (Pablo Ilarregui, “La Lengua vascongada”, en *Revista Euskara*, 1878, p. 22., cursivas mías).

<sup>285</sup> La Comisión de Monumentos, por ejemplo, pidió repetidamente, y a lo que parece con poco éxito, a los Ayuntamientos que remitieran una lista con sus topónimos. Cfr. “Acta”, *B. C. M. H. A. N.*, 1920, p. 289.

<sup>286</sup> Cfr. B. Estornés *Historia del País Basko*, *op. cit.*, p. 14: “Los nombres de los pueblos baskos van casi siempre en euskera, *con el fin de ir desterrando el uso de sus deformaciones castellanas o francesas que no pasan de simples motes con carácter oficial*.” (cursivas mías).

<sup>287</sup> Estanislao de Aranzadi, “Dulcis Amor Patriae”, *op. cit.*, p. 2.

<sup>288</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie*, *op. cit.*, pp. 31-32. Cursivas suyas.

un Taparelli italiano, y un Merry inglés, y un Sánchez español, y un Schiller alemán, etc., ...”<sup>289</sup>

En definitiva, como el carácter de los pueblos se encuentra vinculado al paisaje, los apellidos, tomados de la tierra, marcan la identidad de los individuos.

---

<sup>289</sup> Iber [Evangelista de Ibero], *Ami Vasco*, Imp. de E. Arceche, Bilbao, 1906, p. 15. Las cursivas son mías. ¿Qué ocurre con los mestizos? Para Ibero sólo hay mestizos desde un punto de vista físico, desde el punto de vista moral se es una cosa o la otra (cfr. p.16). Apuntemos que no siempre el nacionalismo ha hecho un énfasis tan radical en los apellidos. En el semanario *Amayur*, 14-V-1932, puede verse un artículo titulado “Y los que no llevan apellidos vascos... ¡Pueden ser vascos!”. Con todo, el propio semanario reprodujo en 1933 el *Ami vasco* de Ibero.

## Capítulo 3

### Saltus y ager Vasconum

*Esta nacioncita jamás se ha confundido ni mezclado con ninguna de las naciones que vinieron de fuera, ni de moros, ni de godos, alanos, silingos, ni de romanos, ni de griegos, ni de cartagineses, ni de fenicios, ni de otras gentes.<sup>1</sup>*

Manuel de Larramendi.

#### **Amagoia o los vascos en el siglo VIII.**

*Amaya o los vascos en el siglo VIII* es con toda seguridad la novela más célebre escrita por un autor navarro. Gracias a ella Navarro Villoslada encabeza con holgura la exigua lista de escritores locales citados en las historias de la literatura española. No en vano, Iturralde y Suit la calificó de “Libro de la Patria”<sup>2</sup> y F. S. de “poema de la raza”<sup>3</sup>. Desde 1877, fecha de su primera edición, hasta hoy *Amaya* ha sido publicada en más de treinta ocasiones, incluyendo una versión en cómic en 1981. Todavía en la actualidad muchas niñas son bautizadas en las autonomías vasca y navarra con el nombre de su protagonista femenina.

Toda la obra de Navarro Villoslada pertenece a un romanticismo tardío dentro del ya de por sí retrasado romanticismo hispano. *Amaya* fue su “canto del cisne”<sup>4</sup>. Al parecer, desde el primer momento la acogida de la novela fue muy calurosa en el ámbito vasconavarro y mucho más fría en el resto de España, donde el género historicista estaba ya pasado de moda y donde Navarro Villoslada despertaba pocas simpatías a causa de sus ideas políticas tradicionalistas.

---

<sup>1</sup> Citado por Julio Caro Baroja, *Los pueblos del norte de la Península Ibérica (Análisis histórico cultural)*, C. S. I. C., Madrid, 1943, p. 240.

<sup>2</sup> “[...] epopeya que aunque escrita en castellano es tan genuinamente euskara que pudiera llamarse el *Libro de la Patria*” (J. Iturralde, “Los castillos de Navarra durante la Edad media”, *op. cit.*, pp. 317-318, cursivas suyas).

<sup>3</sup> F. S., “El centenario de Walter Scott”, *D.N.*, 28-IX-1932, p. 1.

<sup>4</sup> C. Mata, *op. cit.*, p. 261. Mata cita a Edgar Allison Peers, *Historia del movimiento romántico español*, Gredos, Madrid, 1967.



El argumento de *Amaya* es relativamente complejo para ser resumido de manera precisa en unas pocas líneas. Tomando como base el resumen del doctor Mata Induráin<sup>5</sup> podemos sintetizarlo así: vascos y godos luchan en Vasconia a principios del siglo VIII. Entre los primeros se comienza a tomar conciencia de la necesidad de unirse en torno a un rey, ya que las viejas estructuras tribales se están demostrando ineficaces para expulsar al invasor. El patriarca de los vascos, Aitor, había profetizado en fecha inmemorial que el primer rey de los suyos sería aquel que se casara con la heredera de su propia estirpe, heredando de este modo un fabuloso tesoro oculto en alguna sima. Paradójicamente la heredera no es otra que Amaya, la hija de un capitán godo llamado Ranimiro que combate duramente contra los vascos. Hace años Ranimiro se había casado secretamente con Paula, la primogénita del linaje de Aitor. Paula se había hecho bautizar cuando todavía el paganismo dominaba en Vasconia, provocando el rechazo de su familia. En castigo la raptaron, recluyéndola en el caserío de Aitormendi. Cuando Ranimiro consigue dar con ella la encuentra muerta, con su hija en brazos, mientras el caserío arde. La *vox populi*, desconocedora del matrimonio y del nacimiento de Amaya, acusará equivocadamente a Ranimiro de ser el responsable de la fechoría.

Con estos precedentes hay varios aspirantes al trono de Vasconia. El principal es Teodosio de Goñi, hijo de uno de los miembros del consejo de los doce ancianos que gobierna parcialmente a los vascos. Es un caudillo valiente y aguerrido, muy popular entre sus compatriotas. Sin embargo Teodosio, que se revela ambicioso y poco sobrado de escrúpulos, identifica erróneamente a la primogénita de Aitor con otra joven también llamada Amaya (Amaya de Butrón), prima de la hija de Ranimiro y Paula. Se da la circunstancia de que ésta segunda Amaya pertenece a uno de los últimos grupos de vascones sin evangelizar. Tales paganos están encabezados por la tía materna de ambas Amayas, Amagoya, quien abomina cuanto se refiere al cristianismo.

Un segundo pretendiente al trono de Vasconia es Eudón-Asier. Eudón tiene una personalidad compleja y oscura. Por decirlo de alguna manera juega con tres máscaras: la de hijo adoptivo de Amagoya, la de duque de Cantabria y la de hijo del repulsivo judío Pancomio. Eudón no sólo disputa el trono a Teodosio sino que también es su rival amoroso, puesto que de niño estuvo prometido a Amaya de Butrón. Los móviles de Eudón no resultan completamente claros: como hijo adoptivo de Amagoya parece enfrentarse a los godos, pero como duque de Cantabria puede considerársele uno de

---

<sup>5</sup> C. Mata, *op. cit.*, pp. 259-261.

ellos. Al mismo tiempo Asier desea el trono para obtener la mano de Amaya de Butrón y, como judío, termina por aparecer como aliado de los musulmanes.

Hay un tercer candidato: el joven caudillo vasco García Jiménez. Además de culto y piadoso, García está sinceramente enamorado de Amaya, la hija de Ranimiro, y anhela la reconciliación entre vascos y godos bajo la égida de la cruz. Sin embargo, carente de ambiciones personales, ni siquiera aspira a hacerse con la corona de Vasconia. De hecho, su candidato para la realeza no es otro que Teodosio de Goñi. Es el destino quien lo acaba sentando en el trono.

En este contexto se produce la invasión de España por los árabes. Los godos interrumpen la lucha contra los vascos y su duque, Pelayo, les ofrece su amistad para pelear contra los enemigos de Dios. El propio García Jiménez marcha a la Bética para combatir al Islam.

Mientras tanto, Teodosio de Goñi consigue casarse con Amaya de Butrón, previa conversión al cristianismo de todos sus parientes excepto Amagoya. Ya nada parece impedir su próxima proclamación como príncipe de Vasconia. Para su desgracia Eudón, despechado por el matrimonio con su antigua prometida, le prepara una trampa. Mediante un ardid le hace creer que la recién casada le es infiel. Llevado por los celos, Teodosio mata a sus padres, confundidos en la oscuridad de la noche con Amaya y su amante. Loco de dolor, se convierte en ermitaño en la sierra de Aralar. Por imposición papal una cadena le ciñe el cuerpo a modo de penitencia; sólo cuando ésta se desprenda podrá considerarse perdonado.

Al tiempo, Teodosio se encuentra con su rival, Eudón. Moribundo, éste le confiesa su responsabilidad en el engaño que le llevó a matar a sus padres e implora su perdón y el bautismo. En este momento dramático aparece un dragón infernal: es la tentación de la venganza. Pero Teodosio perdona a Eudón e invoca a San Miguel, patrón de Vasconia. Entonces se produce el milagro de la aparición del arcángel, quien mata al monstruo. La cadena que ciñe el cuerpo de Teodosio cae al suelo. Comprendiendo que ha recuperado el favor divino, retorna al mundo para predicar la lucha contra los infieles.

Mientras esto sucedía García, vuelto de Guadalete, se perfila claramente como candidato al trono. El sucesor de Rodrigo le otorga el mandato de Vasconia. Pese a todo, García todavía prefiere como candidato a Teodosio. Sólo el crimen de éste le "obliga" a tomar el mando. Luchando contra Eudón por el control de Pamplona, que ya sólo cuenta con los judíos y sus riquezas para mandar sobre los godos, García cae

herido. Amagoia lo cura, pero abandona Vasconia despechada por el triunfo del cristianismo. A la postre, Eudón es derrotado y Amaya y García se casan, fomentando la unión entre vascos y godos. Por último, y dando comienzo a la Reconquista, García es proclamado príncipe de Vasconia por los doce ancianos.

Mucho más que ninguna otra obra de Navarro Villoslada, *Amaya* es una novela de personajes. De hecho, junto a su papel de relato fundacional, buena parte de su éxito se debe a la riqueza arquetípica de sus protagonistas. En este sentido, y como advirtió agudamente Arturo Campión<sup>6</sup>, junto a la acción argumental principal tiene lugar dentro de cada personaje un drama individual cuya resolución posibilita el curso de aquélla. El exponente más claro de esto es Teodosio de Goñi: el parricidio que comete deja vía libre a la candidatura de García y así posibilita el nacimiento de un reino que una a vascos y godos. Con ello no quiere decirse que *Amaya* constituya una novela psicológica al estilo de *Madame Bovary*. Antes bien, en *Amaya* el interés de los personajes reposa, como decimos, en su calidad arquetípica, esto es, no en su significación “personal” sino en su importancia simbólica.

Este hecho concuerda con otra circunstancia, también advertida por Campión<sup>7</sup>, como es la naturaleza épica de la novela. Navarro Villoslada narra los preliminares de una lucha entre el bien y el mal, el Cristianismo y el Islam. El peligro que corren los cristianos proviene de su división interna, del odio que se tienen vascos y godos. La tarea de los dos héroes, Amaya y García, es la de unirse para que oriundos y advenedizos puedan aunar sus esfuerzos contra los enemigos de Dios

Tres personajes obstaculizan a los héroes en la consecución de este objetivo. Se trata de Teodosio de Goñi, de Eudón-Asier y de Amagoia. El primero de ellos, Teodosio, también anhela la unificación de Vasconia pero sus móviles radican más en la codicia y en la ambición que en el patriotismo. Además es reticente ante un acuerdo entre vascos y godos y, aun siendo creyente, carece de las virtudes cristianas de García. Tampoco Eudón que ambiciona el mando sobre vascos, godos y judíos, reúne los requisitos necesarios, puesto que no es cristiano y sus móviles son tan oscuros como su origen.

---

<sup>6</sup> Arturo Campión, “Amaya o los vascos en el siglo VIII. Estudio crítico”, en *Revista Euskara*, 1880. Aquí utilizaremos su republicación en el *B. C. M. H. A. N.*, 1921-22.

<sup>7</sup> *Ibidem*, año 1921, p. 161

Curiosamente, la lucha por el trono de Vasconia discurre sobre todo como una pugna entre Teodosio de Goñi y Eudón. García sólo aparece como candidato cuando éstos fracasan y propiamente no hace nada por alzarse con la corona. Teodosio y Eudón malogran mutuamente sus opciones, mientras que García se mantiene ajeno a sus disputas. Teodosio frustra las posibilidades de Eudón casándose con Amaya de Butrón, y Eudón las de Teodosio provocando el parricidio. A la vez, ambos rivales se redimen el uno al otro. Teodosio bautizando *in extremis* al duque de Cantabria y éste permitiendo con su arrepentimiento el acto de caridad de Teodosio que le vale el fin de la penitencia.

El caso del tercer obstáculo, Amagoya, tiene un cariz diferente. Ella constituye el impedimento más serio a la misión encargada a los héroes. Si ésta consiste en la unificación de vascos y godos en virtud de su común calidad de cristianos, Amagoya, al abominar furiosamente el cristianismo y mantenerse en la idolatría, amenaza la unión en su base.

Desde el punto de vista de su contribución a la acción de la novela, Amagoya mantiene una importancia sólo secundaria en comparación con Teodosio y Eudón. Pero desde otra perspectiva más simbólica su aportación es realmente cardinal. Mata Induráin reseña una anécdota que, en nuestra opinión, resulta extremadamente significativa para evaluar el alcance del personaje. Durante cierto tiempo Navarro Villoslada barajó los títulos de *Amagoya o el alzamiento de los vascos* y *Amagoya o los vascos en el siglo VIII* antes de decidirse por el que sería su título definitivo<sup>8</sup>. ¿Por qué la anciana de Aitormendi pudo haber “robado” el título de la novela a su sobrina Amaya?

Responder a esta pregunta nos exige profundizar en la naturaleza de su personaje. Arturo Campión nos ofrece una guía inestimable a través del interesante comentario que dedicó a Amagoya en su “Estudio crítico”<sup>9</sup> sobre *Amaya*:

“Amagoya, descendiente también de Aitor, como Amaya, y tía de ésta, es la tradición ciega hecha mujer. De *elevados instintos* y de *naturaleza buena*, se ve condenada a servir a la causa de los malos, y a pisar casi, con los errores que comete, los senderos del crimen. Amagoya es *la protesta insensata del pasado oponiéndose a los perfeccionamientos del porvenir* [...]. *Guardadora fidelísima de las creencias tradicionales, amante tan ardiente como irreflexiva de la*

---

<sup>8</sup> C. Mata, *op. cit.*, p. 257.

<sup>9</sup> A. Campión, “Amaya”, *op. cit.*

*Euskal-Erría* [...]. Desconoce que aquellas máximas tan puras y sencillas de Aitor, jamás manchadas con ritos idólatras, ni con bárbaras ni livianas ceremonias gentílicas, son una preparación, casi providencial, a más altas doctrinas [...]. Pero a pesar de tamaños errores, hijos de la obcecación del espíritu, *cuánta poesía irradia el carácter de Amagoya, cuán profunda simpatía despierta en los lectores!* [Sic] Y cómo no? [Sic] *Amagoya posee el prestigio de la ancianidad* y el de la hermosura sobreviviendo a las injurias del tiempo, *el encanto de las creencias primitivas traídas desde su fuente por familiar y secular enseñanza, el melancólico reflejo de las ideas muertas, el eco quejumbroso de las ruinas. Amagoya es lo inmutable*, semejante a una roca batida por el mar, esa anciana permanece enhiesta, contemplando cómo se torna todo a su lado: ella misma nos retrata su carácter con las siguientes palabras: *‘Quiero morir como he nacido; yo no me mudo; yo no me convierto. Cuando yo muera, se irá conmigo todo lo pasado: yo seré el fin’.*<sup>10</sup>

En el logro de la unidad de los cristianos, Amagoya representa el obstáculo de la tradición y en el contexto de la novela hay que entender por “tradición” aislamiento y pureza. La anciana, efectivamente, siente el “áfán por conservarlo todo en su primitivo estado”<sup>11</sup>, por conseguir que nada mude y que todo permanezca idéntico a sí mismo, como en los tiempos pretéritos. Frente a Amaya, que es un fruto de la unión entre vascos y godos a través de la fe cristiana, Amagoya encarna un modelo de vasquidad montaraz y enclaustrada sobre sí misma. Es significativo que cuando Amagoya confunda a Teodosio con su hijo Asier le diga como alabanza: “No te has contaminado con las corruptoras costumbres de los extraños”<sup>12</sup>. También lo es que un poco más adelante Navarro Villoslada haga cantar a Amagoya una leyenda escrita por Chaho, uno de cuyos párrafos dice:

“Tomemos posesión de estos montes, y *no salgamos nunca de sus valles*. El hombre ha de vivir al lado de su tumba, y sepulcro de Aitor serán los Pirineos.”<sup>13</sup>

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 230-31. Cursivas mías.

<sup>11</sup> F. Navarro Villoslada, *op. cit.*, p. 242.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 128.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 131. Cursivas mías.

La propia Amagoya grita cuando riñe con el citado Teodosio: “¡Aquí los fieles, los que no reniegan de la religión ni de la sangre de sus padres!”<sup>14</sup>.

Si los vascos permanecen en el paganismo, imitando el ejemplo de Amagoya, nunca podrán aliarse con sus enemigos godos ni participar en la cruzada contra los infieles. Dado que la historiografía española ha comprendido la Reconquista como un elemento central en la constitución de España<sup>15</sup>, si Vasconia optase por la vasquidad de Amagoya la empresa de la unidad peninsular se vería frustrada.

El propio Campión era consciente del significado panhispanista de la novela de Navarro Villoslada. Como escribe en el citado estudio, *Amaya* narra el tránsito por el que ‘los bascos apartados, hasta entonces, entran en el concierto de la nacionalidad española amenazada de muerte, movidos por el sentimiento de la fe’<sup>16</sup>. Muchos años después de esta aseveración, en el prólogo a la edición en cómic de *Amaya* el ex-alcalde de Pamplona, Miguel Javier Urmeneta, expresaba una opinión parecida:

“Amaya significa el fin. El fin de la era montaraz. Pero la consigna del libro es ‘Amaya da asiera’, o sea ‘El fin es el principio’.

Y en la novela el principio muestra cómo nuestro pueblo acepta con su empuje racial la nueva idea cristiana y pacta con el inveterado invasor la coexistencia de dos reinos, el godo y el vascón, confederados ante un común enemigo con base de partida, por entonces, en África.”<sup>17</sup>

Al contrario que Teodosio y Eudón, que son solamente rivales de García, Amagoya se opone principalmente a Amaya. La pugna entre los primeros es una lucha por el trono, por el liderazgo contemporáneo de los vascos. La disputa entre Amagoya y su sobrina, en cambio, se desarrolla como una pugna por el legado de Aitor, es decir, por la herencia del pasado. Amagoya, en efecto, reniega de “de los hijos de Aitor que no conserven la pureza de su linaje”<sup>18</sup>.

El que la tradición pueda constituir un obstáculo para la marcha de la historia debía resultar especialmente problemático para un tradicionalista como Navarro

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 194.

<sup>15</sup> Cfr. Philip W. Silver, ‘La invención de la Reconquista’, en *Bitarte*, nº 3, 1995.

<sup>16</sup> A. Campión, “Amaya”, *op. cit.*, p. 306.

<sup>17</sup> F. Navarro Villoslada, *Amaya*, guión y dibujos de R. Ramos, Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, Pamplona, 1981, s.p.

<sup>18</sup> F. Navarro Villoslada, *op. cit.*, edición de la Gran Enciclopedia Vasca, p. 342.

Villoslada. Acaso por ello Amagoya está retratada con cierta amabilidad o al menos así lo han percibido lectores de la importancia de Campión. Amagoya no es efectivamente una malvada que entorpezca la misión de los héroes sólo por ambición, aunque su resistencia a aceptar el bautismo no esté completamente libre de soberbia. La anciana de Aitormendi cree sinceramente que con la conversión al cristianismo los vascos reniegan de sus ancestros y que, en consecuencia, traicionan su modo de ser característico, asimilándose a sus enemigos. Así, cuando se ve en casa de Goñi, en casa de cristianos por tanto, llama “godos”<sup>19</sup> a sus moradores.

Es sintomático que al final de la novela, con toda Vasconia convertida y revelado el secreto del patriarca Aitor, Navarro Villoslada presente a éste como profeta de la llegada del cristianismo. De este modo la conversión al Evangelio de los vascos no entrañaría una traición a su tradición, sino justamente su cumplimiento. Amagoya queda despojada así de la legitimidad del pasado y su interpretación del legado de Aitor se desvela errónea. El autor habla entonces explícitamente de la “tradición mal entendida”<sup>20</sup> por Amagoya: la verdadera “mandaría” abrazar la fe de Cristo.

Aún después de estas revelaciones Amagoya se niega a convertirse<sup>21</sup> y prefiere abandonar su caserío antes que convivir con los cristianos. Sin embargo, su bondad se vuelve a poner de manifiesto cuando salva a García de la muerte. Al final Amagoya se marcha de la tierra de sus antepasados y muere loca arrojándose desde una roca. De los tres personajes que obstaculizan la tarea de los héroes ella es el único que no se redime.

La ambigüedad de Amagoya es especialmente llamativa en un autor como Navarro Villoslada, quien sostiene habitualmente una concepción decididamente maniquea de la historia. Este hecho se encuentra relacionado con otra paradoja igualmente chocante. Si en el plano de la acción narrativa la pugna entre Amaya y Amagoya termina con el triunfo total de la primera, desde una perspectiva simbólica el conjunto resulta mucho más impreciso. En primer lugar porque si reparamos en la personalidad de la vencedora de la acción podremos descubrir en ella rasgos propios de su antagonista. Cuando se produce un combate entre vascos y godos, por ejemplo, “Amaya, vascongada de corazón, dulce y sencilla como una tórtola, conviértese en

---

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 193.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 385.

<sup>21</sup> Es curioso que Navarro Villoslada haga a la anciana consciente de su equivocación. Exclama en p. 386: “¡También Aitor se vuelve contra mí! ¡También Aitor se ha hecho cristiano!”.

Belona para ponerse al frente de los godos”<sup>22</sup>. Como Amagoia, también Amaya tiene la facultad de cantar como lo hacían los antepasados<sup>23</sup>, una cualidad importante que en cierto modo provoca el reconocimiento como miembro de la estirpe del patriarca por parte de su tía.

En segundo lugar, los mismos rasgos que definen la personalidad de Amagoia se encuentran presentes, siquiera en forma más atenuada, en el conjunto de los vascos. Navarro Villoslada los describe fieros y orgullosos, cumpliendo la misión de “conservar las montañas cuya custodia les ha encomendado la Providencia”<sup>24</sup>. Sienten además un “amor salvaje a la independencia y un odio implacable a toda servidumbre”<sup>25</sup>. Los invitados de Miguel de Goñi brindan por la “guerra perpetua entre vascos y godos”<sup>26</sup>, y el hijo del anciano presidente del *Batzarre*, Teodosio, siente repugnancia ante la sola idea de que un vasco se case con una goda<sup>27</sup>. Incluso García deja translucir en un momento dado sus reparos ante la pasión que comienza a sentir por una goda<sup>28</sup>. Bien es cierto que el retrato de los vascos es, como el de los personajes individuales, bastante ambiguo y en otras ocasiones el autor habla de su “bondadosa condescendencia con los extranjeros”<sup>29</sup> o de su deseo de “vivir en paz con los vecinos”<sup>30</sup>.

Es importante remarcar que estos rasgos no aparecen primordialmente como características negativas que el triunfo de los héroes corregiría, sino que el propio Navarro Villoslada los comparte como un aspecto esencial de la virtud de los vascos frente a la degeneración de los godos.

‘Los huesos de los hijos de Aitor *no estaban allí mezclados con los huesos de ninguna otra humana criatura*; no había para aquellos habitantes *más mundo*

---

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 88.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 386.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 384.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 66.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 69.

<sup>27</sup> “[...] debemos despreciar al último de los vascos que quiera rebajarse hasta casarse con ella.” (*Ibidem*, p. 114).

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 152. Más adelante, cuando Pelayo advierte a García del poderío goda, le espeta el héroe: “Que no se apure por eso el rey. No han de faltarnos campos en Vasconia para enterrar a los godos.” (p. 171).

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>30</sup> *Ibidem*. Otro exponente de la ambigüedad con que son retratados los vascos pueden ser las primeras palabras de la introducción: “Los aborígenes del Pirineo occidental donde anidan todavía con su primitivo idioma y costumbres, como el ruiseñor en el soto con sus trinos y *amor a la soledad*, no han sido *nunca ni conquistadores ni verdaderamente conquistados*. Afables y sencillos, aunque *celosos de su independencia*, no podían carecer de esa virtud de las tribus occidentales llamada *hospitalidad*. Tenían en grande *estima lo castizo*, en *horror lo impuro*, en menosprecio lo degenerado; pero *se apropiaban lo bueno de los extraños*, procuraban *vivir en paz* con los vecinos y unirse a ellos, *más que por vínculos de sangre, con alianzas y amistad*” (*Ibidem*, p. 7, cursivas mías).



*que el mundo contenido entre las dos opuestas cordilleras. ¿Qué se sabía allí de los sarracenos, qué de los godos? Lo mismo que siete siglos atrás se supo de César y Octavio: que pasaron, y, por consiguiente, que fueron. Llamáronse dominadores del orbe; pero en aquella parte del orbe dominado, ni resonó su voz, ni el eco de sus pasos. Sólo después de celebrar alianza con los vascos pudieron los romanos promulgar su vía por aquel territorio.”*<sup>31</sup>

En este sentido el triunfo de la concepción de Amaya no supone tanto una exclusión de la concepción de Amagoya como su subsunción dentro de un discurso pactista. Navarro Villoslada no defiende la integración sin condiciones, ni la rendición al enemigo godo, sino una alianza realizada con motivo de una defensa de la fe común, lo cual supone una reinauguración de la historia vasconavarra. De este modo, la victoria de los héroes marca la ‘hora en que los vascones rechazan a los celtas; la hora en que son saludados con respeto por Aníbal; la hora en que con ellos celebra paces Octavio César, dueño del orbe; hora en que godos y vascos *saldremos unidos como hermanos a pelear contra los enemigos de Cristo y su Santísima Madre*’<sup>32</sup>. En definitiva la resistencia contra los invasores se resuelve dentro de una lucha por alcanzar con los extranjeros un pacto justo, una alianza que garantice la supervivencia de Vasconia.

Con todo, Navarro Villoslada no mantiene siempre esta concepción conservadora del pacto. No en vano, Bataille afirmaba que entrar en comunicación suponía tanto violar la integridad del interlocutor como sacrificar la propia<sup>33</sup>. Por eso, tras la victoria de los héroes, ocasionalmente se deja entrever que el pacto ha exigido verdaderamente una pérdida de personalidad, una disolución de las categorías precedentes:

‘No hay ya en Vasconia vascos ni godos; todos somos cristianos.’<sup>34</sup>

Nada de esto significa que la opción de Navarro Villoslada por sus héroes en el plano de la acción esté falta de claridad. García y Amaya cumplen exitosamente su misión y sus enemigos o bien mueren o bien se convierten en sus aliados. Ahora bien, mientras el peligro que representan Eudón y Teodosio queda resuelto completamente,

---

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 234. Cursivas mías.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 389. Cursivas mías.

<sup>33</sup> Georges Bataille, ‘Sobre Nietzsche’, en *El aleluya y otros textos*, Alianza, Madrid, 1981, pp. 114 y ss.

no puede decirse lo mismo del enfrentamiento entre Amaya y Amagoia, a pesar de la muerte de ésta y del descubrimiento de la profecía de Aitor anunciando el Evangelio. En el plano simbólico, la pugna entre la vasquidad aperturista y la montaraz no queda tan definida en sus resultados como la acción propiamente narrativa. Esta ambigüedad explica por qué Amagoia pudo robar el título del libro a su sobrina. El imaginario político de Navarro Villoslada, sustancialmente euskaro, comparte con esta corriente la indecisión entre ambos modelos: la Vasconia cerrada sobre sí misma o la Vasconia integradora y salvadora de España.

### **Jaizki el proscrito.**

En 1960, ochenta y tres años después de la publicación de *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, la editorial de los hermanos Estornés, Icharopena, publicó una novela titulada *Jaizki el proscrito*<sup>35</sup>. Su autor, Luis del Campo, era un médico con inquietudes históricas que había publicado para la fecha diversos trabajos sobre temas locales y curiosidades médicas<sup>36</sup>.

La novela narra la historia de Jaizki Beitia, el vástago de una familia de caudillos vascos en tiempos de Pompeyo y César. Tras el asesinato de su padre por los romanos, Jaizki es protegido por un griego que lo lleva consigo a Roma. Allí es adoptado por una rica dama romana y toma el nombre de Quinto Marsilio. Ocultando su origen vasco, Jaizki se alista en la milicia en cuya graduación va ascendiendo gracias a su valor y honestidad. Por fin alcanza el grado de general y se sitúa como hombre de confianza de Pompeyo. Gracias a su posición privilegiada se entera de la inminente invasión de Vasconia por los romanos. Siguiendo la voz de su sangre Jaizki se apresura a alertar a sus compatriotas. Para ello viaja hasta Vasconia de incógnito, disfrazándose de nativo, es decir, con abarcas y sin casco ni armadura<sup>37</sup>. La primera persona que allí encuentra es su hermano quien, a pesar del tiempo transcurrido, le reconoce inmediatamente. Sin pérdida de tiempo Jaizki convoca al *Batzarre* que gobierna a los vascos. Delante de éste, pero ocultando su personalidad romana, informa de la

---

<sup>34</sup> F. Navarro Villoslada, *op. cit.*, p. 397.

<sup>35</sup> Luis del Campo, *Jaizki el proscrito. Un suceso entre Vasconia y Roma en tiempos de Julio César*, Icharopena, Zarauz, 1960.

<sup>36</sup> Cfr. Luis del Campo, *Encierro de los Toros*, Imp. Diocesana, Pamplona, 1943; "Aportaciones de la medicina legal a la Historia de Navarra. Sancho cognominado el Cesón", Separata de *Anales de la Clínica Médico Forense de Madrid*, Madrid, 1953; *Investigaciones histórico-críticas de la dinastía pirenaica*, La Acción Social, Pamplona, 1958.

<sup>37</sup> L. del Campo, *Jaizki, op. cit.*, p. 23.

inminente invasión. Luego reclama para sí el mando militar de Euskal Herria. Jaizki se muestra dispuesto a llegar a un acuerdo con Roma y a permitirle construir una calzada que atravesase el país. Cada dos años Vasconia pagará además unos tributos a la República. Él ejercerá de pretor, si bien se compromete a obedecer religiosamente las ordenes del *Batzarre*. A cambio, los romanos respetarán la independencia vasca y no se entrometerán en sus asuntos. Sin embargo entiende, y así lo anuncia al consejo, que antes de pactar será preciso combatir. Roma está acostumbrada a despreciar a sus vasallos. Habrá que mostrarle que los vascos no están dispuestos a dejarse humillar ni someter por nadie.

‘Roma, si conquista Vasconia, sólo podrá disponer de los cadáveres euskaldunas y de sus armas tintas de sangre.’<sup>38</sup>

Aunque con la oposición de algunos caudillos vascos, Jaizki obtiene el mando y se apresura a preparar la guerra a base de emboscadas y golpes poco sangrientos pero espectaculares.

Mientras, Julio César recibe la dirección del ejército para conquistar Vasconia. Jaizki forma parte de su estado mayor, de modo que debe simultanear su personalidad como Quinto Marsilio con la de caudillo vasco.

Finalmente, tras una serie de peripecias Jaizki consigue su objetivo y Roma y Vasconia pactan una alianza. Por un bando firma el acuerdo Julio César, por el otro el consejo de los doce ancianos, “sencillos e incorruptibles”<sup>39</sup>. Se inicia una época de prosperidad para Euskal Herria. Sin embargo Jaizki-Quinto no consigue ocultar su doble personalidad por más tiempo y al descubrirse el juego es rechazado como traidor por ambos lados. Los romanos lo expulsan del ejército y le prohíben entrar en su territorio. Los doce ancianos, más benignos, le condenan a ser atado a la picota durante un día. Quien quiera podrá matarlo impunemente; quien lo suelte perderá su mano, pero Jaizki quedará totalmente libre. Los vascos comprenden la generosidad de su trabajo y nadie se acerca para ejecutarlo. Un amor de juventud, Lore, hija del caudillo que más se le oponía, le libera, confesándose ambos su mutuo afecto. Jaizki permanecerá en Vasconia para siempre viviendo entre sus hermanos de raza.

---

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 214.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 209.

Una vez resumido el argumento de *Jaizki* hay dos puntos sobre los que quisiéramos incidir. Se trata, en primer lugar, de la visión que la novela ofrece de Vasconia. La segunda cuestión es la de las ideas ‘políticas’ de su protagonista.

Como sucedía con *Amaya*, en *Jaizki* abundan las referencias al carácter montaraz y belicoso del ‘índomable pueblo euskaldún’<sup>40</sup>. Incluso la enamorada de Jaizki, Lore, es pintada con rasgos muy fieros y el propio héroe se ve forzado a dar continuas muestras de agresividad para conseguir el respeto de sus hermanos de sangre. Los vascos se aproximan mucho a los espartanos: son pobres, austeros y por encima de todo amantes de su independencia. Además respetan religiosamente a sus mayores y tienen un acentuado sentido de la solidaridad para con los de su raza. En *Jaizki* los vascos son lógicamente todavía paganos y en su religión no encontramos los precedentes cristianos que aparecen en el culto a *Jaungoikoa* de *Amaya*.

Este retrato genérico de los vascos está enriquecido con numerosas referencias a su folklore. En la novela de del Campo los vascos de hace dos mil años no desperdician ninguna ocasión para cantar unos *bertsos*, levantar piedras, cortar unos troncos, realizar *idi-probak* o deleitarse con el sonido del *txistu*<sup>41</sup> en el curso de un banquete pantagruélico<sup>42</sup>. Estos no son los únicos guiños que se remiten de los vascos de la antigüedad a sus sucesores del futuro. Cuando Jaizki obtiene una importante victoria sobre los romanos, por ejemplo, sus hombres entusiasmados le alzan sobre el pavés<sup>43</sup>.

Hay un párrafo especialmente expresivo acerca del carácter de los euskaldunes y, por ende, de la novela. Se trata del discurso que los doce ancianos dirigen a Julio César tras haber firmado con él la alianza entre Vasconia y Roma:

‘Vuestras instituciones primitivas, anteriores a las XII tablas, son similares a las nuestras y los principios rectores siguen pareciéndose: subordinación de la familia al padre y éste al Estado, si bien olvidasteis que en el hogar la mujer es dueña y no objeto de placer. Constituimos *una comunidad política de hombres libres*, no existiendo jamás los esclavos entre nosotros, porque a nadie arrebatamos su suelo.

La justicia es el único y verdadero fin de nuestros estilos de vida, de nuestras normas de conducta. Constituimos una sociedad por cuyo honor velamos, donde

---

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 82.

<sup>41</sup> Sobre todas estas prácticas folklóricas ver *ibidem*, pp. 14-15.

<sup>42</sup> Las referencias a ‘los comilones vascos’ son relativamente abundantes. Ver *ibidem*, p. 109.

<sup>43</sup> También García Jiménez era alzado sobre el pavés en *Amaya* (*op. cit.*, p. 406).

garantizamos la equidad y la libertad de credos sin cortapisas, sin que temamos al radical, al intransigente y al revolucionario, que intente transformarnos, acaparando la autoridad mediante la dictadura y vulnerando los principios rectores considerados milenariamente como inviolables.

A través de los siglos, esta tierra inconquistada se enraizó de tal forma en el alma colectiva que nos es vital como el aire para respirar [...]. Sirve de lazo de unión nuestra vernácula lengua y, cuando el declinar de los tiempos haga olvidar sus orígenes, encontrarán los filólogos [!] en el monumento imperecedero de su idioma, el parentesco con pueblos de los remotos confines del Orbe.

Os conquistaron y conquistasteis, mientras *permanecemos inconquistados manteniendo las tradiciones y estilos de vida de nuestros mayores*. Si Roma se acerca a Vasconia como el antiguo pariente que gusta visitar y conocer las costumbres de sus abuelos, sea bienvenida [...]. Pero si las ansias de dominio le atraen y modula ladinas frases de protección, cual lobo que se cubre con la piel de cordero, es mejor que enseñe los dientes y muestre las garras.”<sup>44</sup>

Esta similitud entre las instituciones vascas y las romanas es muy llamativa. Todavía más lo es que del Campo insista en el rechazo que sienten los vascos contra toda tiranía. Su amor a la libertad, que en *Amaya* era principalmente de orden étnico, se complementa ahora con el amor a la libertad política. Los vascos aparecen como un colectivo de “hombres libres” que abominan tanto las dictaduras como las revoluciones, que respetan la libertad de credos y los derechos de la mujer, siempre en armonía con la tradición de sus ancestros. No son extraños a los romanos sino sus antepasados o, al menos, quienes mejor han conservado el espíritu patriarcal originario del Latio. En el futuro serán unos fieles aliados pero, en caso de engaño, también unos enemigos implacables.

Jaizki es un personaje dotado de una extraña clarividencia. Cuando en una incursión divisa el territorio de las actuales Vascongadas prevé que algún día serán colonizadas por los vascos<sup>45</sup>. Más adelante, cuando asiste a los rituales religiosos paganos de sus hermanos de raza, se mofa de su carácter supersticioso<sup>46</sup>. En otro lugar,

---

<sup>44</sup> L. del Campo, *Jaizki, op. cit.*, pp. 212-213. Cursivas mías.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 107.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 147. Jaizki también se mofa de los dioses romanos (ver p. 189).

a la vista de sus gentes, medita: “aquel pueblo vasco demostraba ser fuertemente etnocentrista, jamás sería un país conquistado”<sup>47</sup>.

Las ideas políticas del protagonista de la novela constituyen un llamativo precedente de la doctrina pactista. Jaizki, en efecto, desea “abrir un camino para que Roma y Vasconia depusieran sus diferencias. *Su patria nativa, por ser más débil, debería bajar la cerviz, posponiendo el orgullo pero manteniendo el honor*; su patria adoptiva debería saber reconocer el sacrificio de aquel pueblo montañés, no avasallándolo, sino premiándolo”<sup>48</sup>. Es significativo que cuando trate de convencer a sus compatriotas de la necesidad de llegar a un entendimiento con los invasores lo haga en los siguientes términos:

“Vasconia se mantuvo siempre erguida, como los robles de nuestros bosques. Pero así como el árbol se inclina ante el huracán para no ser arrancado, nuestro pueblo debe saber pactar.

*Esta es la única solución que he hallado tras mucho cavilar: o morir matando o pactar.* Pero he citado la lección de nuestros padres y debo recordar que somos fieles guardadores de su espíritu y tradiciones: *pactar no puede equivaler ni a mendigar, ni a humillarnos.*”<sup>49</sup>

Como Amaya y García, tampoco Jaizki defiende la total sumisión ante los invasores. Su objetivo es conseguir un arreglo “de igual a igual”<sup>50</sup> y éste constituye sólo un medio (el único viable) para que los vascos puedan mantener su existencia. A este respecto es interesante observar que si en la novela los vascones pasan del aislamiento a la comunicación restringida (filtrada por el pacto), el héroe realiza un itinerario inverso. Al principio Roma es su patria adoptiva; en alguna ocasión llega a hablar de su “linaje vascónico y romano”<sup>51</sup>. En las últimas páginas, en cambio, Jaizki renuncia a su “patria postiza”<sup>52</sup> y a su personalidad latina.

Otro punto de importancia es el empleo por parte de Jaizki de argumentos históricos en defensa del pacto para vencer las reticencias de sus paisanos. “La

---

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 215.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 67. *Cursivas mías.*

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 85.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 206.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 254.

Historia”, arguye, “maestra de la vida, debe aleccionarnos con mensajes de tiempos pasados”<sup>53</sup>. Más adelante la Historia también resulta ser la razón que convence a César para que pacte con los vascos<sup>54</sup>.

Como en el caso de Amaya, el héroe de la novela de del Campo debe enfrentarse a una corriente aislacionista dentro de los vascos. Algunos jefes no comprenden su táctica pactista, achacándola a la cobardía. Para ellos la única estrategia válida es la guerra a muerte contra todo invasor. Sólo el sacrificio de Quinto Marsilio les convencerá de la fidelidad de Jaizki a la tierra de sus antepasados<sup>55</sup>.

### **Saltus y ager Vasconum.**

Decisivamente influido por la antropología de Mauss y la lectura de Hegel realizada por Kojève<sup>56</sup>, Georges Bataille meditó largamente en torno al tema de la comunicación. Ésta, a su modo de ver, participa siempre de la naturaleza del suicidio y del asesinato<sup>57</sup>. Comunicarse significa ante todo ponerse en común y, para hacerlo, los sujetos tienen que desgarrar la integridad del interlocutor al tiempo que se desgarran a sí mismos. “La comunicación no puede realizarse de un ser pleno e intacto a otro: necesita seres que tengan el ser en ellos mismos puesto en juego, situado en el límite de la muerte, de la nada”<sup>58</sup>. En consecuencia, aparece una salida fuera del sí mismo (del yo, de la familia, del grupo, de la comunidad lingüística, etc.), una disolución que, si bien por un lado (re)constituye intersubjetivamente a los participantes del acto comunicativo, por el otro, les pone en suspenso sobre la palabra del interlocutor. Dicho de otra manera, la comunicación es un proceso ambiguo en el que, al tiempo que se ejerce una violencia sobre la integridad del “oponente”, se admite dócilmente la herida que éste a su vez causa. En la Comunidad cristiana, por ejemplo, no sólo se recibe un cuerpo extraño como

---

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 85.

<sup>54</sup> *Ibidem*, pp. 153-155.

<sup>55</sup> Otro escrito de Luis del Campo (*Sancho el Fuerte de Navarra*, Imp. La Acción Social, Pamplona, 1960) expresaba opiniones muy similares acerca de la identidad histórica de Navarra. En las primeras páginas del libro el autor hace un repaso de la historia de Navarra. Los vascones, escribe, son “fuertemente etnocentristas. Poseen idioma propio, arcaico o vernáculo, con sintaxis especial” (p. 10) “persisten [...] centenares de años, incólumes, conservando su raza, su unidad, su pueblo, su lengua, sus costumbres, su suelo” (p. 11). Vencidos, que no dominados, por los romanos, deciden pactar con ellos. Del Campo concluye: “Este es, sin dudarlo, uno de los secretos de su eterna independencia” (p. 12).

<sup>56</sup> Acerca de las ideas de Bataille y sus relaciones con Mauss y Kojève puede verse Denis Hollier ed., *El Colegio de Sociología*, Taurus, Madrid, 1982.

<sup>57</sup> G. Bataille, *op. cit.*, p. 121.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 115.

superior, como Dios, también -señala Bataille- se comete un sacrificio y se repite un deicidio<sup>59</sup>. Como resultado del proceso comunicativo el sujeto gana el reconocimiento del prójimo, pero pierde parte de su homogeneidad, pasando a depender de la aprobación de sus interlocutores.

Otro importante lector de la obra de Marcel Mauss, Claude Lévi-Strauss, mantuvo una concepción similar de la comunicación como fondo de sus investigaciones sobre los orígenes del tabú del incesto<sup>60</sup>. Lévi-Strauss creyó encontrar detrás de la prohibición a los miembros de un grupo de tomar sus esposas dentro de éste una forma de favorecer la comunicación con los extraños. Las mujeres actúan como “palabras” o como “mercancías”<sup>61</sup> que se exportan fuera del grupo. Según Lévi-Strauss al entregar las mujeres propias a los componentes de un grupo extraño, en lugar de “consumirlas” dentro, se produce indudablemente una pérdida. Pero al mismo tiempo ésta funciona como requisito imprescindible para entrar en alianza con un grupo rival. El Extraño deja entonces de serlo, pasando a formar parte del grupo de los parientes, justamente gracias a la “violación de la integridad grupal” que provoca al llevarse las mujeres ofertadas. De este modo quien comete incesto, aunque evita momentáneamente la pérdida de la integridad del grupo, corre el riesgo de verse rodeado de enemigos que no tendrán inconveniente alguno en matarlo.

Estas formas de comprender las relaciones con el extraño nos proporcionan un valioso marco teórico para introducir el concepto de las *tramas* del *saltus* y del *ager Vasconum*.

Si hacemos abstracción de los detalles del argumento de *Amaya o los vascos en el siglo VIII* y de *Jaizki el proscrito* y subrayamos las líneas más significativas de cada novela en los términos de una teoría de la comunicación como la descrita, podemos afirmar versan acerca del mismo tema. En ambos casos, en efecto, contemplamos a héroes locales tratando de sacar a Vasconia de su aislamiento, a fin de que se entienda con los que hasta ese momento han sido sus enemigos. Esa comunicación supone una renuncia, un sacrificio de la propia integridad, pero a la vez torna estable una situación agónica. Es cierto que Amaya y García Jiménez buscan la unión entre vascos y godos para poder responder a la amenaza de los enemigos de la fe y que Jaizki, en cambio,

---

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 114.

<sup>60</sup> Cfr. por ejemplo su artículo “La Familia”, dentro de Claude Lévi-Strauss, Melford E. Spiro y K. Gougle, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Anagrama, Barcelona, 1974.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 46.



busca la alianza con Roma principalmente por conveniencia política, consciente de que los vascos no podrán resistir para siempre la presión romana. Pero no obstante estas y otras divergencias lo cierto es que la actuación de los héroes en ambos casos guardan una similitud esencial<sup>62</sup>.

Aunque tanto en la novela de Navarro Villoslada como en la de Luis del Campo los protagonistas encuentran algunos obstáculos en la conducta de los extranjeros, los principales impedimentos para que su misión llegue a buen término provienen de sus propios paisanos. Tanto Amaya y García, por un lado, como Jaizki Beitia, por el otro, se enfrentan a interpretaciones de Vasconia muy parecidas. En ambos casos deben vencer una tradición de aislamiento, belicosidad e independencia. Es significativo que ni Navarro Villoslada ni Luis del Campo condenen tajantemente este modo de vida. Simplemente entienden que su tiempo ha pasado, que, aunque Vasconia hizo bien en mantenerse aislada en sus montañas, ahora se enfrenta a un momento crítico en el que su misma supervivencia depende del logro de una comunicación con el Extraño.

Además de oponerse a parecidos proyectos de Vasconia, los héroes de ambas novelas defienden ideas de Vasconia muy similares. Creen que el pueblo vasco debe abrirse al exterior, abandonar su secular aislamiento y participar en empresas históricas de ámbito universal. Como hemos subrayado, no propugnan abiertamente una rendición o la asimilación al extranjero. Defienden el pacto y la alianza. Como todo acuerdo, también el defendido en cada caso entraña una cesión. La amenaza que suponía la lucha a muerte contra el invasor desaparece pero, en contrapartida, hay que tolerar la presencia de extranjeros. Esto supone dejar de considerarlos unos extraños y aceptarlos entre los propios. De hecho, de los tres héroes de las dos novelas dos son “mestizos”. Amaya es hija de godo y vasca, y Jaizki es hijo adoptivo de una romana. Por esta razón sus respectivas situaciones entre los nativos son ambiguas. Al principio Amaya es rechazada como “goda”<sup>63</sup> y Jaizki debe ocultar su personalidad romana sabiendo que, si lo descubren, lo tendrán por extranjero.

Esta oscilación entre dos propuestas de actuación histórica, la de la resistencia agónica y la del pacto, no es exclusiva de las novelas examinadas. Antes bien, para el período de estudio definido, la cultura local puede describirse como una dialéctica entre

---

<sup>62</sup> Se producen también significativas coincidencias de detalle. Por ejemplo, tanto en *Amaya* como en *Jaizki* los principales personajes del bando invasor son históricos, mientras que los personajes vascos son, como dice del Campo, “fruto de la fantasía” (*Jaizki, op. cit.*, p. 5).

ambas formas de comprender la identidad nativa. Recogiendo una división clásica proponemos bautizarlas con el nombre de tramas del *saltus* y del *ager Vasconum*. La trama del *saltus* concibe la identidad en términos de aislamiento, pureza y resistencia. La trama del *ager* lo hace en clave de pacto, colaboración y apertura.

A fin de hacer plausible esta teoría acudiremos a distintos autores donde se aprecie la existencia de dos modelos de la personalidad histórica de Vasconia, uno aislacionista y otro pactista. Esta primera incursión en los textos es necesariamente incompleta porque, como veremos, las tramas se encarnan en relatos de índole muy diversa. Los capítulos siguientes tienen como objeto examinar su presencia a lo largo de los autores y los textos de forma que el apoyo ‘empírico’ firme a nuestra propuesta queda en suspenso hasta entonces. Una vez ilustrada hasta lo imprescindible la existencia de las tramas estaremos en condiciones de elucidar cuál es su naturaleza conceptual.

Examinemos, en primer lugar, la trama aislacionista.

En 1881 Arturo Campión resultó galardonado en los Juegos Florales de San Sebastián gracias a su cuento “*Denbora antxiñakoen ondo-esanak*”<sup>64</sup>. Su argumento era el siguiente: la noche del 21 de julio de 1876 el narrador lamenta la supresión de los fueros vascongados en virtud de la ley promulgada por las Cortes ese mismo día. Presiente que con ella Euskal Herria ha quedado destruida. De pronto sufre una visión: un ángel, el ángel de los tiempos pasados, le transporta a la Vasconia del siglo I. Allí contempla cómo el *batzarre* de los vascos parlamenta con unos embajadores romanos. Éstos les transmiten la oferta del emperador Augusto: los euskaldunes deben someterse pacíficamente a Roma. Cada año le pagarán diversos tributos en hombres, mujeres, ganado y plata. Augusto exige además la entrega del árbol de Guernica. A cambio los vascos conocerán la civilización y el lujo:

*“Gaur bizi gera basurdeen gisan mendietan, bigar biziko gera aberats eta aldunak urietan; gaur larruz jantziyak gabiltza, bigar ibilliko gera sedaz ederki*

---

<sup>63</sup> Es significativo a este respecto que desde el nacionalismo se afirmara que “llevaba la mitad de su sangre goda y por tanto nunca representará el ideal de la raza”. Cfr. Oskar el encubierto, “Mitin carlista en Durango”, en *Napartarra* n° 30, 29-VII-1911, p. 3.

<sup>64</sup> Arturo Campión, “*Dembora antxiñakoen ondo-esanak*”, en *Narraciones baskas*, *op. cit.* El mismo volumen recoge la traducción al castellano

*apainduak; gaur txaboletan bizi gera, bigar jauregietan; gaur jakizeñak gera, bigar jakintsuak.”*<sup>65</sup>

Si los *euskaldunak* rechazan la oferta del emperador, sus legiones arrasarán Vasconia a sangre y fuego. Roma exterminará a hombres y mujeres, venderá a niños y muchachas, quemará los pueblos, “destruirá toda la Euskal-Erría hasta borrar su nombre”<sup>66</sup>. En definitiva, se trata de escoger entre el vasallaje y la muerte. ¿Cuál es la respuesta de los vascos?

*“Ill, ill!- denak deadar egin zuten, eskuak zerutan altxatuaz.”*<sup>67</sup>

Los embajadores romanos son despedidos. La elección está hecha. Pero, como advierte uno de los jefes presentes, para vencer al enemigo los vascos deberán superar sus divisiones internas. Así lo hacen. Entonces una joven, “la hija de Aitor”<sup>68</sup>, entona un canto que Campión ha confeccionado utilizando el apócrifo *Canto de Aztobizkar*<sup>69</sup>.

*“¿Zer nai dute gizon arrotz oriek gure mendietan? Etortzen dira gure ondra eta libertadea apurtzera. [...] ¡Atzera Erromatarrak! Jaungoikoak mendiak egin zituztenean nai izandu gizonak etzitzatela irago.*  
*[...] Igo gaitezen goyetara. Errotik atera ditzagun arkaitz oriek; amildu ditzagun mendien beera, beren buruen gañera.”*<sup>70</sup>

---

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 109. Tr: ‘Hoy vivimos en los montes a manera de jabalíes; mañana viviremos ricos y poderosos en las ciudades; hoy andamos cubiertos de pieles, mañana andaremos cubiertos de riquísima seda; hoy moramos en cabañas, mañana moraremos en palacios; hoy somos ignorantes, mañana seremos sabios.’ He respetado la ortografía original, como en el resto de textos en vasco.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 125.

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 109. Tr: ‘¡Morir! ¡Morir! gritaron todos, levantando a lo alto las manos.’

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 131. “*Aitoren alabak*” en p. 115 de la versión vasca.

<sup>69</sup> *Ibidem*, pp. 131-132 de la traducción. Ver nota a pie de página 1. Curiosamente, en la versión vasca Campión nada anota al respecto. Aunque Campión no sabía entonces que el canto era apócrifo, sí era consciente del anacronismo que suponía incluir un canto supuestamente conmemorativo de la batalla de Roncesvalles en un relato sobre el siglo I. Como veremos la creencia en que los vascos se mantienen idénticos a lo largo del tiempo es un rasgo habitual de los relatos del *salvus*.

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 116. Cursivas suyas. Tr: “¿Qué quieren esos hombres extranjeros en nuestras montañas? Vienen a pulverizar nuestra honra y nuestra libertad. [...]. ¡Atrás Romanos! Cuando Dios hizo las montañas no quiso que los hombres las franquearan.  
[...] Subamos a las cumbres. Arranquemos de raíz esas peñas; precipitémoslas del monte abajo sobre las cabezas del invasor.”

Esta reacción ante la propuesta romana deja entrever una actitud muy diferente a la que sostenía *Jaizki el proscrito* ante una situación apenas diferente. El personaje de del Campo apela al realismo para que Vasconia transija ante el invasor. Los vascos descritos por Campión, al contrario, se muestran dispuestos al exterminio antes que soportar cualquier yugo. Es cierto que el concierto alcanzado en *Jaizki* resulta mucho más honroso que el ofertado por los romanos en el cuento de Campión. El pacto del primero en el cuento del segundo volvería absurda la radical elección de los antepasados. También la oferta de Campión en la novela de del Campo volvería al héroe un mero esclavo. Obviamente la ideología del pacto exige un Extraño dispuesto a respetar a los vascos. La ideología de la resistencia categórica, al contrario, necesita de unos extranjeros dispuestos a ‘pulverizar nuestra honra y nuestra libertad’.

El retrato del ser nativo desde la perspectiva agónica se dibuja partiendo de la idea de su aislamiento. Gracias a él los vasconavarros perviven a través de los tiempos mientras sus poderosos enemigos desaparecen uno tras otro. Uno de los más destacados portavoces de esta concepción, Hermilio de Olóriz, escribe abiertamente:

‘La raza euskara, *enemiga de toda extraña influencia, feliz en su oscuridad y amante de su libre tradición más que de su vida*, la raza euskara, que no concibe otro mundo que el limitado por sus selvas, que ha visto desaparecer de la vasta escena al galo, al romano, al godo, al árabe, que ha asistido a la fundación de grandes imperios y poderosas Repúblicas, y que luego ha presenciado su desquiciamiento, la raza euskara, *hermosa imagen de la eternidad*, raza que parece carecer de principio y *permanece fija e inalterable* entre lo mudable y pasajero, ¿cómo ha de transformar su ideal y su carácter sin que un enorme sacudimiento trastorne el órgano de su vida?’<sup>71</sup>

La cultura local a menudo describe a los vasconavarros como una raza-isla, como un grupo misterioso e imposible de asimilar, rodeado de pueblos radicalmente diferentes y por lo habitual hostiles.

---

<sup>71</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los Fueros*, op. cit., pp. 61-62. Cursivas mías.

“El pueblo basko es todavía un enigma” -afirma Arturo Campión- “como la Inglaterra de Lord Salisbury se mantiene en espléndido aislamiento. Es un islote étnico y lingüístico *rodeado de tenebroso mar.*”<sup>72</sup>

El íntimo amigo de Campión, Julio Altadill, corrobora su parecer: la raza vasca “no tiene hermanas en el mundo”<sup>73</sup>. Supervivientes a través de los siglos, de las civilizaciones, los *euskaldunak* sufren un permanente estado agónico, siempre en trance de perderse por la perniciosa influencia de los extraños que les rodean. Son un pueblo elegido que surge de las tinieblas de la historia y perdura merced a su valentía y su tendencia aislacionista. José Zalba, un adicto de Altadill y Campión, abunda en esta caracterización del devenir histórico de Vasconia:

“Allá, en los albores que irisaban la mañana de la historia, tras la entenebrecida noche de la prehistoria, aparece un pueblo singular, de arraigadas creencias monoteístas que al nombre de Jaungoikoa presta adoración y clava en tierra sus rodillas al par que eleva los ojos al cielo, cuando otros muchos pueblos estaban sentados en las tinieblas de la muerte, sólo rasgados por el brillo del oro de sus ídolos. Este pueblo une el amor de un sólo Dios al amor a la independencia, y este doble amor le hace blandir las aitzkoras [sic] *ante la irrupción de pueblos extraños que tratan de imponerle sus leyes, sus usos, sus costumbres y su religión.*”<sup>74</sup>

Una y otra vez se hace recaer el secreto de la pervivencia en la inmovilidad y el retraimiento. El pueblo vasco es el más viejo de Europa y sin embargo siempre ha sido pequeño, casi minúsculo, pues ha carecido de la voluntad para expandirse por la tierra. Es un pueblo que sobrevive sólo en virtud de su empeño en no cambiar, de permanecer idéntico a sí mismo, sin tráfico ni mezcla con el Extranjero, íntegro, como defendía Amagoya. Autores pertenecientes al nacionalismo vasco se han sentido especialmente atraídos por este retrato de Vasconia. El primer libro de Bernardo Estornés describe a los vascos en los siguientes terminos:

---

<sup>72</sup> A. Campión, *De las lenguas, op. cit.*, p. 31. Cursivas mías. Cfr. con las palabras del navarrista Eladio Esparza en *De cuando éramos novios (op. cit.*, p. 128): “[...] esta raza-isla, esta raza-misterio del pueblo vasco”.

<sup>73</sup> J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 583.

<sup>74</sup> J. Zalba, *op. cit.*, p. 6. Cursivas mías. Poco más adelante afirma que “a este pueblo se le ha hecho blanco del odio de los demás” (*Ibidem*).

“Allá en los pliegues de los Pirineos occidentales, habitan desde tiempo que no alcanza la historia, un pueblo que *permanece inmóvil e inalterable ante la influencia avasalladora del extranjero* y que ha sabido conservar a través de los siglos, su idioma, sus sencillas creencias, sus costumbres y sus tradiciones, dando prueba de la existencia de una fuerza jamás sospechada en toda su magnitud.”<sup>75</sup>

Conviene llamar la atención desde ahora en que no todos los autores se muestran igualmente claros en su defensa de una Vasconia o una Navarra cerrada a la influencia extranjera y dispuesta a luchar hasta el final por su independencia. A menudo el aislamiento aparece sólo como una tentación, o como una amenaza que habrá que poner en práctica si el Extraño no accede a un pacto justo. Arturo Campión, por ejemplo, oscila perceptiblemente entre posiciones francamente autistas y otras propias del pacto. Así, en su discurso contra el proyecto de Gamazo, la posibilidad de emboscarse es desechada apresuradamente en favor de un entendimiento con el gobierno español. Probablemente el adicto más radical a esta comprensión de Vasconia es Fray Evangelista de Ibero. Según escribe: “*El Pueblo vasco se salva aislándose de quien quiera que no sea vasco y se pierde uniéndose a él*”<sup>76</sup>. Sin embargo, en los últimos años

“[...] muchos actuales vascos, olvidando su originaria nobleza y las leyes y costumbres de sus antepasados, y atentos únicamente al material interés, no vacilan en multiplicar sus casamientos con gentes extranjeras [...]. Urge, pues, que el vasco despierte de su letargo y que movido por el instinto de conservación *comience a purificar su raza de los elementos extraños que pudieran contaminarle.*”<sup>77</sup>

---

<sup>75</sup> Bernardo Estornés, *Erronkari (el Valle de Roncal)*, Tip. La Académica, Zaragoza, 1927, p. 3, cursivas mías. Cfr. con las siguientes palabras del Barón de Biguézal, pronunciadas en un *batzarre* de la Asociación Euskara de Navarra: “Sus montañas [...] permanecen inalterables en medio de un país también inalterable, habiendo visto estrellarse en sus calcáreas vertientes a los romanos, godos y musulmanes, pueblos todos que cifraron sus esperanzas y su orgullo en la conquista de este país que hoy conserva el mismo lenguaje, las mismas costumbres y que con profundo dolor vemos desaparecer de cierto tiempo a esta parte [...].” (Barón de Bigüézal, ‘Memoria leída en el Bazarre de julio de 1880’, en *Revista Euskara*, 1880, p. 213.). Cfr. también con el propio Estornés: ‘El País Vasco aparece en el continente europeo como cuña de hierro incrustada en una encina, y así como el metal de esta cuña jamás se transforma en la madera del árbol, así también la raza vasca no se mezcla con los pueblos vecinos.’ (Estornés, B., *Orígenes de los vascos*, *op. cit.*, tomo IV, p. 109).

<sup>76</sup> Ibero [Fray Evangelista de], *Ami vasco*, *op. cit.*, p. 91, cursivas mías. Entre las preguntas de que se compone la obra de Ibero, la 59 dice así: ‘La raza vasca, distinta de todas las demás, ¿ha conservado hasta nuestros días su integridad y pureza? - Sí señor: porque de haberse mezclado con otras, siendo como es tan reducida, seguramente hubiera sido absorbida por ellas [...].’ (*Ibidem*, p. 29).

<sup>77</sup> *Ibidem*, p. 30. Cursivas mías.

Aunque pocos alcanzan el radicalismo de Ibero, esta lectura aislacionista no se encuentra restringida a los años finales del siglo XIX y los primeros del XX. Todavía en 1971 el historiador nacionalista Clavería describía al pueblo vasco en los siguientes términos:

“Amparado en su abrupta geografía, no hicieron mella en él las diversas invasiones, transmitiendo de generación en generación sus vivos caracteres biológicos *sin mezcla de ninguna clase*.”<sup>78</sup>

Su *Historia del Reino de Navarra* ofrece abundantes muestras de esta forma de comprender la personalidad y el devenir histórico de Vasconia. En ocasiones Clavería sabe encontrar fuentes antiguas que ‘hablen’ por él en defensa de la pureza y el aislamiento de los vasconavarros:

“[...] los escritores de la antigüedad clásica al hablar de Vasconia designaban un *territorio especial*, poblado por *un pueblo viril celoso de su independencia y sobre todo totalmente diferente a los demás que lo rodeaban*.”<sup>79</sup>

Aunque más adelante abordaremos con detalle la relación existente entre las tramas y las ideologías políticas, es preciso señalar que la lectura aislacionista de la identidad vasconavarra no ha carecido de defensores entre autores marcadamente alejados del nacionalismo vasco. Basten ahora dos breves muestras de esta circunstancia. El primer ejemplo nos lo brinda José María de Huarte, intelectual profundamente ligado a la cultura patrocinada por la Diputación franquista. En 1934 promocionaba el turismo en Navarra en los siguientes términos:

“Navarra [...] confiada en sus propios destinos, se ofrece en pleno siglo XX como *una isla virgen*, en el piélago de las nacionalidades convulsas y agotadas [...]. *Arcadia Pastoril del Pirineo* en estos tiempos de crisis agudas y de revueltas.”<sup>80</sup>

---

<sup>78</sup> Carlos Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, Ed. Gómez, Pamplona, 1971, p. 13, cursivas mías.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>80</sup> J. M. Huarte, *op. cit.*, sin paginación.

De hecho, el mantenimiento de una visión de Navarra o de Vasconia felizmente recluida en sí misma no conlleva la pertenencia a una corriente política concreta. El *saltus* porta en torno suyo un campo semántico de inmovilidad, aislamiento y tranquilidad que resulta accesible a proyectos políticos diferentes. Es por ello que en pleno franquismo, en el marco del *Seminario de derecho navarro* de 1956, José Joaquín Montoro puede elogiar la admirable tendencia al aislamiento de los vasconavarros:

‘Los vascos, QUIETOS, INMUTABLES, HIERÁTICOS, viendo el principio y el final de todos los derechos y de todas las cosas, *encerrados en su concha* (el caserío, la casa agrícola).’<sup>81</sup>

A menudo el modelo aislacionista se conjuga hábilmente con el modelo aperturista. En ese caso la inmovilidad y el enclaustramiento se convierten en una fase transitoria que factores como el cristianismo o la unificación peninsular habrían superado. Un ‘extraño’, un no-navarro, Francisco Elías de Tejada, pronuncia ese año de 1956 una interesante conferencia sobre la literatura política en la Navarra medieval<sup>82</sup>. Sin que quede clara su pertinencia para el tema tratado, Elías de Tejada reseña ampliamente la historia del reino. Sus orígenes, afirma, se encuentran en una de las tribus del patriarca Aitor, en uno de aquellos grupos de vascones que

‘[...] *vivían fijos* en los valles de las montañas pirenaicas del Oeste [...] celosos de una independencia cuyo origen se pierde en la noche oscura de las Edades prehistóricas; núcleos aislados en su poquedad numérica y apenas relacionados entre sí por los lazos del común idioma, de la raza y de la hostilidad al invasor romano o godo [...]. Gentes rudas que no sintieron jamás el apetito de la conquista ni se dejaron conquistar por nadie, que [...] *vieron siempre inmutables y siempre independientes el recio pisar de las legiones o el temblor de las hordas invasoras bárbaras [...] impávidos espectadores.*’<sup>83</sup>

La llegada del cristianismo consigue lo que las armas romanas no hicieron: ‘rendir a los soberbios montañeses haciéndoles doblar la frente y la rodilla’<sup>84</sup>. Este

---

<sup>81</sup> L. Montoro, Lección magistral recogida en *D.N.*, 16-V-1956. Las mayúsculas son suyas, las cursivas mías.

<sup>82</sup> Francisco Elías de Tejada, ‘La literatura política en la Navarra medieval’, en *Príncipe de Viana*, nº 63, 1956.

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 202. Cursivas mías.

<sup>84</sup> *Ibidem*.



hecho es determinante para los destinos de Vasconia. Los vasconavarros todavía pelearán con saña contra los godos por mantener su independencia, pero cuando se produzca la invasión agarena ya no podrán continuar indiferentes, encerrados en sus montañas. Su fe cristiana les obliga a intervenir en defensa de la religión verdadera:

‘La extensión de la reconquista planteó el primer gran dilema de este reino [...]: la de decidir entre encabezar la lucha contra el árabe, transformándose en eje de la recuperación del suelo peninsular, o tornar a la esquiva situación primera, a la sombra de la montaña protectora, sin sueños imperiales dentro del reducido solar patrio.’<sup>85</sup>

Para Elías de Tejada, Sancho el Mayor es el monarca que más decididamente intenta sacar a los vascos de su tradicional aislamiento participando en la Reconquista. Pero fracasa y, a su muerte, Navarra queda condenada a la ‘suerte del ‘utrínque roditur’<sup>86</sup>. Ya no podrá mantenerse independiente por mucho tiempo. Nominalmente perdurará cinco siglos pero, en realidad, el reino ya carece de autonomía política. El sacrificio llevado a cabo por Navarra en favor de la fe tiene, por tanto, como resultado una pérdida de soberanía, un debilitamiento y un agotamiento históricos. Con todo, y aunque las circunstancias frustran el liderazgo de Navarra, ésta termina por integrarse en la empresa que trató de llevar a cabo: la España católica e imperial.

No se nos puede ocultar que el modelo empleado por Elías de Tejada para narrar la historia de Navarra es muy parecido al que sirve a Navarro Villoslada para construir su *Amaya*. Los vascos montaraces salen de sus montañas para luchar contra el Islam por Dios y por España. Naturalmente, para ambos autores ambas causas están íntimamente relacionadas: porque España es católica el sacrificio de la comunicación habrá merecido la pena.

La influencia de *Amaya* es patente entre muchos defensores del navarrismo. Repitiendo su esquema, el *saltus* no es negado tajantemente: simplemente se representa como una herencia que la religión -el valor supremo por nadie discutido- ha superado, transformando sus rasgos aislacionistas en una circunstancia favorable a la integración en el conjunto español. Gracias a que Vasconia ha sido una isla puede salvar a España

---

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 203.

<sup>86</sup> *Ibidem*.

de sus enemigos. Miguel Angel Astiz, escritor “carlofranquista”, describe una vez más el paso del aislamiento a la comunicación:

‘Colosos de su independencia, encerrados en sus montañas, los vascones fueron para el resto del mundo como seres mitológicos.

Erguidos defensores de su libertad roqueña, temblaban los valles cuando por las laderas se derramaban en legión, asolando en duras represalias los campos enemigos con su extraño y salvaje atuendo de pieles y abarcas, blandiendo en el aire su ‘ezpata’.”<sup>87</sup>

Irreductibles a las armas extranjeras, los vascones reciben no obstante la nueva religión con los brazos abiertos: “Atravesando la barrera que el valor de aquellos hombres hizo inexpugnable entró la fé [sic]”<sup>88</sup>. A partir de ese momento, con toda naturalidad, deciden abandonar su refugio montañoso e intervenir en causas que les exceden dentro de una nueva colectividad. En definitiva, “salieron de sus fronteras guiados por el ideal religioso”<sup>89</sup>.

Frente a la lógica de la resistencia aparece una lógica del sacrificio, de la colaboración, de la puesta al servicio de destinos universales. La herida que entraña la comunicación se justifica como una muestra de generosidad, de grandeza. A propósito de la conocida jota de Larregla y Blasco, *Navarra siempre p’alante*, escribe un irritado Manuel Iribarren Paternáin:

‘Navarra siempre p’alante me ha producido desde que la oí por primera vez, indignación y sonrojo. [...] Porque Navarra es precisamente todo lo contrario de lo que esa chabacana letra pregona. [...] *siempre que el mundo se ha visto amenazado de hundimiento, [...] siempre que la barbarie ha tratado de destruir la civilización* [...] Navarra [...] *ocupó un puesto de vanguardia, sacrificó generosamente la sangre de sus hijos y vació sus arcones* en la medida de sus posibilidades y estrechez de recursos.”<sup>90</sup>

---

<sup>87</sup> Miguel Ángel Astiz, *¡Por San Miguel de Aralar!*, ed. Junta Pro San Miguel Excelsis, Pamplona, 1943, sin paginación. ‘Colosos’ tal vez sea errata y quiera decir ‘celosos’.

<sup>88</sup> *Ibidem*.

<sup>89</sup> *Ibidem*.

¿Quiénes son los bárbaros a los que se refiere Iribarren? ‘Godos, musulmanes, herejes o comunistas’<sup>91</sup>. La identidad básica de los enemigos justifica la continuidad de la historia. También Navarra es la misma en el siglo VIII, en el siglo XIII, el XVII y el XX. Ya hemos visto cómo se repetía el mismo movimiento por la Cruz a lo largo de la historia, según Gúrpide<sup>92</sup>.

En este contexto, los autores próximos al *ager* insisten en la presencia de miembros de la tribu en gestas hispanas como la evangelización, la conquista de América o la Reconquista. El Conde de Rodezno, por ejemplo, declara que la Institución Príncipe de Viana tiene el propósito de “destacar la aportación de los navarros a la cultura hispana”<sup>93</sup>. También Iribarren dedica un notable espacio de su *Navarra. Ensayo de biografía*<sup>94</sup> a describir la presencia de navarros en la historia de España. Cada caso aparece como un exponente de la participación en empresas que superan el estrecho marco de la tribu. Los vascos, los navarros -permanezcamos insensibles ante la propiedad de los patronímicos- ya no son seres “quietos, inmutables, hieráticos”, encerrados en su concha. Todo lo contrario: ahora lo que les distingue es su vocación exterior. Fray Justo Pérez de Urbel sentencia en una conferencia sobre la participación vasca en el nacimiento de Castilla:

“Ahora sólo resta sacar una conclusión: que el genio vasco era ya entonces lo mismo que hoy: *dinámico* y aventurero, activo y emprendedor, *sediento de expansión* y ávido de azares y peligros, y que es inútil trabajar por encerrarlo en la estrechez del caserío o en la cárcel del valle nativo.”<sup>95</sup>

La casa de los padres se ha vuelto estrecha, la tierra de la raza una cárcel.

Como sucedía en el caso de la perspectiva aislacionista, la persistencia de un mismo modelo aperturista no entraña la continuidad de un mismo discurso, inmutable a través de los autores y los tiempos. Las tramas, como a continuación explicaremos,

---

<sup>90</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, pp. 9-10. Cursivas mías. Cfr. Jaime del Burgo, *España en paz. Navarra, op. cit.*, pp. 47-48: “El amor a los fueros, común a todos los navarros, no impidió que Navarra estuviera presente en todas las coyunturas históricas en que peligraban la dignidad y la integridad de la patria hispana”.

<sup>91</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>92</sup> Cfr. la p. 86 de este trabajo.

<sup>93</sup> Cfr. “Una fecha memorable”, en *Príncipe de Viana*, nº 26, Pamplona, 1947, p. 93. Cita al discurso de Rodezno.

<sup>94</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*

<sup>95</sup> Fray Justo Pérez de Urbel, *Los vascos en el nacimiento de Castilla*, La Editorial Vizcaína, Bilbao, 1946, p. 30. Cursivas mías.

permiten muchas variaciones. Según la *Pequeña historia* publicada en 1940 por Eladio Esparza, por ejemplo, los navarros permanecen hasta fechas tardías ajenos a la empresa de la Reconquista, reticentes a la construcción de España, a diferencia de lo que sucedía en *Amaya*. Con el objetivo de permanecer aislados han refinado sus estrategias como príncipes renacentistas. Todavía viven ‘íncrustados en su territorio y al amparo de sus instituciones’<sup>96</sup>. Ahora bien, con el objetivo de mantener su aislamiento, ‘pactan con el enemigo o se benefician de las luchas intestinas de sus amigos’<sup>97</sup>. Sin embargo, la marcha de la historia vuelve insostenible esta política:

‘Permanecer en su fiera independencia, sin expansión territorial bastante, sin acoplar sus instituciones al ritmo de los tiempos, en un balancín temerario, equivalía a la desaparición como pueblo a plazo fijo.’<sup>98</sup>

A diferencia de Navarro Villoslada, Esparza parece insinuar que no fue la fe lo que movió a Vasconia a salir de su enclaustramiento sino sólo el instinto de supervivencia. La misma impresión obteníamos de la actuación de Jaizki Beitia en la novela de Luis del Campo. Sin embargo, Eladio Esparza escogió un texto sorprendente de un autor igualmente sorprendente para finalizar su historia de Navarra: en concreto el *Ensayo apologético, histórico y crítico del P. Moret y los orígenes de la Monarquía navarra* de Arturo Campi3n, original de 1892. Es cierto que Esparza no se limita con su cita a realizar un ‘homenaje’<sup>99</sup>. Escribe en 1939 y se ha vuelto pertinente reprochar veladamente al difunto Campi3n sus excesos nacionalistas<sup>100</sup>, a pesar de su postrera adhesi3n al Alzamiento. Pero el que en las 3ltimas p3ginas de un libro decididamente franquista se reproduzcan sin mayor comentario las palabras de un hombre como Campi3n es algo tan revelador como en apariencia desconcertante. De este modo, Esparza puede asumir algunas palabras de viejo Maestro como si fueran suyas, coronando un libro que ofrece una lectura en clave decididamente pactista de la historia del pa3s:

---

<sup>96</sup> E. Esparza, *Pequeña Historia*, op. cit, p. 30.

<sup>97</sup> *Ib3dem*.

<sup>98</sup> *Ib3dem*, p. 31.

<sup>99</sup> *Ib3dem*, p. 134. Poco antes escribe: ‘[...] el P. Jos3 de Moret y don Arturo Campi3n seguir3n siendo todav3a los hitos inmovibles que nos gu3en con indicaciones inequívocas en la selva profunda de nuestra historia [...]’ (*Ib3dem*).

<sup>100</sup> *Ib3dem*, p. 134.

‘España hubiese dormido resignada, cuando no contenta, en el lecho de todos los conquistadores. Pero las montañas cántabro-pirenaicas eran el inmenso depósito de bárbaros indómitos construido por Dios para torcer el curso de la historia patria, enderezándolo a la independencia nacional.’<sup>101</sup>

‘Medio cubiertos los robustos cuerpos de toscas pieles y de burdos sayos negros; habituados a mantener el temple arriscado de su ánimo con las cacerías de oso, lobo y jabalí [...] habitantes de un clima adusto, cuyos lóbregos inviernos anegan la tierra con pertinaces lluvias [...] no conocieron los regalos y encantos de la civilización, pero tampoco estos envilecieron sus almas ni acobardaron sus corazones, y aún menos la unificadora disciplina romana aplanó sus caracteres y anodado su genio [...]. Estos hombres, convertidos ya en pueblo por el cristianismo [...] salieron de sus encharcadas selvas y bajaron de sus empinados riscos con el ímpetu de los torrentes a enseñorearse de las llanuras usurpadas a sus enmollecidos hermanos, y sobre todo a repoblar España con gentes nunca domeñadas, reconstituyendo el antiguo temperamento español degenerado [...].’<sup>102</sup>

Toda la *Pequeña historia* se encamina a mostrar que si los navarros -no ya los vascos- permanecieron alguna vez encerrados sobre sí mismos era con la misión de preservar las esencias de España. Su devenir histórico ha consistido en propiciar la reconstrucción de la unidad de destino en lo universal que es España, con el 18 de julio de 1936 como corolario.

El caso de Claudio Sánchez-Albornoz nos ofrece otra muestra de la dificultad que existe para una identificación entre discursos políticos institucionalizados y tramas. Historiador de prestigio, Albornoz había sido presidente del gobierno republicano en el exilio desde 1962 a 1970. Desde una perspectiva política no podía estar en sintonía con el franquismo, en donde tiene sus fuentes el navarrismo, sino más bien en sus antípodas. Sin embargo, en los debates de la transición en torno al futuro institucional de Navarra, Sánchez-Albornoz prestó un valioso servicio a los detractores de la unión vasco-navarra. Es significativo a este respecto que su firma apareciese de forma frecuente en

---

<sup>101</sup> *Ibidem*, p. 138.

<sup>102</sup> *Ibidem*, pp. 138-139.

las publicaciones editadas por la ‘Comisión de Navarros en Madrid’<sup>103</sup>, de orientación claramente antianexionista.

De entre todos los escritos de Sánchez-Albornoz hay uno especialmente interesante en lo que atañe a su concepción de Vasconia. Se trata de un ensayo original de 1973 titulado ‘Trayectoria histórica de la nueva Vasconia (el País Vasco o la España sin romanizar)’<sup>104</sup>. Sánchez-Albornoz habla aquí de dos procesos (‘encontrados, contrapuestos, sincrónicos durante cerca de un milenio y al cabo complementarios’<sup>105</sup>) en la historia de España, ambos relacionados con Vasconia. El primero es la romanización de la península. Veintidós siglos después de haber tenido inicio sólo quedaría por romanizar una parte de Vasconia (‘Euzcadi’<sup>106</sup>). El segundo movimiento sería la ‘vasco-castellanización’<sup>107</sup> de la península, incompleta mil años después de su comienzo. Tal vez no haya contradicción entre estas tesis, como pretende su autor, al menos de manera estricta. Es posible incluso que pueda defenderse su verosimilitud. Lo que nos interesa ahora destacar es la presencia de las dos formas de comprender la vasquidad de las que venimos hablando en el ensayo de Sánchez-Albornoz, bien que resolviendo el modelo del *saltus* en favor de una concepción general del *ager*.

Sánchez-Albornoz habla de dos Vasconias. La Clásica y la Nueva. La Clásica correspondería a Navarra, la cual se dividiría entre una parte refractaria a la romanización y otra intensamente romanizada. La Nueva sería el resultado de la vasconización de las tierras de várdulos, caristios y autrigones durante el período de anarquía que siguió a la caída del Imperio romano. Los vascones originarios serían similares a los íberos, mientras que los pobladores de los territorios conquistados a partir del siglo V estarían emparentados con los cántabros. Paradójicamente,

‘[...] la nueva Vasconia, aislada en su pequeño solar nacional, pudo convertirse en un sagrado reservorio de vasquismo y por tanto de hispanismo primigenio,

---

<sup>103</sup> Acerca de la relación de Sánchez-Albornoz con esta ‘Comisión’ puede verse ‘El destino de Navarra. Cartas, mensajes y artículos’ en C. Sánchez-Albornoz, *Orígenes y destino de Navarra. Trayectoria histórica de Vasconia. Otros escritos*, Planeta, Madrid, 1984. Es significativo que esta obra fuera introducida por Francisco Javier de Lizarza, activo opositor a la anexión vasconavarra. El propio Sánchez-Albornoz muestra abiertamente su rechazo a un ente vasconavarro en ‘Adios a los navarros’, escrito incluido dentro de la obra citada.

<sup>104</sup> Recogido en C. Sánchez-Albornoz, *op. cit.*, edición por la que citamos. Apareció por primera vez en *España, un enigma histórico*, EDHASA, Barcelona, 1973, tomo II. Además ha sido publicado posteriormente en diversas ocasiones (cfr. la edición que citamos, p. 131)

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 133.

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 142. Sic.

<sup>107</sup> *Ibidem*. Sánchez-Albornoz entiende que ‘el pueblo castellano nació de la matriz vasco-cantábrica’ (*Ibidem*). Castilla es la ‘prolongación de la Vasconia no romanizada’ (*Ibidem*).

mientras la auténtica Vasconia, menos cerrada, más en perpetuo contacto con las gentes del valle del Ebro [...] era arrastrada por el torbellino de la historia islámica de España.”<sup>108</sup>

Es decir, mientras la Vasconia vieja se abría al exterior y poblaba Castilla, la Vasconia nueva heredaba el enclaustramiento que parcialmente había caracterizado a la vieja. En este sentido parece que el *saltus* y *ager Vasconum* pervivirían históricamente hasta el presente. Una Vasconia se habría cerrado sobre sí misma, otra habría reconquistado España. Ahora bien, descartando en apariencia esta posible interpretación, Sánchez-Albornoz sentencia en otro lugar:

“Vasconia no es, no, un islote aislado y perdido en el océano de revueltas aguas de la península; es simplemente el último rincón donde se habla todavía - *naturalmente muy transformada al correr de los siglos*- la lengua de buena parte de los españoles primitivos.”<sup>109</sup>

Al finalizar su ensayo, con todo, la imagen de la Vasconia-isla que trata de vivir al margen del mundo vuelve a aparecer encarnada en la figura de una abuela (el “Euzcadi” moderno) que busca separarse de la España que originó:

“[...] la nueva Vasconia, o la España sin romanizar es *la abuela de la España actual*. La abuela gruñona que *no se reconoce en su nieta* y reniega de ella. La abuela que *sueña grandezas de tiempos pasados* y que repite gestos y dichos de entonces [...]. La *abuela tozuda que quisiera vivir como antaño* -el sentido particularista de los vascos es de pura estirpe hispana-. La abuela que *todos comprendemos y amamos con filial devoción* [...]. La abuela que *guarda todavía recuerdos de nuestro más remoto ayer*, de un ayer muchas veces milenario, cuyas raíces se hunden en la primigenia tierra de España.”<sup>110</sup>

Como Amagoia, esta abuela reniega de su “descendiente”. Como el personaje de Navarro Villoslada insiste en no mudar, en permanecer “como antaño”. Como le

---

<sup>108</sup> *Ibidem*, p. 143.

<sup>109</sup> *Ibidem*, p. 135. Cursivas suyas. Adviértase que no especifica a qué Vasconia se refiere.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 153.

sucedía al autor de *Amaya* tampoco Sánchez-Albornoz puede odiarla: a pesar de sus errores y de su obcecación es la guardiana de la memoria de los antepasados.

### Las tramas de la cultura navarra.

Una vez hemos introducido la existencia de dos grandes formas de concebir la identidad histórica de Vasconia<sup>111</sup>, este epígrafe se centrará en la elucidación teórica del concepto de trama en general y de *saltus* y *ager Vasconum* en particular.

Hayden White<sup>112</sup>, por un lado, y Paul Ricoeur<sup>113</sup>, por otro, han otorgado un lugar central al concepto de trama en sus análisis de los relatos históricos. El concepto de “trama” en torno al cual gira este capítulo se encuentra inspirado por su lectura<sup>114</sup>, aunque al mismo tiempo se separa perceptiblemente de los conceptos utilizados por ambos autores. La “trama” de Hayden White se corresponde exactamente al concepto de “género” en Northrop Frye. A este respecto White identifica cuatro modos de trama

---

<sup>111</sup> En su análisis de la violencia política en Euskal Herria, Joseba Zulaika (*op. cit.*, pp. 337 y ss.) ha hablado de la existencia de dos paradigmas lingüísticos en el imaginario vasco: el de la afirmación (*baia*) y el de la negación (*eza*). Según Zulaika en vascuence la afirmación se sitúa en una zona indeterminada entre la condición y la pregunta. La negación, por el contrario, es mucho más tajante y diáfana que aquella. ‘Puesto que el *bai* sintáctico consigue sólo afirmaciones hipotéticas, el orden ritual necesita establecerse sobre la demarcación clara de la negación’(p. 342). De acuerdo con esta distinción, si hemos comprendido bien, podrían formularse dos modelos de actuación lingüística que recordarían notablemente el *saltus* y el *ager*. Pero, de hecho, Zulaika no habla de *bai* y *ez* como modelos de actuación cultural, algo que sí hace con la caza, el versolari y el juego. Zulaika tampoco se ha ocupado de textos literarios, como en nuestro caso, sino de testimonios orales, cierto que empleando numerosos conceptos semióticos y literarios. En nuestra opinión resultaría problemático prolongar un análisis en términos antropológicos como el que hace Zulaika a textos literarios como de los que nos ocupamos aquí. Es dudoso, aunque nunca pueda descartarse, que detrás de las invenciones literarias se encuentren modelos antropológicos míticos provenientes de fechas remotas. Nos inclinamos a pensar que si sobrevive el mito antiguo en las ideologías modernas es más por una inserción consciente que por una introducción involuntaria. Con todo, no es una cuestión que pueda solventarse aquí y en cualquier caso convendría mantener abierta la plausibilidad de un enlace más profundo entre mito e ideología. A este respecto puede recordarse la ambigüedad en lo que atañe al papel de lo mítico en la modernidad de las opiniones expresadas por Mircea Eliade. Así, mientras en *Mito y Realidad* (*op. cit.*, pp. 189 y ss.) parece defender la pervivencia del mito en nuestros tiempos disfrazado bajo otras formas, en *Lo sagrado y lo profano* (*op. cit.*, pp. 172 y ss) se desprende un ocaso de los mitos antiguos y su sustitución por simbologías de orden diferente.

<sup>112</sup> H. White, *Metahistoria*, *op. cit.* Véase también del propio White, ‘La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual’, en *El contenido de la forma*, *op. cit.*

<sup>113</sup> P. Ricoeur, *Tiempo y narración*, *op. cit.*

<sup>114</sup> Muchos otros autores han hecho uso del concepto de trama y otros análogos. Umberto Eco por ejemplo en su *Obra abierta* (Segunda ed., Ariel, Barcelona, 1984) habla de las tramas como ‘la organización exterior de los hechos que sirve para manifestar una dirección más profunda del hecho trágico (y narrativo): la acción’ (p. 239). Van Dijk habla de trama como una sucesión de episodios, a su vez formados por marcos y sucesos (cfr. Teun A. van Dijk, *La ciencia del texto. Un enfoque interdisciplinario*, Paidós, Barcelona, 1983, p. 155.). Su conceptos de “superestructura” e “hiperestructura” se acerca más a nuestro concepto de trama (pp. 141 y ss.). El concepto de trama en narratología está envuelto en una gran confusión merced a los equívocos de los traductores de Aristóteles a la hora de verter el término *μυθος*. Algunos narratólogos han traducido este vocablo por “argumento” (cfr. Ignace Lotman, *Estructura del texto artístico*, Istmo, Madrid, 1988), otros por “trama” (cfr. P. Ricoeur, *op. cit.*) y otros por “fábula” (cfr. Tomasevskij, “Temática”, en T. Todorov ed., *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Signos, Buenos Aires, 1970). Estas dificultades se ven agravadas por las traducciones entre los idiomas europeos y la terminología de cada escritor. En torno a estos últimos problemas cfr. José M. Pozuelo Yvancos, “Teoría de la narración”, en Villanueva coord., *Curso de Teoría de la literatura*, Taurus, Madrid, 1994.



en los relatos históricos (romántico, trágico, cómico y satírico), los cuales están calcados de los géneros que Frye examina en su *Anatomía de la crítica*<sup>115</sup>.

El concepto de trama de Ricoeur proviene, más directamente que en el caso de White, de una lectura de la *Poética* de Aristóteles y aparece dentro de una comprensión de la narratividad como actividad hermenéutica fundamental. Ricoeur entiende por trama aquella operación mediadora a través de la cual los diversos componentes de un discurso son reunidos de forma inteligible constituyendo una narración. El concepto de trama que utilizaremos en esta investigación está elaborado a medida de su potencial explicativo para nuestro objeto de estudio y, en consecuencia, mantiene unas dimensiones filosóficas mucho más modestas que las del concepto de Ricoeur. Ello no obsta para que sea posible reconocer la “trama” de Ricoeur en las tramas del *saltus* y del *ager*. Ambas incluyen, como no podía ser de otra manera, la operación mediadora descrita en el primer volumen de *Tiempo y narración*<sup>116</sup>.

Como en el caso de Ricoeur, nuestro concepto desempeña una función organizadora. Las tramas actúan como criterios según los cuales se ordena la disposición de los ingredientes narrativos. Por dicha disposición no debe entenderse la organización formal de las ideas, es decir, el orden efectivo en que se han dicho las cosas, sino únicamente la economía de los significados de acuerdo a la que se ha producido el texto. *Saltus* y *ager* son formas de administrar los componentes narrativos conforme a dos concepciones de la identidad colectiva, no formas de argumentación o modelos para la exposición de las ideas. Por tanto no designan un instrumento retórico sino un concepto ideológico. Con todo, no son completamente ajenas a la producción retórica del texto: la *inventio*, la *elocutio*, el *ornatus* y la *dispositio*<sup>117</sup> se encuentran al servicio del sentido administrado por estas y otras tramas.

Las tramas funcionan como *metarrelatos* de sentido, es decir, como referentes de significado genéricos situados más allá del producto narrativo. Su función estriba en comprender los ingredientes narrativos de acuerdo a una cierta visión de la identidad y la historia. En consecuencia, los mismos ingredientes comprendidos a través de una u otra trama ofrecerán relatos diferentes.

---

<sup>115</sup> Cfr. Northrop Frye, “Crítica retórica: Teoría de los géneros”, en *Anatomía de la crítica*, Monte Ávila eds., Caracas, 1991.

<sup>116</sup> P. Ricoeur, *Tiempo y narración*, *op. cit.*, especialmente pp. 91-97.

<sup>117</sup> La *inventio* designa la búsqueda de elementos para la plausibilidad de una idea; la *elocutio* es el acto de conferir forma a una idea; el *ornatus* hace referencia al uso de los *tropos*; la *dispositio* designa la ordenación formal de los elementos. Acerca de ellos puede verse Bice Mortara Garavelli, *Manual de retórica*, Cátedra, Madrid, 1991.

*En cuanto tramas* éstas no se expresan jamás, sino sólo a través de los relatos que crean. Por relato entendemos todo discurso formalizado (i.e., tramado) narrativamente. Entre el concepto de trama y el de relato hay por tanto una relación circular. Los relatos son formados a través de tramas y las tramas se manifiestan en los relatos. A causa de ello puede afirmarse que las tramas actúan como generadoras de relatos. En cierto sentido, las tramas funcionan como gramáticas de acuerdo a las cuales e incorporando su “ideología” se escriben los relatos. Los próximos capítulos estudian los relatos de la cultura navarra a partir de las tramas del *saltus* y el *ager* ordenándolos por temáticas.

Las tramas carecen de la concreción de los relatos. Carecen de tiempo, de figuras, de argumento, de tópicos, etc. Sólo de esta forma pueden albergar ingredientes de naturaleza muy diferente y producir relatos tan distintos. Ellas reúnen los elementos que habrán de conformarlos y les proporcionan la “dirección” que permita su presentación narrativa efectiva. No hay relatos sin tramas, aunque naturalmente no todos se explican a partir de las tramas aquí tratadas. En cierto sentido las tramas se asemejan a moldes que deben rellenarse con los ingredientes concretos de la narración. Aunque el símil del molde presenta obvias limitaciones, puede ilustrar cómo los mismos componentes pueden derivar en relatos marcadamente opuestos según caigan en el recipiente de una u otra trama.

Pese a su falta de concreción genérica, las tramas no están completamente vacías. Como en un molde hay en ellas cierta estructura de sentido que fuerza conforme a su naturaleza la materia que reciben. De no ser así se mostrarían incapaces de generar relatos, puesto que los ingredientes no podrían disponerse de ningún modo.

Las limitaciones del símil del molde estriban en que, en el caso de las tramas, podemos pensar que los artífices de los relatos tienen capacidad para deformar el recipiente. Las tramas no son por tanto cánones inflexibles que se impongan al autor, sino que entre la trama y su voluntad se produce una dialéctica de conformaciones. Esto no es una actividad excepcional sino una práctica habitual exigida por la propia contextualidad de la producción literaria o cultural. El autor responde a una multitud de contextos (en definitiva a otros sentidos) y el sentido indicado por las tramas debe adecuarse a aquéllos.

Aunque su naturaleza es esencialmente formal, ocasionalmente un tema puede quedar estrechamente vinculado a una trama. Esto sucede cuando una determinada lectura de algún tema de acuerdo con una de las tramas en cuestión consigue un gran

éxito, hasta el punto de imponer su monopolio sobre otras posibles lecturas. En este sentido el pacto de 1841 habla del *ager*, mientras que la resistencia de los vascones contra los francos habla del *saltus*. Pese a todo, en principio nunca se cierran definitivamente las puertas a una lectura innovadora de cualquiera de los temas en términos de la otra trama.

Algo similar sucede con las palabras. Los sucesivos escritos han adherido a las tramas un campo semántico propio. El campo del *saltus* sería aquel relativo a la fiereza, el aislamiento, la diferencia, las montañas, la isla, la resistencia, la agonía, etc. El campo del *ager* tomaría por contra como semas predominantes los de colaboración, mestizaje, pacto, hospitalidad, llanura, apertura, sacrificio, similitud, etc.

No se nos oculta que como tales las tramas no han existido hasta ahora en la cabeza de nadie. Ni Iturralde, ni Campión, ni Navarro Villoslada, ni Olóriz postularon su existencia. En consecuencia, cuando ordenamos los relatos de la cultura navarra conforme a su filiación a una y otra trama no estamos suponiendo que sus autores pensarán en ellas. *Saltus* y *ager Vasconum* no son opciones expresamente debatidas en el período que nos ocupa, son distinciones hermenéuticas, conceptos heurísticos que nos ayudan a interpretar la cultura producida en Navarra.

Admitir la condición de producto del concepto de trama no significa mermar su capacidad analítica. La realidad es indiscernible sin ayuda de un aparato conceptual y todo concepto tiene una naturaleza artificial. El haber sido un concepto empleado por los actores cuyo proceder se investiga no garantiza en absoluto su corrección. Las tramas se reclaman conceptos adecuados a la realidad a la que se aplican y en este sentido ofrecen una lectura lo suficientemente homogénea y fértil de la cultura navarra, cuando menos para el período indicado.

Esta circunstancia se encuentra relacionada con la cuestión de su viabilidad para fechas anteriores a las que nos ocupan. Las *tramas* del *saltus* y el *ager* no se erigen en conceptos arqueológicos, esto es, no pretenden describir los orígenes absolutos de ciertas mentalidades, ciertas ideologías, etc. En principio su dominio se encuentra circunscrito al período fijado. Ayudan a describir la producción literaria generada en Navarra durante esas fechas, no otra cosa. Por lo tanto no abordaremos aquí el posible origen de estas formas de concebir la identidad histórica de Vasconia, ni tampoco su posible presencia en la historiografía de los siglos anteriores. Es obviamente cierto que

“todo tiene un origen”, pero, como sugiere la obra de Foucault y Derrida<sup>118</sup>, la búsqueda de los orígenes, al tiempo que resulta siempre falaz, permanece siempre inacabada. Falaz, porque obvia lo que un enunciado puede tener de novedoso. Viejas palabras sirven continuamente para expresar ideas diferentes. Inacabada, porque difícilmente se localiza en la historia un inicio absoluto.

Ello no significa que eventualmente no se puedan realizar referencias a obras anteriores a los límites temporales propuestos. En ocasiones la propia comprensión de los textos lo exige. Algo similar sucede con las citas a obras posteriores. Sin duda no es difícil encontrar ejemplos de cada trama después de 1960. Toda investigación exige unos límites, pero sería ingenuo otorgarles un sentido absoluto. En definitiva, el lapso de tiempo propuesto define nuestro objeto de atención central, pero sin descartar excursos tanto hacia atrás como hacia adelante cuando se considere oportuno.

Aunque nunca terminadas, las tramas constituyen referentes en la medida en que conjuntamente definen un continuo. Entre una y otra se dibuja un recorrido que va desde la reclusión autista hasta la colonización deseada. Pero el continuo definido es un espacio impreciso, sin una geografía detallable. Por ello es esencial hacerse cargo del carácter formal de su mecánica. Sólo así se comprende que significantes tan variados puedan caer en ellas. Son los relatos que en el continuo se ubican los que determinan de pronto un lugar reconocible.

Dadas las diferencias que el concepto de trama arriba expuesto guarda con los de White y Ricoeur podrían pensarse como más adecuados a su contenido otros términos como los de paradigma, gramática, hiperestructura o modelo. La noción que intentamos exponer tiene algo de ellos pero, por un lado, enfatiza rasgos que los otros términos no hacen y, por el otro, se deslinda de algunas connotaciones impropias.

En concreto el término “trama”, en tanto que alude a una “rejilla” o a un cuadro en el que se urden los hilos, permite subrayar el carácter marcadamente formal de nuestro concepto. Las tramas organizan ideológicamente unos componentes narrativos, no proporcionan propiamente un ideal concreto. Tampoco son paradigmas porque no definen unas soluciones a una serie de problemas típicos que sirvan de ejemplos, no caracterizan una comunidad dada y no son inconmensurables<sup>119</sup>.

---

<sup>118</sup> Cfr. Michel Foucault, *La arqueología del saber*, siglo XXI, México, 1995, 16ª ed. Jacques Derrida, *Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid, 1994.

<sup>119</sup> Estos son rasgos típicos de los paradigmas. Cfr. Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, F. C. E. , México, 1971, pp. 269 y ss.

Además de estas razones, el vocablo ‘trama’ sugiere también una idea que juega un importante papel en la concepción que se maneja en el fondo de los discursos políticos. Hablar de ‘tramas’, en efecto, dirige la atención hacia el carácter profundamente narrativo -i.e., literario- de las ideologías.

Una vez hemos esbozado el concepto general de trama y justificada la elección del término es necesario proceder a una caracterización más detallada del mismo. Con todo, no sería deseable ni posible alcanzar un grado de precisión demasiado elevado. Las tramas son necesariamente imprecisas y poco definibles, vagas y de contornos borrosos. Esta circunstancia no constituye en modo alguno un defecto que invalide su uso; antes bien, su riqueza explicativa reside justamente en esta ambigüedad.

Hemos afirmado que como tales las tramas nunca aparecen por sí mismas. En este punto ‘nuestra trama’ coincide con las de Ricoeur y White. La tragedia o la comedia sólo se pueden ver encarnadas en tal o cual representación. En nuestro caso las tramas sólo se tornan reconocibles en el interior de relatos concretos: dentro del relato de los orígenes que existe en *Amaya* o dentro del relato sobre la conquista de Navarra que ofrece Miguel de Orreaga en *¡Amayur...!*, por poner dos ejemplos. De este modo, cuando hemos procedido a esbozarlas a partir de las novelas de Navarro Villoslada y de Luis del Campo, en realidad lo que hemos hecho ha sido extraer ciertos rasgos típicos de diversas encarnaciones suyas en relatos del pacto, la Reconquista, los orígenes, etc.

*Amaya*, *Jaizki* y la *Pequeña historia del Reino de Navarra* nos han hecho ver que un mismo texto tiene capacidad para contener a ambas tramas. En consecuencia no debemos pensar *saltus* y *ager* en términos de incompatibilidad. Es posible y, como veremos, relativamente frecuente que una y otra compartan el espacio de un cuento, una novela o un ensayo. De hecho, podemos pensar que los textos más atractivos serán aquéllos en donde aparezcan las dos tramas.

El que no haya incompatibilidad *stricto sensu* no significa una ausencia de enfrentamiento. *Saltus* y *ager* chocan entre sí continuamente. La lectura de la identidad en términos de aislamiento se aviene mal con la lectura en términos de pacto. Por ello, lo habitual es que en aquellos textos en donde aparecen ambas tramas una domine sobre la otra. En los tres casos citados, por ejemplo, es clara la predominancia del *ager* sobre el *saltus*.

Nada de lo anterior significa que no existan, por un lado, textos monopolizados por una sola trama -cualquier texto de Ibero podría servir de ejemplo- ni, por otro, textos indecisos entre las dos tramas.

### **Euskaros, nacionalistas, navarristas y las tramas.**

¿Cómo se relacionan las tramas con las corrientes ideológicas regionalistas descritas en el prólogo?

*Saltus* y *ager* conforman sendos modos de reconocer la comunidad nativa y de relacionarse con los vecinos y, en ese sentido, resulta obvia su índole política -en el sentido más hondo del término. Con todo, creemos necesario hablar más en términos de afinidades que de identidades entre las tramas y los diversos regionalismos.

En particular, el nacionalismo parece cercano al *saltus*, mientras que el navarrismo se aproximaría al *ager*. Por último, los euskaros, sobre cuya ambigüedad hemos insistido, incorporarían a su discurso ambas tramas. Ocasionalmente la dialéctica entre éstas se resolvería en favor del *saltus* -como en el caso de cualquier poema de Olóriz- y ocasionalmente en favor del *ager* -como en *Amaya*. En cierto sentido, nacionalistas y navarristas, vástagos ambos del regionalismo euskaro, habrían solventado la ambivalencia de sus predecesores en favor de una de las opciones.

Esto es sólo parcialmente cierto porque, repetimos, entre aquéllas y las respectivas corrientes ideológicas sólo se produce una afinidad. La imposibilidad de asimilar tramas y regionalismos se cifra en que relativamente a menudo los escritos de navarristas y nacionalistas incorporan aspectos propios de la trama teóricamente contraria. Los próximos capítulos nos suministrarán abundantes ejemplos de este fenómeno.

En primer lugar, esta circunstancia expresa cómo un texto escrito bajo el predominio de una trama puede incluir retóricamente fragmentos propios de su rival. Esparza, por ejemplo, puede acudir a una cita montaraz de Campián. En segundo lugar, el fenómeno pone de relieve cómo nacionalistas y navarristas no resolvieron completamente la ambivalencia euskara. Dicho con otras palabras: buena parte de sus respectivos escritos son demasiado heterogéneos como para identificar llanamente a los primeros con el *saltus* y a los segundos con el *ager*. Es precisamente a causa de esta impureza que recurrimos a conceptos más abstractos que los de las corrientes ideológicas para asentar el peso de nuestro análisis. Si mantenemos los diferentes regionalismos como referente secundario es para evitar que la investigación adolezca de una excesiva falta de concreción. Al fin y al cabo, *lo cierto es* que las tramas se encarnaron en discursos específicos y, al tiempo, ambiguos.

Hay que añadir que, estrictamente hablando, las tramas no mantienen una dialéctica que se resuelva a favor de una de ellas en un punto determinado del tiempo. Sin embargo, la historia política de España incluye un acontecimiento de tal trascendencia que forzosamente repercute en la pugna entre *saltus* y *ager*, cancelando los discursos en un determinado sentido. Nos referimos a la Guerra Civil. A partir de ella, en efecto, la posibilidad de un discurso público nacionalista queda reprimida. No sólo se prohíben las manifestaciones estrictamente políticas de este signo, sino también, al menos durante largo tiempo, sus expresiones culturales. En ese sentido -y en la medida en que el *saltus* se relaciona con el nacionalismo vasco- la dialéctica entre *saltus* y *ager* discurre a partir de 1936 a través de cauces mucho más estrechos y de orden diferente a los de fechas anteriores.

Aunque obviamente esta investigación postula la fecundidad hermeneútica de las tramas, no pretende sostener que puedan comprender ni todos los textos que podamos encontrar ni la totalidad de cualquier texto. Su capacidad explicativa es, aunque poderosa, parcial y no absoluta. Esta circunstancia se deriva, por un lado, de la condición de palimpsestos<sup>120</sup> de los textos y las ideologías y, por otro, de la semiosis ilimitada de todo signo. *Saltus y ager Vasconum*, en consecuencia, explican buena parte de la literatura y las ideologías políticas producidas en Navarra, pero ese potencial heurístico no puede en ningún caso cancelar la interpretación de los textos.

Es evidente que la capacidad analítica de las tramas podría ir más allá del ámbito cultural navarro y aplicarse al estudio de la cultura vascongada y vascofrancesa. Nuestra investigación dirige miradas hacia ambos territorios sólo ocasionalmente. A nuestro modo de ver, en Navarra se produce un itinerario ideológico, político y cultural distinto al de la actual C. A. V. e *Iparralde*. Una mirada, por superficial que sea, a la realidad navarra contemporánea servirá para confirmar este hecho. Esta actitud no intenta negar la pertenencia de algunas de las obras tratadas al contexto cultural vasco ni negar la existencia de fluidas relaciones ideológicas y literarias .

Para finalizar, es preciso realizar al hilo de las páginas precedentes algunas breves consideraciones en torno a los nombres de las tramas. Plinio y Tito Livio utilizan *saltus* y *ager* para designar una división geográfica, bien que llena de contenido político<sup>121</sup>. Como es obvio, aquí *saltus* y *ager* no designan conceptos geográficos sino

---

<sup>120</sup> Gerard Genette, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Taurus, Madrid, 1989. Cfr. N. Frye., *op. cit.*

<sup>121</sup> Acerca de la división *saltus* y *ager* en la Antigüedad y los caracteres de cada zona véase "Los Vascones y la primera aproximación histórica al mundo vasco", en Julio Caro Baroja ed., *Historia general del País Vasco*, coed.

hermenéuticos. En segundo lugar, al bautizar con unas denominaciones que tienen dos mil años de antigüedad concepciones contemporáneas no estamos insinuando que haya una conexión entre ellas. Las tramas no son arquetipos inconscientes o concepciones del mundo estáticas que conformen las mentalidades de Navarra sempiternamente. Los términos de *saltus* y *ager Vasconum* son sólo nombres (de acepción, si se quiere, un tanto vaga pero, en cualquier caso, de gran fuerza ilustrativa).

No obstante, el empleo de las denominaciones clásicas no está completamente carente de un sentido ‘histórico’. Como veremos más adelante, los relatos sobre la romanización de Vasconia son uno de los lugares donde se dejan ver las concepciones del *saltus* y del *ager*.

Los capítulos siguientes tienen por objeto mostrar el potencial hermenéutico de las tramas a través de los distintos relatos que se han vertido en la cultura navarra. En primer lugar, abordaremos los relatos de los orígenes de Vasconia y del reino de Navarra. A continuación, los relatos bélicos. En cuarto lugar, nos ocuparemos de diversos relatos sobre la herencia de los antepasados. En quinto lugar, vendrán aquellos que se refieren a la muerte de Vasconia o Navarra. Por último, trataremos diversos relatos sobre la identidad. A través de todos ellos observaremos la lucha de las tramas por obtener el control de unos mitos, fábulas, personajes y lugares.

---

Ed. de la Gran Enciclopedia Vasca y L. Haranburu, Bilbao-San Sebastián, 1980, tomo 2, pp. 63-67. J. Caro Baroja, *Etnografía histórica de Navarra*, C.A.N., Pamplona, 1971, vol 1, pp. 42-43.



## Capítulo 4.

### Relatos de los orígenes.

“La comedia de enredo de lenguas y razas es perfecta.”<sup>1</sup>

Arturo Campión.

El capítulo anterior llamaba la atención acerca del carácter épico de la obra de Navarro Villoslada *Amaya o los vascos en el siglo VIII*<sup>2</sup>. Este carácter viene dado por el hecho de que en sus páginas se proporcione un completo relato acerca de los orígenes de Navarra. En primer lugar, la novela recogía una descripción de la procedencia de los vascos por medio de la leyenda de Aitor. En segundo lugar, ofrecía un relato acerca de los primeros pasos del reino de Navarra a través de su propio argumento.

Navarro Villoslada había tomado la historia del patriarca Aitor del escritor suletino Augustin Chaho, quien la había publicado en su periódico *L'Ariel* en 1843<sup>3</sup>. En rigor Chaho sólo había escrito una fantasía literaria pero, por razones que todavía no están claras, su invención fue tomada por buena parte de sus lectores como un relato verídico. El papel de la leyenda dentro de *Amaya* es bastante llamativo. Como vimos, la novela narra principalmente el nacimiento del reino de Navarra, a saber, la unión de vascones y godos en defensa de la fe católica. Sin embargo, este relato se asienta sobre el de Chaho, relativo a la llegada de los vascos al Pirineo, dado que, en la novela, el surgimiento de la monarquía navarra es anunciado por una profecía del patriarca primigenio.

A esto se añade que Navarro Villoslada prosiguiera una rancia tradición historiográfica local relativa al origen de los fueros. Según ella, éstos recogerían los viejos usos y costumbres de los vascones y habrían sido institucionalizados al tiempo que se coronaba al primer monarca. De este modo *Amaya* daba cuenta de forma

---

<sup>1</sup> Arturo Campión, *Euskariana. Octava serie. Orígenes del pueblo euskaldún (Iberos, keltas y baskos). Testimonios de la Antropología, Etnografía, Etnología y Arqueología*, Imp. y Lib. de J. García, Pamplona, 1927, p. 201.

<sup>2</sup> F. Navarro Villoslada, *Amaya*, op. cit.

<sup>3</sup> Augustin Chaho, “Aitor. Légende cantabre”, *L'Ariel*, 1843.

simultánea y coherente de los tres momentos primigenios del devenir de Navarra: el origen de la raza, el origen político y el origen de las leyes.

Aunque estos tres orígenes han estado continuamente presentes en las letras navarras, cada uno de ellos no ha merecido siempre el mismo interés ni mantenido la misma importancia. Tampoco todas las ideologías han puesto en ellos el mismo énfasis. Sólo los euskaros parecen mostrarse igualmente interesados en la génesis de la raza, el reino y los fueros. Por contra, los nacionalistas pierden paulatinamente interés por los orígenes del reino y de los fueros. Mientras, los navarristas parecen centrarse en la gestación de estos últimos<sup>4</sup>. Al tiempo que ocurre esto la fascinación por los orígenes parece disminuir conforme nos alejamos del XIX. Hacia los años treinta los escritores locales pueden abandonar a lo incierto la ascendencia de los vascones o retrasar el nacimiento del reino a un punto indeterminado del siglo IX, sin que ello suponga una merma de su sentimiento regionalista.

Estas dos últimas apreciaciones, sin embargo, deben ser aventuradas con suma cautela. En primer lugar porque es difícil evaluar la presencia de cada tema cuando nos las tenemos con fuentes de calidad tan equívoca como las nuestras. En Navarra, a excepción de unos pocos textos, los autores más que indagar directamente sobre los orígenes de Vasconia, del reino o del fuero, se limitan a recoger referencias tomadas de otros autores de mayor calado, a repetir dos o tres tipos de relato con ellos, añadiendo sobre su superficie pequeñas marcas que les proporcionan una impronta personal a veces muy tenue. En consecuencia, no resulta fácil distinguir si los orígenes se han tornado un lugar de paso ritual -en el sentido de mecánico- o si, en realidad, detrás de la repetición a veces monótona de los tópicos hay que reconocer la obtención de la hegemonía de un hipotexto<sup>5</sup> por medio de su interiorización. Algo similar sucede con la relativa desaparición de un tópico: ¿ocurre que pierde interés o bien que entra a formar parte de lo consabido? Además, si es cierto que durante el siglo XX parece producirse un distanciamiento respecto a una tradición historiográfica extremadamente preocupada por precisar los orígenes, también lo es que, incluso después de la Guerra Civil, existen autores que repiten los viejos tópicos con llamativa fidelidad y ausencia de sentido crítico.

---

<sup>4</sup> Así lo sugiere desde el navarrismo Ángel Aguirre Baztán, en su estudio sobre “Folclore, etnografía y etnología en Navarra”, dentro de Aguirre ed., *Historia de la antropología española*, Ed. Boixareu Universitaria, Barcelona, 1992.

<sup>5</sup> Sobre la noción de “hipotexto” y su complemento de “hipertexto”, cfr. G. Genette, *op. cit.*, p. 13 y ss.

Hemos insinuado que, en lo que atañe al conocimiento de los orígenes, la cultura navarra es ante todo una *literatura* de autores que redactan *sobre* los textos que han leído. Esto es especialmente cierto en lo que se refiere al origen de sus habitantes primigenios. Habitualmente, el escritor navarro se dedica más a recoger hipótesis que a investigar por sí mismo. Claro está que las lecturas no siempre son correctas ni coherentes y que tampoco son siempre citadas de manera explícita. En concreto, cuando se inscriben dentro de una tradición historiográfica es probable que aparezcan dando por supuesta una narración que no se preocupan de relatar. Muchas veces son lecturas heterogéneas y desordenadas. A esto se añade que, a menudo, los autores locales no se encuentran en condiciones de evaluar la fiabilidad de las fuentes y que carezcan de una perspectiva sistemática de las diferentes corrientes e hipótesis. Muy pocos de nuestros escritores habrán oído hablar del Licenciado Poza, sólo unos pocos habrán leído a Garibay, Henao o Larramendi. Por el contrario, es cierto que abundan quienes conocen, o al menos han hojeado, a Moret y Yanguas y Miranda.

Por todo ello una estricta arqueología de los relatos de los orígenes en las letras navarras no lograría dar cuenta de sus funciones ideológicas. Es notorio que el parentesco ideológico puede producirse sin conocimiento directo, que puede rastrearse la presencia de autores-puente que sirvan de correas de transmisión. Con todo, a la hora de estudiar los significados ideológicos de la cultura conviene relativizar la pertinencia de estos orígenes. Los viejos textos pierden su sentido en los nuevos y su importancia como referentes deviene en realidad secundaria; se los cita fragmentariamente, sin hacerse cargo de su integridad, ilustrando con sus pedazos ideologías que apenas nada tienen que ver con las del mundo que los produjo. No debemos caer en el error de pensar que Moret anticipa la ideología de Campión, por mucho que éste cite al jesuita pamplonés. Los mundos de uno y otro son diferentes, y el de Moret ha muerto, aunque en la instauración del de Campión se empleen sus ruinas. Tampoco es Iturralde y Suit quien dicta desde la tumba la reconstrucción de los monumentos tras la Guerra Civil; son los vencedores quienes prolongan hasta donde les interesa un hilo argumental que muy bien podría haberse roto, si sus exigencias de legitimación así lo exigiesen. Son los nuevos discursos los que imponen su verdad a los antiguos, por mucho que los autores aspiren a aparecer como meros adeptos. Si muchos tópicos perduran a través de épocas e ideologías diferentes es o bien porque se les ha encontrado una nueva ubicación, una nueva utilidad, o porque se han convertido en monumentos: en ruinas cuyo sentido nadie comprende pero que continúan siendo visitadas.

Por lo demás, es preciso subrayar que nuestro trabajo, aunque hace de la diacronía un ingrediente fundamental, no es histórico sino politológico.

Lo anterior no significa que las influencias no existan, ni que la tradición sea un concepto completamente irrelevante. Es más: sin duda el concepto de trama expuesto en el capítulo anterior y que es cardinal en esta investigación recoge la posibilidad de una continuidad entre los discursos. De hecho, este capítulo contiene continuas referencias a las fuentes de las hipótesis. Sin embargo, lo verdaderamente importante desde nuestro punto de vista no es el conocimiento de las proveniencias absolutas de los diversos mitos acerca de los orígenes. Ello no nos hará comprender su sentido ideológico. Lo que nos interesa es, por un lado, mostrar el papel secundario de las hipótesis y, por el otro, desvelar algunas de las claves ideológicas de los textos relativos a los primeros tiempos para el período establecido. Si ambos objetivos incluyen una atención a los hipótesis no es tanto para basar en ellas una explicación, como para mostrar su recurrente actualización y manipulación. Es ésta la causa por la que las tramas del *saltus* y del *ager* deben comprenderse más como una obra en marcha que como un categoría apriorística.

La cultura navarra se ha sentido especialmente interesada en los orígenes. Más allá de los textos específicamente destinados a tratar este punto, las referencias a aquéllos salpican gramáticas, escritos políticos, estudios jurídicos, novelas, etc. Este hecho desvela la preocupación por el prestigio de los primeros tiempos.

En las páginas siguientes trataremos de poner en claro las líneas maestras de algunos de los relatos más significativos al respecto, utilizando de fondo las tramas explicadas en el capítulo anterior. En primer lugar, abordaremos los relatos concernientes al origen de los vascos, pasando luego a ocuparnos de los orígenes del reino. Una vez hecho esto se examinará la presencia y los avatares de dos tópicos particularmente llamativos en los relatos de los tiempos primigenios: los mitos del comunismo primitivo y del monoteísmo originario. Por último, dirigiremos brevemente nuestra atención hacia los personajes más sobresalientes de los primeros tiempos.

### **Los orígenes de la raza.**

Para abordar el tema de la procedencia de los vascones acudiremos principalmente a doce autores repartidos entre 1875 y 1956. En concreto nos ocuparemos de textos firmados por Serafín Olave, Nicasio Landa, Hermilio de Olóriz,

Lino Munárriz, Jesús Etayo, Julio Gúrpide, Francisco Salinas, un autor desconocido, Manuel Iribarren, Bernardo Estornés y Jaime del Burgo. El caso de Arturo Campión tiene una importancia singular y merece una consideración relativamente aparte. Su examen nos dará pie a una reflexión genérica sobre las connotaciones ideológicas de los relatos de los orígenes. Desde ahora conviene distinguir entre ‘relatos de los orígenes’ e ‘hipótesis sobre los orígenes’. Habitualmente los relatos se presentan junto a unas hipótesis. A nuestro modo de ver estas últimas están subordinadas al *sentido* del relato. Relatos similares pueden sostener hipótesis diferentes y a la vez relatos diferentes asentarse en hipótesis idénticas. Una de las tesis principales de este epígrafe es que, si bien los relatos sobre los orígenes de los vascos están férreamente marcados por preferencias ideológicas, no existe una correspondencia fuerte entre las diversas hipótesis y aquéllas. En este sentido, la acepción ideológica de los relatos de los orígenes parece estribar más bien en cuestiones tales como la singularidad étnica de los vascos o sus relaciones con los demás pueblos de España que en las hipótesis sobre su filiación ibérica, jafética, aria, etc. Dicho con otras palabras: *ideológicamente* no importa tanto si los vascos provienen de Crimea o del norte de África como las implicaciones que respecto a su identidad ‘política’ se deriven de tales hipótesis.

Antes de comenzar es preciso dedicar algunos párrafos al tema de las fuentes de nuestros autores. Hemos apuntado que la cultura navarra era esencialmente una cultura de lectores y que sus lecturas no conforman un cuerpo homogéneo ni bien definido. A este respecto podemos distinguir siete grandes grupos de fuentes, aunque es preciso advertir que dentro de cada uno se incluyen a su vez opiniones divergentes sobre los orígenes:

A) Historiografía local precedente<sup>6</sup>: formada principalmente por Moret, Yanguas y Miranda, Alesón, Eugui, Carlos de Viana, etc. La historiografía vascongada ‘clásica’ (desde el Licenciado Poza a Larramendi y Astarloa, pasando por Henao, etc. ) parece haber sido mucho menos conocida. Podría incluirse en este grupo la obra del vasco continental Ohienart<sup>7</sup>, relativamente leída a partir de su reedición de 1929.

B) Literatura navarra contemporánea. Campión en concreto es leído y reconocido como maestro por los principales escritores navarros. También parecen

---

<sup>6</sup> Una panorámica de la historiografía navarra y de la española y vascongada en su relación con la navarra puede verse en Jaime del Burgo, *Historia de Navarra. La lucha por la libertad*, Tebas, Madrid, 1978, p. 22 y ss. El profesor Sánchez-Prieto ha realizado un extenso y completo estudio de las fuentes de la historiografía vasconavarra. Cfr. Juan María Sánchez-Prieto, *El Imaginario Vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo, 1833-1876*, EIUNSA, Barcelona, 1993.

haber sido frecuentes las lecturas de Altadill, Arigita, Landa, Iribarren Paternáin, Olóriz, Iturralde, Domínguez Arévalo, del Burgo, Esparza, etc. A esto hay que añadir que la cultura navarra “fabrica” sus propias fuentes descubriendo y exhumando viejos documentos.

C) Historiografía española “clásica”, recibida a menudo de forma crítica: Garibay, Mariana, Flores, Ximénez de Rada, Traggia, etc.

D) Historiografía española moderna: Patxot, Lafuente, Bosch Gimpera, Rodríguez Berlanga, etc.

E) Historiografía vasca moderna: Ortíz de Zárate, Iturriza, Soraluze, Arana, Jaurgain, etc.

F) Fuentes clásicas sobre los vascones: Estrabón, Antonino, Silio Itálico, Tito Livio, Ptolomeo, Plinio, etc.

G) Antropología y lingüística modernas: los estudios de Humboldt, Schulten, Jullian, Schmidt, Vinson, Broca, Retzius, Collingwood, etc. Acaso merecería un apartado propio la antropología vasca moderna de Aranzadi, Eguren, Barandiarán, Caro Baroja, etc.

A estos siete grupos habría que sumar algunas obras de difícil ubicación como la *Histoire de Navarre*<sup>8</sup> de André Favyn. Posiblemente habría que añadir también un grupo de falsificaciones, como la *Leyenda de Aitor* de Chaho y los cantos de Lelo y de Altobizkar. Su presencia perdura más allá de la demostración de su falsedad, como “literatura”<sup>9</sup>.

Algunos de estos grupos están fuertemente conectados: la historiografía clásica navarra conoce la historiografía española; la lingüística moderna los textos clásicos, etc.

Sin duda la recepción de todas estas fuentes no es la misma. Las obras de Moret y de Yanguas y Miranda parecen haber sido muy conocidas, pero el acceso a los clásicos grecolatinos, a los textos de la antropología y de la lingüística modernas ha estado mucho más limitado a unos pocos escritores como Campión, Estornés y Altadill.

---

<sup>7</sup> Arnaldo de Oyenart, *Noticia de las dos Vasconias, la Ibérica y la Aquitana*, Eusko Ikaskuntza, San Sebastián, 1929.

<sup>8</sup> André Favyn, *Histoire de Navarre, Contenant l'Origine, les Vies & conquêtes de ses Roys, depuis leur commencement iufques a prefent*, Imp. Pierre Mettayer, Paris, 1612.

<sup>9</sup> El canto de Altobizkar, por ejemplo, podemos encontrarlo reproducido, una vez admitida su falsedad, en virtud de su “valor literario” en C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra, op. cit.*, pp. 35-37. También en Pierre Narbaitz, *Orria o La batalla de Roncesvalles*, Elkar, ¿Pamplona?, ¿1978?, pp. 151 y ss.; Javier Ibarra, *Historia de Roncesvalles*, Talleres Tip. “La Acción Social”, Pamplona, 1935, pp. 22-24; A. Martínez Alegría, *op. cit.*, p. 117 y ss.; Alejo Sorbet Ayanz, *Carlomagno, Roldán y Sancho el Fuerte en Roncesvalles*, Imp. La Acción Social, Pamplona, 1956, pp. 53-58; Dolores Baleztena y Miguel Ángel Astiz, *Romerías Navarras*, Imp. Regino Bescansa, Pamplona, 1944, p. 7; J. Carroquino, *op. cit.*, pp. 37-38, y en R. Querejeta, *op. cit.*, pp. 25-30 (por cierto que dentro del capítulo “Orografía”). Estos dos últimos libros son, como se recordará, textos para niños.

A esto se añade que buena parte de la antropología y lingüística modernas hayan sido conocidas a través de fuentes de segunda mano. A este respecto son frecuentes los compendios de hipótesis. Ejemplos de esta producción son los *Orígenes del pueblo euskaldun*<sup>10</sup> de Campión, las obras de Gallop<sup>11</sup>, Eguren<sup>12</sup>, Bernardino de Estella<sup>13</sup>, etc. Resumir las distintas teorías acerca de cualquiera de los tres orígenes es efectivamente un tópico frecuente que revela un interés sistemático por ellos. En otras ocasiones, al contrario, las citas desvelan lecturas apresuradas y faltas de criterio, provocando curiosas contradicciones<sup>14</sup>.

Una vez mencionadas las fuentes nos encontramos ya en condiciones de abordar cuanto han escrito nuestros autores sobre los orígenes de los navarros.

#### A) Los orígenes en Serafín Olave.

En las primeras páginas de su *Reseña histórica y análisis comparativo de las constituciones forales de Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia*<sup>15</sup> Serafín Olave esboza brevemente una de las últimas historias en clave tubalista de los orígenes de Navarra. Según refiere, tras el diluvio universal Tubal, hijo de Jafet y nieto de Noé, llega con su gente a una España despoblada. Transcurrido cierto tiempo<sup>16</sup>, los descendientes de Tubal son destronados por Gerión que, a su vez, resulta pronto muerto por Osiris<sup>17</sup>. Éste último pasa a dominar la Península.

A decir de Olave desde la llegada de Gerión la mayor parte de los españoles habría sido sojuzgada por diversos dominadores extranjeros. No obstante, en cada ocasión algunos de ellos habrían permanecido independientes del invasor. A diferencia

---

<sup>10</sup> A. Campión, *Euskariana. Octava serie. Orígenes del pueblo euskaldún*, op. cit.

<sup>11</sup> R. Gallop, op. cit.

<sup>12</sup> Enrique Eguren y Bengoa, *Estudio antropológico del pueblo vasco*, Imp. y Enc. de Eléxpuru Hermanos, Bilbao, 1914.

<sup>13</sup> B. de Estella, op. cit.

<sup>14</sup> C. Clavería, por ejemplo, se adhiere a la opinión de Vinson, al que cita de forma mutilada, omitiendo su despectiva opinión acerca de los vascos (Cfr. *Historia del Reino de Navarra*, op. cit., p. 12). La cita completa de Vinsón decía que el vasco era un "ejemplar olvidado de aquellas razas incultas, último representante de aquellos seres, apenas hombres, que cazaban el reno y el oso de las cavernas [...]" (cfr. Julien Vinson, *Les basques et le pays basque, moeurs, langage et histoire*, citado por Arturo Campión, *Euskariana. Décima serie. Orígenes del pueblo euskaldún. - (Iberos, Keltas y Baskos.) - Segunda parte. Testimonios de la Geografía y la Historia clásicas. - Tercera parte. Testimonios de la Lingüística. (Primer volumen.)*, Imp. de J. García, Pamplona, 1931, p. 131). Bernardino de Estella, por su parte, menciona en apoyo de la "primitiva pureza de la raza vasca" (op. cit, p. 25) los nombres de antropólogos que dudaron de aquélla y que expresaron opiniones contrarias al respecto.

<sup>15</sup> Serafín Olave y Díez, *Reseña histórica*, op. cit.

<sup>16</sup> Olave no menciona cuándo, pero la tradición tubalista sitúa este hecho en el reinado del sexto príncipe de España, Betus o Beto.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 12.

de otros historiadores tubalistas como Garibay y Larramendi, Olave sitúa el núcleo resistente español en los Pirineos y no en una más o menos extensa Cantabria<sup>18</sup>. En consecuencia cree que la cuna de España no se halla -como defendía Lafuente- entre los godos refugiados en Asturias (a los que Olave incluye con historiadores como Patxot y Ferrer<sup>19</sup> entre los invasores de España), sino entre los navarros, aragoneses, catalanes y vizcaínos<sup>20</sup>. Sus legislaciones forales, pensaba, encarnaban las primigenias costumbres hispanas, democráticas y antiabsolutistas, constituyendo un modelo para el liberalismo español.

#### B) Nicasio Landa.

Anteriormente afirmábamos que los relatos de los orígenes desbordaban los textos específicamente dirigidos a aclararlos y que, a menudo, las opiniones se amalgamaban sin excesiva crítica. El euskaro Nicasio Landa nos proporciona varios ejemplos de ambas situaciones. En uno de sus cuentos, titulado “Una visión en la niebla”<sup>21</sup>, Landa se refería a los vascos como ‘los hijos de Aithor’<sup>22</sup> y como los primeros señores de Europa. A su parecer eran ‘los únicos Turanianos que con los Finlandeses y Madgyares lograron resistir a la invasión de los Aryas, desbordados sobre toda Europa desde Asia’<sup>23</sup>.

No parece que el médico pamplonés mantuviera siempre esta hipótesis turánica, aunque, dada la confusión existente en lo referido al alcance de las teorías, tal vez no fuera consciente de la existencia de una disparidad en sus opiniones. En una reseña histórica sobre el valle de Lana los aborígenes vascos son identificados con ‘los primitivos iberos’<sup>24</sup>. Según afirma Landa, los actuales habitantes de Vasconia provienen de aquellas ‘tribus que se conservaron puras sin mezclarse con los Celtas que, procedentes probablemente del Norte de África, penetraron en España 1.500 años antes

---

<sup>18</sup> “El Pirineo, entre sus agrestes asperezas, guarda sagradas comarcas que jamás profanó la planta de conquistador alguno.” (*Ibidem*, p. 13).

<sup>19</sup> Cfr. Ortíz de la Vega [seudónimo de Fernando Patxot y Ferrer], *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, Imp. de Cervantes, Barcelona, 1857-59.

<sup>20</sup> S. Olave, *op. cit.*, p. 13. Olave incluye a estos últimos entre los pirenaicos. Sin embargo, apenas vuelven a aparecer y en las páginas finales del ensayo resulta evidente que Olave, no obstante pertenecer honorariamente a los euskaros, no siente gran apego por los vascongados.

<sup>21</sup> N. Landa, “Una visión en la niebla”, *op. cit.*

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 158

<sup>23</sup> *Ibidem*. Más adelante los llama aquellos “a quienes el extranjero Estrabón llamó Iberos” (*Ibidem*).

<sup>24</sup> Nicasio Landa, “Reseña histórica de la universidad y valle de Lana”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1924. Originariamente se publicó en la *Revista del Antiguo Reino de Navarra*, 1888.



de N. S. J.”<sup>25</sup>. Aislados entre ‘las fragosidades del Pirene’ estos antepasados ‘disfrutaron por muchos siglos de la feliz era patriarcal, la paz de la edad de oro’<sup>26</sup>.

‘[...] exentas de ambición y de cuidados se sucedían sus generaciones deslizándose dulcemente su existencia entre las verdes praderas y las sombrías selvas de aquel escondido valle, en feliz armonía con las tribus vecinas de los Várdulos y Autrigones.’<sup>27</sup>

La llegada de los romanos alteró profundamente esta idílica existencia. Desde el primer momento ‘el indomable pueblo vasco les declaró la guerra a muerte, viendo en ellos a los más temibles enemigos de su santa libertad’<sup>28</sup>. Por esta causa los vascos -es de suponer que como los demás iberos- consienten en aliarse con los cartagineses, enemigos de Roma. Derrotada Cartago, los romanos depredan ‘la infeliz España’. No obstante los vascones, a veces vencedores y otras vencidos, ‘pero sometidos nunca’<sup>29</sup>, continúan la lucha contra los advenedizos.

Excavaciones arqueológicas del propio Landa habían mostrado la existencia de una colonia romana en la zona de Lana. Esto podría haber supuesto un factor de distorsión para su relato de los primeros tiempos, pero Landa supo sortear el obstáculo señalando que era ‘de creer que sus relaciones con la tribu indígena Vascona [...] serían cuando más las de una tregua muchas veces violada como la que hoy tienen las tribus beréberes [...] con la guarnición y población española de Melilla, en que a temporadas se comercia en paz, pero en otras al menor recelo comienza la guerra de escaramuzas’<sup>30</sup>. Lógicamente, la caída del Imperio Romano fue contemplada con indiferencia por los vascos, que se aprestaron a defenderse de los nuevos invasores. Tampoco éstos hollarían su patria.

---

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 84. Opiniones similares expresa Landa en su artículo ‘Crania Euskara’, en *Revista Euskara*, 1878. Cfr. p. 85: ‘No, no eran Celtas los Vascos, no eran Aryas, no vinieron de la India, pues como ha dicho Schleicher, nada más antiasiático que la lengua vascongada; estaban ya domiciliados en Europa cuando ellos vinieron’. Aunque contemporáneo a lo que parece de ‘Una visión en la niebla’, Landa se muestra aquí más cauto en torno al turanismo (cf. p. 88). En torno al origen de los iberos parece inclinarse hacia el Caucaso o, al menos, admite la existencia de conexiones entre Armenia e Iberia.

<sup>26</sup> N. Landa, ‘Reseña histórica de la universidad y valle de Lana’, *op. cit.* p.84.

<sup>27</sup> *Ibidem*.

<sup>28</sup> *Ibidem*.

<sup>29</sup> *Ibidem*.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 88.

‘[...] la marea de los Bárbaros hubo de detenerse al pie de estas montañas, cuyos ecos repetían el eterno irrinz de guerra de sus indómitos habitantes.’<sup>31</sup>

### C) Hermilio de Olóriz.

A lo que parece Hermilio de Olóriz concedió poca importancia a las distintas especulaciones sobre la procedencia de los vasconavarros. A duras penas es posible encontrar en él las huellas del mito de Chaho o del iberismo de Humboldt. Su narración de los tiempos primigenios no se centra en las hipótesis sino en cuestiones referidas al tipo de organización que tenían los primitivos vascos y sus relaciones con sus vecinos.

Los *euskaldunas*, afirma en las primeras páginas del *Resumen histórico del Antiguo Reino de Navarra*<sup>32</sup>, son los primeros habitantes de España. Su origen se desconoce, pero son una raza, ‘sin mezcla ni contacto con otras, desemejante a ellas en hábitos y carácter’<sup>33</sup>. Los vascones de Navarra eran una de las tribus que formaban la familia euskara. ‘Merced a su exclusivismo’ esta tribu ‘sostuvo incólume su libertad, puras sus costumbres e inalterado su lenguaje’<sup>34</sup>. A pesar de estas afirmaciones, Olóriz no puede ignorar las fuentes que mencionan la presencia de vascones entre las tropas de Sertorio. Sin embargo, la explica en virtud de una alianza, negando cualquier insinuación de que se tratara del tributo de un país conquistado. Según Olóriz los romanos nunca sometieron Vasconia<sup>35</sup>, al menos hasta tiempos de Augusto. Incluso en esta época su sujeción resulta poco clara y sugiere un pacto: el emperador lleva a Roma una cohorte de vascos para engrosar su guardia personal<sup>36</sup>. Además, las relaciones de los vascones y el Imperio quedan notablemente desdibujadas en las páginas siguientes, cuando se aborda la respuesta de los vascones ante los godos. Un torrente de bárbaros, describe Olóriz, desborda las fronteras del Imperio e invade Occidente.

‘Sólo el país euskalduna permaneció incólume, que, refractario a extrañas influencias y poco amigo de los afeminados deleites del Bajo Imperio, en el que

---

<sup>31</sup> *Ibidem*.

<sup>32</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico del Antiguo Reino de Navarra*, *op. cit.*

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>36</sup> *Ibidem*.

jamás reconoció señorío, conservaba inquebrantable su independencia y su lenguaje [...].”<sup>37</sup>

D) Lino Munarriz.

El *Resumen de la Historia de Navarra*<sup>38</sup> del maestro de primera enseñanza Lino Munárriz y Velasco apareció por primera vez en el *Eco de Navarra* en 1908 en forma de folletín. Es uno de los últimos textos de importancia que, en buena parte, todavía descansa en una prehistoria de filiación bíblica.

A partir de la tripartición postbabélica entre semitas, camitas y jaféticos, Munarriz afirmaba<sup>39</sup> la existencia de cuatro grandes pueblos en Europa. En primer lugar estarían las tribus escitas de procedencia turania, asentadas en Crimea y de filiación camita. En segundo lugar estarían los iberos. Luego vendrían los celtas y por último habría una mezcla de celtas y turanios. Empujados por los indoeuropeos -término con el que plausiblemente Munárriz designa a los celtas- los pueblos iberos y algunas tribus escitas habrían tenido que emigrar desde oriente a occidente. Los primeros en llegar a la Península fueron los escitas, los cuales se asentaron en el Pirineo unos 1800 años antes de Jesucristo<sup>40</sup>. De ahí provendrían los vascos, a decir de Munárriz. Dos siglos más tarde llegaron a la Península los iberos. Hacia el 600 a. de J. C. les siguieron los celtas. Éstos pelearon largamente contra los iberos, si bien terminaron por confundirse con ellos en un sólo pueblo. En fechas posteriores, no definidas por Munárriz, tribus cusitas (según señala, posiblemente turanias) se asentaron en el Levante peninsular. A este mosaico étnico, a esta “muchedumbre”<sup>41</sup> que habita España, hay que añadir los fenicios -con los que Munárriz aventura un posible parentesco con los vascos- y los griegos, que establecieron sus colonias en la Península antes de la venida de los romanos.

En esas fechas Vasconia se dividió en cinco comarcas: la de los jacetanos -la actual Huesca-; la de las tribus vascas centrales -Navarra- y las de Várdulos, Caristios y Autrigones -Vizcaya, Guipúzcoa y Álava-<sup>42</sup>. Los vascos trabaron amistad con los cartagineses, ayudándoles en su lucha contra Roma. Vencidos aquéllos ajustaron paces

---

<sup>37</sup> *Ibidem*.

<sup>38</sup> Lino Munárriz, *Resumen de la historia de Navarra*, Imp. de Aramburu, Pamplona, 1912.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 11.

con los romanos, recibiendo grandes mercedes<sup>43</sup>. A cambio, cohortes vasconas tomaron parte activa en las luchas contra los germanos salvando a las legiones romanas de seguras derrotas. Munárriz no deduce de estas alianzas que los romanos dominaran a los vascos. De hecho afirma que “sólo los vascones se mantuvieron refractarios a la romanización en general”<sup>44</sup>. Amigos de los romanos, no llegaron nunca a confundirse con ellos, rechazando toda tentativa de integración.

‘El euskera aceptaba tratados y alianzas, y aunque rudo e indomable en la lucha, no soñaba en adquisiciones ni en ensanchar territorio, pues su corazón se hallaba engastado en las montañas y de él habían conseguido todos los invasores, iberos y celtas, griegos y fenicios, cartagineses y romanos, una paz inalterable mientras le dejaran a salvo una cosa, la libertad, sus hogares, su autonomía. Lo que no aceptaba era la dominación humillante, la sujeción [sic] forzada de otro pueblo y la esclavitud.’<sup>45</sup>

Más adelante, y de manera un tanto sorprendente, Munarriz menciona a las siete tribus vascas que constituían la federación vascónica<sup>46</sup>. Tres de ellas, nos dice, se marcharon a las Galias, mientras las cuatro restantes permanecieron a este lado del Pirineo bajo el signo del *Lautum* (el *lauburu*, es de suponer). Este apunte -que no se ve cómo se integra con lo anterior- parece provenir de la leyenda de Chaho o de *Amaya*.

E) Jesús Etayo.

El autor de nuestra siguiente historia es un personaje contradictorio, *limes* entre el carlismo y el nacionalismo vasco: Jesús Etayo. En 1934 publicó en un pequeño volumen colectivo una breve síntesis de la historia de Navarra<sup>47</sup>. El origen de ésta, afirmaba, está en la ‘milenaria y misteriosa’<sup>48</sup> raza vasca, cuya procedencia nadie ha podido determinar. A este respecto, Etayo mencionaba algunos de los parentescos que se habían barajado para los vascos: los iberos, los ligures, los celtas, los pueblos

---

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>44</sup> *Ibidem*.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>47</sup> Jesús Etayo, “Algunas breves interpretaciones y glosas de la historia de Navarra”, en Rafael Gurrea ed., *Navarra; Ayer, Hoy y Mañana*, ¿Pamplona?, s.f., pero 1934. Sin paginación.

<sup>48</sup> *Ibidem*.

caucásicos y hasta los pieles rojas. Aunque sin adoptar una postura rotunda -la prudencia es un rasgo frecuente en esta época - es manifiesta la simpatía de nuestro autor por las teorías de Bosch Gimpera<sup>49</sup>, del que dice ser “quien mejor ha estudiado los problemas etnológicos de la Península”<sup>50</sup>. En opinión de este autor, expone Etayo, existirían en España dos culturas contrapuestas, la de Almería y la pirenaica. La almeriense sería probablemente de origen africano. “Los iberos procedían de ella. Los vascos no. Los vascos son pirenaicos y europeos. Netamente europeos”<sup>51</sup>.

Es cierto que algo más adelante Etayo no niega la existencia de relaciones e influencias entre ambas culturas. Pero en cualquier caso, continúa, lo verdaderamente importante es que como “demuestran” las investigaciones de Aranzadi, Barandiarán y Eguren, los vascos del Epeolítico son del mismo grupo étnico que los vascos de hoy.

“Este hecho no se da en otras partes de España. Lo actual, en ellas, no se corresponde con lo prehistórico. Sólo el vasco, el navarro, se identifica a través de milenios y perdura en el mismo territorio.”<sup>52</sup>

Según Etayo se desconoce cuál sería la organización social de Vasconia, pero sea cual fuese es seguro que “vivió independiente muchos siglos”<sup>53</sup>. Con la llegada de los cartagineses y la participación de vascos entre sus tropas, Vasconia “entra” en la Historia.

Tras la derrota de Cartago se produjo la venida de los romanos. “Pero Roma”, puntualiza Etayo, “en sentido estricto, no dominó en Navarra. Ni acaso guerreó contra los vascos”<sup>54</sup>. A su modo de ver, los romanos se limitaron a dominar las vías de comunicación y algunos puntos estratégicos, sin penetrar a fondo en el país. Etayo admite que Roma ejerció una honda influencia sobre Vasconia, ya que “evidentemente [...] era un pueblo superior”<sup>55</sup>.

---

<sup>49</sup> Una muestra de las ideas de Pere Bosch Gimpera puede encontrarse en AA. VV., *España Romana (218 a. de J. C.- 414 d. de J. C.)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1935.

<sup>50</sup> J. Etayo, “Algunas breves interpretaciones y glosas de la historia de Navarra”, *op. cit.*

<sup>51</sup> *Ibidem.*

<sup>52</sup> *Ibidem.*

<sup>53</sup> *Ibidem.*

<sup>54</sup> *Ibidem.*

<sup>55</sup> *Ibidem.*

#### F) Julio Gúrpide.

El origen de los vascones es tratado por el navarrista Julio Gúrpide Beope en su *Geografía e Historia de Navarra*<sup>56</sup> con llamativa brevedad, si bien le destina el suficiente espacio como para hacerse eco de casi todos los tópicos.

Los vascones, afirma, son los primeros pobladores de Navarra. Sus orígenes son oscuros y las referencias a su personalidad escasas. Es posible que fueran iberos, pero también que sean anteriores a éstos. En cualquier caso parece que “según los estudios realizados, los vascos actuales son de la misma raza, del mismo tipo humano que los que desde un principio vivieron en nuestro país”<sup>57</sup>. Su rasgo más sobresaliente es su “carácter indomable y guerrero”. Al hilo de la presencia de vascones entre las tropas púnicas, Gúrpide cita la conocida descripción de Silio Itálico<sup>58</sup>.

En lo referente a la romanización, nuestro autor piensa que los vascones “no admiten en la mayor parte de su territorio, ni la influencia ni la dominación romanas”<sup>59</sup>. Como los astures, cántabros y galaicos, se opusieron tenazmente a los invasores, humillando al “soberbio Augusto”<sup>60</sup> en las guerras cantábricas. Con todo, Gúrpide añade que anteriormente habían tomado partido a favor de Sertorio y que, una vez Augusto consiguió sojuzgarlos, “los vascones son sumamente fieles al imperio romano”<sup>61</sup>. Es entonces cuando se forman las consabidas cohortes con tropas vasconas y “Vasconia da a Roma hombres ilustres”<sup>62</sup>.

#### G) Manuel Iribarren.

Al comienzo de la ya citada *Navarra. Ensayo de biografía*<sup>63</sup>, Manuel Iribarren da cuenta brevemente de los oscuros orígenes de los vascones. “La incógnita”, dice, “sigue sin despejarse”<sup>64</sup>. A pesar de esta declaración, Iribarren se apresura a remarcar

---

<sup>56</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, pp. 137-144.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 132.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 138. La cita se refiere a que los vascones luchaban sin casco ni armadura.

<sup>59</sup> *Ibidem*.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>61</sup> *Ibidem*.

<sup>62</sup> *Ibidem*.

<sup>63</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 51.

que no hay ‘uniformidad de raza’ entre los vascos. En ciertas partes del país, señala, los datos muestran un predominio de los dolicocefalos, en otra de los mesocefalos y, en una tercera, de los braquicefalos. ‘Nada sorprende’, concluye Iribarren, ‘que Vinson niegue nuestra integridad originaria’<sup>65</sup>.

Vistas las dificultades, Iribarren anuncia explícitamente su intención de desentenderse del problema de los orígenes. Sin embargo, sí incluye un *relato* sobre los tiempos primigenios, centrado en la cuestión de la presencia romana.

De entrada, Iribarren se muestra llamativamente evasivo. ‘Nada se sabe a ciencia cierta’, escribe, ‘sobre si nuestros antepasados se resistieron o no a romanizarse’<sup>66</sup>. Es posible que Roma simplemente los ignorase, dada la pobreza y el poco interés estratégico de su territorio. Si parte de Navarra no conoció la presencia romana, insinúa, fue plausiblemente más por la falta de interés de los invasores que por la indómita resistencia de los nativos.

Llegados a este punto Iribarren da un giro inesperado y declara que, de todas formas, ‘vascones y latinos, a lo que parece, se respetaban y convivieron en un régimen de mutua amistad al amparo de la paz romana’<sup>67</sup>. En apoyo a esta tesis Iribarren añade que ambos pueblos lucharon juntos contra los bárbaros, incluso cuando el Imperio agonizaba. Esta mutua amistad llegó hasta tales extremos que los vascones parecieron ‘más romanos que los romanos mismos’<sup>68</sup>.

A pesar de estas afirmaciones, Iribarren cae ocasionalmente en tópicos propios de una concepción más montaraz de Navarra, fenómeno que es común a otros escritores navarristas. Así, en el prólogo a su libro declara en tono solemne:

‘Porque Navarra como núcleo étnico, integra una de las siete tribus euskaras, y sus miembros, originariamente vascos -de basoko: selvático, montañés- han habitado desde los más remotos tiempos el corazón y agreste y las estribaciones del Pirineo occidental, baluartes jamás allanados de su independencia.’<sup>69</sup>

---

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 52.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 152.

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 153.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 153. Es cita de Paulo Orosio.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 11.

H) Bernardo Estornés.

En su monografía sobre *Erronkari (El valle de Roncal)*<sup>70</sup>, de 1927, Bernardo Estornés todavía admitía el tubalismo para explicar el origen de los vascos. Según narra, el patriarca Tubal en persona, “también llamado Aitor”<sup>71</sup>, habría fundado el valle de Roncal a su llegada a España. Como era de esperar, dada la aseveración anterior, la monografía presenta un evidente fondo vasco-iberista. Así, por ejemplo, se alude al *euskara* como “lenguaje que nos permite conocer el primitivo de nuestra España”<sup>72</sup>. Más adelante, Estornés muestra las similitudes que guardan los topónimos de Armenia y Vasconia, sugiriendo una remota migración de los primitivos vasco-iberos desde el Cáucaso.

En lo que atañe a la romanización, el joven Estornés de 1927 pensaba que romanos y vascos mantuvieron relaciones de amistad y encontraba una prueba de ello en el “puente romano”<sup>73</sup> de Urzainqui.

Para 1933 Estornés había pasado a calificar el vascoiberismo como un “mito”<sup>74</sup>. En las páginas de su *Historia del País Basko*, publicada ese año, tampoco se recoge ninguna mención a Tubal y Aitor<sup>75</sup>. En esta ocasión Estornés reconocía la confusión existente en torno al origen de los vascos, si bien añadía que “se va generalizando la creencia de que los vascos constituyen una raza diferente de la ibera y de procedencia completamente desconocida, pero enraizada en Europa desde los tiempos más remotos”<sup>76</sup> -en concreto desde el paleolítico<sup>77</sup>-.

Si en los textos de Gúrpide e Iribarren el problema de los orígenes de los vascos había perdido importancia, o al menos había quedado relegado a una breve mención sobre la dificultad de conocerlos, Estornés, sin detallar ninguna hipótesis, insistía en la radical alteridad de los habitantes de Vasconia respecto a sus vecinos. Según afirma,

---

<sup>70</sup> Bernardo Estornés, *Erronkari, op. cit.*

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 80.

<sup>73</sup> En realidad el puente era medieval.

<sup>74</sup> B. Estornés, *Historia del País Basko, op. cit.*, p. 25.

<sup>75</sup> No por ello está falto el texto de algunos toques curiosos: como en el libro de 1927 (*Erronkari, op. cit.*, p. 43) Estornés postula el origen del tributo de las tres vacas en la derrota que sufrieron los Zimbrios a manos de los vascos en el 125 a. de C. (*Historia del País Basko, op. cit.*, p. 60).

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>77</sup> *Ibidem*, p. 31.



‘los baskos aparecen ya en la edad de la piedra tallada con una cultura autónoma y con caracteres físicos y raciales diferentes a los de los pueblos vecinos’<sup>78</sup>.

Si Estornés separa tajantemente a los antepasados de los navarros de los de los otros españoles, por el contrario identifica a aquéllos con los de los vascongados. Así, várdulos, caristios y autrigones son presentados llanamente como ‘tribus baskas’<sup>79</sup>.

Estornés prosigue abordando la proveniencia de los iberos, quienes cuentan con una presencia muchísimo más reciente en la Península que la de los vascos. Además, frente al origen europeo de éstos, los iberos son ‘probablemente de procedencia africana’<sup>80</sup>. Tanto su cultura como la de los también advenedizos celtas estaba más atrasada que la de los *euskaldunak*<sup>81</sup>. Es comprensible que su llegada afectase negativamente a la plácida existencia de los aquéllos. En efecto,

‘Los baskos vivían muy tranquilos y felices en sus montes y en sus valles cuando en estos mismos tiempos prehistóricos llegaron los primeros enemigos de Baskonia: los keltas y los pueblos iberos [...]’<sup>82</sup>

Más adelante Estornés dedica algún interés a las relaciones de los vascos con los fenicios. Según afirma, éstas fueron ‘netamente comerciales’<sup>83</sup>. Por el contrario, al tratar el tema de los contactos con los cartagineses recoge el tópico de la presencia vasca entre sus tropas, si bien la describe más en términos de aventurerismo individual que de compromiso colectivo. En cuanto a Roma, en principio parece creer que vascones y romanos lucharon durante dos siglos<sup>84</sup>. Estos últimos consiguieron hacerse con algunos lugares estratégicos pero, a partir de ese momento, las relaciones con los vascos fueron escasas y presididas por el mutuo respeto. Únicamente habría que contar algunos ‘episodios sueltos’<sup>85</sup> en los que estos últimos intervinieron en los asuntos romanos.

---

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 48. ‘De lo dicho se puede deducir que ya en aquellos remotos tiempos la raza baska era superior a las otras colindantes, era de cultura más elevada y de una personalidad moral más destacada y armónica con los principios de la naturaleza y la justicia.’ (*Ibidem*, p. 44).

<sup>82</sup> *Ibidem*.

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 57.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 58. Cfr. p. 59: ‘[...] los baskos vivieron en paz con los romanos e independientemente de ellos.’

<sup>85</sup> *Ibidem*.

En 1965 Estornés publicó una nueva obra sobre los *Orígenes de los vascos*<sup>86</sup>. Muy influenciado por la obra de Barandiarán y de la antropología de Viena, los *Orígenes* constituían un notable esfuerzo por actualizar un viejo relato de los orígenes por medio de la terminología y los datos de la antropología moderna.

Una de las novedades más llamativas de los *Orígenes* es que los vascos ya no son reputados ni como los primeros pobladores de la Península ni del Pirineo. Según declara Estornés, en el paleolítico superior el *homo sapiens* está extendido por toda Europa. Entonces se divide en tres razas “blancos, amarillos y negros”<sup>87</sup> (que según cabe deducir se corresponderían con los hombres de Cromagnon, Chancelade y Grimaldi). Los vascos tendrían sus orígenes entre los primeros, en concreto en los magdalenenses, quienes quedaron aprisionados en el Pirineo por el empuje de un pueblo de origen africano, los capsiosos. “El cromañón, acorralado contra el mar, dio origen, por su aislamiento a la Euskalerra prehistórica.”<sup>88</sup>

Desde esas remotas fechas los vascos permanecen estables en este territorio, sin sufrir alteraciones esenciales en su modo de vida ni en su composición étnica. Prueba de ello es que, “en las épocas que se suceden los restos humanos coinciden ya totalmente con los caracteres de los actuales vascos”<sup>89</sup>. Como demostración adicional Estornés efectúa constantes comparaciones entre la hipotética existencia de aquellos pobladores magdalenenses y los vascos actuales. De las pinturas prehistóricas de las cuevas, por ejemplo, deduce una forma de caza extremadamente similar a los encierros sanfermineros contemporáneos<sup>90</sup>.

#### D) Francisco Salinas.

El origen de los vascones no entra dentro del campo habitual de estudios del jurista tudelano Salinas Quijada. Sin embargo, en varios de sus escritos relativos al derecho foral aparece un bordón muy llamativo y del que conviene tomar nota. Es el siguiente:

---

<sup>86</sup> B. Estornés, *Orígenes de los vascos*, op. cit.

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>88</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 69.

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 82. Si bien el ejemplo puede parecer absurdo, lo cierto es que las “supervivencias” de la prehistoria en la Vasconia actual han sido un tópico constante en la antropología vasca, afectando a Barandiarán e incluso a Baroja. En torno a esta cuestión cfr. J. Azcona, *Etnia y nacionalismo vasco (Una aproximación antropológica)*, Anthropos, Barcelona, 1984, 66 y ss.

‘El pueblo navarro, tal vez en sus orígenes, proveniente de los escitas, de procedencia turania, aborígenes de la Crimea, asegurando algunos eran descendientes de Cam, acampó en las vertientes del Pirineo, trocando su vida errante en estable y sedentaria’<sup>91</sup>.

Ocasionalmente, en esos mismos estudios jurídicos, Salinas ha realizado algunas observaciones de interés relativas al género de relaciones que los vascones mantuvieron con Roma. Así por ejemplo, en *Elementos de Derecho civil* escribe:

‘Es posible que la dominación romana no llegara en nuestra tierra hasta sus propias cumbres que, al fin y a la postre, no pudieron despertarles mayor interés y provecho como sus valles u llanos [...]. Y si algún día los romanos subieron a la montaña, lo harían con fines estrictamente militares y de puro tránsito.’<sup>92</sup>

Salinas destaca algunas influencias del derecho romano sobre el navarro, como el régimen dotal, la libertad de testar y la mayoría de edad, pero inmediatamente añade que este influjo no se debió a las armas -ya que no habrían podido con el ‘índomito temperamento bascón’-, sino a la ‘suavidad dominadora’ de su cultura <sup>93</sup>. Con ello ejemplifica el tipo de relación que los nativos aceptan tener con los extraños,

J) En octubre de 1936 apareció en *Diario de Navarra* un artículo titulado ‘El enigma vasco’<sup>94</sup> y signado por las iniciales ‘F.S.’, que podrían corresponder al futuro ministro de Franco Fermín Sanz Orrio. En sus líneas se expresan sugestivas afirmaciones acerca de los orígenes de Vasconia.

Según señala el autor, ‘en lo único que van coincidiendo casi todos los investigadores de altura es que los vascos son los antiguos iberos’<sup>95</sup>. A este respecto el

---

<sup>91</sup> F. Salinas, *Elementos de Derecho civil, op. cit.*, p. 20. Se vuelve a repetir en p. 54, con la particularidad de que la descendencia camita -algo exótica a lo que parece entre turanistas- aparece no ya como aseveración de terceros sino directamente, sólo que seguida por un signo de interrogación entre paréntesis. La fórmula aparece también en Francisco Salinas Quijada, ‘Conceptos y formas de matrimonio en el derecho foral navarro’, en *Príncipe de Viana*, nº 12, 1943, p. 339. También en F. Salinas Quijada, *Estudios de Historia del Derecho foral de Navarra*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1978, p. 117. Resulta curioso advertir cómo los vascos han sido derivados de los tres hijos de Noé: Jafet (tubalismo), Cam (como en este texto) e incluso Sem (teoría del origen fenicio de los vascos, cfr. D. J. Garat, *Origines des basques de France et d’Espagne*, Lib. de L. Hachette & Cia., Paris, 1869).

<sup>92</sup> F. Salinas, *Elementos de Derecho civil, op. cit.*, p. 54.

<sup>93</sup> *Ibidem*.

<sup>94</sup> F. S., ‘El enigma vasco’, en *D. N.*, 3-X-1936, p. 5-6.

<sup>95</sup> *Ibidem*.

antiguísimo idioma vascuence, “aunque sea una lengua muerta e inadecuada para la cultura superior”<sup>96</sup>, ofrece una inestimable ayuda para elucidar el enigma vasco.

“F. S.” da por obvio que los vascos son originariamente iberos. De esta hipótesis extrae una importante conclusión de claro contenido político:

“De todo esto se deduce que los vascos no son o no somos como creen los nacionalistas algo aparte en la creación [...] sino que son simplemente una rama del tronco jafético que pobló el sur de Europa Occidental y uno de los componentes fundamentales de lo que después de mezclarse con los celtas, germanos, semitas, etc., etc., constituye el tipo español, ya que no se puede hablar de razas [...] sin caer en el ridículo.”<sup>97</sup>

Pero si “el ibero o el vasco es el alcaloide de lo español”<sup>98</sup>, ¿cómo se explica que sólo en el País Vasco-navarro se haya conservado el *euskera*? En opinión del articulista, el vasco se hablaba en la antigüedad en toda España. Sólo el “laberinto de bosques impracticables”<sup>99</sup> que caracteriza Vasconia pudo conseguir su supervivencia. Así pues, la valentía indómita ha dejado de figurar como explicación de la permanencia del grupo étnico. Fueron más bien las circunstancias geográficas y la falta de importancia de este rincón de la Península los que permitieron su pervivencia, su marginación hasta fechas tardías:

“La vida de Vasconia durante los primeros siglos de la Edad Media era muy parecida a la del Rif antes del protectorado [...] y sólo gracias a la dominación de navarros y castellanos, se fueron civilizando, hasta que ya en la época moderna asimilaron la cultura española y contribuyeron acaso más que nadie con sus marinos, sus guerreros y sus misioneros a la gran epopeya de la conquista de América.”<sup>100</sup>

Dentro de su terruño los vascos habrían continuado siendo unos salvajes. Sólo la benéfica sujeción de los extranjeros permite su paso a la Historia. Llama poderosamente

---

<sup>96</sup> *Ibidem.*

<sup>97</sup> *Ibidem.* Cabe llamar la atención sobre la filiación jafética de los vascos, distinta a la camítica expresada en los escritos citados más arriba.

<sup>98</sup> *Ibidem.*

<sup>99</sup> *Ibidem.*

<sup>100</sup> *Ibidem.*

la atención el papel de los navarros en este relato. La mayor parte de los autores reseñados hasta ahora identificaban a vascones y vascos, suponiéndolos antepasados de los actuales navarros. ‘F. S.’ titubea. En el párrafo final los navarros aparecen como civilizadores de los vascos, es decir, como un grupo distinto. Sin embargo el propio ‘F. S.’ escribía poco más arriba: “los vascos no son o no somos”. Su identidad étnica, y con ella la de todos los navarros, pende de un “o”.

#### K) Jaime del Burgo.

El navarrista Jaime del Burgo procede en su *Historia de Navarra*<sup>101</sup> de manera inversa a Campián o Estornés. Si éstos trataban de constituir a los vascos como un sujeto homogéneo y de diferenciarlo de sus vecinos, del Burgo, en primer lugar, fractura ese sujeto en tres o cinco partes.

“Vascos -habremos de repetir- eran los vascos o *basques* de la Vasconia francesa; vascones, los navarros, y vascongados, los habitantes de las provincias vascongadas [...].”<sup>102</sup>

Estos últimos, continúa, eran a su vez pueblos “por descontado perfectamente diferenciados entre sí”<sup>103</sup>.

Según del Burgo, que viene a coincidir con Sánchez Albornoz, los vascones invadieron y colonizaron las actuales Vascongadas durante los siglos V y VI. Este territorio se encontraba poblado por várdulos, caristios y autrigones. Del Burgo recoge que algunos historiadores vascongados incluyen a estos pueblos entre los vascones, pero añade que “sus razones no son consistentes”<sup>104</sup>. Por el contrario, las diferencias entre la toponimia vascongada y navarra *muestran* que se trataba de colectivos distintos<sup>105</sup>. Una vez colonizadas por los vascones, estas tribus originaron “unos caracteres distintos a los del pueblo vascón originario, que a su vez siguió en su territorio un proceso similar,

---

<sup>101</sup> J. del Burgo, *Historia de Navarra*, *op. cit.*

<sup>102</sup> *Ibidem*, p. 436. Cursivas suyas.

<sup>103</sup> *Ibidem*, p. 437.

<sup>104</sup> *Ibidem*, p. 290.

<sup>105</sup> *Ibidem*.

*pero de dirección contraria*”<sup>106</sup>. A esto se añade que la Vasconia francesa siguiera a su vez un proceso diferente de la Vasconia española, es decir, de Navarra<sup>107</sup>.

En segundo lugar, del Burgo postula la existencia de fluidas relaciones entre los vascones navarros y los “extraños”. A este respecto subraya su intensa colaboración con los romanos, negando la leyenda de una resistencia indómita.

“No costó a los romanos demasiado esfuerzo la sumisión de los vascones [...] y su temprana romanización data por lo menos de la primera mitad del siglo II a. de J. C.”<sup>108</sup>

Es más, a su modo de ver, “los romanos protegerían a los vascones contra los celtíberos”<sup>109</sup>. Poco ha quedado, en definitiva, del pueblo belicoso y celoso de su independencia que presentaban la mayoría de los textos anteriores. Según concluye el historiador navarrista, Navarra, a diferencia de las Vascongadas, fue “más permeable a las influencias del exterior, abiertas sus fronteras al resto de Europa, receptora o transmisora de una cultura más universal”<sup>110</sup>.

L) Arturo Campión.

Nadie entre los intelectuales navarros ha profundizado en los orígenes de Vasconia como Arturo Campión. Gracias a lo dilatado de su existencia y a su erudición, Campión pudo acceder a una gran variedad de hipótesis sobre el origen de su pueblo. De este modo experimenta la creencia en el mito de Aitor<sup>111</sup>, vive los últimos coletazos del tubalismo antiguo; asiste a la recepción y difusión del iberismo “científico”, a varias de sus crisis y auges; conoce las teorías de Broca, de Charencey, de Fita, de Aranzadi, de Bosch Gimpera, etc. También en el campo de la política es testigo del ocaso de las viejas ideas de corte euskaro y de la implantación de las del nacionalismo aranista y el navarrismo.

Tal vez Campión fuera un integrista religioso, pero no era un fanático intelectual: tempranamente advierte la paulatina destrucción de sus mitos, la dificultad

---

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 291. Cursivas mías.

<sup>107</sup> *Ibidem*, pp. 312 y ss.

<sup>108</sup> *Ibidem*, p. 353.

<sup>109</sup> *Ibidem*.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 436.

<sup>111</sup> De hecho Campión es el primer traductor al castellano de la leyenda de Chaho.

de incorporar a la narración de sus primeros trabajos los datos obtenidos por las nuevas investigaciones en antropología y lingüística<sup>112</sup>. Conforme envejece y comprende el ir y venir de las hipótesis, Campión se torna más prudente al expresar las suyas. Porque, en efecto, al menos en los *Orígenes del pueblo euskaldún* Campión siempre procura justificar su rechazo o adhesión a toda idea, dejando la puerta abierta a una futura rectificación. Esta relativa cautela o, si se prefiere, honestidad intelectual, no impide que sea perfectamente consciente de la relevancia ideológica del tópico de los orígenes<sup>113</sup>.

La historia de su texto más importante a este respecto, los *Orígenes del pueblo euskaldún*, es bastante compleja y puede explicar hasta cierto punto las contradicciones que algunos autores han visto en la obra de Arturo Campión<sup>114</sup>. Los *Orígenes* comenzaron a publicarse con el título de “Iberos, Celtas y Euskaros”<sup>115</sup> en la primera época del *Boletín de la Comisión de Monumentos* en 1895. El cierre de la revista ese mismo año impidió su continuación más allá del tercer capítulo. A partir de 1897 Campión publicó doce capítulos más en la revista *Euskal Erria*<sup>116</sup>, interrumpiendo la edición de nuevo en 1904. Iniciada la segunda época del *Boletín* en 1911, Campión publicó un capítulo más, el decimoquinto. Para 1927, cuando comienza a imprimirse la edición definitiva en forma de libro, Campión era ya un anciano de 73 años con la vista gravemente dañada. Según su propia declaración, poseía cerca de 1300 páginas manuscritas que José Zalba se encargó de ordenar. Tampoco esta vez la publicación llegó a completarse. En 1929 se publicó un segundo volumen<sup>117</sup> y un año antes de la muerte de Campión, en 1936, un tercero<sup>118</sup>. El itinerario desde la antropología a la lingüística, pasando por la geografía y la historia antiguas, proyectado por el autor quedaba truncado.

---

<sup>112</sup> Cfr. el prólogo de la edición de 1904 de “El Genio de Nabarra”, original de 1888, recogido en *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*

<sup>113</sup> Cfr. Arturo Campión, “El anti-iberismo. Notas”, en *Revista Euskara*, 1878, p. 231.

<sup>114</sup> Cfr. J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 216. A nuestro modo de ver resulta excesivo hablar de “contradicciones” en general. Bien es cierto que de *Nabarra en su vida histórica* se desprende el origen ario de los vascos y de los *Orígenes* de 1895 el iberismo no ario. Además en *El Genio de Nabarra* -que del Burgo cita en una edición de 1936- Campión expresa puntos de vista claramente cercanos a los de Chaho. Sin embargo es preciso insistir en que Campión escribe a lo largo de muchos años y que resulta lógica la modificación de sus puntos de vista.

<sup>115</sup> A. Campión, “Iberos, Celtas y Euskaros”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1895.

<sup>116</sup> A. Campión, “Iberos, Celtas y Euskaros”, en *Euskal Erria. Revista Bascongada*, 1897-1904.

<sup>117</sup> A. Campión, *Euskariana. Décima serie., op. cit.*

<sup>118</sup> A. Campión, *Euskariana. Duodécima serie. Orígenes del pueblo euskaldún. -(Iberos, Keltas y Baskos.) tercera parte. Testimonios de la Lingüística. (Segundo volumen.)*, Imp. de J. García, Pamplona, 1936. Como puede verse el orden de los *Orígenes*, a partir del segundo volumen intercalado dentro de las *Euskarianas*, es bastante engorroso.

A los problemas de una edición incompleta se añade que, para 1927, buena parte de las teorías que nuestro autor sostuvo entre los años 1895-1904 quedaran desbordadas por las lecturas de investigaciones más recientes. A pesar de ello, el texto original de 1895 no fue redactado de nuevo. Simplemente fue recompuesto con algunas matizaciones y repartido entre la multitud de páginas de los *Orígenes del pueblo euskaldún*<sup>119</sup> (edición de 1927). Las correcciones no fueron del todo diligentes, de manera que el sentido “científico” del texto quedó notablemente oscurecido. Si hay que achacar esta confusión a Campión o a su colaborador Zalba es difícil de saber. En cualquier caso lo verdaderamente importante es que, a pesar de la modificación de algunas ideas y de la puesta en cuestión o incluso el rechazo de algunas de las *hipótesis* de 1895, el *relato* acerca de los tiempos primigenios pudo mantenerse substancialmente intacto, de modo que la mayor parte del texto “literario” de la primera versión pudo integrarse en la edición definitiva.

El cambio más apreciable entre una y otra versión, en lo que se refiere a las *hipótesis*, afecta al iberismo. En 1895 Campión escribe:

“Rama importante de la raza ibérica según común sentir de los antropólogos son los Baskos.”<sup>120</sup>

Para 1927 esa afirmación había quedado notablemente atenuada:

“Rama importante de la raza ibérica, según sienten ciertos antropólogos contradichos por otros, son los baskos.”<sup>121</sup>

Hay que admitir que el iberismo no quedó en absoluto postergado a la categoría de una hipótesis más en el texto de 1927<sup>122</sup>. Incluso podría decirse que Campión se resistió a darla por falsa. Así, subraya que, aunque Humboldt ha dejado de estar de

---

<sup>119</sup> Campión dice que el texto de 1927 “calca y a veces modifica” el de 1895 (A. Campión, *Euskariana Octava serie. Orígenes del pueblo euskaldún*, op. cit., p. III). Sucede además que los *Orígenes del pueblo euskaldún* corregían un texto de 1923, “Nabarra en su vida histórica” (op. cit.). En este escrito los vascos eran identificados con una de las primeras migraciones arias (p. 58 y ss).

<sup>120</sup> A. Campión, “Iberos, Celtas y Baskos”, op. cit., p. 186.

<sup>121</sup> A. Campión, *Euskariana. Octava serie. Orígenes*, op. cit., p. 185. Otra de las modificaciones más llamativas se refiere a los celtas. En el texto de 1895 Campión, basándose en los trabajos de Broca, distingue explícita y tajantemente entre kymris (galeses, escoceses, irlandeses, etc.) y celtas. Para 1927 no aparece esa distinción, desacreditada ya entre los antropólogos, si bien las páginas dedicadas a los celtas recogen buena parte de aquellas de 1895.

<sup>122</sup> *Ibidem*, p. 160.



moda, su teoría no ha sido aún rebatida, sobreviviendo a cuantas hipótesis rivales la dieron por muerta en el pasado<sup>123</sup>. Además, Campión trae a colación algunos datos tomados de la edición de 1895 en velado apoyo al iberismo, al estilo de las “supervivencias” de la escuela de Viena. Por ejemplo, se hace eco de cómo en los textos clásicos se atribuye a los iberos el gusto por los colores oscuros, añadiendo que la misma preferencia se produce hoy entre los montañeses navarros (mientras que en la Ribera, continua, las mujeres se inclinan por los colores chillones).

No obstante, los vascos son claramente diferenciados de los cántabros en el texto de 1927, una identificación que era general entre los iberistas. De manera similar, Campión rechaza tajantemente la unidad de creencias de los primitivos españoles<sup>124</sup> - algo que, dado su concepto psicologista de raza, sería esencial para postular una unidad racial ibérica -.

Tomando nota del “carácter palimpsestuoso” del texto de 1927 conviene que nos centremos en algunas de sus afirmaciones.

Campión comienza examinando distintas teorías en torno al origen del hombre y de las razas humanas. Constataba así que “raza” era un término polisémico muy difícil de precisar. A menudo elementos de una misma raza poseían caracteres físicos y morales marcadamente distintos. Algo similar sucedía con el problema de la herencia: descendientes de los mismos progenitores presentaban cualidades muy diferentes. Campión deduce de estos fenómenos la imposibilidad de mantener los conceptos de raza y herencia en un sentido estrecho. Sin embargo, introduce como alternativa un concepto que recoge los contenidos de aquéllos: el “genio”. Éste, según escribe, es “el conjunto de disposiciones que cada individuo posee al nacer”<sup>125</sup>. En cierto modo se trata de un rasgo individual, pero guarda muchas similitudes entre los miembros de un mismo pueblo. Campión entiende que el genio de un pueblo no es inmutable y que es susceptible de modificarse con el tiempo. Como “el órgano de una iglesia, suena con diferentes registros”<sup>126</sup> según los individuos y los momentos.

Campión prosigue su investigación repasando algunas de las teorías craneométricas más sobresalientes en torno a los vascos. Cita a Broca, Sappey, Bordier, Hamy y Quatrefages, entre otros muchos. En estos estudios los *euskaldunes* no habían

---

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 141.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 160.

<sup>125</sup> *Ibidem*, p. 35.

<sup>126</sup> *Ibidem*, p. 253.

dado un índice cefálico homogéneo. Entre los vascos peninsulares había predominado el elemento dolicocefalo y en algunas zonas el mesoticefalo. En *Iparralde*, al contrario, habían abundado los braquicefalos. Incluso en lo que respecta a los habitantes de una zona tan pequeña como el norte de Navarra se observaron notables diferencias físicas. Basándose en estos datos, algunos antropólogos como Tylor defendieron la heterogeneidad étnica entre vascos de uno y otro lado del Pirineo. Por su parte, Campión admite que, dada la disparidad observada, los caracteres del tipo físico vasco son muy difíciles de especificar <sup>127</sup>.

En respuesta a este problema nuestro autor advierte que las medidas craneométricas se han revelado notablemente confusas a la hora de sustentar una caracterización de las razas humanas. Dentro de los subdolicocefalos se ha incluido a pueblos tan dispares como chinos y egipcios, y entre los mesoticefalos a holandeses, a pieles rojas y galos. Además, constata Campión, mujeres y hombres dentro de una misma raza, poseen a menudo coeficientes craneales substancialmente distintos <sup>128</sup>. Por consiguiente el índice craneal no constituye de ninguna manera un criterio definitivo para afirmar la identidad y el origen de los pueblos.

‘La dolicocefalia y la braquicefalia podrán ser signos de raza, no de aptitud religiosa, moral, artística, científica, política, etc., y las razas, por causas todavía ocultas, poseen diferente idoneidad en orden a su perfeccionamiento.’<sup>129</sup>

Es preciso retener este párrafo para comprender el pensamiento antropológico de Campión. En ocasiones se ha afirmado que, frente al racismo de Arana, Campión representaba un nacionalismo culturalista, centrado en la lengua. Esto es sólo parcialmente cierto. Como evidencia la cita, Campión cree firmemente en la diferente aptitud moral e intelectual de los pueblos y las razas. De lo que duda es de que esa diferencia resida en las diferencias craneométricas en particular y en los caracteres físicos en general. En el capítulo primero, por ejemplo, sostiene que, durante el

---

<sup>127</sup> El propio Campión habla de dolicocefalia con “aparente” braquicefalia en la p. 244.

<sup>128</sup> Campión da como medias 1574 cm<sup>3</sup> para los varones y 1356 cm<sup>3</sup> para las mujeres (*Ibidem*, p. 189). De este modo se hacía eco de las distintas investigaciones tendentes a demostrar la supuesta inferioridad mental de las hembras. Cfr. Stephen Jay Gould, *La falsa medida del hombre*, Orbis, Barcelona, 1986, pp. 95 y ss.

<sup>129</sup> A. Campión, *Euskariana. Octava serie. Orígenes*, op. cit., p. 47.

paleolítico, existieron en España de dos razas contrapuestas no por los rasgos físicos, sino por sus facultades artísticas<sup>130</sup>.

Es difícil sustraerse a la impresión de que la desconfianza que Campión expresa hacia la craneometría no sea un resultado de la heterogeneidad observada entre los índices craneales de los vasconavarros. La conciencia de esta diferencia podría haberle llevado a rechazar la existencia de una raza común, pero esto no llegó a producirse. Su opinión en lo relativo a este punto es algo confusa. Por un lado, parece buscar criterios extragenéticos para diferenciar el ‘ser racial vasco’. Por ejemplo, tras exponer los distintos índices cefálicos de Vasconia, asevera:

“Aun en el caso de que las razas de ambas laderas del Pirineo sean diferentes, y éstas productos de otras anteriores combinaciones étnicas, el imperativo de la vida opone a los análisis de la ciencia *la síntesis real* que se llama el Pueblo basko.”<sup>131</sup>

Sin embargo, unos párrafos más arriba Campión defendía rotundamente la existencia de un modelo físico vasco:

“Que existe un cierto tipo basko, es decir, cierta fisonomía especial, cierto aire de familia común que nos da pie a menudo para distinguir un basko de otro que no lo es, nadie lo negará. Pero determinarlo es más difícil [...].”<sup>132</sup>

Todavía más: una de las conclusiones que, de manera un tanto extraña, cierra el primer volumen de los *Orígenes del pueblo euskaldun* afirma precisamente la existencia de una raza vasca<sup>133</sup>.

A través de estos titubeos se entrevé el esfuerzo de Arturo Campión por poder seguir hablando de los vascos como sujeto desde el principio de la prehistoria hasta hoy. La necesidad de fundamentar en términos científicos esta pretensión determina una exposición significativamente opaca. Su fin estriba, más que en determinar el origen de los euskaldunas, en *sostenerlos como sujeto*, en evitar su disolución en manos de la antropología, la lingüística y la prehistoria.

---

<sup>130</sup> *Ibidem*, pp. 111-112.

<sup>131</sup> *Ibidem*, p. 252. *Cursivas mías*.

<sup>132</sup> *Ibidem*, p. 193.

Prosiguiendo con las tesis de los *Orígenes* destaca, por encima de otras influencias como la de Bosch Gimpera, el ascendiente de la obra de Telesforo de Aranzadi *El pueblo euskalduna*<sup>134</sup>. Durante algunas páginas incluso, Campión parece estar a punto de aceptar todas sus afirmaciones. Según las investigaciones llevadas a cabo por Aranzadi los vascos serían el resultado de la superposición de tres substratos étnicos.

‘[...] un pueblo ibero o afíne [sic] al berberisco y un boreal que tiene algo del finés y del lapón, con mezcla posterior de un pueblo kimri o germano.’<sup>135</sup>

Sin embargo, sin que se vea bien por qué, las tesis de Aranzadi no parecen satisfacer plenamente a Campión. Es cierto que el propio Aranzadi las había modificado parcialmente hacia 1911, desechando el parentesco finés-lapón de los vascos y destacando como su verdadero representante al elemento dolicocefálico<sup>136</sup>. Esto suponía un claro relegamiento de la teoría del carácter mestizo del pueblo euskalduna.

En medio de la confusión entre las diversas teorías antropológicas que empapa los *Orígenes del pueblo euskaldún* la tesis de la psicología de los pueblos, de origen wundtiano, aparece de pronto como el concepto definitivo que permitirá a Campión continuar hablando de los vascos, si no como una unidad biológica, sí como una unidad espiritual<sup>137</sup>.

‘De la convivencia o mestizaje de dos o más tribus, brotó una conciencia común que redujo a la unidad espiritual los elementos heterogéneos, y apareció una nueva persona, el pueblo euskaldún, con nombre propio y no aprendido, misterioso y milenario, tomado de la lengua misma, la cual, de esta suerte, es la conciencia común sonando en el espacio, perpetuándose en el tiempo.’<sup>138</sup>

---

<sup>133</sup> *Ibidem*, p. 415.

<sup>134</sup> Telesforo de Aranzadi, *El pueblo euskalduna. Estudio de antropología*, Impr. de la Provincia, San Sebastián, 1889.

<sup>135</sup> *Ibidem*, p. 42.

<sup>136</sup> Una exposición de las ideas de Aranzadi posteriores a *El pueblo euskalduna* puede encontrarse en T. Aranzadi, J. M. Barandiarán y M. Etcheverry, *La raza vasca*, Auñamendi, San Sebastián, 1959.

<sup>137</sup> Con todo, esto no significa que la herencia haya desaparecido como factor determinante, ya que :‘Las notas intelectuales y morales [...] se reproducen con tanta persistencia como las anatómicas.’( A. Campión, *Euskariana. Octava serie.Orígenes, op. cit.*, p. 35).

<sup>138</sup> *Ibidem*, p. 250.

Campión, cuya incomodidad podíamos adivinar mientras repasaba las contradictorias caracterizaciones antropológicas sobre los vascos, respira hondo cuando acude a textos relativos a su personalidad psicológica:

“La discrepancia, notoria al comparar las divisas corporales, no se repite cuando comparamos a los observadores del genio psicológico basko. Dejando aparte la feroz diatriba del compostelano y otras pocas de menor fuste, hijas de pasioncillas nacionales y políticas, las explayaciones se explayan [sic] por un ambiente homogéneo de respeto, complacencia y aun entusiasmo: los testimonios acerca de los baskos y sus cosas forman un libro de oro.”<sup>139</sup>

Más adelante veremos cuáles son esos rasgos morales que se atribuyen a los vasconavarros y hasta qué punto Campión tenía motivos para sentirse aliviado. Lo importante ahora es subrayar la existencia de las razas en su concepción antropológica. Según afirma, los caracteres físicos de cada raza son siempre mucho menos precisos que sus caracteres morales. Es más: son éstos los que hasta cierto punto producen los rasgos físicos. ¿Cómo? Es sabido que durante la primera infancia el cráneo es mucho más blando que en la edad adulta. Pues bien, según Campión, “el espíritu interior” va “modelando los cráneos”<sup>140</sup> durante los primeros años de vida. Según se promoció un carácter espiritual u otro obtendremos tipos craneales diferentes.

Como hemos señalado, los *Orígenes del pueblo euskaldún* no llegaron a completarse. A pesar de ello, hacia el final del primer tomo -siempre dentro de la edición de 1927- Campión se creyó en condiciones de anunciar los “puntos capitales” a los que había llegado:

“1º., existe una raza baska, demostrada por caracteres propios y especiales que no se observan en las que le rodean o con ella han convivido; 2º., esa raza es substancialmente europea; 3º., existe un pueblo basko, es decir, una agrupación alienígena a la cual sirve de núcleo la raza, y de la cual ha recibido lengua, cultura, aspiraciones, o sea cuantos elementos hacen posible una vida histórica común; 4º., el baskuenze es un idioma ingénito en la raza baska, que no lo ha

---

<sup>139</sup> *Ibidem*, p. 254. La “feroz diatriba del compostelano” es la de Aymeric Picaud, peregrino del siglo XII en cuyo *Códice Calixtino* o *Compostelano* vierte duros insultos contra vascos y navarros.

<sup>140</sup> *Ibidem*, p. 47.

recibido de ninguna a ella extrañas. Es el carácter sobre todos los caracteres de que disfruta.”<sup>141</sup>

Prescindiendo de las complejas e inconclusas investigaciones lingüísticas de los *Orígenes*, podemos centrarnos ahora en el relato que ofrece nuestro autor acerca de la romanización. Según entiende, en el norte del país los vascones permanecieron relativamente ajenos a dicho proceso, mientras que en el sur tuvieron lugar importantes asentamientos latinos. En cualquier caso, tanto en la versión de 1895 como en la de 1927, Campión se guardaba las espaldas ante la posibilidad de que los datos arqueológicos señalaran en otra dirección:

‘Diariamente aumenta el catálogo de las antigüedades romanas en tierra euskara, sin que sea capaz de amenguar o invalidar los derechos del país, los cuales no dependen de la arqueología, sino de la voluntad de poseerlos y reconquistarlos cuando se han perdido.’<sup>142</sup>

Esta declaración reviste gran interés. Que en una investigación relativa a la presencia romana se haga mención siquiera tangencial, para negar una conexión, a ‘los derechos del país’ revela el temor a que el rumbo de los saberes se vuelva contra una imagen de Vasconia en la que es evidente que en el pasado se han asentado esos derechos. La opinión del polígrafo pamplonés en este punto constituye un buen exponente de su manera de argumentar en los *Orígenes del pueblo euskaldún*:

‘España fue parte de la romanidad [...]. Se mantuvieron fuera de esa órbita las tribus baskonas, cuya lengua prearya hoy mismo nos lo atestigua. Esto no quiere decir que todo su país estuviese substraído a la dominación de los romanos. Antes, por lo contrario, consta que dominaron permanentemente la región más llana y fértil, y aquellos lugares de la montañosa que les interesaba o convenía. La tesis de los Landázuri, Ortíz de Zárate y Moraza, ecos de Henao, no puede, con verdad, sostenerse.’<sup>143</sup>

---

<sup>141</sup> *Ibidem*, pp. 415-416.

<sup>142</sup> *Ibidem*, p. 159. P. 247 de ‘Iberos, celtas y euskaros’, *B. C. M. H. A. N.*, 1895.

<sup>143</sup> A. Campión, *Euskariana. Octava serie. Orígenes*, op. cit., p. 159. Henao es un historiador vasco del XVII que niega la presencia romana en Cantabria. Cfr. Gabriel de Henao, *Averiguaciones de las Antigüedades de Cantabria, enderezadas principalmente a descubrir las de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava, provincias contenidas en ella, y a honor y Gloria de S. Ignacio de Loyola*, Imp. de E. López, Tolosa, 1894-5, 7 volúmenes. Joaquín José de Landázuri y Romárate siguió sus ideas en el XVIII y Ramón Ortíz de Zárate en el XIX.

“No puede sostenerse”. Pero, en realidad, Campión, al exceptuar de la romanización a las tribus vasconas, ha reafirmado el fondo de esas tesis. Ahora bien, un poco más adelante escribe:

“Y aún entre las tribus que retuvieron su libertad natural vivieron, según las trazas, en buenos términos de amistad con los conquistadores. [...] La convivencia amistosa estuvo más extendida que la soberanía extranjera.”<sup>144</sup>

Más adelante Campión insiste en la amistad vasco-romana. Pero, a continuación, y para desconcierto del lector, compara, al igual que Landa y “F. S.”, la situación de Vasconia en esta época con la de la Mauritania colonial<sup>145</sup>. Dando un nuevo bandazo, en las frases subsiguientes Campión matiza esta amistad. Existirían esporádicos golpes de mano, añade, dado el carácter revoltoso de los vascones, pero no grandes rebeliones. Según cree -y en esto sí realizaba una ruptura respecto a los “ecos de Henao”-, los vascos asistieron con indiferencia a la rebelión de los cántabros<sup>146</sup>.

En nuestro periplo por los autores precedentes hemos encontrado hipótesis muy diversas en torno a los orígenes de los vasconavarros. Algunas de ellas se inscriben dentro de una amplia corriente historiográfica, como en el caso del tubalismo de Serafín Olave. Según esta teoría, Túbal, hijo de Jafet, nieto de Noé y sobrino de Sem y Cam, habría sido el primer poblador de España tras el diluvio universal. Su hijo Ibero le habría sucedido en el trono de España, dando nombre a sus habitantes.

La hipótesis tubálica tenía su origen no tanto en el Génesis como en una breve indicación de Flavio Josefo y en las elucubraciones de autores posteriores como San Jerónimo, San Isidoro de Sevilla y Ximénez de Rada<sup>147</sup>. La mayor parte de los historiadores vascos de los siglos XVI, XVII, XVIII y los primeros años del XIX no sólo admitió que los iberos descendían de Túbal, sino que atribuyeron a sus paisanos la condición de descendientes suyos. A este respecto mantenían que el vascuence había sido la primera lengua hablada en España después del diluvio.

---

<sup>144</sup> A. Campión, *Euskariana. Octava serie. Orígenes*, op. cit, pp. 159-160.

<sup>145</sup> *Ibidem*, p. 408.

<sup>146</sup> *Ibidem*, pp. 409 y ss.

<sup>147</sup> Un análisis de estas fábulas puede verse en Julio Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, op. cit. También puede verse en Luis del Campo Senosiáin, *Historia Mítica de los orígenes de España*, Copi printer, Pamplona, 1994.

La teoría iberista, de la que hemos encontrado algunas muestras en los textos de Campión, Landa, Estornés y ‘F. S.’, constituyó una actualización del tubalismo<sup>148</sup>, al menos en la medida que algunos de sus contenidos más míticos quedaron relegados en sus propuestas. William Humboldt<sup>149</sup> es probablemente el representante más célebre de la teoría iberista, aunque en su difusión fueron igualmente importantes las investigaciones de escritores anteriores como Erro, Astarloa y Larramendi (los tres todavía en la órbita del tubalismo), y de filólogos posteriores como Schuchardt que actualizaron sus ideas. El vascoiberismo alcanzó una amplísima difusión entre los intelectuales vascos del XIX, hasta el punto de rozar el estatuto de ortodoxia. A su vez fue atacado por lingüistas españoles y extranjeros como Hovelacque, Jullian, Vinson, Schulten, Rodríguez Berlanga, etc.

Es preciso advertir que el iberismo no constituía una sola teoría homogénea, sino que albergaba diversas versiones, en ocasiones enconadamente enfrentadas entre sí. Cuando, en 1927, Estornés relacionaba los topónimos de Armenia y Vasconia, seguía una de las corrientes más importantes, la del padre Eduardo Fita. Éste había sostenido el parentesco entre la Iberia del Cáucaso, la antigua Irlanda (llamada Ibernica) y la Iberia peninsular<sup>150</sup>. Según defendía, los vascos descendían de los iberos, quienes a su vez provenían de una temprana migración aria<sup>151</sup>. Las tesis de Fita se basaban parcialmente en historiadores antiguos como Prisciano y Dionisio el Periégeta y contaron entre sus seguidores a Knobel y Fernández Guerra<sup>152</sup>.

Una de las hipótesis más llamativas con las que nos hemos encontrado es la del origen turanio de los vasconavarros. La defendían Nicasio Landa, Lino Munárriz y Francisco Salinas. A decir de cierta corriente lingüístico-antropológica, los turanios habrían sido un pueblo formado por los descendientes del patriarca Thur o Tour<sup>153</sup>. Ni

---

<sup>148</sup> Una documentada historia del vascoiberismo en conexión con el tubalismo puede verse en E. Eguren, *op. cit.*, pp. 17 y ss.

<sup>149</sup> G. de Humboldt, *Los primitivos habitantes de España. Investigaciones con el auxilio de la lengua vasca*, Librería de D. José Anllo, Madrid, 1879.

<sup>150</sup> Padre Fita, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*, 1879.

<sup>151</sup> El propio Altadill parece atribuir esta opinión a Campión, a la que se adhiere. Cfr. J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 584.

<sup>152</sup> También Moret (*Anales*, *op. cit.*, tomo I, p. 29) llama la atención sobre las coincidencias toponímicas entre Navarra y Armenia.

<sup>153</sup> En torno al patriarca Thur o Tour y los turanios puede consultarse al propio Campión (*Euskariana. Octava serie*, *op. cit.*, pp. 359 y ss). Una muestra de la polémica turanista puede verse en Abel Hovelacque, *La Linguistique*, C. Reinwald libraire-éditeur, Paris, 1881, cuarta edición, pp. 198 y ss. El término turanio termina por significar generalmente a aquel sustrato étnico que no es ni semítico ni ario. El turanismo encontró una expresión política en el movimiento panturanista que se desarrolló en Turquía contra el imperialismo ruso (André Sellier et Jean Sellier, *Atlas*



camitas ni semitas, venían a representar una versión exótica del jafetismo. Desde el punto de vista lingüístico estos turanios se distinguirían por sus lenguas aglutinantes, entre las que se encontrarían el vascuence, el magiar, el finés, el lapón, el turco y el japonés. Aunque el turanismo terminó designando un concepto esencialmente lingüístico, uno de sus primeros formuladores, el sueco Retzius, atribuyó a los turanios la pertenencia a la raza mongola y el tener cráneos braquicéfalos.

Durante el siglo XIX los defensores de la hipótesis turánica disputaron con los defensores del “aryanismo” la identidad de los pobladores primigenios de Occidente. En la polémica intervinieron por parte de los primeros autores como Max Müller, Lenormant y Retzius, mientras que los segundos contaron entre sus filas con Schleier, Bopp y Grimm. Según los turanistas, los primitivos pobladores de Europa habrían sido los turanios braquiacéfalos. La invasión de los arios dolicocefalos los habría arrinconado en los Pirineos, Laponia y Hungría.

Al lado de estas grandes hipótesis hemos encontrado en nuestro periplo huellas de otras teorías “menores”. Cuando Etayo y Estornés hacían referencia a dos culturas peninsulares, una norteña de origen europeo y otra almeriense de origen africano, se estaban haciendo eco de las investigaciones de Bosch Gimpera. Y cuando el propio Estornés y el doctor Landa mencionaban el nombre de Aitor recogían la citada leyenda de Chaho. Además se ha dejado sentir la influencia de Telesforo Aranzadi en Campián, influencia que es también notoria en otros autores como Gúrpide, Etayo y Estornés.

Naturalmente estas teorías no agotan el catálogo de hipótesis que han llegado a barajarse sobre el origen de los vascos<sup>154</sup>. Según Yanguas y Miranda<sup>155</sup> ya a principios del XVIII se contaban más de ciento noventa opiniones diferentes al respecto. Bien es cierto que no todas han tenido suscriptores entre los literatos navarros. La de Charencey, por ejemplo, que relaciona a los indios americanos con los vascos, sólo se cita como una extravagancia. Otro tanto ocurre con la teoría de Tubino, que ponía el origen de los vasconavarros en África. Otras hipótesis aparecen sólo eventualmente. Cesáreo Sanz y Escartín, por ejemplo, en su disputa con Gregorio Mújica, sigue a Fernández Amador

---

*des peuples d'Europe centrale*, La Découverte, Paris, 1991, p. 41). Al establecer el parentesco del vascuence y el finés el príncipe Bonaparte se aproximó al turanismo.

<sup>154</sup> Pueden encontrarse otras muchas opiniones relativas al origen de los vascos en E. Eguren, *op. cit*

<sup>155</sup> José Yanguas y Miranda, *Resumen Histórico del Reino de Navarra*, Mintzoa, Iruña, 1986, p. 20.

de los Ríos al sostener que el *euskera* se originó en Caldea, pasó luego al pueblo hebreo y llegó por último a los vascos, aderezado con elementos griegos y latinos<sup>156</sup>.

Si uno de los aspectos más llamativos de la historiografía española mítica es la mezcla de motivos bíblicos con motivos grecorromanos (v. g.: el titán Japeto es identificado con Jafet), dentro de la antropología y la lingüística modernas se produce una mezcla conceptual y terminológica parecida. Antropólogos y lingüistas hablan en ocasiones de semitas, camitas y jaféticos -es decir, de conceptos de filiación bíblica-, otras veces lo hacen de lenguas monosilábicas, aglutinantes y flexionales -es decir, de conceptos de filiación lingüística-; otras de celtas, iberos, germanos, etruscos, etc., - términos tomados de las fuentes geográficas antiguas-; a veces de indogermánicos, arios y ural-altáicos -conceptos mixtos entre lo geográfico, lo racial y lo lingüístico- y, a partir de las aportaciones de Broca, de dolicocefalos, mesocéfalos y braquiacéfalos - conceptos basados en diferencias craneales-. Con mucha frecuencia se procura establecer una correspondencia entre cada una de estas terminologías (los braquicéfalos son asimilados a los camitas bíblicos, a los indoeuropeos lingüísticos, etc.) con el resultado de una confusión formidable. Los relatos de los orígenes en la cultura navarra no permanecen en absoluto al margen de esta confusión. Antes bien: en la medida en que las hipótesis sobre el origen vasco son especialmente heterogéneas, ésta es todavía mayor.

Un ejemplo particularmente llamativo de esta mezcla de conceptos y teorías es el de Nicasio Landa. Como hemos visto, Landa combinaba las teorías turánicas con las ibéricas, añadiendo algunos elementos provenientes del mito de Aitor. Sucede que el turanismo, al menos tal y como lo utilizaron en España Rodríguez Berlanga y Sánchez Calvo, constituía precisamente un ataque al iberismo. También Bernardo Estornés mezclaba distintas hipótesis al identificar a Túbal con el patriarca Aitor. Y otro tanto sucedía con Lino Munárriz, quien rebozaba sus afirmaciones bíblicas con algunas ideas propias del turanismo.

La experiencia de la fragilidad de las hipótesis relativas a los orígenes de los vasconavarros lleva a muchos autores a dejarlos en blanco, constatando sencillamente la gran oscuridad existente al respecto. Ejemplos de esta actitud son los textos de Iribarren Paternáin<sup>157</sup>, Gúrpide Beope<sup>158</sup> y Bernardino de Estella<sup>159</sup>.

---

<sup>156</sup> Puede seguirse la polémica en el *Eco de Navarra*, durante todo el mes de noviembre de 1908.

<sup>157</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*

<sup>158</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*

Todas estas circunstancias nos llevan a cuestionar la *importancia ideológica* de estas hipótesis sobre los primeros navarros. A nuestro modo de ver, en cada uno de los escritos reseñados lo importante *desde un punto de vista ideológico* no son tanto las hipótesis como los *relatos* sobre los tiempos primigenios que expresan.

De hecho, las mismas hipótesis pueden aparecer en relatos de significado ideológico contrario. El caso de la *Leyenda de Aitor* es una muestra clara de ello. Chaho es hostil a la idea de España, pero cuando Navarro Villoslada retoma su invención en *Amaya* lo hace para construir una historia españolista. Algo parecido ocurre con el iberismo, en ocasiones atacado y en otras defendido por el nacionalismo español.

En las primeras páginas de los *Orígenes del pueblo euskaldún* Campión fijó explícitamente el fondo de cuestiones que se debatía detrás de toda la selva de hipótesis y que había guiado su indagación bibliográfica. Es a ellas a las que quiere responder en los “puntos capitales” citados anteriormente. Estas cuestiones son las siguientes: ¿Le corresponde al euskara una raza propia?; ¿la raza vasca es descendiente de una raza primitiva?; ¿pertenece acaso la raza vasca a otro grupo racial más genérico, con la única particularidad de una lengua distinta?; ¿qué relación guardaron los “baskos” con otros pueblos de la antigüedad?; si fuera cierto que los vascos son mestizos, es decir, que no corresponden a una sola raza, ¿de dónde pudo surgir su lengua?, ¿cuál fue la raza que lo añadió al producto final?; ¿hasta qué punto el euskera es un islote lingüístico?<sup>160</sup> A nuestro modo de ver, estas preguntas, aunque dejan entrever el fondo de las discusiones sobre los orígenes, no llegan a expresarlas con la suficiente abstracción. Todavía se encuentran demasiado ligadas a las polémicas concretas que Campión sostuvo. Depurando esos contenidos coyunturales y tomando como referentes las tramas del *saltus* y del *ager* proponemos examinar los relatos de los orígenes como respuestas a los siguientes pares de cuestiones:

A) ¿Constituyeron los antepasados de los vasconavarros un sujeto étnico singular?

B) ¿Mantuvieron relaciones con los “extraños” (iberos, romanos, etc.) o bien permanecieron aislados sobre sí mismos?

---

<sup>159</sup> B. de Estella, *op. cit.*

A) La cuestión de la singularidad es indudablemente la de mayor importancia. Con ella se hace referencia no solamente a la originalidad étnica de los vascones sino también, y de un modo fundamental, a su reconocimiento como sujeto histórico. Al “distinguir” a los vascones como referentes de una indagación sobre los orígenes y, sobre todo, al dar por supuesta su conexión con los actuales navarros, se les instituye como tales<sup>161</sup>. Hoy puede parecer casi obvio que los vascones son un referente historiográfico peculiar pero, de hecho, esta singularidad ha debido ser elaborada y sostenida historiográficamente (o, en un sentido más amplio, culturalmente). En especial durante el barroco, pero también posteriormente, pudo ser habitual la inclusión de los vascones dentro de un sujeto cántabro, cosa que hoy no ocurre. Por lo demás, ese referente histórico -el “ser vasco”, “ser navarro”- ha variado notablemente sus rasgos primigenios: la descendencia del tronco jafético o la ibericidad, que lo caracterizaron un día, hoy están ausentes. Similarmente, cabe llamar la atención sobre el hecho de que, mientras el referente identitario vascón permanece, otros referentes que le fueron contemporáneos nos resulten inverosímiles para el presente. Nadie se llama hoy escita, turdetano o ilergete, y pocos gaditanos reconocerán una filiación tartesa. Por otro lado, los vascos o vascones, aunque reconocidos como sujeto histórico, no han sido siempre unánimemente considerados como los principales antepasados de los navarros. En el capítulo II vimos a Nadal de Gurrea (siguiendo al *Diccionario* de la Academia de 1802) postular la existencia de un pueblo bárbaro, los návaros, como ascendientes de los actuales navarros<sup>162</sup>. En otras ocasiones se consideró a los vascones sólo como un ingrediente de la etnicidad local. Así, Julio Nombela cree que Navarra nació de una “alianza de varios pueblos conocidos en la remota antigüedad con los nombres de vascones y vándalos”<sup>163</sup>. Es notorio que estos últimos no figuran hoy en ningún imaginario como progenitores de Navarra.

Hay más textos que nos muestran cómo la identificación de los vascos o vascones con los antepasados de los actuales navarros es un producto historiográfico no

---

<sup>160</sup> *Ibidem*, pp. 5-6. Examinando la antropología vasca, Jesús Azcona señala que: “Las preguntas claves que los etnólogos se han planteado son, en primer lugar, si existió una cultura vasca y en qué consistió y, en segundo lugar, si esta cultura ha perdurado, cómo y dónde, hasta la actualidad.” (*op. cit.*, p. 65).

<sup>161</sup> A este respecto puede recordarse la importancia que, desde los medios culturales vascos, se concede a la obra de A. Ohienart, *Notitia utriusque Vasconiae* como la primera que hace una historia común de *Hego e Iparralde*.

<sup>162</sup> La hipótesis no resultó por entonces tan absurda como para no llegar a ser comentada. Así Julio Nombela no la acepta pero considera que debe ser tomada en consideración. Cfr. J. Nombela, *op. cit.*, p. 13. Del Burgo califica la teoría como de “evidente atractivo y originalidad”. Cfr. J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 341 y ss.

<sup>163</sup> J. Nadal, *op. cit.*, p. 14.

unánimemente aceptado hasta fechas relativamente recientes. Hacia 1876 Serafín Olave no parece haberla advertido: habla simplemente de “navarros”, aún en los tiempos más remotos. Todavía en 1911 Fernando Antón de Olmet, marqués de Dosfuentes, negaba que los navarros fueran de origen vasco. Según él “la mayor parte de los navarros, desde el punto de vista de la raza son riojanos”<sup>164</sup>. Cabe recordar igualmente el proceder de “F. S.” en 1936, dubitativo entre su pertenencia o no al colectivo vasco.

En definitiva, es preciso tomar conciencia de que la elección del sujeto histórico es un requisito básico y de trascendental importancia y de que esa singularidad necesita ser construida culturalmente. El principal cometido de los relatos anteriormente reseñados consistía en ofrecer un antepasado común a todos los navarros, con indiferencia de que extendieran o no a vascongados y vasco-franceses.

Obviamente la identificación de un sujeto histórico se realiza con arreglo a algún criterio. Es decir, es preciso designar aquello que diferencia al colectivo que se desea constituir de los demás grupos. En el caso concreto de los vascones este criterio ha variado sensiblemente a lo largo del tiempo. Así, se ha fundamentado su distinción en la descendencia de los antiguos iberos, en el carácter aglutinante de su lengua, en la media craneal, etc. Estas diferencias son, en lo que atañe a nuestra discusión, simplemente cuestión de detalle.

En relación a las tramas del *saltus* y *ager*, la primera de ellas parece ligarse a una constitución “fuerte” del sujeto histórico navarro. Los vascones aparecen como un colectivo perfectamente diferenciado de sus vecinos y con una estrecha continuidad con los actuales habitantes de su territorio. El *ager*, por el contrario, tenderá a debilitar tanto esa distinción como la pervivencia del primitivo elemento étnico. Postulará un origen menos consistente y una mayor participación de otros grupos (celtas, castellanos, etc.) en la actual composición de Navarra. Los relatos del *saltus* insisten en la pureza de los navarros, en su singularidad étnica histórica. Es decir, no sólo reconocen un sujeto bien marcado sino que lo ligan estrechamente a los navarros actuales. Mientras, los relatos del *ager* tienden a reconocer el mestizaje étnico de Navarra o, en su defecto, a distanciar a los navarros del presente de los antiguos vascones o a postular su condición mixta. Como hemos podido ver, estos relatos no son demasiado frecuentes en la cultura navarra durante el período que nos ocupa.

---

<sup>164</sup> Marqués de Dosfuentes, “Los vascos”, *Por Esos Mundos*, n° 192, 1911, p. 68.

Íntimamente unida a la cuestión de la constitución de un sujeto histórico está la de la definición de sus componentes. Esto es, identificar un antepasado conlleva alguna declaración sobre quienes son sus descendientes al margen de los propios navarros. Como puede suponerse, este punto se refiere principalmente a la unidad o heterogeneidad “original” de navarros y vascongados. Al admitir un mismo antepasado para unos y otros se les hace compartir una misma historia, un mismo pasado y una misma memoria, “inventándolos” como comunidad. Al negar que vascongados y navarros tengan un origen común se les “forja” como grupos étnicos diferenciados, ofreciéndoles un pasado diferente.

Especialmente en los últimos años, algunos autores de la órbita navarrista, como del Burgo, han tratado de diferenciar entre los vascones y los antiguos pobladores de las Provincias Vascongadas<sup>165</sup>. Los autores más cercanos al nacionalismo vasco, por el contrario, o bien han dado por supuesta la unidad étnica de los siete territorios o bien han insistido en la verosímil “vasconidad” de aquellos pueblos prerromanos. Las diferentes distinciones introducidas por algunos historiadores entre vascones y vascos, entre vascongados y vascos, etc., han permitido a las tendencias antivasquistas identificarse con el viejo sujeto de los orígenes de la mayor parte de la historiografía navarra, sin conceder con ello un argumento al panvasquismo. Es decir, se hace posible reconocerse descendiente de los vascones sin admitir ningún “parentesco” con los vascongados<sup>166</sup>.

La ubicación de estas distinciones entre vascongados, vascos, navarros y vascones dentro de nuestras tramas es compleja. En cierta medida distinguir

---

<sup>165</sup> Cfr. C. Sánchez Albornoz, *op. cit.*; J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*

<sup>166</sup> Con todo, es preciso tomar nota de la existencia en la actualidad de una ruptura merced a estas distinciones o identificaciones tajantes en un vocabulario histórico-político que, contra las aspiraciones de modernos nacionalistas y navarristas, en realidad no ha estado nunca demasiado definido. En concreto, antes de la Restauración la terminología es poco clara. Lasala, por ejemplo, distingue implícitamente entre vascos y navarros (Cfr. Luis María Lasala, *Compendio de la Historia de España, con un resumen de la de Navarra, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Imp. de Huarte, Pamplona, 1860). Teodoro Ochoa (*Diccionario Geográfico Histórico de Navarra*, Imp. del autor, Pamplona, 1842) en cambio habla de ellos indistintamente. El *Diccionario Geográfico Histórico de España (op. cit.)* distingue a veces a vascos -como habitantes originarios identificados con vascongados- de navarros - descendientes de los navarros- (pp. 443-444, cap. II, 58 y 59). Moret (*Anales, op. cit.*) habla sólo de vascones, pero en el libro primero identifica con ellos a los vascos. En otro lugar (*Investigaciones históricas de las Antigüedades del Reyno de Navarra*, Imp. de Pascual Ibáñez, Pamplona, 1766, p. 103) equipara ser vascongado con hablar vascuence. A partir de la Restauración, con pocas excepciones, los vascones son tomados indistintamente como vascos. Entre el navarrismo las distinciones no son ni unánimes ni claras. En la *Pequeña historia (op. cit.)* de Esparza, en cambio, ni vascones ni vascos aparecen en ningún momento, nombrándose sólo a los navarros. Justo Pérez de Urbel, por su parte, (“Navarra y Castilla en tiempos de Sancho el Mayor”, en *Príncipe de Viana*, nº 18, 1945) llega a excluir implícitamente a Navarra de Vasconia. En otros lugares, en cambio, identifica a vascones con vascos y con navarros (cfr. Fr. Justo Pérez de Urbel, ‘Lo viejo y lo nuevo sobre el origen del Reino de Pamplona’, en *Al-Andalus*, vol. XIX, 1954). En M. Iribarren Paternáin (*Navarra, op. cit.*), en J. Gúrpide (*Geografía e Historia, op. cit.*) y en el Conde de Rodezno (*De tiempos lejanos, op. cit.*), los vascones siguen siendo designados como vascos. Como hemos dicho, hoy

tajantemente entre los antepasados de los navarros y vascongados reforzaría la lógica del *saltus*, incrementaría la pureza y singularidad de los ancestros. Desde otra perspectiva, la distinción debilitaría la integridad de los orígenes, al fragmentar un sujeto que hasta entonces se había supuesto homogéneo. Bien es cierto que la motivación de estas distinciones reside en discusiones políticas que se sitúan fuera de nuestro período de estudio. Como veremos más adelante, el vasquismo predomina dentro del navarrismo hasta fechas muy recientes.

B) Además de definir un sujeto, su singularidad y su extensión es importante dar una idea de sus relaciones con el Otro. La “autenticidad” de los primeros tiempos, la primitiva singularidad puede haberse pervertido si el sujeto de los orígenes admitió mezclarse con el Extraño, bien porque intercambió con él mujeres, bien porque consintió su influencia adoptando su lengua o sus costumbres.

De cuantos relatos hemos reseñado todos hacían referencia al tipo de relación que los vascones sostuvieron con los diferentes Otros. Hasta la llegada de los romanos puede decirse que los textos se mueven en un margen muy estrecho. La cuestión de la participación de vascones entre las tropas de Cartago, por ejemplo, estriba en si significó un mero acto de aventurerismo por parte de algunos miembros del grupo o, por el contrario, fue el resultado de un compromiso amistoso formal. La cuestión de la romanización, en cambio, tiene una trascendencia mucho mayor. No en vano ésta es, a decir de Campión, la “puerta por donde entran a la vida histórica”<sup>167</sup> los vascones.

Una corriente en la historiografía vascongada sostiene la irreductibilidad de los vascos a los romanos. En los relatos que hemos presentado, en cambio, es manifiesta en este punto una clara ambigüedad, si no una contradicción. Al tiempo que se admitía la participación de Vasconia en las luchas romanas, se afirmaba su aislamiento. El origen cronológico de esta falta de claridad parece estar en Yanguas y Miranda. Éste, en su *Resumen histórico*<sup>168</sup>, venía a decir que, en general, los vascos habían tenido las mismas relaciones con los romanos que el resto de los españoles. Primero los combatieron asociados con Cartago, convirtiéndose luego en aliados de los diferentes bandos que se disputaron el poder en Roma. En la lucha entre César y Pompeyo, también como los

---

por hoy la historia navarrista tiende a debilitar el patronímico vascón y a diferenciarlo de los vascongados. Este último término, en el lenguaje corriente, ha pasado a ser sustituido por el de “vascos”.

<sup>167</sup> A. Campión, “Nabarra en su vida histórica”, *op. cit.*, p. 407.

<sup>168</sup> J. Yanguas, *op. cit.*, pp. 36 y ss.

demás pueblos peninsulares, los vascones se alinearon con el segundo. Tras la victoria de César, los cántabros o vascones, asturianos y gallegos continuaron resistiendo. Sólo Augusto consiguió reducirlos aunque, admirado de su valor, tomó una cohorte de vascos para su protección personal. Otras tropas vascas combatirían más adelante en Germania al lado de Roma.

La ambigüedad a la que hacemos referencia hace su irrupción cuando Yanguas trata el tema de la romanización. Toda España, señala, es romanizada con la aquiescencia de sus habitantes, los cuales adoptaron sus leyes, ritos e idioma. Toda España “excepto los vascones montañeses, donde nunca pudieron penetrar del todo la dominación ni las costumbres extranjeras”<sup>169</sup>. Hemos visto repetirse con pequeñas variaciones esta expresión en Campión, Munárriz, Olóriz, Iribarren, etc.

Todavía en 1971, cuando Carlos Clavería examina la romanización, expresa opiniones similarmente ambiguas. Así señala que, tras la lucha, los romanos se conformaron con dominar las tierras llanas.

“Logrados estos objetivos, los romanos no molestaron a los vascos pudiendo éstos vivir a su modo, conservando su idioma, leyes y costumbres.”<sup>170</sup>

No obstante, matiza diciendo que la “amistad de vascos y romanos fue muy estrecha”<sup>171</sup>. Pero casi seguidamente recae en el tópico:

“La península Ibérica recibió de los romanos, costumbres, leyes y lengua, sólo Vasconia se mantuvo refractaria a la romanización general.”<sup>172</sup>

Para terminar de confundir las cosas en la página siguiente escribe a propósito de la Pamplona romana:

“Todo esto induce a creer que pese al aislamiento en que vivían los moradores del Pirineo, no dejó de existir un estrecho contacto con los ocupantes. Los

---

<sup>169</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>170</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra, op. cit.*, p. 22.

<sup>171</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>172</sup> *Ibidem*.



vascones se beneficiaron de muchas mejoras relacionadas con la agricultura, minería y metalurgia.”<sup>173</sup>

La razón por la cual la romanización resulta tan ambigua en la mayoría de los autores estriba en que ésta pone en escena dos tipos de relación paradigmática con los Extraños, una del *saltus* y otra del *ager*. La primera está presidida por las nociones de apertura, colaboración y pacto, y la segunda se encuentra marcada por la resistencia agónica y el aislamiento. Es significativo que el nacionalista “Mendigorría” atribuya en 1911 a los partidos españolistas la consigna “Vascos, a latinizarse”<sup>174</sup>. Sería precisamente la falta de solución entre las tramas a la que hemos hecho referencia en el capítulo III la que provocaría cuantos equívocos hemos reseñado.

Ello no obsta que sea posible observar una inclinación de los relatos hacia una de las dos tramas en juego. Es claro que Olóriz<sup>175</sup> insiste en el aislamiento y que, por ejemplo, Jaime del Burgo<sup>176</sup> inclina la balanza hacia la colaboración. Entre ambos extremos la cuestión se debate en torno al alcance de la presencia romana y las relaciones de amistad o sumisión que los nativos habrían tenido con los invasores. Como es obvio, los autores más cercanos al *saltus* describen a los primitivos vascones reclusos en sí mismos, mientras que los próximos al *ager* tienden a presentarlos relacionándose con sus vecinos.

### **Los orígenes del reino.**

---

<sup>173</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>174</sup> Mendigorría, “Diferencia”, en *Napartarra*, 15-IV-1911.

<sup>175</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 13.

<sup>176</sup> J. del Burgo, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, pp. 349 y ss.

‘Porque á la verdad ¿qué nos importa que los primeros reyes de Navarra se llamasen Sanchos i Iñigos, ó Aznares? ¿Qué puede deducirse de que fuesen cántabros, asturianos, vascones ó bairgorrianos? ¿Qué significan esas eternas disputas, queriendo atribuirse cada uno la gloriosa casualidad de haber dado reyes á un país que jamás quiso ser dominado sino de sí mismo?’<sup>177</sup>

José Yanguas y Miranda.

Los primeros tiempos del reino de Navarra son los segundos orígenes de los que da cuenta la cultura local. La tesis que guiará nuestra indagación aquí es la misma que ha guiado el apartado anterior, es decir, que bajo la repetición de unos mismos tópicos y más allá de la recepción de unas fuentes, lo importante desde el punto de vista de un análisis ideológico son los relatos que se ofrecen en los textos.

Tampoco en esta ocasión ello significa que los diferentes autores escriban al margen de una tradición historiográfica. De hecho, en el caso de los orígenes del reino ésta es mucho más discernible que en el caso de los orígenes primigenios. En concreto, puede hablarse de la existencia de un relato básico de los comienzos del reino, un relato que en su mayor parte aparece en Moret<sup>178</sup> y que buena parte de nuestros autores repite total o parcialmente. Según este relato, tras la caída del poder visigodo los vascones luchan denodadamente contra los árabes. Sin embargo se encuentran divididos entre sí, lo que les resta eficacia militar y provoca violentas disputas por el reparto del botín obtenido. Conscientes de la necesidad de unificarse para sobrevivir, los navarros deciden elegir un rey. Antes de proclamarlo le obligan a jurar el respeto a unas leyes, a las que nunca podrá empeorar, aunque sí mejorar. Entre estas leyes destacan la reparación de agravios, la distribución de los bienes de la tierra con los naturales de ella y la obligación de gobernar en colaboración con los doce ‘ricos homes’ o los más ancianos sabios del país. Tras el oportuno juramento, dichos ‘ricos homes’ alzan al nuevo monarca sobre un escudo mientras repiten por tres veces ‘real’.

A partir de este relato básico se inscriben las distintas variaciones que efectúan nuestros autores. Hay que adelantar que el relato-tipo como tal parece situarse al margen

---

<sup>177</sup> J. Yanguas, *op. cit.*, pp. 25-26.

<sup>178</sup> J. Moret, *Anales, op. cit.*, tomo I, pp. 208-223.

del *saltus* y el *ager* de forma que las tramas se añaden por medio de notas marginales, en ocasiones muy breves, con las que la narración en conjunto se inclina eventualmente hacia uno de los lados. Esto no significa que el relato de Moret, o más genéricamente su obra, carezca de sentido ideológico: simplemente sucede que responde a cuestiones diferentes a las planteadas por las tramas.

Para algunos escritores navarros, como Gil y Bardají<sup>179</sup>, Olóriz<sup>180</sup>, Navarro Villoslada<sup>181</sup>, Nadal<sup>182</sup>, Marichalar y Manrique<sup>183</sup> y Arriaga<sup>184</sup>, el primer príncipe de los navarros habría sido García Jiménez<sup>185</sup>. Para otros, entre los que cabe mencionar a Ilarregui<sup>186</sup>, Campión<sup>187</sup>, Munárriz<sup>188</sup>, Etayo<sup>189</sup>, Gúrpide<sup>190</sup>, Esparza<sup>191</sup> e Iribarren Paternáin<sup>192</sup>, habría sido Iñigo Arista<sup>193</sup>. Los que escogen al primero admiten la existencia de una serie variable de reyes, calificados de fabulosos por quienes toman al segundo: Fortuño García, Jimeno Íñiguez, etc.

La fecha en que da comienzo el reino no varía ya entre dos opciones sino entre muchas más. Olóriz<sup>194</sup> aventura el año 714, Munárriz<sup>195</sup> lo retrasa hasta el 835, Etayo<sup>196</sup> lo fija menos precisamente, en el siglo IX; Campión señala el 824 e Iribarren, en fin, se contenta con afirmar el final del siglo VIII<sup>197</sup> y citar a Favyn para defender que “el Reino de Navarra es el más antiguo de todos los de España”<sup>198</sup>. En el otro extremo, Fray

---

<sup>179</sup> Paulino Gil y Bardají, *Memoria acerca de los hombres célebres de Navarra desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Imp. Provincial, Pamplona, 1882, p. 9.

<sup>180</sup> H. Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>181</sup> F. Navarro Villoslada, *Amaya*, *op. cit.*, p. 406.

<sup>182</sup> J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, p. 29.

<sup>183</sup> A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, p. 10.

<sup>184</sup> José Miguel Arriaga Sagarra, “Las Cortes de Navarra” en *Príncipe de Viana*, nº -56-57, 1954, p. 298.

<sup>185</sup> Este sería el primer príncipe de Navarra para Moret, Garibay, Mariana y Yanguas y Miranda entre otros.

<sup>186</sup> Pablo Ilarregui, *Del origen y autoridad legal del Fuero General*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>187</sup> A. Campión, “Nabarra en su vida histórica”, *op. cit.*, p. 417.

<sup>188</sup> L. Munárriz, *op. cit.*, p. 34.

<sup>189</sup> J. Etayo, “Algunas breves interpretaciones y glosas de la historia de Navarra”, *op. cit.*

<sup>190</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 153.

<sup>191</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 28.

<sup>192</sup> M. Iribarren Paternáin, *Navarra*, *op. cit.*, p. 158.

<sup>193</sup> Arista sería también el primer rey para la Academia de la Historia, Ximénez de Embún, Zurita y Traggia.

<sup>194</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>195</sup> L. Munárriz, *op. cit.*, p. 34.

<sup>196</sup> J. Etayo, “Algunas breves interpretaciones y glosas de la historia de Navarra”, *op. cit.*

<sup>197</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 157.

<sup>198</sup> *Ibidem*, p. 149.

Justo Pérez de Urbel<sup>199</sup> no hace a Navarra reino sino hasta el 905, con Sancho Garcés. Además añade que su creación sólo tuvo lugar ‘bajo el patrocinio de Alfonso III’<sup>200</sup>.

Junto a estas variaciones relativas al primer monarca y a la fecha del inicio de su reinado hay otras diferencias significativas. Algunos, como Manrique y Marichalar<sup>201</sup> o García Abadía,<sup>202</sup> recogen fielmente la narración de Moret, según la cual seiscientos caballeros navarros habrían elegido al primer príncipe de Navarra en la Burunda. Otros, como Ramírez Arcas<sup>203</sup>, convierten la reunión en una asamblea de señores godos. Olóriz<sup>204</sup> acude al Fuero General de Navarra para mostrar al primer príncipe arrojando su moneda al pueblo. Las fuentes pueden incluso coincidir exactamente pero en la relación del suceso se escogen detalles diferentes, a menudo sin que nada en apariencia motive la selección.

Más allá de estas diferencias es curioso advertir hasta qué punto los relatos de los orígenes del reino se centran *ritualmente* en el ceremonial de coronación. No es casual que una de las lecturas para niños de Gúrpide Beope<sup>205</sup> se centre precisamente en este punto. También uno de los cuadros más populares del pintor Asarta recoge la proclamación<sup>206</sup>. Luis del Campo, por su parte, ofrece en sus *Investigaciones histórico-críticas*<sup>207</sup> una sugerente exégesis de la misma entre lo antropológico y lo mitificante.

Otros tópicos, como el significado del apodo “Arista”, son asimismo muy frecuentes. Para la mayoría éste significa ‘roble’, en referencia a la fortaleza física del rey navarro, pero no faltan etimologías más exóticas. Ortíz de Zárate<sup>208</sup> lo traduce por ‘encina’. Ilarregui<sup>209</sup> lo deriva del griego “αρίστος”. Gaztelu<sup>210</sup> lo traduce por ‘roble’,

---

<sup>199</sup> F. J. Pérez de Urbel, ‘Navarra y Castilla en tiempos de Sancho el Mayor’, *op. cit.*

<sup>200</sup> *Ibidem*, p. 39.

<sup>201</sup> A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, p. 10.

<sup>202</sup> Anacleto García Abadía, *Historia y juicio crítico de la conquista de Navarra*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1877, p. 9.

<sup>203</sup> Antonio Ramírez Arcas, *Itinerario descriptivo, geográfico estadístico y mapa de Navarra*, Imp. de T. Ochoa, Pamplona, 1848, p. 70. Además no aparecen los vascones sino sólo los navarros.

<sup>204</sup> H. Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>205</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, pp. 156 y ss.

<sup>206</sup> El cuadro de Inocencio Asarta se encuentra en el Ayuntamiento de Pamplona.

<sup>207</sup> L. del Campo, ‘Ceremonial en la Coronación de los Reyes de Navarra’, en *Investigaciones histórico-críticas*, *op. cit.* También para Dolores Baleztena y Miguel Ángel Astiz (*op. cit.*, p. 224) el ritual de coronación posee una decisiva importancia: ‘Entraña este acto de la proclamación del príncipe, un simbolismo que presidió todos los actos de la vida de nuestro Reino, previsiones y sabias ordenanzas que hicieron posible que se conservase hasta hoy el espíritu de Navarra en la misma línea de fe y fortaleza inexpugnable.’

<sup>208</sup> Ramón Ortíz de Zárate, ‘Primeros tiempos de la monarquía navarra’, en *Revista Euskara*, 1878, p. 113.

<sup>209</sup> P. Ilarregui, *Del origen y autoridad legal del Fuero General*, *op. cit.*, p. 25.

<sup>210</sup> R. Gaztelu, *op. cit.*, p. 35.

pero lo explica por la cruz que se le apareció al monarca en uno de estos árboles. Gil y Bardají<sup>211</sup>, por último, aventura una explicación mucho más confusa, relacionada con la voz castellana “arista”.

Repitiendo el mismo relato básico de las circunstancias que motivan la creación del reino se introducen éstas y otras pequeñas marcas. Algunas de ellas parecen irrelevantes desde el punto de vista ideológico o, al menos, ofrecen una lectura compleja. Este es el caso de cuestiones ya mencionadas como la fecha de la proclamación del primer rey o su origen. Para Moret podía ser crucial que el primer monarca no fuera ni godo ni franco, sino navarro, o que el reino de Navarra fuera anterior al de Sobrarbe<sup>212</sup>. Igualmente para Yanguas y Miranda podía ser relevante que García Ximénez fuese navarro, dado que esta filiación es decisiva en la réplica a Masdeu, para quien Alfonso III regaló Navarra a los condes de Bigorra. Ahora bien, aunque pueden escucharse ecos de estas discusiones entre los autores del período estudiado -especialmente en los más tempranos- y aunque la historia de Moret sea aceptada y adoptada por la mayoría de ellos, lo cierto es que las coordenadas ideológicas e historiográficas de uno y otros han cambiado radicalmente. Las demandas que Moret, Sada, Alesón, Yanguas, etc., hacen a la historia en lo relativo a los orígenes del reino no son las mismas que las que realizan nuestros autores. Es verdad que los relatos de los tiempos primigenios todavía son traídos a colación por Iribas para defender los derechos de Navarra durante la Gamazada<sup>213</sup>, o que Beunza<sup>214</sup> se aferra a la mayor antigüedad de los fueros de Navarra sobre los de Sobrarbe recordando a Moret. Es decir, es cierto que fragmentos de las viejas polémicas mantienen todavía un lugar en los discursos del tiempo que estudiamos. Sin embargo, es notorio que el alcance político de esas discusiones se ha visto notablemente oscurecido. Ya no son obvias las consecuencias que se derivan de que el reino fuera posterior al de Asturias, o de que el primer rey proviniera de las Améscoas. Por eso en 1920, en un contexto tan dado al chauvinismo como el congreso de *Eusko Ikaskuntza*, Joaquín Argamasilla<sup>215</sup>

---

<sup>211</sup> P. Gil y Bardají, *op. cit.*, p. 9.

<sup>212</sup> La existencia del reino de Sobrarbe es aceptada por algunos autores y negada por otros. Entre los primeros algunos lo hacen anterior al reino de Navarra, otros contemporáneo y otros posterior. En la actualidad la mayor parte de los historiadores coincide en negar su existencia.

<sup>213</sup> G. Iribas, *op. cit.*, p. 11. Recoge la historia de los doce ancianos, etc.

<sup>214</sup> J. Beunza, *op. cit.*

<sup>215</sup> Cfr. Joaquín Argamasilla, “Sobre los orígenes de la monarquía pirenaica”, en *D. N.*, 18-VII-1920, Suplemento Segundo *Congreso Eusko Ikaskuntza*. El autor considera que las crónicas de Valdizarbe y aquellos “reyes imaginarios” que nombra tienen poco valor y niega verosimilitud a la idea del pacto fundacional. Bien es cierto que al mismo tiempo repite algunos viejos clichés. Por ejemplo, alude al “indomable espíritu de independencia que alentó a

puede ofrecer una versión de los orígenes del reino que disiente abiertamente de la oficial, sin que sus tesis sean percibidas como nocivas o antinavarras. En 1934 un hombre como Etayo, radicalmente defensor de lo navarro, puede sostener que el primer rey provenía de Bigorra. Otro tanto ocurre con la cuestión de quién sea el primer monarca. Sin duda que temas que fueron objeto de debate entre los historiadores en el XVII y XVIII lo pueden ser incluso todavía hoy, pero su trascendencia se ha vuelto difusa. Hermilio de Olóriz y Campi3n, de ideales tan parejos, difieren en fechas y reyes, sin que esto tenga repercusiones aparentes en lo que ata3e a su ideolog3a. El propio Campi3n se permite afirmaciones sobre I3igo Arista o el *Fuero General de Navarra* que, en boca de un Mariana o un Isla, hubieran provocado una agria pol3mica durante el barroco<sup>216</sup>.

Por el contrario, otras variaciones son mucho m3s claras en cuanto se refiere a su alcance pol3tico. As3, cuando Mun3rriz y Claver3a apostillan que los reyes tendr3n que cumplir y respetar ‘las leyes tradicionales vascas’<sup>217</sup> o cuando Ol3riz a3ade la obligaci3n del monarca de gobernar con los doce ‘ricos homes’ o ancianos de la ‘tierra euskara’<sup>218</sup>, apenas desvi3ndose del relato de Moret, reorientan completamente su significado. Unas pocas palabras bastan, en efecto, para marcar los or3genes del reino como parte de la epopeya vasca. Si hubieran inventado un relato completamente nuevo no s3lo habr3an precisado m3s esfuerzo, sino que tambi3n habr3an perdido las ventajas de repetir una narraci3n ya establecida en sus l3neas maestras. Valgan como complemento navarrista a este procedimiento las siguientes l3neas del Conde de Rodezno, quien incluye el nacimiento del reino navarro dentro de la ‘reconstituci3n cristiana de Espa3a’<sup>219</sup>:

---

los vascones desde tiempo inmemorial” y a la “eterna epopeya [...] contra todo poder extraño que tratara de someterlos”.

<sup>216</sup> ‘I3igo Arista es el hombre de alianzas fruct3feras, educado en la escuela de una 3poca dispuesta a comprar felices sucesos pol3ticos a costa de la moral.’ (A. Campi3n, ‘Nabarra en su vida hist3rica’, *op. cit.*, p. 417.). Campi3n tambi3n afirma que, aunque es veros3mil que se le obligase a prestar juramento de compartir el poder, los documentos nos presentan a los primeros reyes gobernando solos (*Ibidem*, p. 437-8). En su conferencia ‘La constituci3n de la primitiva monarqu3a y el origen y desenvolvimiento de las cortes de Nabarra’, pronunciada en el Centro Vasco de Pamplona el 6 de enero de 1914, y recogida en *Euskariana. Quinta serie* (Imp. y Lib. de Garc3a, Pamplona, 1915), califica de ‘disparatado’ (p. 148) y de ‘basura hist3rica’ (p. 149) el relato ofrecido en las primeras p3ginas del *Fuero General de Navarra*.

<sup>217</sup> L. Mun3rriz, *op. cit.*, p. 35. C. Claver3a, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p. 34.

<sup>218</sup> H. Ol3riz, *Resumen hist3rico*, *op. cit.*, p.15.

<sup>219</sup> Tom3s Dom3nguez Ar3valo, *Los Teobaldos de Navarra. Ensayo de cr3tica hist3rica*, Nueva imprenta de San Francisco de Sales, Madrid, 1909, p. 17.

‘Las arrogancias dominadoras de los *pueblos semitas* chocaron con la indomable fiereza de los pobladores vascones, acostumbrados a defender la libertad de sus montañas contra todos los anteriores dominadores del *suelo hispano*.’<sup>220</sup>

Frente a la parcialidad ideológica de estas marcas, otras son comunes a euskaros, nacionalistas y navarristas. Éste es el caso del papel de la Iglesia, subrayado por Munárriz<sup>221</sup>, Campión<sup>222</sup>, Etayo<sup>223</sup>, Vera<sup>224</sup>, Altadill<sup>225</sup>, Iribarren Paternáin<sup>226</sup>; Iribarren Rodríguez<sup>227</sup>; Esparza<sup>228</sup>; Gúrpide<sup>229</sup>, etc. Otro tanto sucede con el origen de los fueros. La mayoría de los autores hace coincidir el surgimiento del reino con éste, siguiendo la ortodoxia moretiana y el Fuero general de Navarra. Así sucede con Manrique y Marichalar<sup>230</sup>, Munárriz<sup>231</sup>, Olóriz<sup>232</sup>, Navarro Villoslada<sup>233</sup>, Iribarren Paternáin<sup>234</sup>, Esparza<sup>235</sup>, Oroz<sup>236</sup> y un largo etcétera. Otros autores, como Olave<sup>237</sup>, Arvizu<sup>238</sup> y, en cierto modo, Gúrpide<sup>239</sup> y Salinas<sup>240</sup> hacen anteriores las leyes a los reyes, si bien incluyen para el primer monarca el requisito de jurar las viejas costumbres.

---

<sup>220</sup> *Ibidem*, p. 8. Cursivas mías.

<sup>221</sup> L. Munárriz, *op. cit.*, p. 34.

<sup>222</sup> A. Campión, ‘El Genio de Nabarra’, *op. cit.*

<sup>223</sup> J. Etayo, ‘Algunas breves interpretaciones y glosas de la historia de Navarra’, *op. cit.*

<sup>224</sup> G. Vera, *op. cit.*, pp. 8-12.

<sup>225</sup> Julio Altadill, *La vida monacal en Navarra*, no figura imprenta ni editorial, Pamplona, 1927, pp. 7, 16-17.

<sup>226</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 160.

<sup>227</sup> J. M. Iribarren Rodríguez, ‘Navarra Foral y Española’, en *Historias y costumbres*, Imp. Diputación Foral, Pamplona, 1949, p. 172.

<sup>228</sup> E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 32.

<sup>229</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 133.

<sup>230</sup> C. Manrique y A. Marichalar, *op. cit.*

<sup>231</sup> L. Munárriz, *op. cit.*, p. 35.

<sup>232</sup> H. de Olóriz, *Resumen, op. cit.*, p. 5.

<sup>233</sup> F. Navarro Villoslada, *Amaya, op. cit.*, p. 406.

<sup>234</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 160.

<sup>235</sup> E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 33.

<sup>236</sup> L. Oroz, *Legislación administrativa, op. cit.*, p. 15.

<sup>237</sup> S. Olave, *Reseña histórica, op. cit.*, p. 31.

<sup>238</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 40.

<sup>239</sup> Julio Gúrpide (*Navarra foral siempre española, op. cit.*, p. 20) dice que son ‘anteriores y aún coetáneos a la monarquía’.

<sup>240</sup> F. Salinas habla de la preexistencia de una tradición jurídica anterior a la dominación romana. Ciertamente recoge también la fábula de las discordias por el reparto del botín. Según añade, siguiendo en parte a Domingo de la Ripa y a Marichalar y Manrique, los montañeses consultaron con el papa y con lombardos y franceses para solucionar estos

Conforme pasa el tiempo, dentro del aludido proceso de relativa desmitificación o racionalización de los mitos, la unión entre ambos momentos deja de basarse en informaciones tan concretas para hacerse menos específica y, en ocasiones, más cauta. Campi3n, por ejemplo, hacia 1923 ya reconoce que los rituales de coronaci3n son posteriores al nacimiento del reino, pero afirma que es claro que “el primer monarca [...] habr3a de gobernar respetando las costumbres del pa3s y *es sumamente veros3mil* que jurase observarlas”<sup>241</sup>. Algo similar hace Luis del Campo: por un lado considera que el ritual es relativamente moderno, barajando incluso la posibilidad de que hasta el siglo X los reyes no juraran los evangelios. Pero, a la vez, reafirma el car3cter paccionado de la monarqu3a<sup>242</sup>.

Por lo dem3s, conforme nos alejamos del XIX, el relato-tipo admite modificaciones substanciales, las cuales no afectan aparentemente a la capacidad de las ideolog3as para hacer uso de los or3genes. De hecho, quienes tienden a marginar algunas f3bulas no son a menudo los menos interesados en una lectura ideol3gica de la historia. Bernardo Estorn3s<sup>243</sup>, por ejemplo, si bien todav3a incluye referencias de corte moretiano, habla de una rebeli3n contra los francos de los hijos del duque Ximeno, I3nigo Arista y Garc3a Jim3nez, con ayuda de los moros. En apariencia estamos ante un relato menos m3tico, m3s acorde con la historia moderna. Sin embargo, I3nigo Xim3nez *Aritza* figura inaugurando la n3mina de los ‘Reyes de Euskadi’<sup>244</sup> y los reinos ib3ricos aparecen sistem3ticamente anhelando la destrucci3n del reino pirenaico<sup>245</sup>. Similarmente, los primeros siglos de la monarqu3a navarra son representados como parte de un proceso de “unidad nacional mon3rquica” vasca<sup>246</sup>.

Una de las cuestiones centrales en donde se aprecian afinidades ideol3gicas significativas es la referida a la identificaci3n del enemigo cuya agresi3n desencadena el nacimiento del reino. Lo m3s habitual es que el Otro hostil sean los agarenos, los infieles moros que conquistan Espa3a en el siglo VIII. As3 ocurr3a en la tradici3n formada por Moret, Ales3n, Elizondo, Yanguas, etc. De este modo, el nacimiento del

---

problemas, los cuales les aconsejaron la elecci3n de un rey y el previo juramente de leyes escritas. Cfr. F. Salinas Quijada, *Elementos de Derecho Civil de Navarra*, *op. cit.*, pp. 54-58.

<sup>241</sup> A. Campi3n, ‘Nabarra en su vida hist3rica’, *op. cit.*, p. 438, cursivas m3as.

<sup>242</sup> L. del Campo, *Investigaciones hist3rico-cr3ticas*, *op. cit.*, pp. 290-300.

<sup>243</sup> B. Estorn3s, *Historia del Pa3s Basko*, *op. cit.*, pp. 74 y ss.

<sup>244</sup> *Ib3dem*, p. 330.

<sup>245</sup> *Ib3dem*, p. 235. Ver tambi3n p. 79 y p. 88.

<sup>246</sup> *Ib3dem*, p. 79.



reino quedaba ligado a la Reconquista, el gran mito de la historiografía española. Resulta natural que quienes, entre los autores próximos al *saltus*, tuvieran más claro su significado político (la unificación de España) trataran de marginar a Navarra del mismo. Así, el propio Estornés<sup>247</sup> cuestiona claramente este origen reconquistador. Jesús Etayo<sup>248</sup> liga el nacimiento del reino más que a la presión de los musulmanes a la de los francos. Julio Altadill, difuminando el patronímico del Otro, pone como objetivo del reino el “afianzar los hogares euskaros contra las aspiraciones *de todo extranjero*”<sup>249</sup>. Pero es Arturo Campión quien más profunda y, a la vez, ambiguamente ha cuestionado el alcance y las consecuencias de la Reconquista. No porque rechace la participación de Navarra en ésta; su sentido religioso se lo impide. De este modo, admite que urgía “darle fuego a la mala hierba del Islam”<sup>250</sup>. Sin embargo, añade cómo el proceso reconquistador representó una “desviación”<sup>251</sup> respecto a los destinos vascos de Navarra: “La Reconquista obró como un espejismo sobre la imaginación del príncipe de Navarra”<sup>252</sup>.

Para Campión, con la fundación del reino se abre la posibilidad de la unificación nacional vasca, el proyecto de un Estado euskaldún. Pero la Reconquista peninsular coarta este destino. A través de ella Vasconia se abre a España y se pierde a sí misma<sup>253</sup>.

Como era de esperar, los autores más navarristas insisten en la importancia y bondad de la Reconquista, así como en la colaboración que, según ellos, se produjo entre Navarra y los demás reinos peninsulares cristianos. El conde de Rodezno<sup>254</sup>, en primer lugar, muestra a los vascos uniéndose a los godos ante la amenaza sarracena. Gúrpide Beope, por su parte, destaca repetidamente la “ayuda mutua”<sup>255</sup> entre los reyes cristianos. Otro tanto hace Eladio Esparza en su *Pequeña Historia*<sup>256</sup>. Manuel Iribarren

---

<sup>247</sup> *Ibidem*, pp. 73 y ss.

<sup>248</sup> J. Etayo, “Algunas breves interpretaciones y glosas de la historia de Navarra”, *op. cit.*

<sup>249</sup> J. Altadill, *Castillos medioevales de Navarra*, *op. cit.*, p. 26, cursivas mías.

<sup>250</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie*, *op. cit.*, p. 133.

<sup>251</sup> *Ibidem*, p. 131.

<sup>252</sup> *Ibidem*, p.134.

<sup>253</sup> Es similar la opinión de B. de Estella, *op. cit.*, pp. 89-90.

<sup>254</sup> T. Domínguez Arévalo, *Los Teobaldos*, *op. cit.*, pp. 10-11.

<sup>255</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 169. Ver también pp. 167-168.

<sup>256</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, pp. 92-95.

Paternáin, por último, afirma que “al igual que los otros reinos españoles, el espíritu de Reconquista, informó, determinó y estimuló” las “principales empresas” de Navarra <sup>257</sup>.

Ocasionalmente, la fundación del reino parece implicar una civilización de los elementos nativos. Al instituirse éste los vascones entran definitivamente en la historia, lo que de alguna manera significa abandonar un estado selvático y vivir en sociedad. Ya se ha visto el papel que jugaban las rencillas internas en la elección de un rey. Recuérdese también cómo Elías de Tejada describía a los vascones recluidos sobre sí mismos hasta que el nacimiento de la monarquía y la Reconquista los sacaba de su autismo. Como los centauros y los cíclopes de la mitología griega, son seres a medio civilizar, rústicos, violentos, indómitos y primitivos, que viven en montañas y se visten de pieles. Como ellos, los primitivos navarros parecen representar un estado precultural<sup>258</sup>.

“Ora los contemplamos sometidos, pagando tributos al vencedor, ora rebeldes, descendiendo por sus montañas y derramándose por la llanura, siempre adversa a su belicosidad, para pegar fuego a los poblados, arrasar las cosechas y volverse a sus inexpugnables guaridas con muchas cabezas de ganado y prisioneros [...]”<sup>259</sup>.

La civilización que entraña el nacimiento del reino no es un cambio que tenga lugar sin algún grado de resistencia. Lino Munárriz, por ejemplo, nos dice que los vascos eran “refractarios a la monarquía”<sup>260</sup>. Iribarren Paternáin habla abiertamente de la necesidad de “reprimir instintos primarios”<sup>261</sup> para que el reino pueda llegar a constituirse. Arturo Campión recuerda que la monarquía,

“Es una institución extranjera, como extranjero es el nombre de *errege* de los monarcas. Los baskos la tomaron prestada a los pueblos a quienes combatían

---

<sup>257</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 157.

<sup>258</sup> Cfr. C. S. Kirk, *op. cit.*, pp. 140-184.

<sup>259</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 154. Iribarren cita sin advertirlo y, por tanto, sin especificar fuente, a Gregorio de Tours.

<sup>260</sup> L. Munárriz, *op. cit.*, p. 34.

<sup>261</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 158.

denodada y sempiternamente [...] remedio que templare el férreo individualismo nativo, llevado por el ‘yo igual a ti’, al anarquismo suicida.”<sup>262</sup>

Por otro lado, es preciso advertir que esta entrada en la historia no ha tenido lugar de una vez por todas. Los vascos son ya “civilizados” por los romanos, pero a la caída del Imperio vuelven a asilvestrarse. El reino pirenaico, la Reconquista, la colonización de América, etc., los civilizan parcialmente, pero durante las carlistadas parecen emboscarse de nuevo. Sugestivamente Caro Baroja distingue en la historia de Vasconia un primer movimiento de bajada del monte al llano y otro, a continuación, de nueva retirada al bosque, al *baserri*, a partir del XVII<sup>263</sup>. El principio civilizador empuja a un lado, el instinto montaraz a otro.

En este contexto la fundación del reino es en ocasiones un momento agónico y lleno de ambigüedad para el *saltus*. Se funda un Estado distinto para asegurar la lucha contra los enemigos, se institucionaliza la diferencia frente a francos, godos y árabes pero, a la vez, comienza una Reconquista que altera el proceso de enclaustramiento y lo invierte en una apertura. Es significativo que autores próximos al *saltus* como Campi3n, Bernardino de Estella y Estorn3s hayan mostrado sus reticencias contra la monarquía pirenaica<sup>264</sup>. El propio Campi3n lleg3 a declarar abiertamente que ‘la monarquía de Navarra contribuy3 poderosamente a deseuserizar al pa3s’<sup>265</sup>. Por un lado, los reyes proceden a unificar Vasconia, a encarnar políticamente la resistencia hasta entonces desarticulada contra los invasores. Pero, al mismo tiempo, la monarquía se vuelca en una política peninsular que hipoteca el destino independiente de Navarra.

Los diferentes juicios que ha provocado el testamento de Sancho el Mayor reflejan parcialmente la ambigüedad del reino pirenaico. Seg3n la principal tradición historiográfica, el príncipe divide sus estados entre sus hijos. Algunos autores locales han lamentado esta divisi3n, a causa del retraso que produjo en la Reconquista<sup>266</sup>. Otros,

---

<sup>262</sup> A. Campi3n, ‘La constituci3n de la primitiva monarquía y el origen y desenvolvimiento de las cortes de Navarra’, *op. cit.*, p. 145.

<sup>263</sup> Julio Caro Baroja, *Los pueblos del norte de la Península Ibérica*, *op. cit.*, p. 238.

<sup>264</sup> Cfr. A. Campi3n, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, pp. 125 y ss. ; B. de Estella, *op. cit.*, p. 88 y ss.; B. Estorn3s, *Historia del Pa3s Basko*, *op. cit.*, pp. 98 y ss.

<sup>265</sup> Arturo Campi3n, ‘La poesía popular bascongada y D. Felipe de Arrese’, en *Obras completas*, *op. cit.*, tomo XV, p. 257.

<sup>266</sup> Cfr. J. Altadill, *Castillos medioevales*, *op. cit.*, p. 30; T. Domínguez Ar3valo, *Los Teobaldos*, *op. cit.*, p. 18; Marcelo N3ñez de Cepeda, *Guía completa del Pa3s Navarro*, Gráficas Gurrea, Pamplona, 1947, p. 26; M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 171.

por el contrario, la alaban, o al menos no la atacan, porque segregó el núcleo vascón de los territorios extranjeros<sup>267</sup>.

Es interesante advertir que en ocasiones el pacto aparece como el principio constitutivo de la monarquía navarra y el verdadero argumento de toda su historia. Así sucede en Serafín Olave<sup>268</sup>. Esta lectura ha sido especialmente grata al *ager* y al navarrismo. Con ella la tribu no se constituye a partir de la resistencia sino precisamente a partir de una alianza que conlleva renunciar al aislamiento. Al pactar más adelante su entrada en España, con Fernando el Católico, Navarra ya no traiciona sus orígenes sino que los revive.

Aunque las tramas de *saltus* y *ager* no explican exhaustivamente los relatos de los orígenes del reino que hemos repasado, es manifiesta su presencia en las diferentes lecturas de los mismos. Por un lado, el reino significa un elemento civilizador y aperturista, una entrada en la historia y en procesos cuyas repercusiones exceden el marco intraétnico. Por otro lado, representa una institucionalización de la resistencia contra los extranjeros, el proyecto frustrado de un Estado que reforzara el enclaustramiento, la unificación interna y la continuación de las viejas leyes y costumbres patriarcales. Los orígenes del reino, por consiguiente, son un tópico ambiguo, como la romanización, en el que las dos tramas luchan por instaurar una lectura de los mismos. Ni euskaros, ni navarristas, ni nacionalistas, considerados globalmente, se decidieron por una de ellas.

### **El oasis del verdadero comunismo.**

Al margen de las hipótesis sobre los orígenes de los vascos y del reino, los primeros tiempos son frecuentemente retratados como una edad de oro armónica y apacible, en la que los antepasados disfrutaban de una organización social ajena a los

---

<sup>267</sup> Cfr. J. Etayo, "Algunas breves interpretaciones y glosas de la historia de Navarra", *op. cit.*; L. Munárriz, *op. cit.*, p. 57; B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, pp. 93-98. Cabe mencionar la disparidad de juicios de los que ha sido objeto la figura de Sancho III en la literatura navarra. Junto a la crítica a causa de su testamento, algunos autores españolistas como Eladio Esparza (*Discurso sobre el fuero*, *op. cit.*), Víctor Pradera (*Por Navarra, para España*, *op. cit.*, pp. 12-14) y Manuel Iribarren (*Navarra*, *op. cit.*, pp. 170 y ss.) han destacado la "hispanidad" de este monarca, recordando tediosamente que se tituló "emperador de España". Fuera de Navarra autores como Pérez de Urbel y Menéndez Pidal han atacado duramente su política, negándole toda idea de unidad peninsular (Cfr. F. J. Pérez de Urbel, "Navarra y Castilla en tiempos de Sancho el Mayor", *op. cit.* También del mismo autor *Sancho el Mayor de Navarra*, Dip. Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Madrid, 1950). Entre los escritores locales Arturo Campión mostró opiniones especialmente ambiguas. Si por un lado bajo su reinado la nacionalidad vasca llega a su cénit, por el otro desdeña la hegemonía euskara y con su muerte inaugura las luchas fratricidas. Juicio similar le produce su polémico testamento. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie*, *op. cit.*, pp. 135 y ss; *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, pp. 112 y ss.

<sup>268</sup> S. Olave, "El pacto político", *op. cit.*

problemas de las sociedades modernas. Es indudable que estas descripciones también forman parte sustantiva de los relatos de los orígenes, aunque resulte compleja su contribución dentro de las pugnas entre el *saltus* y el *ager*. Inevitablemente este capítulo debe referirse a ellas.

Las primeras páginas del estudio sobre los *Castillos medioevales de Navarra* de Julio Altadill ofrecen una interesante descripción del modo de vida del vascón durante la prehistoria. Según dice, habitaba “las primitivas cavernas [...] sin distinción de clases, pacífico y tranquilo, sin otra aspiración ni más ideales que su libertad e independencia y la pureza de sus valles, sus riscos y sus montes”<sup>269</sup>. Estos antepasados anteriores a la historia disfrutaron de una armonía social envidiable. No conocen, en efecto, ni las instituciones, ni los lujos, ni las diferencias sociales, ni los vicios. Su felicidad es sólo proporcional a su aislamiento.

“[...] el pueblo euskaro constituido por tribus autónomas, casi diríamos - selváticas- [sic] sin reyes ni caudillos, sin preceptos, orden ni legislación, sin creencias apenas, conservó sus intangibles libertad e independencia sin lazo alguno con regiones vecinas, ni aún con los vencedores de Covadonga, ni con los guerreros de Carlomagno como repetidamente evidenciaron en las breñas pirenaicas de Roncesvalles.”<sup>270</sup>

El nacionalista Bernardo Estornés, en su citada *Historia del País Basko*<sup>271</sup>, adoctrina a los jóvenes con una descripción similar de los primeros tiempos. “Nuestros antepasados”, afirma, “no conocieron la esclavitud y abominaron la existencia de clases sociales”<sup>272</sup>. Poseían una “legislación social perfecta”<sup>273</sup>. Si las clases fueron al fin introducidas en Vasconia -y añade que “benignamente”<sup>274</sup>- fue por medio de “las instituciones extranjeras”<sup>275</sup>. Más adelante se hace eco de la “hobleza universal” de los

---

<sup>269</sup> J. Altadill, *Castillos medioevales de Navarra*, op. cit., p. 24.

<sup>270</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>271</sup> B. Estornés, *Historia del País Basko*, op. cit.

<sup>272</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>273</sup> *Ibidem*.

<sup>274</sup> *Ibidem*.

<sup>275</sup> *Ibidem*.

vascos, tema recurrente de la historiografía vasca<sup>276</sup>, y de la existencia entre ellos de ‘la democracia por excelencia’<sup>277</sup>.

Este retrato idílico de los primeros tiempos no es exclusivo de los que, como Altadill o Estornés, entroncan su discurso con el ruralismo euskaro. Así, el navarrista Conde de Rodezno describe en estos mismos términos los tiempos inmediatamente anteriores a la constitución de la monarquía navarra:

‘Hasta esta época vivieron los habitantes del Pirineo y sus estribaciones con una sencillísima organización patriarcal y primitiva, sin más leyes que las sabias y respetadas costumbres legadas por las generaciones anteriores, ni más autoridad que la de los prudentes ancianos ni más jefes que aquellos caudillos o guerreros que más se hubiesen distinguido por sus dotes militares en las campañas contra las invasiones de su territorio.’<sup>278</sup>

De hecho, es general a casi todos los escritores navarros la aceptación de la ‘apacible constitución patriarcal’<sup>279</sup> de los vascones. Recuérdese al respecto la descripción ofrecida por Luis del Campo en su novela *Jaiarki*<sup>280</sup>. Incluso en un texto tan desmitificador como sus *Investigaciones histórico-críticas acerca de la dinastía pirenaica*<sup>281</sup> opina que ‘la monarquía navarra era de tipo constitucional o democrático, limitando los poderes del soberano’<sup>282</sup>. En la misma corriente recalca José María de Huarte<sup>283</sup> cuando escribe en fecha tan tardía como 1934:

‘[...] el gran país de la democracia es Vasconia, donde todos mantenían su fuero de igualdad sobre los cimientos firmes de la inmemorial aristocracia colectiva de la raza [...]’<sup>284</sup>

---

<sup>276</sup> Cfr. J. Juaristi, *Vestigios de Babel*, op. cit., pp. 9-25. J. Aranzadi, *Milenarismo vasco*, op. cit., pp. 399-431.

<sup>277</sup> B. Estornés, *Historia del País Basko*, op. cit., p. 268.

<sup>278</sup> T. Domínguez Arévalo, *Los Teobaldos*, op. cit., p. 11.

<sup>279</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>280</sup> L. del Campo, *Jaiarki*, op. cit.

<sup>281</sup> L. del Campo, *Investigaciones histórico-críticas*, op. cit.

<sup>282</sup> *Ibidem*, p. 297.

<sup>283</sup> José María de Huarte y Jauregui, ‘Oasis del turismo consciente’, en *Vida Navarra*, 1934.

<sup>284</sup> *Ibidem*, p. 9.

Esta opinión no es lejana a la de un escrito de ideología en apariencia muy distinta en su concepción de lo nativo como es *La Democracia en Euzkadi*<sup>285</sup> de J. de Urkina. Otros escritores navarristas como Manuel Iribarren Paternáin<sup>286</sup> coinciden también con ella. David Pérez Ilzarbe<sup>287</sup>, por su parte, hace durar la democracia hasta poco antes de la incorporación a Castilla. Francisco Javier Arvizu, por último, habla del “viejo concepto patriarcal, puramente democrático de nuestra monarquía”<sup>288</sup>.

El mito de la edad de oro está presente en culturas muy alejadas entre sí, en el tiempo y en el espacio. El occidente moderno no es una excepción a este hecho y la imagen de una arcadía feliz, igualitaria, pacífica y virtuosa aparece constantemente en su imaginario político<sup>289</sup>. Como muchos otros tópicos, la edad de oro posee una versatilidad fascinante. Socialistas, anarquistas, conservadores, reaccionarios e incluso liberales acuden a ella en apoyo a sus ideas. Ciertamente, el mito es manipulado en cada ocasión y puesto en concordancia con los principios pertinentes: un anarquista hará hincapié en la ausencia de autoridad, en la libertad sexual, etc.; un conservador en la armonía de las relaciones sociales y el respeto a las viejas costumbres.

A menudo la edad de oro se sitúa en un pasado lejano, con frecuencia indefinido y literalmente prehistórico. Otras ocasiones se encarna en territorios exóticos, poblados por bondadosos salvajes que todavía disfrutaban del estado de naturaleza. La Europa moderna tiene sus propios “salvajes”, sus “prehistóricos” particulares. A saber: los campesinos y, especialmente, aquellos que habitan determinadas zonas montañosas como los cantones suizos, el Jura, Córcega, etc. Para ellos el pasado no ha pasado, los tiempos de los orígenes permanecen. La antropología de Viena, que tanta influencia tiene en Vasconia<sup>290</sup>, se funda sobre el mito de una cultura europea patriarcal y

---

<sup>285</sup> J. de Urkina, *La Democracia en Euzkadi*, Beñat Idaztiak, Donostia, 1935.

<sup>286</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 20.

<sup>287</sup> “Hasta poco antes de su incorporación a Castilla, Navarra se desenvuelve en el orden interior, en la forma que hoy llamaríamos *democracia organizada*” (David Pérez Ilzarbe, *Navarra a la vista. Anuario-guía general de Navarra, Iberia, Pamplona, 1950*, p. 7, cursivas suyas).

<sup>288</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 22. Arvizu aclara en una nota a pie de página que se puede ser demócrata siendo antiliberal. Una cosa es la democracia y otra el “plebeyismo” (*Ibidem*, pp. 22-23).

<sup>289</sup> Cfr. Danielle Léger, “Les utopies du retour”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, sep. 1979. Paul Vernois, *Le roman rustique de George Sand à Ramuz*, Nizet, Paris, 1962. Raoul Girardet, *Mythes et mythologies politiques*, Seuil, Paris, 1986. Jean Cazeneuve, *Bonheur et Civilisation*, Gallimard, Paris, 1966. Como caso concreto, pero de gran influencia en el pensamiento europeo, puede recordarse el de Rousseau (Cfr. María José Villaverde, *Rousseau y el pensamiento de las luces*, Tecnos, Madrid, 1987, pp. 179 y ss.).

<sup>290</sup> J. Azcona, *Etnia y Nacionalismo vasco, op. cit.*

campesina arrinconada en los montes primero por los ario-germánicos y, ahora, por la revolución industrial.

A principios del XIX, Humboldt<sup>291</sup> equiparaba el modo de vida de los vasconavarros con el de los bretones, los *highlanders* de Escocia, los galeses, los wendos, los montañeses del norte y del sur de Alemania, etc.<sup>292</sup>. Las costumbres de todos ellos se caracterizaban, según Humboldt, por su sencillez y pureza. Constituían otros tantos pequeños oasis, minúsculas islas que, gracias a su incomunicación geográfica, racial, histórica o lingüística habían podido perdurar en un estado idílico. Desgraciadamente su destino se encontraba gravemente amenazado por el progreso, de forma que en unas pocas generaciones perecerían.

Muchos escritos del siglo XIX abundaron en esta visión del estado moral y social de los vasconavarros. Suficientemente significativo es el título de uno de los *best-sellers* en Navarra y Provincias Vascongadas de finales del XIX: *El Oasis. Viaje al país de los fueros*<sup>293</sup> de Juan Mañé y Flaquer.

Los escritores euskaros navarros no se mantuvieron al margen de este complaciente retrato de Vasconia. En uno de sus primeros trabajos, las *Consideraciones acerca de la cuestión foral y los carlistas en Navarra*, Arturo Campión recomendaba abiertamente a sus lectores que viajasen hacia ese oasis de paz que es el norte de la provincia:

‘Si vais a Navarra no dejéis de visitar su montaña. En ella concluyen las agitaciones malsanas de la vida moderna; en ella la dorada opulencia deja de codearse con los harapos del mendigo; en ella olvidareis que el crimen existe en el mundo [...] en ella, en cambio, veréis la familia unida, la autoridad paterna, respetada, la vejez bendecida.’<sup>294</sup>

---

<sup>291</sup> No cabe descartar que este mito no carezca de algún fundamento. Cfr. Jean-François Soulet, *La Vie quotidienne dans les Pyrénées sous l'Ancien Régime du XVI au XVIII siècle*, Hachette, 1974.

<sup>292</sup> William Humboldt, ‘Los Vascos o Apuntaciones sobre un viaje por el país vasco en primavera del año 1801’, en *RIEV*, 1923-24, tomos XIV-XV, p. 378.

<sup>293</sup> J. Mañé, *op. cit.*

<sup>294</sup> A. Campión, *Consideraciones acerca de la cuestión foral, op. cit.*, p. 19.



Para el diputado Gregorio Iribas esta descripción todavía puede aplicarse, al menos en lo sustancial, a la Navarra de 1894. Tanto es así que “el caciquismo”, afirma, “sólo de oídas lo conocemos”<sup>295</sup>.

Es importante hacer notar que, como los demás euskaros, Campión se encontró ya formulado el mito igualitarista de Vasconia<sup>296</sup>, si bien es claro que, como con otros mitos, lo adecuó a su discurso específico. La difusión del igualitarismo parece haber sido bastante temprana incluso entre aquellos ambientes aparentemente aislados del futuro fuerismo euskaro. Así, en fecha tan temprana como 1848, el brigadier de caballería Ramírez Arcas<sup>297</sup> aconsejaba a “comunistas y socialistas”<sup>298</sup> que visitasen Navarra, a fin de que desistieran de sus quiméricas y nocivas ideas:

‘Los inventores de estas escuelas debían venir a estudiar la antigua legislación navarra, [...] y en ella aprenderían sabiendo que hay un país comunista por sus leyes, pero no comunista de lo que se tiene adquirido con el sudor y la inteligencia, sino de lo que ha ofrecido la naturaleza. El alma del hombre filantrópico recibe una expansión al leer que entre los habitantes navarros lo mismo el noble que el plebeyo, el poderoso que el jornalero pueden entrar en sus montes, los unos con sus ganados a disfrutar de los pastos, y todos a cortar madera y leña para sus casas [...]. Aún hay más cuando los terrenos son susceptibles de cultivo, el primer ocupante, sea el que sea, adquiere el derecho y no se puede despojar de él sino cuando deja la heredad yerma por espacio de tres años. He aquí el verdadero comunismo.’<sup>299</sup>

Ciñéndonos a nuestro período de estudio, la utopía de una sociedad idílica, referida no ya a un pasado inmemorial sino a un pasado cercano e incluso contemporáneo, aparece con mucha frecuencia en la literatura navarra. Valga como primera muestra la novela del teniente coronel Eufasio Munárriz Urtasun, *Miguel de Iturbide*<sup>300</sup>, donde se describe la vida del Valle de Baztán durante el siglo XVII:

---

<sup>295</sup> G. Iribas, *op. cit.*, p. 109. Es llamativo que cuando N. Zubeldía haga referencia al caciquismo en Navarra lo haga en estos términos: “el caciquismo (que existe)”. Cfr. Néstor Zubeldía, *Los estatutos en el actual momento crítico de Navarra*, Imp. de la Acción Social, Pamplona, 1931, p. 7.

<sup>296</sup> J. Aranzadi, *Milenarismo vasco, op. cit.*, pp. 225 y ss.

<sup>297</sup> A. Ramírez Arcas, *op. cit.*

<sup>298</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>299</sup> *Ibidem*.

<sup>300</sup> T. Coronel Munárriz, *Miguel de Iturbide, op. cit.*

“Allí había mucha nobleza, mucha hidalguía, pero se vivía gracias a que todos, por muy elevado que fuese su linaje, todos trabajaban. [...] Allí no había pobres. El que no poseía casa y tierras era porque vivía bien, formando parte de una familia. Al último criado de una casa se consideraba tanto como a un hijo. Todos eran del mismo linaje, todos parientes.”<sup>301</sup>

Es interesante reparar en que el igualitarismo a menudo se aplica exclusivamente en el interior del colectivo nativo, implicando una fuerte segregación para con los foráneos. Así, los héroes de Munárriz Urtasun están puros de ‘la infecta sangre mahometana’<sup>302</sup> y tratan como parias a los agotes. A pesar de ello nuestro autor concluye que el ‘valle de Baztán era la Arcadia feliz de que nos hablan los libros de Caballería’<sup>303</sup>.

El mito igualitario ha gozado de especial crédito entre los autores nacionalistas. Para muchos las zonas rurales de Vasconia son un ejemplo de solidaridad y armonía social. Según el geógrafo *jelkide* Leoncio Urabayen en la localidad montañesa de Oroz Betelu ‘las relaciones sociales están establecidas sobre una base de franca y abierta democracia’<sup>304</sup>. Por su parte, Bernardo Estornés afirma en su monografía sobre su valle nativo que ‘entre los vecinos roncaleses ha reinado siempre la más absoluta igualdad en los derechos y las atribuciones’<sup>305</sup>.

Es importante remarcar que el mito igualitario ha sido ampliamente compartido por los escritores navarristas. Buena muestra de ello es la intervención del diputado Rafael Aizpún, en 1932, en las Cortes españolas con motivo de la tramitación del proyecto de la Reforma Agraria. Aizpún solicita que la ley no tenga aplicación ni en las Vascongadas ni en Navarra, puesto que allí la realidad del régimen de propiedad de la tierra supera al proyectado por la reforma.

‘Por ejemplo, hay un valle en Navarra, el valle del Roncal, que se compone de una porción grande de pueblos, y en ese valle existe el verdadero comunismo,

---

<sup>301</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>302</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>303</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>304</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>305</sup> B. Estornés, *Erronkari*, *op. cit.*, p. 72.

mejor dicho, el colectivismo en orden a la explotación de la tierra [...]. En el Baztán ocurre cosa parecida; en Salazar lo mismo [...].”<sup>306</sup>

Más allá de la extensión del mito igualitario hay que advertir que, en realidad, el cliché no se ha mantenido siempre en los mismos términos. Así, la supuesta semejanza de fortunas se queda muchas veces en simples afirmaciones relativas a la generosidad de las clases dirigentes o a las bondades de la caridad local. Julio Nombela, por ejemplo, escribía sobre Pamplona en 1868:

“La mendicidad está prohibida, o mejor dicho, no existe, porque en la provincia hay un establecimiento en donde encuentran una vida cómoda y feliz los desvalidos de todas las clases.”<sup>307</sup>

También para el franquista valenciano García Sanchiz Navarra es una “Arcadia heroica” simplemente porque no recuerda “que nadie me pidiese nunca en su recinto limosna”<sup>308</sup>.

Así pues, el mito igualitario admite acentos muy diversos. Durante el franquismo la vieja edad de oro patriarcal sobrevive alicaída en la Navarra contemporánea a la “cabeza de la beneficencia”<sup>309</sup>. En ella impera el “espíritu de caridad”, un sucedáneo del primitivo comunismo<sup>310</sup>. Núñez de Cepeda se encargará de “resaltar las glorias de Navarra”<sup>311</sup> escribiendo la historia de este altruismo.

A menudo la arcadia pintada por algunos autores no puede evitar el aspecto casi orwelliano del Clarens de los Wolmar de Rousseau. La supuesta armonía social esconde una estructura fuertemente jerarquizada. Este es el caso de Ezpelegi, el pueblo imaginado por el diputado foral Mariano Arrasate<sup>312</sup>, y de los Areta, los generosos

---

<sup>306</sup> “Intervención parlamentaria de D. Rafael Aizpún, diputado a Cortes por Navarra, en el debate de totalidad de la Base 2ª del Dictamen”, en *D. N.*, 13-VII-1932, p. 2. Es curioso que para autores tan importantes como Campián “entre el genio euskaro y el socialismo media una repulsión absoluta e irreductible”. Cfr. Arturo Campián, “La personalidad euskara”, en A. Campián, *Discursos políticos y literarios*, Imp. y Lib. de Erice y García, Pamplona, 1907, p. 139.

<sup>307</sup> J. Nombela, *op. cit.*, p. 59.

<sup>308</sup> Federico García Sanchiz, *Del Robledal al Olivar. Navarra y el carlismo*, Ed. Española, San Sebastián, 1939, p. 61.

<sup>309</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 613.

<sup>310</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral siempre española*, *op. cit.*, pp. 26-28.

<sup>311</sup> Marcelo Núñez de Cepeda Ortega, *La Beneficencia en Navarra a través de los siglos*, Escuelas Profesionales Salesianos, Pamplona, 1940, p. 447.

<sup>312</sup> M. Arrasate, *La Expósita*, *op. cit.*

nobles del lugar. Similarmente ocurre en un pueblo real, Sorlada, a decir de Dolores Baleztena y Miguel Ángel Astiz<sup>313</sup>:

“Tratan los señores con los labriegos, confianzudos y respetuosos unos y otros. No hay aquí rastro de lo que en algunos campos de España se advierte como resabios de feudalismo. Es otro el concepto del señor y el criado; más clásico, más humano, más hermanado. Sin que por ello pierda jerarquía el que manda, ni olvide la obediencia el que sirve; ordena uno, como a sus propios hijos; hacen ellos como atendiendo a una natural disposición de las cosas, sin humillación alguna [...].”<sup>314</sup>

Este ideal paternalista y reaccionario también aparece encarnado en la novela de Manuel Iribarren *Pugna de almas*<sup>315</sup>. A este respecto el comportamiento del señor del palacio de Urtubi es suficientemente explícito.

“Llegó a constituir una especie de montepío o lonja para la mayoría de los labriegos del contorno. Allí se prestaba dinero, sin interés alguno, bajo el documento imprescriptible de la palabra. Y en los años difíciles de escasez, sus graneros, pródigos para el humilde, garantizaron la siembra y la recolección en muchas leguas a la redonda.”<sup>316</sup>

Uno de los textos más impresionantes en torno a este tópico, dada la personalidad de su autor, es el ensayo escrito por el Conde de Rodezno en los años treinta sobre *La propiedad privada en Navarra*<sup>317</sup>. Éste comienza criticando a “toda esa falange de sociólogos de izquierda y de derecha que andan por esas poblaciones de Dios y por las redacciones de los periódicos”<sup>318</sup>. Tal vez sus teorías tengan interés en el Estado pero no en Navarra, donde “sobran las disquisiciones sociológicas”<sup>319</sup>. Según el aristócrata carlista, en esta provincia o se es propietario o se es arrendatario y éstos

---

<sup>313</sup> D. Baleztena y M. A. Astiz, *op. cit.*

<sup>314</sup> *Ibidem*, p. 114.

<sup>315</sup> M. Iribarren, *Pugna de almas*, *op. cit.*

<sup>316</sup> *Ibidem*, p. 231.

<sup>317</sup> El Conde de Rodezno, *La propiedad privada en Navarra y un informe sobre reforma tributaria*, Imp. de J. Pueyo, Madrid, s. f. (pero aproximadamente 1934).

<sup>318</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>319</sup> *Ibidem*, p. 8.

“viven emancipados del jornal y con verdadera independencia”<sup>320</sup>. Para el caso de los terrenos de regadío,

“[...] el sistema de arriendo o colonato en la ribera de Navarra es generoso por parte de los propietarios y la fórmula más propicia a la difusión de la riqueza y al bienestar social.”<sup>321</sup>

No sólo el propietario cobra un canon “modesto”<sup>322</sup> sino que “se ajusta siempre cuanto puede” en la renta, “así que no hay desahucios por falta de pago”<sup>323</sup>. Un estado social envidiable, por lo tanto, ya que

“[...] el colonato se ejerce con una gran generosidad por parte de los propietarios, que dan sus tierras sin contrato condicionado, a canon módico y obteniendo un interés exiguu en relación a su valor en renta y a su valor en catastro.”<sup>324</sup>

Si es así, ¿por qué los propietarios no venden sus tierras? Muchos lo han hecho, responde el Conde, pero muchos otros, “los propietarios que llamamos de tradición”, no lo harán jamás ya que “su propiedad es algo afectivo, que supone convivencia espiritual”<sup>325</sup>.

Para el caso de los cultivos de secano la situación es substancialmente la misma:

“En resumen: el secano se cultiva bien, sin egoísmo por los propietarios y en beneficio de todos, sin que ninguna modificación en el procedimiento requiera las más severas normas de justicia social.”<sup>326</sup>

Especialmente en lo que atañe a las zonas norte y media de la provincia, el Conde de Rodezno dibuja un panorama económico francamente idílico:

---

<sup>320</sup> *Ibidem*, p. 7.

<sup>321</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>322</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>323</sup> *Ibidem*, pp. 9-10.

<sup>324</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>325</sup> *Ibidem*.

<sup>326</sup> *Ibidem*, p. 14. Poco más adelante dice: “Navarra donde, desde luego, no existe ningún latifundio [...]” (p. 15).

‘En la montaña y zona media de Navarra, al igual que en otras regiones, hay un género de propiedad muy frecuente: trátase de un pequeño coto redondo. Tiene ocho o diez casas de colonos, una casona llamada por antonomasia Palacio, y una modesta iglesia. En muchos casos, el propietario lleva como apellido el nombre de la finca, que fue en lo antiguo un Señorío, y los colonos son descendientes de varias generaciones de arrendatarios que han vivido en aquel lugar; ellos y el dueño de la finca tienen muchos antepasados enterrados en las antiguas sepulturas de la iglesia. Si es coto es de secano, fácil y beneficioso le sería al propietario cultivarlo por su cuenta y aumentar sus ingresos sobre el exiguo canon que por lo general pagan los renteros tradicionales; pero no lo hace porque no tiene corazón para decirles: ahora vais a vender vuestros útiles de labranza, vuestros ganados, vuestros elementos de vida propia y os vais de aquí a pasar a ganar un jornal que yo os dé.’<sup>327</sup>

Dada esta descripción de la situación social del país, la conclusión del escrito no puede sorprendernos: ‘En una palabra, no existe en Navarra en cuanto a la propiedad particular, ningún conflicto o cuestión social’<sup>328</sup>, ‘no hay tampoco cuestión obrera en el campo’<sup>329</sup>: el ideal de que ‘todos sean propietarios [...] es en Navarra casi una realidad’<sup>330</sup>.

Detrás de estos reparos a ‘los sociólogos’ es preciso reconocer el miedo a los tiempos modernos de una parte significativa de la ‘intelectualidad navarra’, algo en lo que coincide con parte del bizcaitarrismo<sup>331</sup>. Era necesario dejar las cosas como estaban, preservar la Arcadia feliz que constituía la Navarra agraria, evitando que los males de la modernidad penetraran en las vidas de los dichosos, aunque ignorantes, campesinos. Es cierto que la crítica convive, a menudo incluso dentro de un mismo autor, con la fe en el progreso. El optimismo moderno aparece de esta forma templado por el miedo a las consecuencias nocivas de la modernización.

---

<sup>327</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>328</sup> *Ibidem*.

<sup>329</sup> *Ibidem*.

<sup>330</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>331</sup> En torno a este punto puede verse, A. Elorza, *op. cit.*, pp. 163 y ss.

En este punto hay una cita particularmente expresiva. La firma Juan Iturralde y Suit e ilustra claramente el recelo a que los nuevos tiempos, encarnados en la locomotora, traigan la asimilación del oasis euskaro.

“¡Ay! Yo admiro el espíritu humano, obra predilecta de Dios, yo admiro sus progresos, pero esa locomotora arrastrando negros vagones y lanzando horribles mugidos recorre estos valles cual espantosa sierpe, a cambio de las ventajas que nos traigan, desarraigará y se llevará lo que es invaluable: nos arrebatará la sencillez nativa, la heredada honradez, las venerables tradiciones, las suaves costumbres, la prehistórica lengua, y lo que es más, la fe religiosa de este pueblo, firme y elevada como las cumbres de sus cordilleras, pura como las nieves que las cubren!

¡Oh santa soledad de la apartada montaña!”<sup>332</sup>

El ferrocarril trayendo a Vasconia los males del mundo moderno y, especialmente, a un proletariado “sucio” y conflictivo, impío y mestizo. No es otra la idea que preside el cuento de su amigo Arturo Campión “Contrastes. Cuadro de costumbres buenas y malas”<sup>333</sup>. Por un lado el narrador contempla el bucólico y apacible mundo campestre de los *etxejojaunak* y las *neskatxak*. Sus notas definitorias son la paz, el silencio, la religión y el trabajo. Del otro lado de la vía irrumpe la “inmunda plebe madrileña”<sup>334</sup>, los hermanos de los moros venidos en tren desde Leganés.

“[...] gritos, silbidos, blasfemias, conversaciones, cantos, risotadas, patadas y manotadas; cualquiera hubiese dicho que dentro del tren venía una tribu del Riff.”<sup>335</sup>

“[...] mujeres bigotudas y hombres barbilampiños de tez amarillenta, muchachas hermosas y viejas repugnantes [...]”<sup>336</sup>

“Allá iban chulos y chulas a introducir la palabra obscena, a sembrar una blasfemia, a matar una costumbre antigua, a sustituir con otra una prenda del

---

<sup>332</sup> J. Iturralde y Suit, “La selva. Aguiriko-Elize”, *op. cit.*, pp. 203-4.

<sup>333</sup> A. Campión, “Contrastes. Cuadro de costumbres buenas y malas”, en *Narraciones baskas, op. cit.*

<sup>334</sup> *Ibidem*, p. 35.

<sup>335</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>336</sup> *Ibidem*, p. 32.

traje indígena, en una palabra, a pasar la fétida esponja de la asimilación sobre los puros colores del pueblo euskaro!”<sup>337</sup>

Significativos autores navarristas como “Garcilaso”<sup>338</sup> e Iribarren Paternáin<sup>339</sup> también han expresado reticencias ante el progreso industrial.

Las diferentes versiones del mito de la edad de oro que hemos presenciado en este epígrafe parecen encajar dentro de una lectura de la identidad local en términos del *saltus*. La imagen de un pueblo feliz, sin fisuras, con una estructura armónica e igualitaria, pervertido por el progreso foráneo sugiere efectivamente la necesidad de una política aislacionista que preserve las virtudes nativas de los problemas externos. Naturalmente estos mitos se inscriben dentro de un imaginario europeo más amplio. Sin embargo, resulta llamativo el hecho de que apenas hayan sido discutidos en Navarra y que las ocasiones en las que los han sido no formen parte de la dialéctica *saltus-ager*. Cuando, por ejemplo, Campión<sup>340</sup> afirma que la sociedad navarra medieval es de índole aristocrática esta afirmación no se incorpora a ninguna polémica. Tampoco parece que navarristas y vasquistas hayan discutido por el tema. La existencia del mito entre los primeros podría atribuirse a la señalada copresencia de las tramas en el interior de los discursos. No obstante ello no explicaría la falta de discusiones.

### **El monoteísmo originario.**

Sirviendo de eslabón a diversas teorías<sup>341</sup> Navarro Villoslada recogía en *Amaya*<sup>342</sup> la tesis según la cual los antiguos vascos habrían profesado un monoteísmo que prefiguraba claramente el Evangelio. El nombre que daban a Dios, *Jaungoikoa*,

---

<sup>337</sup> *Ibidem*, p. 35.

<sup>338</sup> Escribe Raimundo García *Garcilaso*: “La hoguera tradicional, que es el fuego más antiguo de los pueblos, el fuego sacro, el que no se apaga mientras no haya doblez ni apostasías que caigan sobre él como maldiciones, esa hoguera arde en esos vestidos antiguos, en esas costumbres añejas. Y a su calor no solamente viven los pueblos que tienen la sabiduría de alimentar perpetuamente el fuego tradicional, sino aquellos hombres que peregrinan por la estepa helada de esta vida uniforme, igual, plana, sin olor, sin calor...;Esta vida de progreso y de civilización, que es como una danza de averiados, de incapaces! Los nobles habitantes de esas villas roncalesas, que en sus vestidos y en sus costumbres - y algo también en su vieja lengua materna - mantienen vivo y ardiente el prestigio de su antigüedad, viven muy en lo alto. Parece como que no pueda llegar a ellos el rulo formidable que todo lo iguala y allana... Pero ¡ay, que ya llega! Pasada la generación que las lleva sobre sus hombros, ya no habrá más valenas ni más tocas negras. Al fin y a la postre, de todos los pueblos de la Euskal Erría saldrá, en un día de carnaval, la carroza de la Bella Easo.” (Citado por J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 582).

<sup>339</sup> Cfr. su novela *La ciudad*, Ediciones españolas, Madrid, 1939.

<sup>340</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 182.

<sup>341</sup> Cfr. J. Aranzadi, *Milenarismo vasco, op. cit.*, pp. 234 y ss.

<sup>342</sup> F. Navarro Villoslada, *Amaya, op. cit.*



significaba “señor de lo alto” y expresaba su natural inclinación a aceptar el mensaje de Cristo.

La creencia de que los antepasados de los actuales vasconavarros mantuvieron una religión que anticipaba el cristianismo aparece en textos bastante alejados del comienzo de nuestro período de estudio. Ya en 1760 Juan de Perochegui<sup>343</sup>, teniente de artillería, apuntaba a la pervivencia de la fe de los patriarcas entre los vascos a través de su idioma<sup>344</sup>. Unos años más tarde, en 1774, Tomás de Burgui<sup>345</sup> identificó al Dios cristiano con el que los antiguos montañeses de España adoraban, a decir de Estrabón y Floro.

Ello no significa que el mito de una creencia originaria en el Dios del Evangelio haya permanecido inalterable hasta el *Amaya* de Navarro Villoslada<sup>346</sup>. En 1841 Ochoa ni siquiera se hace eco de esta teoría, y no sólo declara que antes de la cristianización los vascos eran idólatras, sino que incluso duda de que su conversión fuera anterior al siglo VII, poniendo en entredicho la tradición de San Fermín<sup>347</sup>. Aunque tal vez Ochoa fuera mucho más descreído que la mayoría de sus contemporáneos y que sus sucesores, lo cierto es que, al menos en lo que atañe al monoteísmo originario, esta teoría no aparece con la frecuencia que pudiera esperarse. Ya en 1888 Campión admite la etimología de *Jaungoikoa* como “señor de la luna”, si bien se muestra todavía reticente a abandonar la teoría monoteísta<sup>348</sup>. Más adelante, por último, se difunde la tesis de que si bien *Jaungoikoa* podría significar textualmente “señor de lo alto”, su introducción habría tenido lugar muy posteriormente a la llegada del Evangelio.

---

<sup>343</sup> Juan de Perochegui, *Origen de la nación bascongada y de su lengua de que han emanado las Monarquía Española, y Francia, y la República de Venecia, que existen en el presente*, segunda impresión, imprenta de los Herederos de Martínez, Pamplona, 1760. Edición facsímil a cargo de Ediciones vascas, 1978.

<sup>344</sup> “La preciosidad de esta Lengua Vascongada conoce, y adora a Dios, en la augusta expresión, y nombre de Jaungoycoa, que significa el Señor de lo alto: cuya denominación acredita, que tiene alguna proximidad, o parentela, allá con aquellos primitivos tiempos de la creación, pues a no ser así, no hay racionalidad en el mundo, que pueda apear el origen de dicha Lengua, que tiene ingerta en sí tan elevada etimología, la que le distingue de todas las demás lenguas del mundo, preservándose a sí mismo por medio de este conocimiento, de todas las idolatrías y falsos Dioses, que todas las Naciones han adorado.” (*Ibidem*, p. 7).

<sup>345</sup> Fr. Thomas de Burgui, *San Miguel de Excelsis representado como Príncipe Supremo de todo el Reyno de Dios en Cielo, y Tierra y como protector excelso aparecido, y adorado en el Reyno de Navarra*, Oficina de J. M. Ezquerro, Pamplona, 1774, dos tomos, p. 140. Adviértase que para Burgui “montañés” abarca a gallegos, asturianos, cántabros, “havarros y vascones”, riojanos, vizcaínos, alaveses, guipuzcoanos y aquitanos (*Ibidem*, p. 138).

<sup>346</sup> En torno a las diversas hipótesis sobre la religión primitiva de los vascos y la introducción del cristianismo puede verse el trabajo de Eugenio de Urroz, “Historia religiosa”, en *Primer Congreso de Estudios Vascos*, Bilbaína de Artes Gráficas, Bilbao, 1919.

<sup>347</sup> T. Ochoa, *op. cit.*, pp. 156 y ss. Uno de los argumentos que esgrime Ochoa no deja de ser curioso y conecta con nuestro epígrafe anterior. Los vascos, dice, hasta el reinado de Wamba son demasiado brutales para recibir el mensaje dulce del cristianismo. Es a partir de entonces, cuando los vascos se mezclan con godos, que las costumbres se suavizan y el cristianismo comienza a difundirse.

<sup>348</sup> A. Campión, “El Genio de Nabarra”, *op. cit.*, p. 84.

Pero a pesar de que algunos autores pusieran muy tempranamente en cuestión la tesis del monoteísmo primigenio de los vascos, lo cierto es que bajo versiones más equívocas este mito ha mantenido una cierta presencia hasta fechas cercanas.

Nuestro itinerario puede comenzar con una cita de Nicasio Landa quien recoge el mito hacia 1870 sin ningún asomo de duda. Así, afirma que ‘mientras Grecia y Roma eran idólatras aún, nuestros antepasados los iberos adoraban al Dios único, al Dios *sin nombre*’<sup>349</sup>. Otro tanto hace Hermilio de Olóriz en varias ocasiones. Los vascones que resisten a las legiones de Roma en su poema *Calahorra*<sup>350</sup> tienen por enseña la cruz. De manera todavía más explícita se expresa en su *Resumen histórico*. La palabra del Evangelio, escribe, fue ‘presto acogida en el corazón de los bascos porque ellos sentían ab-eterno la unidad de Dios y le adoraban en su Jaungoikoa’<sup>351</sup>. En 1894, en medio de la agitación fuerista provocada por la Gamazada, Estanislao de Aranzadi reitera la misma convicción cuando declara: ‘Nuestros remotos progenitores sólo rindieron culto al Dios único, al Dios desconocido, antes que esparciera su luz el Evangelio’<sup>352</sup>. Lino Munárriz<sup>353</sup> en 1908 y Bernardo Estornés<sup>354</sup> en 1933 reafirman la teoría monoteísta. En 1923 Arigita no declara abiertamente su opinión al respecto, pero recuerda que el país asimiló con rapidez las predicaciones cristianas, ‘merced a la Gracia de Dios y al buen natural de los vascos’<sup>355</sup>. Todavía en 1959 un escritor aparentemente alejado del nacionalismo como David Pérez Ilzarbe escribe acerca de los antiguos vascos:

‘Su religión tenía reminiscencias de la de los Patriarcas israelitas, que fueron olvidando en parte, cayendo en la idolatría [...]’<sup>356</sup>

---

<sup>349</sup> N. Landa, ‘Una visión en la niebla’, *op. cit.*, p. 163, cursivas suyas. Puede encontrarse otra muestra de este monoteísmo originario en el citado escrito de Nicasio Landa ‘Reseña histórica del valle y universidad de Lana’.

<sup>350</sup> Hermilio de Olóriz, *Calahorra*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1883, p. 20.

<sup>351</sup> H. Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 11. Capitolina Bustince en 1898 recoge íntegra esta opinión en su *Compendio*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>352</sup> Estanislao de Aranzadi, ‘Dulcis Amor Patriae’, *op. cit.*, p. 3.

<sup>353</sup> L. Munárriz, *op. cit.*, p. 21.

<sup>354</sup> B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, p. 66.

<sup>355</sup> M. Arigita, ‘Reseña Eclesiástica’, *op. cit.*, p. 313.

<sup>356</sup> D. Pérez Ilzarbe, *op. cit.*, p. 4.

En 1980, por último, la *Historia de Navarra*<sup>357</sup> en cómic editada por la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona muestra a los antiguos vascones adorando a *Jaungoikoa*, “el Señor de lo alto”.

El supuesto monoteísmo de los vascones junto a su pretendida opresión milenaria parecen haber dado pie a una ocasional identificación con el pueblo judío. Además de la cita de Pérez Ilzarbe podemos mencionar otra debida a José Zalba. Éste termina un artículo sobre San Francisco Javier con el siguiente llamamiento a sus lectores:

‘Hay que amar a Dios como Francisco, y a Nabara como Jatsus. Estos dos amores nos harán libres, y en su día, a la otra orilla del mar Rojo, sepultura de los enemigos, reinarán los cánticos del Israel desesclavizado.’<sup>358</sup>

Uno de los escritos más interesante relativos al monoteísmo originario de los vascones es la novela corta de Nicasio Landa *Los primeros cristianos de Pompeiopolis*<sup>359</sup>. Publicada por primera vez en 1882, narra la predicación de San Saturnino en Pamplona en el siglo I<sup>360</sup>. Sus páginas constituyen una buena muestra del curioso historicismo de Landa: por una parte describió la Pompaelo romana de acuerdo con las modernas excavaciones arqueológicas pero, por otra, no tuvo ningún inconveniente en mostrar a los pamploneses del siglo I jugando un partido de pelota<sup>361</sup>. La acción de *Los primeros cristianos* comienza con una discusión que Firmino (Fermín) tiene con otro ciudadano a propósito del modo de ser de los vascos, a quienes el futuro santo defiende contra las ofensas de aquél. Firmino, que es de estirpe nativa, describe al “generoso pueblo vascón” gobernado por doce ancianos y adorando a un dios único y sin nombre<sup>362</sup>. A continuación recuerda a su interlocutor que si los euskos forman parte del Imperio es sólo merced a un tratado de paz.

En ese momento llega el predicador Saturnino y Fermín, como todos los vascos, lo escucha arrebatado. Inmediatamente se bautizan en masa junto al templo de Diana y

---

<sup>357</sup> *Historia de Navarra*, dibujada por Rafael Ramos, C. A. N., Pamplona, 1980, p. 2.

<sup>358</sup> José Zalba, “Amayur”, en *Amayur*, 23-V-1931, p. 1. Sobre los vascos como Israel véase también A. Campión, “Una poesía de Arrese”, en *Obras completas, op. cit.*, tomo XV.

<sup>359</sup> Nicasio Landa, *Los primeros cristianos, op. cit.*

<sup>360</sup> Puede verse la leyenda de Saturnino y Fermín en la que se inspira Landa en J. Moret, *Anales, op. cit.*, tomo I, pp. 47 y ss.

<sup>361</sup> N. Landa, *Los primeros cristianos, op. cit.*, ver nota 1 y p. 4.

<sup>362</sup> *Ibidem*, p.5.

Saturnino les anima a destruir el bosque contiguo consagrado a Diana. Fermín los arenga en euskera y los conversos arrasan el idólatra lugar.

Resulta sugerente confrontar la novela de Landa con otro texto sesenta años posterior que narra los mismos acontecimientos. En concreto *Firmino de Pompaelo*<sup>363</sup> de Raimundo Susaeta. La ubicación política de Susaeta es desconocida, pero ni la fecha de edición ni la editorial permiten pensar que fuera un nacionalista.

Como el propio Landa, Susaeta se adhiere a la tradición para dar cuenta de los primeros pasos del cristianismo en Navarra. Con todo, su visión de la religión originaria de los vascones es mucho más incongruente. En principio Susaeta afirma que los vascos eran idólatras, que tenían una religión naturalista cuya máxima deidad era el sol. Pero seguidamente puntualiza que, de alguna forma, las creencias primitivas de los vascos les predisponían para recibir a Cristo.

“Algunos han creído que los vascos profesaron el monoteísmo. Ciertamente tenemos una prueba que parece confirmar esta teoría. Los vascos tenían un grito belicoso y montaraz con el que invocaban al Señor de lo alto, en todas sus necesidades guerreras: ‘Jaun-Goikoa’. En lápidas antiquísimas, se ha hallado esculpida esta invocación que parece ser una reminiscencia de monoteísmo. [...] el pueblo cántabro tenía una idea aproximada de la Divinidad que el presbítero Honesto les había mostrado por una vez primera.”<sup>364</sup>

Poco más adelante va todavía más lejos, al sugerir un paralelismo entre vascos e israelitas.

“[...] podemos insinuar, con atisbos de certeza, que el pueblo cántabro poseía ritos y costumbres análogas a las del pueblo de Dios.”<sup>365</sup>

En este punto Susaeta cita, entre otras similitudes, el gobierno de los doce ancianos y la falta de una representación física de la divinidad.

“Todo ello nos demuestra, bajo el embozo turbio de una similitud, que el pueblo éuscaro, por ser eminentemente tradicional, guardaba con toda clase de

---

<sup>363</sup> Raimundo Susaeta, *Firmino de Pompaelo. Hagiografía novelada*, Ed. Gómez, Pamplona, 1942.

<sup>364</sup> *Ibidem*, pp. 25-26.

<sup>365</sup> *Ibidem*, p. 26. ‘Cántabro’ se refiere aquí a vasco.

esmeros, las enseñanzas de los antiguos patriarcas, y que por ello, se hallaba dispuesto, como el pueblo de Israel, a recibir fructuosamente la doctrina del Mesías.”<sup>366</sup>

Esto nos muestra cómo la vieja creencia en el monoteísmo originario, ligeramente refinada, pervivía en los años del franquismo entre sectores que, sin tener una adscripción política clara, no se encontraban dentro del nacionalismo vasco.

Durante un tiempo la *ausencia de testimonios* arqueológicos constituyó una prueba negativa en favor del monoteísmo originario. Que no se hubieran hallado restos de cultos indígenas *probaba* que los vascones adoraron a un Dios sin aspecto físico. Algunos escritores, como Vinson, pensaron incluso que los vascos carecieron de ideas religiosas<sup>367</sup>. El hallazgo de ídolos cuyo origen no podía atribuirse a los extraños representó un jarro de agua fría sobre las ambas expectativas. En este punto Iturralde y Suit maniobró con una habilidad admirable: los vascos habrían mantenido efectivamente creencias monoteístas en sus orígenes, fue la perniciosa influencia extranjera quien los pervirtió. De esta manera, los ídolos encontrados

“[...] no eran manifestaciones de las creencias religiosas de los iberos y vascones, sino, por el contrario, de la decadencia o abandono de ellas, provocado por el contacto con razas extrañas.”<sup>368</sup>

En cierto modo Arturo Campión postuló un itinerario inverso. Creyó posible que en un origen los vasconavarros adorasen a la luna. Más adelante, merced a una elevación espiritual, pero antes de la llegada del Evangelio, habrían terminado adorando a un dios sin nombre<sup>369</sup>.

Hacia 1923 Campión abandonó cautamente todo rastro de monoteísmo. Admitió abiertamente -y curiosamente lo hizo basándose en el mismo término de *Jaungoikoa*- que los primitivos vascones habían practicado una religión naturalista. ‘El primitivo monoteísmo basko’, concluyó, ‘va perdiendo, *por desgracia*, toda consistencia

---

<sup>366</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>367</sup> Cfr. J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 867.

<sup>368</sup> Citado por Altadill en *Geografía general, op. cit.*, p. 661.

<sup>369</sup> A. Campión, ‘El Genio de Nabarra’, *op. cit.*, p. 84 y ss.

histórica”<sup>370</sup>. Y, con evidente desencanto, citó aquellas fuentes que retardaban la cristianización de Vasconia hasta la Edad media<sup>371</sup>.

Al margen de escasos textos como el de Susaeta, el monoteísmo primigenio ha sido crecientemente criticado a partir de este momento, especialmente por los autores más navarristas<sup>372</sup>. En este sentido es claro que el monoteísmo originario ha formado parte de los discursos propios del *saltus* y que el *ager* ha tendido a ponerlo en cuestión. No obstante, otra tesis estrechamente emparentada con ella, como es la de la temprana cristianización, ha sobrevivido a nivel popular y “oficial” hasta nuestros días.

En efecto, la fábula<sup>373</sup> de Saturnino, Honesto y Fermín, que hemos visto relatada por Landa y Susaeta, continúa gozando hoy de una gran aceptación. Viene a expresar la creencia de que tal vez los antepasados no fueran monoteístas antes de tiempo pero que, al menos, lo fueron muy tempranamente. Autores de todas las tendencias la han admitido. Julio Gúrpide<sup>374</sup>, por ejemplo, repite a los jóvenes la leyenda sin translucir la más mínima duda. Antes que él se adhirieron a la tradición Olóriz<sup>375</sup>, Munárriz<sup>376</sup> y Pérez Goyena<sup>377</sup>, entre otros. Algunos escritores como Arigita<sup>378</sup> y Clavería<sup>379</sup>, admiten la ausencia de documentos que legitimen la existencia de ambos santos, pero a la vez insisten en que tampoco hay nada que se oponga a la tradición.

No obstante, conforme avanza el tiempo ha sido habitual la expresión de puntos de vista francamente escépticos acerca de una temprana evangelización de Navarra<sup>380</sup>.

---

<sup>370</sup> A. Campión, ‘Nabarra en su vida histórica’, *op. cit.*, p. 384. Las cursivas son mías.

<sup>371</sup> *Ibidem*, p. 385 y ss.

<sup>372</sup> Cfr. J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, cap. XII; M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, pp. 84-85.

<sup>373</sup> En torno a la falta de fundamentación histórica para la leyenda de San Fermín y San Saturnino véase, José Goñi Gaztambide, *Historia de los obispos de Pamplona*, tomo I, Ed. Universidad de Navarra, Diputación Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1979, pp. 21 y ss.

<sup>374</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 141 y ss.

<sup>375</sup> H. Olóriz, *Resumen histórico, op. cit.*, pp. 11-12.

<sup>376</sup> L. Munárriz, *op. cit.*, pp. 21-24.

<sup>377</sup> M. Pérez Goyena, *op. cit.*, pp. 63 y ss.

<sup>378</sup> M. Arigita, ‘Reseña Eclesiástica’, *op. cit.*, p. 312.

<sup>379</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra, op. cit.*, p. 27.

<sup>380</sup> Cfr. José María Lacarra, *Vasconia Medieval. Historia y filología*, Publicaciones del Seminario J. Urquijo, Exc. Dip. Provincial de Guipúzcoa, San Sebastián, 1957. J del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, pp. 361 y ss. M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, pp. 85 y ss.

### **Los manes de los orígenes.**

Todo relato tiene sus personajes, sus protagonistas. Los de los relatos de los orígenes son los vascones, los patriarcas como Aitor y Miguel de Goñi, los reyes de la dinastía pirenaica como Iñigo Arista. Los rasgos que los distinguen son una parte esencial de los relatos, a la vez producto y fundamento de la acción narrativa que llevan a cabo. Los personajes, efectivamente, deben coincidir con sus actos y sus actitudes deben prefigurarlos. Sus atributos actúan cuando no hay acción, cuando el curso de los acontecimientos entra en pausa o incluso cuando no existe como tal. En consecuencia, por sí solos los protagonistas de los orígenes proporcionan una descripción de los tiempos primigenios: los reyes guerreros y piadosos *hablan* de una época heroica y cristiana, los patriarcas de barba blanca y largas melenas de la tranquilidad del primitivo aislamiento; su contrapunto, los aguerridos vascones, *hablan* de la firme respuesta a las agresiones externas.

En la mayor parte de la historiografía navarra los vascones se esfuman como personajes hacia el comienzo del milenio. Entonces les suceden los navarros como sujetos de la historia, o mejor dicho, sus reyes. Hasta qué punto esta desaparición es responsabilidad de las fuentes, de las crónicas que dejan de mencionar a los vascos en lo que atañe a Navarra, es algo difícil de precisar. Según parece a partir del siglo IX las fuentes carolingias y visigóticas ya no se refieren a los vascones<sup>381</sup> -algo que no sucedería en las fuentes árabes<sup>382</sup>-. En cualquier caso, esta circunstancia encaja con facilidad con aquélla otra según la cual los vascones son retratados conforme a unos rasgos tan prehistóricos que resulta casi imposible su supervivencia más allá de la Alta Edad Media.

Son muchos los escritores navarros que han repetido, en su mayoría sin citar la fuente, una descripción de los vascos cuyo origen parece estar en un párrafo del *Resumen Histórico* de Yanguas y Miranda. Este párrafo refiere que los árabes:

‘No pudieron penetrar en los montes de Afranc (así llamaban los africanos a los Pirineos) poblados de hombres vestidos de pieles de osos y armados de chuzas y

---

<sup>381</sup> J. Caro Baroja, *Etnografía histórica de Navarra, op. cit.*, tomo I, p. 84.

<sup>382</sup> Un análisis notablemente clarificador de los términos ‘vascón’ y ‘vasco’ en las fuentes, europeas y árabes puede verse en Joaquín Arbeloa, *Los orígenes del Reino de Navarra, (710-925)*, Auñamendi, San Sebastián, 3 volúmenes, 1969, pp. 142 y ss.

guadañas: que no conocían el comercio ni las artes, ni estaban acostumbrados a doblar la cerviz al yugo extranjero.”<sup>383</sup>

Teodoro de Ochoa<sup>384</sup>, Arturo Campión, Eladio Esparza<sup>385</sup>, Julio Carroquino<sup>386</sup> y un largo etcétera han repetido, con ligeras variaciones, esta descripción de los vascos. A los autores poco parece importarles si hablan de los vascones del siglo I o del siglo XX porque, como hemos visto, una de sus principales características es su inmutabilidad<sup>387</sup>. Una y otra vez encontramos a los vascos viviendo en selvas y apartadas montañas, alejados de la civilización y el lujo, labrando el suelo y cazando fieras, indómitos y frugales, religiosos y a la vez supersticiosos, dando *irrintzis* y efectuando pintorescas danzas. Nicasio Landa, por ejemplo, en su novela *Los primeros cristianos de Pompeiopolis*<sup>388</sup> habla de ellos en estos términos:

“Aquellos montañeses que los Romanos tenían por Bárbaros, y bien lo parecían, con largas guedejas que caían hacia los lados de su atezado rostro: vestidos de pieles, con el hacha colgada en la cintura y la makila en la mano.”<sup>389</sup>

En su estudio sobre el Roncal<sup>390</sup>, el joven Bernardo Estornés Lasa continúa vistiendo con pieles de oso a los vascos del siglo VIII. Para el siglo XI Campión describe de igual forma al consejero del príncipe “Sancho Garcés”<sup>391</sup>. Olóriz pinta con largas cabelleras y vestidos “con los despojos de las fieras”<sup>392</sup> a los navarros que acompañan a Sancho el Fuerte a las Navas de Tolosa.

Con posterioridad este aspecto primitivo se atribuye de forma más restringida a personajes que se muestran especialmente propicios para recibirlo. Azeari Sumakila, el

---

<sup>383</sup> J. Yanguas, *op. cit.*, p. 59.

<sup>384</sup> T. Ochoa, *op. cit.*, p. 146.

<sup>385</sup> Cfr. la página 144 de nuestro trabajo, donde se recoge una cita de Esparza a Campión.

<sup>386</sup> Julio Carroquino y Ángel Ximénez de Embun, *Compendio Histórico de Navarra*, Imp. de M. Embid, Zaragoza, 1932, p. 36.

<sup>387</sup> Cfr. A. Martínez Alegría, *op. cit.*, p. 64.

<sup>388</sup> N. Landa, *Los primeros cristianos*, *op. cit.*

<sup>389</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>390</sup> B. Estornés, *Erronkari*, *op. cit.*, p. 9.

<sup>391</sup> A. Campión, “Sancho Garcés”, en *Obras completas*, *op. cit.*, tomo II, p. 288.

<sup>392</sup> Hermilio de Olóriz, “Las Navas de Tolosa”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912, p. 95.



jefe de los bandidos de *García Almorabid*<sup>393</sup>, está “desacostumbrado a la civilización”: vive en una caverna, calza abarcas, luce largas guedejas y una barba blanca que le llega hasta el pecho<sup>394</sup>. Manuel Iribarren Paternáin concede al almadiero roncalés “las cualidades del hombre primitivo, las virtudes esenciales de la raza”<sup>395</sup>. Con frecuencia los pastores y los caseros son los favoritos para encarnar en el presente al hombre primitivo que era el vascón<sup>396</sup>.

Este primitivismo no es sólo cuestión de vestido y calzado. Como comprobaremos próximamente, también la lengua vasca es contemplada como una lengua prehistórica. Como exóticos salvajes los habitantes de Baztán rinden culto totémico a las vacas en la *Navarra* de Iribarren<sup>397</sup>. En Lorategi -el pueblo imaginario de Eladio Esparza- todo tiene el “sabor de tiempos primitivos”<sup>398</sup>. También la borda en donde viven los vascos es, para Joaquín Argamasilla, una “habitación primitiva”<sup>399</sup>, la primera que se conoce tras la caverna. En ella vive aislado el navarro, como los hombres prehistóricos, en comunión con la naturaleza. Éste, dice García Ezpeleta, “quiere vivir aislado en la cabaña solitaria, cerca del bosque, tendida por la ladera montañesa. No le gustan los grandes poblados”<sup>400</sup>. El “maestro” Campión abunda en esta pintura del prototipo de la tierra. Como seres sin civilizar, el vasco, escribe, “vive entre lobos y selvas más a gusto que entre hombres”<sup>401</sup>.

Francisco Elías de Tejada es uno de los autores que más lejos ha llevado la lectura primitivista de los vascos de todos los tiempos. Sus rasgos definitorios, escribe, son la “simplicidad mental” y la “pureza moral”<sup>402</sup>. Son “grandes niños”<sup>403</sup>, su idioma

---

<sup>393</sup> A. Campión, *García Almorabid*, *op. cit.*

<sup>394</sup> *Ibidem*, pp. 43 y 84,

<sup>395</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 33.

<sup>396</sup> Un caso extremo es el de Belcha, una criatura solitaria que vive en estado semisalvaje y en el monte en pleno siglo XX según narra la novela del propio Manuel Iribarren, *Pugna de almas*, Afrodisio Aguado, Madrid, s.f. (pero 1944).

<sup>397</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 38.

<sup>398</sup> E. Esparza, *De cuando éramos novios*, *op. cit.*, p. 141.

<sup>399</sup> Joaquín Argamasilla, *De tierras altas. Boceto de paisajes y novelas*, Imp. de A. Marzo, Madrid, 1907, p. 60. El libro insiste continuamente en la asociación de los habitantes del norte de Navarra con lo “primitivo” y lo “salvaje”. Cfr. pp. 38, 58, 207, etc.

<sup>400</sup> J. García Ezpeleta, *op. cit.*, p. 8.

<sup>401</sup> A. Campión, “La personalidad euskara en la historia, el derecho y la literatura”, en *Discursos políticos*, *op. cit.*, p. 138.

<sup>402</sup> Francisco Elías de Tejada, *Las Españas. Formación histórica. Tradiciones regionales*, Ed. Ambos Mundos, Madrid, s.f., p. 105.

<sup>403</sup> *Ibidem*.

refleja “una mentalidad paleolítica”<sup>404</sup>. “Ni siquiera en lo religioso han dejado de ser primitivos los hijos de Euskalerría”<sup>405</sup>. “Son un pueblo al que se le paró el reloj en una data semiprehistórica”<sup>406</sup>; están “recluidos en sus montañas agrestes, sin participar en las grandes empresas de la civilización”<sup>407</sup>. Toda su existencia, en definitiva, toda su personalidad se explica en una sola palabra:

“Primitivismo. Esta es la característica de Euskalerría. En sus hijos, en el tipo físico, en las virtudes y en los defectos, todo el sentido de lo vasco y toda su especialidad respecto a los demás pueblos españoles se explican con arreglo a semejante primitivismo.”<sup>408</sup>

Como puede verse repasando la autoría de las citas anteriores, esta concepción de los vascos más “íntegros” como seres primitivos sin civilizar es común a euskaros, nacionalistas y navarristas. En ocasiones estos tópicos han dado lugar a narraciones verdaderamente extravagantes. El caso de la novela de Jaime del Burgo *El valle perdido*<sup>409</sup> está lleno de interés precisamente en la medida en que nos parece cae continuamente en el ridículo.

La acción de la novela comienza durante la Guerra Civil. Dos aviadores navarros, Carlos Ollaga y su copiloto Javier Górriz, son derribados en combate por los “marxistas”. Su aparato cae sobre en un lugar indeterminado de la Montaña navarra. Mientras esperan auxilio se les aparece un individuo vestido con pieles y abarcas, portando un viejo fusil. Suelta un irrintzi y desaparece. Al rato se escucha el ruido lejano de unos tambores acercándose. Se les presenta entonces una comitiva de *danzaris*, vestidos como el primer visitante. Llevan hachas, espadas al cinto y, como los caníbales de las novelas de Salgari, dan espantosos aullidos.

“Pero lo que sorprendió, y al propio tiempo tranquilizó a Carlos, fue el observar que los **danzaris** tocaban sus cabezas con boinas rojas.”<sup>410</sup>

---

<sup>404</sup> *Ibidem*, p. 111.

<sup>405</sup> *Ibidem*, p. 113.

<sup>406</sup> *Ibidem*, p. 114.

<sup>407</sup> *Ibidem*, pp. 114-115.

<sup>408</sup> *Ibidem*, pp. 104-105.

<sup>409</sup> Jaime del Burgo, *El valle perdido*, Ed. Navarra, Pamplona, 1942.

<sup>410</sup> *Ibidem*, p. 36, negrita suya.

Ollaga no comprende nada pero su copiloto Górriz, vasco de la Barranca, muy asustado, haciendo el papel del nativo semicivilizado fiel sirviente del blanco<sup>411</sup>, le habla de una vieja leyenda según la cual existe en las montañas navarras un valle que quedó aislado a raíz de un terremoto durante la Primera Guerra Carlista. Sus habitantes, la mayoría de ellos adictos a la causa del pretendiente, quedaron encerrados en su interior. Es allí, en efecto, donde se encuentran los dos aviadores.

Extrañamente, los pobladores del valle perdido parecen haber involucionado hasta etapas prehistóricas. Cuentan el tiempo conforme a un calendario lunar, ejecutan ceremonias cuyo sentido se escapa al civilizado Ollaga y, a excepción de unos pocos, desconocen el castellano. Además portan toscos arcos y aparejos de sílex.

Quien parece estar al mando de los pintorescos bailarines, un anciano sacerdote llamado Aritz, se dirige entonces a Ollaga en castellano haciéndole reverencias. Han tomado al piloto franquista por el príncipe que esperaban desde hacía cien años. Como hawaianos, sonrientes salvajes ciñen a los pilotos una corona de flores. A lo largo de toda la novela los vascos son descritos en los mismos términos con que en las novelas de Kipling o Salgari se describe a los nativos indios o africanos: son supersticiosos, infantiles, volubles, melómanos y poseen un agudo sentido del ritmo:

“No es el vasco un pueblo que permanezca perennemente abatido cuando le aflige una desgracia.

Profundamente impresionable, tanto le sorprenden las malas como las buenaventuras y, pese a su aspecto de seriedad racial, cuando los **txistus** tejen la extraña melodía de sus ritmos, arrastran tras de sí el agobio de los pesares y saltan y brincan con habilidad natural, suspendidas sus almas en la vorágine de alocados acordes.”<sup>412</sup>

El curioso valle no vive en paz. En el momento de quedar aislados los carlistas custodiaban a muchos prisioneros liberales. Éstos terminaron rebelándose contra sus

---

<sup>411</sup> “Javier, como todos los vascos auténticos poseía ese fondo de temor supersticioso, esa innata inclinación a lo legendario que caracteriza a los individuos de su raza y que no ha logrado desterrar todo el influjo materialista de los tiempos modernos.” (*Ibidem*, p. 80, cursivas mías). Resulta interesante advertir cómo el comportamiento de estos vasco-carlistas recuerda poderosamente al descrito por Gustave Le Bon como típico de las masas (cfr. Gustave Le Bon, *Psicología de las masas*, Morata, Madrid, 1983). Es notorio que Jaime del Burgo ha leído al psicólogo francés, cuya obra cita en más de una ocasión en su *Historia de Navarra* (*op. cit.*).

<sup>412</sup> J. del Burgo, *El valle perdido*, *op. cit.*, pp. 227-228. Negrita suya. La mayor parte de las palabras vascas que se intercalan en el habla de los carlistas aparecen destacadas de este modo.

captos y constituyeron un gobierno independiente. Se trata de dos sociedades contrapuestas. Los carlistas son extremadamente religiosos, viven en un régimen teocrático regido por doce ancianos, a la espera del príncipe-mesías. Por el contrario, los liberales han elegido una reina de indecible belleza<sup>413</sup>. Esta mujer, llamada Arali, los mantiene en un régimen cercano a la esclavitud con la ayuda de una camarilla. No creen en Dios, practican la idolatría<sup>414</sup> y su único afán es asesinar a los “creyentes en Cristo”<sup>415</sup>. Por si fuera poco, celebran una especie de juegos circenses en los cuales hacen luchar a muerte a sus esclavos. Los carlistas son a todas luces vascos, mientras que, según parece, la mayor parte de los liberales son de origen foráneo. Sin embargo, como los carlistas -y sin que se nos explique la razón-, los liberales han involucionado también hacia el primitivismo.

Al poco tiempo de llegar, Ollaga es alzado sobre el pavés por los doce ancianos al triple grito de “¡real, real, real!”<sup>416</sup>. Por desgracia, su compañero Górriz es raptado por los liberales quienes pretenden sacrificarlo a sus ídolos. Sin embargo Arali, la “vestal pagana”<sup>417</sup>, se enamora repentinamente de Górriz y lo salva. Tras confesarle su afecto se muestra dispuesta a convertirse al cristianismo.

Animados por la llegada del esperado príncipe, los vasco-carlistas atacan a los liberales. Se desencadena una terrible batalla<sup>418</sup>. En un intermedio los liberales se levantan contra su reina, de quien recelaban desde el momento en que liberó a Górriz. A duras penas, Arali y Górriz escapan de la furia de los liberales y consiguen reunirse con Ollaga. Arali les habla de un próximo cataclismo que inundará de un momento a otro el valle perdido, haciéndolo desaparecer. Hay una salida a la civilización pero es preciso alcanzarla de inmediato. Los vasco-carlistas se encuentran demasiado ocupados peleando, de forma que sólo nuestros héroes pueden escapar. Arali muere tras recibir (oportunamente) el bautismo. El cataclismo se precipita y la “tribu de vascos”, “fiel a su

---

<sup>413</sup> Es curioso que las mujeres del Valle perdido sean descritas en términos muy apetecibles, mientras que los hombres son sin excepción francamente repugnantes. El propio protagonista repara en esta singular circunstancia, exclamando a continuación. “¡Misterios de la Naturaleza!” (*Ibidem*, p. 87).

<sup>414</sup> En p. 159 se nos informa de su culto a la Luna.

<sup>415</sup> *Ibidem*, p. 94. Apostilla a esto del Burgo: “¡como en España!”

<sup>416</sup> *Ibidem*, p. 109.

<sup>417</sup> *Ibidem*, p. 152.

<sup>418</sup> La batalla discurre de modo tan pintoresco como el resto del relato: “Era una carnalada alucinante y loca.

Los mutes daban vivas.

Las mujeres dan mueras.

El coro espantoso de las voces todas, atronaba los ecos del desfiladero.” (*Ibidem*, p. 182).

religión y a los principios políticos que sustentaron hace más de un siglo los soldados de Don Carlos”<sup>419</sup> mueren sumergidos junto a sus enemigos<sup>420</sup>.

Es especialmente llamativo, dentro de una novela toda ella curiosa, que el primitivo régimen de los vasco-carlistas sea relacionado con la Navarra de los comienzos del reino. Así, en un momento dado, Jaime del Burgo hace reflexionar a uno de sus personajes:

‘Pensó que el Reino de Carlos, que era el de sus hermanos de raza, navarros y vascos, representaba el tesón de Navarra, el viejo Reino pirenaico guardador de su fe y de sus costumbres.’<sup>421</sup>

Esta relación es más profunda de lo que la novela por sí sola puede mostrar. En la literatura navarra los primeros reyes a menudo han encarnado buena parte de los caracteres de los antiguos y primitivos vascones. Son fuertes, indómitos, rústicos, celosos de su soberanía, democráticos y religiosos. No en vano, y a diferencia de lo que ocurre en Asturias, los reyes navarros no son godos supervivientes sino nativos elegidos por su pueblo<sup>422</sup>.

Las muestras de esta caracterización de los primeros monarcas son extraordinariamente abundantes. Para nuestros fines bastará mencionar algunas de ellas. En 1947 Marcelo Núñez de Cepeda escribe en su *Guía completa del País Navarro*<sup>423</sup>:

‘[...] fueron los vascos quienes dieron a Navarra sus reyes más antiguos, soldados valientes, denodados, audaces. Es que el suelo que les vio nacer es un gran bosque de aspecto osco y sombrío, semejando sus hombres árboles vivientes, troncos robustos que no puede doblegar ninguna tempestad...’<sup>424</sup>

---

<sup>419</sup> *Ibidem*, p. 272.

<sup>420</sup> Apuntemos como curiosidad que, en otra de sus novelas, Jaime del Burgo hizo aparecer a un individuo tomado por loco por todos y hablando de un valle perdido. Cfr. Jaime del Burgo, *Lo que buscamos*, Ed. Siempre-Gómez, Pamplona, 1951, p.33.

<sup>421</sup> J. del Burgo, *El valle perdido*, *op. cit.*, p. 92.

<sup>422</sup> En efecto la tesis de Ximénez de Rada, según la cual Arista provendría de Bigorza (identificada por unos como Viguria, por otros como Bigorra e incluso como Baigorri), no ha tenido demasiado eco.

<sup>423</sup> M. Núñez de Cepeda, *Guía completa del País Navarro*, *op. cit.*

<sup>424</sup> *Ibidem*, p.24.

En general los ‘reyes montañeses’ pasan su reinado peleando contra sus enemigos francos y musulmanes, protegiendo la sagrada independencia y la religiosidad de su pueblo<sup>425</sup>. Durante muchos años, pese a la oscuridad y falta de claridad de las fuentes, la historia de Navarra de los siglos VIII al X será una historia de las hazañas de estos monarcas novelescos. Como si todavía estuviera en sus manos el destino de su tierra, Valiente y Pérez les encomienda la protección del reino, dedicándoles su trabajo sobre Leyre:

“A los augustos manes de los fundadores del antiguo estado Vasco-navarro. Vosotros, que desde eternas e ignotas regiones del infinito, veláis por la prosperidad del pueblo que tan sublimemente registéis en remotas edades [...].”<sup>426</sup>

Las biografías de estos monarcas, jalonadas por mil batallas, apenas se diferencian entre sí. Especialmente en lo que atañe a los reyes imaginarios como García Jiménez y García Iñiguez, sus vidas se forjan desdoblado las fuentes<sup>427</sup>. Arturo Campión glosa su existencia en los siguientes términos:

“Grupo de héroes: su corona, el yelmo; su trono, la silla del caballo; su cetro, la espada; su curso, el de la avalancha: desde las cimas brumosas al valle, a la soleada llanura, con el ímpetu de quien vislumbra la tierra prometida.”<sup>428</sup>

Esta descripción parece vincularlos al *saltus*. Como los vascones montaraces que bajan al llano, los monarcas pirenaicos se encuentran, en palabras del mismo Campión, ‘encerrados en las breñas y bosques del Pirineo, de donde caían como águilas sobre los moros de la llanura’<sup>429</sup>. Su actitud es siempre de lucha y clausura, de aislamiento y resistencia agónica.

---

<sup>425</sup> Cfr. J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, pp. 158-159, ‘Cómo eran nuestros reyes’.

<sup>426</sup> V. Valiente, *op. cit.*, p. 3.

<sup>427</sup> Valgan como ejemplos los casos de Nadal de Gurrea y Olóriz. La batalla de Roncesvalles tiene lugar el 778. En la cronología de Nadal (*op. cit.*, p. 40) esa fecha coincide con el reinado de García Iñiguez. En consecuencia se hace que este príncipe dirija la victoria de los vascones. En la cronología de Olóriz, por el contrario, el príncipe cuyo reinado coincide con la batalla es Iñigo Arista. En consecuencia, describe a este monarca batallando contra las tropas de Carlomagno (H. de Olóriz, ‘Roncesvalles’, en *El Romancero de Navarra*, Imp. provincial, Pamplona, 1876). Otras muestras interesantes de biografías inventadas pueden verse en P. Gil y Bardají, *op. cit.*

<sup>428</sup> A. Campión, ‘El Genio de Nabarra’, *op. cit.*, p. 417.

<sup>429</sup> A. Campión, ‘La constitución de la primitiva monarquía’, *op. cit.*, p. 150.

Paulatinamente historiadores como el propio Campión<sup>430</sup>, del Campo<sup>431</sup>, Arbeloa<sup>432</sup>, del Burgo<sup>433</sup> y Lacarra<sup>434</sup> han ido desmantelando este retrato de los primeros monarcas. La nueva historiografía los muestra pactando con francos y musulmanes, ejerciendo una política de balancín, relativamente apartados de la Reconquista cristiana y a menudo enfrentados en guerras civiles. Sin embargo, y como sucedía con el mito del igualitarismo agrario, al menos en lo que respecta a nuestro período de estudio, no puede hablarse de un enfrentamiento abierto entre *saltus* y *ager* por el control de los primeros reyes de Navarra y los vascones de los tiempos primigenios. La desmitificación tíbiamente iniciada por Campión apenas se extenderá más allá de los círculos eruditos.

---

<sup>430</sup> Cfr. A. Campión, *Euskariana (Navarra en su vida histórica)*, *op. cit.*, pp. 91 y ss.

<sup>431</sup> Cfr. L. del Campo, *Investigaciones histórico-críticas*, *op. cit.*

<sup>432</sup> J. Arbeloa, *op. cit.*

<sup>433</sup> J. del Burgo, *Historia de Navarra*, *op. cit.*

<sup>434</sup> José M<sup>a</sup> Lacarra, *Historia Política del Reino de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, Aranzadi, 1973. Tres volúmenes.

## Capítulo 5.

# Relatos de guerra: la fiereza de los antepasados y el sacrificio de Navarra.

“¡Que huir es voz extranjera  
Que nadie entiende en Navarra!”<sup>1</sup>

Hermilio de Olóriz.

A menudo los historiadores han compuesto la historia de los pueblos desde una óptica esencialmente militar. Guerras e invasiones, batallas y conquistas constituyen todavía hoy hitos fundamentales en la mayor parte de las narraciones del pasado. Navarra no es una excepción a esta regla y las diversas escrituras de su historia giran también en torno a los hechos de armas. Esta circunstancia aparece tanto más pronunciada cuando nos ceñimos a la narración de los primeros tiempos, a los orígenes estudiados en el capítulo anterior. No en vano, el contacto con el Extraño constituía, como vimos, un momento crucial de estos relatos y a menudo era descrito en términos de confrontación. Puesto que los antepasados viven en paz hasta el momento en que irrumpe el Otro, la crónica de las relaciones con el Extraño es en buena medida la historia misma de la guerra.

En los distintos actos de este drama hay un personaje colectivo que, cuando menos a primera vista, permanece en escena invariable a través de los tiempos: los nativos, o mejor dicho sus antepasados. Son sus enemigos los que pasan, los que participan en la representación de forma efímera y luego desaparecen. Celtas, romanos, godos, árabes, francos, castellanos, franceses, etc. La leyenda de Nicasio Landa, “Una visión en la niebla”<sup>2</sup>, gira precisamente en torno a esta idea. Desde la cumbre del Larrun observa cómo la noche cae sobre Vasconia. Luego, entre tinieblas, ve pasar sucesivamente a los euskos que resistieron frente a los arios, a los iberos que lucharon contra Roma, a los montañeses que combatieron a los bárbaros.

---

<sup>1</sup> Hermilio de Olóriz, “Pamplona”, en *El Romancero de Navarra*, *op. cit.*, p. 90.

<sup>2</sup> N. Landa, “Una visión en la niebla”, *op. cit.* Apareció por primera vez en *El País Vasco Navarro*, 30-III-1870.



“Y sigue el desfile de los guerreros euskaldunas, porque si el imperio gótico sucumbe ante los sarracenos, Euskaria no.”<sup>3</sup>

Tras ellos vienen las huestes navarras que vencieron a los sarracenos en Olast, Oca, Calatañazor y las Navas de Tolosa, los vascones que derrotaron a Carlomagno y Ludovico Pío en Roncesvalles, los cruzados que combatieron en Tierra Santa, los caballeros que perecieron contra Castilla en defensa de la independencia de Navarra. Les siguen los vasconavarros que lucharon en favor de España en Flandes, Italia y el Nuevo Mundo, los marinos como Elcano y Churruca, los guerrilleros de la Francesada, los combatientes carlistas y liberales, los que defendieron las colonias españolas de África, Asia y América. Ciertamente, el atuendo y el armamento de estas sombras van cambiando pero, en realidad, se trata de los mismos personajes, del mismo protagonista que va tomando los ropajes de cada época, conservando indemne su espíritu.

El antepasado deviene regularmente un personaje belicoso. Una y otra vez los textos ponen de relieve su fiereza, su valor y su carácter indómito. La lucha de los vascones contra los godos aparece como un claro exponente de su insumisión contra el Extraño invasor. Los años que median desde la caída del imperio hasta la invasión sarracena son, en palabras de Florencio Ansoleaga, “un estado de guerra continua”<sup>4</sup>. “Período confuso” de la historia de los ancestros, a decir de Gúrpide, en el que sólo está claro “el odio a sus invasores” y “el afán de conservar su independencia”<sup>5</sup>. Las crónicas visigóticas repitieron el “*Domuit vascones*” en los panegíricos de los reyes y los escritores navarros han citado una y otra vez esta repetición, convirtiéndola en un signo de la rebeldía vascona<sup>6</sup>. Sin embargo, para buena parte de la historiografía española, esa resistencia termina en tiempos de Wamba, quien habría conseguido en sólo siete días la sumisión del país<sup>7</sup>. Por el contrario las letras navarras, con pocas excepciones, presentan a los vascones irredentos, combatiendo sin tregua el tiránico poder visigodo.

Habitualmente los antepasados no combaten en grandes batallas o, al menos, no por medio de grandes ejércitos. Prefieren las emboscadas, el golpe de mano sorpresivo,

---

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 160.

<sup>4</sup> Florencio Ansoleaga, *El cementerio franco de Pamplona*, Imp. de J. García, Pamplona, 1914.

<sup>5</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 146.

<sup>6</sup> Valgan algunas muestras: J. Etayo, “Algunas breves interpretaciones y glosas de la historia de Navarra”, *op. cit.*; F. Navarro Villoslada, *Amaya*, *op. cit.*, p. 7; H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 13; C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p. 29; B. de Estella, *op. cit.*, p. 59.

<sup>7</sup> Véase como muestra Modesto Lafuente y Juan Valera, *Historia general de España*, Montaner y Simón, Barcelona, 1887, tomo 2, p. 68.

la “eterna táctica de las guerrillas hispánicas”<sup>8</sup>. Se confunden con sus selvas y atacan inesperadamente desde sus montañas. Así luchan los vascones de Navarra Villoslada<sup>9</sup>, el Jaizki de Luis del Campo<sup>10</sup>, los montañeses de Cayuela<sup>11</sup> y los primeros navarros de Ortíz de Zárate<sup>12</sup> y de Salinas Quijada<sup>13</sup>. Pero esta estrategia no se circunscribe a los tiempos primigenios. También el Espoz y Mina de Olóriz<sup>14</sup> y los carlistas de Casariego<sup>15</sup> emplean dicha táctica:

‘Ir a la guerra, a su guerra, era en el país “écharse al monte”, lanzarse a la aventura, formar partidas y combatir ariscamente, con su mejor estilo guerrillero, bajo las inclemencias de todas las intemperies, en los riscos abruptos de la montaña, en las inmensas selvas éuskaras de robles y encinas donde moran los osos y los lobos [...]’<sup>16</sup>

Es obvio que, como sucedía con las ruinas, no todas las luchas y las batallas a lo largo de la historia de Navarra han tenido la misma importancia. No nos referimos aquí a la importancia militar, claro está, ni siquiera a su importancia política, sino exclusivamente a su importancia literaria. Las batallas de Olast, Ocharren y Atapuerca, que alcanzaron cierta fama hacia finales del XIX, sirven de motivo para algunas composiciones literarias pero luego caen en el olvido. Pocos navarros sabrán de ellas hoy. Sin embargo, la fama de dos hechos de armas ha perdurado hasta el presente con una intensidad particularmente llamativa. Se trata de las batallas de Roncesvalles y de las Navas de Tolosa. Para el período de nuestra atención, la cantidad de textos que generan supera con mucho el inspirado por las demás contiendas en conjunto, exceptuando tal vez la Guerra Civil española.

---

<sup>8</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 14.

<sup>9</sup> F. Navarro Villoslada, *Amaya, op. cit.*

<sup>10</sup> L. del Campo, *Jaizki, op. cit.*

<sup>11</sup> Alberto Cayuela Pellizzari, *La Rota de Roncesvalles*, Imp. Velandía, Pamplona, 1882.

<sup>12</sup> R. Ortíz de Zárate, *op. cit.*

<sup>13</sup> F. Salinas Quijada, ‘Las Cortes de Navarra y las Cortes de Aragón’, en *Temas de Derecho Foral, op. cit.* Salinas califica las guerrillas de “verdadera especialidad” de navarros y aragoneses (p. 455).

<sup>14</sup> H. de Olóriz, *Navarra en la Guerra de la Independencia, op. cit.*

<sup>15</sup> Jesús-Evaristo Casariego Fernández, *Flor de hidalgos (Ideas, hombres y escenas de la guerra)*, Ed. Navarra, Pamplona, 1938.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 80-81.

Ambas batallas nos servirán ahora como puntos de referencia para analizar los relatos bélicos en la cultura navarra. A continuación, una vez examinado el papel de Roncesvalles y de las Navas, pasaremos a ocuparnos de otras luchas más cercanas en el tiempo, a saber, la guerra de la independencia y, de manera especial, la Guerra Civil española.

En el capítulo anterior apareció la disyuntiva entre un análisis que primara la ubicación de los textos en las diversas *hipótesis* historiográficas y otro análisis que subrayara la fecundidad de una *lectura interna* de los *relatos* ofrecidos por aquéllos. Nos decantamos por esta segunda alternativa, ante la convicción de que las letras navarras, si bien se hacían eco de los debates historiográficos y científicos españoles y europeos en torno a los orígenes, participaban de una *lógica del sentido* propia. Ello nos permitió articular una lectura de los relatos de los primeros tiempos a partir de las tramas del *saltus* y el *ager Vasconum*. Sin embargo, y con el fin de evitar una visión excesivamente cerrada sobre sí misma de la cultura local, se consideró pertinente ofrecer unas coordenadas básicas de las principales *hipótesis* sobre los orígenes. De forma similar, nuestro análisis de los relatos bélicos atenderá preferentemente a su lógica interna, utilizando como criterio las dos tramas que hemos descrito. Tangencialmente tendremos ocasión de examinar las relaciones entre mito e ideología<sup>17</sup> y ciencia histórica. A pesar de esta lectura interna, de nuevo dedicaremos algunas páginas a dar cuenta de las discusiones historiográficas “externas” existentes en torno a los dos grandes hechos de armas que centrarán la primera parte del capítulo.

### **Roncesvalles: la brutalidad de la venganza.**

‘No sé que batalla alguna haya levantado  
tanta polvareda, como la de Roncesvalles.’<sup>18</sup>

José de Moret.

‘A quien pretenda saber  
lo que los navarros valen

---

<sup>17</sup> Algunos autores como Claude Rivière (“Mythes modernes a coeur de l’idéologie”, en *Cahiers internationaux de sociologie*, Vol. XC, 1991) admitiendo la conexión entre mito e ideología, han remarcado también sus diferencias. Aquí no nos interesa entrar en esta discusión. Se trata simplemente de denominar ese ámbito de las ideas que representan los mitos en las sociedades tradicionales y las ideologías o los imaginarios políticos en las sociedades modernas.

<sup>18</sup> J. Moret, *Investigaciones históricas*, op. cit., p. 220.

un nombre con once letras  
le contesta ¡Roncesvalles!”<sup>19</sup>  
Pedro de Górriz.

La versión más conocida en Navarra de la batalla de Roncesvalles y que sigue la inmensa mayoría de nuestros literatos tiene su base en el padre Moret<sup>20</sup>. Éste reaccionaba contra aquellas otras versiones que, como veremos a continuación, cuestionaban la importancia y la participación de los navarros en el encuentro. Para ello citaba principalmente a dos cronistas francos, Egihardo y el Astrónomo. Según Moret, Carlomagno había venido a España llamado por varios reyezuelos moros de la zona de Zaragoza, que demandaron su apoyo contra el poder cordobés. De vuelta a su reino, Carlomagno dismanteló las murallas de Pamplona. Ante esta ofensa los “Vascones Navarros”<sup>21</sup> resolvieron vengarse, preparando una emboscada a la retaguardia enemiga en las cercanías de Roncesvalles. Los vascones obtienen una completa victoria y matan a importantes jefes francos, entre ellos al célebre Roldán.

A grandes rasgos esta versión ha sido seguida por todos los escritores navarros posteriores, si bien con cierta frecuencia se introdujeron algunas modificaciones menores.

Además de la exposición de la batalla del padre Moret, la literatura navarra ha bebido abundantemente del apócrifo *Canto de Astobizkar*. Este canto, al que hemos aludido anteriormente, fue compuesto por el bayonés Garay de Monglave hacia 1835. Después de hacerlo traducir al vascuence, Garay lo dio a conocer como una tradición oral vasca proveniente del siglo VIII. Como dijimos, muchos autores, locales y foráneos, creyeron ingenuamente en su autenticidad. Hacia 1890 apenas nadie dudaba de la falsedad del canto<sup>22</sup>. A pesar de ello, éste ha continuado siendo recogido y citado en multitud de ocasiones hasta nuestros días en virtud de su calidad literaria.

Por otro lado, es preciso advertir que los relatos literarios de la batalla a menudo han incluido algunos detalles provenientes de la *Chanson de Roland*, como la muerte de

---

<sup>19</sup> Pedro de Górriz, “Cancionero popular navarro”, en *Certamen literario del Ayuntamiento de Pamplona*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1885, p. 29.

<sup>20</sup> J. Moret, *Investigaciones históricas*, op. cit.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 239.

<sup>22</sup> Incluso un historiador nacionalista español como Modesto Lafuente (op. cit., tomo II, pp. 178-180) lo recogió dándolo por válido.

Oliveros o la llamada de Roldán a Carlomagno. De este modo, aspectos periféricos de la tradición épica han sido incorporados por parte de nuestros escritores a sus textos.

Hay varias versiones de la batalla de Roncesvalles que difieren de la de Moret, a la que por comodidad llamaremos la “versión navarra”. Tal vez la más célebre de ellas es precisamente la de la *Chanson de Roland* -en sus diferentes versiones y en textos derivados como el del pseudo Turpín-. Esta versión carece de prestigio entre los historiadores profesionales modernos, pero ha mantenido cierta difusión en la historiografía francesa más nacionalista hasta tiempos relativamente recientes<sup>23</sup>. Según ella, Carlomagno llega a España con el objetivo de combatir a los musulmanes. Después de una serie de choques sólo resta Zaragoza para completar la Reconquista. La plaza se halla en poder de un rey moro llamado Marsilio. Éste, gracias a la traición del padraastro de Roldán, Ganelón, tiende una emboscada a la retaguardia cristiana en Roncesvalles. A pesar de su comportamiento heroico, los cristianos son derrotados y Roldán y otros caballeros resultan muertos. Carlomagno regresa entonces en ayuda de su retaguardia. Se entabla una nueva batalla en la que los musulmanes son vencidos y la afrenta vengada.

El arzobispo Jiménez de Rada ofreció una segunda versión de los hechos que gozó de gran popularidad en España y que fue admitida por historiadores de la importancia de Mariana, Garibay y Morales. Según ésta tuvieron lugar en Roncesvalles dos batallas. La primera apenas merecería tal nombre y consistió en el saqueo que los navarros hicieron del “fardaje” de las tropas de Carlomagno. La segunda, la verdadera y más famosa, tendría su origen en la decisión de Alfonso II el Casto, príncipe de Asturias, de adoptar a Carlomagno como hijo. Los súbditos del Casto no aprobaron esta cesión, de modo que presionaron al monarca para que anulara la adopción. El Casto cedió, pero el poderoso Carlomagno, que ya contaba con la España cristiana entre sus dominios, rechazó enfurecido la revocación. Decidido a tomar posesión de su herencia, se encaminó hacia España al frente de un poderoso ejército. En este trance, un caballero español llamado Bernardo del Carpio, sobrino ilegítimo del rey asturiano, resuelve, con la adhesión de otros nobles, resistir a la invasión. Uno y otro ejército se enfrentan en Roncesvalles. Allí los cristianos españoles, confederados según algunas versiones con el príncipe Marsilio de Zaragoza, derrotan las ambiciones expansionistas de Carlomagno.

---

<sup>23</sup> Cfr. por ejemplo Delandines de Saint-Esprit, *Histoire des ages héroïques (754-987). Les karlovinghiens*, Debécourt libraire-éditeur, Paris, 1843, pp. 75 y ss. Por cierto que Saint-Esprit incluye, en contradicción con el resto del texto, una versión al francés del Canto de Altobiscar, que aparece como *Chant d'Altaiar*, en pp. 125-127.

Bernardo del Carpio en persona mata al jefe de la retaguardia enemiga, Roldán, y España queda libre de franceses.

Aunque esta versión de la batalla y la historia de Bernardo del Carpio<sup>24</sup> contaron con la credibilidad de historiadores del prestigio, muchos otros, como el Padre Flórez, el Padre Risco y Juan Francisco de Masdeu negaron tempranamente su veracidad. De hecho, durante el siglo XVIII la mayor parte de la crítica española parece haber considerado la historia de Bernardo una invención dado que, según las crónicas, Alfonso el Casto entró a reinar al menos trece años después de que se produjera la batalla. A pesar de ello, durante el romanticismo la figura del Carpio conoció una importante revalorización, si bien fue más literaria que historiográfica. Así, el romance del siglo XVII *Bernardo o la victoria de Roncesvalles* de Bernardo de Valbuena se reedita varias veces<sup>25</sup> y Joaquín Francisco Pacheco y Telesforo de Trueba incluyeron al héroe imaginario en varios de sus escritos. Todavía en 1943 García Ezpeleta<sup>26</sup> recogía como verídica su participación en Roncesvalles en un libro destinado al uso escolar.

Además de las versiones de Bernardo del Carpio y de la *Chanson*, en tiempos más modernos se han ofrecido otras teorías de la batalla de Roncesvalles<sup>27</sup>. Entre ellas destaca la defendida por el eminente arabista Francisco de Codera y Zaidin<sup>28</sup>. Codera sigue al cronista árabe Aben-al-Atsir (citado en otras ocasiones como Ibn al-Athir) para afirmar que la batalla tuvo lugar a raíz del ofrecimiento de vasallaje que un reyezuelo de Zaragoza, Soleiman ben Yactán (o Sylayman ibn al-Arabi) hizo a Carlomagno, a cambio de su ayuda para independizarse de Abderramán I, sultán de Córdoba. Al encontrarse con las puertas de Zaragoza cerradas, y acaso alarmado por las noticias de una rebelión en Sajonia, Carlomagno optó por tomar como prisionero a Soleiman y retirarse a Francia. Los hijos del reyezuelo, Matruh y Ayxon (Aysun), tendieron una emboscada a los francos y con un golpe de mano consiguieron liberar a su padre. Esa

---

<sup>24</sup> Pueden encontrarse abundantes informaciones relativas a Bernardo del Carpio y a sus hazañas posteriores a la batalla en la obra de Fray Justo Pérez de Urbel y Ricardo del Arco Garay, *España Cristiana. Comienzo de la Reconquista*, tomo VI de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Espasa-Calpe, Madrid, 1956, pp. 367-370. La fuente habitual de estas fábulas suele ser la *Historia de los hechos de España* de Rodrigo Jiménez de Rada (hay edición en Alianza, Madrid, 1989). La leyenda de del Carpio presenta otras versiones, las cuales pueden consultarse en el *Diccionario Literario de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países* (Bompiani), Hora, Barcelona, 1988, voz "Bernardo del Carpio". Una revisión en favor de la existencia histórica de Bernardo puede verse en Vicente J. González, "Bernardo del Carpio y la Batalla de Roncesvalles", en *VIII Congreso de la Societat Rencesvalls*, Institución Príncipe de Viana-Gobierno de Navarra, Pamplona, 1981.

<sup>25</sup> Hay ediciones los años 1808, 1852, 1878 y 1914.

<sup>26</sup> Fermín García Ezpeleta, *España Inmortal*, Ed. Afrodísio Aguado, Madrid, 1943, pp. 41-42.

<sup>27</sup> Pueden seguirse estos debates en el estudio de José M<sup>o</sup> Lacarra, "La expedición de Carlomagno a Zaragoza y su derrota en Roncesvalles", dentro de su libro *Investigaciones históricas*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1983.

<sup>28</sup> Francisco de Codera y Zaidin, *Estudios críticos de la Historia Árabe Española*, Lib. A. Uriarte, Zaragoza, 1903.

emboscada habría sido la célebre batalla de Roncesvalles, amplificada luego por la épica.

Cercana a esta opinión es la teoría expresada por Ramón Menéndez Pidal en su estudio sobre *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo*<sup>29</sup>. Según Menéndez Pidal, Carlomagno viene a España con el propósito de terminar con la dominación islámica de la Península. Para ello cuenta con el apoyo de algunos jefes musulmanes locales, reacios a la autoridad cordobesa. Sin embargo, el proyecto se frustra a causa de la inestabilidad de estas alianzas. En lo que atañe a la batalla, Menéndez Pidal considera que los atacantes de los francos fueron una coalición de musulmanes y vascos. Esta hipótesis había sido expresada con anterioridad por L. Gautier, Juan Fernando Amador de los Ríos<sup>30</sup> y Levi-Provençal<sup>31</sup>, entre otros, y concuerda con cuantos han atribuido a Carlomagno el deseo de restaurar el Imperio romano en torno a la idea de Cristiandad.

Por el contrario otros historiadores, como Ramón de Abadal y Paul Aebischer, han dudado de la finalidad religiosa de la expedición franca a España. Según ellos la lectura cristiana de la empresa es muy posterior a los hechos y proviene de una interesada tentativa por otorgar carácter religioso al reinado de los grandes monarcas carolingios. No por ello se acercan ambos historiadores a la versión “navarra” de la batalla ya que, en su opinión, los causantes de la derrota franca no fueron ni musulmanes ni navarros, sino gascones, es decir, vascones ultrapirenaicos que trataban de zafarse del dominio franco<sup>32</sup>. Este punto de vista tuvo un predecesor en el historiador español del siglo XVII José Pellicer de Osaun, quien no tuvo inconveniente en falsificar un documento dirigido a Carlos el Calvo para defenderla.

Al margen de la identidad de los atacantes se ha discutido vivamente acerca del lugar en el que ocurrió la batalla. Robert Fawtier<sup>33</sup> y Joseph Bedier<sup>34</sup> creen que fue en el puerto de Belate. Arturo Campión<sup>35</sup>, por su parte, se inclina por Valcarlos. Antonio

---

<sup>29</sup> Ramón Menéndez Pidal, *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo (orígenes de la épica románica)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1959. Cabe mencionar que Menéndez Pidal incluyó un apéndice con las principales fuentes en torno a la batalla (pp. 469 y ss).

<sup>30</sup> Cfr. Juan Fernando Amador de los Ríos, *Historia de la Edad Media*, Imp. Velandía, Pamplona, 1911, p. 131.

<sup>31</sup> Cfr. Èvariste Lévi-Provençal, *España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba*, en R. Menéndez Pidal dir., *Historia de España, op. cit.*, tomo IV.

<sup>32</sup> De esta misma opinión es J. del Burgo, que distingue a los navarros de los atacantes, cfr. *Historia de Navarra, op. cit.*, pp. 385 y ss.

<sup>33</sup> Robert Fawtier, *La Chanson de Roland. Étude historique*, E. de Boccard, Paris, 1933.

<sup>34</sup> Cfr. P. Narbaitz, *op. cit.*, p. 83.

<sup>35</sup> A. Campión, “La Canción de Roldán”, en *Fantasia y realidad*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1972.

Ubieto Arteta<sup>36</sup> propone el lugar de Siresa, en el valle de Hecho (Huesca), y Rita Lejeune, por último, el puerto de Perthus, en Perpignan<sup>37</sup>.

Amén de estas discusiones, y de otras cuestiones menos relevantes para nuestro análisis como la fecha del encuentro<sup>38</sup>, uno de los puntos más controvertidos ha sido el de la importancia de la batalla. Los textos más cercanos a la *Chanson* y a la versión de Jiménez de Rada resaltaron las dimensiones de la derrota, pero en fechas más recientes la mayor parte de los historiadores consideraba que aquélla debía haber sido muy escasa. Jullien Vinson, por ejemplo, entiende que se trató de un “episodio histórico, de levísima importancia”, en el que los vascos “saquearon los bagajes de la retaguardia franca”<sup>39</sup>. En 1933, sin embargo, Robert Fawtier<sup>40</sup> publicó un decisivo trabajo sobre Roncesvalles en el que subrayaba la magnitud del descalabro franco. Hoy los historiadores, si bien consideran que la *Chanson* exageró la derrota, admiten por lo común que el hecho tuvo una gran resonancia en la sociedad carolingia.

Los textos en torno a la batalla de Roncesvalles de los que vamos a ocuparnos aquí no se inscriben sino parcialmente dentro de estas polémicas. Es cierto que todos ellos toman partido por una versión de la lucha, la que hemos llamado por sencillez “navarra”, y que en ese sentido rechazan implícitamente las demás hipótesis. Nadie admitirá en Navarra la historia de la *Chanson* o que la batalla fuese un mero acto de latrocinio. Sin embargo, la adhesión a la versión local no recoge las polémicas ni participa sino débilmente en ellas. A este respecto, las menciones a los autores “rivalés” son muy escasas, casi inexistentes, y éstas en ningún caso dan cuenta de las dimensiones del debate. En este sentido no encontraremos casi referencias a textos contemporáneos y sí críticas a la leyenda de Bernardo del Carpio, cuando apenas nadie sostenía su veracidad, cuando no era un enemigo real. Por otro lado, la inmensa mayoría de los escritos de las letras navarras a propósito de la batalla no trasciende del ámbito estrictamente local. Nuestros autores no son citados por los historiadores profesionales ni pueden serlo: no tienen capacidad como para aportar argumentos relevantes,

---

<sup>36</sup> Cfr. A. Ubieto Arteta, “La derrota de Carlomagno y la ‘Chanson de Roland’”, en *Hispania*, vol. 23, 1963.

<sup>37</sup> Cfr. P. Narbaitz, *op. cit.*, pp. 80-81.

<sup>38</sup> A partir de que Weflin hallara hacia 1870 el epitafio de Aggiardo en la Biblioteca Nacional de París, la mayor parte de los eruditos admite la fecha del 15 de agosto de 778, si bien no faltan quienes creen que el epitafio es muy posterior a la muerte del cortesano franco. A este respecto cfr. José María Lacarra, “El día de la batalla de Roncesvalles”, en *Príncipe de Viana*, nº 4, 1941.

<sup>39</sup> J. Vinson, *Les Basques et le Pays Basque*, citado por B. de Estella, *op. cit.*, p. 67.

<sup>40</sup> R. Fawtier, *op. cit.*



releyendo una fuente antigua o descubriendo otra. En definitiva, aunque se inscriben parcialmente en la polémica, en el sentido expresado, no participan sino levemente de ella, en cuanto ni sus escritos están concebidos para hacerlo, ni llegan a ser discutidos, ni podemos reconocer en sus páginas más que levísimas huellas de los debates historiográficos. Sólo José M<sup>a</sup> Lacarra y Arturo Campión representan excepciones a esta realidad y, en este último caso, parcialmente. El trabajo del resto de autores no consiste en discutir “científicamente”, sino más bien en ilustrar, en dar forma literaria, a la versión “navarra” a la que se adhieren sin demasiados elementos de juicio, por simple regionalismo. Nos equivocáramos si tratáramos de dar cuenta preferente de los relatos de la batalla en la literatura navarra a partir de su enfrentamiento con otras teorías. La pugna erudita es aquí completamente secundaria.

Ello no significa que todos los escritores locales repitan exactamente lo mismo. La versión histórica de la batalla, *los datos*, son esencialmente idénticos, pero *el relato* que se ofrece no lo es. Las diferencias con el texto moretiano tal vez puedan juzgarse de matiz desde una perspectiva historiográfica, pero no si se atiende a sus connotaciones ideológicas.

Los relatos de nuestro interés, en efecto, se inscriben en otro juego de significados que el del debate científico. Mientras los textos históricos giran en torno al lugar de la batalla, etc., los textos navarros giran en torno a la belicosidad de los vascones como respuesta a las maniobras invasoras del Extraño. A nuestro modo de ver este hecho sitúa a la batalla de Roncesvalles como un momento paradigmático del *saltus Vasconum*. Ello no significa que cuantos escritos se han ocupado de la batalla de Roncesvalles sostengan una concepción aislacionista y agónica de Navarra puesto que, como advertimos en su lugar, los textos pueden incorporar elementos de ambas tramas y éstas subsumir fragmentos de su rival resolviéndolos dentro de su propia visión de la identidad. Con todo, la mayoría de nuestros autores tanto euskaros como nacionalistas y navarristas ha coincidido en una narración muy similar del evento.

El primero de nuestros textos constituye una relativa excepción a las dos afirmaciones anteriores -esto es, la de la posición externa a los debates historiográficos y la de la pertenencia al *saltus*-. Se trata del relato que hizo de la batalla Hilario Sarasa en su libro *Roncesvalles. Reseña histórica*<sup>41</sup>, de 1878. La excepción, con todo, es relativa. En lo que se refiere al primer punto, Sarasa “polemiza” con el padre Mariana,

---

<sup>41</sup> Hilario Sarasa, *Roncesvalles. Reseña histórica de su real casa y Descripción de su contorno*, Imp. Provincial a cargo de V. Cantera, Pamplona, 1878.

muerto hacía más de dos siglos y medio, y lo hace repitiendo los argumentos del padre Moret, muerto a su vez en 1687. Por tanto Sarasa se limita a recoger una vieja controversia.

En lo que se refiere al segundo punto, en principio Sarasa comprende la batalla de Roncesvalles a la vez como una gloria de los “Vascones Navarros”<sup>42</sup> y de España<sup>43</sup>. Esta no es una mera fórmula retórica y, de hecho, el nacionalismo español es patente en la mayor parte del libro<sup>44</sup>. En ese sentido, en cuanto su vasquismo se encuentra subordinado a su sentimiento español, podría parecer que su relato de la batalla se acercaría a la trama del *ager*. Los vascones actuarían como guardianes de España frente a las invasiones francesas. En definitiva, estaríamos ante una variación del discurso euskaro. Sin embargo, si separamos las páginas dedicadas exclusivamente a describir la batalla del resto del libro, esta inclinación se vuelve mucho menos evidente. En realidad el referente español, tan presente en el resto del texto, desaparece y el rasgo más remarcable resulta ser la inaudita fiereza de los montañeses navarros: los francos están ‘acostumbrados a vencer’<sup>45</sup> y luchan valerosamente, ‘hacen esfuerzos colosales, sobrehumanos’<sup>46</sup>. Además aventajan a los vascos en número y armamento. Sin embargo, la cólera de éstos últimos ‘los hace invencibles’<sup>47</sup>. Los soldados de Carlomagno, escribe Sarasa, son ‘víctimas del furor implacable de los Navarros. Más que derrota fue matanza la que allí tuvo lugar’<sup>48</sup>.

El mismo año que Sarasa editaba su libro, Arturo Campión publicó en la *Revista Euskara* una brevísima balada en vascuence titulada “Orreaga”<sup>49</sup>, uno de los nombres vascos de Roncesvalles. Campión no dominaba todavía el vascuence, que había comenzado a estudiar hacía unos ocho meses, de manera que cometió algunas incorrecciones gramaticales y ortográficas<sup>50</sup>. Pero ello no impidió el éxito del escrito.

---

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>43</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 163, en donde habla del ‘León Español desgarrando en aquellas gargantas el flamígero manto del Rey de los Francos’.

<sup>44</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 141, 144 y 146. El autor presenta a los franceses intentando constantemente invadir España.

<sup>45</sup> *Ibidem*, pp. 44-45.

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> *Ibidem*.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>49</sup> Arturo Campión, “Orreaga”, en *Revista Euskara*, 1878.

<sup>50</sup> Ello fue la causa, según el propio autor, de la ‘viciosa ortografía’ e ‘incorrecciones del lenguaje’. Cfr. “Orreaga”, en A. Campión, *Euskariana. Parte I., op. cit.*

Ligeramente retocado, “Orreaga” sirvió como hipertexto para un estudio de veinte dialectos del euskera en 1880<sup>51</sup>. Apareció de nuevo en 1896 y 1934<sup>52</sup>. Ese año fue leído por Juaristi, en los polémicos actos conmemorativos del descubrimiento del Manuscrito de Oxford. En 1978, por último, Pierre Narbaitz lo incluyó en su obra a propósito de la batalla, con versiones al francés, inglés, alemán, español y cuatro dialectos vascos<sup>53</sup>.

La propia estructura de la balada presenta un notable interés. En los ocho párrafos que la componen Campi3n no se ocupa directamente del combate, sino s3lo de su prólogo y de su ep3logo. El lapso de tiempo que contiene la lucha se encuentra vac3o. Ello nos indica hasta qu3 punto el acontecimiento puramente militar ha sido dado por sabido, hasta qu3 punto no necesita narrarse porque su desarrollo es ya sobradamente conocido por su autor y los lectores ideales para los que escribe.

Los siete primeros párrafos nos muestran a las tropas francas pasando la noche en Espinal, mientras los vascos les esperan en silencio en Ibañeta, afilando sus hachas y dardos. Los lobos aúllan en la oscuridad. El príncipe Carlomagno presiente algo, le invade una inexplicable inquietud que le impide conciliar el sueño. Cree escuchar a lo lejos un sordo rumor y, angustiado, pregunta sucesivamente por su origen a su paje, a Roldán y al arzobispo Turpín. El primero le dice que son las hojas del Irati, el segundo que es el llanto de la tierra vasca que se acuerda de los franceses. Carlomagno pregunta una tercera vez, pero el paje y Roldán han caído dormidos. Solamente permanece en vela, rezando, el arzobispo Turpín, que responde al emperador:

“-Jauna - dió Turpín onac-, errezatu zazu, errezatu zazu nerequin. Abarrots au Euscal-Errico alayua dá, eta gaiür dá gure aomenaren azqueneco eguna.”<sup>54</sup>

---

<sup>51</sup> Arturo Campi3n, *Orreaga (Roncesvalles). Balada escrita en el dialecto guipuzcoano*, Imp. y Lib. de J. Lorda, Pamplona, 1880. Entre las tres versiones reseñadas de “Orreaga” hay pequeñas diferencias, especialmente entre esta última y las anteriores, tanto en la versi3n en vascuence como en su traducci3n castellana. Las más significativas modificaciones de la versi3n vasca afectan a la ortografía, a ciertas inversiones sintácticas (v. g.: “Erregue Carlomano” -en la de 1878- por “Karlomano Errege” -en 1880-) y al vocabulario (v.g.: “alayúa” -en 1878- por “kantuba” -en 1880-). Por nuestra parte nos basaremos en la primera versi3n de 1878. La traducci3n castellana sufrió variaciones menores. Nos ceñiremos también a la de 1878, si bien cuando consideremos que la traducci3n no es literal añañiremos una traducci3n propia.

<sup>52</sup> Todas las ediciones de “Orreaga”, incluyendo las que fueron apareciendo en la *Revista Euskara*, pueden verse en J. Bilbao, *Eusko Bibliographia, op. cit.*

<sup>53</sup> P. Narbaitz, *op. cit.*, pp. 166-177. Posiblemente por errata Narbaitz parece situar el origen de la balada en 1850.

<sup>54</sup> Arturo Campi3n, “Orreaga”, en *Revista Euskara*, 1878, p. 11. Tr: “Señor, -dijo el buen Turpín,- rezad, rezad conmigo. Ese estruendo es el canto de guerra de Vasconia, y hoy es el último día de nuestra gloria” (*Ibidem*, p. 13).

En el párrafo siguiente, el octavo y último, el sol brilla en la montaña. Carlomagno huye derrotado. Las mujeres y los niños vascos, en cambio, celebran la victoria de los suyos.

*“Erbesteric ez dá Euscal-errian, eta menditarren deadar ta pozezco irrintziac eltzen dirá cerubetaraño.”<sup>55</sup>*

Campión juega magistralmente con el silencio y los gritos de los montañeses. Antes de la batalla guardan un silencio sepulcral. Sólo los enemigos hablan, sólo ellos aparecen. Los vascos están ausentes, son únicamente un rumor emboscado en los oídos de Carlomagno, unas manos que afilan dardos y hachas, apenas una frase que se repite textualmente tres veces entre todas las demás dedicadas a presentar a sus rivales. No son héroes nombrables, individuos como Turpín, Roldán y Carlomagno. Simplemente son “*Euscaldunac*”<sup>56</sup>, los vascos. Después de la victoria, son sus enemigos quienes están ausentes. Sabemos que los han matado, no es necesario declararlo. “*Erbesteric ez dá Euscal-errian*”. Sólo uno, su jefe, ha sobrevivido y huye en silencio. Mientras, los vencedores bailan y gritan alegremente.

En 1876, un poco antes de que Campión escribiera su balada, Hermilio de Olóriz escribió un romance titulado “Roncesvalles”<sup>57</sup>. Seis años más tarde, en 1882, el propio Olóriz ganó uno de los premios del Certamen científico-literario convocado por el Ayuntamiento de Pamplona, con otro poema de igual título y tema<sup>58</sup>. Ese mismo año Alberto Cayuela Pellizzari publicó otro poema titulado *La Rota de Roncesvalles*<sup>59</sup>. Esta abundancia de escritos en fechas tan próximas puede darnos una idea de la importancia de la batalla en la literatura navarra del último cuarto del siglo XIX.

El “Roncesvalles” de 1876 de Olóriz consta de ocho cuadros. En el primero los francos atraviesan Vasconia como amigos, mientras un anciano vasco pide a la Patria que despierte.

---

<sup>55</sup> *Ibidem*. Tr: “Ya no hay extranjeros en Vasconia, y hasta el cielo sube el *irrinz* de los montañeses” (*Ibidem*, p. 13). Literalmente: “hasta el cielo llegan los gritos e *irrintzis* de alegría de los montañeses” (la palabra “alayúa” ya no aparece en los diccionarios actuales con la significación de grito).

<sup>56</sup> *Ibidem*.

<sup>57</sup> H. de Olóriz, “Roncesvalles”, en *El Romancero de Navarra*, *op. cit.*

<sup>58</sup> H. de Olóriz, “Roncesvalles” en *Ayuntamiento de Pamplona. Certamen Literario 1882*, Imp. Joaquín Lorda, Pamplona, 1882. Recogido posteriormente con pequeñas modificaciones en *Ecos de mi Patria Leyendas y poesías*, Imp. Provincial, Pamplona, 1900.

<sup>59</sup> A. Cayuela Pellizzari, *La Rota de Roncesvalles*, *op.cit.*

‘Despierta, oh patria! Despierta,  
Y hecha un volcán, un incendio,  
Abrasa y destruye a Carlos,  
Que va a encadenar tu cuello.  
Si mueres en la pelea  
con dignidades habrás muerto  
¡Pero no vivas esclava  
Tú, que no tuviste dueño!’<sup>60</sup>

Desde la mentalidad de Olóriz, no es posible que los extranjeros pasen por Vasconia sin causarle un perjuicio. A pesar de sus apariencias amistosas, forzosamente pretenden esclavizarla. Por eso derriban las murallas de Pamplona en cuanto tienen ocasión. Entonces se pone de manifiesto la necesidad de una respuesta contundente. El segundo cuadro muestra precisamente a Iñigo Arista, a la vista de las ruinas de Pamplona, prometiéndole venganza.

‘Muerte dicen los rugidos  
Que de su pecho se escapan  
Y su rostro dice muerte  
Lo mismo que su mirada.’<sup>61</sup>

El siguiente cuadro presenta al príncipe Arista meditando cómo llevar a cabo su revancha. El cuarto incluye la arenga que el príncipe dirige a sus tropas, emboscadas en la oscuridad. El quinto cuadro describe la despedida de un enamorado que parte a combatir por Vasconia.

‘¡Los franceses nos han vendido,  
de nuestra amistad se mofan!’<sup>62</sup>

El cuadro sexto se centra en la batalla, que es descrita en términos muy duros. Los vascos lapidan a los francos que, a diferencia de lo que ocurría con Sarasa, apenas

---

<sup>60</sup> H. de Olóriz, “Roncesvalles”(1876), *op. cit.*, p. 20.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 35.

resisten la acometida. Los dos últimos cuadros, que muestran el paisaje después de la batalla, insisten en esta misma crudeza:

‘Se ven desmembrados troncos,  
Y cercenadas cabezas,  
Todo inmóvil, todo muerto,  
Todo espanto de la tierra.’<sup>63</sup>

Sólo Carlomagno consigue volver a Francia, merced a una vergonzosa huida. Su ambición ha provocado la tragedia. El poema termina con una advertencia:

‘¡Ay del que ambiciones sueñe  
Y a la Vasconia se atreva  
Que habrán de ser otros tantos  
Roncesvalles, cada selva!’<sup>64</sup>

El “Roncesvalles”<sup>65</sup> de 1882 coincide a grandes rasgos con el de 1876, si bien el príncipe Arista ha desaparecido de la batalla<sup>66</sup>. No nos interesa ahora reparar en su estructura, sino destacar la violencia de las imágenes. Los “vascos indomables”<sup>67</sup>, en efecto, se lanzan sobre sus enemigos en “furioso griterío”<sup>68</sup>. Con “peñas arrancadas de cuajo”<sup>69</sup> lapidan a los francos con “furia horrible”<sup>70</sup> y “feroz coraje”<sup>71</sup>. Es un “horrible espectáculo”<sup>72</sup>, un verdadero “esterminio”<sup>73</sup>. ‘Nunca la muerte con tanta furia se cernió

---

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 47.

<sup>65</sup> H. de Olóriz, “Roncesvalles”, en *Ecos de mi Patria*, *op. cit.*

<sup>66</sup> Con todo, en 1887, en el *Resumen histórico* (*op. cit.*) Olóriz continúa situando la batalla en el reinado de Arista. Por cierto que también destaca “la tremenda furia de los euskaros” (*ibidem*, p. 20).

<sup>67</sup> H. de Olóriz, “Roncesvalles” (1882), *op. cit.*, p. 17.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 20.

en los aires”<sup>74</sup>. Los escasos supervivientes son rematados a hachazos por el ‘temible vascón’<sup>75</sup>.

“Al formidable golpe de la *aizcora*  
sin vida caerán los que aun alientan”<sup>76</sup>

Nuevamente contemplamos al ‘soberbio Emperador’<sup>77</sup> huyendo para conservar la vida. El paisaje posterior a la batalla es también espeluznante: ‘Ríos de sangre inundan la pradera’<sup>78</sup>. El final del poema, por último, recuerda mucho al de 1876 e incluye una advertencia dirigida a Carlomagno y, genéricamente, a todo extranjero:

{[Si] Decides retornar con tus legiones  
Al euskaro país en son de guerra  
¡Contra el fuerte león no mandes lobos...  
O será un Roncesvalles cada selva!”<sup>79</sup>

*La Rota de Roncesvalles*<sup>80</sup> de Alberto Cayuela Pellizari también hace varias referencias a la “ciega altivez”<sup>81</sup> de Carlomagno y a la condición “extranjera” de los invasores<sup>82</sup>. Cayuela no hace ninguna alusión a un posible contenido religioso de la expedición franca. El emperador es presentado como un “tirano” que sueña con “esclavizar el mundo” y “oprimir la tierra toda”<sup>83</sup>. Su ambición se dirige simplemente a conquistar Iberia. Pero frente a su poderío surge la “sed de libertad”<sup>84</sup> de los vascos. En este contexto, los Pirineos, “la montaña gigante”<sup>85</sup>, aparecen identificados con los propios vascones, hasta el punto que la derrota franca la causan tanto unos como otros.

---

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 11. Cursivas suyas.

<sup>77</sup> *Ibidem*.

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 56.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 57. El corchete es mío.

<sup>80</sup> A. Cayuela, *op. cit.*

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>83</sup> *Ibidem*.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 9.

Como en el caso de Olóriz, el rasgo más llamativo del poema es precisamente la insistencia en la belicosidad de los vascones, rayana con el salvajismo. Los vascos, en efecto, no sólo son ‘temibles’<sup>86</sup> e ‘indomables’<sup>87</sup>, sino que muestran una ‘furia horrible’<sup>88</sup>. El ‘montañés’ está ‘sediento de atroz venganza y de extranjera sangre’<sup>89</sup>. Su consigna es justamente: ‘Antes morir que envilecer su sangre’<sup>90</sup>.

La brutalidad del choque y el feroz comportamiento de los antepasados se expresa en los tres poemas anteriores por medio de los alaridos de los montañeses. Los vascones del poema de Olóriz de 1876 dan ‘gritos de muerte’<sup>91</sup>; en el ‘Roncesvalles’ de 1882 caen sobre los francos con un ‘furioso griterío’<sup>92</sup>. En el escrito de Alberto Cayuela, por último, los gritos de los atacantes marcan incluso el *punctum* del poema<sup>93</sup>. Iturralde y Suit, con una maestría innegable, ofrece precisamente en uno de sus cuentos una versión ‘ciega’ de la batalla, sin imágenes, con sólo los gritos y los fragores del combate en Altobizkar<sup>94</sup>. Esta coincidencia no representa un aspecto exclusivamente literario ni tampoco una circunstancia meramente anecdótica que podamos desdeñar. Los gritos de los vascones constituyen el atributo más visible de su condición indómita.

La respuesta brutal, aunque heroica, de los navarros ante los francos no es una característica exclusiva de los escritos de euskaros como Cayuela, Iturralde y Olóriz. Al contrario, aparece con claridad en la mayor parte de los relatos en torno a la batalla. Por ejemplo en la novela inédita del nacionalista Bernardo Estornés Lasa *Jimena o los vascos en el siglo VIII*<sup>95</sup>. ‘Envueltos en pieles de oso’<sup>96</sup> los vascones divisan, escondidos en los montes, el paso del ejército franco:

---

<sup>86</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>87</sup> *Ibidem*.

<sup>88</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>91</sup> H. de Olóriz, ‘Roncesvalles’(1876), *op. cit.*, p. 31.

<sup>92</sup> H. de Olóriz, ‘Roncesvalles’, en *Ecós de mi Patria*, *op. cit.*, p. 56.

<sup>93</sup> A. Cayuela, *op. cit.* : ‘De montaña en montaña un sólo grito’ (p. 15); ‘el grito de Vasconia’ (p. 17); ‘grito vengador de la bravura’(p. 13); ‘grito que ensordece el aire’(p. 16); ‘el estruendo en Altoviscar crece’ (p. 18); ‘En los labios el grito ya enardece’(p. 20). Para la noción de *punctum*, cfr. Roland Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Paidós, Barcelona, 1990, pp. 60 y ss., y pp. 100 y ss.

<sup>94</sup> Juan Iturralde y Suit, ‘La batalla de los muertos’, en *Obras*, vol. I, *op. cit.* El cuento narra cómo una noche de un 15 de agosto un viajero, que actúa de narrador, llega a Orreaga. Allí escucha una leyenda según la cual cada aniversario de la batalla se pueden oír los ruidos del combate en Altobiskar.

<sup>95</sup> B. Estornés reproduce algunas páginas de ella en *Erronkari*, *op. cit.*, pp. 25 y ss.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 26.



“¡Qué bosques de lanzas! ¡Qué de banderas de diversos colores! ¡Cómo brillan las armas! ¡Cuántos son mozo? Cuéntalos bien: uno, dos, tres, cinco, veinte, ciento, mil, miles.”<sup>97</sup>

En absoluto silencio, aguardan a que el enemigo llegue al lugar indicado. Y entonces:

“¡ Irrinz, iirriinz, iirriinz....! [sic]

Sonó el agudo grito de guerra de los montañeses, acompañado de estrépito infernal de cuernos de asta y gritos y alaridos; echaron a rodar enormes piedras, rodearon monte abajo los peñascos, se llenó el desfiladero de muertos, y bajaron con sus cuchillos sedientos de sangre enemiga; salió el sol; relucían aceros ensangrentados, y a medida que los francos pasaban iban siendo degollados; el ruido sólo era comparable a un infierno: gritos descompasados, gemidos y alaridos de rabia, se mezclaban y confundían en un vocerío imposible de imaginar; los barrancos semejabán ríos de sangre, pues en sus aguas bajaban mezcladas la sangre navarra y francesa.”<sup>98</sup>

Anteriormente hemos advertido que no todos los textos repetían punto por punto la misma versión de la batalla. Manuel Iribarren Paternáin, por ejemplo, afirma que Carlomagno liberó Pamplona de los moros, camino a Zaragoza. Alejo Sorbet Ayanz<sup>99</sup>, por su parte, se muestra llamativamente benigno con la figura del emperador franco y destaca la finalidad religiosa de su expedición a España. Sin embargo, es cierto que estas diferencias son menores. En todo caso, y de manera casi unánime, los textos hacen hincapié en la dureza de la represalia vascona tras haber sufrido la agresión extranjera. El propio Iribarren escribe poco más adelante:

“Resentidos los vascones por estas y otras ofensas -la más intolerable, aquella conculcación, siquiera fuese temporal, de su territorio- y ansiosos de venganza se apostaron en las rocosas y selváticas cumbres [...].”<sup>100</sup>

---

<sup>97</sup> *Ibidem*.

<sup>98</sup> *Ibidem*, pp. 26-27.

<sup>99</sup> A. Sorbet, *op. cit.*.

<sup>100</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 155.

En el momento propicio los vascones lanzan a los francos “una avalancha de pedruscos y gritos guturales”<sup>101</sup>. Dan “bravos irrintzis”<sup>102</sup>. Son hombres “resueltos a matar y a morir [...] montañeses naturales, sin refuerzo de moros ni ayuda de otras gentes aliadas”<sup>103</sup>.

La batalla de Roncesvalles es con toda seguridad la más célebre de cuantas luchas sostuvieron los antepasados en los tiempos primigenios. Pero hay otras batallas en las que los escritores navarros han enfatizado la belicosidad, significativamente cercana al salvajismo, de los vascones como respuesta a los intentos dominadores del Extranjero. Así, los defensores de *Calahorra*<sup>104</sup> de Olóriz prefieren morir a someterse a los romanos. Los sitiadores, admirados del valor de sus contrincantes, conminan al último superviviente a rendirse. Éste se niega, advirtiendo a los romanos:

“Os diré que cada pueblo  
cada selva , cada valle  
de Vasconia, un Calahorra  
será contra vuestros haces.”<sup>105</sup>

Otro tanto sucede con otros poemas de Olóriz como “Olant”<sup>106</sup> y “Pamplona”<sup>107</sup>. Arturo Cayuela, por su parte, abunda en este retrato de los vascones en su obra *La Derrota de Olast*<sup>108</sup>. Ésta nos muestra a los navarros del siglo VIII viviendo pacífica y libremente, labrando el suelo y cuidando de su ganado. Entonces irrumpe el Extraño, en esta ocasión los musulmanes, con la intención de sojuzgarlos. Esto provoca su desmesurada respuesta.

---

<sup>101</sup> *Ibidem*.

<sup>102</sup> *Ibidem*, p. 156.

<sup>103</sup> *Ibidem*.

<sup>104</sup> H. de Olóriz, *Calahorra*, *op. cit.*

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 35.

<sup>106</sup> H. de Olóriz, “Olant”, dentro del *Romancero de Navarra*, *op. cit.*

<sup>107</sup> H. de Olóriz, “Pamplona”, dentro del *Romancero de Navarra*, *op. cit.* Los últimos versos de este poema podrían haber servido para concluir cualquiera de los otros citados: “Y si a cambiar nuestros usos/ Viene un día el extranjero/ Verá que Navarra sabe/ Morir, pero no perderlos.” (*Ibidem*, p. 110).

<sup>108</sup> Alberto Cayuela Pellizzari, *La Derrota de Olast. Canto épico*, R. Bescansa, Pamplona, 1886.

‘Pacífica ya ves, abre los surcos  
del fértil suelo en que la mies dorada  
fructifica y sazona, y se convierte  
en grano rico que el comercio aguarda  
pero ¡guay! si, insolente, la provoca  
quien necio sueña reducirla a esclava;  
¡guay! del que torpe, sus montañas pise  
y sus valles poéticos invada  
pues entonces, sumisa, ya la reja  
del fuerte arado se convierte en lanza  
y ese es del hierro de las razas libres  
el que mejor su independencia salva.’<sup>109</sup>

En la misma línea, Estanislao de Aranzadi<sup>110</sup> señala que el pueblo vasco es el “más pacífico de la tierra” pero que, cuando tiene que luchar, lo hace sin miedo pues la guerra es “un verdadero sport en sus montañas”<sup>111</sup>. Julio Altadill, por su parte, habla de “aquellos guerreros invencibles de Olast, Deyo y Roncesvalles” y de “sus homéricas luchas e inmarchitables victorias en pro de la patria independencia”<sup>112</sup>. Los navarros que combaten en Atapuerca, según Ignacio Mena, por último, son “fieras hidrópicas de sangre”<sup>113</sup>.

Ciñéndonos de nuevo a los relatos en torno a la batalla de Roncesvalles, es preciso remarcar que la batalla, aunque primordialmente perteneciente al *saltus*, admite una relectura en clave españolista que la acerca al *ager*. El hecho, que en apariencia puede resultar confuso, no es sino una expresión de la capacidad de cada trama para subsumir elementos de su contraria. Ya hemos visto un ejemplo de este fenómeno en Sarasa. Otra muestra nos la proporciona el folleto anteriormente citado de Victoriano Juaristi, *Roncesvalles y la Canción de Roldán*<sup>114</sup>. Bien es cierto que Juaristi no efectúa

---

<sup>109</sup> *Ibidem*, pp. 11-12. Merecen citarse también por su expresividad los últimos versos de otro poema de Cayuela, *El paladín de las Navas* (s.l., 1891, p. 79): “Si acaso el muslim un día / vuelve, airado, a dar pretexto / a que Vasconia levante / sus pendones y su ejército; / si alguna raza del mundo / transpasando el Pirineo / loca intenta arrebatarlos / la libertad y los fueros / que veneramos, entonces / yo iré a tu altar; sin recelo / ceñiré otra vez la espada / de que, hoy, desnudo me veo; / y con nuevo ardor y brío / con rabia y ánimos nuevos / la esgrimiré poderosa / por mi Dios y por mi pueblo.” *Cursivas suyas*.

<sup>110</sup> E. de Aranzadi, *Reconstitución*, *op. cit.*

<sup>111</sup> *Ibidem*, pp. 25-26.

<sup>112</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 289.

<sup>113</sup> Ignacio Mena y Sobrino, *La batalla de Atapuerca. Ensayo literario*, Imp. de Istúriz, Pamplona, 1883, p. 60.

<sup>114</sup> V. Juaristi, *Roncesvalles*, *op. cit.*

directamente la lectura, sino que lo hace indirectamente, citando aprobadoramente a Carlos Fernández Cuenca. Reparemos en que Juaristi incorpora lo más esencial de la versión moretiana: son los vascones solos quienes causan la derrota franca como respuesta a su agresión. Pero, a diferencia de lo que sucedía con Olóriz, ya no luchan por su independencia sino por la de toda España.

“[...] la compleja cuestión de los orígenes de la Monarquía navarra hallan esclarecimiento en esta acción heroica de *los vascos, movidos por un noble ideal españolista*, contra el designio conquistador del gran señor de Europa.”<sup>115</sup>

*La Batalla de Roncesvalles*<sup>116</sup> de Agapito Martínez Alegría constituye un contrapunto interesante en esta constelación de textos en torno a la derrota de Carlomagno. El autor, canónigo de la Colegiata de Orreaga, pretendía “poner un sillar en la sólida reconstrucción de la historia de Roncesvalles que es la historia de Navarra y por ende la historia de España”<sup>117</sup>. A pesar de esta rotunda declaración, desde el punto de vista ideológico la filiación del texto es poco clara, al menos en relación con los debates contemporáneos. Martínez Alegría hace gala de un claro vasquismo a través de sus aprobadoras citas a Arturo Campión y de las referencias a “las siete regiones que componen Euskalerría”<sup>118</sup> y a la “preciosa lengua de Aitor”<sup>119</sup>. En este sentido hay dos notas que llaman poderosamente la atención del lector: la reproducción del canto de Altobiskar, no obstante su reconocida falsedad, y la singular traducción de un fragmento de *De Bello Civili* de César, que describiría a los “Euskarianos”<sup>120</sup>. Pero todos estos detalles, que nos harían pensar en una adscripción nacionalista de su autor, se cruzan con otros que sugieren un posicionamiento navarrista. Así, al margen de la declaración inicial, destaca cómo el reino de Navarra dio un monarca que fue “Rey de los Reyes de España”<sup>121</sup>. Además cabe recordar que el canónigo Martínez Alegría fue una de las pocas personalidades que salió en defensa de Victoriano Juaristi con ocasión de la

---

<sup>115</sup> *Ibidem*, p. 14. Juaristi no especifica de dónde toma la cita. Las cursivas son mías. Cfr. J. M. Iribarren, “Navarra Foral y Española”, *op. cit.*, p. 171: “aquellos montañeses [...] servían, sin saberlo, un ideal nacionalista: ‘el de defender para España el valladar, blanco y azul, de la cordillera’.”

<sup>116</sup> A. Martínez Alegría, *op. cit.*

<sup>117</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>118</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 38.

“Roldanada” de 1934<sup>122</sup>. En lo que atañe a la relación de la batalla de Roncesvalles se advierte una similar ambigüedad. Por un lado, el autor declara su intención de distinguir la historia de la leyenda y el folklore, algo que se traduce en un afán por describir minuciosamente y concretar los lugares y desarrollos de la lucha, pero por otro lado ello no impide que Roncesvalles aparezca como el “teatro de la jornada épica, que inmortalizó a Vasconia”<sup>123</sup>. De hecho, Martínez Alegría afirma que “el ideal de los vascos” fue el de “conservarse libres del yugo extranjero”<sup>124</sup>. La declaración de intenciones científica sostiene una intención mitologizante y echa mano de datos completamente fantásticos. Esta circunstancia se evidencia de nuevo en el paralelismo que establece entre la batalla y las luchas por la independencia española de principios del XIX.

‘Su estrategia [la de los vascones] fue la guerrilla; y de aquestos guerrilleros, fueron émulos gloriosos sus sucesores a principios del siglo pasado, en la guerra de la independencia, en la cual cada desfiladero de Navarra se convirtió en un Roncesvalles, Espoz y Mina fue el etxejoauna del siglo XIX, que hizo resonar el cuerno de guerra, en los valles de la actual Vasconia y los triunfos del Carlo-Magno moderno se nublaron otra vez para siempre en las montañas de Navarra.’<sup>125</sup>

Por otro lado, aun manteniéndose a grandes rasgos dentro de la “versión navarra”, la literatura local ha ido modificando al hilo de las nuevas versiones de la historia “científica” algunos de los elementos narrativos de la batalla. Así, se admite la existencia de dos contiendas, se excluye de ellas a reyes como Arista o García Íñiguez, se reduce el número de enemigos derrotados, etc. Esto podría sugerir un retroceso del mito en favor de una narración más objetiva. Sin embargo, las relaciones entre historia científica e historia mítica son mucho más complejas. Hemos podido ver ya cómo Martínez Alegría mantenía junto a una declaración de intenciones científica una manifiesta propensión al mito. De hecho, el elemento mítico parece quedar relativamente indemne ante lo científico, e incluso valerse de él como soporte para una reescritura de sí mismo.

---

<sup>122</sup> Cfr. V. Juaristi, *Roncesvalles*, *op. cit.*, p. 7.

<sup>123</sup> A. Martínez Alegría, *op. cit.*, p. 20.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 32.

Continuando dentro de los relatos de la batalla contra los francos, podemos comprobar más profundamente la complejidad de estas relaciones en la extensa *Historia de Roncesvalles*<sup>126</sup> del navarrista Javier Ibarra. En el prólogo a dicha obra Ibarra se muestra francamente positivista. Avisa al lector que en las próximas páginas no encontrará leyendas sino el “prosaico tamiz de la crítica histórica”<sup>127</sup>. En cierto modo Ibarra cumple su promesa: desbarata las fábulas relativas a la fundación del hospital por Carlomagno -que describe como un mero truco para promover las peregrinaciones<sup>128</sup>-, la erección de la cruz por parte del propio monarca, la conservación de la espada de Roldán en Madrid y de las babuchas de Turpín en la Colegiata, etc. Todas estas historias, recogidas por algunos historiadores anteriores, no son, según afirma, sino “aberraciones y ridiculeces”<sup>129</sup>. Pero, como decimos, estas desmitificaciones, relativas sobre todo al lugar, no impiden dentro del mismo texto una reelaboración en clave ideológica más profunda del grueso del relato sobre la batalla. De este modo, a la pregunta por la identidad de los atacantes, responde:

“Son los mismos que formaron la guardia imperial del César, por su valor y fidelidad. Son los mismos que lucharon sin cesar y sin dejarse dominar, durante 400 años de dominio de los visigodos. Son los implacables héroes de la reconquista contra las falanges musulmanas durante ocho siglos, y, si son los mismos y conservan las excelsas virtudes de la raza, deben ser también los que con su invicto valor reconquisten de nuevo a España dominada y escarnecida por la infame y repugnante sociedad de la escuadra y el mandil.”<sup>130</sup>

De hecho, la curiosidad científica de Ibarra se encuentra perceptiblemente limitada por su interés “tribal”, como navarro, por el suceso. Así, por ejemplo, cuando se hace eco de la inquietud de algunos historiadores por determinar el lugar exacto donde murió Roldán, escribe:

---

<sup>125</sup> *Ibidem*, p. 163. El corchete es mío. El Carlomagno moderno es naturalmente Napoleón.

<sup>126</sup> J. Ibarra, *Historia de Roncesvalles*, *op. cit.*

<sup>127</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>128</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>129</sup> *Ibidem*, p. 70.

<sup>130</sup> *Ibidem*, p. 21.

‘[...] ¿qué para nosotros? ¿Qué importancia puede tener para nosotros, el lugar de la muerte de un militar enemigo, que viene a luchar en plan de conquista, y es vencido ignominiosamente, casi sin poderse defender, en un callejón sin salida, por los vascos, gente humilde y sencilla, pero amante de su libertad e independencia?’

[...]

Para la historia, sobre todo la de Vasconia, no es Roldán otra cosa que un vulgar usurpador de su independencia, castigado ejemplarmente por aquélla.”<sup>131</sup>

La convivencia entre las lecturas míticas de la batalla y las investigaciones de la ciencia histórica encuentra ejemplos todavía más cercanos y por ello, en la medida en que nuestra época suele reputarse como desencantadora, todavía más valiosos. En agosto de 1955 Pamplona acoge los ‘Coloquios de Roncesvalles’, con la asistencia de importantes personalidades universitarias españolas y extranjeras. Las jornadas tienen un extraordinario eco en la prensa local<sup>132</sup>. Sin embargo, el contenido de las ponencias presentadas contraría notoriamente la ‘versión navarra’ de la batalla de Roncesvalles. Menéndez Pidal, la estrella de los Coloquios, reafirma su tesis de que los navarros lucharon contra el emperador Carlomagno aliados con los infieles. Además, ofrece una cifra de combatientes francos cercana a los cinco mil hombres. Ramón de Abadal, por su parte, vuelve a sostener que los autores de la derrota fueron los gascones del duque Lupo. Ninguno de los asistentes se inclina por la versión moretiana. Durante el 1200 aniversario de la batalla de las Navas, afirmaciones parecidas causaron, como veremos próximamente, un rotundo rechazo. En 1955 esto no ocurre pero, por extraño que parezca, ello no significa forzosamente que la versión oficial haya sido desterrada. De hecho, durante estos días el *Diario de Navarra* ha reproducido, con los calurosos elogios de ‘Amezitia’<sup>133</sup>, parte de ‘La Canción de Roldán’<sup>134</sup> de Arturo Campión que viene a abundar en la versión navarra de Roncesvalles. El mismo día del aniversario de la batalla, Joaquín Arbeloa escribe en el *Diario*

---

<sup>131</sup> *Ibidem*, pp. 70-71.

<sup>132</sup> Cfr. los números correspondientes a los días 10 al 17 de agosto de 1955 de *Diario de Navarra, El Pensamiento Navarro y Arriba España*.

<sup>133</sup> Amezitia [pseudónimo de Raimundo García García], ‘Reflexiones. La batalla de Roncesvalles’, en *D. N.*, 14-VIII-1955.

<sup>134</sup> A. Campión, ‘La Canción de Roldán’, en *D. N.*, 14-VIII-1955.

“Ya basta de historia. La historia es la letra. La leyenda es el espíritu.”<sup>135</sup>

Tal vez la versión moretiana ya no tenga el apoyo de la ciencia, pero en virtud de su funcionalidad, puede continuar repitiéndose. Arbeloa lo hace, mezclando algunos episodios de la *Chanson*, como el del olifante de Roldán, con la versión oficial, que compone el grueso de la narración. El nombre del sujeto ha cambiado parcialmente. En esta ocasión no hay mención alguna hacia los vascos o los vascones. Todas las referencias son a “los navarros” pero, como aquéllos, éstos acechan el paso de los francos “como tigres en la espesura”<sup>136</sup>. Suena un “irrintzi”, “terrible y furibundo”<sup>137</sup>: es “la hora salvaje de la venganza”<sup>138</sup>. Los antepasados masacran a los franceses “como mastines rabiosos”<sup>139</sup>.

Similarmente, “Miguel Ángel” invoca una versión mítica de la batalla en las páginas de *El Pensamiento Navarro*, aunque esta vez sí se incluye un referente vasco:

“Navarra, como parte de viejo pueblo vasco, tiene poca memoria [...]. Sin embargo, a Navarra le suena el corazón, como un eco transmitido oralmente a lo largo de los siglos, de padres a hijos, la épica batalla de las gentes del país, la victoria de los vascones contra el más brillante ejército de la época.”<sup>140</sup>

Acaso fuera una lucha de sarracenos contra francos, o de gascones contra francos, como la ciencia histórica afirma. No importa; los actos se cierran el 15 de agosto, con una misa por los “españoles y franceses”<sup>141</sup> muertos hace 1177 años, entre discursos que afirman la reconciliación entre los dos pueblos.

En realidad, las afirmaciones producidas en el marco de los Coloquios pasaron. La versión navarra de la batalla, por el contrario, ha perdurado a nivel popular hasta el presente. Muestra de ello son la literatura y los actos que rodearon el 1200 aniversario del suceso, en 1978. Una fecha, por tanto, algo alejada del límite que nos habíamos propuesto, pero que es necesario traer a colación en la medida en que deja ver con toda

---

<sup>135</sup> Joaquín Arbeloa, “Perfume de leyenda”, en *D. N.*, 16-VIII-1955, p. 10.

<sup>136</sup> *Ibidem*.

<sup>137</sup> *Ibidem*.

<sup>138</sup> *Ibidem*.

<sup>139</sup> *Ibidem*.

<sup>140</sup> Miguel Ángel [¿Astiz?], “Navarra es así”, en *E. P. N.*, 11-VIII-1955, p. 8.

<sup>141</sup> Noticia sin título, en *D. N.*, 16-VIII-1955, p. 10.



claridad la existencia de una pugna ideológica en torno al sentido de la batalla y a la identidad de sus protagonistas.

A la convocatoria oficial de Diputación, de tono conciliador con unos enemigos derrotados hace más de mil años<sup>142</sup>, se añaden los actos del “*Arbasoen eguna*”, el día de los antepasados, convocado por el Comité Ibañeta con el apoyo de grupos políticos y colectivos nacionalistas. Los días previos a la conmemoración, los periódicos se hacen eco de los rumores que apuntan a disturbios similares a los que sucedieron en los Sanfermines de aquel año. También recogen la publicación del *Orria* del historiador vasco-continental Pierre Narbaitz, que viene a renovar la versión tradicional de la batalla desde un punto de vista vasquista: Carlomagno no combatía en una cruzada, la derrota tuvo lugar justo encima de la Colegiata, la causaron los vascones sin la ayuda de los musulmanes, y tuvo como “consecuencia” el nacimiento del reino<sup>143</sup>. A esta actividad editorial hay que añadir la publicación por estas fechas de los 2.900 versos del *Cantar de Roncesvalles*<sup>144</sup> del veterano Bernardo Estornés. *Herri Batasuna*, por su parte, publica unos días antes del aniversario un largo comunicado de título suficientemente expresivo: “Roncesvalles: la lucha del pueblo vasco por la independencia”<sup>145</sup>. Mientras, José María Jimeno Jurío aclara en las páginas de *Egin* “Los orígenes de la sublevación vasca”<sup>146</sup>. El mismo día del aniversario el historiador artajonés, comentando el “silencio cultural” en que se ha sumergido la batalla, escribe: “no todos somos traidores a nuestros antepasados ni olvidamos su esfuerzo”<sup>147</sup>. Esa mañana los actos del Comité Ibañeta reúnen varios miles de personas, cerca de 20.000 según la prensa. Los actos oficiales, mucho más selectos, tienen una participación sensiblemente más limitada. Los lemas se cruzan entre los asistentes a las diferentes convocatorias -“viva Navarra”, “*gora Euskadi*”, “*Nafarroa Euskadi da*”, etc.- El aniversario del acontecimiento sirve como teatro para una escenificación de los debates

---

<sup>142</sup> Por lo demás, ni siquiera está claro quiénes eran los enemigos. *El Pensamiento Navarro* anuncia que se rezará un responso en euskera y alemán por “los vascos y germanos caídos en dicha batalla” (“Diversos actos folklóricos tendrán lugar en el 15 de agosto en la propia campa de Roncesvalles”, en *E. P. N.*, 1-VIII-1978, p. 10). Finalmente el responso será en francés. A este respecto merece la pena señalar que Campión vió en Roncesvalles “el último acto de la terrible lucha contra el germanismo” (cfr. *Euskariana. Décima serie, op. cit.*, p. 62).

<sup>143</sup> J. C., “Una versión sobre la batalla de Roncesvalles”, en *E. P. N.*, 10-VIII-1978, p. 16. Es un extracto de la obra de Pierre Narbaitz, *op. cit.*

<sup>144</sup> Bernardo Estornés Lasa, *El Cantar de Roncesvalles y otros poemas navarros*, Ed. Auñamendi, San Sebastián, 1978.

<sup>145</sup> Herri Batasuna, “Roncesvalles: La lucha del pueblo vasco por la independencia”, en *Egin*, 5-VIII-1978.

<sup>146</sup> José María Jimeno Jurío, “Los orígenes de la sublevación vasca”, en *Egin*, 10-VIII-1978.

<sup>147</sup> José María Jimeno Jurío, “Silencio cultural”, en *Egin*, 15-VIII-1978, p. 15.

políticos del momento en torno a la identidad de Navarra. La asistencia a la celebración de automóviles con matrícula vascongada provoca días después las críticas de *El Pensamiento Navarro*:

‘[...] de ninguna manera aquellos guerreros victoriosos pudieron ser antepasados de las gentes vascongadas.’<sup>148</sup>

Por contra, dice el articulista, sí son “nuestros antepasados”<sup>149</sup>: los navarros somos los únicos “descendientes legítimos de aquellos guerreros”<sup>150</sup>. En el debate científico la identidad de los combatientes ha sido repetidamente puesta en duda. Ahora, nacionalistas y navarristas coinciden en su referente -los vascones- pero discrepan en torno a quiénes son sus herederos.

Llegados a este punto se hace preciso emprender una síntesis de los datos obtenidos. Más que por las discusiones en torno a los hechos históricos, la clave de nuestros textos ha venido dado por elementos de orden más literario, como la caracterización de los vascones y las imágenes empleadas para describir el combate. En concreto, éstos han sido descritos repetidamente como un sujeto anónimo, indómito, apenas dotado con la palabra y cercano al salvajismo a causa de su extremada fiereza. En ocasiones se le describe viviendo en paz, hasta que un Extranjero más civilizado se introduce en su recinto con intención hostil. Las dimensiones de su venganza son buena muestra de lo que espera a quien trate de sojuzgarlo. Esta relación de la batalla que hemos visto predominante en la literatura navarra, tanto entre autores euskaros, como navarristas y nacionalistas nos ha llevado a ubicar a Roncesvalles como un momento privilegiado del *saltus Vasconum*. A pesar de ello, se ha mostrado cómo quedaba abierta la posibilidad de una relectura del acontecimiento por parte de la trama del *ager*, sin necesidad de acudir a otras versiones historiográficas. Bastaba con referir la hazaña de los ancestros hacia un referente español. Así, los vascones dejan de reaccionar contra la presencia en su país de todo extranjero para pasar a servir como valladar de España contra los franceses. A nuestro modo de ver esta relectura no borra los rasgos propios del *saltus* de la batalla, sino que simplemente los reubica dentro de una narración más amplia que se forma a partir de la trama contraria.

---

<sup>148</sup> Equis, “Roncesvalles”, en *E. P. N.*, 17-VIII-1978, p. 20.

<sup>149</sup> *Ibidem*.

<sup>150</sup> *Ibidem*.

La modificación de las teorías eruditas en torno a Roncesvalles nos ha llevado a preguntarnos al hilo de nuestra exposición por las relaciones entre ciencia histórica y narración mítica. La pervivencia de la “versión navarra”, de carácter claramente mitificante, a pesar de las versiones “científicas” nos conduce a pensar en una compleja convivencia entre ambas.

### **Interludio.**

De manera incuestionable, Roncesvalles tiene una resonancia especial en el imaginario navarro. En buena parte esto se debe a la fama de la batalla que supuestamente ocurrió en sus alrededores. Significativamente, el padre de Luis de Añezkar, en la novela homónima de Felix Zapatero<sup>151</sup>, lleva a su hijo a ese lugar, además de a Aralar y a Leyre, con el fin de iniciarle en la grandeza de Navarra. Sorbet Ayanz, por su parte, se decide a escribir su libro sobre Roncesvalles, precisamente al advertir la ilusión con que los niños de escuelas de la zona media lo visitan<sup>152</sup>. Roncesvalles merece también uno de los momentos más emotivos de la historia hablada *Grandes horas de Navarra*<sup>153</sup>. Es cierto que esa popularidad dudosamente puede explicarse en virtud de una supuesta memoria viva del enfrentamiento, como la que Nombela<sup>154</sup> atribuyó a los montañeses navarros. En realidad, la notoriedad del encuentro tiene un origen literario que podemos atribuir a la labor de las plumas euskaras.

Conviene remarcar que, además de haber servido de escenario a una batalla mítica, Roncesvalles alberga el santuario “más celebrado y concurrido de Navarra”<sup>155</sup>, a decir de Javier de Ibarra. Su imagen, la Virgen de Orreaga, “Patrona de los Pirineos”<sup>156</sup>, aparece según la leyenda de manera milagrosa en el siglo IX, tras haber permanecido oculta desde los tiempos de la invasión musulmana<sup>157</sup>. A esto se añaden las tradiciones

---

<sup>151</sup> F. Zapatero, *op. cit.*, p. 53. La visita a Aralar se hace con el *Amaya* de Navarro Villoslada.

<sup>152</sup> A. Sorbet, *op. cit.*, p. 12.

<sup>153</sup> *Grandes horas de Navarra*, disco editado por la Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1979.

<sup>154</sup> “La figura de Roldán está en la imaginación de todos los habitantes del país y su nombre se pronuncia a todas horas como el de un ser sobrenatural.” (J. Nombela, *op. cit.*, p. 99).

<sup>155</sup> J. Ibarra, *Historia de Roncesvalles*, *op. cit.*, p. 3.

<sup>156</sup> *Ibidem*, p. 8.

<sup>157</sup> Puede verse la historia de esta aparición en H. Sarasa, *op. cit.*, capítulo V. En realidad es copia de una escultura de Toulouse. Cfr. Julio Altadill, “La Virgen de Roncesvalles”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1923.

que atribuyen la fundación del hospital a Carlomagno, San Saturnino y Sancho el Fuerte. Curiosamente la valía artística del recinto ha sido frecuentemente cuestionada<sup>158</sup>.

Al margen de ello, Roncesvalles es el punto de encuentro de varios caminos de Santiago de importancia y aparece a menudo como la muga simbólica entre las dos Navarras y entre España y Francia. Todas estas facetas son glosadas en la citada obra de Hilario Sarasa<sup>159</sup> para quien ‘la Real casa de Roncesvalles [es] vigía de este Pirineo, centinela avanzado de los Españoles, depositaria de sus tradiciones [y] abogada [sic] de las sencillas gentes de estas montañas’<sup>160</sup>. En definitiva, como dice el Barón de Bigüézal, Roncesvalles ‘encierra en sí recuerdos grandes y casi fabulosos’<sup>161</sup>. Es significativo que cuando Leopoldo Torres Balbas critique la torpe restauración de la Colegiata, en 1940, invoque esa condición memorística del lugar:

‘[...] *por todos los recuerdos piadosos históricos y literarios que evoca el nombre de Roncesvalles [...] las piedras más humildes de esta iglesia deberían haber sido miradas como reliquias por los encargados de su conservación.*’<sup>162</sup>

Pero además de todos estos recuerdos, y en especial del de 778, Roncesvalles es un ‘mágico nombre’<sup>163</sup> merced a su vinculación con la batalla de las Navas de Tolosa. La Colegiata, en efecto, custodia algunos fragmentos de las cadenas tomadas en las Navas por Sancho el Fuerte, su capilla de San Agustín acoge el sepulcro de este monarca y reproduce en una de sus vidrieras el famoso encuentro de 1212<sup>164</sup>.

Las próximas páginas tienen como objetivo examinar los relatos de esta batalla en las letras navarras.

---

<sup>158</sup> Ver las informaciones sobre eruditos del XIX y XX recogidas por Leopoldo Torres Balbás, ‘La iglesia de la hospedería de Roncesvalles’, en *Príncipe de Viana*, nº 20, 1945, p. 371. El propio Sarasa dice: ‘La edificación es bastante caprichosa y de mal gusto’ (*op. cit.*, p. 87).

<sup>159</sup> H. Sarasa, *op. cit.*

<sup>160</sup> *Ibidem*, p. 146. Los corchetes son míos.

<sup>161</sup> Recogido en H. Sarasa, *op. cit.*, p. 148. Cfr. D. Baleztena y M. A. Astiz, *op. cit.*, p. 7: un ‘tropol de recuerdos que a cada paso nos asaltan en Roncesvalles’. También L. Torres, *op. cit.*, p. 371: ‘El nombre de Roncesvalles, unido a tantos y tan famosos recuerdos históricos y literarios [...]’.

<sup>162</sup> *Ibidem*, pp. 372-3. Cursivas mías. Este trabajo es en cierto modo una inversión del de Juan Iturralde y Suit sobre Olite. Aquél era, en palabras de Altadill, una ‘resurrección’; éste es una ‘hecrología’ (*ibidem*, p. 373). El principal reproche del autor a la restauración era que se había borrado ‘el rastro de los siglos’ del edificio, ‘olvidando que el tiempo es uno de los más eficaces colaboradores de toda obra de arte.’ (*Ibidem*).

<sup>163</sup> J. Zalba, ‘Prólogo’ en José María de Luzaide [Pseudónimo de José María Iraburu], *Boiras. Narraciones, poesía y comentarios históricos en torno de Roncesvalles*, Imp. de Higinio Coronas, Pamplona, 1922, p. I.

<sup>164</sup> En torno a estos detalle cfr. Florencio Ansoleaga, ‘Roncesvalles. Vidriera de la Capilla de San Agustín’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912. El sepulcro de Sancho fue descubierto enterrado hacia 1889 y restaurado en 1912. Cfr. Ignacio Ibarbia, ‘Sepulcro del Rey de Navarra don Sancho VIII’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.

### **El héroe de las Navas de Tolosa.**

Como la de Roncesvalles, la batalla de las Navas de Tolosa es un acontecimiento de extraordinaria importancia en la cultura navarra. Una y otra rivalizan en importancia y presencia en el imaginario y la literatura locales<sup>165</sup>. Si la primera es un acontecimiento ligado a los orígenes del reino<sup>166</sup>, la batalla de las Navas de Tolosa aparece en ocasiones como su punto álgido, al par que como el comienzo de su decadencia. Al mismo tiempo, y por paradójico que parezca, ésta tiene algo de acontecimiento fundacional, en la medida en que, según la tradición local, Navarra conquista en su transcurso las cadenas que pasan a ser su emblema nacional.

Como en el caso de Roncesvalles, hay varias versiones de la batalla de las Navas, una de las cuales tiene carácter “oficial” en Navarra. Sus fundamentos se encuentran igualmente en la narración ofrecida por el padre Moret en sus *Anales del Reino de Navarra*<sup>167</sup> y en sus *Investigaciones históricas*<sup>168</sup>. Según esta versión, cuando Alfonso VII solicitó la ayuda de los demás reyes cristianos españoles para luchar contra los almohades, Sancho “tuvo que batallar consigo mismo y con sus pensamientos”<sup>169</sup> antes de dar una respuesta afirmativa. Los castellanos, aliados con los aragoneses, le habían arrebatado años atrás Álava y Guipúzcoa. No obstante, resuelve finalmente colaborar y con este fin se dirige al encuentro del ejército cristiano con un “robustísimo refuerzo de soldados”<sup>170</sup>. Antes de su llegada los cruzados extranjeros, en número de 100.000, habían abandonado la expedición pretextando el rigor del clima español.

En el momento de la batalla Sancho manda el ala derecha del ejército cristiano, que incluye a sus navarros y algunas milicias castellanas. La lucha es muy dura: los musulmanes multiplican en número a los cristianos. En un momento dado “algunos de los pendones concejiles, que reforzaban por los costados su vanguardia, comenzaron a

---

<sup>165</sup> Si para la batalla de Roncesvalles nos referíamos a las publicaciones del período 1875-1882, valga ahora como muestra la relativa abundancia de textos destinados a divulgar los extremos de las Navas durante el séptimo centenario: Eladio García, *Cartilla de la Batalla de las Navas de Tolosa. Monografía de este suceso al alcance de todos*, Irún, 1912. Atanasio Mutuberría, *Mirando al Centenario de las Navas de Tolosa*, Imp. de Aramburu, Pamplona, 1912. *Navarra en las Navas de Tolosa*, Imp. de J. Lizaso Hermanos [sic], Pamplona, 1912. Además el cuaderno 9 de año 1912 del *Boletín de la Comisión* se dedicó monográficamente a Sancho el Fuerte y la batalla de las Navas.

<sup>166</sup> J. Ibarra, *Historia de Roncesvalles*, op. cit.

<sup>167</sup> J. Moret, *Anales*, op. cit.

<sup>168</sup> J. Moret, *Investigaciones*, op. cit.

<sup>169</sup> J. Moret, *Anales*, op. cit., tomo I, p.155.

<sup>170</sup> *Ibidem*, p. 160.

turbarse y a arremolinarse, y alguno con retirada tan apresurada, que pareció que amenazaba fuga”<sup>171</sup>. El propio príncipe de Castilla da por perdidas su vida y la batalla. En este instante crítico, Sancho el Fuerte se precipita contra los almohades, causándoles gran número de bajas. Animados por su ejemplo, los cristianos se rehacen y recobran las posiciones perdidas. Las tropas musulmanas ceden y tiene lugar una ‘horrible carnicería’<sup>172</sup>. Tras ella sólo resta por tomar el palenque en donde se encuentra el jefe almohade, llamado Mahomad Miramamolín. Protegen el lugar una multitud de tropas de élite, buena parte de ellas ligadas entre sí con cadenas. Sancho el Fuerte se lanza contra éstas, abre una brecha con sus mazas y penetra en el recinto, seguido por otros caballeros. Miramamolín consigue huir en el último momento, pero la victoria cristiana es total.

En el saqueo que sigue a la derrota de los almohades, ‘más que en la riqueza del despojo se cebó el príncipe D. Sancho en la honra, reputación y memoria duraderas de la batalla vencida’<sup>173</sup>. De vuelta a Navarra trae las cadenas que rodeaban la tienda de Mohamad, adoptándolas como escudo de su reino<sup>174</sup>.

No todos los historiadores han estado de acuerdo con esta versión de la batalla. En primer lugar, a menudo se ha cuestionado la cuantía del contingente aportado por Navarra a la coalición cristiana. La carta del príncipe Alfonso de Castilla al papa Inocencio III -en realidad posiblemente escrita por el arzobispo Jiménez de Rada<sup>175</sup>-, señalaba que Sancho VII estaba acompañado por unos 200 caballeros. Esta cifra ha sido admitida por muchos historiadores, incluyendo algunos nada propicios a atacar a Navarra como Manuel González Simancas<sup>176</sup>. Según la tradición, el total de las tropas cristianas estaría cerca de los 60.000 combatientes, con lo que el porcentaje de navarros en el choque, de ser cierta esta estimación, sería irrisorio.

---

<sup>171</sup> *Ibidem*, p. 170.

<sup>172</sup> *Ibidem*, p. 173.

<sup>173</sup> *Ibidem*, p. 178.

<sup>174</sup> Según Moret el rojo simbolizaría la sangre del enemigo vencido y la esmeralda sería una alusión al sobrenombre de Miramamolín, el Verde. *Ibidem*, p. 180.

<sup>175</sup> Jiménez de Rada era natural de Puente la Reina. Algunos escritores navarros le han echado en cara que, como historiador, no se mostrara más entusiasta de su tierra nativa. Altadill, por ejemplo, se refiere a su descripción de la batalla de las Navas con estos términos: “Ahorcando sañudamente los sentimientos de su cuna con la soga repulsiva y antipática de la adulación y el servilismo [...] sólo escribió: el Rey Navarro llevaba poco más de 200 caballeros” (Cfr. Julio Altadill, “El séquito del Rey Fuerte”, *B. C. M. H. A. N.*, 1912, p. 123).

<sup>176</sup> Manuel González Simancas, *España militar a principios de la Baja Edad media. Batalla de las Navas de Tolosa*, talleres del Depósito de la Guerra, Madrid, 1925, p. 232. También admite esta cifra la famosa *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Hijos de J. Espasa eds., Barcelona, s.f., voz “Navas de Tolosa”.

En conexión con esta cifra de cruzados se ha cuestionado la importancia del papel desempeñado por Sancho el Fuerte y sus tropas en la batalla. Frente a la tesis de la historiografía navarra, la historiografía castellana hace recaer el mérito de la victoria en Alfonso III y sus castellanos y la historiografía aragonesa, como era de esperar, en Pedro III y sus aragoneses. Además, como en muchas otras batallas medievales, no faltan autores que atribuyan la victoria a una intervención divina o mariana de carácter milagroso<sup>177</sup>.

En tercer lugar, no todos los historiadores han coincidido en conceder a Sancho el Fuerte, que contaba 58 años de edad, y a sus caballeros la hazaña de ser los primeros en romper las cadenas y penetrar en el palenque de Miramamolín. Las fuentes contemporáneas de la batalla nada dicen de este suceso y, de hecho, cuantas descripciones suelen darse de la disposición de las defensas musulmanas se basan en narraciones muy posteriores a 1212. Por lo común la tradición aragonesa ha otorgado el mérito a un caballero vasallo del príncipe aragonés, llamado Aznar Pardo<sup>178</sup>, y la tradición castellana, como no podía ser menos, a un caballero castellano llamado Alvar Núñez de Lara. Es indudable que la teoría que concede la prioridad al príncipe navarro ha terminado por eclipsar las otras versiones y que, de este modo, la mayor parte de los historiadores de la segunda mitad del XIX en adelante atribuyen al Fuerte la autoría de la hazaña. Pero esta preponderancia no se basa en ninguna fuente histórica fiable, sino simplemente en el mayor rango nobiliario del protagonista navarro<sup>179</sup>. No obstante, incluso entre quienes han aceptado la prioridad de Sancho, no hay acuerdo a la hora de atribuirle la paternidad de la victoria, ya que en muchas relaciones la hazaña del palenque es sólo un episodio periférico.

Frente a las dudas de buena parte de la historiografía española, algunos historiadores navarros han tratado de demostrar la veracidad de la versión local de la batalla. Julio Altadill<sup>180</sup>, por ejemplo, merced a curiosos cálculos, consigue “mostrar” que el contingente navarro tuvo que ser en todo caso superior a los 3.000 combatientes y que muy posiblemente pasaría de los 7.000. Con mayor frecuencia los escritores

---

<sup>177</sup> Una lista de ‘milagros’ puede verse en Ambrosio Huici, *Estudio sobre la campaña de las Navas de Tolosa*, Anales del Instituto General y Técnico de Valencia, Valencia, 1916, pp. 113-114.

<sup>178</sup> Aznar Pardo habría prendido fuego a las estacas del palenque. Aznar Pardo era, según la tradición, un noble gallego.

<sup>179</sup> Cfr. A. Huici, *op. cit.*, pp. 57-58.

<sup>180</sup> J. Altadill, ‘El séquito del Rey Fuerte’, *op. cit.*

locales han obviado las polémicas historiográficas, limitándose a glosar con algunas variaciones la versión del padre Moret.

Con todo, más que de un texto canónico repetido escrupulosamente es preferible hablar de un hipertexto que marca unas líneas generales y que permite modificaciones secundarias desde el punto de vista de los datos, pero ocasionalmente relevantes desde un análisis ideológico. Así, en lo que se refiere a las diferencias menos relevantes, un folleto de 1912<sup>181</sup> detalla la existencia de tres barreras defensivas en el palenque de Miramamolín: la primera compuesta por 10.000 negros, la segunda por 3.000 camellos y la tercera formada por un número indeterminado de caballeros y ballesteros. Eladio Esparza, por el contrario, habla de ‘diez mil negros y elefantes atados entre sí por fuertes cadenas’<sup>182</sup>. Sorbet Ayanz<sup>183</sup>, sin embargo, sólo habla de dos hileras de cadenas con lanzas y saetas atadas a ellas. Es cierto que junto a estas modificaciones menores ocasionalmente se advierten algunas variaciones más substanciales. El padre Vera e Idoate<sup>184</sup>, por ejemplo, ofrece un relato llamativamente poco dramático de la lucha, donde los cristianos vencen sin grandes apuros a los musulmanes. Fray Bernardino de Estella<sup>185</sup>, por su parte, nos sorprende al atribuir compartidamente la toma de la tienda de Miramamolín a Sancho y a Álvaro Núñez de Lara. Carlos Clavería<sup>186</sup>, como última muestra, señala el abandono de las tropas andaluzas como una de las causas de la derrota musulmana. A nuestro modo de ver todas estas diferencias, aunque valiosas a la hora de comprender la ausencia de un texto canónico “exhaustivo” en torno a la batalla, carecen de mayor importancia, al menos en la medida en que no provocan ninguna polémica y en que no poseen una relevancia ideológica perceptible.

Otras narraciones, en cambio, tienen un alcance ideológico mucho mayor. Como en el caso de la batalla de Roncesvalles, el mismo hipertexto ha servido de base para construir hipotextos muy diferentes. Para apreciarlo es preciso descender del contenido factual a la *narración de la batalla*, sus preliminares y sus consecuencias.

---

<sup>181</sup> Navarra en las Navas de Tolosa, *op. cit.*, p. 16.

<sup>182</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 104.

<sup>183</sup> A. Sorbet, *op. cit.*, p. 109. Sorbet incluye los tres mil camellos atados con cadenas detrás de la vanguardia de cuarenta mil soldados (*Ibidem*).

<sup>184</sup> P. Vera, *op. cit.*, pp. 117 y ss.

<sup>185</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 82.

<sup>186</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p.102.



Un poema de Serafín Olave, ‘El Escudo de Navarra’<sup>187</sup>, ofrece un buen punto de partida para nuestra indagación. El texto comienza lamentando la división existente entre los cristianos españoles y, en especial, la ambición y codicia de algunos reyes cristianos que intentan despojar de sus tierras a otro rey,

‘Que español también se llama,  
Y también es defensor  
De la religión cristiana.’<sup>188</sup>

Olave no nombra directamente a ninguno de estos personajes, pero es notorio que se refiere a los reyes de Castilla y de Aragón, por un lado, y al príncipe de Navarra por otro. A causa de esta ‘rivalidad bastarda’ los cristianos ‘posponen la Reconquista / Que Dios y patria reclaman’<sup>189</sup>.

Aprovechándose de esta rivalidad interna, el moro Miramamolín planea ‘Aherrojar en sus cadenas / La independencia de España’<sup>190</sup>. Con este fin se lanza contra Castilla. Ésta, desesperada, pide socorro a otros reinos.

‘Y, entre ellos, al de Navarra,  
Monarca el más agraviado  
Por la corte castellana.’<sup>191</sup>

Sancho el Fuerte vacila. El príncipe Alfonso, aliado con el de Aragón, invadió su reino, mientras él trataba de conseguir en África la España musulmana, como dote a su matrimonio con una princesa mora, poniendo bajo la ley de Dios aquellos territorios. Álava y Guipúzcoa permanecen desde entonces en manos del príncipe castellano. No sólo eso: los mismos castellanos con la ayuda de los moros arrebataron a su padre la Rioja. ¿Por qué tendría que ayudar ahora a sus enemigos?

‘¡Fuerte era la tentación!  
Pero... ¡También, Sancho EL FUERTE

---

<sup>187</sup> Serafín Olave ‘El Escudo de Navarra’, en *Revista Euskara*, 1878.

<sup>188</sup> *Ibidem*, p. 165.

<sup>189</sup> *Ibidem*.

<sup>190</sup> *Ibidem*.

<sup>191</sup> *Ibidem*.

Aquel monarca se llama!  
Y ahogando justos enojos,  
Sacrificando a Navarra  
Por pensar únicamente  
En la salvación de España,  
Y aún más en el peligro  
De la religión cristiana,  
Ofrece al Rey de Castilla  
El socorro de sus armas”<sup>192</sup>

Por si fuera poco, D. Sancho ofrece al príncipe de Aragón dinero para sufragar la campaña.

“Que a Navarra, el ser Navarra  
Para ser rica la sobra.”<sup>193</sup>

Gracias a la Cruzada predicada por el Papa Inocencio III, la expedición cristiana concentra más de cien mil combatientes. Pero “Satán se introduce/ En el vasto campamento, [...] Con la envidia y con los celos”<sup>194</sup>. Los cruzados extranjeros, “aquella chusma”<sup>195</sup>, desertan de la empresa y abandonan a los españoles. En ese momento entra en el campamento cristiano el príncipe de Navarra, “Con su corazón entero /Libre de infernal ponzoña”<sup>196</sup>.

Los cristianos piden la ayuda de Dios, escuchan misa y luego se despliegan. El encontronazo entre ambos ejércitos es terrible. Las huestes musulmanas son inmensas y la fortuna parece inclinarse de su lado. El propio Alfonso III da todo por perdido. En ese momento de desesperación el príncipe de Navarra acomete a los musulmanes y, “sembrando horror y muerte”<sup>197</sup>, rompe las cadenas que rodean la tienda del príncipe moro,

---

<sup>192</sup> *Ibidem*, p. 167. Las mayúsculas son suyas.

<sup>193</sup> *Ibidem*.

<sup>194</sup> *Ibidem*, p. 168.

<sup>195</sup> *Ibidem*, p. 169.

<sup>196</sup> *Ibidem*.

<sup>197</sup> *Ibidem*, p. 170.

‘Destruye, acomete, aterra,  
Nada resiste a su acero’<sup>198</sup>

Siguiendo su ejemplo, los cristianos avanzan. Los infieles muertos son multitud y el botín ubérrimo. El trofeo más precioso son sin embargo las cadenas que rodeaban la tienda y con las que los infieles pensaban cargar a los cristianos. Dios las destinaba a ser emblema del escudo de Navarra.

‘Como testimonio eterno  
De una verdad, olvidada,  
Hace tiempo, allende el Ebro.  
Que si hoy una España existe,  
Lo debe al navarro esfuerzo;  
Pues Navarra libró a España  
Del yugo del agareno,  
Trozos haciendo , en las Navas,  
De sus cadenas el hierro.’<sup>199</sup>

Esta visión de la batalla contrasta agudamente con la que ofrece Hermilio de Olóriz en su poema de ‘Las Navas de Tolosa’<sup>200</sup>, especialmente si atendemos a su versión de 1912. Olóriz prescinde de los preliminares del combate. Amanece y se prepara la batalla. Los dos ejércitos chocan con fuerza. Las ‘huestes españolas’ avanzan y ‘corre la sangre’<sup>201</sup>. Sin embargo,

‘[...] ¡Dios Santo!  
Qué espantosa catástrofe sucede?  
Oscurécete ¡oh sol! ¡Cegad mis ojos!  
¿Tanto el pavor en los leones puede?  
¿Qué hacéis, qué hacéis los nobles castellanos?’

---

<sup>198</sup> *Ibidem*, p. 171.

<sup>199</sup> *Ibidem*. las cursivas son mías.

<sup>200</sup> La primera versión del poema es de 1882 y resultó premiado en el mismo certamen que el ‘Roncesvalles’ de 1882. Figura recogido en el mismo lugar (*Ayuntamiento de Pamplona. Certamen Literario 1882, op. cit.*). La versión de la que citaremos presenta algunas variaciones, las más importantes de las cuales se recogerán a pie de página. H. de Olóriz, ‘Las Navas de Tolosa’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.

<sup>201</sup> *Ibidem*, p. 96.

¿Abandonáis la cruz y sois cristianos?”<sup>202</sup>

Los castellanos huyen. Es la derrota de toda la Europa cristiana. El arzobispo Jiménez de Rada intenta que vuelvan al combate,

“más ¡ay! que presa de letal desmayo  
caen, ceden, sucumben”<sup>203</sup>

Sólo las tropas vizcaínas, al mando de López de Haro, aguantan a duras penas la acometida de los infieles. Éstos ven la victoria cercana; “la Cruz de los cristianos” será “alfombra de los árabes corceles”<sup>204</sup>.

“Pero no...; en la montaña  
surge de pronto inmenso griterío  
que al moro aterra [...]”<sup>205</sup>

Son los navarros, vestidos “con los despojos de las fieras”<sup>206</sup>, sin peto ni armadura, con la cabeza descubierta. “Ansia no más de combatir los lleva”<sup>207</sup>. Los árabes se reorganizan y se lanzan contra ellos.

“Pero ¿qué vale de la inmunda hiena  
el salvaje furor embravecido,  
si el león sacudiendo su melena  
en el ancho jaral lanza un rugido?”<sup>208</sup>

La vanguardia de los musulmanes abandona pero, como sabemos, todavía queda el palenque del “Jefe Islamita”, rodeado de hierros y cadenas y protegido por una muchedumbre.

---

<sup>202</sup> *Ibidem*, p. 97

<sup>203</sup> *Ibidem*. La versión de 1882 (*op. cit.*, p. 63) dice “al número sucumben”.

<sup>204</sup> *Ibidem*.

<sup>205</sup> *Ibidem*, p. 98.

<sup>206</sup> *Ibidem*.

<sup>207</sup> *Ibidem*.

<sup>208</sup> *Ibidem*, pp. 98-99.

‘Navarros avanzad, don Sancho grita,  
seguid a vuestro Rey. En su caverna  
ataquemos al lobo; y gloria eterna  
será la destrucción del Islamita.’<sup>209</sup>

Ni las flechas ni las lanzas impiden que Sancho logre su objetivo. Llega la noche y los navarros celebran su victoria. Nada sabemos de los demás cristianos después de su retirada: Olóriz los ignora despectivamente. El príncipe navarro anuncia a sus huestes, ‘Ricos homes, hidalgos, caballeros, infanzones de carta y de linaje, hombres de buenas villas y pecheros’<sup>210</sup>, que cambiará el escudo de su reino. Las cadenas rotas al infiel serán ‘el lazo de nuestra eterna unión’<sup>211</sup>. Así, continúa, ‘mostraremos que no las sufriremos, pues nos sobra valor para romperlas’<sup>212</sup>.

En su *Resumen histórico* Olóriz repitió la misma narración si bien puso mayor énfasis en la flaqueza de castellanos y aragoneses<sup>213</sup>. El motivo por el que lo traemos a colación reside en que, por primera vez, cuestiona con relativa franqueza la rentabilidad y conveniencia de la participación de Navarra en la batalla. Ésta, dice Olóriz, no se benefició ni militar ni económicamente de la victoria. Sólo sacó ‘el renombre y unos trozos de cadenas’<sup>214</sup>, mientras Castilla obtuvo inmensos territorios y riquezas.

‘Su glorioso trofeo publica a la par del arrojo, la falta de previsión de los navarros. Supieron éstos sacrificar sus vidas, más no imponerse a los que les trataban como enemigos, y no sacando utilidad de su altivo esfuerzo *dejaron como lección, que en la guerra y en la política hay que anteponer a lo generoso lo prudente.*’<sup>215</sup>

Ni siquiera entre los autores nacionalistas encontramos una postura tan crítica contra la intervención navarra en las Navas y con respecto al papel de los demás

---

<sup>209</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>210</sup> *Ibidem*, p. 100.

<sup>211</sup> *Ibidem*.

<sup>212</sup> *Ibidem*.

<sup>213</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 78.

<sup>214</sup> *Ibidem*.

<sup>215</sup> *Ibidem*, p. 80. Las cursivas son mías.

cristianos en la victoria. Así, Bernardino de Estella se limita a informar de que “álgunas tropas castellanas desfallecieron”<sup>216</sup>, pero no pone en duda ni por asomo la participación en este “duelo a muerte entre la civilización cristiana y mahometana”<sup>217</sup>. Su nacionalismo se traduce simplemente en una mención al papel de vascos de ambos lados del Pirineo en la victoria<sup>218</sup>. Otro historiador nacionalista, Carlos Clavería, procede similarmente, destacando que Sancho mandaba junto a los navarros a “muchos caballeros vizcaínos, alaveses y guipuzcoanos”<sup>219</sup> y haciéndose eco de la huida de *algunas* milicias castellanas<sup>220</sup>. Ciertamente, cuando trata el tema de la rentabilidad de la empresa recuerda que Sancho obtuvo escasos beneficios. Con todo, no aparece el más mínimo signo de arrepentimiento. Tampoco desde las páginas de *Amayur* se arremete contra la batalla. Al contrario, se prefiere inventar una lectura nacionalista de la participación navarra. Según ella, Sancho rompió las cadenas “por la libertad religiosa y en defensa de la Soberanía del Pueblo Vasco”<sup>221</sup>.

No sólo el reproche de Olóriz no vuelve a repetirse, sino que, por el contrario, abundan los textos que ni mencionan la retirada de castellanos y aragoneses, ni se hacen eco de los pocos beneficios que Navarra habría obtenido de la victoria. En el poema de Pedro Górriz<sup>222</sup> todos los españoles se comportan con valentía, sin que nadie rehuya el combate. Algo similar sucede en el del euskaro Alberto Cayuela Pellizari<sup>223</sup>. Tampoco para el navarrista Eladio García<sup>224</sup>, para quien la batalla tuvo como fundamento la “unidad de la religión y [la] unidad de la patria”<sup>225</sup>, se producen ni una huida castellana ni nada digno de mención en la repartición del botín. La misma lectura hispanista aparece en Paulino Gil y Bardaji<sup>226</sup> y en José Nadal de Gurrea<sup>227</sup>, entre otros autores.

---

<sup>216</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 81.

<sup>217</sup> *Ibidem*.

<sup>218</sup> *Ibidem*.

<sup>219</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra, op. cit.*, p. 101.

<sup>220</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>221</sup> “De Orreaga a Roncesvalles”, en *Amayur*, 28-X-1931.

<sup>222</sup> Pedro de Górriz, “La cadena de las Navas”, en Ayuntamiento de Pamplona, *Certamen científico, literario y artístico*, Imp. y Lib. de R. Bescansa, Pamplona, 1884.

<sup>223</sup> A. Cayuela, *El paladín de las Navas, op.cit.*

<sup>224</sup> E. García, *op. cit.*

<sup>225</sup> *Ibidem*, p. 14. Corchete mío.

<sup>226</sup> P. Gil, *op. cit.*, p. 26 y ss. La narración que ofrece este autor de la batalla es muy simple si se compara con la dada por Moret: “Los Reyes de Castilla y Aragón trataron de avanzar sobre los infieles, dejando el puesto de menos gloria al de Navarra, pero este rey, que a la cabeza de sus denodadas y sufridas huestes había tomado parte el primero en el combate, se lanzó sobre la tienda de Miramamolín cercada de gruesas e inquebrables cadenas, defendidas por los más feroces hijos del desierto, mas ni éstos ni aquellas pudieron contener el impetuoso empuje de los navarros, que

Si en el epígrafe anterior tratamos de mostrar que la batalla de Roncesvalles pertenecía primordialmente al *saltus*, la de las Navas pertenece primordialmente al *ager*. En ella se escenifica la unión de los reinos españoles en torno a la religión. En palabras de Zabalo Zabalegui, es el “combate más trascendental de la Reconquista, la epopeya española por excelencia”<sup>228</sup>. El primitivo reino pirenaico culmina así su inserción en la causa de la España Cristiana. Por eso Sancho, que “es un rey cristiano y español, por encima de todo”<sup>229</sup>, no podía dejar de acudir al combate. “Toda España es un clamor de cruzada”<sup>230</sup>; “Navarra no faltará a la cita de la Historia”<sup>231</sup>. Castellanos y aragoneses dejan de ser extranjeros para convertirse en hermanos de los navarros, en virtud de su coalición contra el enemigo radical, el Islam. Es cierto que, además de los musulmanes, hay un Extraño cuyo comportamiento se rechaza: los cruzados extranjeros que desertan antes del combate. Nadal, Vera, Mañé, Olave, Zabalo Zabalegui, etc., repiten la misma crítica a su “cobarde deserción”<sup>232</sup>. Esto consuma la completa inserción de Navarra dentro de España: no sólo los castellanos han dejado de ser extranjeros, no sólo un nuevo criterio define quiénes son parte del grupo, también todos los miembros de la nueva patria comparten su aversión al mismo Extraño.

A propósito de la pertenencia primordial de 1212 a una concepción de la historia de Navarra como apertura, son particularmente significativas las palabras que en su discurso contra los fueristas dedica a dicha batalla el aranista Evangelista de Ibero<sup>233</sup>. En su opinión, “una de las batallas que siempre tienen en los labios [los fueristas] para demostrar que el vasco es español es la de las Navas de Tolosa”<sup>234</sup>. Por eso, frente a esa lectura predominante, Ibero se esfuerza por demostrar que “en ella no se luchó por

---

consiguieron su posesión, segando innumerables cabezas moras y poniendo al Miramamolín y los suyos en precipitada fuga.”(*Ibidem*, p. 26).

<sup>227</sup> J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, pp. 133 y ss.

<sup>228</sup> Francisco J. Zabalo Zabalegui, *Sancho VII el Fuerte*, Temas de Cultura Popular, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, p. 18. También para Iribarren la contribución de Navarra a la causa de Dios y de España “culmina” en la batalla de las Navas (cfr. Manuel Iribarren Paternáin, *Una perspectiva histórica de la Guerra en España*, García Enciso, Madrid, 1941, p. 57).

<sup>229</sup> F. J. Zabalo, *op. cit.*, p. 16.

<sup>230</sup> *Ibidem*.

<sup>231</sup> *Ibidem*.

<sup>232</sup> P. Vera, *op. cit.*, p. 120.

<sup>233</sup> E. de Ibero, *Ami vasco*, *op. cit.*

<sup>234</sup> *Ibidem*, p. 59. El corchete es mío.

Castilla, sino por la fe de Cristo”<sup>235</sup>. En definitiva, intenta impedir que el evento proporcione un argumento en favor de una concepción españolista de la identidad vasca.

{[...] de no haber sido por su encendido amor a la fe de Cristo, los vascos se hubieran alegrado lo indecible de que la invasión de los almohades hubiese acabado para siempre con Castilla.”<sup>236</sup>.

Aunque, como hemos afirmado, sólo Olóriz cuestiona abiertamente la conveniencia política de haber participado en la batalla, muchos otros escritores navarros han insistido en el sacrificio y la generosidad que entrañó la intervención de Sancho en particular y de Navarra en general. Lino Munárriz, por ejemplo, se refiere al “corazón grandioso y cristiano de D. Sancho verdaderamente el Fuerte”<sup>237</sup>. Según afirma, éste acepta participar en una batalla, que desde un punto de vista político muy poco podía beneficiarle, al lado de quienes pretendían “aherrojar al desgraciado príncipe y relegarlo a la impotencia”<sup>238</sup>. Su enemigo es además el emir Muhamad Alhasir, que durante su estancia en África le había “hospedado cariñosamente”<sup>239</sup>.

“Mas el Rey don Sancho era más Fuerte que en las lides del campo en las luchas de su cristiano corazón, y despreciando los cantos de la sirena infernal, sólo oyó la voz del Padre común de los fieles.”<sup>240</sup>

También Alejo Sorbet destaca que los reyes de Aragón y Castilla “le hicieron siempre cruel guerra: solamente le buscaban cuando se veían en algún apuro”<sup>241</sup>. Por eso cuando Alfonso de Castilla solicita su ayuda titubea, “pero era la Religión la que se veía en peligro, y, ante esto, su magnánimo corazón y profunda religiosidad, le impulsaron a aportar su valioso concurso”<sup>242</sup>. Para Sorbet, Sancho es “el principal fautor

---

<sup>235</sup> *Ibidem*.

<sup>236</sup> *Ibidem*, p. 60.

<sup>237</sup> L. Munárriz, *op. cit.*, p. 75.

<sup>238</sup> L. Munárriz, “Viaje de D. Sancho al Africa”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912, p. 19.

<sup>239</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>240</sup> *Ibidem*.

<sup>241</sup> A. Sorbet, *op. cit.*, p. 97.

<sup>242</sup> *Ibidem*, p. 105.



de la victoria”<sup>243</sup> cristiana. Sin embargo, sabe de antemano que ésta servirá principalmente para “aumentar el señorío de quien disminuyó el suyo”<sup>244</sup>. En esta misma idea abundaba antes que él Arturo Campión, cuando describe la marcha del ejército navarro camino de las Navas en auxilio de Castilla:

‘[...] los hijos de las montañas euskaras emprenden el camino de Andalucía. Van a ponerse bajo el mando supremo del vencido de Alarcos; van a derramar su sangre, mezclándola con la sangre de los que detentaron los castillos, talaron las mieses y dieron fuego a los pueblos de Nabarra.’<sup>245</sup>

Cuando Eladio Esparza repasa las ocasiones en las que Navarra ha intervenido por la fe católica durante la Edad Media, destaca también que continuamente “tenía agravios”<sup>246</sup> con los demás reinos españoles. Pero se trataba de “luchas por la religión y Navarra no sintió titubeos en aprestarse a la lucha”<sup>247</sup>. 1212 es un capítulo más de esa generosidad, acaso el más célebre, pero nada novedoso. En efecto, continúa, Sancho el Fuerte,

‘Sufrió desdenes y agravios. Pero cuando sobre España se esperó la embestida de los almohades supo perdonar agravios, supo olvidar desórdenes, supo sobreponerse a su carácter indómito y correr con sus hombres -paladín de la Cristiandad- hasta las tierras de Jaén y ser allí el héroe de la batalla de las Navas.’<sup>248</sup>

También para otro autor navarrista, Julio Gúrpide, “Sancho olvida los agravios para defender la religión”<sup>249</sup>. Otro tanto ocurre para el falangista Yzurdiaga<sup>250</sup> y para Manuel Iribarren<sup>251</sup>. A decir de este último “el ímpetu de los navarros [...] decidió la

---

<sup>243</sup> *Ibidem*, p. 103.

<sup>244</sup> *Ibidem*, p. 92.

<sup>245</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p.147.

<sup>246</sup> E. Esparza, *Pequeña Historia, op. cit.*, p. 99.

<sup>247</sup> *Ibidem*, p. 100.

<sup>248</sup> *Ibidem*, pp. 38-39.

<sup>249</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 225.

<sup>250</sup> Fermín Yzurdiaga, *Poema de Navarra*, Imp. Viuda de Aramburu, Pamplona, 1927, pp. 9 y ss.

<sup>251</sup> M. Iribarren Paternáin, *Navarra, op. cit.*, p. 189.

victoria cuando la lucha era más recia e indecisa”<sup>252</sup>. Pero la hazaña de las Navas sólo vale a Navarra su escudo y “el mezquino don de doce fortalezas pertenecientes a su propio reino, que don Alfonso le devolvió en señal de gratitud”<sup>253</sup>. Como puede observarse, incluso entre los autores más navarristas la participación en las Navas entrañó un inmenso sacrificio, para algunos no debidamente recompensado.

La pertenencia habitual al *ager* de la batalla de las Navas aparece también en algunos textos de autores en principio poco dados a concebir la identidad local en términos pactistas e integradores. Uno de los casos más sorprendentes a este respecto es el cantar de *El Rey Fuerte*<sup>254</sup> de Mark Legasse. Legasse era un *abertzale* libertario del País Vasco francés cuyo lema era “Ni Dios ni leyes” (*Jaun gabe eta legerik ez*). Sin embargo su narración, llamativamente religiosa, de las Navas de Tolosa podría haber sido firmada por cualquiera de los escritores precedentes: Castilla y Aragón cometen “traición” contra Navarra, desmembrándola. Por eso, cuando Sancho recibe la petición de auxilio de Castilla la rechaza airado. Pero el arzobispo Jiménez de Rada le recuerda que no son ya Castilla y Aragón quienes están en peligro sino la Cristiandad entera. Navarra no puede permanecer indiferente. Además, a pesar de los agravios de castellanos y aragoneses, “Navarra les dio la vida, no les puede dejar morir”<sup>255</sup>. La intervención de Sancho es decisiva: “Navarra ha salvado a España”<sup>256</sup>.

Como sucedía con la batalla de Roncesvalles, podemos comprender mejor el significado de las Navas de Tolosa si centramos nuestra atención en su principal protagonista: Sancho el Fuerte. Sin lugar a dudas, éste es uno de los monarcas más emblemáticos de Navarra. El Conde de Rodezno lo califica significativamente de “héroe de hazañosa existencia, propia de la novela y de la trova”<sup>257</sup>.

Julio Altadill es uno de los escritores que con mayor ardor ha glosado su figura. Es “el HERCULES físico, material y moral de nuestra Historia y de sus antepasados”<sup>258</sup>; un “monarca valiente y batallador, rama final del Rey postrero [?], miembro último

---

<sup>252</sup> *Ibidem*, p. 191.

<sup>253</sup> *Ibidem*.

<sup>254</sup> Marcos Legassa [castellanización de Mark Legasse], *El Rey Fuerte. Cantar de gesta*, Aramburu, Pamplona, 1951.

<sup>255</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>256</sup> *Ibidem*, p. 91.

<sup>257</sup> El Conde de Rodezno, “Nuestros propósitos”, *op. cit.*, p. 6.

<sup>258</sup> Julio Altadill, “Las torturas del Rey Fuerte en el Castillo de Tudela”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1934, p. 37. Las mayúsculas son suyas.

y directo de la pura y neta raza vascona”<sup>259</sup>. Su sobrenombre sirve a nuestro autor para realizar un panegírico que resume perfectamente la admiración que suscita este monarca:

‘Fuerte por sus músculos de acero. Fuerte por el temple de sus energías. Fuerte por su descomunal estatura. Fuerte por su asombrosa complexión física. Fuerte por su talento y previsión. Fuerte por sus riquezas incontables. Fuerte por sus creencias arraigadas. Y Fuerte, en fin, por su amor insuperado al Reino que rigió y gobernó con un amor sin límites, que rebasó a los entusiastas amores de sus ascendientes todos, por mucho que hubieran idolatrado al Reino navarro y de cuyo trono es el más sólido apoyo en el solar Pirenaico”<sup>260</sup>

Pero a pesar del entusiasmo de Altadill y de otros escritores de todas las tendencias, conviene llamar la atención sobre la existencia de algunos puntos oscuros en la vida del monarca. Entre estos ‘borrones que intentaron dejar extraños en la limpia biografía de D. Sancho”<sup>261</sup> destaca su ausencia de Navarra y su estancia en territorio musulmán en torno a los años 1196-1199. Muchos historiadores han creído que buscó refugio y ayuda entre los Islamitas para defenderse de Aragón y Castilla, algo que desde una filosofía de la historia reconquistadora constituye un acto verdaderamente indigno. Entre quienes más duramente han reprochado esos tratos cabe citar al padre Mariana, La Ripa y José Almirante. Éste último, después de alabar la figura de Alfonso de Castilla, escribe:

‘Compárese a Alfonso el Noble con el miserable Sancho IV el Fuerte, reyezuelo de un reino de Navarra, que siempre ha sido una aberración geográfica.”<sup>262</sup>

Los compromisos con el Islam valieron al príncipe de Navarra su excomunión hacia 1196, hecho que con unas pocas excepciones la mayor parte de los escritores navarros ha preferido ignorar<sup>263</sup>.

---

<sup>259</sup> *Ibidem*, pp. 36-37. El corchete es mío.

<sup>260</sup> *Ibidem*.

<sup>261</sup> L. Munárriz, “Viaje de D. Sancho al Africa”, *op. cit.*, p. 33.

<sup>262</sup> José Almirante, *Bosquejo de la Historia Militar de España hasta el fin del XVIII*, Imp. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1923, 4 tomos, p. 143. La numeración de Almirante se debe a la distinta nómina de Reyes de Navarra que sigue.

La apología de Sancho era tan vieja como sus acusaciones. El padre Moret había acudido para su defensa a un cronista inglés del siglo XIII, Rogelio Hoveden<sup>264</sup>. Según Hoveden, una princesa mora, hija del sultán de Marruecos, había quedado prendada del príncipe de Navarra, fascinada por las historias que corrían sobre su valentía. Llena de desesperación, rogó a su padre que ofreciera su mano al navarro, amenazando con suicidarse si no lograba su propósito. El sultán amaba mucho a su hija, de manera que ofreció como dote a Sancho toda la España musulmana. La princesa, además, estaba dispuesta a convertirse al cristianismo, con lo que el obstáculo religioso quedaba resuelto. Sancho habría viajado a África para contraer estos esponsales, desatando la envidia de los demás reinos españoles. Una vez llegado allí, sin embargo, se encontró con que el padre de la princesa había muerto y con que el sucesor de éste, Mohammad el Verde (el futuro enemigo de las Navas), más práctico que su antecesor, consideraba absurdo entregar territorios tan vastos por satisfacer el capricho de una princesa. Con todo, no explicó a las claras su negativa. Habían estallado algunas rebeliones en los dominios musulmanes y pensó en la utilidad de contar con la ayuda de un caballero tan esforzado como el príncipe de Navarra. Por medio de engaños y veladas amenazas le convenció de la necesidad de posponer la unión hasta que el trono estuviese afianzado. Sancho accedió y durante cerca de dos años combatió con gran éxito a los enemigos del sultán. Aprovechando esta ausencia forzada, Castilla y Aragón le arrebataron Álava y Guipúzcoa. Por fin, viendo que el matrimonio se posponía indefinidamente y que el nuevo sultán no tenía intención de otorgarle la dote prometida, regresó a su mermada Navarra.

Esta historia ha tenido un curioso destino en la cultura navarra. Moret la utiliza para defender a Sancho contra las acusaciones del padre Domingo de La Ripa y con esta función la han aceptado autores como Nadal de Gurrea<sup>265</sup>, Olave<sup>266</sup>, Olóriz<sup>267</sup>, Domínguez Arévalo<sup>268</sup>, Anchorena<sup>269</sup>, Sorbet<sup>270</sup>, Legasse<sup>271</sup> y del Campo<sup>272</sup>, entre otros.

---

<sup>263</sup> Entre éstas cabe citar a Carlos Marichalar, "Colección diplomática del Rey D. Sancho el Fuerte", en *B. C. M. H. A. N.*, 1934. También lo hacen F. J. Zabalo (*op. cit.*, p. 8) y Zalba. Este último con el objetivo de defender a Sancho de las acusaciones: cfr. J. Zalba, "Sancho el Fuerte, Inocencio II y España", en *Euskalerrriaren Alde*, tomo XV, 1925.

<sup>264</sup> La mayor parte de las veces aparece citado así. Su nombre real es Rogerio Howden.

<sup>265</sup> J. Nadal, *op. cit.*, p. 134.

<sup>266</sup> S. Olave, "El escudo de Navarra", *op. cit.*, p. 167.

<sup>267</sup> H de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, pp. 74-5.

<sup>268</sup> T. Domínguez Arévalo, *Los Teobaldos*, *op. cit.*, p. 32.

<sup>269</sup> Juan Anchorena y Aguirre, *Zoraida. La Reina Mora. Novela histórica de tiempos de Sancho VIII de Navarra*, Lib. Católica de Luis Gili, ¿Pamplona?, 1912.

Incluso Arturo Campión, aunque califica la historia como de “aire novelesco”<sup>273</sup>, parece haber transigido con ella. Sin embargo, la hipótesis de la princesa, aunque hermosa, no les ha parecido a muchos demasiado creíble. En la primera mitad del XIX Yanguas y Miranda<sup>274</sup> ya expresaba sus dudas al respecto y con posterioridad ese escepticismo ha derivado en una crítica en toda regla. Entre quienes han negado su veracidad con mayor firmeza cabe citar a Paulino Gil y Bardají<sup>275</sup>, Julio Nombela<sup>276</sup>, Julio Gúrpide<sup>277</sup> y, muy especialmente, a Lino Munárriz y Velasco<sup>278</sup>. El problema reside en que con esta actitud los escritores citados también pretendían defender a Sancho el Fuerte de acusadores como Almirante. En particular Munárriz, que califica la historia de Hoveden de “desgraciada leyenda”, “cuento absurdo” y “patraña loca”<sup>279</sup>, es autor de una de las más encendidas alabanzas de Sancho VII. Según su versión, el viaje del Fuerte a África vino motivado por las continuas agresiones de castellanos y aragoneses<sup>280</sup>.

A la mácula de unas relaciones fluidas con los infieles se añade la “antipolítica y antipatriótica determinación”<sup>281</sup> de su testamento. Sancho se había prohijado con Jaime el Conquistador, lo que en la práctica, dada la diferencia de edad entre ambos monarcas, equivalía a entregar a Aragón el trono de Navarra. ¿Cómo explicar desde un punto de vista regionalista (euskaro, nacionalista o navarrista) que un monarca que sentía un “amor insuperado al reino” cometiera un acto semejante? Campión lo intenta en el texto que acompaña el retrato que Jaime el Conquistador hizo del Fuerte<sup>282</sup>. El *documento* muestra un Sancho obeso hasta el ridículo, enfermo, achacoso, receloso, avaro y

---

<sup>270</sup> A. Sorbet, *op. cit.*, p. 98 y ss.

<sup>271</sup> M. Legasse, *op. cit.*, pp. 50 y ss.

<sup>272</sup> Luis del Campo, *Sancho el Fuerte de Navarra, op. cit.*, p. 147. Del Campo arguye que Hoveden es un cronista que se destaca por la fiabilidad de sus informaciones y que, antes que Sancho, otros monarcas cristianos contrajeron matrimonio con musulmanas.

<sup>273</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 122.

<sup>274</sup> J. Yanguas y Miranda, *op. cit.*, p. 188, nota 1.

<sup>275</sup> P. Gil y Bardají, *op. cit.*, p. 26.

<sup>276</sup> J. Nombela, *op. cit.*, p. 22.

<sup>277</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 224.

<sup>278</sup> L. Munárriz, *Historia de Navarra, op. cit.*, pp. 74 y ss. L. Munárriz, “Viaje de D. Sancho al Africa”, *op. cit.*

<sup>279</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>280</sup> Si se repasa la ubicación política de los autores citados puede comprobarse cómo la creencia y el ataque a la historia de Hoveden se ha repartido entre euskaros, nacionalistas y navarristas.

<sup>281</sup> T. Domínguez Arévalo, *Los Teobaldos, op. cit.*, p. 43.

<sup>282</sup> Arturo Campión, “Don Sancho el Fuerte retratado por Don Jaime el Conquistador”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.

colérico. No hay rastro del héroe. Para Campión la entrega de su reino a don Jaime viene a explicarse como un producto de la senilidad.

Si se reúnen todas estas sombras se comprende que Arturo Campión ofreciera un retrato del vencedor de las Navas de Tolosa más agrisado que el de Julio Altadill. Es cierto que para Campión es todavía “un personaje más propio de la epopeya que no de la historia”<sup>283</sup>, pero también es el monarca que culmina el “grandísimo yerro cometido por las dinastías pirenaicas”. A saber: desdeñar la unión de toda la “familia euskariana”<sup>284</sup>. Como Olite llegaba a simbolizar los destinos de Navarra, la vida de Sancho el Fuerte “es el verdadero símbolo de los destinos de su pueblo”<sup>285</sup>.

“Una gran figura real personifica los destinos de Nabarra, sus cualidades y sus errores históricos. Es el último de la casa indígena, el postrer montañés coronado, el héroe inmortal de las Navas. Puesto en esa línea de intersección en que acaban los viejos destinos y empiezan los nuevos de su patria, en él se divulgan y mezclan las luces del pasado y las sombras del porvenir.”<sup>286</sup>

En efecto, el príncipe Fuerte es “una figura fúnebre”<sup>287</sup> que marca el comienzo de la decadencia del reino. “Como su rey, Navarra también ‘encerrada’ en un callejón sin salida”<sup>288</sup>, dice Zabalo Zabalegui, aludiendo a la reclusión voluntaria de Sancho en el castillo de Tudela durante los últimos años de su vida. Para Campión, y de forma significativa, la vida del príncipe “puede darse por concluida”<sup>289</sup> tras la célebre batalla. El monarca muere “con el alma cautiva de una negra e invencible melancolía”<sup>290</sup>. Tras él comienza la lista de reyes extranjeros, más pendientes de sus dominios en Francia o España que de Navarra. Pero si la faceta decadente de Sancho es manifiesta, también es cierto que a causa de su gloriosa participación en las Navas marca “el foco de una

---

<sup>283</sup> *Ibidem*, p. 110.

<sup>284</sup> *Ibidem*, p. 109.

<sup>285</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 151. Campión cita a Michelet.

<sup>286</sup> *Ibidem*, p. 134.

<sup>287</sup> *Ibidem*.

<sup>288</sup> F. J. Zabalo, *op. cit.*, p. 30.

<sup>289</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 150.

<sup>290</sup> *Ibidem*.

apoteosis”<sup>291</sup>. Tan alta es ésta que, para Campión, Sancho deja de ser un héroe navarro o español para pasar a ser un héroe del mundo<sup>292</sup>.

Es necesaria una recapitulación. Habitualmente la batalla de las Navas de Tolosa ha figurado como un lugar privilegiado del *ager Vasconum*. Con ella los navarros se unen a los demás españoles para combatir al enemigo de la fe común. A menudo esta intervención es calificada de decisiva, con lo que Navarra salva a toda a España. Aunque esta lectura ha sido general en las letras locales, resulta especialmente llamativo que para muchos autores, incluyendo algunos navarristas, la participación en la batalla supusiera un gran sacrificio para Navarra. Castellanos y aragoneses la habían atacado traicioneramente. Además Castilla se mostró ingrata con ella. A esto hay que añadir que, para algunos autores, castellanos y aragoneses mantuvieron un comportamiento cobarde en la pelea. Es significativo, por último, que frecuentemente se señale a las Navas como apoteosis del reino e inicio de su decadencia. Navarra se autoinmola para salvar a España.

Estos extremos, sin cuestionar directamente la participación de Sancho el Fuerte, introducen la posibilidad de una lectura más negativa de la colaboración con los extranjeros. Olóriz parece haber sido quien ha llevado más lejos estas críticas. Con todo, la ambigüedad de la batalla ha estado presente en muchos otros autores, tanto euskaros, como nacionalistas y navarristas. Esto es tanto más interesante cuanto que, al margen de algunas puntualizaciones por parte de nacionalistas, no ha habido una discusión abierta sobre el sentido de la batalla. Como tal el *saltus* no ha ofrecido una lectura completa de las Navas, sino que se ha adherido al relato del *ager* subvirtiéndolo (.i.e., mostrando que los extranjeros son cobardes y que se aprovecharon de Navarra).

Aunque *saltus* y *ager* extrajesen diferentes lecciones de la colaboración con los extraños, euskaros, nacionalistas y navarristas coincidían en la versión moretiana del evento. ¿Qué ocurriría cuando alguien, desde el interior de Navarra, negara su veracidad?

---

<sup>291</sup> *Ibidem*, p. 134.

<sup>292</sup> *Ibidem*.

### **Interludio I. La impertinencia de Ambrosio Huici Miranda.**

En 1912 se conmemoraba en toda España el séptimo centenario de la batalla de las Navas. En el marco de las celebraciones por el aniversario, la Diputación Foral y Provincial de Navarra decidió auspiciar un certamen científico y literario.

Los concursantes debían investigar una historia que en realidad estaba ya escrita, que la propia convocatoria había escrito por ellos. Su tarea era simplemente literaria y codificadora. Debían enriquecer con nuevos detalle o con una escritura elegante la versión moretiana. El documento más elocuente para comprender el férreo marco ideológico del concurso es el informe del jurado fallando los premios. Antes de anunciarlos declara abiertamente el significado del hecho:

‘Fue por consiguiente el triunfo de las Navas, el preludio certero de nuestro renacimiento, el inicio de nuestra libertad, el vigoroso latido de la fe, el amanecer espléndido de nuestro señorío. Como fue la epopeya de Granada la consolidación de los Reinos ibéricos, nuncio de la hegemonía hispana en días ulteriores cuando el sol no se ponía en nuestros dominios y Alemania e Italia, África y la Oceanía, Lepanto y San Quintín atronaban al mundo con nuestro poderío soberano.’<sup>293</sup>

Navarra encaja en esa empresa imperial, en ese ‘ensayo’ para la unidad peninsular, gracias a la mediación de Sancho el Fuerte. Él es ‘el héroe legendario de las Navas, que desde las montañas vascas desciende a tierras castellanas’<sup>294</sup>, el ‘último montañés coronado’<sup>295</sup>, ‘el de imaginación soñadora’<sup>296</sup>, ‘el príncipe de corazón magnánimo’<sup>297</sup>, ‘el insigne guerrero [...] circundado de aventuras novelescas’<sup>298</sup>.

Ahora bien, en esta representación de la batalla alguien ha roto la convención del marco impuesto. Y lo que es más grave: lo ha roto eruditamente. Bajo el lema “*In laude veritas*”<sup>299</sup>, un concursante -el burladés Ambrosio Huici Miranda<sup>300</sup>- ha enviado una

---

<sup>293</sup> ‘Informe general del Jurado del certamen científico y literario celebrado en la ciudad de Pamplona, bajo los auspicios de la excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, para solemnizar el 7º Centenario de la batalla de las Navas de Tolosa’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1913, p. 215.

<sup>294</sup> *Ibidem.*

<sup>295</sup> *Ibidem.*, p. 221.

<sup>296</sup> *Ibidem.*

<sup>297</sup> *Ibidem.*

<sup>298</sup> *Ibidem.*

<sup>299</sup> *Ibidem.*, p. 289.



investigación absolutamente improcedente. El jurado no puede dejar de reconocer que se trata de una “hermosísima obra”<sup>301</sup> y que “ningún otro de los concursantes se ha aproximado a éste al discutir, razonar y justificar sus afirmaciones”<sup>302</sup>. Sin embargo, y resulta chocante, no se encuentra entre los trabajos premiados. ¿Cómo es posible? Si se tratara de un trabajo mediocre, el jurado simplemente habría omitido toda mención al respecto. Pero lo cierto es que tiene que admitir que tras la investigación “se encuentra un sabio”<sup>303</sup>. ¿Cuáles han sido los motivos de la exclusión?

El primero es de orden formal: el concursante no se ha adecuado a los temas de la convocatoria. El segundo de fondo: ha escrito una historia completamente opuesta a la establecida por las bases del certamen. Naturalmente el jurado no se expresa en estos términos, pero la explicación que ofrece deja translucir meridianamente este móvil. Examinemos los cargos literalmente: el primer reproche de importancia que lanza contra el anónimo francotirador consiste en que ha guardado “un silencio glacial para el héroe legendario”<sup>304</sup>, es decir, Sancho VII. Un pecado imperdonable, tratándose de un trabajo auspiciado por la Diputación navarra. Además, el autor ha tenido la osadía de afirmar que sólo doscientos caballeros navarros tomaron parte en la batalla, una cifra irrisoria, demasiado baja para hacer verosímil la “verdad” de una intervención decisiva de Navarra. Pero todavía hay algo más grave, algo que resulta terriblemente incómodo para el jurado y que cuestiona radicalmente la importancia simbólico-histórica de la batalla para la organización

‘El autor pone en duda la autenticidad de las cadenas traídas a Navarra por D. Sancho y ni aun para la tradición tiene otro apelativo que el de afortunada... Estos toscos pedazos de hierro, sin valor material alguno, constituyen una tradición oral y escrita acatada por la lógica más estrecha; son un trofeo de valor inmenso para los *descendientes de D. Sancho, sus nobles y sus soldados*; son un

---

<sup>300</sup> El fallo del jurado no menciona a Huici, sin embargo es manifiesta su autoría. Con posterioridad éste publicó sus puntos de vista sobre la batalla en Ambrosio Huici, *Estudio sobre la campaña de las Navas de Tolosa*, *op. cit.*

<sup>301</sup> ‘Informe general del Jurado del certamen científico y literario celebrado en la ciudad de Pamplona, bajo los auspicios de la excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, para solemnizar el 7º Centenario de la batalla de las Navas de Tolosa’, *op. cit.*, p. 290.

<sup>302</sup> *Ibidem.*

<sup>303</sup> *Ibidem.*, p. 292.

<sup>304</sup> *Ibidem.*, p. 290.

símbolo del ardimiento desarrollado en la épica jornada y hasta una prueba material de las hercúleas cualidades de la raza.”<sup>305</sup>

‘Sin valor material alguno’... La observación desvela las dimensiones de la ofensa. Durante la manifestación fuerista de 1894 la exhibición de las cadenas produjo un verdadero delirio entre el público<sup>306</sup>. Dudando de la veracidad de los ‘toscos pedazos de hierro’ Huici ha puesto en juego no un valor material, sino un valor simbólico, y a través de él un relato que tiene componentes fundacionales y concluyentes. Al cuestionar el origen de las cadenas ha cuestionado un hecho axial en la historia de Navarra. Y además ha tenido la desfachatez de presentar sus ideas a un certamen organizado por el ‘descendiente’ del Rey Fuerte:

‘Tradición tan gloriosa, sostenida incólume durante siete centurias, no puede arrancarse de manos del *actual y genuino representante*, que *tan valientemente* ha decidido la conmemoración solemne del magno acontecimiento de las Navas de Tolosa.’<sup>307</sup>

Es muy curioso que la organización de un concurso sea considerado un acto de valor. De todas formas es sólo cuestión de perspectiva. El punto fundamental viene un poco después de esta declaración.

‘Muy sensible ha sido para los que suscriben que al acudir a esta convocatoria talento tan preclaro como el autor del estudio que comentamos, haya prescindido con *un rigorismo de oportunidad dudosa*, de fuentes de verdad y criterio de certeza muy atendibles con su vigor de siete siglos, *jamás discutido*, pregones infalibles de creencias jamás combatidas con saña.’<sup>308</sup>

Que el jurado reproche a Huici su excesivo rigor a la hora de descartar una serie de fuentes ‘tradicionales’ constituye un detalle de crucial importancia. A través de él se

---

<sup>305</sup> *Ibidem.*

<sup>306</sup> Cfr. G. Etayo, *op. cit.*, p. 54. Refiere cómo P. Mansó saca en medio de los maceros de Diputación las supuestas cadenas. ‘La vista de aquel trofeo electrizó los corazones de tal modo que ni la emoción cabía en ellos ni la lengua certaba a expresarla’.

<sup>307</sup> ‘Informe general del Jurado del certamen científico y literario celebrado en la ciudad de Pamplona...’, *op. cit.*, p. 291.

<sup>308</sup> *Ibidem.*, p. 292.

dejan entrever las complicadas relaciones que guardan la ideología e historia. No es tanto que se discuta la veracidad de las crónicas arábicas a las que ha acudido el anónimo; ni siquiera se pone en entredicho la científicidad de su estudio. Posiblemente, los miembros del jurado eran conscientes de que Huici ‘tenía razón’. De lo que se le acusa es de inoportuno, de aguafiestas, de haber relatado una historia distinta de la que se había programado. Su premio fue el más absoluto silencio sobre su obra en Navarra.

### **Interludio II. Las tribulaciones de un poeta con la Guerra de la Independencia.**

*Navarra en la guerra de la independencia*<sup>309</sup>, de Hermilio de Olóriz, constituye un escrito singular. En sus páginas el autor intenta describir la resistencia contra las tropas napoleónicas como una muestra más de las luchas de Vasconia en favor de su libertad, religión e independencia contra quienes pretenden ‘borrar su nombre del libro de la vida’<sup>310</sup>.

Según Olóriz, Navarra era por esta época un ‘Reino independiente, en territorio, jurisdicción y leyes’<sup>311</sup>, unido a España sólo por la figura del monarca. Los franceses, ‘monstruos satánicos enemigos de toda compasión’<sup>312</sup>, impíos y despóticos, invadieron el reino traicioneramente, profanando sus lugares religiosos. La Diputación del reino, continúa, intentó garantizar el respeto a la ‘Constitución’ de Navarra pero, amenazada por el invasor, debió huir a Tudela. Allí declara la guerra formalmente a Francia. Los guerrilleros navarros se echan entonces al monte y acosan al enemigo, causándole grandes bajas. La guerra de 1808 enlaza así con las batallas de Roncesvalles, Ocharren, Olast, las Navas, etc.

Esta lectura de la Francesada no es fácil y, como puede suponerse, tropieza con importantes dificultades.

En primer lugar, Olóriz encuentra el obstáculo de una historiografía nacionalista española muy difundida. Según ésta la Guerra de la Independencia constituye un momento clave en la formación de la conciencia peninsular<sup>313</sup>. A diferencia de

---

<sup>309</sup> H. de Olóriz, *Navarra en la guerra de la independencia*, *op. cit.*

<sup>310</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>311</sup> *Ibidem*, p. 288.

<sup>312</sup> *Ibidem*, p. 85.

<sup>313</sup> Como ejemplos notables de historiografía nacionalista española de la Guerra de la Independencia pueden citarse a M. Lafuente, *op. cit.*, tomos 16 y 17; El Conde de Toreno [José M<sup>a</sup> Queipo de Llano], *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*, 3 tomos, Lib. Europea de Baudry, París, 1838.

contendias anteriores, en las que los héroes provienen principalmente de la nobleza y la realeza, la Francesada tiene como protagonista principal al pueblo español en su conjunto. Con la familia real claudicando en Bayona a las ambiciones de Bonaparte, la aristocracia postrada ante el invasor y el ejército desmoralizado, es el “instinto popular” el que, “sin jefes ni caudillos”<sup>314</sup>, conduce la resistencia contra los franceses. Para esta historiografía toda España se alza unánime y casi simultáneamente contra el “extranjero hipócrita y altivo”<sup>315</sup>. El sitio de Gerona, el dos de mayo madrileño, el asedio de Zaragoza, el alzamiento asturiano, los guerrilleros castellanos, andaluces y gallegos, ... Cada región de España tiene una gesta que expresa su aportación a la independencia patria. También Navarra, a decir de Lafuente “uno de los países que más habían tardado en revolverse”<sup>316</sup>, cuenta con un testimonio célebre de su patriotismo: sus guerrilleros y, en especial, Espoz y Mina. Éste, en palabras de Ibarra, es “otro Viriato”<sup>317</sup> que cambia “la laya de labrador por la espada de guerrero”<sup>318</sup>. En torno suyo se agruparon “millares de navarros, que con estupor de Europa, vencían a los dominadores del mundo”<sup>319</sup>. Para Olave, Mina basta por sí sólo “para inmortalizar el nombre de Navarra, y hacerla eternamente acreedora a la admiración del mundo y a la gratitud de España”<sup>320</sup>. Olóriz, en resumidas cuentas, debía conservar estos personajes y contrarrestar su connotación españolista hilando una historia más euskara.

En segundo lugar, y de manera un tanto análoga a lo que sucedía con Sancho VII, Olóriz se enfrentaba al problema de unos héroes sobre cuya integridad se cernían algunas sombras: la Diputación y el citado Espoz y Mina. En lo que se refiere a la Diputación de Navarra, ésta había sido acusada de haberse mantenido en convivencia con los invasores hasta fechas muy avanzadas<sup>321</sup>. Nuestro autor replicaba que su actitud había sido simplemente “prudente”<sup>322</sup>, tal y como lo exigían las circunstancias. Por su

---

<sup>314</sup> M. Lafuente, *op. cit.*, tomo 16, p. 285.

<sup>315</sup> *Ibidem*, p. 275.

<sup>316</sup> *Ibidem*, tomo 17, p. 99.

<sup>317</sup> Javier Ibarra, *Ilustres navarros del siglo XIX y parte del XX*, Imp. de J. García, Pamplona, 1953, p. 214.

<sup>318</sup> *Ibidem*.

<sup>319</sup> *Ibidem*. Como Sancho el Fuerte, también el guerrillero sufre la “ingratitude” del monarca a quien ha servido. Fernando VII, en efecto, después de la victoria “le recibió como a un perro importuno” (*Ibidem*, p. 101). Para Ibarra este desprecio provoca su conversión al liberalismo y la Constitución de Cádiz.

<sup>320</sup> S. Olave, “El pacto político”, *op. cit.*, p. 234.

<sup>321</sup> A este respecto puede verse el folleto *Los Vascongados a los demás Españoles*, s.f., que se encuentra en la Biblioteca Nacional (signatura VE 1193/34). El folleto trata de salir al paso de quienes acusan a las provincias vascongadas y al reino de Navarra de ser partidarios de los franceses.

<sup>322</sup> H. de Olóriz, *Navarra en la guerra de la independencia*, *op. cit.*, p. 7.

parte, Espoz y Mina había cometido después de la guerra algunos actos que, desde la mentalidad de Olóriz, empañaban su calidad de héroe navarro. Así, abraza el liberalismo, se adhiere a la Constitución de 1812 que derogaba los fueros, se hace masón y termina cometiendo todo tipo de tropelías en Navarra durante su campaña contra los carlistas<sup>323</sup>. Olóriz habla de una ‘mutación’<sup>324</sup> y ‘degeneración’<sup>325</sup> en el espíritu del héroe y explícitamente declara su intención de obviar en la medida de lo posible el doloroso tema.

Olóriz no parece capaz de mantener hasta el final su lectura inicial de la Guerra de la Independencia. Muestra de ello es su énfasis en la ingratitud de España. Mientras Navarra lucha leal y denodadamente por la expulsión de los invasores, los españoles conspiran cómo ‘concluir con Navarra’<sup>326</sup>. Durante los sitios de Zaragoza acogen de malas maneras a los voluntarios navarros<sup>327</sup> y los gobiernos centrales pagan con desprecios los servicios de Navarra<sup>328</sup>. Cuando las tropas hispano-inglesas llegan a Vasconia se comportan ‘como si operasen en país enemigo’<sup>329</sup>. En 1812 las Cortes de Cádiz abolen tiránica e ilegalmente los fueros.

‘Quién hubiese de suponer que a tanto sacrificio consumado en aras de la causa española, hubiera contestado España con un decreto de muerte?’<sup>330</sup>

A causa de ‘su lealtad llevada al heroísmo’<sup>331</sup>, el reino de Navarra se encuentra ‘a punto de perecer sumido en la miseria’<sup>332</sup>. Sus campos están desiertos, sus hijos en prisión a la espera de ser fusilados o en la guerrilla, sus instituciones abolidas, sus villas arruinadas.

---

<sup>323</sup> Todavía más ‘deshonroso’ es el destino de su sobrino, Javier Mina, otro de los héroes locales de la Francesada. Éste termina siendo fusilado en México por luchar a favor de la independencia de la colonia contra España.

<sup>324</sup> *Ibidem*, p. 308.

<sup>325</sup> *Ibidem*.

<sup>326</sup> *Ibidem*, p. 285.

<sup>327</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>328</sup> *Ibidem*, pp. 168-169.

<sup>329</sup> *Ibidem*, p. 280.

<sup>330</sup> *Ibidem*, p. 289.

<sup>331</sup> *Ibidem*, p. 285.

<sup>332</sup> *Ibidem*.

‘[...] se previene el fin próximo de Navarra, se hace ver su ruina inminente, el forzoso abandono de los saqueados hogares y del país empobrecido... ¡De aquel país que había luchado sin descanso, que había llevado a efecto enormes sacrificios que ni la Historia recuerda y que en pago de ellos veíase lleno de partidas de soldados que a modo de cuadrillas de forajidos convertían los campos públicos en teatro de abominables excesos!’<sup>333</sup>

En definitiva, no queda claro para quién ha luchado Navarra, si para sí misma, en defensa de su religión e independencia, como se sugería al principio, o para España. En el primer caso, ésta nada tendría que agradecer a los navarros, con lo que el victimismo de Olóriz quedaría en entredicho. En el segundo caso, la lectura que Olóriz articulaba en la mayor parte de su escrito quedaría desacreditada. Una contradicción similar se advierte cuando critica los gritos a favor de Fernando VII de algunos voluntarios navarros. En su opinión deberían haber gritado ‘viva Fernando III’, es decir, deberían haberlo aclamado como súbditos del reino de Navarra, no de España.

‘[...] tal trastorno y confusión había producido en los espíritus aquella nefasta guerra, que hasta el recuerdo de nuestra vida independiente habíase por el momento borrado y confundido.’<sup>334</sup>

En otras partes del libro, por el contrario, Olóriz deja entrever que Diputación y los guerrilleros navarros no combatían por España, sino por el reino de Navarra<sup>335</sup>.

En cualquier caso, si bien Olóriz no consigue ofrecer una narración homogénea de la guerra de 1808 en Navarra, sí logra poner de manifiesto las consecuencias que para ella se han derivado de haber sobrepuesto el interés foráneo al interés propio. Como en las Navas de Tolosa, su sacrificio no ha sido recompensado. Todavía más, los españoles han aprovechado la lealtad de Navarra para intentar terminar con ella. Sólo la unidad de sus hijos en torno a Diputación consigue que, a regañadientes, restablezcan el régimen foral y que Navarra mantenga por unos años su independencia.

---

<sup>333</sup> *Ibidem*, p. 283.

<sup>334</sup> *Ibidem*, p. 314.

<sup>335</sup> *Ibidem*, pp. 13 y 17.

## La Covadonga del siglo XX.

De julio a octubre de 1936 el bando nacionalista consigue movilizar en Navarra a más de 17.000 voluntarios: casi uno de cada tres navarros en edad de empuñar las armas<sup>336</sup>. La mayor parte de ellos combatirán encuadrados dentro de las milicias del Requeté. Las boinas rojas que distinguieron a los partidarios de Carlos V y Carlos VII en las guerras del XIX colorean de nuevo los frentes de combate.

Uno de los rasgos más sobresalientes de la cuantiosa literatura navarra producida en torno a la guerra española es precisamente la abundancia de textos que enlazan aquélla con las guerras carlistas. Buena muestra de ello es la novela de ambiente navarro *Flor de hidalgos*<sup>337</sup>, de Casariego, en donde se juega continuamente con este paralelismo. Tanto el autor como sus personajes, en efecto, tienen siempre presente el modelo de sus antepasados carlistas. De este modo, los alzamientos de 1833 y 1870 vienen a ser un ensayo general de lo que estalla en 1936. Pero la comparación no se improvisa en aquéllas fechas. Dos años antes del “Alzamiento” el órgano de la Asociación de Estudios Tradicionalista (AET) declara abiertamente la *imitatio carlisti*:

‘Estamos hartos de legalidad y de camarillaje. Queremos ser como ellos, como los Cruzados del siglo XIX.’<sup>338</sup>

Para Francisco López Sanz esta ligazón entre la guerra del 36 y las carlistadas del XIX es tan fuerte que alcanza al propio general Mola quien, como los viejos caudillos carlistas, muere en campaña<sup>339</sup>. Para Bernard el militar rebelde es justamente el ‘nuevo Zumalacárregui’<sup>340</sup>. También Manuel Iribarren<sup>341</sup>, José M<sup>a</sup> Jimeno Jurío<sup>342</sup>,

---

<sup>336</sup> José Andrés-Gallego, *Historia Contemporánea de Navarra*; Ediciones y Libros, Pamplona, 1982, p. 197. Otras fuentes aumentan estas cifras hasta los 40.000 voluntarios en agosto de 1936. Cfr. José M<sup>a</sup> Iribarren, *Con el general Mola. Escenas y aspectos inéditos de la guerra civil*, Editorial ‘Heraldo de Aragón’, Zaragoza, 1937, p. 50.

<sup>337</sup> Jesús-Evaristo Casariego, *op. cit.*

<sup>338</sup> Citado por Jaime del Burgo, *Requetés en Navarra antes del Alzamiento*, Ed. Española, San Sebastián, 1939, p. 38. Aparece en *AET*, n<sup>o</sup> 2, 1934.

<sup>339</sup> Cfr. F. López Sanz, ‘El rojo de la boina’, en su libro *Relente*, Ed. Española, San Sebastián, 1942, pp. 131-133.

<sup>340</sup> Ino Bernard, *Mola. Mártir de España*, Ed. y Lib. Prieto, Granada, 1938.

<sup>341</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 303.

<sup>342</sup> ‘En la edad, los ideales y el entusiasmo, aquellos campesinos navarros se parecen, como dos gotas de agua, a los voluntarios carlistas de 1872.’ (José M<sup>a</sup> Jimeno Jurío, *Historia de Pamplona. Síntesis de una evolución*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1974, p. 301).

el Conde de Rodezno<sup>343</sup> y el propio Franco<sup>344</sup>, entre otros muchos, han subrayado la continuidad entre el “Alzamiento” y las guerras carlistas.

Si hemos de creer los testimonios ofrecidos por la literatura y la prensa contemporáneas, el paralelismo no queda en una mera ocurrencia propagandística sino que se extiende por toda la sociedad navarra. Arako refiere cómo un veterano carlista de 1870, que “guardaba como reliquia”<sup>345</sup> su boina de voluntario, la entrega emocionado a un requeté de 1936. García Sanchiz destaca que muchos jóvenes se han dejado las patillas “à lo Zumalacárregui”<sup>346</sup>.

La Historia se repite. El pasado prefigurando el presente. El mismo “ayer es hoy”<sup>347</sup> de Campión que hemos visto regir la comprensión histórica de Altadill, Gúrpide, etc. Es preciso preguntarse de nuevo: ¿Pero es el pasado el que da la clave para entender el presente o el presente el que modela el pasado? Al menos en el estudio que hace Jaime del Burgo sobre *El Fracaso de Oroquieta*<sup>348</sup> ocurre claramente esto último. Como en 1936, vemos a toda Navarra alzada por la causa de Dios y de la patria; juntos a los que cantan jotas y a los que cantan “melancólicos zortzikos”<sup>349</sup>. La misma unanimidad, el mismo entusiasmo que en el futuro. “Montes y valles, ciudades y aldeas, bordas y caseríos, arrojaron a sus hombres útiles a la lucha que pregonaban clarines y atabales”<sup>350</sup>.

“Al correr de los años había de repetirse el espectáculo impresionante. En aquel amanecer del 19 de Julio de 1936 que pobló de ecos patrióticos todos los ámbitos de la tierra española.”<sup>351</sup>

En realidad es obvio que un espíritu mínimamente puntilloso podría encontrar más de una diferencia entre una y otra contiendas. Acaso la más importante consista en que en 1833 y 1872 los carlistas luchan por implantar un monarca. Los requetés de

---

<sup>343</sup> Tomás Domínguez Arévalo y Eladio Esparza, *Los Mártires de la Tradición*, Ed. Príncipe de Viana, Vitoria, 1938, p. 28.

<sup>344</sup> *Ibidem*, p. 19. El texto reproduce un decreto de Franco.

<sup>345</sup> Arako [pseudónimo de Cándido Testaut], *Dialogando*, ed. Leyre, Pamplona, 1947, p. 319.

<sup>346</sup> En F. García Sanchiz, *op. cit.*, *Navarra*, sin paginación.

<sup>347</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 160.

<sup>348</sup> Jaime del Burgo, *El Fracaso de Oroquieta. Navarra en el Alzamiento de 1872*, Ed. Siempre, Pamplona, 1951.

<sup>349</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>350</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>351</sup> *Ibidem*.



López Sanz y de del Burgo, en cambio, sólo luchan por Dios y por la Patria. Incluso los fueros, tan importantes en la propaganda carlista de la República, han quedado relegados a alguna invocación esporádica.

Aunque este interés por relacionar la “Cruzada” del 36 con las luchas del XIX tiene una indudable relevancia ideológica, es necesario destacar que las conexiones del “Alzamiento Nacional” no se han detenido ahí. 1936 es también una nueva Reconquista y en ella “Navarra fue la Covadonga del siglo XX”<sup>352</sup>. Jaime del Burgo, abundando en las similitudes entre la Guerra Civil y la lucha contra el Islam, escribe:

‘Sus hijos, guiados por la misma fe de sus mayores, sabrán iniciar la nueva Reconquista, descendiendo en alud irresistible de sus montañas milenarias, a impulsos de la misma emoción que alzarán el clamoreo airado de las huestes ribereñas.’<sup>353</sup>

Otras ocasiones 1936 es también un nuevo 1212. Por eso Baldomero Barón atribuye a los voluntarios de la Falange y el Requeté la “raza del rey don Sancho”<sup>354</sup>. Y Francisco López Sanz destaca cómo Navarra rompe una segunda vez “las cadenas con las que la república sectaria quiso esclavizar a España”<sup>355</sup>. No es casual, a este respecto, que los supuestos trofeos de las Navas de Tolosa figurasen en un lugar privilegiado en el desfile de la Victoria en Madrid<sup>356</sup>.

En tercer lugar, también la francesada ha servido como modelo a 1936. Así, para Rafael García Serrano, “del mismo modo que” los navarros del XIX ‘habían luchado juntos contra el invasor napoleónico, lucharon juntos sus nietos contra el invasor comunista’<sup>357</sup>.

---

<sup>352</sup> T. Toni, *op. cit.*, p. 20. También para Iribarren Navarra es la “hueva Covadonga” (M. Iribarren Paternáin, *Una perspectiva histórica.*, *op. cit.*, p. 16). Asimismo para López Sanz Navarra es “la Covadonga de esta reconquista” (cfr. Francisco López Sanz, *Navarra en la Cruzada. Episodios, Gestas, Lenguaje, Epístolas y Anecdótico*, Ed. Navarra, Pamplona, 1948, p. 26). Ya en 1934 Máximo Ortabe utiliza la expresión “Nueva Covadonga” en un poema recogido en M. Ortabe, *Jalones del Camino (versos)*, Iberia, Pamplona, 1948, p. 119.

<sup>353</sup> Jaime del Burgo, *¡Huracán! Novela*, Ed. Gómez, Pamplona, 1943, p. 100. Para del Burgo los carlistas del XIX se encuentran también ligados a los cruzados. Ellos, en efecto, “contuvieron el avance de la morisma liberal y republicana” (Jaime del Burgo, *Cruzados. Drama carlista en prosa y en verso*, Imp. La Acción Social, Pamplona, 1934, pp. 7-8).

<sup>354</sup> Baldomero Barón, *Romancero Popular Navarro*, III volumen, Imprenta de J. García, Pamplona 1937, p. 5.

<sup>355</sup> F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*, p. 12.

<sup>356</sup> Cfr. “Las cadenas de las Navas de Tolosa figurarán en la grandiosa fiesta de la Victoria que se va a celebrar en Madrid”, en *D. N.*, 10-V-1939.

<sup>357</sup> J. del Burgo, *España en paz. Navarra*, *op. cit.*, p. 8. Se trata del prólogo de García Serrano.

Las guerras de las que hemos tratado hasta el momento tenían unos protagonistas más o menos concretos: los vascones, Sancho el Fuerte, Espoz y Mina. En la literatura navarra la Guerra Civil cuenta con dos personajes estrechamente ligados: Mola y los voluntarios del Requeté que están a sus órdenes. A decir de Eladio Esparza, “Mola conoció el carácter de nuestro pueblo y se compenetró con él hasta convertirlo en base del levantamiento”<sup>358</sup>. Compenetración que llega en el caso de Bernard a la identificación más absoluta, de manera parecida a como ocurría con Sancho el Fuerte según el parecer de Arturo Campión.

“*Mola era Navarra, y Navarra fue Mola...*”<sup>359</sup>

El secretario de los pelayos navarros, Ramón Urrizalqui, lo llama ‘Padre de los Navarros’, ‘amigo de los navarros’ y ‘navarro auténtico’<sup>360</sup>. En la misma sintonía, Manuel Iribarren lo titula ‘caudillo de los navarros’<sup>361</sup>. Es curioso anotar que el militar sólo pasó en la provincia apenas un año. Desde su puesto de comandante militar de Pamplona, Mola dirige el Alzamiento y consigue sumar en último extremo a los carlistas<sup>362</sup>, y con ellos a Navarra, a la sublevación.

Respecto a los voluntarios, Iribarren remarca que, sin desmerecer a soldados y falangistas, sin lugar a dudas “la representación genuina de Navarra es el requeté”<sup>363</sup>. Francisco López Sanz escribe un interesante anecdótico de sus vidas<sup>364</sup>, una especie de biografía múltiple entre el chascarrillo y la tragedia. Las historias contienen habitualmente el nombre, apellido y el lugar originario de sus protagonistas. ‘Francisco Labiano Uriarte’, ‘Juan Ignacio Montoya’, ‘Jesús Elizalde’, ‘Guillermo Azparren’<sup>365</sup>.

---

Por otro lado hay más casos, aunque menos frecuentes, de ‘guiños’ entre contiendas alejadas en el tiempo. Valgan dos muestras: Yzardiaga asemeja el Carrascal en el que Mina ataca a los franceses con Roncesvalles en su *Poema de Navarra*, *op. cit.*, pp. 15 y ss. Para Teófilo Ayuso, en segundo lugar, “los guerrilleros aragoneses vienen a ser hermanos, en línea recta, del echecho jauna de Altobiscar” (*Peregrinación Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona, 1939, p. 16).

<sup>358</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 128.

<sup>359</sup> I. Bernard, *op. cit.*, p. 205. Las cursivas son suyas. Más adelante insiste todavía más gráficamente: “*Mola: Navarra. Navarra: Mola*” (p. 206, cursivas suyas).

<sup>360</sup> Citado por Bernard, *op. cit.*, p. 244.

<sup>361</sup> M. Iribarren, *Una perspectiva histórica*, *op. cit.*, p. 38.

<sup>362</sup> A título de curiosidad, Joaquín Arrarás señala que entrado julio de 1936 Mola todavía no había llegado a un acuerdo con los carlistas. Cfr. Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República Española*, Ed. Nacional, Madrid, 1968, tomo IV, pp. 308-310.

<sup>363</sup> M. Iribarren, *Una perspectiva histórica*, *op. cit.*, p. 60.

<sup>364</sup> F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*

<sup>365</sup> *Ibidem*, pp. 65, 83, 108, 121.

Los héroes anónimos obtienen así el reconocimiento que sólo los grandes generales suelen tener. En 1954 buena parte de las calles del nuevo barrio pamplonés de la Chantrea reciben sus nombres de combatientes muertos en el frente: Joaquín Elberdin, Agustín Flamarique, Francisco Goñi, Crescendio Lecumberri, José Jimeno, etc.<sup>366</sup>.

Es evidente que la guerra de 1936 encaja precisamente con una concepción de Navarra propia de la trama del *ager*<sup>367</sup>. Navarra manda a sus hijos a luchar por España y por la religión católica contra los “españoles rusos”<sup>368</sup>, los “apóstoles del infierno soviético y protestante”<sup>369</sup>. No sólo es la primera en alzarse<sup>370</sup>, sino que el mérito de la victoria recae esencialmente sobre ella, como la victoria de las Navas le correspondía al Rey Fuerte. “Navarra salvó a España”<sup>371</sup>, dice Baldomero Barón en uno de sus poemas. También Julio Gúrpide remarcará más adelante que “Navarra decidió el triunfo en favor de la Cruzada Nacional”<sup>372</sup>. Según aparece en *Diario de Navarra*, “Navarra será el principio salvador de la civilización cristiana. No sólo de España. De toda Europa”<sup>373</sup>. Francisco López Sanz va todavía más lejos: “Navarra salvará a España y España salvará al mundo.”<sup>374</sup>. Sin duda es éste el “milagro de Navarra”<sup>375</sup>. La pequeña provincia se convierte un día en el asombro del mundo, como Shakespeare había anunciado<sup>376</sup>. Resulta comprensible que el Ayuntamiento de Salamanca solicite “un puñado de tierra navarra en la que tantos héroes nacieron”<sup>377</sup>. La pondrán en una hornacina y será “custodiada con toda veneración, como reliquia o atributo sagrado”<sup>378</sup>. ¿Un halago desmesurado? Tal vez, pero también un detalle que revela la importancia de la participación navarra en la Cruzada. “Nunca ha realizado Navarra esfuerzo de

---

<sup>366</sup> Cfr. José J. Arazuri, *Pamplona, calles y barrios*, Gráficas Castuera, Pamplona, 1979-1980, tres tomos.

<sup>367</sup> A este respecto es ilustradora la lectura del artículo de Juan P. Esteban, “Navarra Española”, publicado en *D. N.*, 10-X-1936. Desde Sancho el Mayor a 1936 toda la historia de Navarra es leída como contribución a la causa de España.

<sup>368</sup> B. Barón, *Romancero*, *op. cit.*, p. 3.

<sup>369</sup> *Ibidem*, p. 39.

<sup>370</sup> *Ibidem*, p. 2, p. 7.

<sup>371</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>372</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 136.

<sup>373</sup> Adrián de Loyarte, “¡Oh, tu Navarra, en emoción de grandeza!”. en *D. N.*, 4-X-1936, p. 6.

<sup>374</sup> F. López-Sanz, *Relente*, *op. cit.*, p. 95.

<sup>375</sup> J. del Burgo, *Requetés en Navarra*, *op. cit.*, p. 184.

<sup>376</sup> La conexión entre la cita de Shakespeare (que proviene de los *Trabajos de amor perdidos*) y la guerra de 1936 aparece en J. M. Iribarren, “Navarra Foral y española”, *op. cit.*, p. 176.

<sup>377</sup> Citado en F. López Sanz, *Relente*, *op. cit.*, p. 99.

<sup>378</sup> *Ibidem*, p. 99.

heroicidad y sacrificio, por la Religión y por España, tan desmesurado, tan sin medida ni tasa, como su esfuerzo de julio de 1936”<sup>379</sup>, ni siquiera en 1212 o en 1808, dice Eladio Esparza. ‘Navarra entregó sus hombres, sus víveres, sus signos, su oro, sus aperos, sus coches, su organización’<sup>380</sup>, en definitiva, todo.

A este respecto, nuestros autores destacan que, a diferencia de lo que ocurre en otros lugares, el Alzamiento tiene un carácter unánime en la provincia. Toda Navarra unida ‘se echa al campo ‘por Dios y por España’, y derrama sobre todos los frentes la riada, contagiosa de fe y valentía, de sus cuarenta mil voluntarios -juntos el amo y el criado, juntos el padre, el hijo y el abuelo-”<sup>381</sup>. ‘Navarra se alzó como un solo hombre’<sup>382</sup>, repite Baldomero Barón Rada. 142 hombres aptos para las armas hay en Huarte y 142 se presentan voluntarios<sup>383</sup>. Según refieren los libros, en nuestra provincia se produce el ‘milagro de las tres generaciones’<sup>384</sup>: el padre, el hijo y el abuelo se apuntan voluntarios para luchar contra la República<sup>385</sup>. ¿Qué es de los republicanos navarros, ese 21% de la población que votaba al Frente Popular? ¿Y de los nacionalistas, el 9’5%? Para Francisco López Sanz ambos se incorporan de corazón al Alzamiento. Y a propósito recoge el siguiente hecho ‘verídico’: un socialista de la Ribera se afilia al Requeté. Alguien le pregunta perplejo:

“-Pero ¿tú el terrible socialista de mi pueblo? -¡Yo! Ya sabes que ante todo somos navarros y que debajo de ese socialismo postizo [...] está el corazón que en estos momentos se acuerda que debe ser como fue el de su abuelo.”<sup>386</sup>

---

<sup>379</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 118.

<sup>380</sup> *Ibidem*.

<sup>381</sup> J. M. Iribarren, ‘Navarra Foral y Española’, *op. cit.*, pp. 175-176.

<sup>382</sup> B. Barón, *Romancero*, *op. cit.*, p. 127. Cfr. General Luis Redondo y Comandante Juan de Zavala, *El Requeté (La Tradición no muere)*, Ed. AhR, Barcelona, 1957, p. 416: “Toda Navarra estaba en pie. Abuelos, padres, hijos, mujeres,... Aquello fue un torrente inimaginable.”

<sup>383</sup> I. Bernard, *op. cit.*, p. 156.

<sup>384</sup> La expresión es de T. Ayuso, *Peregrinación navarra*, *op. cit.*, p. 16.

<sup>385</sup> Cfr. J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, Alfaguara, Madrid, 1970, p. 29; F. García Sanchiz, *Navarra*, *op. cit.* F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.* Merece la pena citar la supuesta anécdota que refiere este último libro. Un requeté es interrogado por su superior:

“- Si mueres, ¿a quién quieres que avise?

-A José María Errandonea, 65 años, Tercio de Montejurra, es mi padre.

-¿Y...si no está?

-A José María Errandonea, 15 años, Tercio de Montejurra, es mi hijo.”(p. 290).

<sup>386</sup> F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*, p. 44.

También Jaime del Burgo refiere casos de socialistas y nacionalistas que se incorporan voluntariamente al Requeté o la Falange para expiar su antigua militancia, en ocasiones con la muerte<sup>387</sup>.

A este respecto, la imagen de la plaza del Castillo el 19 de julio de 1936 a menudo aparece como la exacta expresión de la unanimidad del levantamiento antirrepublicano en Navarra. Escribe Manuel Iribarren:

‘Nada tan bellamente impresionante como el espectáculo de la plaza del Castillo en la mañana luminosa y azul del 19 de Julio de 1936. [...] el ¡Por Dios y por España! De aquellas horas vibraba en las calles y en las carreteras con agudos de clarín, como un eco de aquel remoto ¡Dios lo quiere!, que arrastró a los Cristianos españoles a la Cruzada de las Navas.’<sup>388</sup>

El falangista Rafael García Serrano da precisamente el título de *Plaza del Castillo*<sup>389</sup> a una de sus novelas sobre la guerra. Los voluntarios que allí forman ofrecen ‘una síntesis armoniosa de España’ y, por ende, de Navarra. El norte y el sur, la ‘raza rubia y primitiva de las montañas’ y ‘la raza indómita, ibérica y morena de la Ribera’<sup>390</sup>. Ahí está la ‘Esparta de Cristo’<sup>391</sup> que empuña sus fusiles por la salvación de la católica España.

El poema de Ernesto La Orden Miracle, ‘Retablo de la Navarra Laureada’<sup>392</sup>, reúne con dudoso gusto buena parte de los tópicos anteriores sobre la importancia y la significación del Alzamiento en Navarra. El príncipe Fernando el Santo convoca en el cielo su ‘Consejo de Estado’. Entre sus miembros se encuentran los Reyes Católicos, Felipe II, Carlos I, Sancho de Navarra, El Cid, Cisneros y Hernán Cortés. El príncipe informa que en España se lucha en una nueva cruzada:

‘[...] hay un caso extraordinario  
¡hay un pueblo todo entero

<sup>387</sup> J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil, op cit.*, p. 27 y pp. 66 y ss.

<sup>388</sup> M. Iribarren Paternáin, *Navarra, op. cit.*, pp. 305-306. Cfr. J. Jimeno Jurío, *Historia de Pamplona, op. cit.*, p. 301: ‘La Plaza del Castillo es la copa desbordada de boinas rojas, de Oriamendi, de vítores.’

<sup>389</sup> Rafael García Serrano, *Plaza del Castillo, op. cit.*

<sup>390</sup> *Ibidem*, p. 264.

<sup>391</sup> *Ibidem*.

<sup>392</sup> Ernesto La Orden Miracle, ‘Retablo de la Navarra Laureada’ *Príncipe de Viana*, n° 1, 1940.

que es mártir, héroe y soldado!”<sup>393</sup>

Se trata, claro está, de Navarra. El consejo decide unánimemente otorgarle la laureada. Entonces aparece el apóstol Santiago, flanqueado por Zumalacárregui y Mola. Les sigue un ejército de ángeles con boina roja, llevan las cadenas de las Navas y hondean la bandera de Navarra.

*“Tierra santa de Navarra,  
de tradición relicario,  
vivero de la fe en Cristo,  
manantial del amor patrio:  
porque en un siglo de olvidos  
del depósito sagrado  
de Dios y Patria, tú sola  
lo conservaste intacto.”*<sup>394</sup>

Navarra relicario de la tradición. El “arca sagrada de la Tradición gloriosa”<sup>395</sup>, dice López Sanz. La imagen interesa porque si Navarra puede llevar a cabo la salvación de España e incluso de todo el mundo es precisamente porque gracias a su proverbial rebeldía se ha mantenido aislada, limpia de los males que han ensuciado Occidente en general y España en particular en los dos últimos siglos. Todo *Navarra en la Cruzada*<sup>396</sup> de López Sanz gira en torno a esta idea. Es el “espíritu indomable de amor a la libertad”<sup>397</sup> que animaba a los vascones de Roncesvalles<sup>398</sup>, “el deseo constante de ‘echarse al monte’ con la carabina del abuelo”<sup>399</sup>, lo que produce el desbordamiento de 1936. “Navarra fue una isla [...] de espaldas a todo lo exótico”<sup>400</sup>. También para Ayuso “en los valles de Navarra, como en un pozo profundo, quedaron durante siglos

---

<sup>393</sup> *Ibidem*, p. 146.

<sup>394</sup> *Ibidem*, p. 149. Cursivas mías.

<sup>395</sup> F. López Sanz, *Relente*, *op. cit.*, p. 123, la expresión la toma de *El Noticiero* de Zaragoza.

<sup>396</sup> F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*

<sup>397</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>398</sup> Cfr. F. López Sanz, “Navarra lleva en su seno”, *op. cit.*, p. 121: “Navarra conservó intacto, sin malbaratarlo, antes bien acrecentarlo, el tesoro espiritual, el temple indomable, las virtudes indestructibles y el alma de la raza que le legaron aquellos fieros guerreros, los indómitos vascones que derrotaron y humillaron en Altobiskar a los mejores caballeros de Carlomagno”.

<sup>399</sup> F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>400</sup> *Ibidem*, pp. 28-29.

escondidas las cenizas de la auténtica tradición española.”<sup>401</sup>. La tradicional belicosidad de sus habitantes contra todo lo foráneo ha obrado el prodigio. Navarra, en efecto,

‘[...] *estuvo siempre en pie y en rebeldía* contra los hombres que quisieron falsear la historia, destruir nuestra fe, acabar con nuestra tradición, atrofiarnos de [sic] un *costumbrismo exótico* y grosero y de unas ideas *tan extranjeras como corruptoras*.”<sup>402</sup>

La fiereza, la voluntad de estar aislados, la desconfianza hacia lo foráneo, etc., han contribuido a mantener a Navarra pura para la Cruzada, a preservarla inmaculada para salvar a la decadente España. El *saltus* ha quedado subsumido por el *ager*. Astucias de la razón.

‘[...] en Navarra quedó embalsamado el espíritu de la España católica.”<sup>403</sup>.

‘Navarra, desde la implantación de la República, íbase convirtiendo en *región-isla*, y ya se la llamaba la Tierra Santa.”<sup>404</sup>

Al estudiar la batalla de las Navas de Tolosa pudimos observar cómo Navarra salvaba a España y a la Cristiandad entera a costa de un gran sacrificio. También este “milagro” de 1936 exige a Navarra una prodigalidad sin límites y un ofrecimiento costosísimo.

“¡Generosidad bendita,  
desprendimiento gallardo!”<sup>405</sup>,

exclama Baldomero Barón, y más adelante añade,

‘[Navarra] está dando el tesoro  
de su hacienda y de su sangre [...] por salvar a nuestra España”<sup>406</sup>

---

<sup>401</sup> Palabras recogidas en *Peregrinación navarra*, *op. cit.*, p.22.

<sup>402</sup> F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada*, *op. cit.*, p. 18. Las cursivas son mías.

<sup>403</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 116.

<sup>404</sup> *Ibidem*, p. 128. Las cursivas son mías.

<sup>405</sup> B. Barón, *Romancero*, *op. cit.*, p. 7.

También José M<sup>a</sup> Iribarren<sup>407</sup> y Francisco López Sanz insisten en el tópico de la “generosidad”<sup>408</sup> de los navarros en la Cruzada contra la “democracia maloliente”<sup>409</sup>. Se trata de “un pueblo que sin exigir nada y renunciando a todo, llevó a la guerra este elevado pensamiento: O salvarse con España, o perecer por España.”<sup>410</sup>. Un sacrificio tan elevado, tan oneroso que, como dice un requeté anónimo, “ni por España, sólo por Dios puede hacerse”<sup>411</sup>. Exactamente 4.286 muertos en los diversos frentes. Faltan por sumar los fusilados y asesinados en la retaguardia, así como a los navarros que perecieron combatiendo por la República.

1212, 1808, 1936. Tres “momentos cumbres” que Julio Gúrpide pone como ejemplo del “desinterés” con que Navarra “se ha entregado por España”<sup>412</sup>. En 1212 el sacrificio sólo produjo para Navarra unos pocos castillos y sus cadenas. En la Francesada, Fernando VII trata como un perro al guerrillero de Navarra Mina y comienzan los ataques al régimen foral. Para Jaime del Burgo, también en 1936 el triunfo obtenido “à costa de sacrificios inmensos”<sup>413</sup> apenas beneficia a la provincia:

“Triunfante el movimiento nacional, Navarra volvió a replegarse sobre sí misma, y el centralismo imperante le deparó no pocos sinsabores, que, justo es decirlo, fueron resueltos cuando en última instancia la Diputación acudía ante el jefe del estado. Pero no supo obtener ningún beneficio especial, ni participó de los grandes planes que favorecieron otras regiones españolas.”<sup>414</sup>

No habrá en 1939 un Olóriz que cuestione la participación de Navarra en esta gran batalla del *ager* o que acuse a los castellanos de cobardía ante el enemigo. El régimen surgido de la propia guerra coarta la dialéctica entre *saltus* y *ager*. Campión, el

---

<sup>406</sup> *Ibidem*, p. 104. Corchete mío.

<sup>407</sup> Cfr. José M<sup>a</sup> Iribarren, *Con el general Mola, op. cit.* La presencia del tópico es constante. Este libro es la primera biografía de Mola, del que Iribarren fue secretario. Sería censurada ese mismo año. Iribarren publicó una segunda versión que contó ya con el beneplácito oficial: *Mola. Datos para una biografía y una historia del Alzamiento Nacional*, Talleres Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1938.

<sup>408</sup> F. López Sanz, *Navarra en la Cruzada, op. cit.*, p. 12.

<sup>409</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>410</sup> *Ibidem*, pp. 12-13.

<sup>411</sup> *Ibidem*, p. 309.

<sup>412</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral, op cit.*, p. 50.

<sup>413</sup> J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 627.

<sup>414</sup> *Ibidem*, pp. 627-628.



último de los euskaros, muere en 1937. Los navarristas se incorporan al franquismo y los nacionalistas se ven obligados al exilio o el silencio. Pese a todo, algunos elementos propios del *salvus*, como la ingratitud por el sacrificio de Navarra o el mantenimiento de la pureza interna, aparecerán, como hemos visto, en los relatos que la literatura local ofrezca de la guerra de 1936.

## Capítulo 6

### De la lengua, los bosques y las leyes.

En el capítulo primero llamábamos la atención acerca de la omnipresencia de los antepasados en la cultura navarra. Ellos habitaban la ruina, ellos habían dado a los navarros actuales en herencia sus monumentos, las leyes, el idioma, los apellidos, los topónimos. Velaban por la suerte del país y se revolvían en el interior de sus tumbas cuando se los olvidaba. Siguiendo esta temática, aunque de un modo tangencial, el capítulo segundo nos mostraba la cultura local como una gran búsqueda de testimonios, como una vasta rememoración -aunque ficticia- de aquellos que pasaron. La misión principal del historiador patriota consiste en redimir del olvido los nombres de los ancestros, exhumar piadosamente sus pertenencias y sus vidas.

Es preciso ahora dirigir de nuevo nuestra atención hacia los signos de los antepasados, a la herencia que dejaron para sus descendientes. Como dice Herder<sup>1</sup>, en el presente conviven innumerables tiempos, infinidad de pasados que están presentes a través de las cosas que en ellos fueron creadas. Podemos hablar así de “pasados-presentes”, de fragmentos del ayer que han perdurado hasta hoy como referentes de lo que fue y como testimonio de su relativa permanencia, como signos de que su tiempo no ha pasado definitivamente. Simmel ha llamado a la ruina “la forma actual de la vida pretérita, la forma presente del pasado, no por sus contenidos o residuos, sino como tal pasado”<sup>2</sup>. Esta apreciación podría aplicarse a los pasados-presentes de los que vamos a ocuparnos aquí: el vascuence, los bosques, los fueros, las casas, la Diputación. No es la única coincidencia entre ellos y los restos monumentales. Muchos de los pasados-presentes también se encuentran en un estado ruinoso y también son objeto de tentativas de restauración. Con todo, no pueden asimilarse sin más a la categoría de unos monumentos de orden simbólico, análogos a los físicos. El papel que desempeñan en la cultura navarra, como veremos a continuación, es mucho más rico y, por eso mismo, más polémico.

Las páginas siguientes nos permitirán profundizar en su consideración. En primer lugar se abordarán los relatos en torno a la lengua vasca. Sucesivamente pasaremos al análisis del tópico de las montañas y los bosques, por un lado, y los fueros,

---

<sup>1</sup> Citado por R. Koselleck, *op. cit.*, p. 14.

<sup>2</sup> Georg Simmel, ‘Las ruinas’ en *Revista de Occidente*, nº 76, 1986, p. 116.

por otro. La homotimia que se observará entre estos términos pondrá en evidencia la razón de reunirlos dentro de un mismo capítulo. Las últimas páginas se dedicarán al estudio de dos pasados-presentes menos poderosos o habituales que los anteriores: la Diputación navarra y las casas tradicionales. Naturalmente, en lo que atañe al caso de Diputación, su menor presencia literaria no contradice su relevancia política ‘efectiva’.

### **Eco de prehistoria.**

En buena medida, los relatos sobre el origen se confunden con las especulaciones en torno al vascuence. La lengua es el testimonio de una colectividad que casi carece de ellos, el criterio que define la existencia de un pueblo sin historia común ni rasgos etnográficos precisos. Saber de dónde provienen los vascones es saber el origen de su idioma.

Sin perder de vista esta conexión se hace preciso añadir que, como las hipótesis ‘científicas’ no agotaban los relatos de los orígenes, los relatos en torno al euskera tampoco se liquidan con las indagaciones sobre su procedencia. Es estas páginas daremos por zanjadas -o, mejor dicho, por insolubles- tales teorías para centrarnos en el significado ideológico del idioma en Navarra.

Antonio Tovar<sup>3</sup> ha llamado la atención sobre el hecho de que desde muy tempranamente la literatura producida sobre la lengua vasca haya tenido un carácter apologético. Desde el siglo XVI, y en especial durante todo el XVIII y el XIX, abundan las defensas de la excelencia y antigüedad del vascuence. Esta literatura reaccionaba contra aquellos historiadores que, como Mariana<sup>4</sup>, Mayans, Armesto<sup>5</sup> y Traggia<sup>6</sup>, habían cuestionado la propiedad o abolengo del vasco. A este respecto, los escritos de autores

---

<sup>3</sup> Antonio Tovar, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca. Historia de los estudios sobre ella*, Alianza, Madrid, 1980, p. 12.

<sup>4</sup> P. Mariana, *Historia general de España*, Imp. y Lib. de G. Roig, Madrid, 1852, tomo I, p. 10. “Sólo los vizcaínos conservan hasta hoy su lenguaje grosero y bárbaro, y que no recibe elegancia, y es muy diferente de los demás y el más antiguo de España [...]”

<sup>5</sup> Para conocer las ideas de Mayans, Armesto y Larramendi cfr. A. Tovar, *Mitología e ideología*, *op. cit.* Aunque menos completo es interesante el libro de Jon Juaristi, *Euskeraren ideologiak. Etorkiak*, Kriselu, Donostia, 1976.

<sup>6</sup> J. Traggia, voz “Navarra”, en *Diccionario Geográfico-histórico de España*, *op. cit.*, p. 165. Traggia parece atribuir al euskera un origen relativamente reciente y muy curioso. “Así en el siglo XII debió comenzar a tener forma y consistencia la lengua empezada a introducir a mediados del siglo VII para figurar independencia del extranjero”. Campión atribuye a Traggia una frase similar que no hemos podido localizar y cuya existencia nos parece dudosa. Según Campión, Traggia afirma que el euskera es “un mosaico de lenguas bárbaras, introducido probablemente a mediados del siglo VIII por los bascongados, para figurar total independencia del extranjero” (A. Campión, *Gramática*, *op. cit.*, p. 15). En realidad, Traggia no era el vascófobo que pinta, y así reconoció que la lengua vasca, ‘lejos de ser bárbara, informe y sin artificio, no cede en cultura, riqueza, energía y suavidad a ninguna de las conocidas’ (J. Traggia, *op. cit.*, p. 151).

como Larramendi<sup>7</sup> y Astarloa son célebres por su exaltación vascófila. La *Apología de la lengua bascongada*<sup>8</sup> de este último, por ejemplo, refiere el largo periplo del autor a la búsqueda de la lengua perfecta. Este afán le llevó al estudio del latín, griego, hebreo, español, francés, holandés, sueco, chino, árabe, aymara, quechua, bretón, irlandés, polaco, ruso, y un larguísimo etcétera. Por fin ha llegado a la conclusión de que el idioma perfecto que buscaba se encontraba en su propio país, en el euskera. Ninguna lengua destaca como ella por la ‘propiedad’, ‘economía’ y ‘eufonía’ de su gramática y voces. Las raíces de sus palabras tienen ‘un significado prescrito y delineado por la misma naturaleza’<sup>9</sup>. Ello probaba que el vascuence era una lengua primitiva, originaria, y que las hipótesis de Traggia eran absolutamente infundadas.

Al hacer balance en 1918 del estado contemporáneo de los estudios relativos al vascuence, Julio de Urquijo señalaba que, a pesar de la labor de científicos como Luis Luciano Bonaparte o Van Eys, la -en su opinión- negativa influencia de las teorías de Astarloa continuaba siendo perceptible en el país<sup>10</sup>. A nuestro modo de ver esa influencia, tanto en lo que respecta a Astarloa como a Larramendi, Erro, etc., aunque verosímil, es sólo limitada. De hecho, el núcleo de sus teorías parece haber sido abandonado hacia el comienzo de nuestro período de estudio<sup>11</sup>. La glorificación de la

---

<sup>7</sup> Manuel de Larramendi, *Diccionario trilingüe castellano, vascuence y latín*, Pío Zuazua ed., San Sebastián, 1853. La edición original es de 1744.

<sup>8</sup> Pablo Pedro de Astarloa, *Apología de la lengua bascongada o ensayo crítico filosófico de su perfección y antigüedad sobre todas las cosas que se conocen: en respuesta a los reparos propuestos en el Diccionario Geográfico Histórico de España, tomo segundo, palabra Nabarra*, Gerónimo Ortega, Madrid, 1803. Nos remitimos a la obra de Tovar, *Mitología e ideología*, op. cit., para más informaciones sobre Astarloa. Mención aparte merece su sucesor Juan Bautista de Erro y Azpiroz y su famoso *El mundo primitivo o examen filosófico de la Antigüedad y Cultura de la nación bascongada* (Imprenta que fue de Fuentenebro, Madrid, 1815), en donde afirma que el euskera fue la lengua de Adán y Eva.

<sup>9</sup> P. P. Astarloa, op. cit., p. IX.

<sup>10</sup> Julio de Urquijo e Ibarra, *Estado actual de los estudios relativos a la lengua vasca. Discurso pronunciado en el Congreso de Oñate el 3 de septiembre de 1918*, Imp. y Lib. de Eléxpuru Hermanos, Bilbao, 1918, p. 22. (El texto puede servir también como panorámica de las diversas teorías en torno al origen del euskera). Cabe recordar que la obra de Astarloa mereció el interés crítico de Humboldt. El recuerdo del filólogo vizcaíno se encuentra hoy vinculado con algunas de las etimologías más excéntricas y divertidas del vascuence. También es famoso por su teorías del valor de las letras en el euskera, que al parecer tomó del celtómano Davies. Fruto más o menos directo de esa teoría es la costumbre actual de feminizar los nombres en euskera con una ‘b’, supuestamente femenina, (Josune, Agurtzane, Iñake, Ohiane, etc.). Cfr. Luis María Mujika, *Historia de la literatura euskérica*, Haranburu ed., San Sebastián, 1979, p. 281. Según el autor, Sabino Arana sirvió de puente a la teoría de Astarloa. En torno a la influencia de Davies y de otros celtómanos como La Tour d’ Auvergne y Pezron en la filología vasca de los siglos XVIII y primera mitad del XIX, se puede ver la obra arriba citada de J. Urquijo.

<sup>11</sup> Para asegurar esto sería preciso proceder a un estudio sistemático de las hipótesis sobre el origen de la lengua que manejan los euskaros, como colectivo y como individuos. Dada la temprana publicación de la *Gramática* de Campión, citada por Urquijo como uno de los hitos del estudio científico de la lengua, podemos suponer que ya para entonces se había producido en los círculos intelectuales un fuerte distanciamiento respecto a las tesis de los filólogos del XVIII. Con todo, no hemos advertido una crítica directa -tampoco, a decir verdad, demasiadas referencias que muestren un conocimiento de sus obras-. Un hito importante es la burla que hace Sabino Arana del tubalismo. Cfr. ‘El Baskuence en toda el África’, en Arana ta Goiri tar Sabin, *Obras Completas*, Sendoa, Donostia, 1980. Por lo demás cabe apuntar cómo el propio Tovar se refiere al último tramo del XIX con el nombre de “desmitologización” (*Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, op. cit., p. 179).

lengua continúa pero ésta deja de centrarse en temas como su supuesto origen adánico o tubálico o el préstamo que ha realizado a otras lenguas. A este respecto, en la medida en que -como acabamos de afirmar- la lengua se encuentra estrechamente ligada a los orígenes, la suerte de éstos en el último tercio del XIX, a caballo entre los diversos paradigmas (genesíacos, antropométricos, etc.), afecta directamente a los discursos sobre el vascuence. Por lo demás, ni Astarloa ni Larramendi parecen haber sido demasiado conocidos por los literatos navarros. En realidad, hay más referencias a las críticas de Mariana y Traggia que a aquéllos. La continuidad entre Astarloa y los *euskalzales* del XX, como veremos, se cifra más en unos recursos literarios que en unas hipótesis.

El estilo de algunos de los textos más importantes en torno al euskera, en efecto, tiene un indudable “aire de familia retórico” con los escritos de Astarloa y Larramendi. Incluso Campión, cuya *Gramática*<sup>12</sup> es reputada por Urquijo como uno de los hitos de la investigación científica de la lengua vasca, sostiene en repetidas ocasiones la excelencia filosófica y conceptual del euskera. Así, al comienzo de esta obra insiste en la arquitectura metódica y sin apenas excepciones del vascuence. Se trata, escribe, de una lengua “dulce, elocuente, flexible, filosófica y rica”<sup>13</sup>. Más adelante, y frente a “la copiosa claridad del euskara”, Campión destaca “la confusa pobreza del castellano”<sup>14</sup>. Sólo en apariencia, añade, los vascos carecen de una cultura superior: su propio idioma es una maravillosa expresión del intelecto humano, pues en él:

‘El pensamiento humano domina sin límites; es señor; es rey, es autócrata de las palabras; éstas, a modo de ductísima cera, reciben todos los sellos, se asiste al portentoso avatar de los vocablos por la fuerza infinita de la idea.’<sup>15</sup>

La sola idea de que el vascuence fuera superior al culto castellano debía resultar excéntrica a la mayor parte de sus lectores. La lengua de Cervantes podía presumir de una copiosa literatura, de joyas como *El Quijote* y *El Buscón*. La filosofía, la ciencia, la teología, todo podía expresarse a través del idioma castellano. El vascuence, por contra,

---

<sup>12</sup> A. Campión, *Gramática de los cuatro dialectos literarios*, op. cit.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 47.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 48.

carecía casi de literatura y ésta apenas era conocida. Campión no puede dejar de reconocerlo. Pero en sí mismo, insiste, el euskara es mucho más perfecto que su vecino:

‘El idioma castellano brilla con los ricos timbres de su literatura, pero en cuanto a su organismo lingüístico el baskuenze es infinitamente más original, interesante, rico y perfecto.’<sup>16</sup>

En una cultura de tópicos como la navarra las ocurrencias de Campión son comunes a otros autores. El euskaro radical Hermilio de Olóriz califica al vasco de ‘lenguaje puro, lógico, numeroso y rico por demás en formas y poesía’<sup>17</sup>. También Victoriano Huici<sup>18</sup> alaba su dulzura, riqueza y condición filosófica. Incluso el navarrista Gúrpide llama a la lengua vasca ‘hermosa’, ‘sublime’, ‘sonora y eufónica’<sup>19</sup>.

Formalmente las causas de la reivindicación del vasco no son siempre estrictamente étnicas. Es decir, no se trata solamente de que sea el lenguaje de la tribu. Uno de los motivos más frecuentes por los que se exalta el euskera es porque en él, se afirma, no existe el sacrilegio. Así, Juan Iturralde destaca que en su léxico, a diferencia de otros idiomas más cultos, ‘no tiene nombre la horrenda blasfemia y la obscenidad inmunda de los pueblos modernos’<sup>20</sup>. Escribe otro tanto Luis Goñi Urrutia en las columnas del *Diario de Navarra*:

‘La lengua de los vascos es una lengua hermosa, limpia y pura. Con esa lengua alabaron a Dios nuestros antepasados, y esa honrada lengua no se ha manchado hasta la fecha con la horrible blasfemia.’<sup>21</sup>

Por extraño que parezca, no es éste un motivo periférico ni baladí. De hecho, para algunos autores navarristas parece constituir la principal razón para defender la

---

<sup>16</sup> A. Campión, *Euskariana. Décima serie, op. cit.*, p. 61.

<sup>17</sup> H. de Olóriz, *Resumen, op. cit.*, p. 7.

<sup>18</sup> V. Huici, *op. cit.*, p. VI.

<sup>19</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 84. Similarmente, a comienzos de la Guerra civil, el *Diario de Navarra* la calificaba de “*ederra, zuzen eta garbiye*” (hermosa, recta y limpia). Cfr. “Euskeraz”, en *D. N.*, 20-IX-1936, p. 1.

<sup>20</sup> J. Iturralde y Suit, *Obras, vol. 1, op. cit.*, pp. 28-29.

<sup>21</sup> L. Goñi, *op. cit.* Consecuente, Campión llama al castellano ‘vehículo de groserías, obscenidades y blasfemias’ (A. Campión, *Discursos políticos, op. cit.*, p. 154). Astarloa escribe ya a principios del XIX: ‘Es nuestro Bascuence [...] un libro abierto de la moral, un Código que con los más vivos signos distingue lo vicioso de lo honesto, lo pecaminoso de lo inocente.’ (P. P. Astarloa, *op. cit.*, p. XI).

subsistencia de la vieja lengua pirenaica. Unos años antes que Goñi Urrutia, el dirigente conservador Eduardo Sanz y Escartín afirmaba en un multitudinario mitin contra la blasfemia que tuvo lugar en Pamplona en 1912:

“La blasfemia, la palabra vil, no son de nuestra tierra: son forasteras. En ese nobilísimo idioma tantas veces secular, fuerte como el hierro de nuestras montañas y dulce como el aura primaveral en nuestros fragantes pomares y verdes praderas, en el idioma baskuenze que, por desgracia va desapareciendo de nuestro suelo, pero que responde tanto al carácter de nuestra raza, no pueden proferirse ciertas palabras.”<sup>22</sup>

De manera habitual el euskera aparece estrechamente vinculado, tanto entre euskaros como entre nacionalistas y navarristas, a los primeros tiempos y los antepasados míticos. En palabras de Miguel Inchaurrendó<sup>23</sup> y Aranzadi es ‘la lengua que hablaron nuestros padres’<sup>24</sup>. O, como se afirma en el *Diario de Navarra* en 1936, “gure gurasoen izkuntze”<sup>25</sup>. El euskera es, en efecto, constantemente reputado como un monumento antiquísimo, “eco de prehistoria”<sup>26</sup>; “testigo presencial de las vicisitudes de los siglos”<sup>27</sup>. Pero aunque la inmensa mayoría de los autores locales coincidan en la antigüedad del venerable idioma, la datación concreta de su existencia ofrece mayores diferencias. Inchaurrendó, siguiendo probablemente una cronología bíblica, la cifra en cuatro mil años de vida<sup>28</sup>. Lafon lo adelanta al último tramo del neolítico, hacia el 2000 a. de C. Bernardo Estornés<sup>29</sup>, por contra, lo retrotrae hasta el paleolítico. El desacuerdo, en realidad, no es demasiado importante y se refiere solamente a la concepción que cada autor posee de la prehistoria. De hecho, son pocos los autores que se aventuran a dar fechas. Lo verdaderamente crucial no son aquéllas sino la constatación de la larguísima

---

<sup>22</sup> Palabras recogidas en “Mitin contra la blasfemia”, en *D. N.*, 11-VI-1912. También para Miguel de Inchaurrendó el euskera es una lengua pura que no admite la blasfemia. Cfr. M. de Inchaurrendó, *Método Práctico del Euskera*, Lib. de J. Aramendía, Pamplona, 1928, p. XVIII: “[...] nuestra lengua sí que ha sido y es vehículo de la verdad, de las sanas lecturas y de las buenas costumbres, limpia y pura de palabras soeces y de injurias contra Dios”.

<sup>23</sup> M. de Inchaurrendó, *Método Práctico del Euskera*, op. cit., p. VI. En p. V: “la lengua de mis padres”.

<sup>24</sup> E. de Aranzadi, *Reconstitución del Pueblo euskaldún*, op. cit., p. 9.

<sup>25</sup> “Euskeraz”, *D. N.*, 20-IX-1936, p. 1. Tr.: la lengua de nuestros padres.

<sup>26</sup> E. Esparza, “Bibliografía. Le pays basque à vol d’oiseau”, en *Euskalerraren alde*, tomo XVI, 1926, p. 394.

<sup>27</sup> E. Aranzadi, *Reconstitución del Pueblo euskaldún*, op. cit., p. 5.

<sup>28</sup> M. de Inchaurrendó, *Método Práctico del Euskera*, op. cit., p. VII.

<sup>29</sup> Bernardo Estornés Lasa, *Sobre historia y orígenes de la lengua vasca*, Ed. Auñamendi, San Sebastián, 1967, p. 275.

antigüedad de la lengua, tan remota que la datación se hace en sí misma confusa. En virtud de esa antigüedad singular es “bráculu de eterna consulta”<sup>30</sup>. A través de ella, se afirma, es posible revertir el tiempo, conocer las edades primigenias. Esta pretensión no es un producto exclusivo del chauvinismo local. En palabras del vallisoletano Antonio Tovar, el vasco es un “idioma que nos introduce directamente en la prehistoria de España y de todo Occidente”<sup>31</sup>. Carlos Clavería, con visible satisfacción, cita al eminente y “extranjero” Ramón Menéndez Pidal:

“No hay documento más venerable que este documento vivo, esta lengua conservada sobre vuestro territorio, desde época incalculable, quién sabe si anterior al clima y al período geológico actual. Ella, en sus multiseculares sedimentos, nos ofrece restos preciosos para ilustrar los más oscuros problemas de nuestra historia.”<sup>32</sup>

Otro tanto hace José Antonio Larrambere en *Pregón*, revista vinculada al navarrismo, esta vez acudiendo al catedrático catalán Luis Pericot:

“[...] si queremos trasladarnos un instante a la Edad de Piedra, no tenemos más que cerrar los ojos y escuchar la conversación de dos pastores vascos hablando en su idioma [...]”<sup>33</sup>

Y de su propia cosecha añade:

“Las más pretéritas edades, la nebulosa prehistoria, pueden ser exploradas por los sabios merced *al único vestigio que se ha mantenido incólume a través de milenios: el idioma vascongado.*”<sup>34</sup>

El vascuence conecta a las generaciones actuales con los orígenes míticos, establece una comunión espiritual entre los primeros padres y sus descendientes que

---

<sup>30</sup> E. Aranzadi, *Reconstitución del Pueblo euskaldún*, op. cit., p. 5.

<sup>31</sup> Antonio Tovar, *La lengua vasca*, Biblioteca vascongada de los amigos del País, San Sebastián, 1950, p. 50. Del mismo autor, *El euskera y sus parientes*, Minotauro, Madrid, 1959, p. 15: “El emparentamiento del vasco con los dialectos que desde hace siglos lo rodean [...] es innegable”.

<sup>32</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, op. cit., p. 16. Se refiere a una conferencia dada en Bilbao en 1927.

<sup>33</sup> José A. Larrambere, “Plan definitivo para la conservación en Navarra del idioma vascongado”, en *Pregón*, nº 51, 1957.

<sup>34</sup> *Ibidem*. Cursivas nuestras.



fundamenta la constitución de un sujeto colectivo transhistórico. Para muchos autores sin él, sin su función de vínculo y aglutinador<sup>35</sup>, esa comunidad milenaria quedaría disuelta, dejando a los navarros del presente como vagabundos en la historia, sin norte ni credenciales.

“¿Toleraremos nosotros, hijos legítimos de aquellos antiguos vascones [...] ese inmenso baldón de aparecer en el juicio Universal de la Historia como un pueblo distinto de ellos; como un pueblo que no puede invocar las gestas de sus antepasados; pueblo sin nombre porque, el que lleva, no le pertenece en justicia; pueblo sin padre, huérfano desgraciado..., porque, llevando su misma sangre, no nos podremos entender con ellos, que los hijos no aprendimos la lengua de nuestros padres?”<sup>36</sup>

En Occidente lo viejo posee una profunda ambigüedad, situándose entre lo apreciable y lo despreciado. Esa ambivalencia se revela con claridad en la categoría de lo primitivo. En ocasiones, el pasado remoto es un tiempo fuerte, en el sentido expresado por Elíade, una fuente de identidad y rango. Otras veces lo primitivo denota tosquedad y torpeza. A causa de ello permanecer “incólume”, como decía Larrambere, puede connotar, además de un halago, un reproche de estancamiento. Quienes insisten en el carácter prehistórico del vascuence pueden estar de hecho lanzando veladamente una acusación contra sus capacidades expresivas. Ya Hovelacque<sup>37</sup> y Vinson habían afirmado, provocando la airada respuesta de Campión, que el vascuence, como otras lenguas primitivas, carecía de capacidad para formular conceptos abstractos, lo que era “un indicio de un estado mental poco adelantado”<sup>38</sup>. Varios *euskalzales* eminentes han temido que en el fondo fuera cierto que la venerada herencia no fuese susceptible de modernización, que estuviese genéticamente anticuada. Así, Antonio Tovar advierte cómo “hay algo que impide que el vasco se convierta en una lengua escrita como otra cualquiera”<sup>39</sup>. ¿De qué se trata? “Su primitivismo es sin duda el gran inconveniente”<sup>40</sup>.

---

<sup>35</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, op. cit., p. 16: el euskera es “el aglutinante de nuestra personalidad histórica y étnica.”

<sup>36</sup> Miguel Inchaurredo Arriarán, *La Iglesia y el euskera. Obligación de hablar al pueblo en su lengua nativa y de cultivarla*, Imp. Federación, Pamplona, 1926, p. 45.

<sup>37</sup> Sus opiniones sobre el vascuence pueden verse en A. Hovelacque, op. cit., pp. 148-167. No obstante parece admitir, de acuerdo con Broca, que el vasco es “*la plus ancienne langue de l’Europe*” (*Ibidem*, p. 152).

<sup>38</sup> A. Campión, *Euskariana. Décima serie*, op. cit., p. 131.

<sup>39</sup> A. Tovar, *La lengua vasca*, op. cit., p. 20.

Por ello, aunque defensor del viejo idioma, rechaza los intentos de algunos para ‘hacer del vasco una jerga neologista apta para lo que es ajeno a su genio’<sup>41</sup>.

Que la reiteración continua del carácter primitivo del euskera podía pasar a constituir un argumento en contra de su viabilidad es algo que Juan Iturralde y Suit había advertido tempranamente. Cuando funda la Asociación Euskara en 1876, relata su amigo Campión, procura evitar que se convierta en una ‘lengua hierática’ que haga a Vasconia ‘impenetrable a toda idea nueva’<sup>42</sup>. El pueblo más viejo de Europa podría convertirse en un museo viviente, o lo que es peor, en una reserva etnológica. Esta aprensión guía las cautelosas matizaciones de Florencio Ansoleaga y Telesforo Aranzadi a su propia tesis de que el euskera fue hablado por quienes construyeron los dólmenes que exploran:

‘No hay motivo ninguno para creer que no se hablase vascuence en el Aralar de aquella época y *por otra parte el vascuence no es una lengua fósil, que sólo esto podría querer decir el llamarle de la edad de piedra, sino que ha vivido con las sucesivas civilizaciones. Tampoco es admisible que haya sido siempre una lengua aislada y encerrada dentro de los límites de la Vasconia.*’<sup>43</sup>

Pero, como hemos podido ver gracias a la cita de Pericot, no solamente el euskera es un idioma milenariamente longevo, con orígenes en la prehistoria. En realidad toda lengua podría remontarse hasta los primeros tiempos. El castellano, por ejemplo, se deriva del latín y éste a su vez del indoeuropeo. El caso del vascuence, se insiste a menudo, es de naturaleza diferente. No es un mero descendiente lejano de un idioma antiguo poco conocido, sino que ha permanecido substancialmente inmutable a lo largo del tiempo, conservándose tal y como pudo escucharse en esas edades remotas. Como escribe a este respecto Bernardo Estornés, el euskera ‘ha permanecido [...] casi inmutable en su carácter y aún en cuanto al detalle de sus formas’<sup>44</sup>.

Claro está que no todos nuestros escritores comparten esta idea. El propio Campión admite que el vascuence ha debido cambiar mucho con el paso del tiempo<sup>45</sup>.

---

<sup>40</sup> *Ibidem.*

<sup>41</sup> *Ibidem.*

<sup>42</sup> A. Campión, ‘Prólogo’, en J. Iturralde y Suit, *Obras*, vol. 1, *op. cit.*, p. LXI

<sup>43</sup> F. Ansoleaga y T. Aranzadi, *op. cit.*, p. 64. *Cursivas mías.*

<sup>44</sup> B. Estornés, *Sobre historia y orígenes*, *op. cit.*, p. 14.

<sup>45</sup> A. Campión, *Euskariana. Duodécima serie*, *op. cit.*, p. 17.

Incluso Estornés se refiere a la existencia de un idioma vasquitano, que habría funcionado como un latín de la prehistoria, y del que surge el vascuence moderno. Pero aunque se reconozca que forzosamente ha evolucionado a lo largo de su larguísima historia, permanece vigente la teoría de que el euskera conserva registrados en algún lugar de su “organismo” un pasado prehistórico. Esta cualidad lo erige en un instrumento privilegiado de la dudosa ciencia de la paleolingüística<sup>46</sup>. A través de sus palabras más básicas, de sus etimologías, se dice, es posible “escudriñar los misterios de la antigüedad española”<sup>47</sup>.

Esta última idea se encuentra vinculada con el problema de la antigüedad del euskera. Hemos visto repetir que es una lengua prehistórica. ¿Qué pruebas hay de ello? En realidad pocas, al menos durante la mayor parte de nuestro período de estudio. Una vez cuestionada la identidad entre el vascuence y el ibero, los documentos fehacientes más antiguos se remontan a la Edad media<sup>48</sup>. Los nombres propios de algunas estelas, etc., pueden concederle cerca de otro milenio de antigüedad. No mucho más. Con esto no estamos sugiriendo que la teoría de Traggia fuera correcta, sino que la afirmación que hoy resulta irrefutable se asienta durante largo tiempo en datos precarios. A causa de ello las pruebas de la antigüedad del vasco precisan buscarse no fuera de la lengua, en unos documentos escritos, sino *en su interior*<sup>49</sup>. Desde el canónigo Inchauspe se ha venido repitiendo la presencia de la raíz “*aitz*” en los instrumentos cortantes como una evidencia del carácter prehistórico del euskera. Nos hemos referido ya a esta teoría, así como a las dudas que autores modernos han expresado al respecto. Pero, aún siendo condescendientes y dándola por válida, hay que admitir que es una prueba demasiado breve, demasiado escueta para sustentar todo el peso de la antigüedad del idioma. Podría ocurrir, por ejemplo, que los vascos hubieran tomado estas palabras de otro pueblo desconocido. Arturo Campión tomará sobre sí la tarea de ampliar la discreta demostración, de extenderla a otras raíces y construir con ellas un retrato de la cultura vasca anterior a la venida de los indoeuropeos. Pacientemente descubre, indagando en el interior del vascuence, qué metales conocían, con qué animales contaban, qué

---

<sup>46</sup> En torno al discutido estatuto de la Paleolingüística cfr. el artículo “Linguistic Paleontology”, en *The Encyclopedia of Language and Linguistics*, Pergamon Press, Oxford, 1994.

<sup>47</sup> Miguel de Inchaurren, *Método Práctico del Euskera*, op. cit., p. VIII.

<sup>48</sup> En concreto las palabras más antiguas escritas en euskara figuran en las Glosas emilianenses (siglos X-XI).

<sup>49</sup> Cfr. con la opinión de Astarloa: “nuestra lengua es una historia verdadera y completa de sí misma; en ella se hallan dibujados con el mayor primor la descendencia, las costumbres, las ciencias, las artes, la religión de nuestros primeros abuelos” (citado por Tovar, *Mitología e ideología*, op. cit., p. 126).

conocimientos filosóficos poseían, cuáles eran sus nociones del tiempo y de la naturaleza, etc.<sup>50</sup>. Tras estos esfuerzos puede concluir que los antepasados,

‘[...] supieron dar nombre a las principales ideas psicológicas y morales, y que en esta materia sólo les faltó la cultura literaria que hubiese logrado desarrollar un completo vocabulario filosófico, con elementos nativos, tan perfecto o más que el de las naciones europeas.’<sup>51</sup>

Cada hallazgo en esta dirección tiene la virtud de servir al mismo tiempo como testimonio de la antigüedad de los vascos y como indicio de su desarrollo intelectual. Para comprender el calado de la empresa llevada a cabo por Campión es necesario dedicar algunas líneas a explicar su pensamiento lingüístico<sup>52</sup>.

El autor de las *Euskarianas* mantiene que tanto las razas como los idiomas se encuentran jerarquizados entre sí. Las lenguas son signo del desarrollo alcanzado por aquéllas que las hablan, y así ‘las lenguas de las razas más inferiores no contienen palabras que indiquen idea alguna abstracta y genérica’<sup>53</sup>. En este sentido declara que ‘el léxico de un pueblo es su inventario’<sup>54</sup>.

‘Ese inventario atesora lo que el pueblo sabe, siente y quiere: los afectos de su alma, las luces de su inteligencia, la naturaleza de su ‘yo’.’<sup>55</sup>

Para el polígrafo pamplonés, razas y lenguas luchan entre sí por su supervivencia. Las razas y lenguas fuertes se caracterizan por su autosuficiencia, mientras que las débiles precisan importar “mercancías” del exterior para salir adelante. A la larga esa política de préstamos les lleva a desaparecer. En este contexto, la pureza del léxico se convierte en el criterio para medir la vitalidad de cada pueblo:

---

<sup>50</sup> A. Campión, *Euskariana. Décima serie, op. cit.*

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 401.

<sup>52</sup> Como podrá advertirse a continuación, la filosofía del lenguaje de Campión tiene varios puntos en común con la lingüística romántica de finales del XVIII y principios del XIX. Es notorio que Campión conocía la obra de W. von Humboldt, J. Grimm y J. G. Herder.

<sup>53</sup> A. Campión, *Gramática, op. cit.*, p. 11.

<sup>54</sup> A. Campión, *Euskariana. Décima serie, op. cit.*, p. 71.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 109. En su *Gramática, (op. cit., p. 12)*, esta afirmación se extiende a todo el idioma: ‘el lenguaje de un pueblo puede considerarse como el inventario de los conocimientos que posee’.

‘Las lenguas, lo mismo que los individuos, nacen, se desarrollan y mueren con arreglo a leyes naturales, y con esto dicho está, inmutables. Cuando una raza determinada, por causa bien sea externa, bien interna decae, decae asimismo su lenguaje; si otras razas han llevado más lejos que ella la cultura, la raza estacionaria se ve obligada a tomar prestada una ración de vocablos, que desde luego revelan su origen exótico; si en el combate por la existencia ha sido vencida, o si las llamadas fatalidades históricas la han colocado al lado de otras más numerosas, y por consiguiente más fuertes, que de todas partes la cercan y la estrechan, la raza subyugada o acorralada pierde su idioma propio, o éste sufre la gran influencia de los idiomas dominantes, alterándose y corrompiéndose.’<sup>56</sup>

Sin embargo, Campión tenía que ser forzosamente consciente de que la lengua objeto de su admiración, el vascuence, contenía numerosas palabras tomadas del latín, el castellano y el francés. Con una aplicación rígida de su teoría del léxico como inventario cabría deducir que se trataba de una lengua inferior -y, por tanto, propia de una raza inferior-, que conforme con las leyes naturales debía desaparecer. Sin embargo, y visiblemente incomodado por las premisas que se ha dado, Campión matiza su teoría añadiendo la necesidad de distinguir entre el léxico y la gramática <sup>57</sup>. Ésta, continúa, es independiente de aquél, de forma que la infectación de un vocabulario exógeno representa sólo una “enfermedad de la piel”<sup>58</sup> que no llega a afectar al corazón del idioma. Además, añade, la pobreza del léxico vasco es sólo un problema coyuntural y no estructural, es decir, se trata de algo remediable.

A continuación, Campión desecha explícitamente la conclusión latente de que, con arreglo a su teoría “darwinista” de lenguas y razas, el euskara desaparezca por ley de vida, sin que quepa hacer nada en su favor. Porque en efecto, subraya, si la lengua pirenaica muere es “no por causas **naturales** sino por causas **políticas**”<sup>59</sup>.

En definitiva, Campión no puede ser reputado como un precedente del etnopluralismo o el derecho a la diferencia. Su pensamiento presenta un claro fondo racista, algo que, indudablemente, dificultaba su propia defensa del euskara.

Aclarados estos extremos, volvamos al hilo de nuestra argumentación.

---

<sup>56</sup> A. Campión, *Gramática*, op. cit., p. 12.

<sup>57</sup> A. Campión, *Euskariana. Décima serie*, op. cit., p. 132.

<sup>58</sup> A. Campión, *De las lenguas*, op. cit., p. 29.

<sup>59</sup> A. Campión, *Gramática*, op. cit., p. 26. Negritas suyas.

El vascuence, decíamos, aparece como un instrumento de investigación inapreciable que, como dice Aranzadi, permitirá a los sabios “descorrer el velo que nos oculta los días genesíacos y las edades prehistóricas y abrir los tiempos que separan tiempos de tiempos”<sup>60</sup>. Pese a ello es importante matizar que, para nuestros escritores, el euskera no es simplemente un sujeto de laboratorio, una mera curiosidad filológica, por muy valiosa que ésta sea. La antigüedad conservada en su interior no interesa solamente a los hombres de ciencia. Ellos no son al fin y al cabo el verdadero destinatario de su *memoria*, de su “prehistoria cifrada”, sino los vascohablantes. A través de su idioma, con un mínimo esfuerzo filológico, éstos pueden escuchar mensajes milenarios. Valgan como muestra los “recuerdos” de la invención del chistu o de la sidra en la obra de Estornés Lasa<sup>61</sup>. Según afirma los euskaldunas “han ido transmitiendo, generación tras generación”<sup>62</sup> informaciones del paleolítico a través de la lengua vasca.

A consecuencia de esta vinculación ancestral e íntima con la memoria de la raza la posibilidad de que el euskera devenga exclusivamente en un objeto de estudio filológico, una especie de cadáver diseccionado fríamente en las facultades, es algo que aterra. Arturo Campión advierte en su *Gramática*:

“[...] el euskara es algo, *mucho más que un instrumento de investigaciones científicas*; es la lengua de nuestros padres [...]. es un testimonio vivo y fehaciente de la jamás domada independencia nacional; y es elemento que tiende a diferenciarnos, a dotarnos de fisonomía propia, y por lo tanto, a crear obstáculos a nuestra completa asimilación, desde hace tanto tiempo perseguida y puesta en práctica por tan arteros medios. Por eso dije yo [...]: ‘cada palabra euskara que se pierde, se lleva un pedazo del alma nacional.’”<sup>63</sup>

Efectivamente el euskera es “mucho más” que un instrumento de investigación. Él es la *garantía* del ser vasco, la *nota deficitaria* de la raza. Para Victoriano Huici es lo que ha hecho al pueblo vasco tal y como es: dócil, respetuoso con Dios, “sumiso”, “obediente”, “sobrio” y “parco”<sup>64</sup>. La influencia de la lengua llega hasta tal punto que con sólo oír los nombres extranjeros de otras divinidades el vasconavarro “se

---

<sup>60</sup> E. Aranzadi, *Reconstitución del Pueblo euskaldún*, op. cit., p. 19.

<sup>61</sup> B. Estornés, *Orígenes de los vascos*, tomo cuarto, op. cit.

<sup>62</sup> B. Estornés, *Sobre historia y orígenes*, op. cit., p. 273.

<sup>63</sup> A. Campión, *Gramática*, op. cit., p. 14. Cursivas mías.

<sup>64</sup> V. Huici, op. cit., p. VI.

escandaliza [...] y se estremece con todo su ser, cual piadosa doncella que se impresiona con la sola voz del varón, teme sus pisadas y tiembla al contemplarlo en sus facciones”<sup>65</sup>. Esa es la razón por la que el autor y, según afirma, también la Diputación local desean *extender* su conocimiento a las zonas *erdaldunes* de la provincia<sup>66</sup>.

La idea de que una lengua produzca por sí sola individuos píos y obedientes puede resultarnos tan excéntrica como la de que carezca de facultades para la blasfemia. No obstante goza de un gran predicamento. El Barón de Bigüézal, por ejemplo, apunta al vascuence como “base de una moralidad por tantos envidiada”<sup>67</sup>. Arturo Campión va un poco más allá al vincular la propia fonética del euskera con el carácter religioso y trabajador de los vascos:

*“Si los sonidos de un idioma, como otros elementos fisiológicos, pueden servir de indicaciones del carácter moral de un pueblo, diré que, a mi juicio, los de la euskara revelan perfectamente el temperamento de la gente baska, que de ordinario vive tranquila y reposada entre labores, rezos, cariños y canciones, pero que sabe, cuando alguien la hostiga o ataca, trocar peñascos en máquinas de guerra y arados en espadas.”*<sup>68</sup>

Pero la lengua no es una simple expresión del temperamento colectivo, al menos para nuestro autor. A su modo de ver, “la conexión reinante entre un pueblo y su idioma” es “tan íntima, tan profunda, tan completa [...] que sin exageración ha podido decirse: ‘*Cambiar de lengua es cambiar de alma*’”<sup>69</sup>.

En consecuencia, es del todo lógico que los habitantes de aquellas zonas donde el vascuence desaparece troquen radicalmente su carácter, dejando de ser aquellos seres dóciles y angélicos que Victoriano Huici retrataba.

“Es un hecho que allí donde desaparece la lengua éuskara, por lo general, las costumbres se vuelven ásperas, desabridas, violentas; las pasiones se

---

<sup>65</sup> *Ibidem*.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. VII.

<sup>67</sup> “Memoria leída en el Batzarre de julio de 1880”, en *Revista Euskara*, 1880, p. 213.

<sup>68</sup> A. Campión, *Gramática*, *op. cit.*, p. 56. Cursivas mías.

<sup>69</sup> A. Campión, “El idioma y la libertad de los pueblos” en A. Campión, *Obras Completas*, *op. cit.*, tomo XV, p. 219. Cursivas mías.

desordenan, los instintos se desatan, los hábitos se pervierten. [...] *La facultad del respeto se oblitera; el antagonismo social surge.*”<sup>70</sup>

No se puede asegurar que la principal razón por la que nuestros autores defienden el vascuence sea la de esta supuesta capacidad para conseguir individuos obedientes y poco conflictivos, pero es notorio que la imagen de una masa vascohablante pía y sumisa se ofrece continuamente a los ojos de las autoridades y los poderosos, como una razón por sí sola suficiente para promocionar el euskera.

Ciñéndonos a su papel como nota distintiva de la vasquidad y del temperamento nativo, es pertinente citar al religioso nacionalista Evangelista de Ibero. Según dice en su *Ami vasco*:

“[...] la lengua es como el alma de una raza, manifestación primera y esencial de su manera de ser, ejecutoria de su nobleza, testimonio irrecusable de su origen, principal elemento diferenciador, prenda segura de su existencia.”<sup>71</sup>

La definición alcanza un éxito notable entre los círculos *abertzales*, hasta el punto de pasar a formar parte del catecismo nacionalista<sup>72</sup>. “Ejecutoria de su nobleza” y “testimonio de su origen”. Las expresiones interesan más allá de su apariencia pomposa y exclusivamente retórica. En la búsqueda de testimonios, que hemos visto se llevaba a cabo en la cultura navarra, el euskera aparece frecuentemente como la credencial que permite salir de los atolladeros a los que conduce la investigación histórica. “La lengua baskongada, por sí sola, demuestra la libertad de estas montañas y excusa fantasear batallas”<sup>73</sup>, dice Campión. Cuando examina los orígenes de los vasconavarros y se confiesa perplejo ante la multitud de definiciones contradictorias de la cultura y el tipo

---

<sup>70</sup> V. Huici, *op. cit.*, p. 220. Cursivas mías.

<sup>71</sup> Fr. Evangelista de Ibero, *Ami vasco, op. cit.*, p. 22.

<sup>72</sup> Aparece repetida, sin citar la procedencia, entre otros lugares en el manifiesto programático “Jaungoikoa eta Legezarrá” de *Napartarra*, 8-V-1911, p. 1. También en la declaración “Al pueblo vasco” de *Amayur*, 23-V-1931, p. 1. Merece la pena subrayar que su opinión es análoga a la de uno de los más destacados escritores navarristas, Raimundo García “Garcilaso”. “Navarra tiene, además, un idioma superior por su antigüedad venerable a todos. Navarra tiene, por consiguiente, el más poderoso y definitivo de todos los elementos diferenciadores” (G, “Película regional”, en *D. N.*, 8-X-1911).

<sup>73</sup> A. Campión, *Euskariana. Décima serie, op. cit.*, p. 71. Cfr. H. de Olóriz, *La cuestión foral, op. cit.*, p. 190: es una lengua “que *de modo evidente publica* la antigüedad e independencia de nuestro pueblo” (cursivas mías). H. Sarasa, *op. cit.*, pp. 211-212: “La conservación de este idioma antiquísimo a través de tantos siglos, *es una prueba inequívoca* de la independencia de los Vascones en todas las edades.” (Cursivas mías).



físico vasco, la lengua, *deus ex machina*, resuelve si no el problema de sus orígenes sí el problema de su existencia.

‘El baskuenze es, sin duda, la nota más profunda, cualificativa y patente de la personalidad vasca. *La oriundez de otros caracteres puede disputársele a los Baskos; la del idioma, no.*’<sup>74</sup>

El idioma pirenaico resulta ser el testimonio irrecusable de la realidad de los vascos, la piedra filosofal que permite definir su existencia como sujeto histórico y antropológico en un mar de confusas divisiones étnicas. Bien es cierto que no todos los que Campión tiene por vascos han hablado el vascuence en los últimos siglos. Hay vascos sin euskara, y cada día más. No obstante, la definición se salva con una breve cláusula que pone de relieve una vez más la sistemática subordinación del presente al pasado en la mentalidad del polígrafo navarro:

‘Yo llamo Baskos al grupo humano que *habló o habla* como lengua propia, patrimonial, el euskara o euskera, o sea sin haberle recibido, ya formada, de otro grupo étnico extraño. *La divisa fundamental, inconfundible e insustituible* de los Baskos es el baskuenze.’<sup>75</sup>

Puesto que el euskera es la expresión más característica del alma nativa, la forma primigenia de su manera de ser, es natural que su conservación entrañe por sí sola la de su personalidad y sus virtudes. Ésta es la idea que cruza el ‘Programa’ de la Asociación Euskara en 1878:

‘Si el pueblo euskaro, cuya raza, cuyo genio particular, cuyas costumbres son tan esencialmente distintas de las de los otros pueblos, ha podido conservar su personalidad y se ha mantenido con su genuino carácter y sus varoniles virtudes a través de los siglos, *es indudablemente porque supo guardar*, como en depósito sagrado, *esa antiquísima lengua vascongada*, que eminencias del saber

---

<sup>74</sup> A. Campión, *Euskariana. Octava serie, op. cit.*, pp. 3-4. Cursivas mías.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 4. Cursivas mías. Campión, como muchos otros autores, ha insistido en la navaridad del euskera. Un tropo frecuente en esta dirección es la cita a Sancho VI que, al parecer, se refirió al vasco como “*Lingua Navarrorum*”.

estudian con afán en toda Europa, y sería vergonzoso que lo que extraños se esfuerzan en sostener, y respetuosos enardecen, dejáramos nosotros olvidar.”<sup>76</sup>

Que la conservación de la lengua entrañe la pervivencia de las costumbres definitorias significa que actúa como su protectora. En efecto, dice Victoriano Huici, ella es “el mejor baluarte de nuestras venerandas tradiciones y fueros”<sup>77</sup>. El nacionalista Estornés coincide con él años más tarde al señalar al idioma como “el baluarte más fuerte de las sencillas costumbres de esta tierra.”<sup>78</sup>.

Como en muchos otros lugares, el navarrista Víctor Pradera destaca en el panegírico de la lengua vasca por su tono escéptico y desmitificador. El vascuence, señala, no es un elemento tan importante de la personalidad local como se asegura. Prueba de ello es que en ninguna de las “cuatro Provincias Vascongadas”<sup>79</sup> ha tenido nunca carácter oficial. La preocupación por su existencia es estrictamente moderna y, con ello queda dicho, artificial. Tampoco puede afirmarse que el castellano dañe “nuestro genio regional”<sup>80</sup>, que actúe como un agente corruptor, porque no es una lengua extraña a Vasconia. Desde Sancho el Fuerte los documentos oficiales navarros se han escrito en romance castellano. En toda Vasconia los textos más importantes, los fueros, que verdaderamente recogen el espíritu nativo, están dados en este idioma. Entonces,

“¿Por qué, si nuestros padres vivieron muy contentos con la oficialidad de la lengua castellana, vais a exigiros que en pleno siglo XX traigamos como cuestión difícil para España la imposición de la lengua vascongada?”<sup>81</sup>

Esta relativización de la importancia del euskera, sin embargo, es ella misma sólo relativa. En realidad Pradera reconoce que la lengua es algo más que “un vulgar

---

<sup>76</sup> “Programa”, en *Revista Euskara*, 1878, p. 4.

<sup>77</sup> V. Huici, *op. cit.*, p. VIII.

<sup>78</sup> B. Estornés, *Erronkari, op. cit.*, p. 81

<sup>79</sup> V. Pradera, “La pasión por Vasconia”, en V. Pradera, *Obra completa, op. cit.*, p. 325.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 326.

<sup>81</sup> *Ibidem*. Hay que advertir que Pradera no estaba, pese a las apariencias, en contra de la cooficialidad del euskera y que envió una memoria a Primo de Rivera pidiendo su instauración. Cfr. “En la tradición está la estructura nacional”, en *O. C.*, *op. cit.*, pp. 373-388.

instrumento de comunicación”<sup>82</sup>. Según señala, el idioma es “el medio de expresión del alma colectiva de un pueblo”<sup>83</sup>.

Exceptuando a Pradera -en este punto llamativamente cercano a Unamuno-, para la mayoría de los autores que nos ocupan la suerte de la raza está ligada al futuro de la lengua. Para Estanislao de Aranzadi, por ejemplo, la “reconstitución del pueblo euskaldún”, la vida del “pueblo más antiguo de la tierra”<sup>84</sup> viene dada imperativamente a través de la recuperación de su lengua. Sin ella Vasconia habrá dejado de ser y la profecía de Reclús (los vascos son un pueblo que se va<sup>85</sup>) se habrá cumplido. Otro tanto piensa Miguel de Inchaurren:

“Un pueblo, sin casas, no existe; ni un manzanal, sin manzanas. Tampoco existirá ya Vasconia el día que hayan muerto *sus hijos verdaderos*, los vascos que hablan euskera”<sup>86</sup>

Es esencial remarcar que, para este último autor, esta sentencia no representa una simple figura literaria. A la muerte del vascoense, subraya, le seguirán inmediatamente la muerte de las leyes vascas, de los fueros, de las costumbres patriarcales, de la música y, en definitiva, de la propia raza<sup>87</sup>. Sabido esto, si los vascos no hacen nada para evitar la desaparición de “nuestra lengua, la lengua de nuestros padres”<sup>88</sup> la historia les reputará por un “pueblo suicida”<sup>89</sup>. El desamor al vascoense se equipara al parricidio porque, como otro religioso, Blas Alegría, recuerda, él es *Gure ama*<sup>90</sup>, nuestra madre.

---

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 321.

<sup>83</sup> *Ibidem*.

<sup>84</sup> E. de Aranzadi, *Reconstitución*, *op. cit.*, p. 46. Todo el párrafo con el que termina su conferencia presenta cierto interés. Aranzadi parafrasea la conocida arenga de Napoleón I: “Euskaldunas: Desde las cumbres de Altobizkar, Aizkorri y el Gorbea cien generaciones nos contemplan; llevamos sobre nuestras cabezas el peso de los siglos y las tradiciones del pueblo más antiguo de la tierra. Este pueblo, al que debemos honor y vida, perece, y su vida está en nuestras manos. Cumplamos con nuestro deber.”

<sup>85</sup> Eliseo Reclus, “Los vascos. Un pueblo que se va”, en *R. I. E. V.*, tomo XX, 1929.

<sup>86</sup> M. de Inchaurren, *Método Práctico del Euskera*, *op. cit.*, p. X. *Cursivas mías*.

<sup>87</sup> *Ibidem*.

<sup>88</sup> M. de Inchaurren, *La Iglesia y el euskera*, *op. cit.*, p. 46.

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>90</sup> B. Alegría, *op. cit.* También para Claudio Otaegui el idioma es la madre de los pueblos. Por eso exclama “*Gure ama gaberik ez gintezke bizi*”. Tr.: “Sin nuestra madre no podemos vivir”. (C. Otaegui, en *Revista Euskara*, 1883, p. 296).

En la medida que, tal y como hemos visto afirman tantos autores, el pueblo vasconavarro es un pueblo peculiar y diferente a todos que ha mantenido invariable sus rasgos característicos, es evidente que también su idioma, como signo que es de su existencia, detente estas mismas características. A este respecto son especialmente indicativas las principales conclusiones a las que arriba Bernardo Estornés en su estudio sobre los orígenes del idioma<sup>91</sup>. Éste, tras examinar una multitud de teorías e hipótesis en torno al tema, finaliza:

*“Lo real y positivo es la unanimidad en presentar a la lengua vasca, mientras no se pruebe lo contrario, como lengua única y sin filiación directa a ningún grupo lingüístico.”*<sup>92</sup>

El parentesco disuelve toda identidad, vuelve difusas las fronteras entre lo propio y lo extraño, establece lazos que prolongan lo propio en el terreno de lo extraño y lo ajeno en el reino de lo familiar. Los límites de las islas, por el contrario, son perfectamente definibles y, por el mismo motivo, su caracterización no ofrece el más mínimo resquicio a la duda. El fracaso de la ciencia para dar con los familiares del euskara es celebrado con evidente satisfacción por los “directamente afectados”. Señala la tercera conclusión del trabajo de Estornés:

*“Se le ha comparado con la mayoría de las lenguas del mundo con resultados casi totalmente negativos. Las afinidades señaladas son todas dudosas y de poca consistencia.”*<sup>93</sup>

Poco más adelante se cierra formalmente el círculo, supuesto en realidad desde el comienzo: a la excepcionalidad de la lengua se corresponde la asombrosa excepcionalidad de la raza. Singular coincidencia. Los sabios se encuentran nuevamente maravillados por la originalidad sin parangón del pueblo pirenaico.

*“Es importante señalar que la posición del EUSKERA en el cuadro general de las lenguas es idéntica a la posición de la RAZA VASCA en las tablas de Streng*

---

<sup>91</sup> B. Estornés, *Sobre historia y orígenes de la lengua vasca*, op. cit.

<sup>92</sup> *Ibidem*, p. 268. Cursivas mías.

<sup>93</sup> *Ibidem*, p. 269.

y, por otra parte, ya son varios los especialistas sorprendidos de que a la originalidad de la fórmula racial en el cuadro de la *Raciología* se corresponda la no menos originalidad de la fórmula euskérica en el cuadro de la *Lingüística*.<sup>94</sup>

No podía dejar de coincidir en la tesis de la soledad radical del euskara Fray Evangelista de Ibero. Sin necesidad de recurrir a tantas investigaciones como Estornés, arriba a conclusiones muy similares algunas décadas antes:

‘La lengua vasca difiere *radicalmente* de todas las demás lenguas.’<sup>95</sup>

Esa diferencia, añade, es testimonio irrevocable de la pureza racial de los vascos. Como Campión, argumenta que si éstos hubieran estado sometidos a otros pueblos, o simplemente si se hubieran mezclado amistosamente con los extraños, tales comercios hubieran quedado registrados en el idioma.

‘Más en ella no hay vestigios ni de latín, ni de francés, ni de español, ni de celta, ni de germano, ni de ninguna otra lengua europea.’<sup>96</sup>

Aunque la mayor parte de los autores da por supuesto el carácter singular del euskera algunas voces disonantes han hecho acto de presencia cuestionando el alcance de esta afirmación. Quedémonos con cinco testimonios suficientemente significativos. El primero del erudito vizcaíno Julio de Urquijo, quien ya en 1918 afirmaba que ‘el vascuence no es esencialmente diferente de otras lenguas’<sup>97</sup>. Entre los autores navarristas, Eladio Esparza puntualiza en 1943: ‘La lengua vasca debe ser apreciada como una lengua mixta’<sup>98</sup>. Los propios vascos son mestizos entre camíticos y caucásicos, ‘con un fondo autóctono de origen magdaleniense’<sup>99</sup>. En 1950 Antonio Tovar<sup>100</sup> coincide en señalar el carácter heterogéneo del vascuence. En cuarto lugar, las

---

<sup>94</sup> *Ibidem*, p. 275. Mayúsculas y cursivas suyas.

<sup>95</sup> Fr. E. de Ibero, *Ami vasco*, *op. cit.*, p. 4. Cursivas suyas.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>97</sup> J. de Urquijo, *Estado actual de los estudios relativos a la lengua vasca*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>98</sup> Eladio Esparza, ‘Nuevas investigaciones sobre la lengua vasca’, en *Príncipe de Viana*, n° 11, 1943, p. 234.

<sup>99</sup> *Ibidem*, p. 134.

<sup>100</sup> A. Tovar, *La lengua vasca*, *op. cit.*, p. 33. Otro tanto se deduce del libro de Julio Caro Baroja, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1945.

opiniones expresadas por Ramón Menéndez Pidal en su ‘Introducción al estudio de la lingüística vasca’<sup>101</sup> poseen un especial interés.

De entrada, Menéndez Pidal niega la conexión entre alma colectiva y lenguaje. A lo sumo, dice, el idioma ofrece la síntesis del desenvolvimiento histórico de ese alma, amén de ser un ‘reflejo del desarrollo intelectual del pueblo que lo habla’<sup>102</sup>. En segundo lugar, el léxico vasco parece haber estado desde antiguo muy influido por el latín. La ‘contaminación’, por tanto, no se puede situar en los tiempos modernos. En este sentido, Menéndez Pidal constata irónicamente cómo ‘se advierte en los lexicógrafos vascos cierto sentimiento de pesar al ver su lengua llena de términos exóticos’<sup>103</sup>. La gran tesis de Pidal, sin duda provocadora respecto a las ideas habituales, es que ese ‘mestizaje’ no sólo no amenaza la pervivencia del genio vasco, sino que de hecho es el secreto que ha permitido a los vascones sobrevivir a lo largo del tiempo:

‘[...] si los vascones conservaron enérgicamente su personalidad aborígen, esto pudo hacerse solamente a costa de tomar a manos llenas el latinismo porque *el no hacerlo [...] les hubiera costado quedar en la barbarie.*’<sup>104</sup>

Por último, el navarrista Jaime del Burgo ha llevado a cabo una de las más completas desmitificaciones del euskera de la cultura navarra. De entrada, del Burgo niega que las lenguas sean un ‘atributo, no ya de nación, sino de raza’<sup>105</sup>. El vascuence actual, continúa, tiene sin duda un origen milenario, pero no cabe identificarlo con el idioma de los vascones. Por otro lado, se encuentra fragmentado desde la antigüedad en múltiples dialectos, difícilmente comprensibles entre sí. Esto es irrefutable, ‘pese a los esfuerzos de moldear un vascuence de laboratorio’<sup>106</sup>. Todavía mayor interés tiene la reivindicación por parte de nuestro autor del romance navarro como ‘lengua autóctona’<sup>107</sup>. Ésta, subraya, ‘brotó del propio pueblo navarro y no es de ningún modo

---

<sup>101</sup> Ramón Menéndez Pidal, ‘Introducción al estudio de la lingüística vasca’, *En torno a la lengua vasca*, Espasa-Calpe argentina, Buenos Aires, 1962. El texto original es de 1918.

<sup>102</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>103</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>104</sup> *Ibidem*. Cursivas mías.

<sup>105</sup> J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 164.

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 169.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 173.

advenediza”<sup>108</sup>. Por último, concluye, no sólo Navarra ha sido tradicionalmente bilingüe sino incluso pentalingüe, pues en ella, “encrucijada cultural”, se hablaron el árabe, el hebreo y el provenzal.

Los mismos defensores de la pureza y singularidad del vascuence no han podido dejar de reconocer la -al menos en lo que se refiere al léxico- obvia influencia de las lenguas vecinas. El propio Ibero, que tan tajante se mostraba, reconoce la “corrupción” del vocabulario vasco. Como remedio a esta condición mestiza, que a todas luces contraría profundamente su insistencia en la pureza racial, Ibero y otros autores se han lanzado a la tarea de purificar el idioma. Son bien conocidas a este respecto las hazañas de la escuela aranista<sup>109</sup>. No obstante, interesa remarcar que el adversario de Arana, Campión, no se separa substancialmente de este afán por limpiar el euskara de vocablos exógenos. Así, en su ensayo sobre las lenguas como instrumento de investigación histórica, se lamenta:

“La propensión deplorable del baskuenze actual es la de llegar a se una especie de dialecto románico en tu: dantzatu, brinkatu, marchatu, paseatu, akordatu, y sobre todo, cual losa sepulcral, olvidatu.”<sup>110</sup>

Tanto Arana Goiri como Campión eran *euskaldunberris*, esto es, habían aprendido el vasco siendo adultos. Con la fe del converso ambos coinciden en la crítica, que no en las estrategias de limpieza, contra la “indudable corrupción del euskara común, infestado de vocablos extranjeros, sin ningún miramiento vertidos al caudal indígena”<sup>111</sup>. El autor navarro sabe que la contaminación no es nueva: Axular, el escritor más acreditado en euskara, emplea en 1643 términos como “*enganatu*”, “*balioso*”, “*akhabatu*”, “*pintatu*”<sup>112</sup>, etc. Detxepare, en 1545, escribe “*esperantza*”, “*salbatu*”, “*faltatu*”, “*ayuta*”, etc.<sup>113</sup>. Campión refiere cómo en su afán por restaurar la extensión del viejo idioma planea componer un método moderno de enseñanza. Sin

---

<sup>108</sup> *Ibidem*.

<sup>109</sup> Pueden verse algunas muestras de este purismo en los escritos del propio Arana: “Análisis filológico de un sermón euskérico”, “Vicios usuales del euskera bizkaino” y “Observaciones sobre las condiciones generales que debe reunir un diccionario de la lengua euskera”, todos ellos en sus *Obras Completas, op. cit.*

<sup>110</sup> A. Campión, *De las lenguas, op. cit.*, p. 28.

<sup>111</sup> A. Campión, “Don Fausto. Carta-prólogo”, en *Obras Completas, op. cit.*, tomo XV, p. 308.

<sup>112</sup> Pedro de Axular, *Gero*, Jakin, Oñati, 1976, pp. 237-38.

<sup>113</sup> Cfr. L. M. Mujika, *op. cit.*, pp. 81 y ss.

embargo se siente descorazonado por ‘la copiosa cantidad de palabras extrañas requerida por la contextura de los temas y diálogos en que esa enseñanza práctica estriba’<sup>114</sup>. ¿Qué hacer? ¿Dejar las cosas como están, manejando un vocabulario bastardo, lleno de erderismos, o bien “desterrar las palabras arcaicas” castellanizadas y traducir aquellos términos corruptos “acudiendo a las raíces de la lengua y aplicando severamente las reglas fonéticas y los elementos de derivación y de la composición”<sup>115</sup>? Parece inclinarse hacia la segunda alternativa. Pero en ese caso, añade preocupado, se corre el riesgo de que los vascohablantes no comprendan los neologismos<sup>116</sup>.

No se trata de un riesgo imaginario. Julio Urquijo se lamenta en 1918: ‘los escritos de algunos vizcaínos no los entendemos más que dos docenas de iniciados’<sup>117</sup>. También el escritor navarro Zubiri, en alusión a algunos escritos en vascuence culto, confiesa:

*“Buru-austek izan ditut zorbait aldiz idazki batean hitzaldi bat ezin arras ulertuz.”*<sup>118</sup>

No sólo el purismo no es patrimonio exclusivo de la escuela aranista. En realidad, junto al purismo del neologismo podemos encontrar en Navarra otro tipo de purismo: el del habla popular dialectal, el del habla del caserío y la aldea. La creencia de fondo en la existencia de un lenguaje incólume, de un habla más limpia, originaria y castiza, verdaderamente ligada a la personalidad del país y enfrentada al idioma moderno, degenerado y mestizo, es la misma en ambos casos. Una muestra interesante de este otro purismo es el libro editado por la Institución Príncipe de Viana en 1958 con el título de *Prosistas Navarros contemporáneos en lengua vasca*<sup>119</sup>. En el prólogo, Angel Irigaray alaba el “vascuence campesino” de aquellos ‘lugares apartados del País [...] donde se conserva menos adulterado’<sup>120</sup>. No le irritan los erderismos léxicos, sino

---

<sup>114</sup> A. Campión, ‘Don Fausto. Carta-prólogo’, *op. cit.*, p. 308.

<sup>115</sup> *Ibidem*.

<sup>116</sup> *Ibidem*.

<sup>117</sup> J. de Urquijo, *Estado actual de los estudios relativos a la lengua vasca*, *op. cit.*, p. 27.

<sup>118</sup> E. Zubiri, “Euskeraren Idazteak”, en E. Zubiri y P. F. Irigaray, *op. cit.*, pp. 93-94. Tr.: “Algunas veces he tenido quebraderos de cabeza sin poder entender por completo una charla en un escrito.”

<sup>119</sup> E. Zubiri y P. F. Irigaray, *op. cit.*

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 10.



la falta de casticismo de los giros y de la sintaxis<sup>121</sup>. Irigaray pone como ejemplo de vasco claro y popular los escritos de los seleccionados Zubiri y “*Larreko*”. Pero, paradójicamente, cree necesario añadir al final de cada uno de los textos un copioso vocabulario euskera-castellano que ayude a comprenderlo. Es el purismo del dialecto frente al purismo del *batua* literario. En torno a este punto, el citado Zubiri recomienda a quien quiera aprender un vasco limpio, ágil y pulcro (“*euskara garbi, trebe eta gurbil ikasi nahi duenak*”) acudir a los caseríos de la montaña<sup>122</sup>.

Cuántas marcas hacen del euskera una lengua aislada y limpia, una barrera contra todo lo exógeno, etc., lo remiten con claridad a la trama del *saltus*. La comunicación que establece con el pasado, comprendido como fuente de pureza, es inversa al aislamiento en el que deja felizmente sumidos a los vascohablantes. Los males del mundo moderno, males que amenazan con disolver la comunidad nativa, quedan conjurados merced a su labor de empalizada. Escribe el luzaidarra José María Iraburu:

“[...] es el vascuence *el más fuerte obstáculo y el valladar más infranqueable que guarda nuestro país, de las disolventes doctrinas modernas y de la impiedad del ambiente. Escudadas en él se conservan las piadosas costumbres de nuestra raza, pero quitadles su defensa, abrid brecha en su idioma, y veréis entrar por ella, sin medio alguno que ataje el mal, la prensa sectaria que matará la fe y los hábitos viciosos que envilecerán el alma.*”<sup>123</sup>

Como todas las lenguas, el euskera funciona como un instrumento de comunicación y de apertura. Pero como todas las lenguas, y por lo mismo que crea comunidad, establece un límite al flujo de información, al intercambio de ideas. En la misma medida que abre un mundo de relaciones, cierra el paso a cuanto se sitúa al otro lado de sus dominios. Para nuestro último autor, el exterior ha sido contaminado por el mal, encarnado en las ideologías de izquierda. Por ello añade: “Trabajar por el

---

<sup>121</sup> *Ibidem*.

<sup>122</sup> *Ibidem*, p. 94. En otro lugar del mismo libro (“*Zuberoko eskuara*”) reivindica de nuevo la belleza de los dialectos contra el euskera de impronta guipuzcoana, que se va imponiendo entre los *euskaldunberris*. Escribe a este respecto: “*Iruñarrak gipuzkoarra ikasten, nahiz erdia ere ez dugun ulertzen.*” (p. 104). Tr.: ‘El pamplonés aprendiendo guipuzcoano, aunque nosotros no le entendamos ni la mitad.’

<sup>123</sup> J. M. Luzaide [pseudónimo de J. M. Iraburu], *op. cit.*, p. 139. Cursivas mías.

vascunce [...] es cerrar la entrada de nuestros valles pirenaicos al socialismo y la anarquía”<sup>124</sup>.

A diferencia de Luzaide, que tan sólo *sitúa* el mal en el extranjero, Estanislao de Aranzadi, más tajante, concibe al euskera directamente como “valladar y frontera infranqueable”<sup>125</sup> a todo invasor, no sólo al socialista y al libertario. Constantemente el euskera, en efecto, es asociado a los lugares apartados, a las montañas de difícil acceso, a los caseríos aislados donde el Extranjero no llega. Así, para el navarrista Munárriz Urtasun es “el idioma de las escondidas montañas”<sup>126</sup>. Y para Campián “retrocede a las cumbres de las montañas para morir más cerca del cielo”<sup>127</sup>. Su aislamiento lingüístico está, por tanto, en sintonía con su aislamiento geográfico<sup>128</sup>. Esta circunstancia, que plausiblemente ha podido viciar la conservación del vascunce, colabora activamente con una lectura propia del *saltus Vasconum*.

Frente a ello, quienes como Menéndez Pidal, Esparza, Tovar y Urquijo han procurado una caracterización del euskera a partir de su carácter mixto o de su similitud con otras lenguas lo han acercado hacia la trama del *ager*. Cuando Menéndez Pidal, en concreto, se refería a la necesidad que tuvieron los vascones de “contaminarse” de los romanos, de abrir su lengua a las ideas de sus colonizadores, contrariaba claramente esa idea de pureza que predica el *saltus*. Algo similar sucede con quienes como Jaime del Burgo han destacado la fragmentación interna del vascunce y el plurilingüismo de Navarra. Las lecturas del *ager*, sin embargo, no parecen haber estado demasiado extendidas.

Es cierto que la mayor parte de los autores navarros citados hasta aquí son o bien euskaros o bien nacionalistas vascos. La razón de este predominio reside en que, al menos en comparación con la importancia que tiene el euskera entre éstos, se aprecia cierto desinterés por el tema entre los escritores navarristas. Su atención, como veremos próximamente, se ha centrado en el tema de los fueros. Esto puede explicar el poco éxito de una lectura del vascunce dentro del *ager* que subrayara su carácter mixto.

---

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 239.

<sup>125</sup> E. de Aranzadi, *Reconstitución del Pueblo euskaldún*, *op. cit.*, p. 27.

<sup>126</sup> T. C. Munárriz, *Miguel de Iturbide*, *op. cit.*, p. 69.

<sup>127</sup> A. Campián, “La personalidad euskara en la historia, el derecho y la literatura”, en *Discursos políticos*, *op. cit.*, p. 121.

<sup>128</sup> Cfr. E. Reclus, *op. cit.*, p. 71: “cada carretera que penetra en el territorio vasco hace al mismo tiempo un agujero en el mismo”.

Hay que destacar que, incluso cuando el espacio de los euskaros había casi desaparecido, la concepción aislacionista del euskera no entrañaba una toma de postura nacionalista. Inchaurredo, por ejemplo, califica al vasco de “gloria de España”<sup>129</sup> y conmina a los navarros a aprenderlo “porque así lo exige nuestra condición de españoles”<sup>130</sup>.

Anteriormente hemos visto cómo el vascuence se asimilaba al espíritu de Vasconia. Era el criterio que diferenciaba a los vascos de sus vecinos. Ahora bien, como hemos podido anticipar por una cláusula de Campi3n, a esta tesis cabe objetarle una inc3moda evidencia. A saber: que amplias zonas de Navarra no hablan vasco<sup>131</sup>. La b3squeda de testimonios se encargará de paliar este inconveniente: tal vez el vascuence no se hable hoy, viene a decirse, *pero se hablaba ayer*. El problema no reside en la condici3n identitaria de la lengua, sino en el proceso de decadencia que ha sufrido Navarra. A este respecto es significativa la abundancia de estudios tendentes a mostrar los antiguos dominios del idioma y la fecha en que dej3 de hablarse en cada pueblo de la provincia. El teniente coronel Munárriz Urtasun anuncia su “grata sorpresa”<sup>132</sup> al descubrir testimonios referentes a la presencia del euskera en tiempos modernos en pueblos que hoy son totalmente erdaldunes. Seg3n *Amayur* la deseuskarizaci3n de la Ribera data del siglo XVII<sup>133</sup>. En tiempos m3s cercanos Jimeno Jur3o se convierte en un verdadero experto en el tema. Innumerables art3culos suyos nos descubren la condici3n vasca de numerosos pueblos de la merindad de Olite, Sangüesa, Tierra Estella y la Cuenca de Pamplona<sup>134</sup>.

Tal y como hemos podido ver, las apolog3as de la lengua vasca siguen produci3ndose con frecuencia durante la 3poca objeto de nuestro estudio. El tono grandilocuente de 3stas no deja de ser parad3jico, si se tiene en cuenta que el idioma

---

<sup>129</sup> M. de Inchaurredo, *La Iglesia y el euskera*, op. cit., p. 54.

<sup>130</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>131</sup> Unas palabras de Manrique y Marichalar a este respecto han causado cierta pol3mica: “[...] aunque el lenguaje usual de las montañas de Navarra sea el vascuence, no aparece este idioma como nacional. [...] Forzoso es sin embargo reconocer, que el vascuence fue el idioma m3s usado de Navarra, principalmente hacia la parte que se arrima a las provincias vascongadas.” (A. Marichalar y C. Manrique, *Historia de los fueros*, op. cit., p. 196)

<sup>132</sup> E. Munárriz Urtasun, “El vascuence en la vieja navarra”, en *RIEV*, tomos 14 y 15, 1925-26. Tambi3n Campi3n se interes3 por el retroceso hist3rico del idioma. Cfr. A. Campi3n, “El vascuence en Galdeano”, en VV. AA., *Geograf3a hist3rica de la lengua vasca*, Icharopena, Zarauz, 1960, dos tomos.

<sup>133</sup> “La lengua de los nabarros”, en *Amayur*, 5-II-1932, p. 1.

<sup>134</sup> Son innumerables los trabajos a este respecto. Una lista completa de ellos se puede encontrar en J. Bilbao, *Eusko Bibliographia*, op. cit.

carece de prestigio entre sus hablantes<sup>135</sup>, que éstos dejan a menudo de enseñárselo a sus hijos porque lo sienten como una rémora inútil. Lo curioso del caso es que el discurso local contra el euskera, las razones que llevan a interrumpir la transmisión familiar de la lengua en amplias zonas de Navarra hasta producir su total extinción, carece de textos. Prácticamente nadie justifica el olvido, como tampoco nadie se felicita de los éxitos del anillo<sup>136</sup>. Todos emprenden con mayor o menor entusiasmo la defensa pero, de hecho, la lengua retrocede<sup>137</sup>. Como acertadamente dice Estornés, durante el último siglo “las circunstancias vitales” del idioma “son verdaderamente críticas”<sup>138</sup>.

Muchos de nuestros escritores no se quedan en la simple queja. Tratan de analizar las causas de la extinción de la lengua y, en ocasiones, propugnan medidas concretas para paliar el mal<sup>139</sup>.

¿Por qué se va el euskera? Las mismas respuestas se repiten durante casi un siglo. Porque carece de prestigio, porque el español y el francés lo ahogan, porque los gobiernos impiden su enseñanza en las escuelas y se niegan a concederle un reconocimiento oficial, porque los propios vasconavarros -y en especial su clase dirigente- lo desprecian, porque los antepasados prefirieron el castellano, porque los inmigrantes españoles no lo aprenden, porque alejado de la cultura se encuentra estancado en un ámbito rural, porque se encuentra dividido en multitud de dialectos que dificultan la comunicación entre los euskaldunes. Para el sacerdote Miguel de Inchaurren todos estos factores se resumen en uno, a saber, que “en vez de *euskerizarse* el extraño en tierra vasca, es el vasco quien se *extrañiza* lentamente en su propia tierra”<sup>140</sup>.

---

<sup>135</sup> Es indicativo en esta dirección que Larrambere propusiera en 1957 “acciones de prestigio” valle a valle para frenar el retroceso del euskera. Cfr. José A. Larrambere, *op. cit.*

<sup>136</sup> Arturo Campión se refiere en su “Discurso en las Fiestas euskaras de Irún” (A. Campión, *Discursos políticos, op. cit.*, p. 172) a la carta que escribieron en 1903 el Ayuntamiento, la Junta local y los padres de familia de Ituren apoyando la exclusión del euskera de la enseñanza. El texto es una de las escasísimas muestras de “literatura” crítica con el vasco que hemos encontrado en Navarra. Ciertamente la actitud de la Junta local de Ituren se repitió en otras partes de Navarra (por ejemplo en Atez, según consta en acta de la Junta local de Primera enseñanza del Valle de 4 de febrero de 1876). Joan Mari Torrealdai ha recopilado muchos otros testimonios contrarios al vascuence en su reciente estudio *El Libro Negro del Euskera* (Ttartalo, Donostia, 1998).

<sup>137</sup> Pueden encontrarse exhaustivas informaciones sobre este fenómeno en Xabier Erize Etxegarai, *Nafarroako euskeraren historia soziolinguistikoa (1863-1936). Soziolinguistikoa eta hizkuntza gutxituen bizitza*, Nafarroako Gobernua, Iruña, 1997.

<sup>138</sup> B. Estornés, *Sobre historia y orígenes, op. cit.*, p. 270.

<sup>139</sup> Cfr. Irular, “El vascuence en Navarra”, en *Navarra*, 1925. B. de Estella, *op. cit.*, p. 24. B. Alegría, *op. cit.* Más informaciones relativas a las iniciativas a favor de la lengua vasca pueden verse en Blanca Urmeneta Purroy, *Navarra ante el vascuence. Actitudes y actuaciones (1876-1919)*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1997, pp. 311 y ss.

<sup>140</sup> Miguel de Inchaurren, *Método Práctico del Euskera, op. cit.*, p. VIII. *Cursivas suyas.*

Algo similar sucede para el también religioso y en este caso aranista Bernardino de Estella. Las causas citadas anteriormente, dice, han colaborado activamente a la desaparición de la lengua vasca.

“Pero la causa principal ha sido el estado nacional de los mismos vascos, que han carecido de una conciencia nacional vigorosa y clara.”<sup>141</sup>

Significativamente, escritores de tendencias que hoy tenemos por muy alejadas entre sí coinciden en la culpabilidad de los propios euskaldunes y de sus clases rectoras en la desaparición del idioma. Así, Manuel Iribarren que, a diferencia de Estella, ni siquiera se plantea la responsabilidad de las instituciones “extrañas”, achaca exclusivamente a los nativos la extinción del euskera:

“Y es lástima que el desamor de los naturales, de los aldeanos, principalmente, desafectos a lo suyo por abandono y sentido práctico mal entendido, y la apatía de algunas personas de relieve y significación [...], impliquen una tácita renuncia a su herencia lingüística, que es herencia espiritual. Si Dios y los hombres no lo remedian, ésta acabará extinguiéndose entre nosotros a corto plazo.”<sup>142</sup>

El vehemente Evangelista de Ibero señala también a los propios vascos como primeros causantes de la pérdida del idioma y, por tanto, del alma de la raza vasca. Las medidas que propone contra aquellos que interrumpen la transmisión de la lengua de los ancestros son realmente drásticas:

“¿Qué pensáis de los padres que hablando la lengua de su Nación o raza no la enseñan a sus hijos? -Que son traidores a la patria y que como tales merecen ser fusilados por la espalda.”<sup>143</sup>

Pero, indudablemente, si los vascos dejan de emplear su idioma no es simplemente por desgana. La lengua tiene problemas externos e internos que dificultan

---

<sup>141</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 24.

<sup>142</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 19. También para Gúrpide (*Geografía e Historia, op. cit.*, p. 84) la responsabilidad de la extinción del vascuence recae en los propios navarros. El suplemento en vascuence de *Príncipe de Viana*, por entonces titulado *Roncesvalles*, expresa la misma opinión: “Si el vascuence se muere en Navarra será porque los navarros son indiferentes a la extinción de este misterioso legado de nuestra antigüedad” (“Roncesvalles”, en *Roncesvalles*, nº 1, 1966, p. 1).

<sup>143</sup> Fr. E. de Ibero, *Ami vasco, op. cit.*, p. 21.

su versatilidad cotidiana. Un texto de importancia a este respecto es el ‘Informe’<sup>144</sup> que Arturo Campión y Pierre Broussain presentaron a la *Euskaltzaindia* en 1922. En él abordaban el grave escollo de la dispersión dialectal. No es ésta la única causa de ‘la postración en que ha caído el euskera’<sup>145</sup>: hay otros problemas como ‘la esquivez o menosprecio con que las clases altas le miran’<sup>146</sup> y ‘el servicio militar obligatorio que mezcla injustamente a los soldados vascos con gentes de otras lenguas contaminadoras de la de ellos’<sup>147</sup>. Pero sí es uno de los factores más importantes por cuanto imposibilita el normal desarrollo del idioma en su territorio. Junto a ello se plantea la necesidad de ‘desinfectar’ el cada día más pobre léxico vasco de los ‘mil erderismos inútiles’<sup>148</sup> que lo afean y de adecuarlo a las necesidades de la vida moderna. Para ello proponen que el euskera ‘de su propia sustancia, sin acudir al griego’ forme ‘cientos y aun miles de neologismos’<sup>149</sup>.

Frente a la dispersión dialectal los autores postulan la necesidad de un dialecto literario unificado. Saben que es un asunto delicado, ‘la más grave de las cuestiones’<sup>150</sup> a las que se enfrenta la *Euskaltzaindia*. En su opinión, ese dialecto unificado estará ‘destinado a suplantarlo, con el tiempo, a los dialectos vulgares actualmente vivos’<sup>151</sup>. Las viejas hablas morirán a manos de la nueva lengua: es el precio que debe pagar el euskera para sobrevivir al siglo XX.

Broussain y Campión contemplan tres grandes caminos hacia la unificación de la lengua. El primero de ellos consistiría en la elección de uno de los cuatro dialectos literarios (a saber: guipuzcoano, vizcaíno, suletino y laburtino) como lengua culta. Para ello habrá que estudiar previamente cuál tiene más hablantes, formas gramaticales más completas, léxico más puro, etc. El vencedor sería naturalmente el elegido. Sin embargo, añaden, es de temer que los hablantes de los dialectos no escogidos se sientan agraviados, y con ello en lugar de fomentarse la unión entre los vascos surjan las envidias y los celos.

---

<sup>144</sup> ‘Informe de los señores académicos A. Campión y P. Broussain a la Academia de la Lengua Vasca sobre la unificación del euskera’, en *Euskera*, 1922.

<sup>145</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>146</sup> *Ibidem*.

<sup>147</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>148</sup> *Ibidem*.

<sup>149</sup> *Ibidem*.

<sup>150</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>151</sup> *Ibidem*.

El segundo camino es el de crear a partir de los cuatro dialectos literarios tradicionales, un nuevo dialecto. En este sentido, se podría conjugar, v. g., la riqueza del condicional suletino con otras partes del verbo vizcaíno, la flexión guipuzcoana, la sintaxis laburtina, etc.. El peligro en ese caso es que el dialecto resultante carezca de homogeneidad, que aparezca como un *collage* falto de armonía. Además, caso de escoger esta opción, no sólo nos encontraremos ante un país que en su mayor parte desconoce el vascuence, como sucede ahora, sino ante un país que en su práctica totalidad sería incapaz de expresarse en ‘su idioma’.

La tercera opción, por la que cautelosamente se decantan Broussain y Campión, es la de combinar ambas vías: escoger el cuerpo central de uno de los cuatro dialectos literarios y modificarlo con las contribuciones de los demás dialectos. Esta opción en cierto modo palía los inconvenientes de las otras dos, pero a la vez corre el riesgo de aunar los males de ambas.

¿Cómo proceder a la unificación? Broussain y Campión aluden al caso de lenguas como el alemán, el francés o el italiano. En ellas el proceso ha sido relativamente lento y ha sido posible merced a genios como Lutero y Dante, quienes en cada caso han sabido inventar un nuevo dialecto a partir de los dialectos de su época, un lenguaje que sin ser hablado por sus contemporáneos sería hablado un día por sus compatriotas del futuro. La unificación de un idioma, en efecto, es ‘labor naturalmente hacedera de genio’<sup>152</sup>. Desgraciadamente, se lamentan nuestros autores, Vasconia carece de ese genio, sólo dispone de una corporación como la Academia de la Lengua y el genio no se da en los grupos. Sin embargo, el tiempo apremia....

‘O la lengua vasca se unifica [...] o degenerando irremediabilmente en *patué* [sic] el euskera, perece.’<sup>153</sup>

Acaso, aventuran Broussain y Campión, algún día esa ‘lengua artificial’<sup>154</sup> sea enseñada en las escuelas del país. Entonces ya se habrá convertido en la lengua natural de Vasconia.

Volviendo de nuevo al tema genérico de la pérdida del idioma, hay que anotar que la responsabilidad de los pudientes no es exclusivamente negativa. Para algunos

---

<sup>152</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>153</sup> *Ibidem*, p. 15. Cursivas suyas.

<sup>154</sup> *Ibidem*, p. 16.

autores la ansiada resurrección también vendría dada por la actitud de las clases dirigentes. En concreto, Aranzadi pone en manos de los acomodados la ‘reconstitución del pueblo euskaldún’<sup>155</sup>. Otro tanto hace Blas Alegría: son los ricos quienes deben hacer revivir el vascuence ‘hasta ponerlo de moda en el casino’<sup>156</sup>.

Prisionero de metáforas e imágenes pomposas pero poco prácticas, las razones concretas de los navarros para recuperar o mantener su idioma adolecen de una manifiesta falta de utilidad. Inchaurrea ofrece siete motivos a sus alumnos: la capacidad del euskera para conocer el pasado de España, su condición de monumento, su íntima conexión con la vida de Euskal Herria, ... La razón más sólida que consigue presentar es la que destina a quienes piensan emigrar a América. Es sabido, dice, que los vasconavarros poseen una envidiable reputación allí. Hay bancos en Estados Unidos que aceptan cheques de vascos con la sola referencia de la nacionalidad. Ésta abre todas las puertas. Pero sucede que en los últimos años proliferan los ‘vascos apócrifos’<sup>157</sup>. El euskera servirá a los auténticos vascos para probar su origen.

A pesar de que, como hemos podido ver, existe un discurso globalmente favorable al vascuence en la cultura navarra, ello no ha derivado en una producción significativa en esta lengua. En realidad la relación entre las alabanzas al euskera y su cultivo parece ser escasa. El *Boletín de la Comisión de Monumentos*, aunque dominado por entusiastas *euskalzales*, apenas le dedica sino algún poema en todos sus años de andadura. Paradójicamente su sucesora, *Cultura navarra*, dominada por escritores mucho menos próximos al nacionalismo<sup>158</sup>, alberga en un sólo número más escritos en vascuence que el *Boletín* en toda su historia. El propio *Pregón*, revista dirigida por el falangista Faustino Corella, acoge desde 1949 hasta 1961 regulares colaboraciones en euskera<sup>159</sup>. La emblemática *Revista Euskara*, por otro lado, utiliza este idioma en mayor medida, pero concede con creces prioridad al castellano<sup>160</sup>. En definitiva, se emplea el euskera más como referente que como instrumento de comunicación o canal. Se habla *del euskera* pero apenas se escribe *en euskera*. Curiosamente muchas novelas

---

<sup>155</sup> E. de Aranzadi, *Reconstitución del Pueblo euskaldún*, op. cit., p. 42.

<sup>156</sup> B. Alegría, op. cit., p. 88. Cursivas suyas.

<sup>157</sup> M. de Inchaurrea, *Método Práctico del Euskera*, op. cit., p. X.

<sup>158</sup> *Cultura Navarra* está editada por el Ateneo y entre sus dirigentes se encuentran V. Juaristi, J. M. Huarte, R. Aizpún y E. Esparza.

<sup>159</sup> La proporción era no obstante muy baja, en torno al 2% de cada número.

<sup>160</sup> El porcentaje aproximado de contenido en euskera en esta revista está en torno al 10% el primer año, el 20% entre 1879 y 1881, y el 15% para 1882 y 1883.



incorporan un buen número de palabras en esta lengua, a menudo traducidas entre paréntesis, para simular un ambiente *euskaldun*. Valgan como ejemplos *Miguel de Iturbide*<sup>161</sup> de Munárriz Urtasun; *Bajo los robles navarros*<sup>162</sup> de Urabayen; *Jaunsarás*<sup>163</sup> de Mariano Pérez Goyena; *Boiras*<sup>164</sup> de J. M. Luzaide; “Jaun Joseph Beñardo”<sup>165</sup> de Juan de Espinal; *Mío Jurra*<sup>166</sup> de Clemente Galdeano; *Don García Almorabid*<sup>167</sup> de Campión; *Leyendas de Vasconia*<sup>168</sup> de Carlos Clavería; *La Casa*<sup>169</sup> de Dolores Baleztena, etc.

### **Los castillos naturales de la independencia.**

Es preciso suspender la distinción entre bosques, árboles y montañas. El árbol es un fragmento del bosque, la montaña es bosque en grado superlativo y el bosque, como dice Campión, prolonga la montaña donde la geología se ha detenido<sup>170</sup>. Como el vascuence, todos ellos se encuentran estrechamente vinculados a los ancestros y, en esa medida, a la memoria y la identidad.

En efecto. Los vascones, según dice una etimología repetida incansablemente, son “*basocoac*”, los del bosque<sup>171</sup>. Rodríguez-Ferrer los llamará ‘hijo misterioso de los verdes bosques’<sup>172</sup>. En infinidad de ocasiones en la literatura navarra ‘montañés’ sirve de sinónimo de vasco, vascón y navarro. Los bosques y las montañas son el medio que compone la geografía y el hogar de la raza. Allí nacen, actúan y mueren sus hijos. En palabras de Arturo Campión, estos lugares son “*çuna, vergel y sepulcro del baskón incontaminado*”<sup>173</sup>.

---

<sup>161</sup> T. C. Munárriz, *Miguel de Iturbide*, *op. cit.*

<sup>162</sup> Félix Urabayen, *Bajo los robles navarros*, Espasa Calpe, Madrid, 1965.

<sup>163</sup> M. Pérez Goyena, *op. cit.*

<sup>164</sup> J. M. Luzaide, *op. cit.*

<sup>165</sup> Juan de Espinal, “Jaun Joseph Beñardo. Leyenda pirenaica”, en *Arga. Revista mensual ilustrada*, nº 21, 1947.

<sup>166</sup> Clemente Galdeano, *Mío Jurra*, Ed. Iberia, Pamplona, 1943.

<sup>167</sup> A. Campión, *Don García Almorabid*, *op. cit.*

<sup>168</sup> C. Clavería, *Leyendas de Vasconia*, *op. cit.*

<sup>169</sup> Dolores Baleztena, *La Casa. Novela*, Gráficas Gurrea, Pamplona, 1958.

<sup>170</sup> A. Campión, *Euskariana (Nabarra en su vida histórica)*, *op. cit.*, p. 25.

<sup>171</sup> J. Moret, *Anales*, *op. cit.*, p. 23.

<sup>172</sup> Miguel Rodríguez-Ferrer, ‘El País Vasco, su lengua y el Príncipe Luis Luciano Bonaparte’, en *Revista España*, tomo XXIX, 1872, p. 199.

<sup>173</sup> A. Campión, “Sancho Garcés”, *op. cit.*, p. 360.

Anteriormente hicimos referencia al papel jugado por la geografía en la búsqueda de testimonios. El paisaje navarro se encontraba estrechamente vinculado al carácter de sus habitantes. Nuestro último autor, que como hemos visto no cultivó directamente la disciplina, llega al extremo de erigir al relieve geográfico de Navarra en la clave de su destino histórico<sup>174</sup>. En un fabuloso alarde prosopopéyico, lo físico cobra vida y el escenario deviene actor. La patria de los vascos ha sido siempre las montañas, heridas hoy por una llanura invasora:

“Nabarra que ha alcanzado toda su amplitud en la región montañosa, al tocar la llanura se estrecha y amengua, mejor dicho, se pierde en aquellas planicies, puntos de intersección de Aragón y Castilla: *la geografía profetiza la historia*. La llanura que desde Tafalla intentó en vano salvar las asperezas del Carrascal para tocar en Pamplona, como una herida que se ensancha a la vez que se sube hacia el agujero de a entrada, toma posesión de la tierra. Allí está, fácil y abierto, el gran camino de las invasiones, el defecto de la coraza que ha de permitir hundir el hierro en el corazón de Nabarra: en vano intentarán cerrarlo los rudos y valientísimos pueblos que lo habitan. Los huesos del extranjero blanquearán más de una vez aquella comarca, pero las influencias morales que son las que se asimilan e igualan, no encontrarán valladar. El Monte Jurra, el centinela avanzado de los montes euskaros levanta inútilmente la cabeza; quien allí lo domina todo es el Moncayo, el gigante aragonés.”<sup>175</sup>

En la mente de Campión la zona sur y llana se ha convertido en un agente geográfico que colabora con la asimilación de Navarra. Su espacio físico, tan diverso, tan impuro, constituye, más que una metáfora, una imagen y un indicio del proceso de pérdida que sufre su identidad. La montaña procrea “genios indómitos e indomables”; “en las llanuras se quedan los serviles, los acomodaticios”<sup>176</sup>. A la vez, los Pirineos constituyen una defensa puesta por Dios para proteger a los vascones de sus enemigos externos. La historia del Viejo Reino, por tanto, está dictada por la propia divinidad.

“Nabarra es hija del Pirineo, la montaña la ha formado, ella la crió fuerte y vigorosa, sublime y heroica. ¡Santas montañas que alzáis al cielo las brumosas

---

<sup>174</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 16.

<sup>175</sup> *Ibidem*, p. 22-23.

<sup>176</sup> A. Campión, *Euskariana. Octava serie, op. cit.*, p. 24.

fuentes jamás a vuestra sombra se engendraron espíritus pusilánimes! [...] Dios os señaló la misión de ser escudo, y fieles a aquel designio, todavía amparáis al basko acorralado; ¡oh! No cedáis hasta que os arranquen de cuajo!”<sup>177</sup>

Significativamente, Julio Altadill sitúa el ‘viejo espíritu de Navarra’<sup>178</sup> entre selvas y montañas. También Juan Iturralde descubre al ‘alma vascónica, escondida majestuosamente en la profundidad de las selvas’<sup>179</sup>. El bosque es un lugar emblemático donde -como en Leyre, Olite y Roncesvalles- se guarda la esencia del país. Porque, en efecto, señala este último autor, Navarra está ‘unida y asimilada hasta confundirse con ella [la selva], y separada de la cual no puede existir’<sup>180</sup>. En consonancia con ello, Navarro Villoslada tiene a los Pirineos como ‘la patria de los vascos’<sup>181</sup>. También a su modo de ver, la situación de esta cordillera se debe a ‘la mano de Dios’<sup>182</sup>. La diferencia estriba en que esta vez son los vasconavarros quienes tienen que ‘conservar las montañas cuya custodia les ha encomendado la Providencia’<sup>183</sup> y no al revés.

Félix Urabayen, un escritor habitualmente alejado de la retórica regionalista, dedicó interesantes párrafos a lo selvático. Su atención se centra en el roble, al que considera árbol por excelencia de Navarra y su verdadero emblema<sup>184</sup>. Hemos podido ver que el vascuence ha sido reputado como una lengua primitiva. Para Felix Urabayen esta antigüedad se corresponde ‘naturalmente’ con la de los robles navarros.

‘El roble es anterior a todos los árboles, como el vascuence es anterior a todos los idiomas. [...] En el principio creó Aitor el roble como rey absoluto de la selva.’<sup>185</sup>

---

<sup>177</sup> *Ibidem*, p. 15. Cursivas más. Las alusiones a la divinidad cuando se trata de las montañas es llamativamente frecuente. Son muchas las ocasiones en que se atribuye a Dios su creación y conservación. Olóriz es uno de los que más lejos ha llevado la naturaleza divina de las montañas que protegen a los vasconavarros. En su opinión ‘tronos de gloria son/ que se alzan de este mundo/ para acercarte a Dios’ (‘Himno foral’ en H. de Olóriz, *Ecos de mi patria*, *op. cit.*, p. 148.)

<sup>178</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 289.

<sup>179</sup> J. Iturralde y Suit ‘Las voces del viento en los Pirineos Navarros’, en *Obras*, vol. 1, *op. cit.*, p. 195.

<sup>180</sup> *Ibidem*. El corchete es mío.

<sup>181</sup> F. Navarro Villoslada, *Amaya*, *op. cit.*, p. 155.

<sup>182</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>183</sup> *Ibidem*, p. 384.

<sup>184</sup> F. Urabayen, *op. cit.*, p. 21: ‘Mucho antes que las cadenas, era ya nuestro emblema nacional. Las cadenas vinieron con las guerras civiles, las jotas y el aguardiente, las tres plagas de la raza montañesa.’ Similarmente A. Martínez Alegria (*op. cit.*, p. 6.) llama a los bosques ‘emblema’ de los vascos.

<sup>185</sup> F. Urabayen, *op. cit.*, p. 21.

No es casual, añade, que el pavés en el que fue alzado el primer rey de Navarra, llamado justamente ‘roble’ ( *Aritzza*), fuera de este material. Por todo eso sintetiza mejor que nada lo más esencial del país, su historia de tenaz resistencia contra los enemigos extranjeros de toda procedencia:

‘[El roble] simboliza la tradición: el espíritu conservador - algo reaccionario- de la raza, resistente e impermeable como ella, ya que al vasco no han conseguido alterarle un solo rasgo de su perfil moral ni germanos ni berberiscos, ni galos ni celtíberos.’<sup>186</sup>

Nuestro autor no puede hacer de un árbol el actor de su narración, pero sí convertirlo en el escenario y, con ello, en el verdadero protagonista. El pueblo imaginario que inventa como teatro de la novela se llama significativamente *Aritzondia*, término que el propio autor traduce como ‘álar del roble’<sup>187</sup>. Se trata de un pequeño lugar de la Barranca, ‘pero para nosotros’, subraya, ‘este humilde lugarejo es el corazón de Navarra’<sup>188</sup>. En la misma línea, en uno de los cuentos de Joaquín Argamasilla, titulado ‘Los últimos’, un roble milenario sirve para recordar toda la historia del país<sup>189</sup>. Y significativamente el protagonista lo reverencia ‘como cosa tutelar y sagrada’<sup>190</sup>.

En otras ocasiones bosques y montañas protagonizan la historia de Navarra con tanto derecho como sus habitantes, vascones y navarros. Recuérdese en este sentido cómo, para Cayuela, la batalla de Roncesvalles está causada tanto por los montañeses como por las montañas. Cuando Mariano Pérez Goyena refiere que ni romanos ni godos consiguieron subyugar a los navarros de la antigüedad, ofrece a los incrédulos esta explicación palmaria:

---

<sup>186</sup> *Ibidem*, p. 24. Corchete mío.

<sup>187</sup> *Ibidem*, p. 27. Por cierto que la etimología no es nada clara.

<sup>188</sup> *Ibidem*, p.29.

<sup>189</sup> J. Argamasilla, ‘Los últimos’, en J. Argamasilla, *De tierras altas*, *op. cit.*

<sup>190</sup> *Ibidem*, p. 290.

‘No es extraño, pues, que ni los romanos ni los godos hubieran podido penetrar en el territorio vasco, pues existían en él valles, por otra parte fértiles, a los que era imposible penetrar [...].’<sup>191</sup>

No en vano, y como vimos con anterioridad, ‘ècharse al monte’ significa emboscarse para combatir a los enemigos que amenazan la integridad nativa. Recuérdese también a Campión cuando, en 1894, amenazaba veladamente con la retirada hacia el bosque si se seguía adelante con el proyecto de Gamazo. En el mismo círculo se sitúa José Zalba cuando hace de las montañas el eje de la historia de Navarra, comprendida como una milenaria resistencia contra todo lo intruso:

‘Ellas, jamás dominadas por gentes extrañas [...] ellas han presenciado la caída de nuestros enemigos; ellas vibran en las cuerdas de la lírica vasca; ellas cobijan un pueblo hidalgo, el alzamiento de nuestros primeros reyes, en las montañas se realizó; las chispas arrancadas a los pedernales por los caballos árabes al huir, en nuestras montañas brillaron; el sonido metálico de las cadenas en las Navas, en nuestras montañas repercutió, y el incienso ofrendado al cielo, se elevó de San Zacarías, de Leyre, de Irujo y de Roncesvalles.’<sup>192</sup>

Ellas son, por tanto, un elemento fijo en del devenir histórico de la raza, aquello que ha permanecido incólume, tan constante como el euskera.

A este respecto, y como los demás pasados-presentes, bosques y montañas actúan como un protector de la pureza y la identidad del grupo, aislándole de los extraños. Arturo Campión describe al vasco ‘separado del resto del mundo por la doble barrera de sus montañas colosales, y de su lengua original y exclusiva’<sup>193</sup>. Aquéllas son ‘una fortaleza destinada por la Providencia para que se mantuviesen vivos el espíritu, las costumbres y la lengua de razas ya borradas del mundo de la historia’<sup>194</sup>; los ‘castillos naturales de nuestra independencia’<sup>195</sup>. Como no podía ser menos Julio

---

<sup>191</sup> M. Pérez Goyena, *op. cit.*, p.22.

<sup>192</sup> J. Zalba, ‘Prólogo’, en J. M. de Luzaide, *op. cit.*, p. I.

<sup>193</sup> A. Campión, ‘La poesía popular vascongada y sus relaciones con la capacidad poética de la raza euskara’ en *Obras Completas*, tomo XV, *op. cit.*, p. 415.

<sup>194</sup> *Ibidem*.

<sup>195</sup> A. Campión, ‘Sancho Garcés’, *op. cit.*, p. 351.

Altadill se suma a la opinión de su maestro: los Pirineos, dice, constituyen una ‘barrera insuperable para la independencia hispánica’<sup>196</sup>.

La idea, una vez más, no es exclusiva de euskaros y nacionalistas. Federico García Sanchiz, que exalta los ideales del 18 de julio en su novela *Del robledal al olivar*<sup>197</sup>, reflexiona sobre las causas que han motivado la entusiasta participación de Navarra en la Cruzada.

‘Soberana barrera, la de la Religión, la labor y los Fueros. En otro baluarte quisiera descubrir yo, sin embargo, la garantía del país: en su selva del Irati.’<sup>198</sup>

En la argumentación de García Sanchiz ésta no es simplemente una ‘razón poética’. La memoria del país que se alzó por España en 1936 está verdaderamente depositada en los bosques. Ahí reside su conciencia milenaria, como una sombra protectora, aislándole de los males que han desvirtuado a España durante el XIX:

‘La verdadera tutela de una raza pertenece a los árboles [...] que con sus murmullos le cuentan sus tradiciones.’<sup>199</sup>

También en opinión del clérigo falangista Yzurdiaga ‘Navarra tiene el corazón’<sup>200</sup> en sus montañas.

Aunque por lo común las referencias a los bosques y los montes de Navarra son genéricas, en ocasiones se esboza una mínima jerarquía. En ella Aralar aparece como el ‘rey de los montes’<sup>201</sup>, “*gure Jainko-mendi*”<sup>202</sup>. Esto lo convierte en “el centro geográfico del país”<sup>203</sup>, según Astiz. No es casual que uno de los periódicos más combativos del fuerismo vasquista llevara por nombre precisamente *El Aralar*. En la explicación de este título sus responsables destacan que esta sierra fue el “dique” contra

---

<sup>196</sup> J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 290. Otro tanto piensa Daniel Nagore. Cfr. su obra *La agricultura y ganadería en Navarra*, Imp. Provincial a cargo de Falces, Pamplona, s.f. pero 1924, p. 130.

<sup>197</sup> F. García Sanchiz, *Del robledal al olivar, op. cit.*

<sup>198</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>199</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>200</sup> F. Yzurdiaga, *Poema de Navarra, op. cit.*, p. 6.

<sup>201</sup> F. Navarro Villoslada, *Amaya, op. cit.*, p. 102.

<sup>202</sup> “Aralar mendi”, en *Suplemento de la Revista Príncipe de Viana*, nº32, 1968, p. 1. Tr.: “huestro monte-Dios”.

<sup>203</sup> M. A. Astiz, *op. cit.*

el que se estrellaron los agarenos, el ‘baluarte inexpugnable’<sup>204</sup> desde donde se organizó la Reconquista. Consciente de este papel, Miguel de Orreaga la llama el “Covadonga narbarro”<sup>205</sup>. Mariano Arigita, por último, recuerda que desde lo alto de esta montaña el Arcángel San Miguel protege a todo el país<sup>206</sup>.

Los carabineros forasteros que describe Luzaide en *Boiras*<sup>207</sup> desprecian y temen el euskera. Similarmente, para Juan Iturralde y Suit los extranjeros que tratan de civilizar, someter y pervertir a los vascos sienten un singular pánico hacia los bosques. Intuyen que cooperan contra sus malvadas ambiciones, que constituyen una barrera en defensa de los euskaldunas.

‘Hace ya cientos de años, cuando en Navarra mandaban los navarros, los extranjeros de las tierras llanas vinieron a hacernos la guerra. Ellos eran muchos y nosotros pocos; ellos estaban vestidos de hierros, y nosotros nos cubríamos con las pieles de las fieras que poblaban estas breñas; ellos tenían espadas brillantes, y nosotros toscas hachas y makilas nudosas; pero en cambio a ellos les atemorizaban estos bosques sombríos y estas montañas cubiertas de nieve que son nuestra alegría.’<sup>208</sup>

Además de refugio donde mora el espíritu de Navarra, bosques y montañas son también, en opinión de Iturralde, el lugar donde se fragua la próxima Reconquista, la revuelta contra los tiempos modernos y el espíritu de la revolución francesa. Así al menos nos lo cuenta su amigo Arturo Campión cuando glosa su figura. A los montes, dice, otorgaba el papel “de castillo inexpugnable donde hallasen refugio las gentes el día tremendo de los supremos cataclismos sociales, y de donde saliera una nueva Reconquista”<sup>209</sup>. Iturralde no es el único en sostener esta esperanza. También Marquina, que tiene a los bosques como “reservorio de la raza nativa”, confía en ellos como cuna del próximo “Renacimiento”<sup>210</sup>.

---

<sup>204</sup> ‘Nuestro Título’, *El Aralar* 2-II-1894, p.1.

<sup>205</sup> M de Orreaga, *op. cit.*, p. XXXIII.

<sup>206</sup> M. Arigita, *Historia de la imagen y santuario de San Miguel Excelsis*, *op. cit.*, p. 118. También Juan Iturralde tiene a Aralar como guardián, protector y santuario. Cfr. J. Iturralde, ‘La Selva-Aguirico Elize’, *op. cit.* En otras ocasiones se le llama “incontaminado refugio”. Cfr. ‘San Miguel de Aralar’, en *Napartarra*, 13-IV-1912.

<sup>207</sup> J. M. Luzaide, *op. cit.*, pp. 45 y ss.

<sup>208</sup> J. Iturralde y Suit, “Salquindaria (El traidor)”, en *Revista Euskara*, 1878, p. 125.

<sup>209</sup> J. Iturralde, *Obras*, vol. I, *op. cit.*, p. LXXIV.

<sup>210</sup> Citado por M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 32.

Como sucedía en el caso del euskera, son evidentes los problemas para hacer de bosques y montañas la clave distintiva de Navarra. La provincia, ciertamente, es muy montañosa en su parte norte. Ahora bien, la mayor parte de sus montañas son de escasa altura y su porción de los Pirineos es, pese a todas las imágenes que hemos presenciado, muchísimo menos feraz que en la “extranjera” Huesca. Por lo demás, es claro que los extraños que se echaban a temblar al pisar los bosques navarros tienen, en realidad, selvas y montañas en Aragón, Galicia, León, etc. Pero incluso dejando de lado estas circunstancias es notorio que la mitad sur del territorio navarro es tan poco boscoso como montañoso. Así pues, al hacer de lo selvático y montuoso la esencia del país, ¿no se está excluyendo a buena parte de su territorio? No para los autores citados, porque la llanura en cierto modo fue un día montaña. Al menos según afirma Arturo Campión:

‘El contraste y oposición que en bien de las inspiraciones del arte se nota entre las tres zonas de Nabarra son relativamente modernos. Hace algunos siglos *la selva era la prolongación de la montaña* [...].’<sup>211</sup>

Como el euskera caracterizó en el pasado a toda Navarra, también lo boscoso reinaba en ella. Sólo la acción del tiempo ha recortado las zonas selváticas, amenazando incluso con exterminarlas de no ser porque Dios, interviniendo nuevamente en favor de Navarra, decidió poner coto a su avance. Esta vez la tesis no la suscribe un romántico tardío, sino un técnico moderno como Umbelino Arteta, ingeniero forestal de Diputación:

‘Navarra era una selva, nos cuenta la historia y en sus leyendas, cobijando a sus personajes interesantes, se entremezcla el bosque. Tres guerras sucesivas en un mismo siglo, azotaron al país y destruyeron sus montes.

La umbría silenciosa y atrayente que desde Montejurra cruzaba Navarra a Ujue, y descendiendo invadía la Bardena fue desapareciendo como iba avanzando la confusión. Un día se detuvo para no ir más allá de lo que desaparecía ni de lo que avanzaba. Fue que Dios se compadeció de este pueblo milenario y le deparó su salvación’<sup>212</sup>

---

<sup>211</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. 25.

<sup>212</sup> Umbelino de Urmeneta, ‘Navarra Forestal’, en Gurrea ed., *op. cit.*



Son muchos los autores que hacen hincapié en la antigua extensión de los bosques navarros. Iturralde<sup>213</sup>, Raimundo García<sup>214</sup>, Alegría<sup>215</sup>, Félix Urabayen<sup>216</sup>, etc. Entre ellos, Mariano Pérez Goyena señala que en tiempos de los godos ‘las cuatro quintas partes de lo que hoy ocupa Navarra, estaban cubiertas de espesísimos bosques’<sup>217</sup>. El geógrafo Leoncio Urabayen, por su parte, insiste en que al comienzo de la edad moderna ‘las Bardenas Reales eran una verdadera selva’<sup>218</sup>.

Puesto que el bosque sintetiza el espíritu de Navarra la deforestación de grandes zonas de la provincia es interpretada como una expresión clara de declive. Como García Ezpeleta sentencia, citando a Badrillart: ‘El signo de la decadencia de un país es la muerte de los árboles’<sup>219</sup>.

Como era de esperar, frecuentemente se responsabiliza a los tiempos modernos de la retirada del bosque. En opinión de Félix Urabayen, por ejemplo, ‘con la Edad Moderna el roble se empequeñece’<sup>220</sup>. Sin rechazar esta teoría, Julio Altadill señala hacia los propios nativos -‘obstinándose en imitar lo que viene del Sur’<sup>221</sup>- como principales responsables de la deforestación.

Los navarros imitan a los extranjeros y pierden el euskera; los navarros imitan a sus vecinos y pierden el bosque. Campión retorna de adulto a su ‘lengua materna’; Claudio de Sagarzazu<sup>222</sup> sueña con irse a vivir al monte. No es casual que, como subraya el propio Altadill<sup>223</sup> y admite Argamasilla, las consecuencias de la desaparición del bosque sean ‘funestas’<sup>224</sup> para la moral y la economía del país.

---

<sup>213</sup> J. Iturralde y Suit, “Salquindaria (El traidor)”, *op. cit.*, p. 125. : ‘En aquella época [...] todo el país era una inmensa selva [...]’.

<sup>214</sup> G[arcilaso], ‘La Fiesta del Árbol en Tafalla’, en *D. N.*, 25-XI-1911: el autor propone volver a ‘aquellos tiempos en que los bosques marcaban los límites del Reino de Navarra’.

<sup>215</sup> B. Alegría, *op. cit.*, p. 87.

<sup>216</sup> F. Urabayen, *op. cit.*, p. 22.

<sup>217</sup> M. Pérez Goyena, *op. cit.*, p. 12.

<sup>218</sup> L. Urabayen, *Geografía de Navarra*, Imp. de García Enciso, Pamplona, 1931, p. 57. La idea parece haber sido ampliamente aceptada en la literatura navarra.

<sup>219</sup> F. García Ezpeleta, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 22.

<sup>220</sup> F. Urabayen, *op. cit.*, p. 22.

<sup>221</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 299.

<sup>222</sup> Claudio de Sagarzazu, “Mendian bizi nahi det”, en *Cultura Navarra*, nº 3, 1933.

<sup>223</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, pp. 296 y ss.

<sup>224</sup> J. Argamasilla, *De tierras altas*, *op. cit.*, p. 178. Más adelante dirige un curioso y velado reproche a los accionistas de *Diario de Navarra*: ‘esa honorable Sociedad Papelera, constituida en gran parte por dignísimos patricios navarros, que tanto ha contribuido y contribuye a la despoblación de los montes. Los árboles se convierten en pasta de papel y la pasta en pliegos, donde quizá se imprimieran los dolorosos lamentos de algún accionista por el acabamiento de los bosques.’ (p. 179).

Esta supuesta deforestación de Navarra da lugar a periódicas campañas en defensa del arbolado. El director del *Diario de Navarra*, Raimundo García “Garcilaso” es uno de los más entusiastas valedores de esta causa. En 1911 emprende una campaña, que recaba el apoyo de los demás medios de comunicación, para que se planten en la provincia un millón de árboles<sup>225</sup>. En 1918 vuelve a la carga defendiendo la importancia simbólica de los bosques.

“¡Y las selvas son patrimonio del país, cosa propia del país, son el país mismo, porque son parte esencial de su espíritu y de su faz!”<sup>226</sup>

Durante estas fechas se celebran numerosas fiestas en defensa de la riqueza forestal de la provincia, todas ellas con gran éxito de público, si hemos de creer las crónicas de los periódicos de la época. “El amor a los árboles triunfa en Navarra”<sup>227</sup>. Dentro de estas iniciativas hay que situar a la “Hermandad del Árbol y del Paisaje” que aparece con el objetivo de preservar los bosques nativos. Entre sus miembros encontramos a personajes como Daniel Nagore, Paz de Ciganda, “Garcilaso” y Jesús Etayo, y entre sus actuaciones la repoblación de San Cristóbal<sup>228</sup>. Después de la Guerra Civil la Diputación local hará plantar 4.000.000 de árboles. Leoncio Urabayen, aplaudiendo esta iniciativa, augura que se seguirán de ella “importantes consecuencias de todos los órdenes que influirán sobre la vida entera de Navarra”<sup>229</sup>.

Si comparamos las imágenes y los tópicos empleados con el vascuence con los referidos a los bosques y las montañas, se observa una llamativa homotimia. El euskera retrocede, el bosque desaparece. El euskera aísla y protege, el bosque aísla y protege. El euskera es la nota definitoria de los vascos, éstos son los hijos de la montaña; el euskera se extendía en el pasado por toda Navarra, el bosque abarcaba toda Navarra. Bien es cierto que cada tópico no ha sido empleado con la misma intensidad ni frecuencia en ambos casos. Pero el simple hecho de que el recorrido de los discursos acerca del

---

<sup>225</sup> G [arcilaso], “La fiesta del Árbol”, en *D. N.*, 27-XI-1911. También *La Voz de Navarra* emprendió en el primer trimestre de 1924 una campaña en favor del arbolado. Cfr. Lurreko Gauzak, “Arboricultura municipal”, en *L. V. N.*, 26-I-1924.

<sup>226</sup> Garcilaso, “Movimiento patriótico en defensa de las selvas de Navarra” en *D. N.*, 5-VII-1918.

<sup>227</sup> G[arcilaso], “La Fiesta del Árbol en Pamplona”, en *D. N.*, 24-XI-1911.

<sup>228</sup> Cfr. Ángel Sáiz-Calderón, *Guía de Navarra 1929*, editada por el autor, Pamplona, 1930, p. 196. Más informaciones sobre la H. A. P. pueden encontrarse en Paz de Ciganda, “El árbol y el paisaje”, *Cultura Navarra*, nº 1, 1933. También “La Hermandad del Árbol y del Paisaje”, *D. N.*, 13-III-1932.

<sup>229</sup> L. Urabayen, *Geografía de Navarra*, op. cit., p. 60.

bosque y el vascuence describa cursos de trazados tan semejantes nos evidencia que uno y otro ocupan un mismo nicho en el “plano de las asociaciones”<sup>230</sup>. Esto significa que con ellos se han construido sintagmas hasta cierto punto equivalentes.

En la medida en que ambos términos constituyen depósitos de las esencias de la raza, puede procederse a la designación del uno con el otro. Para Inchaurredo el euskera es “selva milenaria”<sup>231</sup>. Y según Larramendi el término “vascuence” se deriva de la expresión “*basoco anza*”, la manera de hablar del bosque<sup>232</sup>. Es lógico, por tanto, que a decir de muchos la suerte del idioma esté vinculada a la del bosque. Arturo Campión, por ejemplo, afirma que “a la vez que los árboles se marcha el baskuence”<sup>233</sup>. Precisamente, uno de los cuatro remedios que da Blas Alegría<sup>234</sup> para evitar la desaparición del euskera es el apoyo a las iniciativas de la Hermandad del Árbol y del Paisaje.

Si agrupamos las afirmaciones precedentes en torno a los bosques y montañas queda patente su contribución a una lectura aislacionista de Navarra, esto es, conforme a la trama del *saltus*. Gracias a ellos Navarra queda separada del exterior, al amparo de los enemigos que inquietan su independencia y protegida de las enfermedades que amenazan su pureza. La memoria, la lengua y la identidad del país se conservan en las montañas. Sin embargo, y de forma similar a como sucedía con el euskera, la pureza reservada gracias a las montañas puede ponerse al servicio del Extraño o, al menos, de un ideal que desborda las fronteras de la tribu. La Reconquista de la Península, las carlistadas y la Cruzada de 1936 son buenas muestras de ello.

### **La sombra bendita de los fueros.**

‘Fueros: palabra mágica, que suena gratamente en los oídos de todo navarro, porque trae [...] a

---

<sup>230</sup> R. Barthes, “Elementos de semiología”, en *La aventura semiológica*, *op. cit.*, pp. 53 y ss.

<sup>231</sup> M. de Inchaurredo, *La Iglesia y el euskera*, *op. cit.*, p. 10.

<sup>232</sup> M. D. L. [Manuel de Larramendi], *Sobre la antigüedad y universalidad del Bascuence en España: de sus perfecciones y ventajas sobre muchas lenguas*, facsímil en Ediciones Vascas, San Sebastián, 1978, p. 61.

<sup>233</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie*, *op. cit.*, p. 26.

<sup>234</sup> B. Alegría, *op. cit.*, p. 88.

nuestros oídos los ecos de Borunda y Roncesvalles.”<sup>235</sup>

Un Navarro.

A partir de la Constitución de 1978 el proceso autonómico toma cuerpo en España. A diferencia de todas las demás regiones, Navarra se constituye en una ‘Comunidad *Foral*’. Su vía hacia la autonomía no es ni la del llamado ‘procedimiento típico’ (art. 143 y ss.), ni la del ‘procedimiento especial’ (art. 151 y ss.), ni la del ‘procedimiento excepcional’ (art. 144). Se trata de un caso único, puesto que se considera que ha disfrutado ininterrumpidamente de un régimen autonómico a través de sus fueros. Es significativo que, como alternativa a la incorporación al Estatuto de Gernika que defienden principalmente los nacionalistas<sup>236</sup>, los sectores antianexionistas postulan un ‘Amejoramiento del Fuero’ como fórmula de autogobierno.

Evidentemente el tema foral no era nuevo en Navarra. De hecho, no resulta exagerado afirmar que los fueros constituyen el tópico por excelencia de la política vasconavarra desde al menos 1876. A partir de entonces, con la derogación de los fueros vascongados<sup>237</sup>, el regionalismo local se agrupa en torno a la bandera de la reconstitución foral, reivindicación adoptada también por los carlistas y los nacionalistas<sup>238</sup>. Incluso antes de 1876 la promesa de conservar los fueros vasconavarros había jugado, a decir de algunos autores<sup>239</sup>, un papel decisivo en la finalización de la Primera Guerra Carlista. Durante la Gamazada, como se ha visto, el entusiasmo foral se extendió a toda Navarra. Cientos de plazas mayores recibieron el nombre de los fueros. Más tarde, hacia el año 1918 y de nuevo en 1932, los debates autonómicos giraron a

---

<sup>235</sup> Un Navarro, *La Tesis católica en Navarra o sea el programa de los católicos navarros*, Imp. y Lib. de Erice y García, Pamplona, 1901, p. 40. El anónimo autor parafrasea a Cesáreo Sanz y Escartín en su Discurso en el Congreso de los Diputados en mayo de 1893. (Cfr. J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 855).

<sup>236</sup> Pero defendida también por los carlistas de E. K. A., comunistas y, hasta principios de la década de los ochenta, por los socialistas. No faltaron incluso partidarios de algún tipo de unión con Vascongadas entre los centristas. Cfr. J. Andrés-Gallego, *op. cit.*, p. 204.

<sup>237</sup> Es preciso anotar marginalmente que no todos los autores han estado de acuerdo con el carácter abolicionista de 1876. Fermín de Lasala, por ejemplo, en su libro *Última etapa de la unidad nacional* (S. I., Madrid, 1924) sostiene que, de hecho, se confirmaron los fueros.

<sup>238</sup> Especialmente en los últimos años diversos historiadores han insistido en la existencia de un fuerismo liberal. Con todo Campión, cuyos orígenes están en el liberalismo, decía en referencia a la actuación de los liberales navarros en 1841 que ‘el liberalismo navarro odiaba los antiguos fueros’ (A. Campión, ‘Fuerismo, regionalismo y federalismo’, en *Obras Completas, op. cit.*, tomo XV, p. 155). Por lo demás hay que añadir que también el navarrismo adoptó a menudo la bandera de la devolución foral, como veremos próximamente.

<sup>239</sup> Cfr. Joxe Extramiana, *Historia de las Guerras Carlistas*, Haranburu, San Sebastián, 1979, tomo I, pp. 131 y ss.

menudo en torno a su reintegración<sup>240</sup>. En 1936, con el comienzo de la Guerra Civil, no sólo se declaró desde el primer momento la plena vigencia del estatuto jurídico provincial, sino que se realizaron una serie de gestos relativos a una próxima devolución foral<sup>241</sup>. Más adelante, durante el franquismo, el tema de los fueros continua presente, más que como una reivindicación autonomista como una necesidad de formalizar y divulgar la antigua legislación civil, vigente en virtud de 1841. Esta actividad derivó primero en la redacción del *Fuero recopilado de Navarra* (1959) y más tarde en la promulgación de un *Fuero nuevo* (1973)<sup>242</sup>.

En definitiva la palabra “fuero” con todos sus términos derivados (foral, foralismo, etc.), ha estado presente en los discursos políticos navarros desde hace más de un siglo. Ahora bien, ¿qué son exactamente los fueros? El *Diccionario de la Real Academia* recoge cuatro grandes acepciones:

- 1) “Ley municipal”.
- 2) “Jurisdicción”.
- 3) Nombre que se da a “algunas compilaciones de leyes”.
- 4) “Cada uno de los privilegios o exenciones que se conceden a alguna provincia, ciudad o persona”<sup>243</sup>.

Conforme a ello ha habido fueros no sólo en el país vasconavarro sino también en Aragón, Valencia, Cataluña, etc. Estos fueros se derogaron o, simplemente, quedaron sin efecto a causa de su carácter anacrónico durante los siglos XVII y XVIII<sup>244</sup>.

Quienes durante el siglo XIX exigieron la derogación de los fueros vasconavarros esgrimieron continuamente su doble carácter de privilegio y antigüedad obsoleta. Una muestra interesante de esta literatura antifuerista es el estudio de Francisco Calatrava, *La Abolición de los Fueros Vasco-Navarros*<sup>245</sup>. Según este autor

---

<sup>240</sup> Véanse las diversas intervenciones de la asamblea de 1918 en *La reintegración foral de Navarra. Acta de la asamblea celebrada en el palacio provincial el día 30 de Diciembre de 1918*, Imp. Provincial, Pamplona, 1919.

<sup>241</sup> J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, op. cit., pp. 59 y ss. También habla de reintegración foral su hijo Jaime Ignacio del Burgo, en su tesis doctoral, *Origen y Fundamento del Régimen Foral de Navarra*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1968, p. 475.

<sup>242</sup> F. Salinas, *Elementos*, op. cit., pp. 98 y ss.

<sup>243</sup> *Diccionario de la lengua castellana por la Academia española*, décima ed., Imprenta Nacional, Madrid, 1852. Voz “Fuero”.

<sup>244</sup> En Navarra la actividad legislativa de las Cortes hasta 1829 pudo paliar parcialmente esta postergación.

<sup>245</sup> Francisco Calatrava, *La Abolición de los Fueros Vasco-Navarros. Estudio político, histórico, crítico y filosófico de la Sociedad Española*, Imp. de Fortanet, Madrid, 1876, segunda edición. Otros ejemplos de literatura antifuerista son el folleto *Los fueros mirados a la luz de la historia, de la ley y de la razón*, (firmado por Un amante de la verdad y de la justicia, Imp. J. M. Martínez, Santander, 1876), y el célebre Manuel Sánchez Silva, *Crítica de los fueros de las Provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya*, Imp. de El Clamor público, Madrid, 1864, que recoge las discusiones habidas entre Sánchez Silva, Pedro Egaña y J. Aldamar.

los fueros eran simplemente una dispensa concedida por los reyes durante la Edad Media. Para la fecha en la que escribe se han convertido en unas ‘irritantes exenciones’<sup>246</sup> económicas y políticas. Es por ello, continúa, que en virtud del principio de igualdad entre todos los españoles se hace necesaria su abolición. Además, añade Calatrava, las provincias forales han mostrado una ‘negra ingratitud’ hacia el resto de la nación, apoyando las correrías de los carlistas. Reclaman para sí privilegios y libertades, pero para sus compatriotas desean la tiranía del absolutismo. Por todo ello, concluye, los fueros, como el derecho a vida y muerte de los señores sobre los vasallos, las galeras y la Inquisición, forman parte de un pasado que hay que desterrar:

‘Esos fueros, vetusta reliquia de unas ideas, de unas necesidades y de una edad que hace mucho tiempo pasaron, para no volver, son hoy el mayor de los anacronismos, la más insigne de las incoherencias y de las imprevisiones políticas, el más injusto y odioso de los privilegios, y una perenne causa de perturbaciones y guerras, de duelos y calamidades, de vergüenzas y desastres.’<sup>247</sup>

Como era de esperar la mayor parte de los autores locales ha rechazado estos calificativos<sup>248</sup>. En ese caso, ¿qué son?, ¿qué representan a su modo de ver? Las próximas páginas tienen como objetivo responder en extenso a estas preguntas. No tratan de analizar la gestación de la temática fuerista ni la realidad jurídica de los fueros, como tampoco las consecuencias de carácter económico o administrativo que se han derivado de su existencia. Su propósito reside más bien en ilustrar su lugar simbólico en la cultura política local. Durante toda nuestra exposición procuraremos poner de relieve la similitud entre las evocaciones de que son objeto y las de los bosques y el euskera.

El primer dato sobre el que hay que llamar la atención, por lo paradójico, es que los navarros, o al menos una parte importante de ellos, defendiendo a ultranza la validez de los fueros e incluso sintiéndolos como algo íntimo y esencial para su identidad, han desconocido de hecho en qué consistían. A este respecto, resulta ilustrativa la definición

---

<sup>246</sup> F. Calatrava, *op. cit.*, p. 1.

<sup>247</sup> *Ibidem*, pp. 1-2.

<sup>248</sup> No obstante para algunos liberales navarros, como García Goyena e Ilarregui (y en cierto modo también para Marichalar), los fueros constituyen una legislación medieval, con más interés histórico que político. Sin embargo hay que advertir que las cosas no están tan claras. García Goyena declaraba en *El Eco de Navarra* de 12-VII-1876: ‘Soy navarro y por consiguiente fuerista’.

que Mateico, uno de los personajes de la novela de Mariano Arrasate *Macario*, da a sus compañeros:

‘[...] los Fueros para nosotros son... No sé cómo explicarme, pero creo no faltar si digo que son casi como una parte de la religión.’<sup>249</sup>

En torno a este respetuoso desconocimiento conviene remarcar que los fueros no han tenido un significado demasiado preciso en el imaginario navarro, ni siquiera entre las clases lectoras. El propio Rafael Aizpún reconoce este hecho cuando constata que ‘lo que les acontece en general a todos los navarros, que sienten entrañablemente los Fueros, a veces sin conocerlos casi, les ha ocurrido un poco también a la mayor parte de sus dirigentes’<sup>250</sup>.

Indudablemente la sostenida ignorancia de los nativos en esta materia no ha impedido una adhesión constante, rayana en la veneración. Manuel Iribarren Paternáin advirtiendo este mismo fenómeno escribe amablemente:

‘Quizás [...] muchos navarros no sepan explicar, y menos definir, lo que por los Fueros en rigor se entiende. Pero todos los navarros sienten en lo más íntimo que es algo inherente a su naturaleza; algo que implica derechos y libertades y que afecta a su manera de ser; una herencia sacrosanta, en suma, que garantiza, de padres a hijos, la continuidad de las creencias y de las costumbres.’<sup>251</sup>

Esta dificultad para precisar qué son concretamente los fueros no deriva exclusivamente de una falta de interés. Más allá de su realidad jurídica los fueros son un significativo ideológico confuso. Y, a causa de ello, es mucho más fácil comenzar detallando *qué no son* los fueros en la opinión de la mayor parte de los escritores locales.

En primer lugar, se dice, los fueros *no son un privilegio*. Esta idea se repite una y otra vez, sistemáticamente, casi por precaución, haya o no haya en ese momento quién afirme lo contrario. Solamente para dar una idea de la difusión de esta teoría podemos

---

<sup>249</sup> M. Arrasate, *Macario*, *op. cit.*, p. 28.

<sup>250</sup> R. Aizpún *op. cit.*, p. 519.

<sup>251</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 400. Cfr. F. Salinas Quijada, *Estudios de Historia del Derecho Foral*, *op. cit.*, p. 29. El fuero, dice, es ‘sentido y amado por el pueblo navarro más que conocido. [...] los Fueros para el navarro son Navarra’.

enumerar algunos de sus más destacados portavoces: Hermilio de Olóriz<sup>252</sup>, Arturo Campión<sup>253</sup>, Javier Los Arcos<sup>254</sup>, Gervasio Etayo<sup>255</sup>, Gregorio Iribas<sup>256</sup>; Julio Altadill<sup>257</sup>; Constancio Marcilla<sup>258</sup>; Federico García Ezpeleta<sup>259</sup>; Bernardino de Estella<sup>260</sup>; Justo Garrán<sup>261</sup>; Rafael Aizpún<sup>262</sup>; Francisco Salinas Quijada<sup>263</sup>; Alvaro D'Ors<sup>264</sup>; Julio Gúrpide<sup>265</sup> y Raimundo Aldea<sup>266</sup>.

A pesar de su insistencia, la autoridad del diccionario no ha sido fácil de vencer. Fue precisamente para escapar a la identificación entre “fuero” y “privilegio”, que el nacionalismo vasco cambió el segundo término del lema euskaro de “*Jaungoikoa eta fueroak*” (Dios y fueros) por el neologismo “*lege zarra*” (ley vieja)<sup>267</sup>.

En segundo lugar, los fueros de *Navarra no son una simple recompensa otorgada por los reyes* en premio a servicios de algún tipo. Es representativa a este respecto la opinión expresada por Arturo Campión en 1876:

“Navarra no es una parte del territorio español al que los reyes de Castilla concedieran privilegios como recompensa de su ayuda en la obra de la Reconquista, sino un estado con propia y completa personalidad, poseedor de la plena y absoluta soberanía, creado por el esfuerzo de los valerosos montañeses

---

<sup>252</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 62.

<sup>253</sup> A. Campión, *Consideraciones acerca de la cuestión foral*, *op. cit.*, p. 8.

<sup>254</sup> J. Los Arcos, *op. cit.*, pp. 293 y ss.

<sup>255</sup> G. Etayo, *op. cit.*, p. 8.

<sup>256</sup> G. Iribas, *op. cit.*, p. 12.

<sup>257</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 830.

<sup>258</sup> C. Marcilla, “Régimen foral de Navarra”, en R. Gurrea ed, *op. cit.*

<sup>259</sup> F. García Ezpeleta, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 26.

<sup>260</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 292.

<sup>261</sup> Justo Garrán, “La Ley de 1841”, *op. cit.*, p. 72.

<sup>262</sup> Rafael Aizpún, “Prólogo” a F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 8.

<sup>263</sup> F. Salinas Quijada, *Temas de Derecho Foral*, *op. cit.*, p. 16.

<sup>264</sup> Alvaro D'Ors, “Fuero”, en *Pregón*, nº 89, 1966.

<sup>265</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral y española*, *op. cit.*, p. 37.

<sup>266</sup> R. Aldea, *Los Derechos de Navarra*, *op. cit.*, p. 18.

<sup>267</sup> Cfr. Sabino Arana, “Si son Fueros los Fueros vasko-nabarros”, en *La Patria de los vascos*, *op. cit.* No obstante el rechazo a la palabra fuero no es exclusiva del nacionalismo. También la rechazaba el liberal antivasquista Cayo Escudero y Marichalar. Cfr. *La discusión del código civil en el Senado el año de 1889 por lo que afectaba a Navarra*, Imp. Hijos de Montosio, Pamplona, 1899, p. 5. El propio Salinas Quijada (*Estudios de Historia del Derecho Foral*, *op. cit.*, p. 44) reconoce que “tal vez la palabra ‘foral’ no sea la más apropiada”.



en los ricos del Pirineo y emergido de manera de isla salvadora sobre las revueltas aguas de la invasión agarena.”<sup>268</sup>

Por este mismo motivo se insiste a menudo en que no es el interés pecuniario lo que se esconde detrás de las reivindicaciones foralistas. Julio Gúrpide<sup>269</sup> llega al extremo de negar todo contenido económico al fuero.

No obstante, hay que apuntar que esta negación es más que dudosa. No entra dentro de nuestros objetivos proceder a un análisis de las consecuencias prácticas del parcial mantenimiento de los fueros, pero a pesar de ello es importante constatar que su índole económica ha sido reconocida, al menos implícitamente, en más de una ocasión. Así por ejemplo, cuando en 1876 el joven Campi3n los defiende frente a las exigencias antifueristas, afirma que su abolici3n no daaará a los carlistas, sino a los intereses de las clases más cercanas al liberalismo<sup>270</sup>.

En tercer lugar, la mayor parte de los escritores navarros de nuestro período *ha negado que los fueros representen una legislaci3n obsoleta y superada por las disposiciones modernas*. La muestra de este rechazo nos la proporciona esta vez el navarrista Jaime del Burgo:

‘El sistema foral de Navarra no es una mera reminiscencia de viejos privilegios de soberanía regional. Los fueros representan el respeto a la personalidad humana y una serie de libertades, patrimonio jurídico del pueblo, que el propio Víctor Hugo confesó que eran más sustantivas que las inventadas por los revolucionarios del 79.’<sup>271</sup>

En torno a esta última alusi3n son muchos los escritores que han apelado al carácter democrático y humanista (en definitiva, ‘civilizado’) de los antiguos fueros. Campi3n destaca su ‘espíritu democrático y liberal’<sup>272</sup>. Altadill<sup>273</sup>-rebatiendo el parecer de Marichalar y Manrique- niega que con arreglo a ellos los seaiores tuvieran derecho

---

<sup>268</sup> A. Campi3n, *Consideraciones acerca de la cuesti3n foral*, op. cit., p. 9.

<sup>269</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral y espaola*, op. cit., p. 37. También en *Geografía e Historia*, op. cit., p. 298.

<sup>270</sup> A. Campi3n, *Consideraciones acerca de la cuesti3n foral*, op. cit., p. 11. También Gervasio Etayo reconoce el carácter económico de los fueros cuando escribe: ‘Lo principal de nuestros fueros consiste en la autonomía económico-administrativa, que hace de Navarra un Estado económico independiente.’ (G. Etayo, op. cit., p. 27).

<sup>271</sup> J. del Burgo, *España en paz. Navarra*, op. cit., p. 47.

<sup>272</sup> A. Campi3n, *Consideraciones sobre la cuesti3n foral*, op. cit., p. 8.

<sup>273</sup> J. Altadill, *Geografía general*, op. cit., p. 874.

de vida y muerte sobre los vasallos. También Francisco Javier Arvizu ha remarcado su ‘respeto a la personalidad humana’<sup>274</sup>. Para el nacionalista Zalba<sup>275</sup>, por último, la integridad de la persona y la inviolabilidad del domicilio, lejos de ser una conquista del derecho moderno, están recogidos en la legislación Navarra del siglo XII.

Los fueros, en definitiva, no son ni un privilegio injusto, ni una concesión caprichosa ni un anacronismo sin sentido. En todo caso hay que subrayar que la impugnación de este último rasgo no entraña la negación de la antigüedad de su origen. Todo lo contrario. Los fueros son eminentemente ‘ley vieja’, una herencia secular e inmemorial. Así, Hermilio de Olóriz los califica de ‘legado sacratísimo, conservado a través de los tiempos por la acrisolada virtud de los fieles hijos de Vasconia’<sup>276</sup>. En otro lugar declara meridianamente que ‘el fuero es lo pasado, lo tradicional’<sup>277</sup>. Cesáreo Sanz proclama que ‘no representan sólo la vida de las generaciones presentes, sino la vida de las generaciones que pasaron’<sup>278</sup>. Años más tarde, el navarrista Julio Gúrpide alude a los fueros como ‘herencia que hemos recibido de nuestros antepasados’<sup>279</sup>.

La comprensión de los fueros como legado de los ancestros no es una mera imagen poética o políticamente oportuna. Un jurista moderno como Francisco Salinas Quijada abunda también en ella, aunque sea en el contexto de un trabajo de divulgación. Su artículo sobre ‘El sentido religioso de las leyes forales’ termina con la siguiente reflexión:

‘Y en este patrimonio que nos dejaron los antiguos seguimos los navarros instituidos herederos.’<sup>280</sup>

Privilegio irritante o no, parece cierto que los fueros concretos de cada villa, que posteriormente se funden en el Fuero General de Navarra, provienen en buena parte de la Edad Media. Es interesante anotar que no faltan autores que creen posible la

---

<sup>274</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 44.

<sup>275</sup> J. Zalba, ‘La persona y el domicilio inviolables, ¿son una conquista del derecho moderno?’, en *Euskalerrriaren alde*, tomo XIV, 1924.

<sup>276</sup> H. de Olóriz, *Navarra en la guerra de la independencia*, *op. cit.*, p. 299. Cfr. Juan Iturralde, ‘Encargo honroso’, en *Revista Euskara*, 1880, p. 127: ‘gloriosas libertades que nuestros padres nos legaron [...] alma de esta tierra tan desgraciada como noble’. También para Pedro Uranga son ‘la herencia de nuestros padres’. Cfr. *La reintegración foral de Navarra*, *op. cit.*, p. 16.

<sup>277</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 127.

<sup>278</sup> ‘Discurso del señor Sanz’, en *El Eco de Navarra*, 28-VII-1893.

<sup>279</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral y española*, *op. cit.*, p. 20.

<sup>280</sup> F. Salinas, ‘El sentido religioso de las leyes forales’ en *Temas de Derecho Foral*, *op. cit.*, p. 89.

aplicación literal en los tiempos actuales de una parte sustantiva de aquella legislación medieval. Uno de los más entusiastas defensores de la idea es el navarrista Pedro Uranga, quien escribe en 1920:

“Apenas hay materia en que no sea útil desempolvar las viejas leyes [...] ¿Quién pudiera pensar que el retorno de un viejo capítulo del fuero autorizando las roturaciones comunales había de bastar hoy, siete siglos después, para suavizar el problema social en nuestra provincia? [...] Puede decirse que en el pasado están recopiladas enseñanzas para toda la vida social, que podrían algunas transplantarse sin mengua hasta mejor que los figurines jurídicos del extranjero con que se adornan a veces nuestras Gacetas.”<sup>281</sup>

La tesis de Uranga, en apariencia absolutamente extravagante, viene a ser parcialmente secundada por el anteriormente citado Francisco Salinas. Éste, hacia 1960, declara que algunas de esas leyes promulgadas por “los antiguos” pueden ser copiadas para su aplicación contemporánea “en toda su literalidad”<sup>282</sup>.

Es cierto que estas opiniones no pueden generalizarse. Buena parte de los intelectuales navarros admite que una sociedad moderna no puede regirse conforme a las disposiciones adoptadas hace cientos de años<sup>283</sup>. Ello no significa que desprecien los fueros como un factor clave del presente de Navarra, ni que acepten su carácter obsoleto. En este sentido, los fueros parecen haber sido objeto de un progresivo proceso de “estilización”. Paulatinamente dejan de comprenderse como un cuerpo de prescripciones concretas para pasar a concebirse como una facultad abstracta para disfrutar de cierta autonomía dentro del Estado. A este respecto Floristán Imízcoz<sup>284</sup> se ha referido a la “tergiversación con éxito” que supuso a principios del XIX la transformación de los fueros en una “constitución” de Navarra, que incluiría la división de poderes, el reconocimiento a los derechos individuales, la primacía de la ley, etc. En lo que atañe a nuestro período de estudio, los fueros son calificados en muchas

---

<sup>281</sup> Pedro Uranga, “Una mirada al pasado”, *op. cit.*

<sup>282</sup> F. Salinas, “Algunas consideraciones sobre los fueros en la legislación navarra” en *Temas de Derecho Foral*, *op. cit.*, p. 470.

<sup>283</sup> Cfr. la opinión de Pradera en *La reintegración foral de Navarra*, *op. cit.*, pp. 37 y ss. También G. Etayo, *op. cit.*, p. 7, y E. Esparza, *Discurso sobre el fuero*, *op. cit.*

<sup>284</sup> Alfredo Floristán Imízcoz, “Menosprecio y tergiversación de los fueros de Navarra a finales del Antiguo Régimen”, en AA. VV., *Cuestiones de Historia Moderna y Contemporánea de Navarra*, Eunsa, Pamplona, 1986. Al parecer, la primera ocasión en la que los fueros aparecen como constitución es en un folleto anónimo de 1808. La

ocasiones como “constitución”. La “tergiversación”, que según el profesor Floristán tiene un origen liberal, se encuentra también en autores notablemente alejados del liberalismo. Así, y nuevamente sólo por citar algunos nombres, podemos mencionar entre ellos a Víctor Pradera<sup>285</sup>, Francisco Javier Arvizu<sup>286</sup>, Eladio Esparza<sup>287</sup>, Rafael Aizpún<sup>288</sup> y Julio Gúrpide<sup>289</sup>. En fechas todavía más cercanas Jaime Ignacio del Burgo tituló *La Constitución Foral*<sup>290</sup> su folleto divulgativo sobre el régimen privativo de Navarra.

Pero, como hemos adelantado, esta estilización del fuero va todavía mucho más allá de la tergiversación constitucional. Los fueros se convierten en *espíritu*, en principio genérico de ordenación política, en criterio historiográfico que puede perdurar por encima de las modificaciones específicas. Un paso decisivo en esta dirección lo da Eladio Esparza en su *Discurso sobre el fuero*<sup>291</sup> y en su *Pequeña historia de Navarra*<sup>292</sup>. En esta última obra declara:

“*El Fuero no es solamente letra, sino principalmente espíritu, y lo esencial es que persevere el espíritu en las sucesivas e inevitables modificaciones y supresiones de la letra.*”<sup>293</sup>

Disintiendo manifiestamente de Salinas y Uranga, la opinión de Esparza parece negar toda actualidad literal a las viejas leyes. “El Fuero” escribe “es inservible como modalidad de la cultura de una época, pero *como expresión de la voluntad de nuestro pueblo, es perdurable*”<sup>294</sup>.

---

expresión se aplica con frecuencia durante el XIX. Valgan como muestras A. Ramírez Arcas, *op. cit.*, (especialmente pp. 89-90); F. Baztán y Goñi, *op. cit.* S. Olave, *Reseña histórica.*, *op. cit.*

<sup>285</sup> Víctor Pradera, *Regionalismo y Nacionalismo*, Imp. de ‘El Correo Español’, Madrid, 1917, pp. 41-42.

<sup>286</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 40. “Estos Fueros, verdadera Constitución de nuestros más lejanos antepasados”.

<sup>287</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 71.

<sup>288</sup> R. Aizpún, *op. cit.*, p. 514.

<sup>289</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral y española*, *op. cit.*, p. 65.

<sup>290</sup> Jaime Ignacio del Burgo Tajadura, *La Constitución foral*, TCP, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, s.f. En su tesis doctoral (J. I. del Burgo, *Origen y Fundamento del Régimen Foral de Navarra*, *op. cit.*, p.521) puntualiza que no puede equipararse el antiguo fuero con los modernos regímenes. Más adelante, no obstante, califica a 1841 de “auténtica Constitución actual de Navarra” (*Ibidem*, p. 526).

<sup>291</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el Fuero*, *op. cit.*

<sup>292</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*

<sup>293</sup> *Ibidem*, p. 75. Cursivas mías.

<sup>294</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el Fuero*, *op. cit.* Cursivas mías.

Julio Altadill es otro de los autores que más lejos ha llevado esta estilización. A su modo de ver, los fueros equivalen simplemente a la verdad, el derecho, la justicia y la razón<sup>295</sup>. El nacionalista Aguerre, por su parte, los comprende como “la facultad de regirse y gobernarse”<sup>296</sup>.

A través de este proceso de abstracción los fueros pierden acaso contenido material pero no importancia. Abandonan el plural y devienen una esencia moral, histórica y filosófica. Pasan a ser *el Fuero*. Éste, junto al Rey y la Cruzada, es uno de los grandes protagonistas de la *Pequeña historia*<sup>297</sup> de Esparza. Como sucedía con el euskera, ya no importa tanto su uso real, sus palabras concretas, como su contenido simbólico, su capacidad para unir la Navarra del pasado con la del presente. En virtud de este proceso los fueros se convierten en un adjetivo que apellida instituciones, carreteras, libros, etc., como un equivalente de lo navarro. Porque, como expresa perfectamente Hermilio de Olóriz, “Navarra y fueros son sinónimos”<sup>298</sup>.

Paulatinamente dejan de estar promulgados por autoridades concretas para aparecer como una emanación natural y casi espontánea del carácter de la raza. A decir de Lino Munárriz y Velasco son el “fruto de una elaboración jurídica secular, que brotó del modo de ser de la nación euskalduna”<sup>299</sup>. Otro tanto cree Justo Garrán, para quien los fueros han sido “elaborados por la tradición y responden al sentimiento natural del país”<sup>300</sup>.

El fuero no es un mero epifenómeno jurídico del modo de ser de la tribu. Es algo más, algo indisolublemente unido a la identidad colectiva. Francisco Javier Arvizu, por ejemplo, subraya que Navarra tiene el fuero “como tiene sus montes y sus ríos y otros accidentes geográficos y su especial y particular fisonomía”<sup>301</sup>. En él se localiza “la

---

<sup>295</sup> “Fuero equivale a derecho y derecho equivale a justicia y justicia equivale a razón y LA RAZÓN ES LA VERDAD.” (J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 830. Las mayúsculas son suyas.)

<sup>296</sup> Gurbindo [pseudónimo de J. Aguerre], “Gora Euzkadi”, en *Amayur*, 30-V-1931. “El Fuero es la facultad soberana de regirse y gobernarse, discernida íntegramente a la nación vasca por el órgano de sus estados tradicionales, dueños de contratar libre o confederalmente las vinculaciones que quieran”.

<sup>297</sup> E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*

<sup>298</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral, op. cit.*, p. 37. 86 años después el acérrimo navarrista Beruete venía a coincidir con Olóriz. “Navarra es Fuero y nada más que Fuero” (Francisco Beruete, “Navarra-Fuero”, en E. P. N., 13-III-1980, p. 2.)

<sup>299</sup> L. Munárriz, *Resumen histórico, op. cit.*, p. 20.

<sup>300</sup> Justo Garrán Moso, *op. cit.*, p. 10.

<sup>301</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 131.

esencia vital de Navarra”<sup>302</sup>. En consecuencia, concluye para aviso a las nuevas generaciones, “si un día le faltare el Fuero, Navarra ¡no sería Navarra!”<sup>303</sup>.

Herencia de los antepasados, constitución de Navarra, espíritu y esencia de su historia. Arturo Campión sintetiza oportunamente estas diversas facetas cuando los define como:

“[...] restos sagrados de nuestra antigua organización, viviente reliquia de nuestras pasadas grandezas, legado de la sabiduría de nuestros padres, símbolo de nuestra independencia, escudo de nuestras libertades [...]”<sup>304</sup>

Anteriormente hemos visto cómo para este último autor el euskera respondía exactamente al temperamento del país. Similarmente, para Arvizu y Aguado las tres instituciones fundamentales del derecho navarro (libertad de testar, usufructo foral y donaciones intervivos) corresponden “exactamente al espíritu del pueblo”<sup>305</sup>. También en el parecer de Francisco Salinas Quijada las leyes forales son el “producto de la conciencia regional”<sup>306</sup> y, como tales, responden perfectamente a sus necesidades. Su existencia, concluye, es “vital al espíritu de nuestro pueblo”<sup>307</sup>.

Repetidamente los fueros actúan como un factor de unión entre todos los buenos hijos del país, como un horizonte compartido y un legado heredado del pasado. Como dice Iribarren Paternáin, son el “sentimiento entrañable y fuerte que une a todos los navarros en las más difíciles coyunturas, siempre dispuestos a su defensa aun a costa de los mayores sacrificios”<sup>308</sup>.

El fuero, en definitiva, es esa energía que ha animado a Navarra a lo largo de su existencia, el *mana* interior que mueve y recorre su historia, aquello que enlaza las distintas generaciones y produce la cohesión y supervivencia de la tribu, esa fuerza a la que se debe todo lo que se es y todo cuanto se construye. Escribe Eladio Esparza:

---

<sup>302</sup> *Ibidem*. Cfr. con G. Etayo, *op. cit.*, p. 10: “esencias de nuestro ser colectivo”.

<sup>303</sup> *Ibidem*.

<sup>304</sup> A. Campión, *Consideraciones acerca de la cuestión foral*, *op. cit.*, p. 20.

<sup>305</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 145.

<sup>306</sup> F. Salinas Quijada, “La libertad de testar en Navarra”, en *Temas de Derecho Foral*, *op. cit.*, p. 16.

<sup>307</sup> *Ibidem*, p. 427.

<sup>308</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 399.

“Navarra, con su fuero en la entraña, defendiéndolo ardidamente, protegiéndolo con las garras de sus viejas águilas y luego con sus cadenas irrompibles, *ha sido feliz*, porque en él *ha podido mantener vivas la fe de su conciencia y la tradición de sus padres*. Se han labrado sus campos, se han repoblado sus bosques, se han abierto sus muchas carreteras, se han vigorizado sus instituciones, y junto a sus parroquias, pobladas y sus industrias prósperas, la probidad administrativa ha creado sus Municipios, de vida robusta.”<sup>309</sup>

A esas leyes y ordenanzas dispuestas en el pasado, en efecto, hay que agradecerles la situación benigna de Navarra y, en especial, que haya podido mantener la pureza espiritual de los primeros tiempos, esa inocencia primitiva que caracterizaba a los ancestros. Glosando esta teoría, declara Julio Gúrpide:

“[...] gracias a los Fueros nuestra provincia ha conservado puras sus costumbres y sus virtudes y ha impedido que en el país penetraran los errores religiosos y las doctrinas masónicas y liberales.”<sup>310</sup>

Como el vascuence, los bosques y las montañas, los antiguos fueros aíslan y protegen al país. Son la “salvaguardia de las buenas costumbres”<sup>311</sup>. Ahora bien, de su permanencia no se derivan exclusivamente consecuencias espirituales. Según Gúrpide también hay que agradecerles beneficios de orden más tangible, como el disfrute “de unos campos bien cultivados; de una ganadería floreciente, de unos bosques repoblados; de anchas y envidiadas carreteras; de múltiples centros benéficos; de una protección sincera a la Iglesia; de destacadas atenciones en materia docente; de instituciones prósperas industrialmente; de un desarrollo cultural manifiesto; y de una reconstrucción interesante de nuestras ruinas venerandas”<sup>312</sup>. En definitiva, “han sido y son todavía en gran parte la causa de esta reconocida grandeza espiritual, moral y material de Navarra”<sup>313</sup>.

Una vez más la idea no es privativa de los propagandistas como Gúrpide. De hecho, Juan Santamaría Ansa, un jurista que forma parte de la Comisión compiladora

---

<sup>309</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, op. cit., p. 85. Cursivas mías.

<sup>310</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral y española*, op. cit., p. 32.

<sup>311</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>312</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>313</sup> *Ibidem*, p. 29.

del Derecho privado Foral, lleva más lejos esta afirmación, al atribuir la supuesta armonía social de la provincia a sus antiguas instituciones legales.

“Y si Navarra mantiene un orden social perfecto y una práctica constante de ideales nobles, se lo debe en parte principal a la conservación de su Derecho y de sus instituciones seculares.”<sup>314</sup>

El que el euskera, los bosques y las montañas hayan sido reputados como los responsables de las mismas ventajas que los fueros no es en absoluto nada casual. La coincidencia no es gratuita porque, como afirmamos en el prólogo al capítulo y hemos tratado de resaltar en cada epígrafe, todos estos pasados-presentes se encuentran estrechamente vinculados entre sí<sup>315</sup>. Todos ellos son manifestaciones del “humen” de Navarra. Por consiguiente, como la suerte del vascuence está unida a la de los bosques, también el destino de los fueros se encuentra vinculado al del idioma:

“La lengua euskara debe conservarse, dice la ciencia; pero *la lógica añade*: la lengua es reflejo de la civilización de cada pueblo; *luego, si la lengua euskara debe conservarse, preciso es que se respeten también las instituciones de ese gran pueblo, modelo de nobles sentimientos y de venerables costumbres patriarcales.*”<sup>316</sup>

Dada esta conexión no puede sorprender que, como el euskera era reputado el idioma más viejo de la Tierra, Altadill sostenga que las leyes de Navarra son “las más antiguas del mundo”<sup>317</sup>.

---

<sup>314</sup> Juan Santamaría Ansa, “Derecho civil de Navarra”, en *Príncipe de Viana*, nº 62, 1956, p. 101.

<sup>315</sup> Anteriormente destacábamos cómo el euskera ha sido llamado “selva”. También las leyes han sido directamente relacionadas con los árboles. Así, a decir de Campión, “el maestro de los legisladores bizkainos fue el árbol” (A. Campión, “El Árbol de Guernica”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1922, p. 218.) Juan Aparicio, por último, compara al fuero con “un alto monte” donde “está Navarra reclusa, parapetada” (“Arquitectura y política navarras, o la sotana del Canónigo”, en *Pregón*, nº 38, 1953).

<sup>316</sup> Manuel Pérez Villamil, en *La Ilustración Católica*, 7 de octubre de 1881, citado por J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 860.

<sup>317</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 852. Es significativo apuntar que el origen del interés de Campión por la lengua vasca se encuentra en la abolición de los fueros vascongados. Son esclarecedoras sus palabras al comienzo de su *Gramática*: “El brutal despojo del que fuimos víctima a la terminación de la guerra civil, *me hizo comprender que había llegado la hora de combatir por retener todo lo que, siendo nuestro, se hallaba, a merced de su propia naturaleza, fuera del alcance inmediato del legislador.* Era imprescindible que *conservásemos nuestro espíritu, nuestro alma*, a fin de que nuestras esperanzas mereciesen este nombre y no el de ilusiones. Entonces me avergoncé de llevar sangre euskara en las venas y de ignorar la lengua nativa de los euskaros.” (A. Campión, *Gramática de los cuatro dialectos*, *op. cit.*, p. 9, cursivas mías.). Más adelante se dirige en euskera al vascohablante: “*Zuen lege zar benegarriyak galdu zñituzten atzo. Zorigaitz aundi bat da galtze au. Ez itzazu, arren, galdu orain zuen izkuntz paragabea; lotsen beteko zaituzte galtze orrec Jaungoikoaren eta kondairen aurrean.*” (*Ibidem*, p. 7). Tr.: “Ayer



A esta analogía hay que añadir otra de considerable importancia. Como sucedía con el euskera y los bosques, la pérdida de los fueros es achacable a los propios navarros y no tanto al extranjero opresor. Esta es al menos la opinión expresada por Eladio Esparza en su *Discurso sobre el Fuero*. La culpa de su lamentable estado, señala, ‘está en el corazón vacío de todos’<sup>318</sup>.

Hay más paralelismos entre el vascuence, los bosques y los fueros. Como en el caso de aquéllos la pervivencia de las antiguas leyes, se afirma, se debe a una intervención divina. Una autoridad en derecho foral como Francisco Salinas Quijada sostiene abiertamente esta teoría:

‘Muchas veces pienso, cuando después de leer el lenguaje de nuestro Fuero añoro la vida de la Navarra medieval, que *la subsistencia de nuestra legislación a través de tantos siglos es algo providencial que nos protege como una bendición del Cielo.*’<sup>319</sup>

Tal vez más claramente que en ningún otro lugar, la presencia de las tramas del *saltus* y el *ager Vasconum* es perceptible en los diversos tratamientos del tópico de los fueros. Por un lado, en efecto, nos encontramos ante una lectura de aquéllos como aislante, como escudo de los males que vienen del exterior y garantía de la pureza endógena. Así Modesto Falcón, en su alegato en favor de la codificación de los viejos fueros, señala que tienen la virtud ‘de abroquelarnos contra los embates de las revoluciones’<sup>320</sup>. Casi cuarenta años después Francisco Arvizu vuelve a afirmar la misma teoría<sup>321</sup>. En definitiva, y como señala el anónimo integrista que escribe en 1901 el folleto *La Tesis católica en Navarra*, ‘constituyen en España, a Navarra, un oasis en medio de esos arenales desiertos’<sup>322</sup>.

A menudo los fueros representan esa llave para el aislamiento que sustituye la carencia de un verdadero Estado. Son muchos quienes afirman que Navarra antes de

---

perdiste tus leyes venerables. No pierdas ahora, por favor, tu lengua incomparable; te cubriría de vergüenza esa pérdida delante de Dios y la historia.”

<sup>318</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el Fuero*, op. cit.

<sup>319</sup> Francisco Salinas Quijada, ‘El sentido religioso de las leyes forales en *Temas de Derecho Foral*, op. cit., p. 89. Cursivas mías.

<sup>320</sup> Modesto Falcón, ‘Codificación del Derecho Foral’, en *Navarra Ilustrada*, 1894.

<sup>321</sup> F. J. Arvizu, op. cit., p. 172.

<sup>322</sup> Un Navarro, *La Tesis católica en Navarra*, op. cit., p. 13.

1841 es un Estado independiente a casi todos los efectos<sup>323</sup>. Santos Landa proporciona a los niños una definición del fuero que, en su simplicidad, da en el centro de la cuestión:

‘[es] sencillamente  
ese derecho primario  
de administrar nuestra casa  
*sin intervención de extraños.*’<sup>324</sup>

Frente a esta concepción como aislante, se destaca poderosamente una lectura de los fueros desde la clave del pacto y la apertura. Ciertamente su carácter paccionado es aceptado por la práctica totalidad de los escritores locales, incluyendo aquéllos que como Olóriz<sup>325</sup> habitualmente emplean la trama del *saltus*. Sin embargo, el pacto al que se refieren estos últimos tiene lugar entre los propios vascones. Mientras, la lectura de las viejas leyes como pacto a la que nos referimos ahora, incorporando habitualmente la idea de ese pacto originario de carácter interno, se refiere a la formalización de una alianza con el Extranjero. Eladio Esparza ve en ella la clave histórica de Navarra:

‘Expresión auténtica y viva de esta voluntad de Navarra ha sido desde los hechos más remotos de su existencia, el pacto. Pacto el del siglo XI, pacto el del siglo XVI, pacto el del siglo XIX.’<sup>326</sup>

En cada ocasión Navarra renuncia a una parte de su soberanía -de sus “derechos”- a cambio de que el Extraño, más poderoso, le garantice el respeto a cierta autonomía -a ciertos “fueros”-. El pacto sella así una relación de amistad que, en las versiones más próximas al *ager*, se traduce en una fidelidad sin límites hacia el nuevo

---

<sup>323</sup> Valgan algunas muestras: J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 861; A. Campión, *Euskariana. Séptima serie*, *op. cit.*, pp. 359 y ss.; J. Los Arcos, *op. cit.*, p. 320; B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, p. 254; B. de Estella, *op. cit.*, p. 286 y ss. También, en fechas más recientes, J. I. del Burgo, *Origen y Fundamento del Régimen Foral de Navarra*, *op. cit.*, Pamplona, 1968, p. 28. Como curiosidad se puede anotar la discusión que recoge Manuel Azaña entre el radical socialista navarro Mariano Ansó y Sánchez Albornoz en 1931, dentro de los debates internos de Acción Republicana en torno a la Constitución. Cuando Sánchez Albornoz afirmó que en España nunca había habido naciones y Gabriel Franco pidió la igualdad tributaria, Ansó sostuvo “que Navarra fue *independiente* hasta ese año [1841]”. Cfr. Manuel Azaña, *Memorias políticas y de guerra*, Crítica, Barcelona, 1978, tomo I, pp. 130 y ss. Corchete mío.

<sup>324</sup> Santos Landa, *op. cit.*, p. 54. Corchete y cursivas míos.

<sup>325</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.* También Campión, “Fuerismo, regionalismo y federalismo”, *op. cit.*, pp. 148 y ss.

<sup>326</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el Fuero*, *op. cit.* El pacto del siglo XI es la unión de Navarra y Aragón con Sancho Ramírez. El del XVI la conquista de Navarra y el del XIX la ley de 1841. Esteban y Chavarría coincide en la opinión de Esparza. Cfr. su artículo “El Estatuto y el Fuero”, en *D. N.*, 4-VII-1936.

amigo y protector. Navarra abraza de corazón a España y lejos de convertirse en un mero cautivo que aprovecha la primera oportunidad para liberarse, pasa a defender con todas sus fuerzas la nueva patria común. Como dice el citado Esparza, deviene ‘escudo y defensa de España’<sup>327</sup>. El sacrificio de las Navas no deja de repetirse a lo largo de la historia: ‘Navarra se ha entregado con desinterés por España’<sup>328</sup>. Víctor Pradera, todavía más explícito, apela a los fueros como el ‘gran título de amor de Vasconia a España’<sup>329</sup>. A través de ellos y ‘en España realiza Vasconia su último destino social’<sup>330</sup>.

La insistencia en el carácter españolista del fuero reviste gran importancia. Continuamente, quienes compaginan el fuerismo con la idea de España han debido remarcar que la defensa de la antigua legislación no sólo no impide el sentimiento españolista sino que lo acrecienta<sup>331</sup>. Frente al nacionalismo independentista, la necesidad del ‘sano regionalismo’<sup>332</sup> de distinguirse de él vuelve esta afirmación en una exigencia fundamental. Contra los separatistas, que quieren romper el pacto, se destacan quienes pugnan por mantenerlo lealmente; contra quienes abominan al aliado y desean su ruina, están quienes permanecen fieles a su amistad incluso en las peores circunstancias. En definitiva, los fueros, lejos de constituir un aislante, un factor de autismo, aparecen como un agente de apertura al exterior. Es cierto que todavía ayudan a la conservación de la pureza del país, pero ésta pasa a ser una baza en favor de su sacrificio por España.

Como han mostrado las páginas anteriores, los fueros son la esencia de Navarra. Dada esta premisa es fácil concluir que, para el navarrismo, quienes deseen terminar con la alianza se conviertan en traidores a Navarra y en enemigos de las antiguas leyes. Así, según Gúrpide los separatistas vascos odian los fueros<sup>333</sup>. Para Justo Garrán han traicionado las tradiciones forales del país. Además, (escribe en 1935) se han aliado con fuerzas forasteras, con los republicanos laicos y socialistas. Fruto de ello es el estatuto

---

<sup>327</sup> *Ibidem*.

<sup>328</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral y española*, *op. cit.*, p. 40.

<sup>329</sup> V. Pradera, *El Misterio de los Fueros Vascos*, J. Rates, Madrid, 1918, p. 9.

<sup>330</sup> *Ibidem*, p. 21. Cfr. Pedro García Merino, ‘Presencia de los fueros’, en *Pregón*, nº 89, 1966.

<sup>331</sup> Cfr. F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 71. Cfr. Jaime Ignacio del Burgo, *Ciento veinticinco años de vigencia del Pacto-ley de 16 de agosto de 1841*, Gómez, Pamplona, 1966, p. 18: ‘el Fuero es esencia de España, patrimonio de España’. También para Manuel Iribarren el amor a los fueros de los navarros ‘lejos de atentar contra la unidad nacional, la robustece’ (M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 401.) Cfr. J. del Burgo, *España en paz. Navarra*, *op. cit.*, pp. 47-48 : ‘El amor a los fueros, común a todos los navarros, no impidió que Navarra estuviera presente en todas las coyunturas históricas en que peligraban la dignidad y la integridad de la patria hispana’.

<sup>332</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral y española*, *op. cit.*, p. 48.

<sup>333</sup> *Ibidem*, p. 47.

de Estella que renuncia a la “reintegración foral”<sup>334</sup> y que admite, con “criterio extranjerizado y disolvente”<sup>335</sup>, un principio ajeno al país como el sufragio universal. De pronto es el nacionalismo quien aparece claudicando ante el Extraño.

Es cierto que ese amor a España no implica ni una dejadez en la reivindicación de lo pactado, ni una absoluta sumisión al capricho del Extranjero, al menos nominalmente. Hacerlo equivaldría a rendirse a las acusaciones del *saltus*, aparecer como un agente de la desnaturalización. Pero para quienes como Aldea Eguílaz compaginan fuerismo y españolismo, las “exigencias” de Navarra “han sido siempre RACIONALES y PRUDENTES”<sup>336</sup>. Frente a la estrategia de ruptura del *saltus*, el *ager* esgrime la negociación y la buena voluntad como claves para relacionarse con el Extraño<sup>337</sup>.

El pacto con el Otro tiene dos momentos claves. El primero es la anexión (“*aeque principal*”) de Navarra y Castilla de 1515. De ella nos ocuparemos en el próximo capítulo. El segundo momento es el llamado Pacto-ley de 1841. Trataremos de él ahora.

Hasta fechas recientes<sup>338</sup> los autores navarros, al parecer sin ninguna excepción, han defendido el carácter pactado de la Ley de 1841. Así sucede con Campión<sup>339</sup>, Olóriz<sup>340</sup>, Altadill<sup>341</sup>, Iribas<sup>342</sup>, Garrán<sup>343</sup>, Esparza<sup>344</sup>, Aldea Eguílaz<sup>345</sup>, Oroz<sup>346</sup>, etc. Sin embargo, no existe la misma unanimidad a la hora de enjuiciar los efectos de dicha ley ni las condiciones reales del pacto. En primer lugar, y en cierta contradicción con su carácter paccionado, se ha insinuado que se impuso a Navarra por la fuerza. Otras

---

<sup>334</sup> J. Garrán, *El Sistema foral de Navarra*, op. cit., p. 112.

<sup>335</sup> *Ibidem*, p. 121.

<sup>336</sup> R. Aldea, *Los Derechos de Navarra*, op. cit., p. 19.

<sup>337</sup> Ocasionalmente no se descarta la posibilidad de una ruptura. Alvaro D'Ors (*op. cit.*), por ejemplo, escribe: “me atrevo a plantear así de grave el dilema de España: o fuero o... fuera”.

<sup>338</sup> Mari Cruz Mina ha cuestionado este carácter paccionado de 1841. Su tesis provocó no poca polémica. Cfr. M. C. Mina Apat, *Fueros y Revolución Liberal en Navarra*, Alianza Universidad, Madrid, 1981. I. Olábarri, “Génesis y significado de la ley de modificación de fueros (Ley Paccionada)”, en VV. AA., *Cuestiones de Historia Moderna y Contemporánea de Navarra*, op. cit.

<sup>339</sup> A. Campión, *La cuestión foral*, op. cit.

<sup>340</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, op. cit.

<sup>341</sup> J. Altadill, *Geografía general*, op. cit., pp. 834-836.

<sup>342</sup> G. Iribas, op. cit.

<sup>343</sup> J. Garrán, *El Sistema foral de Navarra y provincias Vascongadas*, op. cit.

<sup>344</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el fuero*, op. cit.

<sup>345</sup> R. Aldea, *Los Derechos de Navarra*, op. cit., pp. 16-17.

<sup>346</sup> L. Oroz, *Legislación administrativa de Navarra*, op. cit., p. 30 y ss.

ocasiones se ha dicho que supuso un engaño. También se ha afirmado que no fue plenamente legal, puesto que no se convocaron las Cortes del Reino para aprobar la modificación del régimen previo. Por último, se ha lamentado que Navarra no permaneciera unida a las diputaciones vascongadas en su negativa a toda modificación.

Olóriz recoge todos estos argumentos contra 1841 al tiempo que subraya su condición de pacto. El efecto de la Ley, dice, fue “muy dañoso para Navarra”<sup>347</sup>. De la antigua independencia, que incluía aduanas, cortes, ejército, moneda, etc., sólo quedaron vigentes “mezquinos restos”<sup>348</sup>. Con todo añade que “la debemos defender todos los navarros”<sup>349</sup>, pues el Extranjero todavía podría arrebatar esos derechos. Otro tanto piensan Arturo Campión<sup>350</sup> y Gregorio Iribas. Para este último la Ley, aunque supuso un “adiós a Navarra”<sup>351</sup>, debe ser defendida a toda costa.

Contrariamente a lo que podría pensarse, el rechazo a la ‘Ley paccionada’ no es exclusiva de los sectores nacionalistas y euskaros. Siquiera sólo demagógicamente, muchas voces navarristas se alzan contra ella. En 1934 Constancio Marcilla hace referencia al preliminar de 1841, la Ley “confirmatoria” de los fueros de 1839:

“Aquella fecha trazó la línea divisoria entre el ser y el no ser; antes de ella, Navarra *era*; después, Navarra *no es*.”<sup>352</sup>

Seis años después, en 1926, es el *Diario de Navarra* quien pide abiertamente la revisión de 1841<sup>353</sup>. Todavía en 1936 Miguel Ramón reclama su derogación desde las columnas de *El Pensamiento Navarro*<sup>354</sup>.

El rechazo a 1841 se extiende también a algunos escritores que se incorporaron de forma entusiasta al Movimiento Nacional. La crítica no siempre es tan dura como la de Marcilla pero no deja de ser suficientemente clara. Así, para Julio Gúrpide ‘la

---

<sup>347</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral*, *op. cit.*, p. 97.

<sup>348</sup> H. de Olóriz, *Navarra en la guerra de la independencia*, *op. cit.*, p. 299.

<sup>349</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 87.

<sup>350</sup> A. Campión, “Fuerismo, regionalismo y federalismo”, *op. cit.*, p. 159.

<sup>351</sup> G. Iribas, *op. cit.*, p. 29. Cfr. Javier Los Arcos, *op. cit.*, pp. 351 y ss. El autor compara los fueros que quedan después de 1841 con “una criatura raquítica y miserable” en la que los navarros han ido depositando todo su cariño.

<sup>352</sup> C. Marcilla, *op. cit.*, p. 6. Cursivas suyas. Añade luego “¡Ley fatal y funesta de tristísima recordación! Por virtud de ella perdió Navarra su independencia, quedando convertida en provincia española como otra cualquiera”.

<sup>353</sup> “La cuestión foral. Nuestra opinión”, en *D. N.*, 11-XII-1926.

<sup>354</sup> Miguel Ramón [¿M. A. Astiz?], “La Carta foral de Navarra”, en *E. P. N.*, 3-I-1936.

nefasta ley paccionada”<sup>355</sup> “dio al traste con la casi totalidad de nuestros fueros y acabó con las instituciones privativas más importantes de Navarra”<sup>356</sup>. Su origen lo cifra en las maniobras del ‘liberalismo extranjero’ para castigar la adhesión del país a la causa de la tradición<sup>357</sup>. La Ley “se impuso a nuestra provincia contra su voluntad”<sup>358</sup>. Bien es cierto, añade, que tras ella quedó en pie la “esencia del fuero”<sup>359</sup>, esto es, el Pacto.

Otro destacado navarrista, Justo Garrán, califica la Ley de ‘harto lacónica, excesivamente limitada y aun deficiente desde un punto de vista estrictamente foral, porque no tuvo la expresa conformidad de las Cortes de Navarra’<sup>360</sup>. Otras veces, por contra, se expresa de manera mucho más cauta:

‘La ley de 1841 es a un mismo tiempo destructora y conservadora de los fueros de Navarra. Sin embargo de lo que destruye, asienta una administración autónoma que ha sabido conservarse hasta nuestros días.’<sup>361</sup>

Como hemos visto, el carácter ambiguo de 1841 aparece ya entre los euskaros. Sin embargo, lo que para éstos es simplemente el lado positivo de una ley nefasta, para Garrán parece ser una puerta abierta con timidez hacia una consideración más favorable.

Porque, en efecto, la defensa plena de 1841, no ya como un mal menor que convenía mantener hasta que las circunstancias fueran propicias para la reintegración foral, sino como una ley benigna es muy rara. Una de las voces más atrevidas en este sentido es la de la Eladio Esparza. Así, en su ‘provocador’ *Discurso sobre el fuero* declara que “aquel pacto ha dado en favor de Navarra mucho más de lo que su letra contiene y que sólo por ese detalle merece un monumento”<sup>362</sup>.

A pesar de la postura de Gúrpide, puede sostenerse que genéricamente después de 1936 se aprecia algún cambio en el tratamiento de 1841. Sin llegar a una reivindicación a ultranza, las opiniones de los navarristas se muestran más moderadas,

---

<sup>355</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral y española, op. cit.*, p. 68.

<sup>356</sup> *Ibidem*, p. 245.

<sup>357</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>358</sup> *Ibidem*, p. 245.

<sup>359</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>360</sup> J. Garrán, *El Sistema foral de Navarra y provincias Vascongadas, op. cit.*, p. 210.

<sup>361</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>362</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el Fuero, op. cit.*

más realistas. Un ejemplo claro de este movimiento es el dictamen de Justo Garrán en 1941, cuando se cumple un siglo de la promulgación de la Ley:

‘Resulta de aquí [de 1841] una moderada y pacífica autonomía rica en elementos consuetudinarios y vivificada por el espíritu religioso y tradicionalista del país.’<sup>363</sup>

Otra muestra significativa de este cambio son las reflexiones que por estas mismas fechas realiza el Conde de Rodezno. Casi sin excepciones, recuerda, los hombres ilustrados de la provincia han arremetido contra la Ley-Paccionada, exigiendo sistemáticamente su completa derogación.

‘Pero sea lo que quiera de eso, que delicado y arduo punto es para tratarlo de prisa, no hay duda que la Ley de 1841, contemplada hoy en una perspectiva ya secular, cobra una dimensión inexistente para sus contemporáneos y que puede considerarse en esta consecuencia evidente: Cien años de mantenimiento de una singularidad privativa, a través del siglo de la historia más propicio a las veleidades tornadizas.

Esto ya es algo. [...] Las cosas son como son y no como quisiéramos que fuesen.’<sup>364</sup>

La defensa, como puede verse, no es demasiado clara y en algunos momentos tiene hasta un cierto aire vergonzante. Incluso el *Navarra. Ensayo de biografía* de Manuel Iribarren no llega a definir una apología directa de 1841. Por un lado, el autor recuerda que, gracias a dicha Ley, Navarra conservó ‘cierta autonomía administrativa y económica’<sup>365</sup>. Pero punto y seguido añade que la rebajó de reino a simple provincia sin ninguna facultad legislativa real<sup>366</sup>. Más adelante matiza que tuvo defensores como Pablo Ibarregui y Fulgencio Barrera. Pero finaliza añadiendo que ‘hirió los sentimientos de Navarra’<sup>367</sup>.

---

<sup>363</sup> Justo Garrán, ‘La Ley de 1841’, *op. cit.*, p. 74. El corchete es mío.

<sup>364</sup> ‘El Vicepresidente de la Diputación Foral, de 1941, Sr. Conde de Rodezno, conmemora la Ley paccionada de 1841’, en *Príncipe de Viana*, nº 4, 1941, pp. 57-58.

<sup>365</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 402.

<sup>366</sup> *Ibidem.*

<sup>367</sup> *Ibidem.* Como anécdota añade que Fulgencio Barrera, uno de los artífices de la Ley, tuvo que ser enterrado por la noche y en secreto, para evitar la ira popular.

Por otro lado, es interesante anotar que a menudo la Ley de 1841 ha sido descrita como un sacrificio costosísimo. Navarra pierde aduanas, moneda, capacidad legislativa y judicial, etc. Como sucedía con las Navas de Tolosa y la Guerra de la Independencia Olóriz piensa que el sacrificio no ha recibido la merecida recompensa. “¿De qué sirvió la inmolación de tantas y tan hermosas libertades? ¿De qué el sacrificio de tan pingües tributos?”<sup>368</sup>. Añade Campi3n que, mientras Navarra ha cumplido a rajatabla todo lo pactado, el aliado se comporta deslealmente, como un enemigo, buscando la ruina de esta tierra y procurando su completa asimilaci3n<sup>369</sup>. La misma opini3n mantiene Gervasio Etayo:

‘Esta ha sido siempre la relaci3n de Navarra en sus relaciones con el Gobierno. Ella cumpliendo religiosamente sus deberes, cediendo de sus derechos y arruinándose con voluntarios sacrificios en beneficio del Estado, al paso que 3ste desconoce nuestros derechos, no cumple sus deberes y maquina contra nuestros intereses. ¡Pobre Navarra!’<sup>370</sup>

Las ideas del sacrificio y de la ingratitud no aparecen s3lo en los escritos m3s cercanos al nacionalismo y los euskaros. La intervenci3n de Javier Los Arcos en 1894 gira constantemente en torno a esta idea<sup>371</sup>. Para Gregorio Iribas, Navarra, “en su amor a Espa3a, estaba dispuesta a sacrificar su independencia para no ser estorbo a la unidad nacional”<sup>372</sup>. Gervasio Etayo habla de su “abnegaci3n extraordinaria”<sup>373</sup>. Destacados navarristas como del Burgo<sup>374</sup>, Arvizu<sup>375</sup> y G3rpide<sup>376</sup> abundan en la tem3tica del

---

<sup>368</sup> H. de Ol3riz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 113. Cfr. H. de Ol3riz, *La cuesti3n foral*, *op. cit.*, pp. 12-13: “Las leyes mencionadas representan cuantiosos sacrificios realizados sin compensaci3n por Navarra en bien de la unidad constitucional.”

<sup>369</sup> A. Campi3n, “Or3genes y desarrollo del regionalismo nabarro”, en *O. C.*, *op. cit.*, tomo XXV, p. 285: “Nabarra, por su parte, ha cumplido, con exceso, todas las obligaciones que le impuso la ley del 41; no as3 el Estado espa3ol que ha barrenado y desconocido cuantas veces le convino sus art3culos [...]”. Opini3n similar sustenta B. de Estella, *op. cit.*, pp. 294-295: “En la pr3ctica apenas si se cumple por parte de Espa3a la Ley del 41 [...]. Nabarra, entre tanto, ha cumplido con inmerecida exactitud sus compromisos.”

<sup>370</sup> G. Etayo, *op. cit.*, p. 23.

<sup>371</sup> J. Los Arcos, *op. cit.*, p. 345: “¿C3mo hab3amos de creer que, andando los tiempos, todos aquellos sacrificios que entonces hizo Navarra, toda la abnegaci3n que entonces tuvo, todo el patriotismo de que entonces dio muestra se hab3a de olvidar un d3a en que se tratase de regatear y mermar lo poco que conserva?”.

<sup>372</sup> G. Iribas, *op. cit.*, p. 36.

<sup>373</sup> G. Etayo, *op. cit.*, p. 17.

<sup>374</sup> J. I. del Burgo, *Origen y Fundamento del R3gimen Foral*, *op. cit.*, p. 525. Seg3n escribe este mismo autor en *Ciento veinticinco a3os de vigencia del Pacto-ley*, *op. cit.* p. 16, la propia Navarra toma la iniciativa de renunciar a sus fueros porque “lo consideraba incompatible con la realidad constitucional de Espa3a”.

<sup>375</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 173.



sacrificio. Una de las voces más significativas a este respecto es la del sempiterno secretario de Diputación, Luis Oroz.

‘Navarra ha cumplido fiel y puntualmente, hasta con exceso, todos sus compromisos. En cambio el Estado, parece que encuentra singular predilección en cercenar cada vez más los derechos forales, hasta dejarlos reducidos, como hoy se encuentran, a la más mínima expresión y a punto de ser suprimidos por completo.’<sup>377</sup>

Como el euskera, las montañas y los bosques, los fueros agonizan. Con su declive está amenazada la identidad del grupo. Sin duda los extranjeros desean su ruina. Pero la responsabilidad principal pertenece nuevamente a los propios nativos. Los navarros contemporáneos, dice Gúrpide, mantienen una ‘ignorancia culpable’<sup>378</sup> respecto a los fueros. Sus predecesores, en cambio, ‘tenían un conocimiento exacto’<sup>379</sup>. ¿No se avergüenzan muchos nacionalistas de no saber euskara? Es preciso que los fueros se divulguen entre las clases populares, que los conozcan y practiquen. Diversos textos, muchos de ellos publicados en prensa, firmados por Salinas, Oroz, Aldea, etc., tienen este objetivo.

La supervivencia de la lengua exigía la racionalización del *batua*, la unificación y formalización de las gramáticas. También los fueros exigen una codificación que impida su desconocimiento y su olvido<sup>380</sup>. Gracias a ella se consigue en 1973 el milagro de revivir las viejas leyes, ingratamente olvidadas. Una institución habrá velado hasta entonces por la conservación en lo posible de los fueros y usos del país: la Diputación Foral de Navarra.

### **La casa de los navarros.**

La España de la Restauración desconfía profundamente de sus instituciones. El sistema de turno y la ausencia de una carrera burocrática profesional provocan que cada cambio de gobierno remueva de arriba abajo las administraciones públicas. Miles de

---

<sup>376</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral*, *op. cit.*, p. 40.

<sup>377</sup> L. Oroz, *Legislación administrativa de Navarra*, *op. cit.*, p. 36.

<sup>378</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral y española*, *op. cit.*, p. 30.

<sup>379</sup> *Ibidem*.

<sup>380</sup> En torno al significado de la codificación cfr. B. Feliu, *op. cit.* F. Salinas, *Elementos de derecho civil*, *op. cit.*, pp. 87 y ss. Del propio Salinas *Estudios de Historia del Derecho Foral*, *op. cit.*, pp. 32 y ss.

cesantes quedan sin trabajo, a la espera de que la situación vuelva a invertirse. Sus sucesores, mientras tanto, se dejan corromper fácilmente, sabedores de la precariedad de su posición. En provincias esta situación es todavía más grave, hasta el punto que, según Joaquín Costa, la principal función de los gobernadores civiles es la de servir como órgano de comunicación entre los caciques locales<sup>381</sup>. La denuncia de esta corrupción del poder es precisamente uno de los tópicos más frecuentes de la cultura española de la época<sup>382</sup>.

En este contexto de desconfianza respecto a las administraciones públicas sorprende el excelente crédito de la Diputación Foral y Provincial de Navarra, por encima habitualmente de las feroces disputas partidistas. Su prestigio es tanto más llamativo si se tiene en cuenta que nace de la aplicación de una ley tan discutida como la de 1841. Que esta reputación se asiente o no en actuaciones objetivas no es algo que vayamos a analizar ahora. Como en los epígrafes anteriores más que ocuparnos de la ‘realidad material’ de Diputación, nos interesa su realidad simbólica, su lugar en los discursos locales. Para ello haremos un compendio de los principales atributos con que se la reviste.

Desde que a mediados del XIX, y al igual que sus homólogas vascongadas, la Diputación navarra fuera reconocida como un órgano de resistencia frente al poder central, la custodia de los fueros ha constituido su labor política más importante. En palabras de Pablo Ibarregui, uno de los negociadores de 1841, es la ‘fiel guardadora de las instituciones del país’<sup>383</sup>. A su cargo se encuentra la defensa de los intereses de Navarra, lo que necesariamente entraña la de sus leyes viejas. Como escribe Gervasio Etayo durante la Gamazada, es ‘la Corporación encargada de guardar incólume el tesoro sagrado de nuestros derechos’<sup>384</sup>. Cerca de cincuenta años más tarde Julio Gúrpide la define ‘celosa guardiana de sus fueros, austera e impulsora de la vida total de la provincia’<sup>385</sup>. No en vano, y en opinión de Baleztena y Astiz, es ‘la casa de los navarros’<sup>386</sup> por antonomasia.

---

<sup>381</sup> Citado por Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de Cultura Española (1885-1936)*, Tecnos, 3 edición, Madrid, 1973, p. 63.

<sup>382</sup> *Ibidem*, pp. 132 y ss.

<sup>383</sup> P. Ibarregui, ‘Memoria sobre la Modificación de los Fueros’, *op. cit.*, p. 77.

<sup>384</sup> G. Etayo, *op. cit.*, p. 27.

<sup>385</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral, op. cit.*, p. 11.

<sup>386</sup> D. Baleztena y M. A. Astiz, *op. cit.*, p. 209. Más adelante la llaman la ‘Casa de Navarra’ (*Ibidem*). Cfr. Ángel García-Sanz Marcotegui, *Caciques y políticos forales. Las elecciones a la Diputación de Navarra (1877-1923)*, I. G.

Las diputaciones provinciales se crean en todo el Estado hacia 1837, pero la Diputación Navarra -que ha reclamado siempre para sí el título de ‘Foral’<sup>387</sup>- se vindica sucesora de la antigua Diputación del Reino. Esta pretensión explica posiblemente el número de sus componentes: siete, los mismos que la antigua corporación<sup>388</sup>. La presencia en su interior del gobernador civil como presidente ha sido considerada habitualmente testimonial<sup>389</sup>. Por lo demás, esa aspiración a aparecer como heredera del Antiguo Reino ha sido ampliamente reconocida por los escritores locales. Raimundo García “Garcisalo”, haciéndose eco del mal estado de la antigua corte de Olite, llama a la citada corporación “vestigio vivo de aquel poder soberano”<sup>390</sup>. Luis Oroz<sup>391</sup> y Constancio Marcilla insisten en la misma identificación. Este último otorga a la corporación navarra la capacidad de un auténtico Estado:

‘La Diputación [...] es sucesora de los antiguos Consejo de Navarra y Diputación del Reino [...] es un verdadero poder con fuerza para mandar y hacer que se ejecute lo mandado [...] es un verdadero poder soberano.’<sup>392</sup>

En la medida que es la legítima heredera del viejo poder independiente, la Diputación contemporánea detenta algunos atributos propios de su predecesora. A este respecto es significativo que Miguel de Inchaurren se llame a sí mismo “súbdito”<sup>393</sup> de Diputación. También lo es que Máximo Ortabe, al ofrecer sus versos al Conde de Rodezno, por entonces vicepresidente de la corporación, lo haga regir ‘los destinos deste [sic] Viejo Reyno de Navarra’<sup>394</sup>. Todavía más explícita es la dedicatoria con que

---

Castuera, Torres de Elorz, 1992, p. 18. El autor refiere cómo Diputación era popularmente conocida como “la casa grande”.

<sup>387</sup> El adjetivo no siempre ha sido reconocido por los gobiernos centrales, que la apellidaban simplemente ‘provincial’. Según Jaime Ignacio del Burgo, hacia 1946 Diputación suprime de sus documentos oficiales toda alusión a su carácter ‘provincial’. Cfr. J. I. del Burgo, *Origen y Fundamento del Régimen Foral*, *op. cit.*, p. 348.

<sup>388</sup> Las demás diputaciones provinciales tenían un número de diputados mucho mayor. Debo esta información a D. Ángel García-Sanz, quien la expresó en el curso de doctorado sobre ‘Elecciones, partidos y prensa en Navarra (1876-1923)’, celebrado en el Departamento de Historia de la Universidad Pública de Navarra durante el año académico 1994/95.

<sup>389</sup> Como anécdota se puede contar el ‘descuido’ de Gervasio Etayo en su reseña de la Gamazada, cuando llama ‘presidente’ de Diputación a su vicepresidente Eseverri, olvidando al gobernador civil. Cfr. G. Etayo, *op. cit.*, p. 58.

<sup>390</sup> [R. García], Garcilaso, ‘El castillo de Olite se hunde’, en *D.N.*, 29-XI-1911, p. 1.

<sup>391</sup> L. Oroz, ‘La Diputación Foral’, en *D. N.*, 18-VII-1920. Suplemento al II Congreso de E. I.

<sup>392</sup> Constancio Marcilla, *op. cit.*

<sup>393</sup> M. de Inchaurren, *La Iglesia y el euskera*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>394</sup> M. Ortabe, *Jalones del Camino*, *op. cit.*, p. 15.

la Comisión de Monumentos ofrenda su monográfico sobre Sancho el Fuerte y la batalla de las Navas de Tolosa:

“A la Excma. Diputación foral y provincial de Navarra, genuina representante y heredera legítima de las glorias de este antiguo Reino.”<sup>395</sup>

Al parecer, la labor de las diputaciones provinciales en el resto de España era muy discreta, siempre a la sombra de los gobernadores civiles, que eran quienes verdaderamente dirigían las provincias. En Navarra, al menos si hemos de creer a nuestros escritores, sucede justamente todo lo contrario. Para Javier Los Arcos Diputación ‘hace respecto de Navarra casi todo lo que el gobierno hace respecto de España’<sup>396</sup>. Raimundo Aldea le arroga con las tres notas distintivas de los estados independientes: ‘en materia foral, es un verdadero poder legislativo [...] un verdadero poder ejecutivo [...] y es un verdadero poder judicial’<sup>397</sup>. En definitiva, y en palabras de Jaime Ignacio del Burgo, es el ‘auténtico gobierno de Navarra’<sup>398</sup>.

Además de heredera del Antiguo Reino, la Diputación provincial es acreditada como un poder democrático y legítimo, verdadero representante de la voluntad del pueblo navarro. Valgan tres muestras suficientemente representativas: Hermilio de Olóriz la califica de ‘genuina representación del país navarro’<sup>399</sup>. Para el Conde de Rodezno es el ‘órgano más representativo de Navarra’<sup>400</sup>. En la misma línea, Gregorio Iribas emplaza en 1894 a todos sus paisanos a unirse en torno a la corporación, su auténtico representante<sup>401</sup>.

En esta doble condición de verdadero portavoz de la voluntad de los navarros del presente y heredera legítima de los navarros del pasado, la Diputación foral se yergue como el tutor moral de la provincia. Ella orienta su vida histórica desde 1841, ella vela por la continuidad de las viejas costumbres, de los monumentos, de la lengua. Como dice Javier Los Arcos en su célebre discurso contra Gamazo, los navarros,

---

<sup>395</sup> B. C. M. H. A. N., cuaderno 9, 1912. Hoja sin numeración detrás de portada.

<sup>396</sup> J. Los Arcos, *op. cit.*, p. 337.

<sup>397</sup> R. Aldea, *Los Derechos de Navarra, op. cit.*, p. 91.

<sup>398</sup> J. I. del Burgo, *Origen y Fundamento del Régimen Foral, op. cit.*, p. 418. Más adelante destaca su ‘honrada administración’ (p. 524).

<sup>399</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral, op. cit.*, p. 57.

<sup>400</sup> ‘El Vicepresidente de la Diputación Foral de 1941, Sr. Conde Rodezno, conmemora la Ley Paccionada de 1841’, *op. cit.*, p. 59.

<sup>401</sup> G. Iribas, *op. cit.*, p. 8.

“[...] estamos constantemente acostumbrados a ver en aquella Diputación foral y provincial, último resto de nuestra autonomía, no solamente la salvaguardia de todos nuestros derechos y especial legislación, sino también la guía de nuestra conducta y el regulador de nuestros pasos y deseos [...]”<sup>402</sup>

El Conde de Rodezno condensa todos estos atributos cuando alude a ella como “genuina representación de nuestro pueblo, continuadora, en lo posible, de sus antiguos poderes soberanos” y “guía del espíritu navarro”<sup>403</sup>.

Dado este papel es lógico que la institución de las diputaciones, tan poco prestigiosa en casi toda España, haya obtenido en Navarra una adhesión casi ilimitada. Según Raimundo Aldea sus conciudadanos tienen “ciega confianza”<sup>404</sup> en ella. Cuando se produce la manifestación fuerista de 1893, según relata Olóriz, fiel “cronista” de los hechos, las masas exclaman: “¡Que la Diputación mande y nosotros obedeceremos!”<sup>405</sup>. El viaje a Madrid por estas fechas para discutir el proyecto de presupuestos de Gamazo aparece con una aureola mítica. A la vuelta de su misión recibe homenajes multitudinarios en cada pueblo por el que pasa<sup>406</sup>. No en vano, uno de los detonantes que deciden la entusiasta participación de Navarra en la Cruzada, a decir de Manuel Iribarren, es justamente el intento por parte del gobierno republicano de sustituir arbitrariamente la Diputación<sup>407</sup>. También en esta ocasión ésta ejerce su liderazgo sobre los navarros, conminándoles a tomar las armas<sup>408</sup>.

Como en el caso de los fueros, la actuación de Diputación produce dos grandes clases de beneficios: los de orden moral y los de orden material. Esta es al menos la opinión del navarrista Julio Gúrpide:

---

<sup>402</sup> J. Los Arcos, *op. cit.*, p. 268.

<sup>403</sup> Conde de Rodezno, “Nuestros Propósitos”, *op. cit.*, p. 5.

<sup>404</sup> R. Aldea, *Los Derechos de Navarra*, *op. cit.*, p. 9.

<sup>405</sup> H. de Olóriz, *La cuestión foral*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>406</sup> *Ibidem*, cap. IX.

<sup>407</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, pp. 403.

<sup>408</sup> Cfr. J. I. del Burgo, *Origen y Fundamento del Régimen Foral*, *op. cit.*, p. 475. T. Toni, *op. cit.*, p. 29. F. J. Arvizu, *op. cit.*, pp. 87 y 121.

‘Para los navarros su Diputación es la garantía más segura de una austera y recta inversión de los fondos y riquezas, así como de un destacado progreso moral y material.’<sup>409</sup>

Respecto a sus efectos morales hay que señalar que la corporación es calificada repetidamente de “supervivencia del patriarcalismo”<sup>410</sup>. Vela incansable y celosamente por mantener puras las costumbres de su grey. Esta labor se complementa, a decir del padre Vera, con su “hoble empeño en resucitar las antiguas glorias”<sup>411</sup> de Navarra.

Respecto a los beneficios materiales los aduladores destacan su acertada actuación en todos los ámbitos, especialmente en lo que se refiere a carreteras<sup>412</sup>, política forestal<sup>413</sup>, agrícola<sup>414</sup>, económica<sup>415</sup> y artística<sup>416</sup>.

Buena parte del secreto de su benigna actuación se debe a su austera y ejemplar organización administrativa. En efecto, asiente Manuel Iribarren, la Diputación navarra es “modelo de probidad administrativa”<sup>417</sup>. También para el diputado Los Arcos es un “modelo de moralidad y economía”<sup>418</sup>. Otro tanto afirma el fundador de Falange, Julio Ruiz de Alda, quien destaca la “magnífica labor y eficacia de nuestra Diputación Foral”<sup>419</sup>. Frente a las corruptas administraciones del resto del Estado, puestas al servicio de intereses privados y de partido, la navarra está exclusivamente orientada hacia el bien de la provincia. Escribe Julio Altadill:

‘Los desfalcos, falsificaciones, agiotages [sic], ocultaciones, irregularidades y demás maravillosos juegos de manos que diariamente amenazan la administración pública fuera de Navarra, son aquí palabras que sobrarían en el

---

<sup>409</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral*, *op. cit.*, p. 289.

<sup>410</sup> F. García Sanchiz, *Navarra*, *op. cit.* Otro tanto hace Salvador Echaide, ‘La Diputación de Navarra. Su origen y organización’, *op. cit.*, p. 97.

<sup>411</sup> P. Vera, *op. cit.*, p.7.

<sup>412</sup> Leoncio Urabayen, *Una interpretación de las comunicaciones en Navarra*, Imp. de la Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián, 1927, p. 6 y ss.

<sup>413</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral*, *op. cit.*, pp. 33-35.

<sup>414</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 525 y ss.

<sup>415</sup> L. Urabayen, *Oroz-Betelu*, *op. cit.*

<sup>416</sup> Conde de Rodezno, ‘Nuestros propósitos’, *op. cit.*

<sup>417</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 403.

<sup>418</sup> J. Los Arcos, *op. cit.*, p. 335.

<sup>419</sup> Julio Ruiz de Alda, *Obra completa*, Ediciones FE-Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, ¿Barcelona?, 1939, pp. 230-231.

Diccionario foral, porque no se recuerda un sólo hecho al que puedan aquéllas aplicarse.”<sup>420</sup>

La misma idea venía a expresar el euskaro Salvador Echaide cuando contrapone “huestro sencillo, económico y descentralizador organismo administrativo” al “complicado, dispendioso y centralizador de las demás provincias”<sup>421</sup>. La curiosa lección de política que da Dionisio de Ibarlucea a sus alumnos en 1886 está en perfecta consonancia con esta teoría:

“La Administración especial de Navarra se distingue por su descentralización y por su foralidad, pues la diputación no procede nunca arbitrariamente.”<sup>422</sup>

Es a causa de las ventajas de uno y otro tipo que, como escribe Vera e Idoate, se hace “merecedora de la gratitud de los navarros bien nacidos”<sup>423</sup>. La Diputación, en definitiva, es sinónimo de buen hacer, honradez y eficiencia, hasta el punto que si esta trayectoria se quebrara la propia existencia de la corporación estaría en grave peligro. Exclama Rafael Aizpún:

“Cuántas veces ¡y con qué sano orgullo! Hemos oído quienes tuvimos el honor de llevar a cabo gestiones en nombre de Navarra: ‘Sí; realmente a Vds., a su Diputación, se le puede dejar hacer; es de fiar en todo’.

Si algún día llegase -que no llegará- en que ese prestigio se empañara, aquel mismo día habrá muerto el régimen.”<sup>424</sup>

En torno a este punto es altamente significativa la abundancia de obras que se le han ofrecido a lo largo del período que estudiamos, principalmente por parte de euskaros y navarristas. Entre todos destaca Hermilio de Olóriz, quien dedicó a Diputación *El Romancero de Navarra, Resumen histórico del Antiguo Reino de Navarra*, la *Nueva biografía del doctor navarro*<sup>425</sup> y el drama ‘En manos del

---

<sup>420</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 865.

<sup>421</sup> S. Echaide, “La Diputación de Navarra. Su origen y organización”, *op. cit.*, p. 103.

<sup>422</sup> D. de Ibarlucea, *op. cit.*, p. 12.

<sup>423</sup> P. Vera, *op. cit.*, p.7.

<sup>424</sup> R. Aizpún, *op. cit.*, p. 522.

<sup>425</sup> Hermilio de Olóriz, *Nueva biografía del doctor navarro D. Martín de Azpilcueta y enumeración de sus obras*, Imp. Aramburu, Pamplona, 1916.

extranjero”<sup>426</sup>. También Serafín Olave<sup>427</sup>, Nadal de Gurrea<sup>428</sup>, Valeriano Valiente<sup>429</sup>, Arturo Cayuela<sup>430</sup>; Eladio García<sup>431</sup>; Mariano Arigita<sup>432</sup>; Victoriano Huici<sup>433</sup>; Inchaurredo<sup>434</sup>; Francisco Salinas Quijada<sup>435</sup>; La Orden Miracle<sup>436</sup> y Dionisio de Ibarlucea<sup>437</sup>, entre otros, consagraron a la corporación provincial algunos de sus trabajos literarios. A este respecto merece citarse la dedicatoria de Eladio Esparza al comienzo de su *Discurso sobre el fuero de Navarra*:

“A la Diputación Foral de Navarra que desde sus remotos días de vigor histórico mantiene su rango y es siempre para nosotros esperanza de reintegración a los destinos navarros en España.”<sup>438</sup>

Naturalmente cuando Olóriz alaba en 1894 su actuación no ve en ella un agente españolista. Todo lo contrario: la corporación provincial es un guardián que lucha por mantener al Extranjero alejado de su pueblo. Para Esparza, por el contrario, es el interlocutor de Navarra con España, un representante que recompone en cada negociación el pacto del país con el Aliado. En definitiva, Diputación ha actuado, al igual que los fueros que custodia, tanto como un actor del *saltus* como del *ager*.

No se puede ignorar que los autores nacionalistas se han mostrado mucho más tibios con ella. Si se repasan las citas anteriores la figura que aparece más próxima al nacionalismo es Hermilio de Olóriz. Es cierto que ese silencio es relativo al entusiasmo de navarristas y euskaros. Así por ejemplo, en 1911, *Napartarra* se refería a Diputación como una ‘institución venerada que de todos los nabarros es y a todos pertenece’<sup>439</sup>.

---

<sup>426</sup> H. de Olóriz, ‘En manos del extranjero’, en *Laureles y siemprevivas, op. cit.*

<sup>427</sup> S. Olave, *Reseña histórica, op. cit.*

<sup>428</sup> J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*

<sup>429</sup> V. Valiente, *op. cit.*

<sup>430</sup> A. Cayuela, *La Rota de Roncesvalles, op. cit.*

<sup>431</sup> E. García, *op. cit.*

<sup>432</sup> M. Arigita, *El Ilmo. y Rvmo. señor don Francisco de Navarra, op. cit.*

<sup>433</sup> V. Huici, *op. cit.*

<sup>434</sup> M. de Inchaurredo, *La Iglesia y el euskera, op. cit.*

<sup>435</sup> F. Salinas, *Temas de derecho Foral Navarro, op. cit.*

<sup>436</sup> E. La Orden, ‘Navarra laureada’, *op. cit.*

<sup>437</sup> D. de Ibarlucea, *op. cit.*

<sup>438</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el fuero de Navarra, op. cit.*

<sup>439</sup> ‘La lucha por Aoiz’, en *Napartarra*, 11-III-1911.



Sería posible encontrar citas similares, anteriores y posteriores a esta fecha. Con todo, la falta de referencias nacionalistas en las páginas precedentes no es arbitraria. Habitualmente alejados de Diputación, a la que ocasionalmente achacan una postura demasiado blanda<sup>440</sup>, los autores *jelzales* han estado comparativamente ausentes de su vindicación casi incondicional. La corporación provincial, en definitiva, se ha comportado en la práctica más como un agente del *ager* que del *saltus*.

Como hemos señalado son pocas las voces que se alzan contra Diputación<sup>441</sup>. La mayoría de ellas tienen lugar al calor de contiendas electorales y de polémicas concretas. Un motivo relativamente constante de discusión parece haber sido su ferreo autoritarismo sobre los ayuntamientos<sup>442</sup>. En todo caso se trata de disputas que afectan más bien a los diputados concretos que a la institución. Entre los pocos reproches que se han localizado merece citarse a título de curiosidad el que lanza el navarrista Manuel Iribarren Paternáin en 1932:

“Asilo y panteón de muchos apellidos ilustres. Si sabe usted de algún muchacho, con carrera o sin ella, perteneciente a familia navarra, que observe buena conducta y no tenga ambiciones, ni quiera trabajar con exceso, mándemelo y lo emplearemos aquí [...] Claro que, después de todo, más vale que se aprovechen los de casa y no los de fuera.”<sup>443</sup>

### **La casa del padre.**

“Para el basko la patria es un caserío en el mundo de la historia.”<sup>444</sup>

Arturo Campión.

---

<sup>440</sup> Valgan como muestra las críticas al Convenio de 1927. Cfr. Francisco Miranda Rubio, *La Dictadura de Primo de Rivera en Navarra. Claves políticas*, ed. Eunat, Pamplona, 1995., p. 167 y ss. Pueden verse otras críticas nacionalista a Diputación, esta vez con motivo de las quintas, en ‘Escándalo foral’, en *Napartarra*, 3-II-1912. ‘Por decoro’, en *Napartarra*, 6-IV-1912.

<sup>441</sup> Pueden encontrarse varias muestras de ellas para el período de la Restauración en A. García-Sanz, *Caciques y políticos forales*, *op. cit.* El libro recoge numerosos testimonios en torno a varias actuaciones caciquiles de Diputación. Su lectura resulta además sumamente ilustrativa para conocer el funcionamiento interno de la corporación navarra.

<sup>442</sup> Diputación era el superior jerárquico de los Ayuntamientos, cuyo control provocaba numerosos roces. Cfr. L. Oroz, *Legislación administrativa de Navarra*, *op. cit.*, p. 82. A. García-Sanz, *Caciques y políticos forales*, *op. cit.*, pp. 22 y ss. F. Miranda, *op. cit.*

<sup>443</sup> Manuel Iribarren, *Retorno*, Espasa-Calpe, Madrid, 1932, p. 269.

<sup>444</sup> A. Campión, *Euskariana. Séptima serie*, *op. cit.*, p. 361.

Junto a los fueros, los bosques y el euskera, los antepasados han legado a los navarros del presente sus casas. No es un regalo insignificante, pero comparado con los dones anteriores, su contribución a la identidad local es mucho menor. Ello no impide que la casa solariega comparta buena parte de las imágenes y recursos que hemos contemplado en las páginas anteriores<sup>445</sup>. La cuestión de su importancia reside más bien en la frecuencia con que se la cita y, sobre todo, en el peso específico que alcanza en comparación con los demás lugares comunes<sup>446</sup>.

En las líneas siguientes nos proponemos realizar un rápido recorrido por las principales imágenes que han suscitado las casas en la cultura navarra. Es cierto que el típico caserío de estilo vasco destaca en prestigio respecto a las demás viviendas, de manera análoga a como existía un monte-rey. Pero, como quedará de manifiesto en las próximas referencias, a menudo esa distinción no se ha producido. Por nuestra parte extenderemos nuestra indagación a todas las casas nativas.

En primer lugar la casa, como sucedía con el euskera, las montañas y las leyes viejas, es aquello que permanece constante a través de la historia, el referente fijo en el tiempo capaz de dar identidad, esto es, de *identificar* a los navarros. Más allá de un tópico estrictamente literario la idea es, para Francisco Salinas Quijada, una de las claves del derecho civil navarro:

‘Las familias gozan de una vida varias veces secular. Los bienes que hoy posee una familia son los mismos que hace dos o tres siglos poseían sus antepasados. [...] únicamente las familias que se arruinan o desaparecen -muy contadas por fortuna- venden el hogar paterno, la casa de la familia, que tiene un valor verdaderamente inapreciable para cuantos han nacido en ella. [...]

Los individuos pertenecientes a la casa o familia cambian continuamente, pero la casa subsiste a través de las generaciones y las edades. Por eso, la casa como persona jurídica tiene más importancia que los dueños actuales [...].’<sup>447</sup>

---

<sup>445</sup> Sobre el papel del caserío en la cultura e ideologías vascas, cfr. J. Zulaika, *op. cit.*, pp. 134 y ss.

<sup>446</sup> Esta impresión contrasta con el parecer de quienes como Zulaika y Elorza han remarcado la importancia del caserío en la mitología nacionalista. Cfr. J. Zulaika, *op. cit.*, pp. 134 y ss. A. Elorza, *op. cit.*, pp. 170 y ss. Es posible que en Navarra, donde el caserío es menos frecuente que en Vascongadas, tenga una importancia simbólica menor.

<sup>447</sup> F. Salinas Quijada, ‘La libertad de testar en Navarra’, en *Temas de Derecho Foral*, *op. cit.*, p. 423. Cfr. F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 151.

Una prueba de la importancia de la casa en Navarra, añade el también navarrista Hilario Yaben, es que en ella no son los habitantes quienes bautizan a las viviendas, sino éstas las que tienen el poder de nombrar a los primeros<sup>448</sup>. Manuel Iribarren insiste en la prosopopeya al declarar que “las casas nativas en Navarra tienen vida propia como seres históricos y animados”<sup>449</sup>. Esta idea inspira una novela de Dolores Baleztena que precisamente lleva por título *La casa*<sup>450</sup>. En ella se narra la vida de dos generaciones en “Arriko-etxea”, casona varias veces centenaria del imaginario pueblo navarro de “Aizeleku”. Su única heredera contrae matrimonio con un madrileño. Esto provoca algunos celos entre sus amigos: el apellido vasco se perderá, se lamentan. Pero pronto caen en la cuenta de que esta circunstancia es completamente irrelevante, ya que la casa seguirá incólume:

[...] pues en el país vasco [ sic], si las generaciones pasan, la casa queda, como vivero de raza, como baluarte de la tradición.”<sup>451</sup>

Al año, la heredera tiene un hijo, al que bautizan Javier. Éste se criará en Madrid durante la mayor parte del tiempo. Pero tampoco importa, porque siempre tendrá en mente el hogar de sus ancestros maternos -nada se nos dice de sus abuelos paternos-. Llega la Guerra Civil y el padre de Javier es asesinado por los “rojos”. Javier se hace mayor y viaja por diversas partes del mundo. Su madre muere algún tiempo después. Las últimas palabras que dirige a su hijo en el lecho de muerte son suficientemente significativas:

“Javier. ¡Beti, beti, Jaungoikoa,... etxea...!”<sup>452</sup>

La novela se cierra sin final aparente. En realidad, toda ella carece de una trama propiamente dicha, sólo hay diversas historias, diversas vidas. Lo que le otorga unidad es “Arriko Etxea”. Ella es el centro de gravedad en torno al que transcurre la existencia

---

<sup>448</sup> Cfr. Hilario Yaben, *Los contratos matrimoniales en Navarra y su influencia en la estabilidad de la familia*, Est. Tip. de J. Ratés, Madrid, 1916.

<sup>449</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 145.

<sup>450</sup> D. Baleztena, *op. cit.*

<sup>451</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>452</sup> *Ibidem*, p. 150. Textualmente: “Javier, ¡siempre siempre, Dios, ...la casa!”. Según la propia autora con ello quería significar: “no te alejes nunca de Dios y de la casa” (*Ibidem*, p. 153).

de sus dueños. Al final el lector sabe que los viejos tiempos han pasado, que otros tiempos vendrán. Pero también que algo permanecerá en pie:

“Y la casa, asentada sobre profundos cimientos, fuerte, sólida, incommovible, como la fe ancestral, la tradición y la raza, cobija bajo su techo, el paso de una nueva generación.”<sup>453</sup>

Los vascos, hemos visto, son “*basokoak*”, los del bosque. El caserío es el “*bas-errri*”, el pueblo del bosque. Éste es, por consiguiente, su *locus* por excelencia. En cada morada sus habitantes veneran la estirpe, no tanto familiar, como étnica. La tradición sacrosanta que da sentido a su historia. Por eso el jurista Joaquín Montoro señala que en Navarra cada vivienda es “un templo de su Dios familiar [...] por eso las casas montañesas no deben tocarse”<sup>454</sup>. Como el fuero, como los bosques, las casas constituyen una expresión de lo sagrado. Son el tótem que garantiza la continuidad de la tribu, el talismán que le ha llevado a resistir durante milenios. En definitiva “su máquina para vivir [...] para vivir y perpetuarse”<sup>455</sup>.

El hogar nativo, por tanto, es un lugar estrechamente vinculado a los ancestros y a los orígenes. Y en la medida en que es *fons et origo* hay que defenderlo por encima de la propia existencia. Un famoso poema de Aresti repite obsesivamente esta idea: yo moriré, mi alma se perderá, mi prole se extinguirá:

‘[...] *baina nire aitaren etxeak  
iraunen du  
zutik.*’<sup>456</sup>

Como fuente de identidad, como hierofanía de un tiempo fuerte y sagrado, quienes buscan abolengo para sus linajes familiares tratan de remontar sus apellidos a un caserío. La casa aldeana se convierte en un lugar idílico, donde la existencia transcurre plácidamente, plena de sentido. Es ilustrativo a este respecto que el opulento

---

<sup>453</sup> *Ibidem*, p. 304.

<sup>454</sup> Joaquín Montoro, ‘Orígenes y factores del Derecho navarro’: “Tercera lección extraordinaria” dada en el ‘Seminario de derecho navarro’ de 1956. Recogida por *Diario de Navarra*, 19 y 20-V-1956, p. 3.

<sup>455</sup> *Ibidem*.

<sup>456</sup> G. Aresti, *Harri eta Herri*, Bilboko Udala-Bizkaiko Foru Aldundia- Susa, Bilbo, 1986, p. 37. Tr.: ‘pero la casa de mi padre permanecerá en pie’. Se da la circunstancia que estos versos suelen reproducirse habitualmente en las esquelas de los militantes de E. T. A. y de la izquierda nacionalista.

Estanislao de Aranzadi declare que ‘hubiera vivido feliz enterrado en vida en el recinto estrecho de un humilde caserío’<sup>457</sup>. Lo que en otras partes del mundo sería absurdo, que un millonario envidiase a un campesino, es lógico en Vasconia, porque como dice Bernardo Estornés:

“A diferencia de los demás países, en los cuales la montaña el campo y la aldea, significan, en el orden que nos ocupa, bajeza, y excelencia las villas y ciudades, en tierra vasca, la rusticidad y villanía en los linajes denuncian que vienen de las ciudades y las villas: y la más pura, limpia e inmemorial limpieza de las familias lleva en el curso de sus investigaciones al caserío, que es lo más aldeano del campo.”<sup>458</sup>

En una línea similar se sitúa la idílica visión que Rafael Querejeta ofrece a sus lectores infantiles. El caserío es un hogar acogedor para todos los que se han perdido, una madre que recibe a todos los hijos de la raza:

“Los típicos caseríos navarros, esos baserris admirables defensores del alma vasca, esas moradas habitadas por gentes que no conocen el cansancio, no son chozas misérrimas, signos de pobreza; son grandes casas, blancas y remozadas; si un extraño se pierde entre nuestras montañas, nada tema: llegará a un caserío y será bien recibido.”<sup>459</sup>

La proverbial hospitalidad de los *baserritarrak* es la única nota que discrepa de su retraimiento frente a todo lo exógeno. Bernardino de Estella destaca a este respecto que en euskera la misma palabra designa al huésped y al extranjero (*arrotz*)<sup>460</sup>. Ello no obsta para que sus habitantes sepan, como el anciano Aitor que acoge a Pelayo en el cuento de Campión “Agintza”<sup>461</sup>, que las “palabras del extranjero son mentiras”<sup>462</sup>.

---

<sup>457</sup> E. de Aranzadi, *Reconstitución del pueblo euskaldun*, *op. cit.*, p. 3.

<sup>458</sup> B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, p. 11. Acaso sea cita, puesto que figura entre comillas. Sin embargo Estornés no hace constar a quién y qué cita.

<sup>459</sup> R. Querejeta, *op. cit.*, p. 140. El autor plagia un párrafo de la *Geografía del País Vasco*, en su tomo dedicado a Gipuzkoa, p. 200: “Los típicos caseríos guipuzcoanos, admirables defensores del alma vasca, habitados por gentes que no conocen el cansancio, no son chozas misérrimas, signos de pobreza; son grandes casas blancas y remozadas, donde no falta sano sustento para quienes se cobijan bajo su techo y para quienes llaman a su puerta; si un extraño se pierde entre nuestras montañas, nada tema; llegue a un caserío, a cualquiera, y entre por la puerta siempre abierta, en la seguridad de que será bien recibido” (Citado por B. de Estella, *op. cit.*, p. 33).

<sup>460</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 33.

<sup>461</sup> A. Campión, “Agintza”, en *Narraciones Baskas*, *op. cit.*

Nacionalistas, euskaros y navarristas coinciden en esta idealización de la casa nativa ejemplificada en el *baserri* montañés. En palabras del diputado Joaquín Beunza, es el ‘santuario de las virtudes de la raza y garantía de la continuidad de ésta a través de los siglos’<sup>463</sup>. Lo que perdura a través de ella no es sólo una familia concreta, sino toda la estirpe de la tribu.

Anteriormente hemos visto que el euskara aparejaba la conservación de las buenas costumbres, que los bosques protegían la independencia de Navarra y que los fueros reflejaban el carácter viril y austero de los ancestros. Igualmente para Baldomero Barón Rada, el poeta más popular del franquismo navarrista, la casa nativa es:

‘Relicario excelso  
de costumbres santas  
con perfume denso  
de épocas pasadas  
Viejo monumento  
en el que se guardan  
prácticas hermosas  
a la antigua usanza’<sup>464</sup>.

También como el euskera, las montañas y los fueros, las viejas casonas de piedra resultan ser un regalo hecho por Dios a los piadosos vasconavarros, una creación providencial en favor de su supervivencia y pureza.

‘El caserío es una institución que nos ha sido legada *por obra de Dios* y gracias al amor de la campiña y al cielo. Raíz y tronco seculares que se vitalizan con savia densa de siglos, en permanencia de continuidad histórica. Es *el guardián celoso* de un pueblo que ha depositado en él la *esencia misma de su personalidad*.’<sup>465</sup>

---

<sup>462</sup> *Ibidem*, p. 9. Textualmente “*Erdaldunaren agintzak gezurrak dire*” (Las promesas del *erdaldun* son mentiras). La versión en castellano del propio Campián traduce: ‘no nos fiemos de las promesas del extranjero’ (p. 12).

<sup>463</sup> J. Beunza, ‘El Fuero de Navarra’, *op. cit.*

<sup>464</sup> Baldomero Barón, ‘La Cocina’, en *Romancero Popular Navarro*, 4 volumen, Imp. y Lib. de García, Pamplona, 1941, p. 96.

<sup>465</sup> C. Clavería, *Relieves*, *op. cit.*, pp. 109-110. *Cursivas mías*.

En él se guardan, en efecto, las esencias de la raza, fuera del alcance del Extranjero corruptor. El caserío es lugar retirado dentro de pueblos y valles de por sí ya apartados. Vive al margen del mundo moderno, aislado de sus peligros y sus tentaciones, encerrado sobre sí mismo, anclado en un tiempo limpio y originario. En resumidas cuentas, es un refugio en el que aguantar las inclemencias del siglo:

“En ellos se conserva todavía la vida patriarcal y parecen revivir las leyendas y tradiciones de mejores tiempos pasados, en que el virus moderno no empozoñaba el espíritu ni los enconos políticos habían llevado a esas humildes y cristianas viviendas las convulsiones de nuestros días, agitadas por tantas y tan antitéticas ideas.”<sup>466</sup>

Es fácil intuir el lugar que ocupa la casa nativa dentro de las tramas del *saltus* y el *ager*. Su papel, lo hemos visto, es el de velar por la integridad primitiva, conservar inmaculadas las costumbres castizas. Para el solitario *euskaldun*, dice Campi3n, “la casa es *el mundo*”<sup>467</sup>. No le es necesario salir de ella, sus paredes acogen al “hu3rfano” que es el vasco. Ya sabemos que 3ste est3 s3lo en la Creaci3n, rodeado de enemigos que pretenden hacerle desaparecer. De esta manera, el caser3o “3s la ostra que protege y oculta a la perla euskara”<sup>468</sup>. ¿No se retiraba el vascuence hacia las monta3as para estar m3s cerca de Dios?<sup>469</sup> Tambi3n el habitante del caser3o, en su soledad, se encuentra “cerca de la augusta vecindad de Dios”<sup>470</sup>. El car3cter religioso de este retiro no tiene nada de ins3lito, al menos si se tiene en cuenta la circunstancia geogr3fica que advierte Santos de Tudela:

“La iglesia en lo m3s elevado del pueblo...El caser3o en lo alto del monte...curiosa coincidencia.”<sup>471</sup>

---

<sup>466</sup> J. Altadill, *Geograf3a general, op. cit.*, p. 879.

<sup>467</sup> A. Campi3n, “La personalidad euskara en la historia, el derecho y la literatura”, en *Discursos pol3ticos, op. cit.*, p. 133. Cursiva suya.

<sup>468</sup> *Ib3dem*, p. 131.

<sup>469</sup> *Ib3dem*, p. 121: El euskera “retrocede a las cumbres de las monta3as para morir m3s cerca del cielo”.

<sup>470</sup> *Ib3dem*.

<sup>471</sup> Santos de Tudela, *La frivolidad, op. cit.*, p. 170. Cfr. la p. 70 donde afirma que el caser3o es “una ermita que convida a la oraci3n.”

El texto del que está tomada esta última cita, *La frivolidad* del capuchino Santos de Tudela, es uno de los libros más interesantes consagrados al caserío. En sus páginas asistimos a un extenso ensayo sobre el carácter, la religiosidad y la decadencia de los navarros en torno a este tipo de vivienda. En el prólogo, el navarrista José Ramón Castro recuerda al autor que las virtudes patriarcales no son exclusivas del caserío, que también caracterizan al sur de Navarra. Con todo, Santos de Tudela se centra exclusivamente en éste que, su modo de ver, reúne todas las cualidades de los palacios sin compartir ninguno de sus vicios:

‘El caserío de nuestra querida tierra y de todo el ejemplar pueblo vascongado, no es un palacio, ni una quinta, ni una casa de campo, ni una mansión de recreo. Es algo más. El caserío, moralmente hablando, es un *relicario* y un *símbolo expresivo y elocuente, que guarda, encierra y predica*, lo que de bueno y santo, noble y cristiano guardan el palacio, la casa solariega, la casa de campo y la quinta de recreo.’<sup>472</sup>

El *baserri* promueve la religiosidad, el trabajo, la castidad, la decencia, la solidaridad, la independencia, el esfuerzo, el ahorro, etc. Por ello es como Leire, Olite, Javier e Iranzu: un sagrario que guarda todas las virtudes de Navarra. Como si se tratara de un monumento artístico, Santos Tudela describe su arquitectura con todo detalle. Su contexto, su ornamentación, sus habitaciones. Se detiene en especial en la cocina, ‘quizás la habitación más frecuentada’<sup>473</sup>, a la que satura de contenido simbólico. Allí se reúnen:

‘[...] para escuchar los sabios consejos del anciano abuelo, las legendarias hazañas de los héroes populares, de aquellos esclarecidos varones que honraron a la patria y a la religión.’<sup>474</sup>

Como el euskera, los fueros y los bosques, los caseríos retroceden. El modo de vida contemporáneo, la economía moderna, la emigración, etc., le amenazan de muerte. Pero de nuevo los principales culpables de la tragedia, al menos en opinión de Santos de

---

<sup>472</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>473</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>474</sup> *Ibidem*, p. 74.



Tudela, son los propios navarros que ‘con mano sacrílega hemos mutilado la vieja casona de nuestros padres’<sup>475</sup>.

Es cierto, y ningún texto por ideológico que sea caería en el error de no hacerlo<sup>476</sup>, que Santos de Tudela reconoce la existencia de una realidad que no concuerda plenamente con su descripción del hogar nativo. Con todo, sabe conjurarla en el conjunto del libro, apelando hábilmente al buen sentido de su público.

‘Por sabido se calla, amable lector o discreta lectora, que nuestro caserío tiene sus tachas y presenta ciertas oscuridades desagradables. Pero al lado del tesoro espiritual de raciales costumbres.’<sup>477</sup>

En resumidas cuentas, la casa solariega constituye una preciada herencia del pasado que contribuye a mantener impoluta la identidad nativa. Aísla del exterior y ayuda a mantener los vínculos con los ancestros. En esa medida su papel es similar al del euskera y los bosques, esto es, propio del *saltus*. Es particularmente llamativo que las tres tendencias políticas cuyos discursos culturales analizamos (euskaros, nacionalistas y navarristas) hayan compartido esta adoración por la casa nativa y, en especial, que hayan coincidido en su descripción. Hasta cierto punto esta circunstancia muestra cómo el navarrismo ha mantenido algunos rasgos propios del *saltus*, aunque sea para integrarlos en un proyecto propio del *ager*.

---

<sup>475</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>476</sup> Cfr. Olivier Reboul, *op. cit.*, pp. 199 y ss. Ni siquiera un texto como el que el autor analiza, *Der Hitlerjunge Quex*, de K. A. Schezinger, es tan cerrado como para dejar un resquicio a la duda, aunque por supuesto confiscándola y teniéndola siempre bajo control.

<sup>477</sup> Santos de Tudela, *La frivolidad*, *op. cit.*, p. 70.

## Capítulo 7.

### Relatos de la tragedia. El ocaso del reino de Navarra.

“Nabarra exangüe y convulsa, amenazada de rivales anexiones que muestran sus garras y sus colmillos afilados y denuncia con sus rugidos, coléricas competencias y solapadas intrigas enmascaradas con el maquiavelismo amasado merced a mañosas y simuladas bulas pontificias. Todas las infamias humanas, todas las desmelenadas furias del averno, todos los maleficios brotados de las cajas de Pandora concitados por nosotros y contra nosotros!”<sup>1</sup>

Julio Altadill

Nombres como Roncesvalles, Leyre, Olite y las Navas de Tolosa dan testimonio del glorioso pasado de Navarra. A través de ellos se muestra al mundo que los antiguos navarros supieron erigir templos a Dios y palacios a sus monarcas, que derrotaron a cuantos extraños trataron de sojuzgarles o de imponerles una fe exótica. Navarra, en definitiva, tiene una historia grandiosa.

Ahora bien. Las propias ruinas de los palacios y los monasterios evidencian que esa grandeza no se ha mantenido intacta, que se produjo una decadencia. Antaño poderoso reino, Navarra se contempla rebajada al estatuto de una provincia de tercer orden, apartada de los centros políticos y económicos. ¿Cómo ha podido suceder esto? ¿Cuándo y por qué ha ocurrido la tragedia?

El momento exacto del inicio de la decadencia no es fácil de datar. Algunos autores como Núñez de Cepeda<sup>2</sup> y Elías de Tejada<sup>3</sup> lo sitúan en la muerte de Sancho el Mayor, cuando Navarra pierde sus opciones de liderar la España cristiana. Otros, como Víctor Pradera<sup>4</sup> y Enrique Ascunce<sup>5</sup>, apuntan a la muerte de Sancho el Fuerte, con el

---

<sup>1</sup> J. Altadill, *Castillos medievales*, op. cit., p. 57.

<sup>2</sup> M. Núñez de Cepeda, *Guía*, op. cit., p. 27.

<sup>3</sup> F. Elías de Tejada, “La literatura política en la Navarra medieval”, op. cit.

<sup>4</sup> Víctor Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, 2ª ed. aumentada, Ed. Voluntad, Madrid, 1925.

paso de la corona a manos de dinastías extranjeras. Nadal de Gurrea considera que desde el comienzo de las luchas entre Juan II y Carlos de Viana “puede mirarse como fenecido el reino de Navarra”<sup>6</sup>. Para Miguel de Orreaga, por último, “el principio del triste drama de la muerte de Nabarra”<sup>7</sup> viene dado por la desaparición de Blanca I.

Esta disparidad de fechas no debe contemplarse como parte de una polémica por precisar los comienzos del fin. En realidad los diferentes hitos conviven sin generar discusiones. Bien es cierto que por encima de todas las fechas hay un momento clave, aunque sea sólo desde el punto de vista formal, a saber: la conquista castellana de 1512. Con ella culmina el largo proceso de declive.

Este capítulo tiene como objeto recoger las distintas versiones que la cultura navarra ha ofrecido de la decadencia del reino y de su posterior anexión a Castilla. Para ello se estudiarán en primer lugar los antecedentes de la conquista. A continuación nos ocuparemos de ésta y, en tercer lugar, examinaremos sus consecuencias. Tras ello se dedicarán algunas páginas a la polémica desatada en torno al monumento de Amayur. Conviene advertir desde ahora que se trata de una cuestión crucial que, al tiempo que escenificó la dialéctica entre las distintas versiones de 1512, supuso a medio plazo la liquidación de la Comisión de Monumentos. También repasaremos el papel que ha jugado la figura de San Francisco Javier en los relatos de la tragedia. El capítulo se cerrará con una reflexión en torno a la presencia de las tramas en los relatos sobre el ocaso del reino.

### **Aliento de tragedia.**

---

<sup>5</sup> Enrique Ascunce, *Iñigo de Loyola. Capitán español y el Castillo de Pamplona*, Ed. Afrodisio, Madrid, s. f. (¿1939?), p. 17.

<sup>6</sup> J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, p. 259. En cuanto se refiere a los últimos años del reino de Navarra, Nadal sigue prácticamente de forma literal al *Diccionario geográfico-histórico de España de 1802*, *op. cit.*

<sup>7</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 4.

‘Desde la muerte de Carlos III todo en Navarra es descomposición, pelea, rotura de vínculos, aliento de tragedia.’<sup>8</sup>

Eladio Esparza.

El género de los relatos de los orígenes es predominantemente la épica. En ellos se narran grandes batallas y alianzas fundacionales, momentos agónicos en los que se sale de la barbarie y se entra en la civilización, jugándose el todo por el todo. Aparecen legisladores como Licurgo y Solón, reyes como David y Rómulo. Por el contrario, el ocaso del reino presenta buena parte de los rasgos propios de la tragedia.

Es ya de por sí significativo que muchos autores hayan empleado símiles teatrales para explicar la decadencia de Navarra. Desvenises du Desert<sup>9</sup>, Campión<sup>10</sup>, Orreaga<sup>11</sup>, Ibarra<sup>12</sup>, Iribarren Paternáin<sup>13</sup> y el Conde de Rodezno<sup>14</sup>, entre otros, hablan de la conquista como “un drama” o “una tragedia”, equiparan a sus protagonistas con “personajes” y proporcionan a sus narraciones un aire sombrío y melancólico.

Pero esta condición trágica del ocaso va más allá de unas comparaciones explícitas. Es la propia construcción de los acontecimientos y los personajes lo que le proporciona ese carácter inequívocamente dramático.

De entrada, podemos constatar la presencia de una idea tan típica de la tragedia como la omnipotencia del destino<sup>15</sup>. Especialmente en la fase más irónica de la tragedia, los protagonistas se encuentran prisioneros de la trama, y todas y cada una de sus acciones contribuyen inevitablemente a la consecución del desenlace previsto. A menudo éste aparece como evidente a los ojos de los espectadores, mientras que los actores están ciegos para preverlo<sup>16</sup>.

---

<sup>8</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 48.

<sup>9</sup> G. Desvenises du Dezert, *Don Carlos d'Aragon. Prince de Viane. Etude sur l'Espagne du nord au XV siècle*, Armand Colin et C. eds., Paris, 1889, p. 432.

<sup>10</sup> A. Campión, en *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 465.

<sup>11</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 4.

<sup>12</sup> [Javier de Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglos XVI*, Imp. de J. García, Pamplona, 1951, p. 31.

<sup>13</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 240.

<sup>14</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets ante la incorporación de Navarra a Castilla*, Ed. Aramburu, Pamplona, 1944, p.12.

<sup>15</sup> En efecto, la fatalidad de la existencia es un ingrediente fundamental de las tragedias. Cfr. Northrop Frye, *op. cit.*, p. 275. La siguiente caracterización de la tragedia se basa principalmente en el estudio de Frye (pp. 271-293). No obstante algunas de sus ideas han sido reformadas en aras de nuestros objetivos. El propio Frye recomienda esta lectura constructiva en la “Introducción polémica” a sus ensayos (pp. 15 y ss).

<sup>16</sup> Así ni Edipo, ni Ajax, ni el Rey Lear consiguen comprender el advenimiento de su desgracia.

La historiografía foránea ha acudido a menudo a la idea de la fatalidad para dar cuenta de la conquista del pequeño reino pirenaico. Así sucede en el relato de la célebre *Histoire de la réunion de la Navarre a la Castille*<sup>17</sup>, de Pierre Boissonade. En ella, los reyes navarros intentan mantener el equilibrio y posibilitar la supervivencia de su reino. Pero inútilmente, pues “*Tout sembla conjuré rendre leur malheur irréparable*”<sup>18</sup>. Entre los historiadores españoles, también Modesto Lafuente<sup>19</sup>, entre otros muchos, utiliza el tópico de la fatalidad.

Por su parte, la historiografía local lo incorporó tempranamente a su narración del ocaso, tal vez porque atenuaba la necesidad de juzgar tajantemente la conquista. El padre Moret ve a Navarra “entre dos escollos fatales”<sup>20</sup>. Ya en el siglo XIX, Yanguas y Miranda, después de relatar los prolegómenos de la invasión, concluye: “Así jugaba la fortuna con esta desgraciada monarquía”<sup>21</sup>.

A menudo el destino que rige la suerte de Navarra tiene un origen geográfico. Anteriormente vimos cómo para algunos autores los accidentes del medio determinaban los caracteres étnicos. También en el caso concreto del declive del reino la geografía juega un papel esencial. “El signo maligno que gobierna los destinos de Nabarra durante su última época de vida nacional”, sentencia Arturo Campión, “es su posición geográfica”<sup>22</sup>. Esta opinión coincide con la de Tomás Domínguez Arévalo, para quien el reino estaba “fatalmente llamado a sucumbir por imperativos de lugar y de tiempo”<sup>23</sup>. La idea se repite con llamativa frecuencia, con una insistencia que en ocasiones pone en entredicho la creatividad del autor. Manuel Iribarren Paternáin, por ejemplo, casi plagia al citado aristócrata cuando sentencia que Navarra estaba “fatalmente destinada a desaparecer” dado que “los imperativos de tiempo y de lugar hacían de ella un contrasentido político”<sup>24</sup>.

---

<sup>17</sup> Pierre Boissonade, *Histoire de la réunion de la Navarre a la Castille. Essai sur les relations des princes de Foix-Albret avec la France et l'Espagne (1479-1521)*, A. Picard et Fils éditeurs, Paris, 1893.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 561.

<sup>19</sup> M. Lafuente, *op. cit.*, tomo 8, p. 17.

<sup>20</sup> José de Moret, *Anales del Reino de Navarra*, Establecimiento tipográfico de E. López, Tolosa, 1891. Tomo VII, p. 288.

<sup>21</sup> J. Yanguas y Miranda, “Prólogo” a Luis Correa, *Historia de la conquista del Reino de Navarra por el Duque de Alba, general del ejército del Rey Fernando el Católico, en el años de 1512*, Edición de Yanguas y Miranda, Pamplona, 1843, p. 37.

<sup>22</sup> A. Campión, *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 241. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 368: “Nuestros reyes estaban condenados a vivir en equilibrio inestable y a morir en cuanto perdieran ese equilibrio. Su conducta era un imperativo de la geografía.” (Las cursivas son mías).

<sup>23</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, p. 16.

<sup>24</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 258.

En definitiva, la desaparición del reino pirenaico no es tanto el resultado de acciones voluntarias como la consecuencia de una maldición geopolítica. Víctima de la historia y rodeado de Estados demasiado poderosos, sus días estaban contados de manera irremediable. Lo que se juega en todo caso es de qué lado caerá la manzana. Eladio Esparza asienta sobre esta idea de fatalidad su discreta apología de la conquista.

‘Pero Navarra, geográficamente es siempre la misma: presa codiciada por el Sur y por el Norte. Nuestro inolvidable príncipe de Viana, corazón de los tristes destinos, dejó indeleblemente marcado el de su reino: ‘Utrunque roditur’.’<sup>25</sup>

En contra de lo que pudiera esperarse, la tesis del imperativo geográfico ha sido secundada por significativos escritores nacionalistas como Miguel de Orreaga<sup>26</sup> y Carlos Clavería<sup>27</sup>. Bien es cierto que desempeña una tarea ideológica de mayor alcance entre los navarristas. El problema de sentirse navarro y español queda notablemente atenuado porque, como escribe Vicente Galbete, ‘no hay fuerza capaz de oponerse al imperativo geopolítico’<sup>28</sup>. Sería absurdo tratar de oponerse a lo irremediable.

Sin embargo, es evidente que la geografía ha permanecido constante y que Navarra continuó independiente durante cerca de ocho siglos. ¿Qué hay de nuevo en los siglos XV y XVI que la condene a desaparecer como reino diferenciado? ‘[...] el concepto de las potentes nacionalidades’<sup>29</sup>, responde el Conde de Rodezno. Con él coincide Jesús Etayo, para quien:

‘[...] fatalmente esta pequeña patria había de sucumbir a uno de los dos poderosos Estados imperiales e imperialistas que el Renacimiento creó a sus lados Norte y Sur.’<sup>30</sup>

---

<sup>25</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 48.

<sup>26</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 10.

<sup>27</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p. 238. ‘Navarra vivía tranquila [...] respetada por los hombres, pero no así por los elementos que se conjuraron contra ella’.

<sup>28</sup> Vicente Galbete, ‘Vida y andanzas del Coronel D. Cristóbal de Villalba’, en *Príncipe de Viana*, nº 25, 1946, p. 697.

<sup>29</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p.12.

<sup>30</sup> J. Etayo, ‘Algunas interpretaciones y glosas’, en Gurrea ed., *op. cit.* La fatalidad geográfica, por tanto, incluye un fuerte componente político. Vicente Galbete nos proporciona otra muestra de este tópico cuando escribe: ‘La suerte del pequeño reino navarro estaba echada desde el momento en que fue totalmente rodeado por sus poderosos vecinos [...]’ (V. Galbete, ‘Vida y andanzas del Coronel D. Cristóbal de Villalba’, *op. cit.*, p. 696.)

Francia y España luchan entre sí por el predominio de Europa. Y Navarra, en palabras de Esparza, es un “punto neurálgico”<sup>31</sup> entre ambas. En 1512 Francia es católica, pero en el futuro quedará contaminada por el protestantismo. Además, a partir del siglo XVIII, se convertirá en la fuente de todos los desordenes morales y políticos. Por ello hay que agradecer que, en palabras de Esparza, “la línea derecha de Dios”<sup>32</sup> mantuviera a Navarra del lado de España. De paso, la conquista no sólo salva a aquélla, sino también a toda España. Porque, como escribe Rafael García Serrano:

‘Sin Navarra, un peligroso portillo hubiese permanecido abierto: el de Francia. Aquel por el que vienen siempre las invasiones, bien con el ademán revolucionario de los sans culottes napoleónicos, bien con el atildamiento reaccionario de los cien mil hijos de San Luis.’<sup>33</sup>

Merced a la fuerza del destino geográfico-político los detalles humanos de la tragedia pierden buena parte de su importancia. El comportamiento de los reyes castellanos, navarros y franceses; la actitud de la nobleza, del pueblo: todo tiene un interés periférico puesto que, como escribe Francisco Javier Arvizu, “la unión fue algo impuesto por las circunstancias y que de una u otra manera hubiese tenido realización”<sup>34</sup>.

Sin posibilidad de sobrevenirse a los imperativos histórico-geográficos, los actores de la tragedia proceden llevados por el destino. Para Arturo Campi3n “la geografía mandaba sobre los reyes [de Navarra], determinando su conducta”<sup>35</sup>. Éstos, según Iribarren Paternáin, intentaron continuamente mantenerse al margen de los conflictos hispano-galos, pero “la Historia tiene ya sus caminos inescrutables, trazados por el dedo de la Providencia”<sup>36</sup>.

Como era de esperar, los escritores más favorables a las consecuencias de la conquista insisten interesadamente en la falta de independencia de los últimos monarcas navarros. Para Eladio Esparza “fueron veletas que las movía el aire allende de los

---

<sup>31</sup> Eladio Esparza, *Nuestro Francisco Javier*, *op. cit.*, p. 23. Las palabras de Franco, recogidas en el *Arriba España* (en adelante *A. E.*) de 4 del XII de 1952, abundan en el mismo tema: “Navarra era la puerta de España, lindaba con Francia y ésta empleaba todos los artificios y todos los medios para destruirnos.”

<sup>32</sup> E. Esparza, *Nuestro Francisco Javier*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>33</sup> Rafael García Serrano, “Navarra pura en Javier”, en *A.E.*, 4-XII-1952, p. 7.

<sup>34</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 48.

<sup>35</sup> A. Campi3n, “Prólogo” a M. de Orreaga, *op. cit.*, p. XXV. El corchete es mío.

<sup>36</sup> Manuel Iribarren Paternáin, *El Príncipe de Viana*, *op. cit.*, p. 35.

Pirineos”<sup>37</sup>. Según Elías de Tejada, Navarra era una ‘monarquía satélite’<sup>38</sup>. Y como muchos otros agita como prueba el lema del Carlos de Viana, “*Utrunque roditur*”<sup>39</sup>.

Ante la alternativa de ser absorbido por Francia o por España la preferencia por esta última opción les parece a la mayoría de nuestros autores evidente. En cualquier caso ni euskaros, ni nacionalistas, ni, desde luego, los navarristas se lamentan porque toda Navarra no sea hoy francesa.

Pero el imperativo geográfico, con ser importante, no es la única causa del ocaso del reino. Los textos ofrecen otra gran explicación a la tragedia, algo que forzosamente ha translucido ya en la medida en que los autores se limitan a menudo a superponer los dos factores, sin detenerse a coordinar su alcance relativo ni a considerar su compatibilidad. Nos referimos a la guerra civil entre beaumonteses y agramonteses. Ésta precipita a Navarra en un escenario teatral en el que todo hace preluir el drama. Según asegura el navarrista Félix Zapatero:

‘Desde este fatídico momento la historia de Navarra es un capítulo de páginas siniestras, un cúmulo de desventuras, un constante desmoronamiento del territorio, una visión dantesca cuyos horrores y excesos dejaron al país inerme y a merced de quien quisiese conquistarlo.’<sup>40</sup>

El origen de las guerras civiles parece situarse en el reinado de Carlos III. En esas fechas nace la discordia entre dos señores feudales: Pierres de Peralta y Luis de Beaumont, agramonteses y beaumonteses. ‘Estos dos personajes - escribe Gúrpide- son los culpables de nuestras desdichas’<sup>41</sup>. A la muerte de Blanca I los beaumonteses toman partido por el heredero del trono, Carlos de Viana, mientras que los agramonteses se inclinan por el rey consorte, Juan II de Aragón<sup>42</sup>. Con la desaparición de ambos personajes, los beaumonteses giraron hacia Castilla mientras que los agramonteses tomaron partido por los monarcas navarros de Foix. Unos y otros conforman el “coro”

---

<sup>37</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, op. cit., p. 57.

<sup>38</sup> F. Elías de Tejada, ‘La literatura política en la Navarra medieval’, op. cit., p. 204. Cfr. C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, op. cit., p. 243.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 203.

<sup>40</sup> Félix Zapatero, ‘Juan II de Navarra. El ocaso de un reino’, en *Euskalerraren alde*, tomo XVIII, 1928, p. 174. También a decir del Conde de Rodezno, ‘los últimos reinados de los Reyes de Navarra fueron de triste y turbulento discurrir’ (*Austrias y Albrets*, op. cit., p. 12).

<sup>41</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, op. cit., p. 253.

<sup>42</sup> Lo denominamos segundo siguiendo la tradición historiográfica local. Algunos historiadores lo consideran primero dado que el que los navarros llaman Juan I murió a los ocho días de nacer.



de la tragedia, “de importancia capital para el desarrollo de la acción”<sup>43</sup>. Sus disputas, combinadas con el imperativo geopolítico, ocasionan a medio plazo la desaparición del reino.

Esta responsabilidad les ha acarreado la aversión general de los escritores locales. El navarrista Manuel Iribarren los tiene por “asesinos de la paz y principales inductores en la tragedia”<sup>44</sup>. Por ello, el nacionalista Miguel de Orreaga brama al recordarlos: “¡Malditos nombres que han anublado las gloriosas páginas de la Historia de Nabarra!”<sup>45</sup>.

Aunque con una visión del resultado del drama muy diferente, Eladio Esparza se suma a la lista de acusadores. “Agramonteses y Beaumonteses, secuaces fanáticos de dos familias rivales”, sentencia, “despedazaron para siempre, a puñalada limpia, nuestro reino”<sup>46</sup>. Campión<sup>47</sup>, Arigita<sup>48</sup>, Estella<sup>49</sup>, Estornés<sup>50</sup>, Ibarra<sup>51</sup> y un largo etcétera coinciden en denigrar a las dos facciones.

Indudablemente la responsabilidad de las banderías introduce un elemento de voluntariedad en la tragedia. Resulta sugestivo que la culpa apunte principalmente hacia los propios navarros y no hacia el invasor. También lo es que, para nuestros autores, esta responsabilidad no entre en contradicción con la idea de fatalidad. El navarrista Javier de Ibarra, por ejemplo, muestra cómo ambos factores pueden hacerse compatibles:

*“Todo tiene fin en este mundo, y el milenarismo Reino de Navarra, que dio reyes a Castilla y a Aragón y ha escrito en sus épocas de prosperidad tantas páginas de oro en su brillante historia, debía también sucumbir como otras naciones y*

---

<sup>43</sup> M. Iribarren, *Navarra*, op. cit., p. 241.

<sup>44</sup> M. Iribarren, *El Príncipe de Viana*, op. cit., p. 68.

<sup>45</sup> M. de Orreaga, op. cit., p. 5.

<sup>46</sup> Eladio Esparza, “La novela de Doña Blanca de Navarra”, en *Navarra*, 1925.

<sup>47</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit., pp. 331 y ss.

<sup>48</sup> Mariano Arigita, “Prólogo”, en Baltasar Lezaun y Andía, *Memorias de los Señores Condes de Lerín*, edición de Mariano Arigita, Publicaciones de la *Revista de Historia y Genealogía Española*, Madrid, 1912. El texto original es de 1702 e incluye una justificación de la conquista. Por contra, Arigita aprovecha el prólogo para criticar con dureza al Conde de Lerín.

<sup>49</sup> B. de Estella, op. cit., p. 110.

<sup>50</sup> B. Estornés, *Historia del País Basko*, op. cit., p. 157.

<sup>51</sup> [Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI*, op. cit., p. 31.

estados. *Pero no fenecen los reinos por vetustos, sino porque los asesinan los mismos hijos, con sus sangrientas rivalidades, haciéndolos ingobernables.*<sup>52</sup>

Como sucedía con los bosques, los fueros y el euskera, la pérdida de la independencia señala como responsables a los propios nativos. El papel de los enemigos externos es sólo el de “comparsas”, en palabras de Iribarren Paternáin<sup>53</sup>. Si la tragedia llegó a producirse fue porque los navarros, de una u otra forma, consintieron. Tal y como sentencia Campión, “nunca un pueblo pierde la vida nacional sin culpa que le sea imputable”<sup>54</sup>.

Con todo, y como exigen los cánones de la tragedia, ésta se teje sin que los banderizos sean verdaderamente conscientes de su proceder, es decir, irónicamente. Agramonteses y beaumonteses comprenden las consecuencias del enfrentamiento cuando ya es demasiado tarde. La pregunta que lanza Julio Gúrpide a sus lectores infantiles, y que sólo admitiría una respuesta positiva, recoge este ingrediente dramático.

“¿No te parece triste que los navarros *se mataran y acabaran, sin darse cuenta, con el Reino*, sirviendo a planes políticos de elementos extranjeros?”<sup>55</sup>

Curiosamente, los escritores navarros en general se han preocupado poco de analizar los motivos concretos de las guerras civiles. Se alude a envidias y celos, pero sin concretar su origen. Según Campión<sup>56</sup> esto se debe a que las causas profundas del conflicto, de mezquinas, no han pasado a la historia. La errante política de cada bando lleva a pensar que bastaba con que un partido se inclinase por un monarca o un aliado para que pasase a ser considerado enemigo por el otro. Con ello el conflicto cobra un carácter absurdo, injustificable e irracional, lo que refuerza su dramatismo. Como en la pugna entre capuletos y montescos, los navarros luchan entre sí ciegamente, sin preguntarse por qué, provocando el desenlace de la tragedia.

---

<sup>52</sup> *Ibidem*. Las cursivas son mías.

<sup>53</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 241.

<sup>54</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 486. Bien es cierto que a menudo se ha repetido que Castilla fomentó la guerra civil. Cfr. *Ibidem*., p. 308. M. Iribarren, *El Príncipe de Viana, op. cit.*, p. 98.

<sup>55</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 261. Cursivas mías.

<sup>56</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 331.

Ocasionalmente se ha producido una cierta reivindicación de los bandos contendientes. El Conde de Rodezno, por ejemplo, se llama a sí mismo “agramontés del siglo XX”<sup>57</sup>. Al contrario, Francisco Seminario<sup>58</sup> se da el nombre de beaumontés. Sin embargo se trata de excepciones. El rumbo de ambos bandos es demasiado errático, al menos según las lecturas más comunes, para permitir una elección tajante. Los beaumonteses toman partido por el llorado Príncipe de Viana, pero promueven a su muerte la conquista de Navarra. Los agramonteses, que sostienen al unánimemente odiado Juan II, defienden luego la independencia del reino. Quienes como Pradera han realizado una lectura histórica procastellana y favorable al Príncipe podrían haber efectuado una “heroización” de los beaumonteses, pero ésta no llega a tener lugar<sup>59</sup>.

Hay que añadir que los dos bandos no han sido reprobados con la misma intensidad. Para quienes, más o menos veladamente y en mayor o menor contradicción con sus postulados políticos, simpatizan con una Navarra independiente en el siglo XVI, los agramonteses se “redimen” de su pecado con su fidelidad a los últimos monarcas naturales de Navarra. Los beaumonteses, por el contrario, se condenan definitivamente al formar parte de la expedición castellana que conquista el reino en 1512. José Ramón Castro, por ejemplo, que dice deplorar ambos partidos, reserva el apelativo de “indignos navarros”<sup>60</sup> para los de Beaumont.

A este respecto, la división tiene como arquetipo de antihéroe al conde de Lerín, el líder de la facción beaumontesa<sup>61</sup>. Su figura ha sido continuamente repudiada tanto por euskaros, como por nacionalistas y navarristas. Entre los primeros, Hermilio de Olóriz lo llama “el corazón más bajo de Navarra”<sup>62</sup>. Desde el nacionalismo, Miguel de Orreaga lo califica de “villano y miserable”<sup>63</sup>. Entre los navarristas, Manuel Iribarren

---

<sup>57</sup> Conde de Rodezno, “Otra carta”, en *D. N.*, 23-I-1921.

<sup>58</sup> Francisco Seminario, “Otra opinión”, en *D. N.*, 23-I-1921.

<sup>59</sup> Como veremos más adelante, Pradera repudia con dureza a los partidarios de Agramont, pero reconoce que los beaumonteses carecían de virtudes patrióticas. Cfr. V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, p. 82.

<sup>60</sup> José Ramón Castro, *Lealtad de Tudela a los últimos Reyes de Navarra*, Imp. La Académica, Zaragoza, 1933, p. 4. Un segundo ejemplo puede ser la actitud de Mariano Arigita en su biografía de *Don Francisco de Navarra*, *op. cit.*, p. 80. Arigita condena la actitud de las dos banderías, pero matiza: “la crítica imparcial y severa concederá siempre a la de LOS NAVARRAS [agramonteses] los títulos a que se hicieron acreedores por su lealtad acrisolada y por su amor sin límites a Navarra, mientras que para los Beaumont no podrá menos de guardar los más terribles dictados, propios de quienes, después de haber ensangrentado un reino con sus mañas y malas artes, trabajaron por entregarlo a un extraño y lo consiguieron, con perjuicio de sus legítimos señores y vilipendio de su propia sangre.” (Mayúsculas suyas, corchete mío).

<sup>61</sup> Naturalmente hay varios Condes de Lerín. Pero llamativamente los diferentes personajes históricos parecen haberse unificado en un sólo personaje “literario”.

<sup>62</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 7.

<sup>63</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 285.

afirma que “carecía de conciencia, quebrantaba los juramentos, no se detenía ante el crimen ni la traición”<sup>64</sup>. Para Javier de Ibarra, por último, “apostató de su origen navarro, abrazando casi en absoluto el ideal castellano”<sup>65</sup>. El conde de Lerín, en efecto, constituye el prototipo del enemigo interno, el ejemplar más célebre de la quinta columna que, como un cáncer, infecta a Navarra. Después de estudiar la Guerra de la Navarrería, Arturo Campión lo erige apesadumbrado en un símbolo característico de la historia patria:

‘Mis investigaciones sobre los acontecimientos narrados por Guillermo Annelier, revelaron a mi espíritu una verdad cruel y odiosísima: que *los mayores enemigos que los nabarros han tenido y tienen son nabarros*. El poder extraño, las influencias extrañas que avasallan y descartan, rondaban nuestra casa; pero nosotros les abrimos siempre la puerta. El Conde de Lerín parece ser *hombre representativo* de Nabarra. Nabarros guiaron al duque de Alba, nabarros mutilaron los fueros, nabarros los comprometieron en locas empresas, nabarros consienten, a diario, el quebranto de ellos, nabarros abominan del baskuenze y cuando no lo abominan lo desdeñan. Lamentable genio el tuyo, patria mía!’<sup>66</sup>

En este contexto la reivindicación de Eladio Esparza, dentro de una apología general de la conquista, solicitando una estatua que honre su memoria, resulta verdaderamente excéntrica.

‘Porque aquel ‘felón’ de duque de Alba nos conquistó, para nuestra fortuna, claro, porque de un rey al que se le caían los pantalones no podían esperar grandes heroicidades los navarros; no obstante todos los navarros hemos convenido hipócritamente en denostar al duque y a su aliado el gran Conde de Lerín -sin una estatua aquí donde sobra tanta piedra- por aquella hazaña guerrera que puso orden en el reino.’<sup>67</sup>

Conviene insistir, sin embargo, que la distribución de papeles entre agramonteses y beaumonteses no es tajante, ni siquiera a nivel de un autor determinado.

---

<sup>64</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 246.

<sup>65</sup> [Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, p. 26.

<sup>66</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, p. V. Cursivas suyas.

<sup>67</sup> E. Esparza, ‘Postales’, *D. N.*, 31-VII-1932, p. 1. Cfr. también las ‘Postales’ del 3-VIII-1932.

A menudo da la impresión de que nos encontramos ante un relato en formación, todavía indeciso en la asignación de los papeles dramáticos y en su hilo argumental. Llama la atención que Campi3n realce la presencia de beaumonteses entre quienes se exilian con los 3ltimos reyes de Navarra en el Bearne, y que Miguel de Orreaga remarque que ni los de Beaumont eran espa3olistas<sup>68</sup> ni faltaron agramonteses procastellanos<sup>69</sup>. De hecho, aunque con menos virulencia que en el caso del conde de Ler3n, ha sido habitual destacar la maldad del l3der agramont3s Mos3n Pierres de Peralta<sup>70</sup>.

Llama poderosamente la atenci3n que, de manera inversa al nacimiento del reino, que supon3a una organizaci3n de las fuerzas, el comienzo de un orden, su ocaso coincida con un per3odo de creciente anarqu3a. El pacto originario entre los miembros de la raza, por el que pon3an fin a sus disputas intestinas, se rompe, dando paso a una situaci3n de ‘anarqu3a’, ‘desolaci3n’<sup>71</sup> y lucha interna. En palabras de Campi3n, hacia el siglo XV ‘la verdadera idea nacional se eclipsa, y los euskaldunas se destrozan implacablemente, muriendo y matando a la sombra de extranjeros pendones’<sup>72</sup>. Navarra ‘se convierte en un nido de partidarios salvajes, en una especie de Montenegro pirenaico’<sup>73</sup>.

Si el imperativo geogr3fico no tiene vuelta de hoja, la discordia interna s3. El pasado ya est3 escrito, pero la historia, maestra de la vida, ofrece una importante lecci3n a los navarros del presente: la necesidad de superar las divisiones internas y permanecer unidos. ‘Todo reino dividido ser3 desolado’, escribe Gervasio Etayo, ‘la uni3n hace la fuerza’<sup>74</sup>. Tal vez no sea una idea demasiado original pero toda la reflexi3n del autor en torno a la Gamazada gira enteramente en torno a este pensamiento. Con 3l coincide Zalba: ‘La divisi3n y las facciones’, afirma, ‘llevaron a Navarra a la muerte; no olvidemos la lecci3n’<sup>75</sup>. En algunos autores la responsabilidad de las bander3as llega

---

<sup>68</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. XXIII.

<sup>69</sup> *Ib3dem*, p. 43 y ss.

<sup>70</sup> Es c3lebre la supuesta an3dota recogida por Campi3n en boca de un campesino de Olite. Seg3n ella, despu3s de haber asesinado al obispo de Pamplona, nadie quer3a absolver a Pierres de Peralta. Marcha a Roma con objeto de conseguir mediante una treta la absoluci3n papal. Para ello se ‘cae’ al T3ber al paso del pont3fice, ocultando su identidad. Sus servidores animan al Papa a procurarle la absoluci3n, ante la posibilidad de que muera. El Papa responde: ‘Te absuelvo de tus pecados, a menos que seas Mos3n Pierres de Peralta’. Cfr. A. Campi3n, *Euskariana. (Fantas3a y realidad)*, [Segunda serie], Biblioteca Bascongada, Bilbao, 1897, p. 74. Jos3 M<sup>a</sup> Iribarren, *Vocabulario navarro*, G3mez, Pamplona, 1952, p. 603.

<sup>71</sup> J. G3rpide, *Geograf3a e Historia*, *op. cit.*, p. 263. Cfr. L. Mun3rriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 116.

<sup>72</sup> A. Campi3n, *Euskariana. Cuarta serie*, *op. cit.*, p. 153.

<sup>73</sup> *Ib3dem*, p. 150.

<sup>74</sup> G. Etayo, *op. cit.*, p. 114.

<sup>75</sup> Jos3 Zalba, ‘Amayur’, *op. cit.*, p. 1.

incluso a eclipsar, o al menos a poner en segundo término, el imperativo geográfico. ‘Si los navarros hubieran estado unidos’, se lamenta, por ejemplo, Gregorio Iribas, ‘otra habría sido la suerte de nuestro Reino’<sup>76</sup>.

La lección de la división y la unidad constituye el tema central de ‘Los hermanos Gamio’<sup>77</sup>, uno de los mejores relatos cortos de Arturo Campión. La acción se sitúa en 1521. En el caserío de Fayatz convalecen dos hermanos, Pello y Matxin, cuidados por su madre y su hermana. Mientras tanto, en el castillo de Maya de Baztán luchan castellanos y beaumonteses, por un lado, contra agramonteses y franceses, por otro. Los segundos tratan de conquistar el reino para Enrique de Albret. ‘Mientras el país se arruina’<sup>78</sup>. Pello ha luchado en el bando de Castilla. Matxin ha combatido por la causa de Albret. Ambos han resultado mutilados: Pello ha perdido el brazo derecho en las campas de Noain; una bala de cañón arrancó la pierna de Matxin. A los pocos días las tropas españolas consiguen tomar Maya. Con su regocijo Pello provoca a Matxin y los dos hermanos comienzan a discutir agriamente.

-‘Vosotros entregasteis el Reino a Fernando el Falsario’<sup>79</sup> - acusa Matxin.

-‘Habéis abierto el Pirineo a los franceses para convertir a Nabarra en feudo de Francia.’<sup>80</sup> -replica Pello. Además, continúa, la rebelión ha puesto en peligro los fueros. ‘¡Los Fueros, los Fueros!’ responde su hermano, ‘¿Qué mayor ni más precioso Fuero que la independencia?’<sup>81</sup>.

La disputa va subiendo de tono y los hermanos echan mano de sus espadas. Luchan y terminan por herirse mutuamente.

Al día siguiente los dos jóvenes agonizan. Su madre y su hermana intentan desesperadamente salvarles la vida. Pero llegan al caserío las tropas castellanas licenciadas después de la caída de Amayur. A la puerta de casa violan a la hermana y asesinan a su madre. Al escuchar los gritos de éstas y las risas de los soldados Matxin despierta y llama a gritos a Pello.

---

<sup>76</sup> G. Iribas, *op. cit.*, pp. 12-13. Cfr. H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 28: ‘Pero si Navarra hubiera estado unida, su causa, como el arca santa, hubiera salido a flote de aquel diluvio.’

<sup>77</sup> A. Campión, ‘Los hermanos Gamio’, en *Narraciones Baskas*, *op. cit.*

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 90.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 95.

<sup>80</sup> *Ibidem*.

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 96.

“Pello, Pello, hermano despierta. [...] que asesinan a nuestra madre, que deshonoran a nuestra hermana. ¿Has oído? He dicho *nuestras*. Escucha cómo gimen ellas, cómo amenazan ellos. Maldición sobre nosotros. Ayer, por los partidos, nos matábamos; hoy no podemos defender a nuestra madre.”<sup>82</sup>

Pero es inútil: su hermano ha muerto. Arrepentido de su crimen, toma su espada y, a pesar de su estado, se lanza contra los castellanos. Pero ni siquiera llega a alcanzarlos. Se le abren las heridas y se desangra en el camino. Lo último que escucha antes de expirar son los sollozos de su hermana.

Es interesante anotar cómo las luchas entre agramonteses y beaumonteses recuerdan en algunas ocasiones a las contiendas carlistas. Como en éstas, la toma de partido por intereses exógenos ha motivado la ruina del país. En cualquier caso, es preciso ser consciente de que las guerras civiles son simplemente un episodio dentro de una historia más amplia: la de la división de la tribu en beneficio de sus enemigos. Ella es, según Aranzadi, la “causa eterna, única de nuestros males”<sup>83</sup>. También Jesús Etayo es perfectamente consciente de que las guerras de bandería, más allá de ser un suceso puntual, representan una constante definitoria de la historia navarra:

“La cuestión ha sido siempre pelear unos con otros; mordernos, olvidando que mordiéndonos no nos matamos nosotros, sino que matamos a Navarra. Sí, la cuestión era pelear fraternalmente: la conquista de Navarra, las bulas de Julio II, Amayur, eran, sobre todo para muchos de los apasionados espectadores del torneo, la ocasión, las circunstancias del momento, lo accidental [...]”<sup>84</sup>

El tópico de la división interna y la necesidad de mantenerse unidos recorre las letras locales con una constancia significativa. La célebre novela de Arturo Campi3n *Blancos y Negros*<sup>85</sup> constituye una de las mejores muestras de esta literatura.

La acci3n se sitúa en Urgain, un pueblo ficticio de la montañ a navarra, en un ańo indeterminado del comienzo de la Restauraci3n. Se avecinan las elecciones y en el pueblo rivalizan carlistas y liberales dinásticos. Ambos grupos, blancos y negros,

---

<sup>82</sup> *Ibíd*em, p. 102. Cursivas suyas.

<sup>83</sup> E. de Aranzadi, *Reconstituci3n del Pueblo euskaldún*, *op. cit.*, p. 26.

<sup>84</sup> Jesús Etayo, “Divagaciones”, en *Navarra*, *op. cit.*

<sup>85</sup> Arturo Campi3n, *Blancos y Negros (Guerra en la Paz)*, Imp. Erice y García, Pamplona, 1898.

utilizan todas las artimañas a su alcance para conseguir el voto de sus paisanos. Mientras tanto Urgain, invadido por emigrantes españoles de todas las regiones, pierde sus costumbres características y su idioma milenario. En sus tabernas comienzan a escucharse la jota y la bandurria, y el carácter autóctono desaparece día a día.

Aunque casi todos los vecinos lo ignoran, las elecciones, en realidad, están decididas de antemano. Las élites carlista y liberal han alcanzado secretamente un acuerdo para repartirse los votos. Pese a todo los carlistas del pueblo intentan recabar el apoyo de Mario Ugarte, el joven heredero de una familia de alcurnia, casi arruinada por la última guerra. Mario, antiguo carlista, se niega, cansado de las luchas de partido. El emisario de los carlistas lo llama liberal, pero él replica que, simplemente, es “un navarro que ama a su patria”<sup>86</sup>. En su opinión las disensiones políticas entre los partidarios de Alfonso y de Carlos están terminando con Navarra. Por eso llama a la reconciliación y la unidad en torno a una bandera exclusivamente navarra y católica:

‘Cese el grito de los partidos españoles y resuene el himno de la hermandad navarra. Nada haré por dividir, cuenten conmigo para unir.’<sup>87</sup>

Tanto blancos como negros lo hacen objeto de sus iras, alentando rumores contra su persona. Finalmente, Mario de Ugarte es asesinado por un navarro noble como él, aunque inculto, un ribero ofuscado por unos celos infundados.

Otra de las mejores novelas de Campián, *Don García Almorabid*<sup>88</sup>, tiene por objeto una temática parecida. Esta vez son los navarros del siglo XIII los que se matan en defensa de intereses extranjeros.

En este contexto, tanto desde los euskaros como desde el nacionalismo y el navarrismo, abundan extraordinariamente los llamamientos en favor de la unidad. Entre los primeros, Hermilio de Olóriz termina su estudio sobre el *Fundamento y defensa de los fueros*<sup>89</sup> con un llamamiento a la concordia entre todos los euskaldunes:

---

<sup>86</sup> *Ibidem*, p. 78.

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 83.

<sup>88</sup> A. Campián, *Don García Almorabid*, *op. cit.*

<sup>89</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*



“Uníos pues, uníos en torno al santo árbol de los fueros; así no os lamentareis mañana como en otro tiempo el Conde de Lerín y los suyos de haber traído a Navarra el luto y la miseria.”<sup>90</sup>

El “navarrismo castizo”<sup>91</sup> que preconiza Juan P. Esteban en las columnas de *Diario de Navarra* apela también a la unidad en defensa de lo nativo, por encima de las divisiones partidistas. La unión es también la consigna que predica el nacionalista Evangelista de Ibero en su sermón de 1902<sup>92</sup>.

Curiosamente, y de manera análoga a como sucede con la denuncia del caciquismo en España, que termina por hacerse común a los propios caciques, el llamamiento a la concordia se extiende también a los miembros de los diversos partidos. Así, el dirigente carlista Joaquín Beunza puede permitirse finalizar una conferencia sobre enseñanza en los siguientes términos:

“Termino afirmando que la unión es la fuerza: recuerdo que la desunión de sus hijos hizo perder la independencia a Navarra en el siglo XVI; que la desunión de navarros y vascongados hizo perder los fueros en 1839 y 1876.”<sup>93</sup>

Pero qué duda cabe de que la receta de la unidad no puede conseguir que el pasado cambie. La tragedia se ha consumado hace siglos y como tal no tiene vuelta de hoja. La única esperanza que queda es que el futuro no se encuentre también escrito.

### **Un príncipe melancólico e irresoluto.**

Los protagonistas de los orígenes, decíamos, son personajes de gran fortaleza, seres decididos y heroicos, siquiera en la maldad, capaces de las mayores hazañas. Por el contrario, los protagonistas de la tragedia del ocaso son seres indecisos y débiles, personajes contradictorios que labran involuntariamente su propia desgracia. Alazones a los que engañosamente se les aparece la posibilidad de un destino glorioso pero que, en realidad, les está negado de antemano. Abocados al sacrificio, concitan a menudo la simpatía y la piedad, pero muy raramente obtienen la adhesión de los héroes épicos.

---

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 128.

<sup>91</sup> Juan P. Esteban, “Navarrismo castizo”, en *D. N.*, 13 y 16-IV-1924.

<sup>92</sup> F. Evangelista de Ibero, *Sermón predicado en la Catedral de Pamplona el 8 de abril de 1902, el día de la dedicación de aquella Santa Iglesia*, Biblioteca católico-propagandista, Erice, Pamplona, 1902.

<sup>93</sup> Joaquín Beunza, “La Enseñanza primaria”, en *E. P. N.*, 18-VII-1920.

Cómo escribe Frye: ‘La tragedia es una combinación paradójica de un sentido terrible de rectitud (el héroe debe caer) y de un sentido piadoso del error (es una lastima que caiga)’<sup>94</sup>.

El personaje más característico del ocaso del reino es sin lugar a dudas el Príncipe Carlos de Viana, si bien (y curiosamente) no llega a conocer el desenlace del drama. De hecho, como la muerte de Hamlet entrega Dinamarca a Noruega, su desaparición frustra las últimas esperanzas del reino.

Su historia<sup>95</sup> viene a ser la siguiente. Tras el fallecimiento de su madre la reina Blanca, en 1441, y merced a las capitulaciones matrimoniales con Juan de Aragón, el Príncipe recibía el derecho a titularse rey de Navarra. Sin embargo la reina pidió en su testamento que la proclamación de su hijo no tuviera lugar sin la aprobación de su padre, el rey consorte. Éste no renunció a la corona y permaneció como monarca, aferrándose al usufructo de viudedad, en una situación jurídica confusa. Momentáneamente el conflicto se solventó con la salida de Juan II para ocuparse de la guerra de Castilla y la asunción de la lugartenencia del reino por parte de Carlos, lo que en la práctica le convirtió en rey de Navarra. En 1444 Juan II contrajo segundas nupcias, lo que puso todavía más en entredicho su derecho al trono. Hacia 1451 la relación entre padre e hijo degeneró en un abierto enfrentamiento civil. Como hemos afirmado anteriormente, los beaumonteses tomaron partido por el Príncipe, mientras que los agramonteses lo hicieron por su padre. Es necesario subrayar que la pugna excedió el ámbito navarro, dado que Carlos de Viana era también heredero de la Corona de Aragón, paradójicamente gracias a que su padre había sido proclamado rey de Aragón en 1458. Tras diversos amagos de reconciliación los partidarios del Príncipe fueron derrotados y éste desterrado. En 1460 desembarca en Barcelona, donde tiene lugar un nuevo intento de conciliación. Sin embargo, al poco tiempo su padre lo manda encarcelar. Liberado merced a un motín popular en 1461 muere ese mismo año, para algunos autores probablemente envenenado.

Resulta llamativo constatar cómo, de manera contraria a lo que sucedía con el bando beaumontés que sostuvo su causa, Carlos de Viana goza de la simpatía general de los escritores navarros de todas las tendencias. Esteban y Chavarría lo tiene por ‘gran

---

<sup>94</sup> N. Frye, *op. cit.*, p. 282.

<sup>95</sup> ‘Historia’ en el doble sentido de *History* e *story*, acepciones entre las que en este caso es especialmente difícil distinguir.

navarro” y “gran español”<sup>96</sup>, “corazón magnánimo”, “cumplido caballero”, “músico hábil, poeta inspirado, lingüista recomendable, historiador distinguido, filósofo profundo, [y] orador persuasivo”<sup>97</sup>. Hermilio de Olóriz subraya también la nobleza de su carácter y su valentía, y lo llama “brador, poeta, literato y filósofo eminente”<sup>98</sup>. Altadill lo califica de “Príncipe Mártir”<sup>99</sup>. Mariano Arigita<sup>100</sup> presta crédito a los milagros que se le atribuyen y destaca que el pueblo catalán lo veneró como San Carlos. Sólo ocasionalmente se le reprocha su rebeldía contra su padre<sup>101</sup>, mientras que una y otra vez se destaca su prudencia, bondad y erudición. Es significativo a este respecto que tanto la institución como la revista que sustituyen a la Comisión de Monumentos Históricos y su *Boletín* lleven el nombre de “Príncipe de Viana”. Arturo Campión<sup>102</sup>, Bernardino de Estella<sup>103</sup>, Lino Munárriz<sup>104</sup> y Víctor Pradera<sup>105</sup>, entre otros, lo reconocen como rey de derecho de Navarra, titulándolo Carlos IV. Según García Ezpeleta fue “bueno, culto y desgraciado”<sup>106</sup>. De haber conseguido establecerse en el trono, dice Campión, “habría brillado en la Historia con luz deslumbradora”<sup>107</sup>.

De manera inversa su padre, Juan II, es unánimemente reputado como un personaje poco sobrado de escrúpulos. Altadill lo llama “el usurpador y el perjurio”<sup>108</sup>. A decir de Mañé y Flaquer fue “rencoroso e implacable”<sup>109</sup>. Gúrpide lo califica de “ambicioso, violento y belicoso”<sup>110</sup>. Con ellos coinciden Marichalar y Manrique<sup>111</sup>, Pradera<sup>112</sup>, Esparza<sup>113</sup> y Campión<sup>114</sup>, entre otros. Para Zapatero, por último, no siente el

<sup>96</sup> Juan Esteban y Chavarría, “Navarra por D. Carlos, Príncipe de Viana”, en *La Avalancha*, nº 627, 1921, p. 111.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 112. Corchete mío.

<sup>98</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 130.

<sup>99</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 125. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie*, *op. cit.*, p. 43.

<sup>100</sup> Mariano Arigita, “El Príncipe de Viana”, en *La Avalancha*, nº 119, 1900.

<sup>101</sup> Cfr. A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, pp. 84-85.

<sup>102</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 302.

<sup>103</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 107.

<sup>104</sup> L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 118.

<sup>105</sup> V. Pradera, *Por Navarra para España*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>106</sup> E. García Ezpeleta, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 27.

<sup>107</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 316.

<sup>108</sup> Julio Altadill, “Otro retrato del Príncipe de Viana”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1913, p. 223.

<sup>109</sup> J. Mañé, *op. cit.*, p. 117.

<sup>110</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 257.

<sup>111</sup> A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, pp. 84-85.

<sup>112</sup> V. Pradera, *Por Navarra para España*, *op. cit.*, pp. 16 y ss.

<sup>113</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p.49.

más mínimo afecto por Navarra, en la que sólo ve una fuente de ingresos para sus aventuras militares<sup>115</sup>.

Bien es cierto que, como hemos advertido, Carlos de Viana es un personaje complejo al que con mucha frecuencia se atribuye un carácter débil y enfermizo. Arturo Campión lo califica de ‘blando e irresoluto’<sup>116</sup>. Éste último adjetivo se le aplica una y otra vez. Así, para Martínez Erro era ‘de temperamento un tanto enfermizo, gran soñador’ y ‘algo irresoluto’<sup>117</sup>. Eladio Esparza lo tilda de ‘enfermizo, soñador, intelectual,[e] irresoluto’<sup>118</sup>. José María Iribarren lo tiene por ‘adolecido, tísico y espiritual’<sup>119</sup>. Carlos no obtiene el trono porque le falta decisión, porque es demasiado apocado para reclamar lo que en justicia le pertenece. Esta velada acusación aparece en boca de escritores ideológicamente muy distantes. Entre los nacionalistas, Bernardino de Estella dice que ‘el príncipe era de poco carácter’<sup>120</sup>. Entre los navarristas, Julio Gúrpide lo califica de ‘soñador, enfermizo, poeta e irresoluto’<sup>121</sup>. Los autores se copian unos a otros alterando levemente el orden de los factores.

La debilidad de carácter del Príncipe Carlos parece haber sido progresivamente resaltada. Poco a poco sus años de lugartenencia pierden relieve y Carlos deviene un ser femenino y sensiblero. Así, el Conde de Rodezno lo retrata como un ‘complejo de ternura, de sentimientos, voluntad tornadiza, temperamento desmayado’<sup>122</sup>. Estos manejos vuelven a nuestro personaje un incapacitado para detentar el trono. A la conjura de la geografía contra el reino se une la notoria invalidez de su heredero y última esperanza. Se trata, en definitiva, de un personaje amable pero que no se encuentra a la altura de las circunstancias:

‘El Príncipe de Viana, educado más para las letras que para las armas, no tenía las condiciones de habilidad para ser un guerrero, ni tampoco un político, por lo

---

<sup>114</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 322 y p. 329.

<sup>115</sup> Félix Zapatero, ‘Juan II de Navarra. El ocaso de un reino’, *op. cit.*

<sup>116</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 302.

<sup>117</sup> J. R. Martínez Erro, *op. cit.*, p. 18.

<sup>118</sup> E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 49. El corchete es mío.

<sup>119</sup> José M<sup>o</sup> Iribarren, *Navarrerías. Album de variedades*, Imp. Bergara, Pamplona, 1944, p. 68.

<sup>120</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 108.

<sup>121</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 256.

<sup>122</sup> Conde de Rodezno, ‘Prólogo’, en M. Iribarren Paternáin, *El Príncipe de Viana, op. cit.*, p. 7.

que fue vencido por su padrastro [?], hombre duro, violento y excesivamente apasionado.”<sup>123</sup>

Acentuando esta condición trágica, la tristeza y la fatalidad aparecen como los signos distintivos de su existencia. Así, a decir de Félix Zapatero, Carlos sufre una “vida de amargura y de pesadumbre inenarrables”<sup>124</sup>. Miguel de Saperas lo describe “prisionero de su desgracia”<sup>125</sup>, “como si una mala mano lo condujese por sendas inevitables”<sup>126</sup>.

Manuel Iribarren Paternáin es posiblemente quien de manera más explícita ha concebido la historia de Carlos de Viana a partir de la tragedia. Su vida es, en sus propias palabras, “un drama histórico” que enfrenta en una “pugna irreconciliable” a “dos caracteres antagónicos”<sup>127</sup>. De este modo:

“La vida de Don Carlos de Viana, abocada de continuo a la tragedia, transcurre entre odio y amor, luchas, prisiones, falsas sonrisas, crímenes, boato y miseria, dagas alevés, libros, ponzoña, celos homicidas, sombras inquietantes.”<sup>128</sup>

La biografía que Manuel Iribarren dedicó al Príncipe está llena de interés para nosotros, precisamente en virtud de la dramatización a la que somete a su figura. Iribarren advierte que durante el romanticismo la literatura local hizo de Carlos un personaje de tonalidades shakesperianas. Y él confirma plenamente este retrato:

“Es, en efecto, Don Carlos de Viana, un pequeño Hamlet, vacilante en sus deseos, indeciso en sus determinaciones, débil frente a la adversidad.”<sup>129</sup>

Esta circunstancia afecta también a los padres del Príncipe, a las banderías, que aparecen como el coro, y a aragoneses y castellanos, calificados de comparsa. El autor puede permitirse estos símiles, porque la vida del heredero navarro “tiene mucho de

---

<sup>123</sup> M. Núñez de Cepeda, *Guía completa del País Navarro*, op. cit., p. 35. El autor se equivocaba. Juan era el padre natural de Carlos de Viana. El lapso, con resonancias de cuentos infantiles, es muy significativo.

<sup>124</sup> Félix Zapatero, “Juan II de Navarra. El ocaso de un reino”, op. cit., p. 128.

<sup>125</sup> Miguel de Saperas, *Carlos de Viana. Tragedia en cinco actos*, Ed. Leyre, Pamplona 1943, p. 38.

<sup>126</sup> *Ibidem*, p. 28.

<sup>127</sup> M. Iribarren, *Navarra*, op. cit., p. 240.

<sup>128</sup> M. Iribarren, *El Príncipe de Viana*, op. cit., p. 14.

<sup>129</sup> *Ibidem*, p. 13.

poema dramático, de arquitectura teatral”<sup>130</sup>. A este respecto, Iribarren dedica una gran atención a describir el escenario donde se desarrolla la tragedia: un siglo inmoral en el que reina ‘el más solapado maquiavelismo’<sup>131</sup>.

‘Padres, hijos y hermanos se traicionaban entre sí. La meta era el poder y el objeto llegar. No importaba cómo.’<sup>132</sup>

Las coordenadas morales pierden toda claridad en este ambiente, algo que sucede con frecuencia en las tragedias<sup>133</sup>. Los personajes actúan representando un papel moralmente ambiguo, en la medida en que su contribución se hace precisa para la culminación del drama y la consecución del presente.

‘En la entablada pugna entre padre e hijo, no cabe ya distribuir los papeles del MALO y el BUENO con criterio absoluto.’<sup>134</sup>

La razón asistía a Carlos, es cierto, y Juan retenía el trono sin derecho, pero uno y otro son productos de las circunstancias que desempeñan un cometido histórico.

Significativamente, Iribarren Paternáin subtitula su biografía ‘un destino frustrado’. Carlos de Viana podría haber liderado la unificación de España en virtud de su condición de heredero de Aragón y Navarra y candidato a marido de Isabel de Castilla. Inteligente, ‘enamorado de la cultura’<sup>135</sup>, su figura ‘irradiaba simpatía’<sup>136</sup>. Tiene todo para ser el mejor de los reyes, pero ‘todo parecía concitado contra él’<sup>137</sup> y su destino aparente resulta quebrado por su destino real. ‘Flaco de voluntad’, ‘irresoluto’, ‘sentimental’, ‘pacifista’, ‘poco ambicioso’<sup>138</sup>. Iribarren abunda en el tópico del carácter del Príncipe, hasta el extremo de hacer de él un caso patológico:

---

<sup>130</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>131</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>132</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>133</sup> Cfr. N. Frye, *op. cit.*, p. 278.

<sup>134</sup> M. Iribarren, *El Príncipe de Viana, op. cit.*, p. 14. Mayúsculas suyas.

<sup>135</sup> *Ibidem*.

<sup>136</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>137</sup> *Ibidem*, p. 48.

<sup>138</sup> *Ibidem*, p. 215.

‘Propenso a la melancolía, sus actos y sus vacilaciones nos lo representan hoy como aquejado de neurastenia.’<sup>139</sup>

Todas sus virtudes se convierten en defectos que lo incapacitan para valerse por sí mismo. Sólo en una ocasión se deja contaminar por el ambiente enturbiado e incumple su promesa de respetar a su padre<sup>140</sup>. Pero, en lugar de obtener ventaja de ello, resulta definitivamente derrotado. En definitiva, el relato de su vida ‘mueve a compasión’<sup>141</sup>.

No todos los historiadores han admitido este retrato melancólico y enfermizo del Príncipe de Viana. En realidad, algunas fuentes permiten hablar de un Carlos ambicioso y autoritario, no muy diferente de su denostado padre<sup>142</sup>. La clásica biografía de Desvenises du Dezert<sup>143</sup>, de la que nos ocuparemos más adelante, caracteriza acaso un príncipe magnánimo y erudito, pero de ningún modo un personaje paralizado por la indecisión y la melancolía. El Carlos de Viana de Miguel de Saperas<sup>144</sup>, aunque adorado por el pueblo, presenta también importantes máculas. Se rebela repetidamente contra su padre, lucha por sus derechos, despilfarra el dinero que le conceden las Cortes y deja varios hijos bastardos.

Posiblemente el autor que más se ha alejado del ser irresoluto y neurasténico descrito por Iribarren sea Jaime Vicens Vives<sup>145</sup>. Éste retrata un príncipe renacentista tan falto de escrúpulos como poco sentimental. En su exilio en Nápoles, por ejemplo, no duda en conspirar contra su tío para intentar arrebatarle el trono<sup>146</sup>. Sorprendido ante la persistencia de la leyenda, Vives exclama:

---

<sup>139</sup> *Ibidem*, p. 214.

<sup>140</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>141</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>142</sup> Los historiadores españoles del siglo XVI, XVII y XVIII se muestran duros con Carlos de Viana. Son los historiadores franceses y los británicos de la órbita de William Robertson quienes ensalzan su figura. Haciéndose eco de estos, la mayoría de los historiadores españoles del XIX lo alaban. Cfr. Antonio Alcalá Galiano- Dc. Dunham, *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel, redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunham*, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, Madrid, 1844, tomo 3, pp. 139-140.

<sup>143</sup> G. Desvenises du Dezert, *op. cit.*

<sup>144</sup> M. de Saperas, *op. cit.* Ver especialmente el ‘Pórtico’.

<sup>145</sup> Jaime Vicens Vives, ‘Trayectoria Mediterránea del Príncipe de Viana’, en *Príncipe de Viana*, nº 40-41, 1950. En la p. 212 Vives critica abiertamente la biografía de Iribarren por repetir los tópicos de siempre.

<sup>146</sup> Cfr. *Ibidem*. Vicens Vives se basa en el manuscrito 113 de la B. N. de París, citado por Calmette y reeditado por Messer.

“¡San Carlos de Viana! ¿Una ficción o una realidad? No importa. Lo decisivo es el mito.”<sup>147</sup>

Al mencionar la existencia de biografías que desdican la imagen del Príncipe que hemos encontrado hasta ahora, nuestra intención no es presentar un Carlos “verídico” frente a su contrapartida “romántica”. Lo que queremos, en primer lugar, es subrayar que el personaje ofrecido por la literatura navarra es una construcción literaria entre otras posibles. Y, en segundo lugar, abrir paso a la tesis de que ese constructo literario ha sido objeto de una serie compleja de operaciones de orden ideológico, de cara a explicar el fin de la independencia de Navarra.

Nuestro interés por la psicología de Carlos de Viana, por tanto, no era ni excesivo ni redundante. De hecho juega un papel fundamental en la explicación de la tragedia del reino. Carlos, en efecto, es para nuestros autores mucho más que un personaje histórico interesante. José Zalba lo llama la “encarnación de la vida de nuestro Reino”<sup>148</sup>. Arvizu y Etayo lo erigen en “símbolo, por sus desdichas y dolores, del reino pirenaico”<sup>149</sup>. Elías de Tejada, por último, afirma que:

“Carlos de Viana es Navarra, yo diría que la encarnación simbólica de la tradición centenaria de Navarra”<sup>150</sup>

Su tragedia, la frustración de su destino, no es sino la propia frustración del destino de Navarra. Con él el Viejo Reyno pierde su gran oportunidad histórica de jugar un papel decisivo en el escenario europeo. Y lo que es más importante: ese destino histórico se frustra no tanto a causa de la acción maligna del Extranjero como por la de los propios navarros, la geografía y la personalidad del heredero. Incapaz de cualquier heroísmo, Carlos de Viana sublima la autocompasión de los nativos por su frustración histórica.

Es preciso poner de relieve que la tragedia del Príncipe malogra varios itinerarios históricos, dependiendo de los autores. Especialmente para los autores navarristas el destino frustrado consistía en haber realizado en torno a Navarra la unidad de España. De haber gozado de más suerte Carlos “hubiera sido el primer rey

---

<sup>147</sup> *Ibidem*, p. 250.

<sup>148</sup> José Zalba, ‘Páginas de la Historia Literaria de Navarra’, en *Euskalerrriaren alde*, tomo XIV, 1924, p. 349.

<sup>149</sup> J. Etayo y F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 10.



español”<sup>151</sup> y la historia de Navarra, en lugar de terminar trágicamente, hubiera continuado siendo gloriosa. Pero su muerte prematura “contraría los designios de la Providencia”<sup>152</sup>. A decir de Luis García Rayo, Carlos tenía “el sentimiento de la unidad nacional”<sup>153</sup>. Similarmente Elías de Tejada le atribuye el proyecto de la unidad peninsular.

“Carlos de Viana fracasa en realizar bajo su cetro la misma unión hispánica que [...] va a cumplir su hermano menor, el más afortunado Fernando.”<sup>154</sup>

Los autores nacionalistas suelen ignorar o poner en segundo término estos proyectos matrimoniales. Con todo, la idea de un Príncipe que hubiera frustrado, no una vía alternativa hacia la unidad peninsular, sino la independencia de Navarra apenas parece haberse insinuado.

El cuento del euskaro Arturo Campión “La visión de Don Carlos”<sup>155</sup> es uno de los textos donde se sugiere una lectura más nacionalista del Príncipe. Éste, que por otros textos sabemos que “amó tiernamente a Navarra”<sup>156</sup>, contempla en sueños cómo el reino cae desgarrado por la guerra civil. Castellanos y franceses se preparan para repartírselo. Eso le hace dudar sobre la conveniencia de levantarse en defensa de sus derechos. El patriotismo, y ya no la debilidad, guían su conducta.

El propio lema del “*utrinque roditur*” que Carlos adopta como divisa es citado a menudo para lamentar el destino al que abocan a Navarra las divergencias internas. Con ello, siquiera de forma indirecta, su tragedia ha servido para fomentar la necesidad una política exclusivamente local.

Desvenises du Dezert<sup>157</sup> ofreció una lectura alternativa del Príncipe, aunque sin apenas eco en la cultura local. En su opinión, Carlos de Viana lideró el proyecto de una España fuerista y norteña. Durante su lugartenencia en Navarra, por ejemplo, “se

---

<sup>150</sup> Francisco Elías de Tejada, “La literatura política en la Navarra medieval”, *op. cit.*, p. 212.

<sup>151</sup> J. Esteban, “Navarra por D. Carlos”, *op. cit.*, p. 112.

<sup>152</sup> L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 118.

<sup>153</sup> Luis García Rayo, “Javier, el Gran Almirante de la flota misionera hispánica”, *A.E.*, 3-XII-1952, p. 13.

<sup>154</sup> F. Elías de Tejada, “La literatura política en la Navarra medieval”, *op. cit.*, p. 212.

<sup>155</sup> Arturo Campión, “La Visión de D. Carlos. Príncipe de Biana”, en *Narraciones Baskas*, *op. cit.* Original de 1882.

<sup>156</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 333.

<sup>157</sup> G. Desvenises du Dezert, *op. cit.* Es curioso anotar que Desvenises también atribuye al Príncipe un carácter literario. En concreto dice que presenta “*des caracteres d'un roman d'aventures*”, y que “*les coups de théâtre y sont fréquents*” (*Ibidem*, p. 423).

muestra un observador escrupuloso de la ley, un fiel guardián de las libertades nacionales”<sup>158</sup>. De este modo,

‘Por su alta idea del derecho, por su amor a la paz, por su respeto de la legalidad, el príncipe de Viana merece ser considerado como el último príncipe de la España fuerista.’<sup>159</sup>

Sin embargo Carlos muere y la Castilla conquistadora y centralizadora tiene el camino despejado para lograr la hegemonía peninsular, impidiendo el desarrollo de una España norteña<sup>160</sup>.

Cuando se publicó la biografía de Desvenises en 1889 la lectura melancólica de Carlos de Viana estaba ya asentada entre los euskaros, que la transmitirían a nacionalistas y navarristas. Para los primeros el Carlos de Desvenises era demasiado peninsular y aragonés. Para los segundos, por el contrario, era demasiado anticastellano. Más adelante acaso sólo los carlistas, a cuyos reyes Desvenises hacía sucesores ideológicos del Príncipe<sup>161</sup>, hubieran podido recoger esta lectura alternativa, pero no lo hicieron y la versión melancólica de Carlos continuó vigente.

Es preciso no perder de vista la debilidad de nuestro personaje a la hora de examinar su posición respecto a las tramas del *saltus* y del *ager Vasconum*. Carlos de Viana se inclina visiblemente hacia la segunda, puesto que aparece como un agente frustrado para la unión peninsular. Sólo en algunos momentos se insinúa una lectura más aislacionista. De cualquiera de las dos maneras, el Príncipe carece de fortaleza para convertirse en un héroe épico. La simpatía compasiva que ha merecido adelanta la conformidad nostálgica de la mayor parte de los escritores navarros ante la pérdida de su independencia hace cuatrocientos años.

---

<sup>158</sup> “*Son gouvernement en Navarre montre en lui un observateur scrupuleux de la loi, un gardien fidèle des libertés nationales*” (*Ibidem*, p. 430).

<sup>159</sup> “*Par sa haute idée du droit, par son amour pour la paix, par son respect de la légalité, le prince de Viana mérite d’être considéré comme le dernier prince de l’Espagne fuériste.*” (*Ibidem*, p. 431).

<sup>160</sup> *Ibidem*, p. 431.

<sup>161</sup> *Ibidem*.

### **El drama de la conquista<sup>162</sup>.**

Anteriormente se ha afirmado que en una cultura hecha de tópicos y ambigüedades como la navarra el estatuto del autor -como "autoridad" y como "creador"- quedaba en entredicho. A causa de ello hemos hecho recaer el peso de nuestro análisis no tanto en obras individuales como en dos tramas anónimas y nunca completamente escritas. Como se ha repetido en páginas anteriores, la presencia de las tramas no se corresponde precisamente con el *locus* político, aunque pueda detectarse una sintonía progresiva. El *saltus* no representa el nacionalismo y el *ager* no se encarna exclusivamente en el navarrismo. A menudo ambas tramas cohabitan con frecuencia en unos mismo autores e incluso dentro de unos mismos textos.

En el caso de los relatos de la conquista del reino esa impresión de ambigüedad es muy marcada. Tanto que, si nos dejamos guiar por referencias políticas actuales, nos encontraremos continuamente perplejos. Escritores cercanos a la extrema derecha discuten la legalidad de la conquista, generales del ejército español reivindican con vehemencia a quienes trataron de recuperar la independencia de Navarra, autores próximos al nacionalismo ofrecen argumentos en favor de una lectura hispanista.

Esta ambigüedad hace que, a la vez que plagadas de tópicos, las lecturas de la conquista aparezcan al análisis como incompletas. Exceptuando unos pocos puntos, como el de la legalidad de las bulas, donde la opinión suele estar relativamente formada, las historias de la anexión de Navarra adolecen de una manifiesta falta de precisión. Quienes se sienten españoles no saben exactamente cuándo los defensores de Foix-Albret comienzan a ser meros franceses<sup>163</sup>. Por su parte, los nacionalistas dudan de si los últimos reyes eran verdaderos navarros o simples extranjeros. Euskaros destacados como Iturralde, Campián y Altadill permanecen en una actitud confusa. Critican con dureza la invasión, pero cuando se les fuerza a expresarse sobre el separatismo lo rechazan. Todo ello hace del tema de la conquista un magnífico escenario para examinar la ambigua dialéctica propia de la cultura local.

Podemos observar la presencia de dos posturas extremas en este tema. Una, la de quienes aprueban la conquista, y otra, la de quienes la rechazan. La primera se acercaría manifiestamente al *ager* mientras que la segunda se decantaría por el *saltus*. Entre ambas opiniones encontramos el amplio terreno de quienes critican los modos de la

---

<sup>162</sup> A. Campián, en *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 465.

<sup>163</sup> El caso de Javier de Ibarra puede servir de primer ejemplo de esta desorientación. Cfr. [J. Ibarra], *Un navarro, Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.* El autor se muestra favorable a los últimos reyes de Navarra. Su hijo, sin embargo, ya es tildado de "supuesto Rey" (*Ibidem*, p. 38).

anexión pero aprueban, aunque sea a regañadientes, su resultado final. Esta actitud ha sido la más frecuente entre navarristas y euskaros.

Los diversos relatos de la conquista suelen frecuentar una misma serie de lugares comunes. Como es lógico, lo hacen dentro de un discurso articulado, entrelazando uno con otro, pero para nuestros fines seccionaremos este continuo para poder comparar una a una sus diversas versiones.

Antes de entrar en materia acaso sea necesario resumir los principales acontecimientos de la invasión castellana. Hacerlo sin comprometerse en alguna medida con alguna de las lecturas que nos disponemos a analizar no es una tarea factible. Ni siquiera la aséptica enumeración de los acontecimientos nos proporcionaría un relato neutro, puesto que la propia existencia de aquéllos conlleva ya una toma de partido. Conscientes de ello, las líneas siguientes sólo tienen como propósito recordar al lector una historia de la anexión, sin pretender ofrecer la verdad histórica<sup>164</sup>. Es posible que, dadas las fuentes que hemos utilizado como base<sup>165</sup>, nuestro resumen se escore en mayor medida por cierta lectura de la invasión. No obstante, el análisis que sigue al resumen histórico debería compensar esa posible inclinación ideológica. Vaya por delante la advertencia.

La ocupación de Navarra tuvo lugar en 1512, durante el reinado de Catalina de Foix y Juan de Albret. Castilla, que como componente de la Liga Santísima se disponía a invadir la Guyena, exigió a Navarra una serie de garantías para asegurar su neutralidad. Los reyes de Navarra no aceptaron esas exigencias, con lo que pretextando una alianza entre Francia y Albret, las tropas del duque de Alba, con la ayuda de algunos caballeros navarros como el conde de Lerín, penetraron en Navarra hacia el 20 de julio de ese año. La resistencia fue escasa y la conquista se completó en unos meses, aunque ya en 1513. Los monarcas navarros debieron retirarse a sus estados del Bearne. La invasión de la Guyena nunca llegó a producirse. En principio Fernando se tituló depositario del reino, pero en un manifiesto publicado hacia el 24 de agosto de 1512 se

---

<sup>164</sup> Que ésta sea posible o no tampoco entra dentro de nuestros objetivos.

<sup>165</sup> En concreto a Arturo Campión y su escrito "La excomunión de los últimos Reyes legítimos de Navarra", *op. cit.*; P. Boissonade, *op. cit.* José M<sup>a</sup> Lacarra, *Historia Política del Reino de Navarra, op. cit.*, vol. 3, pp. 423 y ss. Puede compararse el resumen siguiente con otras historias de la conquista. Una especialmente procastellana es la de Luis Suárez Fernández, *Fernando el Católico y Navarra. El proceso de incorporación del Reino a la Corona de España*, Rialp, Madrid, 1985. Una alternativa interesante es la discutida lectura realizada por Jon Oria en su libro *Últimos Reyes de Navarra. De Gastón IV a Margarita de Valois*, Mintzoa, Iruña, 1994. María del Puy Huici Goñi ofrece una somera bibliografía crítica en *En torno a la conquista de Navarra, op. cit.* Otra bibliografía más completa puede encontrarse en Francisco J. Sierra Urzais, "La conquista de Navarra: Estudio bibliográfico desde el siglo XVI al XX", en J. Jimeno Jurío et al., *475 Aniversario de la Conquista de Navarra*, Eusko Ikaskuntza, Donostia, 1989. Tiene

nombra ya rey de Navarra<sup>166</sup>. En marzo de 1513 las Cortes de Navarra juraron fidelidad a Fernando como rey. Dos años más tarde, en 1515, las Cortes de Burgos sellaron la anexión a la Corona de Castilla.

Fernando esgrimió tres bulas para conquistar y retener Navarra, todas expedidas supuestamente por Julio II a propósito del Cisma de Pisa, que patrocinó Luis XII de Francia con objeto de deponer al Papa. Esto nos introduce ya en el análisis de los relatos de la invasión.

En torno a la autenticidad y validez de dichas bulas han tenido lugar discusiones tan eruditas como apasionadas.

Las dos primeras se expidieron el mismo día, el 21 de julio de 1512. Se las denomina, como es habitual, con sus primeras palabras, “*Pastor ille coelestis*” y “*Etsi ii qui christiani*”. En ellas se amenaza con la excomunión a quienes apoyen a los cismáticos de Pisa. Ninguna nombra directamente a los monarcas navarros, como tampoco se publicaron en las iglesias navarras, como era habitual si una excomunión se refería a alguno de sus ciudadanos. La tercera bula, conocida como “*Exigit contumacium*” es la que ha provocado un mayor número de discusiones. Llama a los reyes Juan y Catalina ‘hijos de perdición’, los excomulga y otorga sus territorios a quien primero los ocupe. Durante un tiempo se discutió la existencia de la “*Exigit*”, pero los historiadores Ortiz Sanz y Boissonade dieron con ella. Esta bula lleva fecha de 18 de febrero de 1512.

Los historiadores navarros más representativos anteriores a nuestro período de estudio han negado la excomunión de los reyes navarros, a menudo negando la existencia de las bulas. Según J. J. Markinez<sup>167</sup> son los autores franceses del XVIII, como Olhagaray, Rousset y Mezeray, quienes comienzan a negar la legalidad de la anexión. Este rechazo ha sido general a la segunda mitad del XIX y la primera del XX. Todavía en 1877 Anacleto García Abadía afirma en la Universidad Central que la bula simplemente no existe<sup>168</sup>. Otros escritores contemporáneos como Olóriz<sup>169</sup> han admitido la existencia de, al menos, una bula pero han negado su autenticidad. Manrique y

---

también interés V. Vázquez de Prada, “Conquista e incorporación de Navarra a Castilla”, en VV. AA., *Cuestiones de historia moderna y contemporánea de Navarra*, op. cit.

<sup>166</sup> Cfr. José M<sup>a</sup> Lacarra, *Historia política del Reino de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, op. cit., vol. 3, pp. 423 y ss.

<sup>167</sup> José J. Markínez Hermoso de Mendoza, *Catalina de Foix (1483-1517)*, Mintzoa, Iruña, 1987, p. 299.

<sup>168</sup> A. García Abadía, op. cit., p. 23.

<sup>169</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, op. cit., p. 24.

Marichalar sostienen abiertamente la falsificación de la “*Exigit*” y añaden que, en todo caso, Julio II tampoco tenía derecho a promulgarla<sup>170</sup>. Similarmente se pronuncia Jesús Etayo, quien califica la conquista de “usurpación”<sup>171</sup>. Bernardino de Estella<sup>172</sup> piensa que Fernando abusó de la religiosidad de los navarros, haciéndoles creer que la bula “*Pastor illae coelestis*” se refería a ellos, cuando en realidad eran neutrales ante Francia. En lo que se refiere a la “*Exigit contumatum*” la tilda de “indigna falsificación”<sup>173</sup>.

¿En qué se basan estos autores? Hasta finales del XIX no resulta exagerado afirmar que se fían de lo escrito por historiadores anteriores como Alesón. Sin embargo, durante el último cuarto del XIX el panorama historiográfico cambia sustantivamente. De entrada, en 1878, Mañé y Flaquer<sup>174</sup> anuncia haber escrito al Archivo Vaticano preguntando por la bula “*Exigit*”. La respuesta ha sido negativa: la bula no se encuentra registrada en Roma. En 1894 Boissonade<sup>175</sup> publica su historia de la invasión. Se trata de una obra profrancesa, pero que reúne una gran documentación y que ofrece la posibilidad de varias interpretaciones. Boissonade afirma haber dado con la bula en Simancas, pero cree que es falsa. Después de haber leído la obra de Boissonade, Campión publica en 1899 su estudio sobre “La excomunión de los últimos reyes de Nabarra”<sup>176</sup>. Esta obra abre paso a otros trabajos sobre el tema y, aunque con las modificaciones posteriores, se ha erigido en un texto doctrinario para quienes han criticado la conquista.

Campión admite la existencia de las bulas “*Pastor ille coelestis*” y “*Etsi ii in christiani*”, pero objeta que no constituían títulos suficientes para proceder a la invasión, puesto que ni mencionan directamente a Navarra ni a sus monarcas. En concreto, la más explícita de ellas, la “*Pastor*”, se refería genéricamente a “vascos y cántabros”<sup>177</sup> y no a los “navarros”, nombre de uso general en aquella época. En segundo lugar, la promulgación de la bula no respetó los cauces legales, de manera que quedaban invalidadas por procedimiento de forma. En tercer lugar, las bulas no se comunicaron a

---

<sup>170</sup> A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, pp. 84-85.

<sup>171</sup> J. Etayo, “Algunas interpretaciones y glosas”, en Gurrea ed., *op. cit.*

<sup>172</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 115.

<sup>173</sup> *Ibidem*, p. 116.

<sup>174</sup> J. Mañé, *op. cit.*, p. 86.

<sup>175</sup> P. Boissonade, *op. cit.*

<sup>176</sup> A. Campión, “La excomunión de los últimos Reyes de Nabarra”, *op. cit.*

<sup>177</sup> Textualmente “*praesertim Vascos et Cantabros, eisq̄ circumvicinam gentem*”. La bula se encuentra transcrita en V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, p. 413. Por cierto que la bula “*Exigit*”, reproducida también por Pradera, utiliza la misma formulación (*Ibidem*, p. 417).

los reyes, como era obligado. En cuarto lugar, si con las bulas se quería acusar a los reyes de Navarra de aliarse con un cismático, los cargos eran falsos, ya que el rey francés no fue declarado cismático hasta agosto de 1512 (y en rigor, simplemente puesto en entredicho). Los reyes navarros no podían ser cómplices de Luis XII porque éste todavía ni siquiera era culpable. Por último, las bulas llegaron a Fernando cuando la conquista estaba ya muy avanzada, si no próxima a su fin. Según Campión, Fernando era consciente de ello, así que procuró obtener “mañosamente” una tercera bula que justificase su conquista.

Esta tercera bula, claro está, es la “*Exigit*”. Campión le niega toda validez por los siguientes motivos: 1.- La bula está datada el 18 de febrero de 1512 y como décimo año del pontificado de Julio II. Sin embargo no era el décimo, sino el nono. Esto probaba que Fernando había falsificado el documento. 2.-La bula no podía ser de febrero de 1512 porque el 21 de junio de ese año el Papa se dirigía a los reyes de Navarra en términos afectuosos. 3.- Como había probado Mañé, la bula ni figura en el Archivo Apostólico Vaticano ni en los bularios. 4.- Con la finalización del cisma de Pisa y la reconciliación de Francia y el Vaticano se levantó la excomunión sobre los cismáticos. El propio Luis XII fue absuelto “*ad cautelam*”<sup>178</sup>. Sin embargo, los reyes de Navarra no figuran entre los perdonados y es notorio que continuaron dentro del seno de la Iglesia, sin que en ningún momento se les negaran los sacramentos. Esto indica que nunca fueron excomulgados, como ellos mantuvieron siempre.

Víctor Pradera mantuvo con Campión una dura discusión en torno a este asunto. A su modo de ver la conquista no sólo había tenido efectos beneficiosos para Navarra sino que también había sido perfectamente legal, puesto que las bulas citadas eran completamente válidas. Los reyes de Navarra estaban aliados con un príncipe cismático y como tales merecieron la desposesión de sus estados. Quienes como Campión habían negado con tanta firmeza la validez de la “*Exigit*” en realidad no la habían visto nunca. Esto se evidenciaba porque cuando Boissonade dio con ella en Simancas copió mal el encabezamiento y en lugar de “*Exigit contumacium*” escribió “*Exigit contumaciam*”. Campión copió a su vez a Boissonade, repitiendo la errata. Altadill, Etayo, Aranzadi, etc., reprodujeron el error. Esto no hubiera sido especialmente lesivo para Campión de

---

<sup>178</sup> Esto significaba que no se le tenía por excomulgado, y que se le absolvía por precaución, para que no quedara ninguna duda.

no ser porque en su ‘Nabarra en su vida histórica’<sup>179</sup> había sugerido que extractaba el contenido de la bula del original. El Maestro, afirmó divertido Pradera, era el verdadero falsario, no Fernando V.

Pero el *quid* de la cuestión no residía aquí sino en la fecha de la bula. Según proclamó Pradera, el 18 de febrero de 1512 era, pese a todas las apariencias, una fecha posterior a julio de 1512. ¿Cómo es posible? Sencillamente porque en la Edad Media se compaginaban varios tipos de datación, además del calendario vulgar o juliano que conocemos ahora. Así, existían un cómputo pisano y otro florentino. Este último comenzaba a datar la era cristiana a partir de la Encarnación de Cristo, el 25 de marzo. Sus años iban por tanto de 25 de marzo a 24 de marzo. Pues bien, continúa Pradera, lo que sucede es que Julio II dató la “*Exigit*” de acuerdo al calendario florentino. De este modo el 18 de febrero de 1512 corresponde al 18 de febrero de 1513 según la computación vulgar, esto es, el décimo año del pontificado de Julio II.

Pradera admitía que Fernando no tenía una bula nominativa para desposeer a los reyes de Navarra. Pero en principio, argumentó, sólo se tituló “depositario” del reino. Más tarde, con la excomunión en la mano y después de que las propias Cortes le juraran rey, decidió quedarse con la corona.

En lo que se refiere a la “*Pastor*”, Pradera señaló que el apelativo “*cantaber*” que utilizaba no era en absoluto desconocido. De hecho, y como el propio Campi3n había dicho, San Francisco Javier, a la hora de consignar su nacionalidad en la Universidad de la Sorbona, figuraba como “*cantaber*”.

Aunque Campi3n nunca reconoció que Pradera le hubiera alcanzado con algunos de sus dardos, lo cierto es que a partir de la polémica matizó sensiblemente sus afirmaciones<sup>180</sup>. De entrada admitió implícitamente que el verdadero nombre de la bula era “*Exigit contumacium*”<sup>181</sup>. En segundo lugar, adujo que la posible datación florentina, aunque factible, era imposible de demostrar y que Julio II no la había utilizado en otros documentos. En cualquier caso estaba claro, incluso en opini3n de Pradera, que la bula era de 18 de febrero de 1513 y que, por tanto, era posterior a la conquista. En

---

<sup>179</sup> Cfr. la nota a pie de página a la versi3n de ‘Nabarra en su vida histórica’ en J. Altadill, *Geografía general*, op. cit., p. 495. Curiosamente el propio Pradera se equivocó al copiar la página donde Campi3n presumía de haber manejado el original y remitió a la página 405 del texto de Campi3n.

<sup>180</sup> Así, la segunda edici3n de ‘Nabarra en su vida histórica’ alteraba algunos pasajes de la primera. Por ejemplo deja de llamar a la bula “*Exigit contumaciam*”, para referirse a ella simplemente como “*Exigit*”. Además cambia la expresi3n ‘la falsedad de la fecha’ (ed. de Altadill, op. cit., p. 495) por ‘la inexactitud de la fecha, a la vista de la calendaci3n vulgar’ (ed. de 1929, p. 443). Sería excesivamente prólijo reseñar todos los cambios habidos.

<sup>181</sup> Como curiosidad se puede anotar que J. del Burgo mantiene la designaci3n de “*Exigit contumaciam*” (*Historia de Navarra*, op. cit., p. 568).



consecuencia, afirmó Campi3n, el Cat3lico primero haba ocupado Navarra y luego haba conseguido hacerse con una bula que avalara su violencia, veros3ilmente por medios no muy 3ticos. Por lo dem3s, llam3 la atenci3n sobre el hecho de que a los principales historiadores espa3oles, como Mariana, Sandoval, Zurita y Garibay<sup>182</sup>, se les escapara esta dataci3n florentina del documento y lo atribuyeran a 1512. Posiblemente Fernando, engañando sin mentir, haba hecho creer a los navarros que dispona de t3tulos para la conquista, ocultando la verdadera fecha de la bula. El Papa, explic3 Campi3n, muri3 tres d3as despu3s de promulgada la “*Exigit*”. El 18 de febrero de 1513 agonizaba entre graves fiebres, de manera que es m3s que dudoso que la firmara conscientemente. A esto habr3a que a3adir que para mediados de 1513 el Cisma de Pisa haba finalizado y que incluso los propios cardenales cism3ticos fueron reintegrados. S3lo el rey de Navarra continu3 pagando por un crimen que no haba cometido. Por 3ltimo, era muy sospechoso que los herederos de Fernando no hubieran esgrimido la bula y que 3sta casi hubiera sido escondida. “La ocupaci3n de Nabarra”, concluy3 el pol3grafo pamplon3s, “fue un acto de pirater3a internacional llevado a cabo sin t3tulo justo o injusto, aut3ntico o ap3crifo”<sup>183</sup>.

Aunque las tesis de Pradera recibieron el espaldarazo de la Academia de la Historia, parece que no gozaron de excesivo predicamento en Navarra hasta pasados unos cuantos a3os. La *Peque3a historia del Reino de Navarra*<sup>184</sup> de Eladio Esparza es uno de los pocos textos locales que da por ciertos, sin dejar un m3nimo resquicio a la duda, los t3tulos invocados por Fernando:

‘Patentes la autenticidad del Monitorio de Julio II ‘Pastor in coelestis’ de 21 de julio de 1512 y de la famosa Bula ‘Exigit contumatum’ de 18 de febrero, el motivo religioso alegado por el Cat3lico para conquistar Navarra adquiere todas las garant3as de la verdad y queda incommoviblemente asentado.’<sup>185</sup>

Igual de rotundo se expresa el padre Enrique Ascunce en su biograf3a de I3igo de Loyola<sup>186</sup>.

---

<sup>182</sup> Campi3n recoge la postura de estos respecto a las bulas y su confusi3n, en “M3s reflexiones sobre la bula Exigit y m3s pormenores sobre la conquista de Nabarra”, en A. Campi3n, *Euskariana. S3ptima serie, op. cit.*, pp. 313 y ss.

<sup>183</sup> A. Campi3n, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 441.

<sup>184</sup> E. Esparza, *Peque3a historia, op. cit.*

<sup>185</sup> *Ibidem*, p. 109. Cfr. con el tono igualmente tajante, pero de signo contrario, de B. de Estella, *op. cit.*, p. 116: “Ning3n historiador moderno lo tiene como aut3ntico de Julio II, sino que para todos es una indigna falsificaci3n”.

<sup>186</sup> E. Ascunce, *op. cit.*, p. 18.

Frente a ellos, muchos autores afectos a los resultados de la conquista han negado con mayor o menor contundencia la validez de las bulas. Esta postura ha sido muy común en Navarra, creando un estado de opinión notablemente confuso. Hay que advertir que esa ambigüedad es incluso anterior a la época en que comienza nuestro estudio. Así Yanguas y Miranda, después de negar la excomunión de los reyes, declara que, “después de 300 años de una posesión sancionada mil veces por la voluntad expresa de los mismos navarros”<sup>187</sup>, la legitimidad parece indiscutible. Y en lo que constituye una muestra paradigmática de ese criterio tan habitual en la cultura navarra, sentencia:

“Todo lo que sea separarse de este sendero es internarse en un laberinto de dificultades peligrosas. ¡Cuántas ilegitimidades se encontrarían en el discurso de los tiempos pasados!”<sup>188</sup>

La postura expresada años después por Manrique y Marichalar es muy parecida. A su modo de ver, la ocupación de Navarra es reprobable “bajo el aspecto moral, [...] pero si se considera políticamente, debemos aprobarla”<sup>189</sup>. También Mañé y Flaquer<sup>190</sup> y Olave<sup>191</sup> rechazan los medios de la anexión, aunque aprueban su fin.

Con posterioridad, la legalidad de la conquista ha continuado siendo contestada con cierta frecuencia, incluso desde el navarrismo. Juan Esteban y Chavarría califica de “usurpación” el “injusto derrocamiento de la dinastía legítima”, pero se apresura a añadir que “trajo un bien a la patria”<sup>192</sup>. Goñi Gaztambide<sup>193</sup>, en tiempos más cercanos, critica también los medios por los que se verificó la anexión. Manuel Iribarren afirma en 1956 que la “*Exigit*” es de “autenticidad sospechosa”<sup>194</sup>. Con todo, y dando muestras de un sentido histórico muy similar al de Yanguas, concluye:

---

<sup>187</sup> J. Yanguas y Miranda, ‘Prólogo’ a Luis Correa, *op. cit.*, p. 45.

<sup>188</sup> *Ibidem*.

<sup>189</sup> A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, p. 110.

<sup>190</sup> J. Mañé, *op. cit.*, pp. 93-94.

<sup>191</sup> S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, pp. 197 y ss.

<sup>192</sup> J. Esteban y Chavarría, ‘Rasgos de la patria’, en *La Avalancha*, nº 626, 1921, p. 94.

<sup>193</sup> Cfr. José Goñi Gaztambide, *op. cit.*, tomo III, p. 89. El autor se apoya en la opinión de Antonio Ballesteros.

<sup>194</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 257. Cfr. “Aunque la incorporación de Navarra a la unidad nacional se consumó, tras no pocas vicisitudes y luchas, mediante subterfugios e intrigas diplomáticas, es lo cierto que el pueblo navarro acogió el hecho histórico con entusiasta fervor.” (*Ibidem*)

‘La anexión de Navarra a la unidad española no precisa que se legitime con títulos históricos y alegatos. Se justifica por sí sola y lo confirman los acontecimientos posteriores.’<sup>195</sup>

A este respecto es sintomático que otros autores favorables a los resultados de la conquista, como Julio Nombela<sup>196</sup>, Nadal de Gurrea<sup>197</sup> y Arvizu y Aguado<sup>198</sup>, hayan preferido explícitamente sobreeser el espinoso asunto de las bulas, legitimando la anexión por medio de argumentos diversos, como los derechos de Fernando al trono como vástago de Juan II o la proclamación de las Cortes de 1513. El propio Conde de Rodezno deja translucir su escepticismo ante la excomunión, aunque sin pronunciarse definitivamente<sup>199</sup>. Más adelante hace suyo el parecer del doctor Azpilicueta: la ocupación fue injusta pero muertos los reyes sería ‘imprudente’ remover querellas<sup>200</sup>.

Es igualmente interesante, aunque sea difícil saber hasta qué punto resulta significativo, que, frente al tono comprometido de los autores más críticos con la conquista, algunos autores navarristas hayan optado por un estilo significativamente aséptico. En estos casos la anexión de Navarra se relata sin dramatismo, sin etiquetas morales, con un aire de imparcialidad y una brevedad muy llamativas. Así, los relatos de Gúrpide<sup>201</sup>, Martínez Erro<sup>202</sup> y Núñez de Cepeda<sup>203</sup>, apenas sí mencionan el problema de las bulas y ventilan la conquista en unas pocas líneas, sin expresar su propia opinión.

En realidad, la posible excomunión de los reyes no parece constituir un argumento demasiado sólido en favor de la anexión. Difícilmente un Estado moderno puede fundar su unidad en una bula pontificia. Tal vez por ello la mayoría de los autores navarristas ha preferido apelar al ‘destino manifiesto de Navarra’. Uno de los más entusiastas defensores de esta teoría es el propio Víctor Pradera. De entrada, Pradera

---

<sup>195</sup> *Ibidem*, p. 261.

<sup>196</sup> J. Nombela, *op. cit.*, 94.

<sup>197</sup> J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, p. 294: ‘Esta circunstancia hizo envolver en la acusación de fautor del cisma al Rey Don Juan, y dio un muy poderoso y especioso título a las armas del Rey Católico, que podía alegar otros más antiguos y más razonables que ya habían alegado sus progenitores de Aragón, y él tenía fuerzas para hacerlos valer.’

<sup>198</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 37: ‘[...] conviene señalar la circunstancia de que los últimos Reyes de Navarra lo fueron de derecho aun después de realizada la conquista [...]. Únicamente [...] concluyó jurídicamente su soberanía cuando las Cortes de Burgos dieron forma legal a la anexión de Navarra en 1515.’

<sup>199</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, p. 18.

<sup>200</sup> *Ibidem*, pp. 20-21.

<sup>201</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral, op. cit.*, p. 66. Idem en J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 264.

<sup>202</sup> J. R. Martínez Erro, *op. cit.*, p. 18.

<sup>203</sup> M. Núñez de Cepeda, *Guía, op. cit.*, p. 35.

niega que Navarra haya sido nunca una nación “en el sentido propio de la palabra”<sup>204</sup>. Tampoco Castilla o Aragón lo eran. Los reinos peninsulares eran el resultado de la fragmentación producida por la invasión árabe; pero su rumbo político les conducía a la unidad, a una España que, incluso antes de 1492, sí era una nación. En consecuencia,

“[...] Navarra no fue un pueblo absorbido sino un miembro añadido a la confederación castellano-aragonesa, para integrar, por encima de los reinos parciales, el Reino de España, el Reino de la Patria, según los términos del gran Monarca navarro Sancho III el Mayor.”<sup>205</sup>

En definitiva, Pradera hace a Navarra española *antes de la conquista*. Con este argumento la invasión pierde toda importancia, pasando a ser un simple ajuste durante el cual unos reyes intrusos y cismáticos son sustituidos por los católicos y naturales reyes españoles<sup>206</sup>.

El diplomático tolosarra José M<sup>a</sup> Doussinague acude a los mismos argumentos en su justificación de la ocupación castellana:

“De hecho Navarra era española por su situación geográfica y por su idioma, así como por su antigua tradición y por el alma de su pueblo. Pero sobre este fondo de españolismo general e indudable, se había superpuesto la estructura de los órganos de gobierno y de la realeza, que no miraban sino a Francia y no pensaban sino en francés.”<sup>207</sup>

Quienes han cuestionado la legalidad de la conquista a menudo han dirigido sus baterías contra la figura de Fernando el Católico. Es sobradamente conocida la admiración por este monarca de buena parte de la historiografía española, de modo que

---

<sup>204</sup> V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios*, op. cit., p. 354.

<sup>205</sup> *Ibidem*, p. 382. Pradera citaba en su ayuda a Boissonade, quien había escrito que “*La victoire des Espagnols n’était donc pas celle d’une nation sur une autre nation. Elle n’eut d’autre résultat que l’expulsion de princes plus français qu’espagnols. Il n’y avait rien de changé en Navarre, rien qu’une dynastie de plus.*” (P. Boissonade, op. cit., p. 562).

<sup>206</sup> Cfr. F. Menéndez Pidal, “La muerte de Francisco Febo, Rey de Navarra”, en *Príncipe de Viana*, n° 58, 1955, p. 42: “Los reyes de las últimas dinastías se sentían, indudablemente, un poco extranjeros en la Navarra española”. Cfr. V. Pradera, *Fernando el Católico*, op. cit., p. 56: “la tendencia pura y netamente nacional, que era la de unirse a España, se vio contrariada por sus reyes no nacionalizados o desnacionalizados.”

<sup>207</sup> José M<sup>a</sup> Doussinague, *Fernando el Católico y el cisma de Pisa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1946, p. 324. Cfr. L. García Rayo (op. cit., p. 13) también advierte una “incompatibilidad manifiesta entre unos monarcas que hablaban francés y un pueblo que hablaba español, entre unos reyes excomulgados y un pueblo sinceramente adicto a la Santa Sede, entre una dinastía que miraba a Francia y un pueblo que sentía a España.” Similar es la argumentación de Eladio Esparza en su libro *Hubo Pirineos o entre Juanas anda el Reino*, Gómez, Pamplona, 1950, p. 56.

las críticas de los escritores navarros han sonado especialmente provocativas. Así, para el euskaro Lino Munárriz, Fernando invade Navarra “sin más razón que el llamado derecho de conquista, y con tan poca sinceridad como los tres Alfonsos que le precedieron en la desmebración del antiguo reino de los vascos”<sup>208</sup>. Arturo Campión le llama “gran maestro en mentiras”<sup>209</sup> y “ladrón”<sup>210</sup>. No sólo falsificó la “*Exigit*” sino también otra bula para poder casarse con su prima Isabel<sup>211</sup>. Está justificado, por tanto, llamarle “Fernando el Falsario”<sup>212</sup>. “Los cimientos de la unidad monárquica española”, concluye, “fueron la revolución y la conquista”<sup>213</sup>.

Según el propio Campión<sup>214</sup>, secundado en este punto por Olóriz<sup>215</sup>, Gúrpide<sup>216</sup> e Iribarren Paternáin<sup>217</sup>, entre otros autores, Fernando el Católico no sentía en absoluto la idea de España. Su proyecto no era completar la unidad peninsular, como han repetido sus defensores. En realidad, era un “separatista”<sup>218</sup>, puesto que planeaba dejar en herencia Navarra y Aragón al hijo que esperaba tener con Germana de Foix. Sólo cuando vio que no podría tenerlo desistió de este proyecto y anexionó Navarra a Castilla.

Hermilio de Olóriz se muestra todavía más duro con el Católico. En su opinión, nada más inapropiado que el sobrenombre que le ha atribuido la historia, “pues nadie tuvo en menos la religión cristiana”<sup>219</sup>. Mintió a los reyes navarros diciéndoles que sólo deseaba atacar Bayona<sup>220</sup>. Ni siquiera puede decirse que retuviera Navarra en virtud de una guerra justa, porque se valió de engaños para evitar que los navarros combatieran. Por todo ello:

---

<sup>208</sup> L. Munárriz, *Historia de Navarra*, op. cit., p. 141.

<sup>209</sup> A. Campión, “Nabarra en su vida histórica”, ed. cit. en Altadill, *Geografía general*, op. cit., p. 498.

<sup>210</sup> A. Campión, “Nabarra en su vida histórica”, ed. cit. de 1929, p. 453.

<sup>211</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit., p. 415. Cfr. H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, op. cit., p. 51.

<sup>212</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit., p. 427.

<sup>213</sup> *Ibidem*, p. 420.

<sup>214</sup> *Ibidem*, pp. 366 y ss. y 507 y ss.

<sup>215</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico*, op. cit., p. 159.

<sup>216</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, op. cit., p. 264.

<sup>217</sup> M. Iribarren, *Navarra*, op. cit., p. 82.

<sup>218</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit., p. 524.

<sup>219</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico*, op. cit., p. 159.

<sup>220</sup> *Ibidem*, p. 155.

‘Odiamos la memoria de D. Fernando, porque sus planes maquiavélicos se basaron siempre en la felonía y condujeron al abismo de nuestros Reyes, cejados por su leal honradez.’<sup>221</sup>

Son muchos quienes secundan en mayor o menor medida la opinión de Olóriz. Arvizu y Etayo le llaman ‘ambicioso y desaprensivo’, además de traidor<sup>222</sup>. Julio Altadill lo apoda el ‘Falsificador de Bulas’<sup>223</sup>. Miguel de Orreaga, ‘rey usurpador’<sup>224</sup> y recuerda que durante un tiempo pensó en fundar una Iglesia separada de Roma<sup>225</sup>. Iribas destaca su ‘mala fe’<sup>226</sup>. Y el propio Conde de Rodezno, en una fecha en principio tan poco apropiada para ese tipo de expresiones como 1944, dice de él que es ‘más digno de recordación como diplomático consumado que como gobernante de honrada sinceridad’<sup>227</sup>.

La animadversión contra Fernando parece haber sido constante en la historiografía navarra precedente. Yanguas lo llama ‘gran maestro en disimular’<sup>228</sup>, aunque hay que reconocer que no se ceba con él. Incluso García Abadía, que tiene a Fernando por uno de los reyes ‘más esclarecidos de España’<sup>229</sup>, no puede menos que ‘censurar los arteros medios por él empleados para apoderarse de Navarra’<sup>230</sup>. La orden que se le atribuye de utilizar en los asuntos de Navarra ‘maña, furto o trato’ se ha convertido en un latiguillo repetido incansablemente en la literatura navarra<sup>231</sup>.

Curiosamente la reina Isabel de Castilla, que había muerto en 1504, no sólo se ha librado de las duras acusaciones de los escritores locales sino que incluso ha sido

---

<sup>221</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 26.

<sup>222</sup> J. Etayo y F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 15: ‘La invasión ordenada traidoramente por el ambicioso y desaprensivo Rey Fernando’.

<sup>223</sup> J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 885. Altadill era general de intendencia del ejército.

<sup>224</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 23.

<sup>225</sup> *Ibidem*, p. 66.

<sup>226</sup> G. Iribas, *op. cit.*, p. 16.

<sup>227</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p. 131.

<sup>228</sup> J. Yanguas y Miranda, ‘Prólogo’ a Luis Correa, *op. cit.*, p. 131.

<sup>229</sup> A. García Abadía, *op. cit.*, p. 13.

<sup>230</sup> *Ibidem*.

<sup>231</sup> Cfr. A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, p. 101. S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, pp. 186-187. H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 23. J. Iturralde, ‘El Castillo de Amayur’, *op. cit.*, p. 281. L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 129. A. Campión, ‘Nabarra en su vida histórica’, en J. Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 485. B. de Estella, *op. cit.*, p. 112. Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p. 18. M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 254.

objeto de cierta simpatía. Juan Mañé<sup>232</sup> y Gregorio Iribas coinciden en señalar que, de vivir Isabel, ésta no hubiera permitido “la inicua invasión de Navarra”<sup>233</sup>. Un artículo anónimo publicado en el *Boletín de la Comisión* destaca también sus virtudes, contraponiéndolas al carácter de Fernando<sup>234</sup>. El lema de Isabel, dice el articulista, rezaba: “*Rem, si poteris recte*”. El de Fernando, “*et si non poteris recte, etiamsem*”<sup>235</sup>. Hasta Arturo Campión, que pone en cuestión esta filia de la cultura navarra<sup>236</sup>, reconoce que, a diferencia de su esposo, Isabel sí sentía la unidad de España<sup>237</sup>.

En este contexto de “fernandofobia” algunos autores navarristas han emprendido una apología del Rey Católico. Ya Nadal de Gurrea recordaba que “tenía muchos afectos” en Navarra<sup>238</sup> y que simplemente “se aprovechó diestramente de la situación de la cristiandad”<sup>239</sup>. Con todo, son Víctor Pradera, Eladio Esparza y José M<sup>a</sup> Doussinague quienes han reivindicado con mayor vehemencia su figura. Según Pradera<sup>240</sup>, Fernando trata continuamente de proteger a Navarra y sus reyes de las apetencias de los franceses. Pese a ello, los reyes de Navarra pactan “ínmoral”<sup>241</sup> y secretamente con Francia. Todavía cuando Luis XII le propone expoliar Navarra a medias se niega tajantemente. Sólo en julio de 1512, cuando tiene constancia del Tratado de Blois entre Francia y Navarra, que amenaza seriamente a España, Fernando decide ocupar Navarra por precaución.

Aunque en la época de la polémica entre Campión y Pradera Eladio Esparza se encontraba posiblemente más cercano a las tesis del primero, lo cierto es que en su evolución ideológica fue adoptando las ideas de Pradera. Ya en su *Discurso sobre el fuero*<sup>242</sup> de 1934 Esparza destaca que Fernando ofreció a Labrit la posibilidad de adherirse a la Liga Santa y que éste se negó. Por lo demás, subraya, el Católico fue habitualmente celebrado por las Cortes de Navarra como monarca “de gloriosa

---

<sup>232</sup> J. Mañé, *op. cit.*, p. 94.

<sup>233</sup> G. Iribas, *op. cit.*, p. 16.

<sup>234</sup> Cfr. \*\*\*, “Bodas Reales”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921.

<sup>235</sup> *Ibidem*, p. 197.

<sup>236</sup> A. Campión, “Navarra en su vida histórica”, en *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 395.

<sup>237</sup> A. Campión, “La familia de San Francisco Javier” en *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 242.

<sup>238</sup> J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, p. 294.

<sup>239</sup> *Ibidem*.

<sup>240</sup> V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia, op. cit.*

<sup>241</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>242</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el fuero, op. cit.*

memoria”<sup>243</sup>. Para 1940 Esparza se expresaba todavía más favorable a la invasión castellana: Fernando tenía derechos al trono navarro como hijo de Juan II; ‘protegió en no pocas ocasiones”<sup>244</sup> a los reyes de Navarra hasta que éstos se aliaron con Luis XII; en el ataque participaron ‘como agentes principales muchos navarros”<sup>245</sup>; su gobierno fue justo y pacificador. En definitiva, hay que ‘aplaudir”<sup>246</sup> su conquista.

El diplomático Doussinague ha abundado en estos argumentos, añadiendo algunos otros. Según él, Fernando no premeditó la conquista de Navarra. Fue la ‘ingratitude”<sup>247</sup> de sus reyes -‘franceses” de nacionalidad- y su parcialidad pro-gala lo que le llevó a cambiar de actitud. Aún entonces ‘buscó y propuso constantemente diversas fórmulas de arreglo”<sup>248</sup>. Las garantías que exige a los Albret ‘ho podían ser más lógicas ni más moderadas”<sup>249</sup>. Por lo demás, la independencia de Navarra no terminó con la invasión del Católico. De hecho,

‘[...] el fin de la independencia del Reino de Navarra corresponde al momento en que Luis XII decide no ver en Don Juan y Doña Catalina más que unos súbditos [...].”<sup>250</sup>

Según Doussinague, el comportamiento de Fernando con los agramonteses después de la victoria fue ejemplar. Por último, niega tajantemente que el Católico pensara jamás separar Navarra y Aragón de Castilla<sup>251</sup>.

Íntimamente conectado con las cuestiones precedentes está el tema del carácter de los últimos monarcas navarros. Algunos acérrimos defensores de la conquista han tratado con dureza sus figuras. Así, Oliver-Copons se refiere a ‘la perfidia con que [...] favorecían el cisma”<sup>252</sup>. Víctor Pradera subraya que engañaron repetidamente a las

---

<sup>243</sup> *Ibidem*.

<sup>244</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 110.

<sup>245</sup> *Ibidem*, p. 57.

<sup>246</sup> *Ibidem*, p. 59.

<sup>247</sup> José M<sup>a</sup> Doussinague, *Fernando el Católico y el cisma de Pisa*, *op. cit.*, p. 330.

<sup>248</sup> *Ibidem*, p. 325.

<sup>249</sup> *Ibidem*.

<sup>250</sup> *Ibidem*, p. 328.

<sup>251</sup> Cfr. Eladio Esparza Aguinaga, ‘Nota crítica a ‘Fernando el Católico y Germana de Foix, un matrimonio por razón de Estado’ de Doussinague”, en *Príncipe de Viana*, n<sup>o</sup> 23, 1946.

<sup>252</sup> Eduardo Olivier-Copons, *Conquista y anexión de Navarra*, Biblioteca económica de Ciencias Militares, Madrid, 1888, p. 60.



Cortes<sup>253</sup>. Eladio Esparza afirma que la boda de Catalina con Labrit ‘enojó profundamente en Navarra’ y que ‘tuvo en contra toda la opinión’<sup>254</sup>. En cualquier caso eran una ‘casa extranjera llegada al trono con palpable desagrado de agramonteses y beaumonteses’<sup>255</sup>. Los Reyes Católicos tenían más partidarios que ellos<sup>256</sup>.

Sin embargo, la mayor parte de los historiadores foráneos no ha cargado las tintas contra Juan de Albret y Catalina de Foix. El *Diccionario* de 1802 llama al primero ‘desgraciado’ y lo presenta como una víctima del destino y de los manejos de Luis XII. Tampoco Lafuente ataca su figura, aunque se inclina hacia la efectividad de la excomuniación pontificia<sup>257</sup>.

Por otro lado, la mayoría de los escritores navarros ha optado por un retrato agridulce que recuerda en ocasiones al del Príncipe de Viana. Como éste último, los reyes no son caracteres heroicos y enérgicos, sino personajes débiles, carentes de personalidad, bien que amables y cordiales. Según García Abadía, el rey Juan II fue ‘popular en demasía’, ‘áfable en extremo’ y ‘humano hasta el exceso’<sup>258</sup>. Entre sus mayores tachas está que ‘prodiga empleos a extranjera gente’<sup>259</sup>. Olóriz<sup>260</sup> viene a coincidir con esta descripción, en su mayor parte tomada de la historiografía anterior<sup>261</sup>. Campión añade algún rasgo más negativo: los reyes tuvieron escasa entereza y su huida fue ‘inmoderadamente presurosa’<sup>262</sup>. Serafín Olave, en cambio, realza notoriamente la figura de Albret, ‘perfecto monarca democrático’<sup>263</sup>. Bien es cierto que, como sucedía con el Príncipe de Viana, cree que

---

<sup>253</sup> V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, p. 117.

<sup>254</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 56.

<sup>255</sup> E. Esparza, *Nuestro Francisco Javier*, *op. cit.*, p. 21. Curiosamente en la p. 32 admite que los parientes del santo lucharon por la ‘Casa Real de Navarra’.

<sup>256</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 57.

<sup>257</sup> M. Lafuente, *op. cit.*, tomo VII, pp. 295-308.

<sup>258</sup> A. García Abadía, *op. cit.*, p. 12.

<sup>259</sup> *Ibidem*.

<sup>260</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>261</sup> Cfr. Francisco de Alesón, *Annales del Reyno de Navarra*, Imp. Pascual Ibáñez, Pamplona, 1766, tomo 5, pp. 102 y ss., y p. 329 y ss. Hay que advertir que el relato de Alesón no es demasiado coherente. En la p. 103 se dice que Juan de Albret creía poder obrar despóticamente. Pero el resto del retrato es muy positivo.

<sup>262</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 430.

<sup>263</sup> S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, p. 184.

‘[...] a pesar de sus excelentes prendas no era el rey que necesitaba Navarra para contrarrestar la refinada astucia y la desalmada conciencia del machiavélico [sic] rey Católico.’<sup>264</sup>

Igualmente el navarrista Manuel Iribarren<sup>265</sup> califica a Don Juan de ‘bueno’, ‘culto’ y ‘mujeriego’. Es cierto que comete algunos contrafueros y que posee un carácter poco militar<sup>266</sup>. En todo caso es ‘alegre, gracioso y humano, demasiado humano, como buen francés’<sup>267</sup>. Desde el nacionalismo, Miguel de Orreaga señala que él y su esposa fueron unos buenos reyes, pero que les faltó la energía precisa para sobrevivir a los duros tiempos que les tocó en suerte<sup>268</sup>. Carlos Clavería, por último, completando el retrato vianesco, describe sus últimos días dominados por la melancolía<sup>269</sup>.

En lo que se refiere a su alianza con Francia, la mayor parte de los autores navarros, exceptuando a Esparza y Pradera, coincide en afirmar que intentaron por todos los medios permanecer neutrales, aunque en ocasiones se admite que no lo consiguieron<sup>270</sup>.

La violencia de la conquista así como la resistencia que encontró han sido un foco de discusiones de cierta importancia. Como hemos señalado, la invasión fue muy breve, enojosamente breve si se tiene en cuenta la tradicional belicosidad de los navarros. Reconociendo este hecho, el historiador nacionalista Clavería escribe con palpable desencanto:

‘Después de haber escrito páginas heroicas para la historia, quedaba sometida sin haber llegado casi a cruzar su espada con la del invasor.’<sup>271</sup>

---

<sup>264</sup> *Ibidem*.

<sup>265</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 82.

<sup>266</sup> *Ibidem*. Iribarren sigue casi literalmente al cronista Avalos de la Piscina, citado por A. Campión, ‘Nabarra en su vida histórica’, en J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 478.

<sup>267</sup> *Ibidem*, p. 251.

<sup>268</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 29. El propio Campión modificó su anterior juicio. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 517.

<sup>269</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra, op. cit.*, pp. 333- 334.

<sup>270</sup> Cfr. M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 16. B. Estornés, *Historia del País Basko, op. cit.*, p. 168. M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 252 y p. 258. B. de Estella, *op. cit.*, p. 113.

<sup>271</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra, op. cit.*, p. 319.

Aunque alejado del nacionalismo, José Ramón Castro ha manifestado cierta vergüenza por el comportamiento de sus compatriotas del siglo XVI. Sólo Tudela, con unas pocas excepciones más, salvó el honor de la ‘nación navarra’<sup>272</sup> resistiendo lealmente ante las tropas invasoras.

‘Si Navarra se hubiese mirado en su espejo, otra hubiese sido su suerte y la de los monarcas destronados. Por lo menos no hubiese escrito en la historia esa página floja, fea, indigna de sus virtudes raciales. La división de sus hijos, el interés de bandería superando al nacional, narcotizaron las características virtudes nacionales y contribuyeron a la perdición del viejo y glorioso reino pirenaico, más que la espada del duque de Alba, más que las argucias femeninas. Lecciones de la Historia que no conviene olvidar.’<sup>273</sup>

Esta circunstancia ha llevado a los autores más españolistas a afirmar que los navarros deseaban la conquista. De otro modo no se explicaría que éstos, tan celosos siempre de su independencia, fueran sometidos en tan poco tiempo. Así, Is-Orval constata que la ocupación ‘se hace suavemente, sin resistencia del pueblo’<sup>274</sup>.

‘Y esto lo hacía esta Navarra que siempre resistió hasta la muerte cualquier desafuero o contrafuero.’<sup>275</sup>

El padre Ascunce recoge abiertamente esta argumentación<sup>276</sup>. Similarmente, para Víctor Pradera: ‘La conquista no tuvo de tal más que el nombre y las apariencias, en realidad fue una entrega’<sup>277</sup>.

En consonancia con esta teoría, algunos autores han insistido en el buen comportamiento de las tropas invasoras. Según Doussinague, los castellanos ponen ‘el más escrupuloso cuidado en no producir daños a nadie sin absoluta necesidad’<sup>278</sup>.

---

<sup>272</sup> José Ramón Castro, *Lealtad de Tudela*, *op. cit.*, p. 3.

<sup>273</sup> *Ibidem*, pp. 12-13.

<sup>274</sup> Is-Orval, ‘Incorporación a la Unidad’, en *Pregón*, nº 66, 1960, sin paginación.

<sup>275</sup> *Ibidem*.

<sup>276</sup> Así, insistiendo en la ‘escasa o nula resistencia’ que encontró el duque de Alba deduce la tácita aquiescencia de los naturales del Reino: ‘De lo contrario, no hubiera sido tan fácil al duque domeñar el carácter belicoso de los navarros. Se hizo, pues, la incorporación de Navarra al resto de España con [...] el consentimiento expreso de ambos reinos.’ (E. Ascunce, *op. cit.*, p. 19).

<sup>277</sup> V. Pradera, *Fernando el Católico*, *op. cit.*, p. 146.

<sup>278</sup> José M<sup>o</sup> Doussinague, *op. cit.*, p. 333.

Mucho antes que él, Oliver-Copons destacaba su ‘humanitario comportamiento’<sup>279</sup>, defendiendo incluso la tan criticada demolición de las fortalezas navarras<sup>280</sup>.

Quienes mantienen alguna duda sobre la legalidad de la anexión no han podido dejar de sentir cierto desasosiego ante la presteza con que el duque de Alba alcanza sus objetivos. Algunos escritores han tratado de dar al hecho una explicación complaciente. Para García Abadía<sup>281</sup>, la rapidez de la invasión se debió al corto número de defensores. Además, añade, los navarros estaban cansados de las guerras civiles y habían sido ‘abandonados por sus Reyes’<sup>282</sup>. Arturo Campión se pregunta abiertamente por qué no se resiste<sup>283</sup> y consigue darse cuatro respuestas. La primera, la existencia de un nutrido partido procastellano. La segunda, que Castilla, con el fin de ganarse las voluntades nativas, dio ‘paz y justicia para todos’<sup>284</sup>. En tercer lugar, se inauguraba una era histórica en que España era una gran potencia y merecía la pena ser súbdito del rey de Castilla<sup>285</sup>. Pero la razón decisiva que explica la pasividad de los bravos navarros, ya por entonces extremadamente católicos y amantes de la Iglesia, es que fueron vilmente engañados por el Católico.

‘El rey Fernando ganó el Reino de Nabarra cubriéndose el rostro con la careta de la Religión: el verdadero conquistador no fue el Duque de Alba, sino Julio II.’<sup>286</sup>

Incluso Miguel de Orreaga, que como veremos ha adoptado otra estrategia justificatoria, constatando la rápida rendición, escribe en tono de disculpa: ‘Es verdad que los pamploneses no dieron ejemplo de heroísmo, pero no hay motivo para señalarlos con el estigma vergonzoso de traidores’<sup>287</sup>. Otros escritores, incluyendo al

---

<sup>279</sup> E. Olivier-Copons, *op. cit.*, p. 11.

<sup>280</sup> Nuestro autor la califica de ‘medida prudentísima y de precaución’. *Ibidem*, p. 23.

<sup>281</sup> A. García Abadía, *op. cit.*, p. 17.

<sup>282</sup> *Ibidem*.

<sup>283</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 489.

<sup>284</sup> *Ibidem*.

<sup>285</sup> *Ibidem*, p. 490.

<sup>286</sup> *Ibidem*. No hay que entender estas explicaciones como si fueran exhaustivas. A veces Campión da otras causas. Cfr. *Ibidem*, p. 105: ‘Si los nabarros del siglo XVI hubiesen conservado las tradiciones guerrilleras de sus abuelos, no rindiendo además parias [?] al espíritu de la discordia, es buen seguro que los veteranos del duque de Alba habrían tropezado en los mismos obstáculos que hicieron caer a los veteranos de Napoleón.’

<sup>287</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 29.

propio Orreaga<sup>288</sup>, han excusado a sus antepasados aludiendo al despoblamiento del reino, la potencia militar de Castilla, etc. Lino Munárriz, por último, escribe que si los navarros se acomodaron tan pronto “a la nueva situación que le deparaba la Providencia”<sup>289</sup>, fue porque sólo se preocupaban de “Dios y la Ley”<sup>290</sup>.

En esta línea una rancia teoría histórica local, haciendo de la necesidad virtud<sup>291</sup>, afirma que, aunque hubo una conquista militar, la decisión de quedar anexionados a la corona de Castilla fue una libre decisión de las Cortes de Navarra de 1513. Para Yanguas y Miranda los navarros “han dado la corona a quien han creído pertenecer”<sup>292</sup>. También Oliver-Copons<sup>293</sup>, Víctor Pradera<sup>294</sup> y García Rayo<sup>295</sup>, entre otros, han mantenido esta teoría, defendiendo la imparcialidad y representatividad de aquellas Cortes<sup>296</sup>.

Sin sostener este particular, otros autores han subrayado la dignidad con que se produjo la anexión. García Abadía habla de “una honrosísima capitulación”<sup>297</sup>. Las condiciones de entrega de los pamploneses han sido comúnmente citadas como paradigma de la rendición del reino. Éstos habrían jurado al Católico no como vasallos, sino como súbditos, con la obligación de ser bien tratados<sup>298</sup>.

Una segunda réplica a la facilidad de la conquista, completamente compatible con la anterior, ha sido el “descubrimiento” de una larga y dura guerra de resistencia contra los ejércitos castellanos. Esta corriente se ha basado principalmente en las informaciones proporcionadas por Alesón, el continuador de Moret. Entre sus principales representantes se encuentra Hermilio de Olóriz. Éste, contra quienes hablan

---

<sup>288</sup> Cfr. M. de Orreaga, *op. cit.*, pp. 30 y ss. B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, pp. 168 y ss. J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 264.

<sup>289</sup> L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 141.

<sup>290</sup> *Ibidem*.

<sup>291</sup> M. P. Huici Goñi, *op. cit.*, p. 23.

<sup>292</sup> J. Yanguas y Miranda, “Prólogo” a Luis Correa, *op. cit.*, p. 46.

<sup>293</sup> E. Olivier-Copons, *op. cit.*, pp. 11 y ss.

<sup>294</sup> V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, pp. 330 y ss.

<sup>295</sup> L. García Rayo, *op. cit.*, p. 13.

<sup>296</sup> Desde el otro lado se ha discutido habitualmente su validez. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Séptima serie*, *op. cit.*, p. 330. M. de Orreaga, *op. cit.*, pp. 70 y ss. C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, p. 326.

<sup>297</sup> A. García Abadía, *op. cit.*, p. 17.

<sup>298</sup> La anécdota ha sido invocada muchas veces. Cfr. F. de Alesón, *op. cit.*, tomo 5, p. 286. J. Yanguas, *Resumen histórico*, *op. cit.*, tomo II, p. 171. A. Marichalar y C. Manrique, *op. cit.*, p. 102. S. Olave, “El pacto político”, *op. cit.*, pp. 189-190. H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 30. L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 132. A. Campión, “Nabarra en su vida histórica”, ed. en Altadill, *Geografía general*, *op. cit.*, p. 491. J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 264. M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, pp. 257-258. J. M. Jimeno Jurío, *Historia de Pamplona*, *op. cit.*, pp. 215-216.

del comportamiento humanitario de los invasores, informa largamente de las ferocidades castellanas: pueblos incendiados, deportaciones, sacrilegios. Los castellanos realizan arrestos arbitrarios, venden empleos públicos y cometen numerosos contrafueros. ‘Navarra conoce entonces los horrores del feudalismo’<sup>299</sup>. El Cardenal Cisneros proyecta deportar masivamente a los navarros a Andalucía<sup>300</sup>. Por su parte Altadill, reprochándole la orden de desmochar todos los castillos de Navarra, le llama ‘el gran desfacedor de toda nuestra riqueza arqueológica-militar’<sup>301</sup>. El propio Conde de Rodezno critica sus ‘severas medidas’, que disgustaron incluso a los ‘beaumonteses más adictos al invasor’<sup>302</sup>. El navarrista Julio Gúrpide recuerda la ‘feroz resistencia’<sup>303</sup> de los caballeros de Maya. Y Estornés<sup>304</sup>, Bernardino de Estella<sup>305</sup> y Clavería<sup>306</sup>, destacan la dureza de la represión castellana después de los intentos de reconquista.

Posiblemente Miguel de Orreaga es el autor que más ha insistido en la existencia de una larga y sangrienta lucha por la independencia de Navarra. Orreaga recopila todas las noticias, relativamente dispersas, en torno a la resistencia contra los castellanos y la represión ejercida por éstos. Uniendo los años que van desde la conquista hasta la toma de Amayur ‘inventa’ una guerra de independencia con once años de duración<sup>307</sup>. La batalla de Noain, con cerca de cinco mil caballeros navarros muertos, es el culmen de esa resistencia anticastellana<sup>308</sup>.

Uno de los cuentos de Arturo Campión, ‘El Coronel Villalba’<sup>309</sup>, tiene también como objeto magnificar la ferocidad de los conquistadores. Éstos, con Villalba al frente, avanzan por el valle de Yerri en dirección a Estella. Entre sus líneas no se oyen cantos ni carcajadas, ‘la varonil alegría de los campamentos falta de entre sus filas. Es que no son soldados: son verdugos’<sup>310</sup>.

---

<sup>299</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico*, *op. cit.*, p. 54. Cfr. S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, p. 218.

<sup>300</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 30.

<sup>301</sup> J. Altadill, *Castillos medievales*, *op. cit.*, p. 127.

<sup>302</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>303</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 271.

<sup>304</sup> B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, p. 174 y ss.

<sup>305</sup> B. de Estella, *op. cit.*, pp. 120 y ss.

<sup>306</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, pp. 330 y ss.

<sup>307</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. XXXIII. Estornés, en cambio, divide esta guerra en tres guerras de reconquista. Cfr. B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, pp. 170 y ss.

<sup>308</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, pp. 180 y ss.

<sup>309</sup> A. Campión, ‘El Coronel Villalba’, en *Narraciones Baskas*, *op. cit.*

<sup>310</sup> *Ibidem*, p. 76.

Los castellanos queman las aldeas que encuentran a su paso. En la de Zabal un anciano loco les saluda: Villalba lo asesina a sangre fría. Siguiendo las órdenes de Cisneros van a arrasar todas las fortalezas de Navarra. Respecto a los habitantes ‘el Consejo de Castilla tiene una gran idea [...] hacerlos llevar a Andalucía; son tan bárbaros los navarros, que únicamente pueden estar bien cerca de los moros’<sup>311</sup>. En un momento dado Villalba blasfema contra la Virgen del Puy: jura que la arrastrará por las calles de Estella. Entonces tiene una visión. El blasfemo agoniza y pide a gritos la absolución<sup>312</sup>. Un monje navarro se la niega y Villalba muere inconfeso<sup>313</sup>.

Ocasionalmente, la figura de Villalba ha servido para poner en solfa los modos de la conquista. Es significativo que cuando Vicente Galbete insinúa la necesidad de estudios más ecuanímenes sobre el tema lo haga en el marco de una general reivindicación del militar extremeño<sup>314</sup>.

Otro punto de debate de importancia son los intentos de recuperación del reino por parte de los Albret. El primero tuvo lugar el mismo año de 1512, el segundo en 1516 y el tercero, y último, en 1521. Por lo común, las historias de España que llegan a recoger estos hechos los catalogan como luchas contra Francia<sup>315</sup>. La mayor parte de los escritores navarros, por contra, se ha esforzado en ‘recuperar’ su navarridad. Frente a ellos algunos navarristas, como Pradera<sup>316</sup>, Idoate<sup>317</sup> y Ascunce<sup>318</sup>, han calificado a las tropas partidarias de los Albret de ‘francesas’.

Aunque esta opinión es comparativamente extraña, más autores han admitido que los intentos de recuperación de los Albret formaban parte de la estrategia antiespañola de los reyes franceses y que la ayuda de éstos a los monarcas destronados

---

<sup>311</sup> *Ibidem*, p. 84.

<sup>312</sup> Curiosamente Campi3n modific3 el tradici3n narrada por Ales3n. En 3ste Villalba blasfema contra San Miguel. El propio Campi3n, junto a muchos otros autores, recogió esta tradici3n en A. Campi3n, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 470. Su origen parece estar en Ales3n, *op. cit.*, tomo 5, p. 328.

<sup>313</sup> Hay otra versi3n de la muerte de Villalba, m3s afrentosa. Seg3n Ales3n (*op. cit.*, tomo 5, p. 328), Villalba muere cuando estaba en la cama con su mujer.

<sup>314</sup> V. Galbete, ‘Vida y andanzas del Coronel D. Crist3bal de Villalba’, *op. cit.*, p. 696. ‘[...] no se opina con la necesaria ecuanimidad sobre su incorporaci3n a Castilla’. Por supuesto la ecuanimidad a la que se refiere Galbete significa una postura m3s benigna con los castellanos.

<sup>315</sup> Cfr. P. Mariana, *op. cit.*, tomo II, p. 272. E. Olivier-Copons, *op. cit.*, p. 22.

<sup>316</sup> V. Pradera, *Fernando el Cat3lico y los falsarios de la Historia*, *op. cit.*, pp. 330 y ss.

<sup>317</sup> F. Idoate, ‘Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra’, *op. cit.*

<sup>318</sup> E. Ascunce, *op. cit.*, pp. 19 y ss. y p. 54. Entre los autores que han tenido por franceses a los partidarios de Albret puede citarse a T. Ochoa, *op. cit.*, p. 216 y F. Garc3a Ezpeleta, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 39. El propio Ales3n (*op. cit.*, tomo 5, pp. 362 y ss.) llama al ej3rcito pro-Albret ‘franc3s’.

no estaba movida por su amor a Navarra. A este respecto desde Campi3n a Iribarren<sup>319</sup>, pasando por Orreaga<sup>320</sup>, Estorn3s y Estella, han recordado que, durante el 3ltimo intento de reconquista, el general franc3s Asparr3s impidi3 la entrada del pretendiente Enrique de Albret, heredero del reino. Campi3n llama a Asparr3s ‘3rrogante, presuntuoso y engre3do’<sup>321</sup> y a3ade que ve3a en Navarra una mera ‘provincia conquistada’<sup>322</sup>. Ibarra lo califica de ‘3tolondrado’<sup>323</sup>. Por otro lado, y a decir de Estorn3s, las tropas francesas se comportan como ‘3husma vil3sima’<sup>324</sup>. Seg3n Is-Orval, los agramonteses abandonan desilusionados la expedici3n, en su mayor parte compuesta de ‘mercenarios’<sup>325</sup>.

Bien es cierto que, aunque casi todos los autores recogen los mismos t3picos, no todos ponen el mismo 3nfasis en cada uno de ellos. Una cuesti3n de importancia en la que las opiniones se polarizan claramente es el apoyo que los navarros prestaron a los intentos de reconquista. En la narraci3n de Miguel de Orreaga, por ejemplo, sometidos por Castilla, suspiran por los reyes exiliados<sup>326</sup>. Cuando avanzan sus tropas el pueblo los recibe con gran entusiasmo. Las divisiones entre agramonteses y beaumonteses se superan y reina en todo Navarra el ‘fervor nacionalista’<sup>327</sup>. Algo similar ocurre en la *Historia* de Bernardino de Estella<sup>328</sup>.

Para Pradera, en cambio, Navarra permanece fiel a los reyes de Espa3a. Iribarren<sup>329</sup> y el Conde de Rodezno<sup>330</sup> reconocen que parte de la nobleza apoy3 a Labrit, pero creen que el pueblo permaneci3 al margen. Is-Orval afirma que las tropas de Albret combat3an ‘sin apoyo popular’<sup>331</sup>. Este autor admite que la reconquista fue r3pida y que

---

<sup>319</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 260.

<sup>320</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 169.

<sup>321</sup> A. Campi3n, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 476. La misma opini3n sostiene el Conde de Rodezno. Cfr. Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, pp. 14 y ss.

<sup>322</sup> *Ib3dem*.

<sup>323</sup> [Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, p. 38.

<sup>324</sup> B. Estorn3s, *Historia del Pa3s Basko, op. cit.*, p. 171.

<sup>325</sup> Is-Orval, *op. cit.*

<sup>326</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 43: ‘[...] la mayor3a del pueblo nabarro consciente, pasados aquellos primeros instantes de sorpresa, mir3 con buenos ojos a los Reyes que viv3an en el destierro y a sus tentativas para recuperar el trono de Nabarra.’

<sup>327</sup> *Ib3dem*, p. 92.

<sup>328</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 121.

<sup>329</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 261.

<sup>330</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, p. 16: ‘Bien se infiere que m3s que movimiento popular, fue empresa de magnates a la manera feudal.’

<sup>331</sup> Is-Orval, *op. cit.*



“el pueblo no ofreció resistencia”, pero lo explica porque “eran cuestiones entre grupos de familias principales y ellas las tendrían que resolver”<sup>332</sup>.

Dentro de los temas referidos a los intentos de recuperación del reino, la figura del Mariscal Pedro de Navarra, Conde de Oliveto, ha sido también objeto de controversia. Historiadores españoles como Oliver-Copons<sup>333</sup> lo presentan como un traidor a España que termina suicidándose. Por el contrario, varios escritores navarros, como Arigita<sup>334</sup>, Olóriz<sup>335</sup>, Iribarren<sup>336</sup> y Orreaga han hecho de él un “modelo de perfecta lealtad”<sup>337</sup>. La biografía que le hace Arazuri<sup>338</sup> ni siquiera menciona la posibilidad de un suicidio. Para Bernardino de Estella<sup>339</sup>, por último, Pedro es asesinado por orden de Carlos V.

Modernamente, la crítica abierta a los intentos de recuperación se ha hecho más extraña, incluso entre los sectores más propicios a la unión con España. Buena muestra de ello es la utilización por parte del navarrismo del ataque guipuzcoano en Belate a la retaguardia navarra<sup>340</sup>.

En definitiva, la invasión de Navarra constituye un *locus* marcadamente problemático para las ideologías locales, en especial para el navarrismo y para los euskaros más favorables a la unidad de España. Las páginas anteriores nos han mostrado a destacados navarristas criticando ambigüamente los modos de la anexión, la validez de las bulas, etc. Es patente que muchos de ellos se sienten incómodos ante la conquista. Aprobarla significaría acaso renunciar a Navarra, convertirse en ‘Condes de

---

<sup>332</sup> *Ibidem*.

<sup>333</sup> E. Olivier-Copons, *op. cit.*, p. 22.

<sup>334</sup> M. Arigita, *Don Francisco de Navarra, op. cit.*, p. 116.

<sup>335</sup> Cfr. con la vindicación del mariscal en H. de Olóriz, ‘La visión del Marichal’ en *Laureles y siemprevivas, op. cit.*

<sup>336</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 82.

<sup>337</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, p. 148.

<sup>338</sup> Cfr. J. J. Arazuri, *Pamplona. Calles y barrios, op. cit.*, voz ‘Conde de Oliveto’.

<sup>339</sup> B de Estella, *op. cit.*, p. 121.

<sup>340</sup> El ataque valió a Guipúzcoa los doce cañones de su escudo, según refiere su Fuero General (cfr. *Nueva recopilación de los fueros, privilegios, buenos usos y costumbres, leyes y ordenanzas de la M. N. Y. M. L. Provincia de Guipúzcoa*, A. Gorosabel imp., Tolosa, 1867, pp. 28-29). En octubre de 1936, después de la toma de San Sebastián, el Ayuntamiento de esta ciudad pidió la retirada de los cañones.

Curiosamente, para muchos historiadores el ataque lo llevan a cabo guipuzcoanos y montañeses navarros de Ulzama y Atez. Cfr. Olivier-Copons, *op. cit.*, p. 50. H. de Olóriz, *Resumen histórico, op. cit.*, p. 158. E. Ascunce, *op. cit.*, p. 20.

Haciéndose eco de este y otros hechos de armas en los que los vascongados se enfrentaron a Navarra, escribe Jaime del Burgo: ‘No fue escasa la contribución de Guipúzcoa, Vizcaya y Álava a la invasión y quizá ésta no hubiera podido realizarse plenamente o hubiera tropezado con mayores dificultades, si Fernando el Católico sólo hubiera dispuesto de la frontera con Aragón.’ J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 569. Cursiva suya. Véase también p. 569.

Lerín”. Rechazarla puede suponer dar pie a la desmembración de España y romper el pacto.

Aunque expuestos a menos tensiones que los partidarios de la unidad peninsular, los nacionalistas tampoco han logrado una lectura homogénea de 1512. Para algunos los Albret-Foix eran navarros, para otros extranjeros. Según Orreaga los antepasados resistieron a los castellanos, pero los pamploneses no dieron ejemplo de heroísmo. En cualquier caso, difícilmente la Navarra de 1512 puede preludiar la Euskadi soñada en los albores del siglo XX.

Pese a esta situación confusa parece posible distinguir la presencia de dos grandes lecturas, aunque a menudo se presenten entremezcladas. La primera aprueba la invasión y tiende a presentarla como una unión voluntaria. El Viejo Reino sacrifica parcialmente su independencia para insertarse en los destinos del Imperio católico español. Enfrentada a ella, otra lectura describe la conquista como un hecho dramático y violento, producido por la división interna, en el que Navarra es usurpada por medio de mentiras y sometida por el Extranjero sin ningún derecho.

### **Paisaje después de la batalla.**

Por lo común, los relatos de la tragedia del reino se prolongan hasta el análisis de las consecuencias de la conquista. A menudo autores que rechazan la invasión, niegan validez a las bulas y magnifican la crueldad de los invasores, terminan adhiriéndose a sus resultados a medio plazo. De hecho el independentismo navarro, que sería la lógica consecuencia de la condena de 1512 es, como tal, prácticamente inexistente. Incluso quienes piden la derogación de las leyes de 1841 y 1839 -y ya es significativo que sus reivindicaciones no se remonten al siglo XVI- y demandan la reedición del reino de Navarra, lo conciben regido por el rey de España.

Con frecuencia, el reconocimiento de la bondad de las consecuencias de la invasión no deja de presentar un tono visiblemente vergonzante. Las causas en que se ha apoyado esta aceptación se reducen a unos pocos tópicos y pasan en general por una negación “práctica” de la conquista. A este respecto, las palabras del Conde de Rodezno constituyen una buena introducción al epílogo de la tragedia.

‘Fuerza confesar que en nuestra Navarra, en la propiamente española que se extiende desde el Ebro al Pirineo, la protesta contra la invasión del Católico fue débil, y los ejércitos del duque de Alba encontraron llano el camino y fácil el

acceso. Extenuado el país por las discordias interiores, tal vez acogió el cambio de postura como ilusión liberadora. Por otra parte, la fórmula de la unión ‘*aeque principaliter*’, aseguraba una autonomía, como ahora decimos, una consideración de reino independiente que convertía la unión en puramente personal. Ello explica que los navarros, como todos los españoles se incorporasen sin reserva a todas las gloriosas empresas nacionales que hicieron de Carlos V y Felipe II los monarcas más grandes de la Edad moderna. Si repasamos las crónicas y escritos inmediatos a la anexión encontraremos una frase unánimemente repetida: ‘Navarra, después de su feliz incorporación a Castilla’, que prueba hasta qué punto los navarros entraron a participar en los comunes empeños del gran imperio español.”<sup>341</sup>

Tomando como base la cita de Rodezno, podemos distinguir cinco grandes argumentos en el proceso de aceptación de la conquista.

El primero de ellos afirma que la incorporación se hizo vía “*unión aeque principaliter*”. Esto quiere destacar que consistió esencialmente en un cambio de dinastía y que Navarra permaneció como reino con legislación, cortes, moneda y tribunales propios. Según eso, la conquista fue sólo aparente, porque de hecho la independencia continuó. Buena muestra de ello, afirma Campión, es que “mientras subsistió la constitución nabarra más o menos apostillada por los perjuros monarcas intrusos, los castellanos y los demás españoles fueron mirados como extranjeros”<sup>342</sup>. De este modo, la pérdida de la independencia nominal quedaría subsanada por la vigencia de la independencia *de facto*. En definitiva: “Nabarra permaneció siendo reino aparte; su constitución política, civil y social no experimentó la menor mudanza”<sup>343</sup>.

Esta tesis ha sido mantenida por muchos autores anteriores, coetáneos y posteriores a Campión. Para Yanguas y Miranda Navarra, más que parte de España, figura como su “aliada”<sup>344</sup>. Hermilio de Olóriz remarca que permaneció “independiente en territorio, jurisdicción y leyes”<sup>345</sup>. A decir de Jesús Etayo, “sólo cambió de Rey,

---

<sup>341</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrechts*, op. cit., pp. 13-14.

<sup>342</sup> A. Campión, *Euskariana. Séptima serie*, op. cit., p. 356.

<sup>343</sup> *Ibidem*, p. 459.

<sup>344</sup> Merece la pena recoger íntegra la opinión de Yanguas. Según él: “[...] entonces Navarra se hizo también del todo española sin dejar de ser Navarra, y ha seguido constantemente adherida al espíritu religioso y nacional de la Península, más como su aliada que como parte íntegra de la monarquía” (J. Yanguas, “Prólogo” en L. Correa, op. cit., p. 47.)

<sup>345</sup> H. de Olóriz, *Resumen histórico*, op. cit., p. 163.

conservando empero su nacional soberanía política”<sup>346</sup>. Iribarren Paternain señala que tras 1515 las instituciones del reino “no sufrieron cambio apreciable”<sup>347</sup>. Para Ibarra “Navarra no tenía nada de común con Castilla [...] más que el Rey”<sup>348</sup>. Is-Orval asegura que la unión “*aeque principaliter*” fue “meramente personal”, algo que en su opinión “era como para satisfacer al más decidido partidario de la independencia”<sup>349</sup>. En definitiva, “no se perdería nada del ser y personalidad navarros ya que Navarra seguiría en todo independiente, con leyes y fronteras propias”<sup>350</sup>. Todavía más. Según este último autor en 1512 no sólo Navarra no pierde su independencia, sino que en cierto sentido la recupera puesto que,

‘[...] como coincidía que eran los descendientes de Sancho III el Mayor de Navarra, quienes regían los destinos unidos de Aragón y Castilla, era una dinastía navarra más pura la que iba a volver a las Cortes de Pamplona, en lugar de la menos navarra y más afrancesada de los actuales Reyes.’<sup>351</sup>

Es interesante constatar que la teoría de la prolongación de la independencia ha encontrado eco entre sectores muy diferentes desde el punto de vista ideológico. Escritores navarristas como Gúrpide<sup>352</sup> y Aldea Eguilaz<sup>353</sup> se adhieren a ella y otro tanto sucede entre algunos nacionalistas como Bernardino de Estella<sup>354</sup> y Bernardo Estornés<sup>355</sup>. El trauma de una independencia arrebatada sin apenas resistencia queda superado gracias a la teoría de una soberanía sostenida jurídicamente.

Aunque hemos puesto la opinión de Campión como modelo, hay que advertir que, en realidad, ésta es notablemente ambigua. Por un lado, afirma que la conquista supuso un “mero cambio de dinastía”, una “usurpación de corona que no altera la

---

<sup>346</sup> J. Etayo, “Algunas interpretaciones y glosas”, en Gurrea ed., *op. cit.*

<sup>347</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 264.

<sup>348</sup> [Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, p. 34. La misma opinión sostiene Vicente Galbete. Cfr. su artículo “Navarra, región histórica”, en *Pregón*, nº 89, 1966.

<sup>349</sup> Is-Orval, *op. cit.*

<sup>350</sup> *Ibidem.*

<sup>351</sup> *Ibidem.*

<sup>352</sup> J. Gúrpide, *Navarra foral, op. cit.*, p. 66.

<sup>353</sup> R. Aldea Eguilaz, *Los Derechos de Navarra, op. cit.*, p. 32: “Únicamente cambió la persona del Monarca, siendo el de Castilla, en lo sucesivo Soberano de Navarra. Quiere decirse que no desapareció el Reino, sino que permaneció”

<sup>354</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 119.

<sup>355</sup> B. Estornés, *Historia del País Basko, op. cit.*, p. 172.

esencia de las cosas”<sup>356</sup>, pero inmediatamente añade que ‘con ella perdió Navarra su personalidad internacional pública y bajó a la categoría subordinada de nación que sólo puede moverse ya dentro del derecho internacional privado’<sup>357</sup>. En 1512 se inicia el largo camino hacia el estatuto de provincia periférica, hacia la ruina de los lugares emblemáticos del reino. Jesús Etayo<sup>358</sup> comparte la misma opinión.

Aunque con intenciones muy diferentes a las de éstos autores, también Eladio Esparza ha arrojado un jarro de agua fría a la teoría continuista de la independencia. Ya en 1935, en su citada conferencia sobre el fuero, afirma:

‘Por cierto que en esto del sentido de la unión de Navarra a Castilla creo que estamos en un error mayúsculo. Creemos nosotros que toda la unión ha consistido en la mera circunstancia de ser solamente uno y el mismo el rey de Castilla y el de Navarra. Todo lo demás, en uno y otro pueblo, quedó como antes, a nuestro juicio.

Y esto no es verdad. Podrá dolernos o alegrarnos, pero la verdad es otra.’<sup>359</sup>

Según Esparza, ni siquiera antes de 1512 Navarra era un reino verdaderamente independiente. Su inviabilidad política le hacía balancearse entre España y Francia.

Ocasionalmente, también el nacionalismo ha negado que Navarra mantuviera la independencia tras 1512<sup>360</sup>.

Un segundo factor que ha promovido la aceptación de la conquista castellana ha sido el buen gobierno de los monarcas españoles, a partir del propio Fernando el Católico, y el respeto que guardan a los fueros. De nuevo la tesis proviene de la

---

<sup>356</sup> A. Campión, *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 486. Cfr. H. Olóriz, *La cuestión foral, op. cit.*, p. 9: ‘Navarra se reservó íntegra su soberanía’.

<sup>357</sup> A. Campión, *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 486. Cfr. A. Campión, ‘La excomunión de los últimos Reyes legítimos de Navarra’, *op. cit.*, p. 122: ‘Pero Navarra no había perdido solamente una dinastía, que esto poco significa en la historia de los pueblos; había perdido la independencia.’

<sup>358</sup> Cfr. J. Etayo, ‘Algunas interpretaciones y glosas’, en Gurrea ed., *op. cit.* ‘Pero el tiempo transcurrido desde la felonía de 1512 hasta principios del XIX dio ocasión para comprobar que Navarra había perdido para el futuro algo más que su dinastía legítima al tomar maliciosa y violentamente, el monarca viudo de Castilla, el cetro del menguado Reino pirenaico.’

<sup>359</sup> E. Esparza, *Discurso sobre el fuero, op. cit.* Es preciso anotar que más adelante el propio Esparza pareció haber cambiado de opinión. Cfr. E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 59, donde señala que tras 1512 la ‘constitución política, social y civil quedó intacta’.

<sup>360</sup> Cfr. Jaime Eguaras, ‘Un silencio que es elogio’, en *L. V. N.*, 2-I-1927.

historiografía anterior a nuestro período<sup>361</sup>, aunque -como es obvio- se ha reformulado en beneficio de las ideologías actuales. El propio Arturo Campión la mantuvo durante algún tiempo. Así, en su primer trabajo sobre la excomunión de los últimos monarcas, escribe:

‘[...] incorporose la usurpación en la historia de Navarra y el bien social y el amor de los navarros a sus nuevos monarcas, *borraron el pecado de origen*.’<sup>362</sup>

Similarmente García Abadía, que califica de ‘injusta’<sup>363</sup> la conquista, concluye que la nueva dinastía ‘respetó y aseguró para ellos y sus sucesores [los navarros] la posesión de sus fueros, usos y costumbres más sagradas’<sup>364</sup>. Como Yanguas, cree que ‘Navarra se hizo española sin dejar de ser Navarra’<sup>365</sup>, de forma que ‘no es menos deudora que España a D. Fernando por el hecho de su incorporación’<sup>366</sup>. El euskaro Lino Munárriz finaliza su ataque al Católico afirmando que ‘comenzó su reinado en Navarra tratando a los pueblos con tanta dulzura que no distinguían la mudanza de dueño’<sup>367</sup>. La idea, que de forma notoria favorece una asunción de la conquista, ha sido frecuentemente repetida por los escritores navarristas, a menudo citando a Campión. Valgan como muestra los casos de José Ramón Castro<sup>368</sup> y Eladio Esparza<sup>369</sup>. Este último insiste en que Fernando ‘reconoció los fueros y reinó como rey de todos los navarros, amigos y enemigos’<sup>370</sup>.

Pero incluso autores marcadamente nacionalistas han reconocido el buen gobierno de los reyes españoles. Bernardino de Estella afirma que el gobierno del

---

<sup>361</sup> Cfr. F. de Alesón, *op. Cit.*, tomo 5, pp. 278 y ss., 424 y ss. J. Yanguas, ‘Prólogo’ en Luis Correa, *op. cit.*, pp. 46-47.

<sup>362</sup> A. Campión, ‘La excomunión de los últimos Reyes legítimos de Navarra’, *op. cit.*, p. 122. Cfr. A. Campión, *Euskariana. Séptima serie, op. cit.*, p. 459: ‘D. Fernando recompensó y favoreció a los beaumonteses, pero sin denegar la justicia debida a los agramonteses, antes bien, procurando congraciárselos [...]’

<sup>363</sup> A. García Abadía, *op. cit.*, p. 18.

<sup>364</sup> *Ibidem*, p. 38. El corchete es mío.

<sup>365</sup> *Ibidem*.

<sup>366</sup> *Ibidem*.

<sup>367</sup> L. Munárriz, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 132.

<sup>368</sup> J. R. Castro, *Lealtad de Tudela, op. cit.*, p. 15.

<sup>369</sup> E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 59.

<sup>370</sup> *Ibidem*. Cfr. con J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 270.

Católico fue ‘prudente y juicioso’<sup>371</sup> y Bernardo Estornés concede que ‘gobernó con gran prudencia y bondad para asegurarse bien la presa’<sup>372</sup>.

En algunas ocasiones el reconocimiento del buen gobierno de los monarcas españoles ha sido matizado con la denuncia de sus contrafueros, bien por parte del propio Fernando, bien por parte de su regente Cisneros. Así, el propio Campión añadió más adelante que Fernando cometió ‘contrafueros innumerables’<sup>373</sup>. Su admirador Miguel de Orreaga<sup>374</sup> toma la tarea de detallarlos minuciosamente.

Pero la postura más radical en lo que se refiere a este punto curiosamente viene de un republicano federal y militar español como Serafín Olave<sup>375</sup>, para quien ni con la casa de Castilla, ni con los Austrias, ni con los Borbones se han respetado los fueros. Ello le lleva a preguntarse: ‘¿Y hay navarros, todavía, que historien con benignidad las épocas posteriores a la anexión?’<sup>376</sup>.

Un tercer argumento en favor de una asimilación positiva de la conquista es la conversión al calvinismo de los descendientes de los últimos reyes de Navarra hacia 1563. Euskaros, nacionalistas y navarristas son, antes que nada, católicos. La usurpación castellana se justifica *a posteriori* porque, de no haberse producido, Navarra hubiera sufrido unos monarcas protestantes. Arturo Campión atribuye este pensamiento a los propios navarros del XVI.

‘Pero el golpe mortal a la causa de la dinastía legítima le asestaron los mismos monarcas de ella el día que perpetraron el crimen [...] de apartarles de la fe católica y abrazar el protestantismo.’<sup>377</sup>

El argumento ha sido frecuentemente esgrimido por los navarristas. Así cabe citar entre sus usuarios al Conde de Rodezno<sup>378</sup>, Julio Gúrpide<sup>379</sup>, Manuel Iribarren<sup>380</sup>,

---

<sup>371</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 118.

<sup>372</sup> B. Estornés, *Historia del País Basko*, *op. cit.*, p. 172.

<sup>373</sup> A. Campión, *Euskariana. Séptima serie*, *op. cit.*, p. 397.

<sup>374</sup> M. de Orreaga, *op. cit.*, pp. 67 y ss.

<sup>375</sup> S. Olave, ‘El pacto político’, *op. cit.*, pp. 210 y ss. Olave era coronel del ejército.

<sup>376</sup> *Ibidem*, p. 212.

<sup>377</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, *op. cit.*, p. 491. Es cierto que más adelante señala que ‘el derecho a reinar no le perdieron esos monarcas por su herejía’ (*Ibidem*, p. 492.), pero es notorio que gracias a la conversión al protestantismo de la casa real legítima la escasa resistencia de los antepasados se torna aceptable.

<sup>378</sup> Conde de Rodezno, *El Dr. Navarro Don Martín de Azpilicueta*, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1943, p. 21.

<sup>379</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 271.

Eladio Esparza<sup>381</sup> y Javier Ibarra<sup>382</sup>. Para este último, los intentos de recuperación fracasan merced a una intervención divina para que Navarra no caiga en el calvinismo.

Un cuarto argumento en favor de una justificación *a posteriori* de 1512 es que tras esta fecha el reino pirenaico se introduce en los destinos imperiales. Como dice Gúrpide, Navarra no se opone a la invasión ‘porque parece que ha presentado la nueva misión histórica que le estaba reservada dentro de la unidad de la patria’<sup>383</sup>; un ‘papel principal’ que jamás habría podido jugar de permanecer dentro de sus reducidos límites. ‘Navarra y los navarros se enrolaron en la Historia española’<sup>384</sup>, escribe Etayo, citando su presencia en América, Flandes e Italia<sup>385</sup>. También para el Conde de Rodezno Navarra ‘se incorpora de todo corazón’<sup>386</sup> al Imperio. El prestigio de éste y su importante cometido histórico hacen que Navarra deje de añorar su soberanía. Como expresa diáfananamente Julio Nombela:

‘Los navarros, [...] al ver la preponderancia de la monarquía en el siglo XVII, olvidaron el recuerdo de su antigua independencia para contribuir con todas sus fuerzas al esplendor de España.’<sup>387</sup>

Este destino histórico está marcadamente regido por el ideario católico. España lleva a cabo la doble tarea de combatir a los herejes y de extender el catolicismo por el mundo. Para Eladio Esparza este argumento enlaza con el anterior. Mientras el reino renuncia a la independencia y emprende el camino de la lucha espiritual y militar por la religión católica, sus monarcas ‘legítimos’ emprenden el rumbo de la herejía. De nuevo Navarra se sacrifica por una causa que la excede.

---

<sup>380</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 262.

<sup>381</sup> E. Esparza, *Pequeña historia, op. cit.*, p. 60.

<sup>382</sup> [J. Ibarra] Un navarro, *Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, p. 38.

<sup>383</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 264.

<sup>384</sup> J. Etayo, ‘Algunas interpretaciones y glosas’, en Gurrea ed., *op. cit.*

<sup>385</sup> *Ibidem*. Cfr. J. Etayo y F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 16.

<sup>386</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets, op. cit.*, p. 49.

<sup>387</sup> J. Nombela, *op. cit.*, p. 40. *Cursivas mías.*



‘En la empresa de la conquista Navarra acertó entregándose al Católico, porque los sucesores de don Fernando dieron motivos a los navarros para proseguir en su lucha por la religión contra el Protestantismo en Italia, Francia y Alemania. [...] mientras los de Albret se hundían allende los Pirineos en la ‘herética pravedad’.’<sup>388</sup>

Una quinta resolución de la conquista, que en cierto modo choca con la tercera, es el retorno de la dinastía legítima con el advenimiento de los Borbones. Según esta teoría, ya sostenida por Alesón<sup>389</sup>, la coronación de Felipe V supone la vuelta de los monarcas naturales de Navarra, puesto que Catalina, la hija del último Príncipe de Viana, Enrique de Albret, se había casado con Antonio de Borbón. Siguiendo esta teoría, el Conde de Rodezno afirma que tras la Guerra de Sucesión ‘vio Navarra reintegrada su antigua y legítima dinastía y extinguidos los resquemores que la anexión, ya dos veces centenaria, evocaba’<sup>390</sup>. También Campión<sup>391</sup> cree que con las celebraciones por la ascensión de Felipe V, los navarros celebraban el retorno de su dinastía legítima. Para Is-Orval, por último, se da la ‘íronía’ de que los reyes exiliados vuelven a Navarra ‘como dueños de España entera’<sup>392</sup>.

Cada uno de estos argumentos ha vuelto asimilable la conquista de 1512. Todos ellos ayudan a sobrellevar el *status quo* de Navarra. Sin embargo, frente a ellos, aparece una gran pérdida difícil de reparar: el abandono de la merindad de Ultrapuertos.

### **La Navarra irredenta.**

En efecto, el abandono de la Baja Navarra por Carlos V, en 1530, en pleno Imperio, se presenta como un contrafuero difícil de justificar. Escritores como Iturralde<sup>393</sup> y Campión<sup>394</sup> han criticado con dureza el desamparo de la que, en palabras de este último autor, era el ‘vivero de nuestras casas infanzonas’ y la ‘cuna de nuestra

---

<sup>388</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.* 111.

<sup>389</sup> F. de Alesón, *op. cit.*, tomo 5, p. 250.

<sup>390</sup> Conde de Rodezno, *Austrias y Albrets*, *op. cit.*, p. 50.

<sup>391</sup> A. Campión, *Euskariana*, *op. cit.*, p. 111 y ss. Cfr. con las palabras de A. Campión en ocasión del Segundo Congreso de *E. I.*, recogidas en *B. C. M. H. A. N.*, 1920, pp. 262-3.

<sup>392</sup> Is-Orval, *op. cit.*

<sup>393</sup> J. Iturralde, *Obras*, vol. 1, *op. cit.*, p. 11.

<sup>394</sup> A. Campión, *Euskariana. Cuarta serie*, *op. cit.*, pp. 141 y ss.

nacionalidad”<sup>395</sup>. Serafín Olave<sup>396</sup> cree que el hecho demuestra el poco respeto a los fueros que tuvieron los monarcas de la casa de Austria. Similarmente, Hermilio de Olóriz califica la partición como “el mayor contrafuero”<sup>397</sup>.

En ocasiones, la división del Viejo Reino ha sido invocada como una muestra de sus sacrificios por amor a España. Javier Los Arcos<sup>398</sup>, por ejemplo, en su intervención contra el proyecto de presupuestos de Gamazo recuerda a las Cortes españolas la existencia de otra Navarra al otro lado de la muga. Por eso, frente a quienes la tildan de egoísta a causa de sus fueros, interroga:

“¿Podrá decir nadie que puede hacer algún país mayor sacrificio que el que hizo aquel Reino cuando después, formando parte de una Monarquía poderosa, consintió en la segregación de una parte de su territorio?”<sup>399</sup>

Algunos autores navarristas han tratado de justificar, más o menos veladamente, el abandono de la Baja Navarra. Julio Gúrpide, por ejemplo, señala que a pesar del amor de sus habitantes a Navarra y a España, Carlos V “no pudo conservarla”<sup>400</sup>. Para la revista *Pregón* se trataba de “preservar España de la herejía; pues los hugonotes [...] actuaban abiertamente en nuestra sexta Merindad”<sup>401</sup>. Bien es cierto que eran temores infundados, pero “las realidades se imponen invariablemente a los romanticismos, por bellos que éstos sean”<sup>402</sup>. Los imperativos geográficos y políticos habrían dividido más pronto que tarde al reino. Éste, una vez más, es la víctima de un destino adverso.

Frente al lamento de Olóriz e Iturralde destaca el mutismo de algunos autores navarristas. Eladio Esparza<sup>403</sup> omite la existencia de otra Navarra al norte de los Pirineos, con reyes propios que reivindican su soberanía sobre todos los navarros después de 1530. Jaime del Burgo<sup>404</sup> dedica al tema una brevísima referencia. Núñez de

---

<sup>395</sup> *Ibidem*, pp. 141-142.

<sup>396</sup> S. Olave, “El pacto político”, *op. cit.*, pp. 214 y 215.

<sup>397</sup> H. de Olóriz, *Fundamento y defensa de los fueros*, *op. cit.*, p. 57.

<sup>398</sup> J. Los Arcos, *op. cit.*, pp. 340-341.

<sup>399</sup> *Ibidem*, p. 321.

<sup>400</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 273.

<sup>401</sup> “Nuestro saludo a la Baja Navarra”, en *Pregón*, nº 26-27, 1950.

<sup>402</sup> *Ibidem*.

<sup>403</sup> E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*

<sup>404</sup> J. del Burgo, *Historia de Navarra*, *op. cit.*

Cepeda<sup>405</sup> ni siquiera menciona Ultrapuertos al enumerar las merindades medievales. Salinas Quijada<sup>406</sup> utiliza la expresión ‘Baja Navarra’ para designar la Ribera. Otros autores anteriores a los euskaros, como Sanz y Baeza<sup>407</sup>, recuerdan que hubo una Navarra de Ultrapuertos, pero consideran a sus moradores actuales simples franceses. Según Campión<sup>408</sup>, la afirmación de que existían navarros en Francia provocaba hacia 1863 sonrisas desdeñosas.

Otros autores, como Lino Munárriz<sup>409</sup> por ejemplo, sí mencionan el abandono de la Merindad de Ultrapuertos, pero mantienen un tono aséptico y ni critican ni se preocupan de justificar el abandono. Varios ofrecen informaciones imprecisas y generales, cuando no simplemente falsas. Rafael Querejeta<sup>410</sup>, por ejemplo, afirma que los reyes Luis XII y Francisco I reinaron en la Navarra francesa.

Como sucedía en el caso de la Alta Navarra, existen opiniones divergentes en lo que se refiere al mantenimiento de la independencia de Ultrapuertos. La *Enciclopedia Espasa Calpe*<sup>411</sup> afirma que quedó anexionada a Francia en tiempos de Enrique IV. Para Bernardino de Estella<sup>412</sup>, por el contrario, persiste como reino independiente hasta 1789.

Entre la denuncia de Campión y Olave y el mutismo de Esparza y Núñez de Cepeda, la actitud más habitual entre euskaros y navarristas parece haber sido una temperada simpatía. El teniente coronel Munárriz Urtasun se refiere a los navarros de Ultrapuertos en términos muy amistosos en su novela *Miguel de Iturbide*<sup>413</sup>. La *Guía del Congresista*<sup>414</sup> de 1920 les dedica un capítulo entero y subraya su lealtad a los reyes legítimos. Victoriano Juaristi destaca que, aunque políticamente segregada de la Navarra española, sigue ligada a ella ‘racial e industriosamente’<sup>415</sup>. Manuel Iribarren la

---

<sup>405</sup> M. Núñez de Cepeda, *Guía*, *op. cit.* p. 78.

<sup>406</sup> Francisco Salinas Quijada, *Barro Blando (Por la Baja Navarra). Un duelo de amor en la Baja Navarra*, Imp. Gráficas Hispana, Tudela, 1941

<sup>407</sup> Florencio Sanz y Baeza, *Memoria sobre el territorio que la España ha perdido en los Pirineos, por la parte de Navarra y demostración de los derechos españoles a los terrenos que usurpan los franceses*, Imp. de Matute, Madrid, 1850.

<sup>408</sup> A. Campión, ‘Prólogo’, en J. Iturralde, *Obras*, vol. 1, *op. cit.*, p. XLV.

<sup>409</sup> L. Munárriz, *Historia de Navarra*, *op. cit.*, p. 133.

<sup>410</sup> F. Querejeta, *op. cit.*, p. 200.

<sup>411</sup> *Enciclopedia general*, *op. cit.*, voz ‘Navarra la baja o Navarra francesa’.

<sup>412</sup> B. de Estella, *op. cit.*, p. 213.

<sup>413</sup> T. Coronel Munárriz Urtasun, *Miguel de Iturbide*, *op. cit.*, p. 26.

<sup>414</sup> F. J. Arvizu y J. Etayo, *op. cit.*, pp. 81-87.

<sup>415</sup> Victoriano Juaristi, *Los caminos de Navarra*, Navarro y del Teso, San Sebastián, 1935, p. 14.

llama ‘solar de Nobleza y raíz de la monarquía pirenaica’<sup>416</sup>. José M<sup>a</sup> de Luzaide<sup>417</sup> señala que San Juan de Pie de Puerto ‘fue’ [sic] tan Navarra como Olite y Sangüesa. En 1950 *Pregón* celebra ‘la supervivencia del navarrismo en Ultrapuertos’, el ‘jardín de Navarra’<sup>418</sup>. Astiz y Baleztena, en fin, mandan a sus habitantes un cariñoso saludo de parte de ‘sus hermanos del viejo reino’<sup>419</sup>. Sin embargo, ninguno de ellos sueña siquiera con la reunificación del país.

En general, la sexta merindad ha permanecido olvidada por los altonavarros. Sólo periódicamente su recuerdo se aviva por un tiempo. Se hacen excursiones al otro lado, se pronuncian discursos altisonantes y se proclama la necesidad de reforzar lazos. Así, dentro de las actividades desarrolladas a propósito del Segundo Congreso de Estudios Vascos de Pamplona se incluyó una visita a Ultrapuertos. A ella asisten casi cuatrocientos excursionistas, entre ellos Luis y Lorenzo Oroz, Francisco Javier Arraiza, Raimundo García, el matrimonio Aizpún-Tuero, las señoritas Baleztena, Francisco Usechi, etc.<sup>420</sup>. Reina un ambiente de pan-navarrismo:

‘[...] la antigua Navarra, nuestra sexta Merindad de Ultrapuertos, la tierra de nuestros hermanos de antaño, hacia donde el corazón nos empuja con fuerzas de irresistible afecto, como cuando volvemos tras de largo viaje al hogar paterno.’<sup>421</sup>

Bien es cierto que el *Gernikako arbola* comparte sitio con la Marsellesa y la Marcha Real, y que los discursos de Daguerre, alcalde de San Juan de Pie de Puerto, y de Lorenzo Oroz, vicepresidente de Diputación, terminan entre vivas a Alfonso XIII y a la República.

Trece años después, en octubre de 1933, tenían lugar otros actos de afirmación pan-navarrista, con motivo de la inauguración en Pamplona de un monumento a Juan de Huarte, el escritor bajonavarro<sup>422</sup>. Para la ocasión se invitó a diversas autoridades vasco-continenciales y de nuevo se pronunciaron hermosos discursos. Haramburu, el alcalde de

---

<sup>416</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 31.

<sup>417</sup> J. M<sup>a</sup> de Luzaide, pseu. J. M. Iraburu] ‘La capital de la Baja Navarra’, en *Pregón*, n<sup>o</sup> 26-27, 1950.

<sup>418</sup> ‘Nuestro saludo a la Baja Navarra’, *op. cit.*

<sup>419</sup> D. Baleztena y M. A. Astiz, *op. cit.*, p. 13

<sup>420</sup> Puede verse una lista parcial de los asistentes en la reseña de Julio Altadill, ‘Las excursiones’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1920.

<sup>421</sup> *Ibidem*, p. 313.

<sup>422</sup> Cfr. ‘Crónica de un homenaje’, en *Cultura Navarra*, n<sup>o</sup> 4, 1933.

*Garazi*, por ejemplo, llama a Pamplona ‘huestra capital’ y a Navarra su ‘pequeña patria’. Con todo, añade inmediatamente que ello no quita ‘hada al culto que profesamos cada uno a su respectiva Nación’<sup>423</sup>.

Forzosamente la existencia de una Navarra pérdida con la anexión ha incomodado a quienes defendían la unidad española. La anexión a Castilla había provocado la desmembración de cerca de una décima parte del territorio navarro. Tal vez por ello, Baja Navarra tiende a desaparecer en las historias del reino a partir de su separación.

Por el contrario, los autores nacionalistas parecen haber mostrado mucho más interés por Ultrapuertos. Así, Carlos Clavería, en su *Historia del Reino de Navarra*<sup>424</sup>, recoge con bastante detalle su devenir histórico después de 1530. Bien es cierto que la reunificación de las dos Navarras sólo se plantea dentro del proceso de unificación de toda Vasconia.

### **Un monumento anfibológico.**

Hacia 1908 Iturralde y Suit y Campión pensaron en la posibilidad de construir un monumento en homenaje a los defensores de Amayur. Éstos habían intentado recuperar la independencia del reino en 1521, resistiendo el sitio de las tropas españolas hasta el 19 de julio de 1522.

El proyecto de Iturralde y Campión no pasó de las intenciones, pero en mayo de 1920, al acercarse el cuatrocientos aniversario del evento, la Comisión de Monumentos a propuesta de Altadill, decidió por unanimidad llevarla a efecto. Para ello abrió una suscripción pública que contó con la colaboración unánime de la prensa local y de instituciones como el Ayuntamiento de Pamplona y la Diputación. El monumento consistiría en un obelisco de piedra con los escudos de las seis merindades y la dedicatoria en euskara y castellano: ‘A los últimos defensores de la independencia nabarra’<sup>425</sup>.

El 23 de julio de ese mismo año, en el marco del Segundo Congreso de Estudios Vascos y con motivo de un homenaje a los combatientes de Amayur, se colocó la

---

<sup>423</sup> *Ibidem*, p. 175.

<sup>424</sup> C. Clavería, *Historia del Reino de Navarra*, *op. cit.*, pp. 345-370. Es difícil evaluar hasta qué punto el interés de Clavería representa el del nacionalismo vasco. Así, B. de Estella (*op. cit.*) dedica sólo unas pocas páginas al país vasco continental. Con todo, parece que la preocupación de los aranistas por *Benabarra* ha sido comparativamente mucho mayor que la del navarrismo.

<sup>425</sup> El texto completo de la propuesta se encuentra en J. Altadill, *Castillos medioevales*, *op. cit.*, tomo III, pp. 16-17.

primera piedra del monumento. Asistieron al acto una nutrida representación de la Diputación provincial, sus homólogas vascongadas y otras autoridades locales. El vicepresidente de la corporación, Lorenzo Oroz, pronunció un emocionado discurso.

“A semejanza de lo que es el Calvario para los cristianos, este lugar sagrado, santificado y regado con la sangre pura de nuestros ascendientes, ha de ser para nosotros, paraje de religiosa y patriótica veneración, la Meca de nuestros amores y respetos, adonde acudamos para rendir homenajes a los heroes y tributarles una oración.”<sup>426</sup>

La polémica se gestó con una lentitud sorprendente, tanto que en aquellas fechas no trascendió ninguna protesta. Meses más tarde, el 6 de enero de 1921, en la inauguración del Centro Católico de Navarra, Víctor Pradera llamaba “traidores”<sup>427</sup> a los agramonteses por haber defendido a Juan II contra el Príncipe de Viana y haber colaborado con los franceses y cismáticos Albret en 1521. El día 8 le respondía Manuel Aranzadi en una carta abierta en *Diario de Navarra*, reprochándole su falta de navarrismo. El día después aparecía otra misiva de Joaquín Baleztena en el mismo sentido. Las siguientes jornadas aparecieron réplicas y contrarréplicas de Pradera, Etayo, Aranzadi, el Conde de Rodezno, Altadill y Seminario. La mayor parte de las discusiones se refirieron a las bulas, definiéndose las posiciones que antes hemos visto.

Ante el cariz que tomaba la polémica, el *Diario de Navarra* decidió terminar con ella el 26 de enero, negándose a publicar más cartas<sup>428</sup>. Privados de un escenario diario cada parte comenzó a elaborar textos más trabajados. El *Boletín de la Comisión de Monumentos*, en cuyo consejo de redacción tenían un indudable peso Campián y Altadill, publicó durante los años 1922 a 1926 numerosos documentos y trabajos relacionados con la cuestión de las bulas y el sitio de Amayur<sup>429</sup>. En forma de libro Pedro de Navascués publicaría *Amayur*<sup>430</sup>, Víctor Pradera *Fernando el Católico y los*

---

<sup>426</sup> Discurso recogido en J. Altadill, *Castillos medioevales*, op. cit., tomo III, p. 21. Cfr. J. Iturralde, “El castillo de Amayur”, op. cit., p. 275: “deberíamos ir en patriótica peregrinación”.

<sup>427</sup> V. Pradera, *Por Navarra para España*, op. cit., p. 3. El folleto recoge casi toda la polémica reproduciendo las cartas aparecidas en prensa. Puede verse un análisis de la misma en Ignacio Olábarri y Juan M<sup>o</sup> Sánchez Prieto, “Un ejemplo de *Richtungskamps* en la historiografía navarra contemporánea; la polémica en torno a Amayur”, en *Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenio Oblatae*, Vitoria, 1985.

<sup>428</sup> “Fin de la polémica”, en *D. N.*, 26-I-1921.

<sup>429</sup> Cfr. I. B. [¿Ignacio Baleztena?], “Relaciones de la Santa Sede con los Monarcas navarros y con sus legítimos herederos”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921. Miguel de Orreaga, “Sobre la defensa de Amayur”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921.

<sup>430</sup> [Pedro de Navascués] Miguel de Orreaga, *¡Amayur...!*, op. cit.

*falsarios de la historia*<sup>431</sup> y Arturo Campión<sup>432</sup> sus nuevas versiones y estudios sobre los últimos años de la Navarra independiente.

Aunque la disputa versaba sobre un hecho ocurrido hacía cuatrocientos años, los ánimos se encresparon y los insultos se cruzaron desde todas partes. Altadill llamó a Pradera “óráculo antinavarro”<sup>433</sup>. Éste replicó calificándolo de “historiador de baratillo”<sup>434</sup> y poco menos que advenedizo<sup>435</sup>. A Campión lo tildó de “seudohistoriador vasco”<sup>436</sup> e “historiador seudovasco”<sup>437</sup>. Por su parte Campión llamó a Pradera “impiatinteros de Llorente: politicastro engreido, doble Maroto de los carlistas y de Nabarra”<sup>438</sup>. Miguel de Orreaga, sin dignarse a estampar el nombre de Pradera “por no manchar las páginas de mi libro”<sup>439</sup>, le acusó de “mal nabarro”<sup>440</sup>. Calificar de traidores a los héroes de Amayur, escribió indignado, “autoriza a pensar en anomalías cerebrales o en supino desconocimiento léxico”<sup>441</sup>.

El 14 de marzo de 1921 Francisco J. Arraiza, José Esteban Uranga, José Sanz y González y Luis Elio y Torres presentan en la Comisión de Monumentos una moción pidiendo la celebración de la incorporación de Navarra a Castilla, “como quinto (sic) centenario de dicha unión”<sup>442</sup>. Al parecer, la propuesta no cogió de sorpresa a los miembros de la Comisión porque, acto seguido de ser leída, se pasó a la lectura de una carta de Carlos Marichalar, miembro residente en París, criticando la idea. “No se concibe”, escribía, “que tal proyecto pueda germinar en cerebros navarros”<sup>443</sup>. A continuación se leyó otra misiva en contra de la celebración remitida por 29 navarros residentes en Madrid. Acceder a tal idea, decían, “valdría tanto como si la Comisión

---

<sup>431</sup> V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la historia*, op. cit.

<sup>432</sup> A. Campión, *Euskariana. Novena serie*, op. cit.

<sup>433</sup> V. Pradera, *Por Navarra para España*, op. cit., p. 62. Recoge una carta de Altadill.

<sup>434</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>435</sup> “¿Cuál es el título del señor Altadill para meterse en asuntos interiores a Navarra? ¿Que nos muestre primero su partida de nacimiento!” (*Ibidem*, p. 70). Altadill había nacido en Toledo.

<sup>436</sup> V. Pradera, *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, op. cit., p. 21.

<sup>437</sup> *Ibidem*, p. 229. Pradera arremetía contra “ciertos prestigios creados por el procedimiento del mutuo bombo” (*Ibidem*, p. 13) y el Boletín “que apenas lee nadie” (*Ibidem*, p. 14).

<sup>438</sup> A. Campión, ‘Prólogo’, en M. de Orreaga, *¡Amayur...!*, op. cit., p. XIII.

<sup>439</sup> M de Orreaga, *¡Amayur...!*, op. cit., p. 172.

<sup>440</sup> *Ibidem*, p. 175.

<sup>441</sup> *Ibidem*, p. 285.

<sup>442</sup> ‘Sección oficial’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921, p. 78. Naturalmente no era el quinto centenario de la unión, sino el cuarto. El ‘sic’ es original.

<sup>443</sup> *Ibidem*.

olvidando su historia, como si Navarra renegando de sus mayores, hiciese suya la traición”<sup>444</sup>. La Comisión ni siquiera se dignó a votar la propuesta: simplemente decidió tomar nota y archivar el asunto.

El 27 de abril de 1921 el tema de Amayur volvía a ocupar las páginas de los periódicos. Francisco Javier Arraiza<sup>445</sup> acusaba desde el *Diario de Navarra* a Julio Altadill de haberse negado a publicar en el *Boletín* que dirigía su trabajo ‘Notas para la historia. La Nobleza de Maya y la incorporación de Navarra a Castilla. El cerco de Maya’, en el que subrayaba la participación de nobles navarros en el asedio. Altadill<sup>446</sup> respondió al día siguiente, negando las acusaciones, alegando su calidad de militar español contra quienes le achacaban simpatías con los separatistas y anunciando su intención de no responder a ninguna otra carta relativa a la política de la Comisión. Arraiza insistió en los cargos el 29 de abril, añadiendo que la Comisión estaba siendo dominada por los nacionalistas antiespañoles<sup>447</sup>. Altadill cumplió su promesa de no responder, pero Zalba<sup>448</sup>, secretario de la Comisión, lo hizo en su lugar el 4 de mayo. Al día siguiente Arraiza<sup>449</sup> finalizaba el “round” repitiendo sus argumentos.

Unos días antes de que se procediera a la entrega del monumento de Maya, Francisco Javier Arraiza hacía llegar una nueva carta a la prensa<sup>450</sup>. Denunciaba el falseamiento del proyecto inicial dado que, en contra de lo anunciado, se habían sustituido los escudos de las merindades por los de las tres Provincias Vascongadas. Esto tenía que ser “un error o una falsedad”<sup>451</sup>, puesto que los vascongados, y en especial Guipúzcoa, habían colaborado con los castellanos, clavando ‘el puñal por la espalda a Navarra, como asegura Campión’<sup>452</sup>. Si lo que se pretendía era simbolizar la reconciliación, lo que debía haberse hecho era situar en un lugar preferente el escudo de

---

<sup>444</sup> *Ibidem*.

<sup>445</sup> F. J. Arraiza, ‘Una carta’, en *D. N.*, 27-IV-1921.

<sup>446</sup> J. Altadill, ‘Otra carta’ en *D. N.*, 28-IV-1921.

<sup>447</sup> F. J. Arraiza, ‘Otra carta’ en *D. N.*, 29-IV-1921.

<sup>448</sup> ‘Remitido’, en *D. N.*, 4-VI-1921.

<sup>449</sup> ‘Remitido’, en *D. N.*, 5-VI-1921.

<sup>450</sup> F. J. Arraiza, ‘El monumento de Maya’, en *D. N.*, 27-VI-1922.

<sup>451</sup> *Ibidem*.

<sup>452</sup> *Ibidem*. Efectivamente, Campión en su ‘Nabarra en su vida histórica’, *op. cit.*, p. 251, había escrito que “Álaba, y singularmente Gipuzkoa, representando el papel del mal hermano, desde su lamentable separación clavaban el puñal por la espalda” a Navarra.



España. De otro modo, el monumento se convertiría en un símbolo para los separatistas vascos<sup>453</sup>. Esta vez nadie respondió a las acusaciones

Hasta mayo de 1924 la polémica no volvió a abrirse. El día 24 los periódicos anunciaban que la Comisión, en su reunión del 23 de mayo, no había querido tomar en consideración una moción de los vocales Arraiza y Huarte tendente a colocar el escudo de España en el monumento de Maya o, caso de que no se estimase oportuno, quitar los escudos de las Provincias Vascongadas. Y lo que era más grave: el presidente efectivo, Campión, había respondido airadamente al vocal Arraiza<sup>454</sup>.

Inmediatamente los medios más hostiles al nacionalismo, incluyendo aquellos que como el *Diario de Navarra* habían suscrito la construcción de Maya, se lanzaron a criticar la negativa de la Comisión, repitiendo los argumentos empleados por Arraiza en 1922 sin demasiado eco<sup>455</sup>. Una de dos: o se retiraban los escudos vascongados o se colocaba en lugar principal el emblema de España<sup>456</sup>.

‘Que no sea el Monumento a Maya un monumento a la Euzkadi de los bizkaitarras, sino a la España de los buenos navarros.’<sup>457</sup>

‘Entre Navarra y el batzoki, la Comisión de Monumentos no puede irse con el batzoki’<sup>458</sup>

La Comisión guardó un escrupuloso silencio. Pero en su reunión del 17 de julio Altadill leyó un escrito destinado a responder a las acusaciones vertidas<sup>459</sup>. En él echaba abiertamente la culpa del incidente a Arraiza. En segundo lugar, recordaba que los escudos de las merindades sí estaban en el monumento. En tercer lugar, señalaba que las

---

<sup>453</sup> La argumentación de Arraiza es sutil y merece recogerse literalmente. En su opinión, los escudos querían significar ‘la coincidencia actual ideológica de las tres provincias vascongadas con el Reino de Navarra’, algo que encontraba ‘peligroso, demasiado significativo y de ninguna oportunidad, sellar esa coincidencia de aspiraciones políticas en el punto evocador de las luchas ‘por la independencia de Navarra.’

<sup>454</sup> El acta del 23 de mayo recoge literalmente la discusión entre Arraiza y Campión. Puede consultarse en ‘Sección oficial’ en *B. C. M. H. A. N.*, 1924, pp. 233-234.

<sup>455</sup> Los periódicos más beligerantes fueron el *Diario de Navarra*, *La Tradición Navarra*, de tendencia praderista y *El Pueblo Navarro*. La polémica llegó también a periódicos de San Sebastián y Bilbao. *El Pensamiento Navarro* guardó un llamativo silencio.

<sup>456</sup> El *Diario* apoyaba esta segunda opción ya que no le parecía cortés quitar los vascongados. Cfr. ‘Una moción plausible no se quiere tomar en consideración’, en *D. N.*, 25-V-1924.

<sup>457</sup> *Ibidem*.

<sup>458</sup> ‘Incidente inexplicable. La moción de los Sres. Arraiza y Huarte respecto al monumento de Amayur’, en *D. N.*, 28-V-1924.

<sup>459</sup> Tanto el escrito, que según parece se remitió a la prensa, como el resto de discusiones aparecen en el acta. Cfr. ‘Sección oficial’ en *B. C. M. H. A. N.*, 1924, pp. 234-245.

diputaciones vascongadas habían colaborado monetariamente en su construcción, estando presentes en la colocación de la primera piedra. A este respecto, Altadill recordaba otros monumentos españoles donde no figuraba el escudo de España sin que fuera motivo de escándalo y negaba todo carácter político al monolito. España, continuaba Altadill, carecía de escudo oficial en 1522, por lo que colocar el actual sería un anacronismo histórico. Por otro lado, si los defensores de Amayur eran unos traidores, como Arraiza parecía pensar<sup>460</sup>, era absurdo solicitar la colocación del escudo nacional en un monumento que los homenajeara. A continuación se votó el acta de la sesión anterior con siete votos a favor y dos en contra, los de Huarte y Arraiza.

El 18 de julio, sin tener todavía el acta en su poder, los periódicos anunciaban que la moción de Arraiza había sido aprobada<sup>461</sup>, lo que desde luego no era cierto. La confusión perduró hasta el 20 de julio, cuando la Comisión notificó que la decisión de colocar el escudo de España correspondía a la Diputación, que era la propietaria del monumento. La prensa pidió a la Comisión que solicitara a aquélla la colocación del escudo. Se dijo entonces que Diputación no se había preocupado de aceptar oficialmente el monumento, por lo que no estaba claro quién debía autorizar las modificaciones.

La polémica se fue apagando paulatinamente, dado que la Comisión optó por no hablar. Aunque en un primer momento pudo parecer que todo había quedado en un mero intercambio de cartas, lo cierto es que a medio plazo las consecuencias del *affaire* de Maya fueron de alcance. Cualquiera que repase los números del *Boletín de la Comisión de Monumentos* publicados durante la década de los veinte advertirá cómo a partir de 1924, pasada la fiebre de los primeros momentos, el contenido de la publicación comienza a decaer ostensiblemente. Hay una notoria ausencia de trabajos nuevos y los números se completan con viejas colaboraciones de Iturralde y Campión.

Por fin, el día 14 de junio de 1926 tiene lugar una reunión en el despacho del Gobernador Civil de la provincia, presidente honorario de la Comisión<sup>462</sup>. Éste, considerando que la cuestión de Amayur había llevado a la ‘paralización funcional’<sup>463</sup> de la Comisión y escuchadas las opiniones de los señores presidente, secretario y

---

<sup>460</sup> Arraiza no había llamado traidores a los defensores de Amayur, pero al parecer había difundido el folleto que recogía el discurso de Pradera en el Centro católico español.

<sup>461</sup> Cfr. ‘La Comisión de Monumentos y el Monumento de Maya’, en *D. N.*, 18-VII-1924.

<sup>462</sup> Puede consultarse el acta en ‘Sección oficial’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1926, pp. 293-95.

<sup>463</sup> *Ibidem*, 293.

vocales, decide ordenar la colocación en lugar preferente del escudo de España en el monumento de Maya<sup>464</sup>. Así perderá, señala, el “carácter anfibológico”<sup>465</sup> que tenía. Además, pretextando la necesidad de renovar la Comisión, se realizaron importantes modificaciones en su dirección. Campián y Altadill perdieron la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, pasando éstas a Onofre Larumbe y Francisco Javier Arraiza. Huarte se hizo con la dirección del *Boletín* y José Esteban Uranga con la secretaría<sup>466</sup>.

A pesar de los cambios, el *Boletín* no levantará cabeza. La calidad de los artículos continuó bajando, aunque su presentación formal mejoró. En 1927 se inaugura la tercera época de la revista, con un sólo número anual, aunque de extensión similar a los cuatro números juntos de años anteriores. Las colaboraciones de Campián y Altadill, antes tan numerosas, desaparecen casi totalmente. En 1928 el *Boletín* desaparece. En 1934 aparece de nuevo, resistiendo a duras penas hasta 1936.

Cinco años antes, la noche del 26 de julio de 1931, unos desconocidos hicieron explotar varias cargas de dinamita en el monumento de Maya. Resultaba completamente destruido<sup>467</sup>. Nadie se responsabilizaría del atentado.

### **El Almirante de la flota misionera española.**

Más allá de su culto estrictamente religioso la figura de San Francisco Javier ha tenido y tiene una gran importancia en la cultura navarra. Buena muestra de ello son los numerosísimos textos que se le han dedicado<sup>468</sup>.

No en vano, Francisco Javier se ha constituido en un personaje prototípico de la navarritud, tanto para euskaros, nacionalistas y navarritas. Según José Zalba, es “el

---

<sup>464</sup> El acta habla de “acuerdos” pero no consta ninguna votación.

<sup>465</sup> “Sección oficial”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1926, p. 294.

<sup>466</sup> J. Zalba era el antiguo secretario. Éste, Campián, Altadill, Azcona, Marichalar y Etayo permanecían como vocales. Curiosamente Onofre Larumbe había votado a favor de la propuesta de Altadill en mayo de 1920. Arraiza y Huarte había ingresado en la Comisión en diciembre de 23. Uranga lo hizo en marzo de 1925. Quintanilla (*op. cit.*, p. 60) asocia estos cambios a una disminución del tema vasco. Sin embargo, como veremos en el próximo capítulo, tanto Larumbe como Arraiza y Huarte concebían a Navarra dentro del País Vasco.

<sup>467</sup> *La Voz de Navarra* fue el medio que más protestó contra el hecho. Cfr. José Azcárate, “El monumento de Amayur ha sido destruido”, en *L. V. N.*, 29-VII-1931. El *Diario de Navarra* expresó su condena pero no prestó excesivo interés. *El Pensamiento Navarro* se desentendió por completo del tema. En 1976 los vecinos de Maya acordaron la reconstrucción del monumento. Ésta finalizó el 10 de octubre de 1982. No se incluyó el escudo de España.

<sup>468</sup> Bien es cierto que la calidad literaria de algunos de ellos es a veces más que discutible. Un caso extremo de “perversión literaria” es el del poema de Raimundo García “Garcilaso”, “San Francisco Javier”, recogido en *El Eco de Navarra*, 3-XII-1908: “Ya te veo San Francisco / mi San Francisco Javier / abrazado a tus hermanos / los de amarilla tez / que se van tornando blancos / con los besos que les des. / Ya los veo, ya los veo, / con sus labios absorber / el sudor de la tu frente / y la sangre de tus pies. / Ya los veo, ya los veo / ir detrás de ti en tropel / proclamándote caudillo / y alzándote en el pavés.”

personaje que encarna el espíritu navarro del siglo XVI”<sup>469</sup>. El *Diario de Navarra* lo erige en “huestro arquetipo”, porque “cada navarro llevamos en el alma un San Francisco de Javier”<sup>470</sup>. Según Joaquín Beunza “es ante la historia el más genuino representante del genio de Navarra”<sup>471</sup>. Para Manuel Iribarren es “el más grande de los hijos de Navarra”, el “prototipo ideal de los hombres de su tierra”<sup>472</sup>. En él se encuentran reunidas “todas las virtudes de la raza”<sup>473</sup>. A saber: “Fe ardiente, generosidad, tesón, bravura, capacidad de sacrificio, alegre entusiasmo”<sup>474</sup>. Aún más entusiasta se muestra Máximo Ortabe, para quien la “figura gigantesca del gran Xavier [...] basta y sobra para que Navarra asombre al mundo”<sup>475</sup>. Según el poeta, la historia del país puede subsumirse en la del santo “porque Xavier es Navarra; porque Navarra es Xavier”<sup>476</sup>.

Aunque la exaltación de la figura del santo es general lo cierto es que, en la práctica, ha sido objeto de dos interpretaciones muy diferentes.

Francisco de Jaso nació en 1505, es decir, cuando Navarra era todavía un país independiente. Su familia se destacó por su fidelidad a los monarcas destronados y sus hermanos figuraron entre los sitiados de Maya. Estas circunstancias han sido subrayadas por autores como Arturo Campión, interesado en una lectura exclusivamente navarra y vasca de Javier. Según él, “San Francisco de Xabier, o más exactamente dicho, de Etxeberri, es, por su linaje basko, y por su nacionalidad, nabarro”<sup>477</sup>. A este respecto recuerda cómo en los registros de la universidad de la Sorbona Francisco de Jaso no aparece ni como español ni como francés, sino como “cantaber”<sup>478</sup>.

Los escritores nacionalistas Gurbindo y Ruiz de Oyaga llevaron más lejos estas afirmaciones. En su respuesta al Javier “imperial” descrito por Pemán en *El divino*

---

<sup>469</sup> José Zalba, “El doctor Juan de Huarte y el Examen de Ingenios”, en *Cultura Navarra*, nº4, 1933, p. 158.

<sup>470</sup> “Navarra por San Francisco Javier”, en *D. N.*, 24-II-1952, p. 1.

<sup>471</sup> “Conferencia del Señor Beunza”, en *D. N.*, 11-IV-1922.

<sup>472</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 102.

<sup>473</sup> *Ibidem*.

<sup>474</sup> *Ibidem*.

<sup>475</sup> M. Ortabe, *Navarra vuelve*, *op. cit.*, p. 14.

<sup>476</sup> *Ibidem*, p. 228. Se podrían multiplicar las citas. Para Eladio Esparza, por ejemplo, Javier es la “síntesis prodigiosa de este espíritu misionero y castrense de Navarra” (E. Esparza, *Pequeña historia*, *op. cit.*, p. 311.)

<sup>477</sup> A. Campión, “La familia de San Francisco Javier” en *Euskariana. Séptima serie*, *op. cit.*, p. 194. Bien es cierto que Campión añade que Javier “pertenece a una comunidad más alta que las patrias terrenas” (*Ibidem*, p. 197).

<sup>478</sup> *Ibidem*, p. 198. Resulta curioso anotar el argumento que constantemente emplea Campión en esta conferencia, desviando el foco de atención de la vida del santo a la conquista. Según afirma, si los Jasso que eran tan católicos apoyaban a los Albret, éstos no podían ser cismáticos. Cfr. *Ibidem*, p. 224.

*impaciente*<sup>479</sup> señalaron que ‘San Francisco Javier no fue español ni pudo ser españolista’<sup>480</sup>. Afirmar lo contrario, se dijo en el *Boletín*, era un “desatino histórico”<sup>481</sup>.

Por el contrario, para otros autores San Francisco Javier constituye un testimonio paradigmático de la españolidad de Navarra. Los dos personajes arquetípicos del Imperio español son el conquistador y misionero. San Francisco Javier, claro está, es un exponente de este último. Significativamente, Rafael García Serrano afirma que recoge ‘el ímpetu conquistador de España para transformarse en un Hernán Cortés a lo divino’<sup>482</sup>.

La celebración del cuarto centenario de la muerte del santo en 1952 ofreció a los partidarios del españolismo de Javier una ocasión inmejorable para divulgar su particular visión del santo. ‘Era español San Francisco Javier’, sentencia García Rayo, en contraste con lo expresado por Gurbido y Ruiz de Oyaga, “español cien por cien”<sup>483</sup>. Todavía más: incluso sus propios parientes, que lucharon contra Carlos V, eran españoles, porque “síntoma de españolidad era el amor a la independencia”<sup>484</sup>. También Eladio Esparza<sup>485</sup> se sirve de la familia del santo para apoyar su hispanismo, algo chocante, si se tiene en cuenta que Campián utiliza la misma fuente para sugerir la tesis contraria. Aprovechando la biografía de Javier, a quien hace ‘Gran Almirante de la flota misionera hispánica’<sup>486</sup>, García Rayo repasa la conquista del reino. Fernando, afirma, tenía todo el derecho a arrebatar la españolísima Navarra a unos reyes herejes y extranjeros.

En este contexto, la visita de Franco a Navarra con motivo del centenario sirvió para establecer comparaciones verdaderamente sorprendentes. Para uno de los columnistas del *Arriba*, Javier es ‘otro Caudillo’, el guía de ‘otro Movimiento que conquista un Imperio para la Fe’<sup>487</sup>. Ya anteriormente Marcelino Olaechea<sup>488</sup>, obispo de

---

<sup>479</sup> José M<sup>a</sup> Pemán, *El divino impaciente*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, s. f.

<sup>480</sup> En 1934 hay cierta polémica por el estreno de la obra de Pemán *El divino impaciente*. Cfr. Gurbido y Ruiz de Oyaga, “Xabier y la independencia de su Patria”, en *Amayur*, 23-XII-1932.

<sup>481</sup> Anónimo, ‘El hispanismo de S. Francisco Javier. Desatino histórico’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1934.

<sup>482</sup> Prólogo de Rafael García Serrano a J. del Burgo, *España en paz. Navarra*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>483</sup> L. García Rayo, *op. cit.*, p. 13. Por contra, para la crítica francesa Javier es francés, puesto que su linaje viene de Jassu, en la Baja Navarra francesa.

<sup>484</sup> *Ibidem*.

<sup>485</sup> E. Esparza, *Nuestro Francisco Javier*, *op. cit.*, p. 63. Según Esparza los Jasso abandonan definitivamente a Albret cuando comprenden que fomenta el luteranismo.

<sup>486</sup> *Ibidem*, pp. 12-13.

<sup>487</sup> KIF, ‘Reflejos en el Arga’, en *A. E.*, 2-XII-1952, p. 2. Lo mismo dice la “Alocución Pastoral en el IV Centenario de la muerte de San Francisco Javier”, en *A. E.*, de 3-XII-1952. Es el ‘Caudillo de las Misiones’, p. 9.

Pamplona, había observado un fuerte paralelismo entre el santo y los voluntarios de 1936. De hecho, las mismas ‘javieradas’, establecidas a partir de 1940<sup>489</sup>, se constituyen como un eco de la masiva movilización de Navarra durante el Alzamiento. La Hermandad de Caballeros Voluntarios de la Cruz, que tiene un lugar preeminente en las peregrinaciones, surge de la promesa de algunos voluntarios de acudir a Javier si salían con vida de la guerra<sup>490</sup>. El ambiente militar de estas primeras javieradas es fácilmente perceptible: los peregrinos llevan sus capotes de campaña, se distribuyen en formaciones militares y se destacan por su disciplina<sup>491</sup>. ‘Es como si Navarra se movilizase una vez al año para unas grandes maniobras a lo divino’<sup>492</sup>, escribe ufano García Serrano. ‘Marcháis a Javier a pie, recordando las largas jornadas de la guerra’<sup>493</sup>, predica el obispo Olaechea. A su modo de ver, la sedición contra la República fue ‘la Javierada de 1936’<sup>494</sup>. Las razones que ofrece para peregrinar a la cuna del santo no dejan tampoco ninguna duda respecto a su significado político:

‘Vayamos por tanto a Javier a declarar guerra sin cuartel a la blasfemia, al hablar torpe y lascivo, a la profanación de las fiestas, a las modas indecentes, salidas de escenarios corrompidos y de consignas impías de la Masonería internacional; a las diversiones roedoras de la medula viril de nuestra raza; a los bailes agarrados, traídos por ráfagas de infierno soplado en la carroña de los pueblos viles de la Europa salvaje, o de los aduares y clanes de las tribus más abyectas.’<sup>495</sup>

---

<sup>488</sup> Cfr. el prólogo ‘A Javier’ de M. Olaechea a E. Esparza, *Nuestro Francisco Javier, op. cit.*, p. 13. Monseñor pregunta a San Francisco ‘¿Dónde vas Javier?’ y luego a los voluntarios de 1936 ‘¿Dónde vais voluntarios de 1936?’ Ambos responden lo mismo ‘Por Dios se muere, y por Dios se vence’. Más adelante llama a los voluntarios del 36 ‘javieres’ (*Ibidem*, p.13).

<sup>489</sup> El 10 de marzo de ese año tiene lugar la primera ‘javierada’ moderna. Con anterioridad habían tenido lugar esporádicas peregrinaciones a Javier. Pueden encontrarse datos en torno a ellas en [J. Ibarra], *Un navarro, Ilustres navarros del siglo XVI, op. cit.*, pp. 15-23.

<sup>490</sup> José M<sup>a</sup> Recondo, *La Javierada*, TCP, Gobierno de Navarra, p. 7.

<sup>491</sup> Resulta esclarecedora una lectura de la *Guía del Peregrino. IVª Peregrinación de los Mozos de Navarra en Javier*, Ed. del Consejo Diocesano, Pamplona, 1944. Todavía en 1952 el ambiente militar de la Javierada es muy palpable. Cfr. ‘Impresionante manifestación de Fe de la Juventud Navarra’, en *D. N.*, 11-III-1952.

<sup>492</sup> Prólogo de Rafael García Serrano a J. del Burgo, *España en paz. Navarra, op. cit.*, p. 4.

<sup>493</sup> M. Olaechea, *op. cit.*, p. 15.

<sup>494</sup> *Ibidem*, p. 16. Repite la expresión en la p. 18. También para Pemán, la Guerra de la Independencia, las carlistadas, y la Cruzada de 1936 son ‘javieradas’ (citado por José M<sup>a</sup> Recondo, *La Javierada, op. cit.*, p. 8).

<sup>495</sup> *Ibidem*, pp. 16-17. La arenga es parafraseada por Ignacio Elizalde S. J., en su artículo ‘¡Javier a la vista!’ en *D. N.*, 8-III-1951.

Qué duda cabe que desde entonces hasta hoy el ambiente de las peregrinaciones se ha relajado considerablemente. Gradualmente los actos toman un cariz más festivo, menos marcial, incluso gastronómico. Las mismas crónicas periodísticas comienzan a recoger anécdotas divertidas sobre los peregrinos. Con todo, las connotaciones belicistas tardan en desaparecer. Escribe Uranga en torno a la javierada de 1952:

“Aun hay gente para hacer otra guerra -me decía un amigo emocionado. Tenía razón. Esto no se hace más que por Dios, para rezar o luchar por Él, en Javier hoy y en el 19 de Julio.”<sup>496</sup>

Pero San Francisco Javier no es el único santo que se ha visto implicado en las discusiones en torno a la conquista de Navarra. Algo similar sucede con San Ignacio de Loyola, santo guipuzcoano pero de gran raigambre en Navarra.

Como es sabido, Ignacio cayó herido defendiendo Pamplona contra las tropas franco-navarras de Albret. Este hecho ha recibido interpretaciones muy diferentes. Para quienes como Etayo simpatizan con los atacantes, Loyola “formaba en un ejército enemigo de Navarra”<sup>497</sup>. Por eso en 1921, el 500 aniversario de la herida del Santo, Etayo, que dice respetar al soldado y admirar al religioso, rechaza que los navarros deban sumarse a ninguna conmemoración<sup>498</sup>.

Para autores como Ascunce, en cambio, Loyola cae luchando no “contra sus paisanos”<sup>499</sup>, los navarros, sino “contra los franceses”<sup>500</sup> que hacían la guerra a España. Héroe del catolicismo y de la Hispanidad, Ignacio resulta herido “defendiendo la Fe y la Unidad de España”<sup>501</sup>.

### **Epílogo: las tramas de la tragedia.**

En las páginas precedentes hemos visto cómo los imperativos geográficos, la personalidad del Príncipe de Viana, las luchas civiles, etc., convertían al ocaso del reino en una tragedia. Con posterioridad a la conquista, el respeto a los fueros por los

---

<sup>496</sup> José J. Uranga, “Notas del viaje a Javier”, en *Pregón*, nº 31, 1952.

<sup>497</sup> Jesús Etayo, “Ante el cuarto centenario de la herida de Iñigo de Loyola”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921, p. 135.

<sup>498</sup> *Ibidem*.

<sup>499</sup> E. Ascunce, *op. cit.*, p. 14.

<sup>500</sup> *Ibidem*, p. 54.

<sup>501</sup> E. Ascunce, *op. cit.*, p. 54.

monarcas castellanos, la fórmula igualitaria de anexión, la herejía de la casa real legítima, etc., atenuaban la desgraciada suerte del reino pirenaico. ¿De qué modo se relacionan los relatos anteriores con las tramas del *saltus* y el *ager Vasconum*?

A lo largo de la investigación hemos realizado ya algunas apreciaciones al respecto. En un extremo se dibujaba en boca de Pradera, Esparza y Doussinague, una lectura proclive a la conquista. Según ella, la anexión, deseada por la mayoría de los nativos y legalmente sustentada, devuelve a Navarra a su verdadero destino, arrancándola de la órbita francesa. 1512 sella un pacto por el cual el reino cede parte de su independencia a cambio del respeto a su autogobierno. El sacrificio se compensa con la entrada de Navarra en las empresas imperiales. Esta concepción, como es obvio, pertenecería al *ager*.

Frente a ella se distingue una lectura propia del *saltus*. Según esta perspectiva, Navarra pierde su soberanía a causa de las guerras civiles y las artimañas del Extranjero. Con todo, reacciona y sufre una durísima represión. Es mutilada entre Francia y España. Y aunque obtiene un pequeño reconocimiento institucional, éste no ha dejado de ser burlado por unos y por otros.

La polémica de Amayur, las diferentes aproximaciones a las figuras de Francisco Javier e Ignacio de Loyola vienen a expresar la presencia de estas dos tramas. En concreto el santo navarro parece haber constituido con frecuencia una sublimación del sacrificio propugnado por el *ager*.

Con todo, si tomamos íntegramente la narración de muchos autores se evidencia una postura a mitad de camino entre el *saltus* y el *ager*. Especialmente entre los escritores euskaros y navarristas, los relatos concretos del ocaso del reino son marcadamente ambiguos. Muchos de ellos aceptan los resultados históricos de la invasión castellana, pero se muestran sorprendentemente críticos con los medios. En algunos casos sus argumentos se acercan notablemente a los enemigos de la unidad española.

En este contexto, la utilización del género trágico permite a los escritores euskaros y navarristas convivir con el pasado sin romper con el presente. Esta nunca es tarea fácil, pero en el caso de Navarra es si cabe todavía más problemática, dado que su españolidad es el resultado de una ocupación violenta. ¿Cómo compatibilizar el patriotismo local con el patriotismo peninsular? A nuestro modo de ver, la tragedia es el artificio que permite sentirse heredero del pasado independiente sin propugnar una salida independentista en la actualidad, denigrar al Católico sin agraviar a Alfonso XIII,



erigir un monumento a los caballeros de Amayur sin tener que echarse al monte a proseguir la lucha contra el invasor. Quien, como Pradera, aplauda directamente la invasión del duque de Alba corre el riesgo de aparecer como un vástago del Conde de Lerín, como un traidor que celebra la muerte de su país. La narración del fin de la Navarra independiente a través de la tragedia posibilita transigir con la idea de España al tiempo que se lamenta la desgracia del terruño, hace inevitable la pérdida de la soberanía, facilitando la aceptación del estatuto de simple provincia.

Desde este punto de vista, y en la medida que hace tolerable la subordinación al Extranjero, la tragedia constituiría un mecanismo cercano al *ager*. Pero su papel es mucho más complejo. De hecho, también autores nacionalistas acudían a ella. Esto se explica porque la tragedia no sólo permite a los españolistas compatibilizar el pasado de independencia con el presente dependiente, sino que además soluciona a nacionalistas y no nacionalistas la asunción íntegra del pasado. Como hemos visto, los antepasados de los siglos XVI en adelante se avinieron dócilmente con la dominación española, permitiendo que su solar fuera abandonado a los franceses y que sus reyes legítimos murieran en el exilio. ¿Cómo compaginar su comportamiento con el de aquellos antepasados anteriores que lucharon denodadamente en Roncesvalles y Olaso contra el Extranjero? ¿Cómo asumir a unos y a otros al mismo tiempo? El destino frustrado de Carlos de Viana, el juramento como súbditos y no como vasallos, el regreso de la casa real navarra con los Borbones, etc., son paliativos que ayudan a comprender la actitud de los antepasados posteriores a la anexión. En definitiva, a absolverlos del delito de traidores y cobardes. En este sentido, en tanto que permite continuar con la creencia en el carácter indomable de los ancestros, en su amor sin límites a la independencia, la tragedia ha servido de punto de apoyo al *saltus*.

En definitiva, la tragedia constituye un *tropo* que salva *in extremis* la integridad de las diferentes ideologías ante la amenaza de un pasado que les es incoherente. Ni el *saltus* ni el *ager* están preparados para un relato en términos de comedia o épica.

Ahora bien: al mismo tiempo la tragedia es un compromiso inestable. La vaguedad de algunos personajes, las contradicciones de muchos autores, la impresión de hallarnos ante unos relatos incompletos, en formación, no es sino la expresión de esa fragilidad. Continuamente cada trama ha intentado terminar con esa inestabilidad, y por tanto con la tragedia, construyendo relatos más firmes. El *saltus* ha reforzado la brutalidad de la conquista, heroizado la resistencia nativa. El *ager*, en dirección opuesta, ha tendido a legitimar la invasión, a dulcificarla, a subrayar el respeto a los fueros.



## Capítulo 8.

### Relatos de la identidad. El genio de Navarra.

Durante la transición los debates políticos en Navarra giraron principalmente en torno al problema de su identidad. Para algunos ser navarro consistía en una manera particular de ser vasco, por lo que la provincia debía integrarse en un proyecto institucional común con las Vascongadas. Para otros Navarra constituía una unidad histórica perfectamente diferenciada de aquéllas y, por tanto, debía figurar aislada en el futuro Estado autonómico. A nivel popular a menudo la discusión se formuló como una alternativa entre si los navarros eran o no vascos.

Aunque, como veremos próximamente, el problema nunca se ha planteado en esos términos, lo cierto es que el tema de la identidad ocupa un lugar central en la cultura navarra precedente. En cierta medida puede decirse es su único argumento.

Sería tentador solicitar al pasado cercano que representa esta cultura las respuestas a los problemas del presente, desempolvar los viejos libros a fin de que ellos nos expliquen de una vez por todas quiénes son los navarros. Sin embargo nos parece dudoso que esta solución sea viable. El problema de la identidad existe en el pasado, pero se encuentra planteado en unos términos tan diferentes a los actuales que, en lugar de proporcionarnos una salida a las discusiones contemporáneas, nos exige trascenderlas, reclamando un marco diferente donde replantear el problema. En definitiva, quien solicite respuestas modernas a los viejos textos se encontrará con que éstos *solicitan* (en el sentido derrideano de conmovir desde los cimientos) las preguntas contemporáneas.

En las páginas precedentes hemos hecho uso de los términos “vasco”, “navarro” y “español” con notoria despreocupación, sin entrar a considerar si los navarros son o no vascos y/o españoles. Al proceder así no tratábamos de dar por obvio lo que de hecho es profundamente problemático, ni tratábamos tampoco de eludir la cuestión, mediante una formula de compromiso que satisficiera a todos<sup>1</sup>. Lo que hemos pretendido ha sido ponerla entre paréntesis, diferirla, por medio de un uso cómodo y apolémico de las palabras. Es ahora, después de haber escuchado el tono de la cultura local, su idea de los orígenes, de la historia, de la tragedia, cuando podemos abordar el

---

<sup>1</sup> De hecho nuestro proceder corre conscientemente el riesgo de irritar a todas las partes en litigio.

tema de la identidad con unas perspectivas más amplias que las de los debates políticos contemporáneos.

Porque, en efecto, a nuestro modo de ver el problema de la identidad de Navarra excede las estrechas discusiones sobre su vasquidad o su españolidad. Ser “navarro”, ser “vasco” y ser “español” no son sino adjetivos que sólo cobran sentido merced a los atributos que se predicán de ellos. Son esos atributos lo verdaderamente importante, ya que definen qué significa ser navarro, vasco o español, es decir, en qué consiste la pertenencia a una misma colectividad de individuos desconocidos entre sí, distantes en el tiempo y en el espacio y con intereses, ideología, gustos, personalidad y formación muy dispares. Son esos atributos los que explican qué les diferencia de los demás humanos. “Ser algo” no significa nada al margen del “cómo se es”.

Las próximas páginas tienen como objeto desarrollar estas cuestiones. Para ello, y en primer lugar, examinaremos la existencia de un discurso vasquista en el navarrismo. Esta constatación nos permitirá desechar todo intento de abordar los relatos de la identidad para el período estudiado a partir de los debates contemporáneos sobre la vasquidad de los navarros. A continuación abordaremos las distintas descripciones de su carácter en la cultura local. En este epígrafe continuaremos utilizando los términos “vasco” y “navarro” como si fuesen perfectamente intercambiables. Al fin y al cabo buena parte de los textos a los que acudiremos así lo hacen y, aunque es cierto que otros no, tanto unos como otros se refieren a la forma de ser de los naturales del país. En tercer lugar, atenderemos a la heterogeneidad de Navarra, examinando cómo se ha contemplado a los habitantes de las distintas zonas de la provincia, así como la manera en que se ha concebido su diversidad. Formalmente estos epígrafes consisten en su mayor parte en simples colecciones de citas. La última sección ofrece una reflexión sobre los datos presentados a partir de su relación con las tramas del *saltus* y el *ager Vasconum*.

### **Navarros, vascos y españoles.**

Como hemos señalado, en la actualidad el problema de la identidad de Navarra se centra principalmente en las discusiones sobre su vasquidad. A este respecto, el sentimiento de pertenencia al colectivo vasco está dominado por el nacionalismo, mayoritariamente izquierdista, hasta el punto de que la combinación entre ese sentimiento, conservadurismo y españolismo se ha vuelto extraña. No obstante, esta

combinación ha sido habitual en Navarra hasta tiempos relativamente cercanos. Por este motivo, una investigación que, a la hora de estudiar el problema de la identidad de Navarra y para el período de tiempo que nos ocupa, se centrara en el dilema sobre el ser o no ser vasco de la provincia erraría ostensiblemente. El tema, aunque no puede decirse que esté completamente ausente de la cultura y la política navarras, no tiene una presencia significativa en ella.

Es cierto que hacia finales del siglo XIX es posible encontrar algunos escritos reacios a la unidad con las Vascongadas e incluso hostiles hacia ellas. Estos textos, todos ellos provenientes del campo liberal, aparecen de forma dispersa, sin constituir una corriente de opinión sólida, organizada o definida.

El testimonio más antiguo en contra de la unión con Vascongadas parece ser el folleto *Laurac-bat*<sup>2</sup> de Cayo Escudero y Marichalar. Escudero protestaba contra el lema ‘Las cuatro, una’ que se había colocado en la exposición agrícola de Pamplona de 1867. Igualmente dejaba entrever su rechazo a los proyectos de colaboración iniciados por Diputación<sup>3</sup>. Las Provincias Vascongadas, sostenía, no se podían asimilar con Navarra puesto que aquéllas habían pertenecido a Castilla y Navarra había sido un reino de por sí. En consecuencia, añadía, ‘bajo ningún concepto podemos unir nuestros fueros a los Vascos’<sup>4</sup>. Además, los intereses de vascos y navarros eran del todo ‘encontrados’<sup>5</sup>. Prueba de ello era el juego sucio de los guipuzcoanos respecto al ferrocarril de los Alduides y las dificultades que tenían los productos navarros en las Vascongadas.

Pocos años después, en 1875, otro liberal, Serafín Olave, insistía también en la oposición de intereses entre vascongados y navarros<sup>6</sup>. Después de 1841 estos últimos

---

<sup>2</sup> [Cayo, Escudero y Marichalar], *Laurac-bat*, Imp. S. Andrés, Pamplona, 1867. Debo la localización del folleto a D. Santiago Leoné y a D. Javier Jiménez. Campión trató sobre el mismo en el ‘Prólogo’, a las *Obras de Juan Iturralde y Suit*, vol. I, *op. cit.*, pp. LXV y ss. Según afirma la unidad vasca era ‘profundamente antipática a muchos’, (p. LXV) en 1867. Pueden encontrarse algunas consideraciones en torno al folleto de Escudero en Ignacio Olábarri Gortazar, ‘Notas en torno al problema de la conciencia colectiva de los navarros en el XIX’, en *Congreso de Historia de Euskal Herria*, tomo V, Servicio Central de Pub. del Gobierno Vasco, Gasteiz, 1988.

<sup>3</sup> *Proyectos sometidos por la Diputación de Navarra las de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa*, Imp. Provincial bajo la dirección de J. F. Cancela, Pamplona, 1866. Acerca de estos proyectos puede verse el trabajo de S. Martínez Beloqui, ‘Las relaciones entre la diputación navarra y las Provincias Vascongadas en 1866’, en *Eusko Ikaskuntzaren IX. Kongresoa. Gaurko Euskal Gizartearen sorburu hurbilak XVIII-XIX Mendeak*, Eusko Ikaskuntza, Donostia, 1984. Las críticas de Escudero provocaron la respuesta de Diputación, defendiendo los proyectos y el *Laurak bat*. Según señalaba, ‘el origen, el idioma, la historia, la tradición y hasta su régimen administrativo hace de las Provincias Vascongadas y Navarra, no sólo provincias hermanas, sino provincias gemelas’. Cfr. *La Diputación de Navarra á su país*, alocución firmada el 15 de julio de 1867. Se encuentra en la Caja 2382 (1851-1875) del Archivo Administrativo de Navarra, Carpeta Laurak Bat. La caja recoge las adhesiones a diputación por estos proyectos de los ayuntamientos de Enériz, Ujué, Añorbe, Lacunza, Piedramillera, Los Arcos, Lerín, Cascante y Goizueta.

<sup>4</sup> [C. Escudero], *op. cit.*, p. 4.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>6</sup> S. Olave, *Reseña histórica y análisis comparativo*, *op. cit.*, p. 249.

habían adecuado sus fueros a las exigencias constitucionales, de forma que apenas se diferenciaban de los demás españoles. Mientras, “contra todo derecho”<sup>7</sup>, las Provincias Vascongadas,

“[...] se han mantenido hasta hoy en el goce de los verdaderos privilegios, muy onerosos para el resto de España, incluso la Navarra, pues ni pagan contribuciones, ni dan soldados, ni dejan de utilizarse de todas las ventajas de los servicios públicos oficiales.”<sup>8</sup>

Un tercer testimonio de antivasquismo vino propiciado por el cierre en agosto de 1886 del diario *Lau-Buru* y la subsiguiente publicación en *El Liberal Navarro* de algunos artículos analizando el ideario euskaro. A decir de este medio, los euskaros, asociados en principio en la mera defensa de la lengua vasca,

“Se convirtieron en políticos y comenzaron a hablar de la patria euskara, y con absoluto desprecio de la historia, de la legislación, de las costumbres, del clima, de las producciones y de todo, supusieron una patria común las tres provincias vascongadas y Navarra, haciendo caso omiso de la Rioja, del Alto Aragón y de la parte septentrional del Pirineo hoy francesa y hace tres siglos Navarra [...]”<sup>9</sup>

Según el diario liberal la propuesta había sido muy poco popular en Navarra, y se preguntaban al respecto:

“¿Porqué [ sic] sólo quería unirse a las provincias vascongadas, cuando éstas hace seis siglos se separaron de nosotros, nos han hecho muchas veces la guerra, han sido siempre el mejor baluarte del poder castellano contra el navarro y ostentan timbres que llaman glorioso, en desdoro de los navarros? Por similitud de lenguaje? Esto no es absolutamente cierto, pues la mayor parte de Navarra ha usado desde siempre una lengua arromanzada, derivada del latín, tan antigua como la castellana, con la que se ha fundido.”<sup>10</sup>

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 255.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 252-253

<sup>9</sup> “El Lau-Buru”, en *El Liberal Navarro*, 22-VIII-1886.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

Los demás argumentos de *El Liberal Navarro* venían a coincidir con los de Escudero y Marichalar: Navarra había sido un reino independiente, las Vascongadas meras provincias de Castilla.

No conviene sobredimensionar estas muestras de antivasquismo. En primer lugar, porque no tienen demasiados equivalentes para el período que nos ocupa. Y en segundo lugar, porque no parecen haber jugado un papel de peso en la gestación del navarrismo.

De hecho, el vasquismo, o al menos la comprensión vasca de la identidad navarra, ha sido la tónica habitual del regionalismo conservador españolista. Y así las figuras más importantes del navarrismo expresaron opiniones abiertamente vasquistas.

El caso del director del *Diario de Navarra*, Raimundo García “Garcilaso”, ha sido objeto de investigación por parte de Fernández Viguera<sup>11</sup>. Todavía en 1918, “Garcilaso” declara que “Jaungoikoa eta lege zarra son dos afirmaciones que me obligan a descubrirme”<sup>12</sup>. Ese mismo año llega al extremo de censurar a Diputación, “la más alta gerarquía [sic] de la Euskal Erría”<sup>13</sup>, su inasistencia al Congreso de *Eusko Ikaskuntza* de Oñate.

La opinión del director parece ser extensible a todo el periódico. Así, dos años más tarde, con motivo del Congreso de Pamplona, el *Diario* hacía alarde de sus sentimientos vascófilos. En su saludo a los participantes, el editorial del 18 de julio afirmaba:

‘Los navarros tenemos el deber y el derecho de colaborar en esta obra de una manera muy principal, porque nuestra tierra fue la tierra de los baskos, porque de esta tierra nuestra se nutrió y en ella creció y de ella se propagó la vieja raza euskalduna.’<sup>14</sup>

---

<sup>11</sup> Silvia Fernández Viguera, “Ideología de Raimundo García “Garcilaso” en torno al tema foral. Su evolución: 1903-1931”, en *Príncipe de Viana*, Anejo 5 al I Congreso Historia de Navarra, 1986. De la misma autora “La ideología Social y Política de Raimundo García “Garcilaso” (1903-1929)”, en *Príncipe de Viana*, nº 189, 1990.

<sup>12</sup> Garcilaso, “A un colega”, en *D. N.*, 7-III-1918.

<sup>13</sup> “El Congreso de Estudios Vascos”, en *D. N.*, 13-IX -1918. El corchete es mío.

<sup>14</sup> “Saludo”, en *D. N.*, 18-VII-1920. Extraordinario sobre el Congreso de Estudios Vascos.

Todavía más llamativa resulta la portada del 25 de julio, día en que visitaba Pamplona el rey Alfonso XIII: “Euskalerría-España-El Rey”<sup>15</sup>. El titular del día 27 proclamaba abiertamente: “Por Euskalerría y por España”<sup>16</sup>.

Eladio Esparza pasó de dirigir el diario nacionalista *La Voz de Navarra* en los años veinte a subdirigir el *Diario de Navarra* a partir de los treinta. Su desencanto del nacionalismo no estuvo acompañado por una pérdida del sentimiento vasco. Este hecho aparece con claridad en su novela *La Dama del Lebril Blanco*<sup>17</sup>, de 1930. Sus protagonistas se declaran “navarros del país del Bidasoa, vascos de raza y de sentimiento”<sup>18</sup>. Más adelante, cuando un personaje les pregunta: “¿Pero ustedes son nacionalistas caracterizados?”<sup>19</sup>, ellos responden:

“No, nosotros somos vascos, quizás los únicos vascos puros de toda Vasconia. Pero no somos políticos. Políticamente Vasconia no ha sido nunca nación y hoy menos que nunca. Pero a nosotros eso nada nos importa. Lo esencial es ser vasco, bien dentro de España, como nosotros, bien dentro de Francia, como los ultrapirenaicos.”<sup>20</sup>

Más adelante intentan convencer a un grupo de labriegos navarros de que “nuestra tierra ha sido tierra de los vascos y todos nosotros somos vascos de España”<sup>21</sup>.

Esparza expresó opiniones similares en las columnas del *Diario de Navarra*. “Los navarros”, declaró rotundamente en 1931, “somos vascos porque en esa raza nos forjó la naturaleza”<sup>22</sup>. Este punto de vista se mantuvo incluso después de su rechazo al Estatuto, en 1934<sup>23</sup>.

---

<sup>15</sup> Cfr. *D. N.*, 25-VII-1920.

<sup>16</sup> Cfr. *D. N.*, 27-VII-1920. El propio vicepresidente de la Diputación se refiere repetidamente en su discurso ante el monarca a “la afirmación robusta de la personalidad del País Vasco Navarro”. Cfr. “Discurso del señor Presidente de la Diputación de Navarra”, en *D. N.*, 27-VII-1920. También Alfonso XIII emplea esta fórmula. Cfr. “Discurso leído por S. M. EL REY”, en *D. N.*, 27-VII-1920.

<sup>17</sup> E. Esparza, *La Dama del Lebril Blanco*, *op. cit.*

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 197.

<sup>20</sup> *Ibidem*.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 259.

<sup>22</sup> E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 19-VII-1931. Añade punto y seguido: “Pero la aspiración a ser cada vez más navarros, ¿implica la desaparición de los elementos raciales?”

<sup>23</sup> Cfr. E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 7-IX-1934, donde se refiere a “hosotros los vascos”.



Otra muestra del vasquismo navarrista nos la proporciona Tomás Domínguez Arévalo, Conde de Rodezno. Éste, en su trabajo sobre los Teobaldos, declara que las Vascongadas son ‘regiones hermanas y ligadas a nuestro reino por unidad de raza, lengua, territorio y tradición’<sup>24</sup>. Más explícitamente todavía, en la elogiosa semblanza que dedicó a Campión, se refirió al ‘pueblo navarro y los demás países euskaros españoles’<sup>25</sup>.

Otros importantes navarristas expresaron puntos de vista parecidos que incluían a Navarra dentro de Vasconia o Euskal Herria. Así cabe citar a Esteban y Chavarría<sup>26</sup>; Onofre Larumbe<sup>27</sup>; Joaquín Beunza<sup>28</sup>; Luis Oroz<sup>29</sup>; Alberto Peláirez<sup>30</sup>; José M<sup>a</sup> de Huarte<sup>31</sup>; Baldomero Barón<sup>32</sup> y José Ramón Castro<sup>33</sup>. A este respecto es necesario recordar cómo muchos navarristas formaron parte de la Sociedad de Estudios Vascos, institución que abiertamente consideraba a Navarra parte del País Vasco. Entre ellos podemos mencionar a José M<sup>a</sup> Lacarra, Luis Oroz, José M<sup>a</sup> de Huarte, Ignacio Baleztena, Joaquín Beunza, Alejo Eleta, Serapio Huici, Francisco Javier Arraiza Baleztena, Víctor Pradera, Francisco Salinas, Julio Ruiz de Alda, José Luis Arrese, Rafael Aizpún y Justo Garrán<sup>34</sup>.

---

<sup>24</sup> T. Domínguez Arévalo, *Los Teobaldos de Navarra*, op. cit., p. 31.

<sup>25</sup> T. Domínguez Arévalo, “Arturo Campión. Semblanza literaria”, en *D. N.*, 24-I-1912.

<sup>26</sup> Juan P. Esteban y Chavarría, “El congreso de Estudios vascos y la verdadera personalidad de Navarra”, en *La Avalancha*, nº 607, 1920, p. 154: “la identidad de raza de los vasconavarros aparecerá como indiscutible”.

<sup>27</sup> Onofre Larumbe, “San Miguel de Izaga”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1924, p. 123: “esta hermosa Euskalerría de nuestros amores”.

<sup>28</sup> *D. N.*, 10-III-1927. “Conferencia del Sr. Beunza”, en el Ateneo Guipuzcoano. “Nosotros, los vascos, somos más antiguos, porque nosotros no datamos”.

<sup>29</sup> L. Oroz, *Legislación administrativa*, op. cit., p. 19: “los navarros y nuestros hermanos vascongados”.

<sup>30</sup> Así, el lema con el que presentó su poema “Navarra” rezaba: “*Abertzalia ixan biar da, jil arte!*” (Hay que ser patriota hasta la muerte). Recogido en la información sobre los “Juegos Florales”, en *D. N.*, 22-IX-1918. También es notoriamente vasquista el ambiente de su poema dramático *San Miguel de Aralar*, Imp. García Enciso, Pamplona, 1925.

<sup>31</sup> La inclusión de Navarra dentro del País Vasco es clara en su estudio sobre “Juan de Anchieta. Sus retablos y los de sus discípulos”, publicado en *Euskalerríaren Alde*, tomo XV, 1925.

<sup>32</sup> B. Barón Rada, “Donostiarras y Pamplónicas” en *Navarra en Guipúzcoa*, nº 3, 1935. Pregunta a navarros y guipuzcoanos: “¿no somos hijos de una misma raza?, ¿no somos brotes del mismo árbol de la estirpe vasca?”. El ambiente euskaldun de su obra “Hogar Navarro” es también manifiesto (cfr. Baldomero Barón Rada, “Romedobal”, “Hogar Navarro”, en *Con permiso. Diálogo de actualidad en verso*, Imp. de J. García, Pamplona, 1927). En su colección de versos *Desahogos poéticos* identifica a los “bravos navarricos” con los “queridos abertzales”. Cfr. *Desahogos poéticos*, ¿Pamplona?, 1925, p. 81.

<sup>33</sup> J. R. Castro, “La pintura en Navarra en el siglo XVI”, en *R. I. E. V.*, tomo XXV, 1934. Llama “nuestro país” al vasco.

<sup>34</sup> Cfr. Idoia Estornés Zubizarreta, *La Sociedad de Estudios Vascos. Aportación de Eusko Ikaskuntza a la Cultura Vasca (1918-1936)*, Eusko Ikaskuntza, San Sebastián, 1983, pp. 60 y ss.

Es cierto que pese a este vasquismo el navarrismo impulsó en 1932 una campaña contraria a un estatuto vasconavarro. Esta campaña se vio coronada con el voto negativo del 46% de los ayuntamientos navarros en la Asamblea de Pamplona de junio del 1932. A la hora de enjuiciar esta postura conviene tener presente en primer lugar que la derecha españolista no mantuvo una opinión homogénea al respecto. Importantes personalidades dentro del navarrismo apoyaron al Estatuto, si bien expresaron algunos reparos sobre su redacción. Entre ellos cabe citar a José Cabezudo, Miguel Gortari, Rafael Aizpún y Luis Oroz. En realidad, ésta parece haber sido la tónica dominante en la derecha navarra hasta que, en diciembre de 1931, la aprobación de la Constitución republicana coartó su interés por deslindarse de la agitada política nacional<sup>35</sup>.

Con todo, incluso después de esa fecha los destacados diputados conservadores Rafael Aizpún y Gortari continuaron apoyando el sí al Estatuto hasta la Asamblea de junio<sup>36</sup>. Bien es cierto que le ponían varios reparos. En primer lugar veían en él cierta tendencia separatista. Con todo, añadían, si depender de la política vasca, viciada por el nacionalismo, es peligroso, más lo es depender de la política estatal. En segundo lugar, mostraban su preocupación por las posibles repercusiones tributarias del Estatuto. Y, en tercer lugar, señalaban que ‘no es nuestra tradición ni nuestra historia’<sup>37</sup>. En su favor declaraban el Estatuto que constituía un buen ‘instrumento’<sup>38</sup> para conservar la tradición de Navarra y que ésta recobraría muchas facultades administrativas si era aprobado.

La actitud del carlismo ante el Estatuto es compleja y poco clara. Del inicial apoyo a los proyectos autonomistas, los carlistas pasaron a abstenerse de su redacción y a dar libertad de voto a sus afiliados. Con todo, la Comución tradicionalista decía querer ‘para Euskalerría la máxima conquista en materia de reintegración foral’<sup>39</sup>. Además su crítica no se refería a la inclusión de Navarra sino hacia todo el Estatuto por colocarse al abrigo de una ‘constitución sectaria’<sup>40</sup>. El proyecto de las gestoras, decían en una nota de 1932, aunque puede proporcionar algunas ventajas autonómicas ‘no se aviene con el espíritu de nuestro régimen foral sino antes bien en muchas partes lo olvida y

---

<sup>35</sup> Altaffaylla Kultur Taldea, *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Altaffaylla Kultur Taldea, Tafalla, 1986, tomo I, p. 29.

<sup>36</sup> ‘Un escrito de los diputados Sres. Aizpún y Gortari acerca del Estatuto vasco navarro’, en *D. N.*, 12-VI-1932, p. 1.

<sup>37</sup> *Ibidem*.

<sup>38</sup> *Ibidem*.

<sup>39</sup> ‘Ante el Estatuto’, en *E. P. N.*, 27-I-1932, p. 1.

<sup>40</sup> ‘Ante el Estatuto’, en *E. P. N.*, 16-I-1932, p. 1.

contradice”<sup>41</sup>. Con todo, los carlistas continuaron entonando el “*Gernikako arbola*” - canción de claro contenido panvasquista- durante sus mítines<sup>42</sup>.

A esto se añade que algunos de los más destacados líderes carlistas mantuvieron el apoyo al Estatuto. Este es el caso de Joaquín Beunza, jefe de la minoría vasconavarra, que llegó al extremo de renunciar a su acta de diputado cuando Navarra votó en contra<sup>43</sup>.

Otros, como Tomás Domínguez Arévalo, se opusieron al proyecto estatutario. No obstante su negativa no vino motivada por argumentos antivasquistas. El Conde de Rodezno admitía que el Estatuto traería “una suma considerable de facultades político-administrativas”<sup>44</sup> para Navarra, “un incremento estimable de las aspiraciones autonómicas”<sup>45</sup>, pero temía también que el proyecto fuese recortado por las Cortes españolas. Domínguez Arévalo se mostraba más proclive a otras soluciones como el Estatuto Navarro o la reintegración foral sin estatuto, dado que el vasconavarro tenía un aire separatista. A ello había que sumar que “no encaja en nuestra tradición histórica ni por consiguiente en la pura doctrina foral”<sup>46</sup>. Sin embargo, Rodezno, “Garcilaso”, Aizpún, Gortari y los demás diputados vasconavarros de las mayorías, enviaban en enero de 1932 un telegrama al Papa, con motivo de la disolución de la compañía de Jesús en España, en donde se autodenominaban “legítimos representantes del País Vasco”<sup>47</sup>.

Según Jaime del Burgo<sup>48</sup>, el peso de la campaña contra el Estatuto de Estella recayó en Raimundo García, “Garcilaso” y Eladio Esparza. A nuestro modo de ver la participación de “Garcilaso”, por aquellas fechas residente en Madrid, es mucho menos clara que la de Esparza. “Garcilaso” apenas firmó en esta época artículos sobre política local, si bien es más que plausible su influencia en la política editorial e informativa del periódico. Por el contrario creemos que hay que destacar el peso de Víctor Pradera en la formación de una opinión antiestatutaria

---

<sup>41</sup> “Nota de la Comunión Tradicionalista”, en *E. P. N.*, 25-V-1932, p. 1.

<sup>42</sup> Cfr. la “Inauguración de Círculo Carlista de Leiza”, en *D. N.*, 8-VIII-1933, p. 5.

<sup>43</sup> “D. Joaquín Beunza renuncia a su acta”, en *D. N.*, 24-VI-1932.

<sup>44</sup> “Unas cuartillas del diputado a Cortes Sr. Domínguez Arévalo”, 17-VI-1932, p. 1.

<sup>45</sup> *Ibidem*.

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> En la misma línea, el llamamiento a favor de las candidaturas antirrevolucionarias, que engloba a toda la derecha navarra no nacionalista, se dirige a las cuatro provincias (Cfr. *E. P. N.*, 2-II-1936).

<sup>48</sup> J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 626.

En lo que se refiere a Esparza hay que subrayar que su oposición a un Estatuto conjunto para las cuatro provincias no significa que fuera contrario a su unidad. De hecho, en agosto de 1932, formulaba su propuesta política en los siguientes términos:

“Navarra con su Estatuto, sacado de su médula foral; Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, también cada una con el suyo. Y después, obtenidos sus reconocimientos por el Estado, ante la mutua solidaridad y la mutua y cordial insistencia, podían en uso de sus francas libertades, concertar una federación, una hermandad, una mancomunidad [...]. Así llegábamos a la meta, sin perder la integridad de cada una de las regiones.”<sup>49</sup>

Tras la Asamblea de junio del 32, Esparza se mostró visiblemente molesto ante las declaraciones del nacionalismo en torno a la necesidad de conquistar Navarra. “A Navarra”, escribía indignado, “en este asunto se le ha tratado como una colonia”<sup>50</sup>. Ello no le impidió continuar defendiendo, al menos nominalmente, puntos de vista vascofilos. Así en octubre de 1932 matizaba que su oposición al Estatuto:

“[...] no es un atentado a la raza ni al idioma ni a la reivindicación foral vasca. Ni es un obstáculo para las deseadas y necesarias relaciones vinculares del grupo étnico que se situó en nuestro territorio. Diferenciar nuestro derecho de los vascongados no constituye pecado alguno ni claudicación alguna en lo que se quiere, se siente y se anhela para la totalidad de la familia”<sup>51</sup>

La posición de Esparza, contraria a un Estatuto conjunto pero favorable a estrechar los lazos con “el resto de la familia”, puede extenderse al *Diario de Navarra*. Hacia 1932, a la vez que afirmaba que “ese Estatuto destruye la personalidad histórico-jurídica de Navarra” y que “Euzkadi no es Navarra”<sup>52</sup>, el *Diario* utilizaba en sus suplementos símbolos vasquistas como *lauburus* y cruces gamadas<sup>53</sup>. Pero mucho más

---

<sup>49</sup> E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 1-VIII-1931, p.1. Cfr. E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 9-IV-1932, p.1: “Yo entendía por vasquismo el deseo, el afán, el gusto de reintegrarnos a lo vasco, de hacernos vascos, si no lo fuimos, y de volver a hacernos, si dejamos de serlo, o sea, de cobrar o recobrar una especial fisonomía que, por vínculos de sangre, es nuestra”.

<sup>50</sup> E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 24-IX-1932, p.1. Cfr. E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 31-VII-1932, p. 1: “¿pues qué somos una tribu de esquimales para que nos conquisten?”.

<sup>51</sup> E. Esparza, “Amor y diferencia”, en *D. N.*, 25-IX-1932, p. 1.

<sup>52</sup> “Lo que dicen los Anales de Navarra”, en *D. N.*, 16-VI-1932, p. 1.

<sup>53</sup> Cfr. el suplemento “Catolicismo” de julio de 1932. Idem el “Vasconia Renacentista” de 25-II-1932.

relevantes que esto son sus editoriales con motivo de la Asamblea de Pamplona. El día 18, la víspera de la reunión, sostenía que su actitud había sido siempre la defensa de los fueros y de España,

‘Pero siempre también, ¡siempre!, y podríamos llenar diez periódicos con textos sacados de nuestra colección, hemos defendido y seguiremos defendiendo con el mismo entusiasmo, con el mismo ardimiento, con el máximo amor, la Unidad cordial, la Unidad fraternal, que vale más que la Unidad política, con nuestros hermanos de las Provincias Vascongadas. ¡La fraternidad amorosa y alegre en Euskal Erría! [...] Esa fue y será siempre, siempre, la actitud de DIARIO DE NAVARRA.’<sup>54</sup>

El mismo día de la Asamblea una editorial del *Diario* daba la bienvenida a los alcaldes vascongados llamándoles ‘hermanos’<sup>55</sup>. Podría argüirse que estas declaraciones tenían sólo como objetivo atraerse el voto vasquista. Sin embargo, incluso después de la Asamblea el *Diario* declaraba a los representantes vascongados ‘que una discrepancia formal en materia política no amengua el amor fraternal a nuestros hermanos en Euskal Erría’<sup>56</sup>.

Víctor Pradera compartía con Esparza un marcado sentimiento identitario vasco con el rechazo al unionismo nacionalista. Pradera había alardeado de su calidad de vasco en muchas ocasiones y habitualmente se refería a Navarra como parte de Vasconia. En consecuencia su ataque al Estatuto no venía en absoluto dado por el antivasquismo, sino porque temía la desaparición de las regiones históricas vascas y veía en aquél el caballo de Troya del nacionalismo<sup>57</sup>. En particular Pradera negaba la existencia histórica de una unidad vasca hasta su unificación en España. ‘La única

---

<sup>54</sup> ‘La Actitud de siempre’, en *D. N.*, 18-VI-1932, p. 1. Mayúsculas suyas. Cfr. con el testimonio de Azaña acerca de una entrevista que sostuvo con Raimundo García, ‘Garcilaso’. El político republicano dice del periodista navarro: ‘habla por los codos, con cierta incoherencia, durante dos horas. Yo estoy un poco mareado. Me describe la política de Navarra. Es católico, adversario de la República. Su gran enemigo, los bizcaitarras. [...] El más grave error político sería favorecer la unidad política de las Vascongadas y Navarra. Entonces el nacionalismo sería peligroso. A eso tiende el Estatuto de Estella. Califica de filibustera a la Sociedad de Estudios Vascos. [...] El aldeano navarro está tranquilo, siempre que no le quiten su caserío.’ (M. Azaña, *op. cit.*, tomo I, pp. 131-132).

<sup>55</sup> ‘Nuestro saludo’, en *D. N.*, 19-VI-1932, p.1: ‘Reciban todos ellos [...] la cordial bienvenida de quienes se sienten hermanos por vínculos estrechos que han forjado la raza, la geografía y la secular convivencia [...]’

<sup>56</sup> ‘La Asamblea del domingo’, en *D. N.*, 21-VI-1932, p. 1.

<sup>57</sup> V. Pradera, *Obra completa, op. cit.*, tomo I, p. 312. ‘Entre los señores de la minoría regionalista podrá haber alguien que ame tanto como yo a Vasconia; más que yo, no; y ello con una ventaja para mí: que yo amo a Vasconia tal y como ella es, que yo amo a Vasconia en su personalidad histórica cierta, y ellos no; la aman con un amor ideológico, con un amor condicional, habiendo forjado un ente de razón al cual llaman Euzkadi, ese monstruoso Euzkadi que no ha sido jamás nuestra querida Euskaria.’

verdad es ésta: no fuimos pueblo hasta que nos hemos echado en los brazos amorosos de España”<sup>58</sup>. Por eso, añadía, el “monstruoso Euzkadi” es “de ayer” y “no responde a un hecho histórico”<sup>59</sup>. Detrás de los afanes unificadores de los “bizcaitarras” se escondía una maniobra de la oligarquía bilbaína para asimilar Vasconia a Vizcaya<sup>60</sup>.

El documento publicado por la minoría católica fuerista del Ayuntamiento de Pamplona es también de gran interés para conocer qué les llevó a votar en contra del Estatuto de Estella<sup>61</sup>. Los concejales recordaban que el proyecto estatutario debería ser sancionado por las Cortes y que, por tanto, existía el peligro de que fuera modificado arbitrariamente. Además, el Estatuto podía llevar en la práctica a una renuncia tácita de los derechos forales históricos. En tercer lugar, advertían que tenía unos costes económicos demasiado elevados. Por último, achacaban al Estatuto un aire nacionalista, contrario a la unidad de España. En concreto, los concejales rechazaban la utilización del neologismo “Euzkadi”:

‘[...] en modo alguno podemos admitir, la denominación en lengua vasca del País Vasco-Navarro. Bien está que se le llame Euskalerría o Vasconia pero no Euzkadi, el monstruo de siete cabezas que aparece tras de triple decapitación.’<sup>62</sup>

Con todo, los concejales no se cerraban ante una futura incorporación, finalizando su manifiesto con una llamada a la prudencia: “visto el resultado”, escribían, “adoptaremos la posición más conveniente”<sup>63</sup>.

---

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 334.

<sup>59</sup> Víctor Pradera, *Regionalismo y Nacionalismo*, *op. cit.*, p. 42.

<sup>60</sup> V. Pradera, *Obra completa*, *op. cit.*, tomo I, p. 322. En otra ocasión Pradera afirmó que del Estatuto, sin Dios ni Fueros, sólo quedaba ‘lo que no es ni Dios ni Fueros, ¡Euzkadi! La miserable intrusa que ha dividido irremediablemente a los vascos’. (Víctor Pradera, ‘Carta abierta’, en *D. N.*, 16-VI-1932, p. 1). El temor a que Navarra quede subordinada a la oligarquía vizcaína aparece con cierta frecuencia. Además del caso de Pradera cabe citar al Marqués de Feria (‘¡Alerta, Navarros!’; en *D. N.*, 15-VI-1932) para quien el Estatuto combinaba su afinidad con una constitución antirreligiosa y hostil a la propiedad, con el riesgo de que Navarra se convirtiera en una provincia de segunda sujeta a Vizcaya.

<sup>61</sup> ‘Un hermoso documento de la minoría católico-fuerista’, en *D. N.*, 18-VI-1932.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 1. Arturo Campión se mostró también contrario al nombre de “Euzkadi”, postulando el tradicional de ‘Euskal Erría’. Campión opina que ‘para el habitante de las merindades de Olite y de Estella, por ejemplo, tan extraño será Euskal-Erria como Euzkadi [...]’ (Arturo Campión, ‘Sobre el nuevo bautizo del País Basko’, en *R. I. E. V.*, tomo I, 1907, p. 152). A decir de Campión, ‘táchase de ‘anti-vasco’ el nombre de Euskal Erria ‘porque sirve para separar y para alejar unos de otros, a los hijos de la raza vasca’ y todo porque los baskos que hablan vascuence no llaman Euskal Erria sino al país donde se habla baskuence’ (*Ibidem* p. 152). Por su parte entiende por ‘Euskal Erría’ aquella zona donde se habla o donde se habló el vascuence. Por sorprendente que hoy parezca algunos nacionalistas se posicionaron en contra del término de ‘Euskal Erría’. Así Gurbindo [pseud. de José Aguerre] escribe en 1931: ‘Ni Euskalerría, ni Vasconia, ni Euskeria, son, ciertamente, Euzkadi’. Sólo este último nombre ‘representa el tesón de la raza en forjar su futuro’ (Gurbindo, ‘Gora Euzkadi’, *op. cit.*, p. 1).

<sup>63</sup> *Ibidem*.

Otro de los más firmes adversarios del Estatuto, José Esteban Uranga, mostraba puntos de vista muy similares a los de Esparza y Pradera. Según declaraba:

“Yo combatí una faceta del Estatuto Vasco; pero no combatí, sino al contrario defendí la unión con las provincias vascas, cosa distinta del Estatuto Vasco, la unión conservando cada provincia sus prerrogativas, la unión que no sea la absorción inherente a la creación del Estatuto Vasco [...]”<sup>64</sup>

Similarmente, la crítica de Hilario Yaben se refería a problemas económicos, educativos y religiosos y no a problemas identitarios. A diferencia de Pradera, Yaben creía en la existencia ‘hasta final del siglo XII’ de “ Euskalerría como unidad política”, ‘esa unidad’, continuaba, ‘era el reino de Navarra’<sup>65</sup>. Desde la Edad Media cada territorio había tenido una historia distinta y Navarra partía de una situación legislativa muy diferente a la de sus ‘hermanas’<sup>66</sup>. La unión, por prematura, podía tener efectos contraproducentes, fomentando la desunión. Además, Yaben se mostraba especialmente preocupado por la suerte de Navarra si, una vez incorporada, decidía separarse del Estado Vasco. El artículo 9 del Estatuto aseguraba que volvería a la situación previa, pero el artículo 22 de la Constitución señalaba que, caso de separarse una provincia de una comunidad autónoma, volvería al estatuto general de las demás provincias. ¿No significaba eso que los fueros de Navarra quedarían completamente anulados?<sup>67</sup>

Otro de los más decididos oponentes del Estatuto vasconavarro, Juan P. Esteban y Chavarría, se confesaba ‘enamorado de la unión con las hermanas Vascongadas’<sup>68</sup>. Por ello su defensa de un Estatuto uniprovincial no era ‘por desamor a Vasconia, que mucho quiero, sino porque el amor a Navarra me lleva a desearla actuando en la vida nacional tal como nos la han transmitido la tradición y la historia’<sup>69</sup>. Algo similar sucedía con Arvizu y Aguado cuyo rechazo a la unidad política vasca era ‘sin mengua

---

<sup>64</sup> ‘Una carta del Sr. Uranga’, en *D. N.*, 5-VIII-1931, p. 1.

<sup>65</sup> Hilario Yaben, ‘Insistiendo’, en *D. N.*, 6-VIII-1931, p. 1.

<sup>66</sup> Hilario Yaben, ‘Observaciones sobre el Estatuto’, en *D. N.*, 17-VI-1932, p. 4. Cfr. H. Yaben, *Los contratos matrimoniales*, *op. cit.*, pp. 9 y 205, donde vincula a Navarra y Vascongadas.

<sup>67</sup> H. Yaben, ‘Observaciones sobre el Estatuto’, *op. cit.* Cfr. H. Yaben, ‘El Estatuto y el momento actual’, en *D. N.*, 10-VI-1932.

<sup>68</sup> Juan P. Esteban y Chavarría, ‘Por la autonomía regional’, en *La Avalancha*, nº 891, 1932, p. 130. Cfr: ‘Todos vemos con satisfacción que Navarra y Vascongadas son dos regiones hermanas cada vez más unidas por los lazos de la fraternidad y la simpatía’ (*Ibidem*).

<sup>69</sup> Juan P. Esteban y Chavarría, ‘Nuestro Estatuto’, en *La Avalancha*, nº 875, 1931, p. 259.

del sincero, entrañable afecto que por afinidades de raza, identidad de creencias religiosas y convivencia histórica, que une a Navarra con las Vascongadas”<sup>70</sup>.

Algunos de los argumentos de Justo Garrán contra el Estatuto recuerdan en mayor medida al navarrismo contemporáneo. Así, junto a su teoría de que el Estatuto “condescendía con la política sectaria de la república vigente”<sup>71</sup>, marginaba el tema de la reintegración foral plena y admitía el sufragio universal, añadía que “el régimen interprovincial deja de ser paccionado y revocable para tronarse en una imposición de ese País Vasco al cual no pertenece sino una parte de Navarra”<sup>72</sup>. Sin embargo, Garrán incluía aprobadoramente en uno de sus apéndices la letra del “*Gernikako arbola*” de Iparragirre.

Este vasquismo españolista no desapareció ni siquiera en 1936, si bien es posible que perdiera terreno. Todavía en marzo de 1936 la propia Diputación Foral de Navarra, dominada por el navarrismo, enviaba un telegrama a la Gestora de Vizcaya haciendo votos “porque existan íntimas relaciones entre los representantes provinciales de las cuatro provincias vasco-navarras”<sup>73</sup>. Otra muestra de esta persistencia es la obra de Manuel Iribarren Paternáin, quien, examinando hacia 1939 el comportamiento durante la Guerra Civil del “extraviado país vasco”<sup>74</sup>, advertía “que también los navarros somos vascos”<sup>75</sup>. Igualmente en *Navarra. Ensayo de biografía*<sup>76</sup> engloba repetidamente a Navarra dentro del País Vasco. Similarmente, otro libro escrito por los vencedores de la contienda, *Navarra* de Federico García Sanchiz<sup>77</sup>, identificaba con naturalidad a navarros y vascos.

A estos testimonios hay que sumar los de José M<sup>a</sup> Iribarren<sup>78</sup>, Julio Gúrpide<sup>79</sup>, Fermín García Ezpeleta<sup>80</sup>, Luis del Campo<sup>81</sup>, José Joaquín Montoro<sup>82</sup>, Francisco Salinas

---

<sup>70</sup> F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 115.

<sup>71</sup> J. Garrán, *El sistema foral, op. cit.*, p. 112. Respecto a la situación política de 1935 Garrán escribía: “cuando España sufre los daños y peligros de una política extraviada”, Navarra y las Vascongadas son de nuevo “aquel oasis que señaló e ilustró Juan Mañé y Flaquer” (*Ibidem*, p. 283). Si bien “el área del oasis se restringe cada vez más” (*Ibidem*).

<sup>72</sup> *Ibidem*, pp. 111-112.

<sup>73</sup> “Notas de la región”, *E. P. N.*, 19-III-1936, p. 6.

<sup>74</sup> Manuel Iribarren, *Una perspectiva de la Guerra en España, op. cit.*, p. 91.

<sup>75</sup> *Ibidem*.

<sup>76</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 28, 52, etc.

<sup>77</sup> F. García Sanchiz, *Navarra, op. cit.*

<sup>78</sup> Cfr. J. M. Iribarren, *Vocabulario navarro, op. cit.*, p. 229. Da la siguiente definición del vocablo “Euskalerría”: “Nombre que dan al País Vasco, es decir, a Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y Navarra en España y Laburdi, Benabarre y Zuberoa en el país vasco-francés.”



Quijada<sup>83</sup>, Francisco López Sanz<sup>84</sup> y José Javier Uranga Santesteban<sup>85</sup>, quienes incluyeron, de una u otra manera, a los navarros entre los vascos.

Incluso dentro del navarrismo contemporáneo, la figura de Jaime Ignacio del Burgo, sin llegar a incluir a Navarra dentro de Euskal Herria, ha subrayado la importancia de lo vasco como “consustancial con lo navarro”<sup>86</sup>. Según declaraba en 1977, “para un navarro la negación de lo vasco supone ignorar nuestras raíces más profundas”<sup>87</sup>.

### **El genio de los navarros.**

Si el problema de la identidad vasca de Navarra no está presente en la cultura local, ¿acerca de qué tratan sus relatos de la identidad? Principalmente acerca de cómo son los navarros, de cuál es su forma de ser.

Aunque existen algunas descripciones de algún interés cuando menos desde el siglo XII<sup>88</sup>, para el período que nos ocupa el texto más influyente en la cultura navarra

---

<sup>79</sup> Cfr. J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 24, donde dice que el Santuario de Aralar, “hervio de nuestra leyenda y de nuestra historia”, es objeto de multitud de peregrinaciones “de los buenos hijos de Euskal-Erria”. Más adelante afirma que Aralar es el “centro geográfico de Vasconia entera” (*Ibidem*, p. 112). De nuevo en la p. 137 señala que “Según los estudios realizados, los vascos actuales son de la misma raza, del mismo tipo humano que los que desde un principio vivieron en nuestro país”.

<sup>80</sup> Cfr. F. García Ezpeleta, *España Imperial, op. cit.*, p. 200. “En los montes del país vasco, particularmente en las fragosidades de las sierras navarras [...]”.

<sup>81</sup> Cfr. L. del Campo, *Investigaciones histórico-críticas, op. cit.*, p. 22. El autor identifica a los navarros y los vascos, al menos en lo que atañe al comienzo de la Edad Media. En su opinión “el reino navarro fue el continuador del pueblo vascongado” (*Ibidem*, p. 290).

<sup>82</sup> Cfr. “Lección extraordinaria”, *op. cit.* Identifica continuamente a los vascones con los vascos y, a su vez, con los navarros. En concreto señala que el pueblo navarro es “vasco puro no contaminado de aryanismos”.

<sup>83</sup> Cfr. F. Salinas, en *Estudios de Historia del Derecho Foral, op. cit.*, p. 115. Cita aprobadoramente a Campián para llamar a los vascones únicos representantes en la antigüedad del pueblo vasco moderno.

<sup>84</sup> Cfr. Francisco López Sanz, “Cómo se expresaron algunos políticos de fines y principios de siglo”, en *Pregón*, nº 89, 1966. Llama vascas a las libertades forales de Navarra.

<sup>85</sup> Cfr. Ollarra [J. J. Uranga], “Climas para el crimen”, en *D. N.*, 10-X-1976, p. 32: “En medio Euskalerría, una tierra nuestra, distinta de Reino a Provincia, de valle a valle, de pueblo a pueblo, pero con mucho de entendimiento, amor y comunidad”. Algunos años más tarde, en 1980, Ollarra explicaba su rechazo a la inclusión de Navarra dentro del ente preautonómico vasco en los siguientes términos: “ho queremos el amontonamiento - sí la colaboración - con las Provincias hermanas” (Ollarra, “El PNV y la derecha”, en *D. N.*, 9-IV-1980, p. 28). Por esas mismas fechas se mostraba de acuerdo con que Navarra era “parte fundamental del pueblo vasco”. “Es más, yo diría que Navarra es, casi por sí sola, el pueblo vasco” (Ollarra, “Euzcadi y los vascos”, en *D. N.*, 10-IV-1980, p. 28.) Uranga distinguía entre ser vascongado y ser vasco, señalando que “tenemos que saber separar política actual de vida y pasado” (*Ibidem*).

<sup>86</sup> Jaime Ignacio del Burgo, *Navarra es Navarra. Tres años de lucha en defensa de nuestra identidad*, Graficas Irujo, Pamplona, 1979, p. 7.

<sup>87</sup> J. I. del Burgo, “Autodeterminación para Navarra”, publicado en *D. N.*, 7 y 8-I-1977, recogido en *Navarra es Navarra, op. cit.*, p. 29.

<sup>88</sup> Son famosas las críticas vertidas en esta época contra los navarros por el peregrino Aymeric Picaud. “Este es un pueblo”, escribe, “bárbaro, distinto de todos los demás en costumbres y modo de ser, colmado de maldades, oscuro de color, de aspecto inicuo, depravado, perverso, pérfido, desleal y falso, lujurioso, borracho, en toda suerte de

parece haber sido la caracterización realizada por Traggia en el *Diccionario Geográfico-histórico de España*<sup>89</sup> de 1802. Según escribe,

‘El genio de los naturales generalmente es alegre y franco. Aman su país y sus costumbres: gustan del aseo y limpieza en sus personas y casas. Por esta razón se aplican a la agricultura y con preferencia al tráfico [...]. Su honradez, conducta y aplicación les proporciona en todas partes conveniencias y empleos, especialmente en el ramo de la hacienda. La unión que tienen entre sí, en particular fuera de su patria, es un medio poderoso para acrecentar sus caudales y les facilita medios de dar la mano a parientes y amigos.’<sup>90</sup>

Es posible que Traggia elaborara su retrato inspirándose en el Maestro Medina<sup>91</sup>, un autor del siglo XVI, y en las *Cartas Persas*<sup>92</sup> de Cadalso, aunque los paralelismos no son concluyentes.

46 años después de la publicación del *Diccionario*, un militar destinado en Navarra, llamado Ramírez Arcas, consignaba en su *Itinerario descriptivo*<sup>93</sup> el modo de ser de sus habitantes. Éstos, escribe, son ‘laboriosos, aplicados al trabajo y adictos a conservar sus casas troncales o nativas’<sup>94</sup>. Naturalmente hospitalarios, higiénicos y religiosos, sus costumbres son ‘puras y sencillas’<sup>95</sup>. Curiosamente, Ramírez Arcas

---

violencias ducho, feroz, silvestre, malvado y réprobo, impío y áspero, cruel y pendencioso, falto de cualquier virtud, diestro en todos los vicios e iniquidades.” Citado por J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 420.

<sup>89</sup> *Diccionario Geográfico-histórico de España, op. cit.*

<sup>90</sup> *Ibidem*, tomo II, p. 62.

<sup>91</sup> ‘Son los navarros - escribe Medina- ordinariamente bien hechos y proporcionados, no de grande estatura sino medianos, alegres, afables, conversables, de grandes fuerzas y ligereza, algo jactanciosos deso, fieles. Trabajan mucho en aquellas cosas a que se aplican. Son muy aplicados en virtud, en general muy amigos de sus costumbres, y casi todos ellos inclinados a unas mismas cosas.” Citado por M. Herrero García, ‘Ideología Española del Siglo XVII. Concepto de los vascos’, en *R. I. E. V.*, tomo XX, 1927, p. 569. La cita proviene del *Libro d’grandezas y cosas memorables de España* (Imp. Dominus d’Robertis, Madrid, 1548).

<sup>92</sup> Joseph Cadahalso, *Cartas marruecas*, Imp. de Piferrer, Barcelona, 1796. En concreto, Traggia pudo tomar de Cadalso la idea de una fuerte solidaridad entre los vasconavarros. pp. 69-70.

<sup>93</sup> A. Ramírez Arcas, *op. cit.*

<sup>94</sup> *Ibidem*, pp. 50-51. Sería interesante investigar hasta qué punto algunos de los rasgos atribuidos a los navarros tienen eco internacional. Así por ejemplo, y en lo que respecta al amor a las casas nativas de los navarros, resulta curioso confrontar la presente cita con la descripción de los navarros que aparece en The Earl of Carnarvon, *Portugal and Galicia with a Review of the Social and Political State of the Basque Provinces*, John Murray ed., London, 1861. El autor diferencia a navarros de vascos merced a una ‘asombrosa diversidad de gustos y hábitos’ (*Ibidem*, p. 351). Al contrario de los vizcaínos, que según el autor son emprendedores y comerciantes, ‘los navarros [...], animados no tal vez por un mayor amor a su país, pero si diferente, se apegan con tenacidad al lugar de su nacimiento’ (p. 352). Es a causa de ello, afirma, que se dedican exclusivamente a la agricultura. ‘Ninguna perspectiva de mejora o promoción puede, hablando en general, inducirle a abandonar, siquiera por una temporada, la casa de sus padres.’ (*Ibidem*).

<sup>95</sup> A. Ramírez Arcas, *op. cit.*, p. 56.

completó esta descripción con la que el *Diccionario* de 1802 dedicó a los alaveses, aunque sin citarlo expresamente:

‘La sencillez fue siempre el carácter distintivo de los habitantes de Navarra: constantes, en lo que una vez aprendieron: tenaces en llevar adelante sus intentos: valientes: de buena constitución; y con mucha energía para sostener sus opiniones.’<sup>96</sup>

Nuestro militar no omitió mencionar algunos defectos típicos de los navarros. Así, reprochaba ‘el abuso que se acostumbra hacer del vino, aguardiente y manjares crasos’<sup>97</sup> en la provincia. La delincuencia, continua, es más elevada que en el resto de España y, en concreto, el contrabando se encuentra muy extendido. Las causas de ello parecen residir en la nociva influencia de la reciente guerra civil, la situación geográfica y topográfica y el bajo estado de la instrucción en la provincia<sup>98</sup>.

En 1861 el navarro Pedro Madoz dedicó también algunos párrafos de su *Diccionario* a retratar el genio de sus paisanos. Como Ramírez Arcas, reparó en la altísima tasa de criminalidad del país, no obstante la religiosidad y el ‘carácter noble y generoso’<sup>99</sup> de sus habitantes. ‘Generalmente’, escribe ‘en toda la provincia son buenas y morigeradas las costumbres’<sup>100</sup> y los navarros son ‘por lo común francos y nobles y muy predispuestos a la gloria’<sup>101</sup>. Madoz no dijo mucho más de sus paisanos como colectivo; simplemente reprodujo -sin advertirlo- el citado párrafo del *Diccionario* de 1802<sup>102</sup>. De hecho, añadió punto y seguido que en la provincia se daban dos tipos humanos contrapuestos, montañeses y riberos. Sus ‘carácter y costumbres’, señaló, son ‘en un todo diferentes’<sup>103</sup>.

---

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 50. Según el *Diccionario* (*op. cit.*, tomo I, p. 52), los alaveses son ‘grandes sufridores de trabajos, constantes en lo que una vez aprendieron, tenaces en llevar adelante sus intentos, corteses, afables y de agradable trato, y gustan de diversiones públicas para desahogarse’.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>98</sup> *Ibidem*, p. 56.

<sup>99</sup> P. Madoz, *op. cit.*, p. 195.

<sup>100</sup> *Ibidem*, p. 221.

<sup>101</sup> *Ibidem*.

<sup>102</sup> *Ibidem*. La única modificación que hizo Madoz fue omitir la referencia al empleo en el ramo de la hacienda de muchos navarros. Los demás autores le siguen en esto.

<sup>103</sup> P. Madoz, *op. cit.*, p. 221.

La huella del *Diccionario* es también perceptible en Nadal de Gurrea, quien en sus *Glorias Navarras*<sup>104</sup> de 1866 copió el consabido párrafo de Traggia, nuevamente sin citar la fuente ni avisar de la cita. Inspirándose en Madoz, aunque expresando puntos de vista diferentes en lo relativo a la criminalidad de la provincia, añadió que

‘Navarra es país abastecido y regalado, donde se puede vivir con comodidad y economía y con mucha tranquilidad merced a la índole pacífica de sus habitantes y a las buenas leyes y policía que tan bien saben aplicar y conservar sus dignas autoridades.’<sup>105</sup>

En 1878 Mañé y Flaquer reprodujo una vez más la descripción del *Diccionario*, aunque tampoco citó la fuente<sup>106</sup>. Es posible que desconociera el origen de la caracterización y tomase el texto de Madoz, a quien avisó que seguía. De todos modos, más adelante resumió su opinión de los navarros calificándolos de ‘leales, hidalgos, honrados, creyentes, laboriosos, modestos, [y] obedientes, es decir, cristianos’<sup>107</sup>.

Unos años después, en 1886, Pedro Madrazo realizó otro retrato de los navarros formando un *pastiche* a base de impresiones propias, citas explícitas a Mañé y Sanz y Baeza y citas no declaradas a Madoz, Vinson y el *Diccionario* de 1802. De este último repitió el consabido párrafo<sup>108</sup> y de Madoz la tajante división entre los habitantes de Navarra, así como su breve descripción general del país<sup>109</sup>. Madrazo observa a los navarros como un viajero romántico, con benevolencia, pero como si fueran una tribu extraña, todavía sin civilizar por completo. Repara en la diferencia existente entre los fieros vascones que lucharon contra romanos, godos, árabes y francos y sus actuales descendientes, hospitalarios y amables. Su carácter, concluye, se ha dulcificado con el tiempo. Los navarros de hoy

‘Son gente de gran rectitud, aunque su escasa ilustración, su tenacidad, y la extremada viveza de su imaginación, los induzcan a formar falsos juicios; son afables y complacientes, pero irascibles y muy de temer en su cólera; no es

---

<sup>104</sup> J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, p. 17.

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 18. Madoz (*op. cit.*, p. 209) había escrito: ‘Navarra es uno de los países más regalados y abastecidos de todo lo necesario para las comodidades de la vida, y donde se puede vivir sin mucho gasto.’

<sup>106</sup> J. Mañé, *op. cit.*, p. 20. Como Madoz, Mañé sólo omitió la preferencia de los navarros por la hacienda.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 492. El corchete es mío.

<sup>108</sup> P. Madrazo, *op. cit.*, tomo I, p. 240.

<sup>109</sup> *Ibidem*.

cierto que sean rencorosos y vengativos; son expresivos y entusiastas, cualquier cosa los seduce y exalta, cualquier cosa también los desilusiona; habitualmente formales, ceden no obstante con facilidad al atractivo del juego y a los goces de la mesa, y entonces su jovialidad y alegría no tiene límites y es estrepitosa; la hospitalidad en su más amplia acepción, es en ellos práctica constante y culto, [...] el vasco es de suyo inteligente, altivo e independiente; posee en el más alto grado el instinto de la dignidad personal; y si la instrucción, el trato con los extraños, las mejoras de la vida material y la consiguiente holgura para observar y discernir, favorecen sus naturales dotes, desembarazando del fetichismo que subyugó a sus mayores y los esclavizó al capricho de sus déspotas, se le verá elevarse a las más privilegiadas esferas del humano progreso.”<sup>110</sup>

La impresión de que Madrazo contempla un pueblo exótico y primitivo, aunque prometedor si consigue desembarazarse de la rémora de la tradición, queda reforzada por sus apuntes en torno a la religiosidad navarra. Ésta, rayana en el fanatismo, tiene no poco de primitivo, hasta el punto de que, según afirma, los navarros “permanecen arraigados a supersticiones seculares”<sup>111</sup>.

Arturo Campión integró buena parte de las descripciones precedentes en la cuarta serie de su *Euskariana*<sup>112</sup>. Según el complejo retrato que elabora, el vasconavarro es,

‘[...] flemático para resolver, desconfiado y receloso cuando se trata de sus intereses. Terco en la defensa de sus opiniones. Tardo en la concepción de las ideas generales, a las que se adhiere como las yedras y los musgos a los árboles y las paredes. Es además dócil a la voz de las personas que ama o respeta. Capaz de disimulo, pero no de perfidia. Más pesaroso del bien del convecino, que del de los extraños. Irritable y ardoroso cual pocos en la defensa de lo que *siente* como cierto. Dócil a la mano blanda, pero soberbio e intratable a la mano

---

<sup>110</sup> *Ibidem*. Madrazo se basaba en una descripción de Julien Vinson (tomada seguramente de *Le basque et le pays basque: moeurs, langage et histoire* de 1882), aunque no advirtió de ello. Según el escritor francés los vascos: ‘Están llenos de prejuicios y conservan antiguas supersticiones que el Catolicismo no ha podido desarraigar. Están firmemente apegados incluso a la menos importante de sus costumbres, pero tienen una sólida base de rectitud, aunque su ignorancia, su obstinación y la extremada viveza de su imaginación les conduce a formarse juicios falsos. Son amables y simpáticos, mas irascibles y peligrosos al calor de su excitación. No creo que sean rencorosos y vengativos como se ha dicho. Son ladinos y entusiastas, arrebatados pronto por cualquier bagatela, se desilusionan con la misma facilidad. Aunque habitualmente serios, se muestran inclinados a los juegos y a los placeres de la mesa. Entonces su alegría llega a ser ruidosa e interminable. Hacen una costumbre y un culto de la hospitalidad en el sentido más amplio de la palabra.’ (citado por R. Gallop, *op. cit.*, pp. 47-48.)

<sup>111</sup> P. Madrazo, *op. cit.*, p. 240.

<sup>112</sup> A. Campión, ‘El genio de Navarra’, en *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, pp. 89 y ss.

dura. Dotado de un gran instinto de la gerarquía social. Económico, pero no avaro. [...] difícil de ser arrastrado afuera de las vías legales, pero tardía y costosamente reducible a ellas, después de salir. Trabajador incansable. Sobrio. Hormiga *industriosa* de su familia y casa. Devoto nimio. Religioso sincero.”<sup>113</sup>

Por lo demás, y aunque es aguerrido y valeroso, siente

“[...] bendito horror a la servidumbre militar y a la rigidez de la civilización moderna que le incitan a buscar la libertad en el desierto. Respetuoso de la propiedad ajena. [...] hospitalario y amable, pero no bajo y rastrero [...]. Morigerado y cortés en su lenguaje, que contrasta con la torpeza y grosería del que usan todos los pueblos que le rodean: gascones, santanderinos, aragoneses, riojanos y nabarros castellanizados. Grave en su apostura, pero en el fondo inclinado a la alegría, que cuando la ocasión se presenta le transforma, enloqueciéndolo.”<sup>114</sup>

Entre los defectos del vasconavarro, el autor destacó su desmesurada afición al vino, ‘pero sin caer en la embriaguez deprimente, sombría, brutal [...], ni tocar las puertas del libertinaje’<sup>115</sup>, ‘sino que se expansiona en cánticos, cabriolas y bailes’<sup>116</sup>. El retrato ofrecida por Campi3n es desordenado, formado por la simple adici3n y pasa una y otra vez de las cualidades morales a las f3sicas.

‘Ágil, esbelto, andar3n infatigable, de cuerpo duro al fr3o, al agua, a la nieve. Animoso, valiente y entusiasta. Amigo de socorrer pobres y desvalidos. [...] reservado y circunspecto en el comercio cotidiano. Hablador inagotable cuando le domina una exaltaci3n. Orador, artista de la palabra nunca; las palabras REFLEJAN directamente el estado de su 3nimo, y si alg3n relieve y donosura alcanzan se deben al pensamiento.’<sup>117</sup>

---

<sup>113</sup> *Ib3dem*, pp. 89-90.

<sup>114</sup> *Ib3dem*, pp. 90-91.

<sup>115</sup> *Ib3dem*, p. 91.

<sup>116</sup> *Ib3dem*.

<sup>117</sup> *Ib3dem*, p. 93. May3sculas suyas.

Esta descripción debe completarse con aquella que el propio Campión realizó algunos años más tarde, en la octava serie de la *Euskariana*<sup>118</sup>. Según señaló, el vasconavarro era vigoroso, robusto, limpio y sano. A veces voraz. “Cauto” y “circunspecto”<sup>119</sup>, casi adusto. Vengativo, soporta mal la pobreza, “por ello, siendo de gente estable y arraigada, se torna en emigrador y aventurero”<sup>120</sup>. “Es naturalmente compasivo, pero nada le humilla tanto cuanto inspirar lástima. Envidioso del vecino y co-igual”<sup>121</sup>. Ingenuo y fácil de ganar. Algunos le motejan de ingrato: el amor propio le hace pensar que merece el beneficio recibido. Individualista, “jactancioso de su propia posibilidad”<sup>122</sup>, apostador. Amante de su familia. “Su instinto natural es igualitario”<sup>123</sup>. Soporta la muerte como si fuera insensible, con una serenidad a primera vista inhumana. “De inteligencia despierta y fértil, el ambiente de su vida habitual no le impele al cultivo de las letras; pero si endereza la atención, descuella en los más diversos géneros”<sup>124</sup>. Leal a la palabra y constante en sus opiniones. Posee un espíritu práctico, pero es honrado y cristiano devoto.

“De imaginación corta, tierna y apacible. No sabe gozar de ella. Apenas se entera de que el relato fantástico o maravilloso, causa de su embeleso, es meramente imaginario, su atención, o se entibia o se apaga del todo.”<sup>125</sup>

Aunque Campión declarara confeccionar sus retratos en base a impresiones personales y autores como Larramendi y Rodríguez Ferrer, muchos de los rasgos que vio en los vascos parecen tomados de Medina, Vinson, Madrazo y de lo que el

---

<sup>118</sup> A. Campión, *Euskariana. Octava serie, op. cit.*, pp. 254 y ss.

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 255.

<sup>120</sup> *Ibidem*.

<sup>121</sup> *Ibidem*.

<sup>122</sup> *Ibidem*.

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 257. Campión añadía que esto “sin menoscabo del concepto no menos vivo y operante de la jerarquía y la autoridad sociales”.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 255.

<sup>125</sup> *Ibidem*, p. 257. La puesta en cuestión de la imaginación de los habitantes de Navarra y Vascongadas es un tópico frecuente. Así F. Gáscue, en *El Bizcaitarrismo*, Imp y esc. de F. Jornet, San Sebastián, 1904, p. 23, dice que los vascos son una raza “tranquila, fría, razonadora; no es de imaginación brillante ni de inteligencia rápida, pero posee el sentido de la realidad como pocos”. Ya en el siglo XVII Baltasar Gracián escribe: “Verás hombres más cortos que los mismos navarros”. Citado por M. Herrero, *op. cit.*, p. 557. En el siglo XX R. Gallop (*op. cit.*, p. 48.) hace de la falta de imaginación “la clave del carácter racial”.

*Diccionario* de 1802 dijo de vizcaínos<sup>126</sup>, alaveses, guipuzcoanos<sup>127</sup> y navarros. Tal vez a causa de la disparidad de las fuentes, su compleja caracterización del vasconavarro acusa una perceptible falta de claridad. En uno de sus últimos escritos Campión distinguió la existencia de dos genios típicos vasconavarros, uno “aventurero” o “emigracionista” con representantes como Elcano, Javier, etc., y otro “sedentario”, tendente a recluirse en su terruño<sup>128</sup>.

A pesar del vasquismo militante de Campión, la agridulce descripción del genio de la raza que elaboró es una de las menos complacientes y más críticas. La práctica totalidad de los autores locales ha ofrecido retratos mucho más entusiastas del carácter nativo. Así, Mariano Arigita erige, frente al innoble proceder de los judíos, “el modo de ser de los naturales del nobilísimo país vasco, cuya educación social está basada en la nobleza, en la hidalguía, en la generosidad, en la franqueza, prendas genuinas de la euskaria”<sup>129</sup>. A decir de Gregorio Iribas, aquéllos se caracterizan por su “valor indomable”, “resistencia invencible”, “laboriosidad constante”, “sencillez de costumbres”, “respeto a los mayores”, “frugalidad”, “religiosidad” y “honradez”<sup>130</sup>. Dionisio de Ibarlucea<sup>131</sup>, por último, los describe francos, nobles, robustos, alegres, hospitalarios, formales, amantes de los suyos, religiosos, limpios, aseados, honrados, laboriosos, buenos guerreros y respetuosos con la autoridad. Sólo el incómodo Pradera<sup>132</sup> pone de relieve su codicia y desmedido amor al alcohol.

---

<sup>126</sup> El *Diccionario* (*op. cit.*, tomo II, p. 487) había dicho de los vizcaínos: “Son honrados, esforzados, alegres y corteses sin baxeza; ni les falta docilidad quando se les trata bien, pero llevados por mal son duros e inflexibles [...], muy poco desiguales en sus fortunas.”

<sup>127</sup> “Son de bellos rostros y de gentil disposición, afables, corteses y humanos; amigos de honrar y complacer a todos, y particularmente a los forasteros, a los cuales obsequian con mayor generosidad; son duros e inflexibles con los enemigos. Deseosos de conservar su antigua nobleza, y constantes defensores de sus fueros [...]. aborrecen tanto los delitos públicos, y respetan de tal modo la justicia, que rara vez ocurre causa para castigo y extraordinario.” (*Ibidem*, tomo I, pp. 325-326).

<sup>128</sup> A. Campión, *Euskariana. Duodécima serie, op. cit.*, pp. 13 y ss.

<sup>129</sup> Mariano Arigita y Lasa, “Influencia social, religiosa y política de los judíos en el País Vasco”, en VV. AA., *El Pueblo Vasco*, Imp. Provincial, San Sebastián, 1905, p. 17. El fondo antisemita de la conferencia es muy acusado. Cfr.: “Dios sabe cómo se aprovechaban los hebreos de las circunstancias para saciar las dos ambiciones que siempre les han dominado; la de esquilmar por medio de la usura al pobre que odiaban con odio de raza, religión y aspiraciones” (*Ibidem*, pp. 8-9). Más adelante haciéndose eco del “espantoso exterminio” de la Judería en 1276 dice que fue un “justo castigo de la indiscreta conducta que observaron sus individuos” (*Ibidem*, p. 15). La actitud antisemita de Arigita no es un caso aislado. Navarro Villoslada, Campión, Altadill, Juaristi, Munárriz Urtasun, Munárriz Velasco, Salinas Quijada, Esteban y Chavarría y del Burgo, entre otros, han expresado en alguna ocasión puntos de vista antisemitas. La fobia a los gitanos está también extendida entre los autores navarros.

<sup>130</sup> G. Iribas, *op. cit.*, p. 104.

<sup>131</sup> Dionisio de Ibarlucea, *Atlas de la provincia de Navarra, acompañado de una breve descripción geográfica*, Imp. de Díaz Espada, Pamplona, 1886, p. 12.

<sup>132</sup> V. Pradera, *Obra completa, op. cit.*, p. 289 y p. 321.



Muchos de los personajes de la literatura local, especialmente navarrista, están confeccionados conforme a este ideal. Mario Ugarte de *Blancos y Negros*<sup>133</sup>; Ignacio Esquíroz de *Flor de hidalgos*<sup>134</sup>; Luis de Añezkar de la novela homónima<sup>135</sup>; Guillermo Zamarbide de *El suplicio de Tántalo*<sup>136</sup>; los Areta de *La expósita*<sup>137</sup>; los Arambarri (de ‘carácter bruto pero noble, [y] corazón aldeano pero grande’) de *Barro Blando*<sup>138</sup>; Miguel de Iturbide de la novela homónima<sup>139</sup>; Lorenzo Urtubi de *Pugna de almas*<sup>140</sup>; Martín Vidaurre de *San Hombre*<sup>141</sup>, etc. Todos ellos son honrados, respetuosos, fieles, honestos, religiosos, trabajadores, afables, valientes, generosos, francos, aristocráticos pero igualitarios, etc. El retrato que hace José Arellano de Gayarre, ‘arquetipo de navarro’<sup>142</sup>, coincide también con el modelo. ‘Gayarre fue orgulloso con los altivos y sencillo con los humildes’<sup>143</sup>, caritativo, cumplidor de la palabra dada, amigo de sus amigos, sencillo y franco. Algunos personajes exhiben también los pecados veniales típicos de la raza: Santizarra de *Mío Jurra*<sup>144</sup>, los camaradas de *Macario*<sup>145</sup> y los personajes de *Bajo los robles navarros*<sup>146</sup> asisten a banquetes verdaderamente pantraguélicos. Javier Azpilicueta de *La casa*<sup>147</sup> recorre las fiestas de todos los pueblos cercanos y Ordoqui de *¡Huracán!*<sup>148</sup>, aunque honesto y religioso, practica el contrabando.

---

<sup>133</sup> A. Campión, *Blancos y Negros*, op. cit.

<sup>134</sup> J. Casariego, *Flor de hidalgos*, op. cit.

<sup>135</sup> L. Zapatero, *Luis de Añezkar*, op. cit.

<sup>136</sup> Clemente Galdeano, *El suplicio de Tántalo*, Gráficas Iruña, Pamplona, 1954.

<sup>137</sup> M. Arrasate, *La expósita*, op. cit.

<sup>138</sup> F. Salinas, *Barro Blando*, op. cit., p. 134. El corchete es mío.

<sup>139</sup> E. Munárriz, *Miguel de Iturbide*, op. cit.

<sup>140</sup> Manuel Iribarren, *Pugna de almas*, op. cit.

<sup>141</sup> M. Iribarren, *San Hombre*, op. cit.

<sup>142</sup> Cfr. la crónica de la inauguración del monumento a Gayarre en 1950, en ‘Los trabajos y los días’, en *Príncipe de Viana*, nº 40-41, p. 365.

<sup>143</sup> *Ibidem*.

<sup>144</sup> C. Galdeano, *Mío Jurra*, op. cit.

<sup>145</sup> M. Arrasate, *Macario*, op. cit.

<sup>146</sup> F. Urabayen, *Bajo los robles navarros*, op. cit.

<sup>147</sup> D. Baleztena, *La casa*, op. cit.

<sup>148</sup> J. del Burgo, *¡Huracán!*, op. cit.

A pesar de que los vasconavarros hayan sido objeto de alabanza general, lo cierto es que no todos los autores han enfatizado los mismos rasgos. Ibero<sup>149</sup> destaca la religiosidad como punto característico. Juaristi, en cambio, subraya su vena bélica:

‘El navarro no es hombre quieto ni de paz, así calce abarcas, así sandalias. Aborrece la disciplina y cuando se somete a ella es por vencer al ‘otro’ que lleva dentro. Es un guerrillero con el escopetón o el trabuco, y es un guerrillero también con el evangelio.’<sup>150</sup>

Nuestra última descripción del genio de los navarros está realizada por Manuel Iribarren en 1956. A su modo de ver, éstos son buenos administradores, medianos políticos, religiosos, enérgicos, fuertes, sanos y algo susceptibles<sup>151</sup>. Además son exacerbadamente individualistas y, por lo mismo, amantes de la libertad privada y pública. ‘El pueblo navarro’, escribe Iribarren, ‘ha tenido y tiene un concepto insobornable de la justicia y de la dignidad humana’<sup>152</sup>. Su principal defecto, finaliza, es la falta de sobriedad<sup>153</sup>.

Antes de realizar una reflexión en conjunto sobre los retratos precedentes del genio local necesitamos añadir algunos textos más. Ello se debe a que muchos autores, incluyendo a muchos de los arriba citados, han insistido en que Navarra se compone de zonas muy diferentes. ¿Cómo han sido descritos los habitantes de éstas? ¿Cómo se les ha integrado en el retrato general del genio navarro?

### **Montaña, (zona media) y Ribera.**

Como hemos afirmado, Pedro Madoz apenas esbozó una caracterización conjunta de los navarros. Entendió que la provincia estaba dividida en al menos dos zonas, Montaña y Ribera, ‘en un todo diferentes’<sup>154</sup> en lo que se refería al carácter y

---

<sup>149</sup> Fr. Evangelista de Ibero, *Sermón, op. cit.*, p. 10.

<sup>150</sup> V. Juaristi, ‘Los hombres de Navarra’, en Gurrea, *op. cit.* Varios autores han insistido en la belicosidad como principal rasgo de los vasconavarros. Cfr. Emilio Valverde y Álvarez, *Guía de las Provincias Vascongadas y Navarra*, Imp. de F. Cao y D. de Val, Madrid, 1886, p. 775. ‘Son los vascos y navarros un pueblo original y viril, que desde el nacimiento de la Vasconia, a través de grandes y titánicas guerras, de sangrientas y frecuentes insurrecciones, son hoy como ayer y como en sus primeros tiempos, pujantes y decididos, de carácter firme, resuelto, constante e indomable, amantes de su libertad hasta el fanatismo [...]’.

<sup>151</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, pp. 53 y ss.

<sup>152</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>153</sup> *Ibidem*, p. 54.

<sup>154</sup> P. Madoz, *op. cit.*, p. 221.

costumbres. De sus habitantes, advierte, “casi puede decirse que proceden de dos razas distintas”<sup>155</sup>.

Tanto montañeses como riberos, afirma Madoz, son de buenas costumbres, pero en la zona llana -sea por el clima o por “el uso abundante de licores espirituosos o alimentos más fuertes”- “tienen maneras más toscas”<sup>156</sup>. Por contra, en la Montaña “se presenta el tipo de la amabilidad y dulzura, aunque en cierta manera disfrazadas con más reserva”<sup>157</sup>. La propiedad está mejor repartida en la zona norte. Sus habitantes “aborrecen las guerras y las armas, pero una vez comprometidos a ellas, su perseverancia no conoce límites”<sup>158</sup>. En la Ribera, donde las tierras están mal repartidas, hay multitud de jornaleros siempre “dispuestos a tomar parte en cualquier bandera o teatro de guerra”<sup>159</sup>.

Unas pocas páginas atrás Madoz distinguía no dos sino tres zonas: las arriba citadas más un país central en torno a Pamplona<sup>160</sup>. De los riberos señalaba que tenían los “vicios y defectos comunes a esta clase proletaria”<sup>161</sup>. La instrucción era baja, las riñas habituales y se frecuentaban las tabernas. En la Montaña los delitos de sangre eran menos corrientes, pero se cometían más robos. En lo que atañe a los habitantes del centro indicó que eran “los más morigerados”, “subordinados y económicos” y que sentían “gran respeto a los vínculos familiares”<sup>162</sup>. La delincuencia aquí era mucho más reducida que en las otras zonas.

Al parecer, los viajeros del XVIII ya habían reparado en las diferencias existentes en el interior de Navarra. Mr. de Fer<sup>163</sup>, un viajero francés que recorrió España hacia 1787, dividió también la provincia entre Montaña y Ribera. De los habitantes de la primera dijo que eran aseados, frugales, nobles, sencillos, de modales

---

<sup>155</sup> *Ibidem*.

<sup>156</sup> *Ibidem*.

<sup>157</sup> *Ibidem*.

<sup>158</sup> *Ibidem*.

<sup>159</sup> *Ibidem*.

<sup>160</sup> *Ibidem*, p. 195.

<sup>161</sup> *Ibidem*.

<sup>162</sup> *Ibidem*.

<sup>163</sup> *Cartas escritas por Mr. de Fer al autor del Correo de Europa en que le da noticias de lo que ha observado en España*, Casa de L. Boudrie, Burdeos, 1787. Citado por José M<sup>o</sup> Iribarren, “La Navarra de hace dos siglos vista por un francés”, en *Historias y costumbres (Colección de ensayos)*, Ed. Gómez-Dip. Foral de Navarra, 2 ed. aumentada, Pamplona, 1956. Pueden encontrarse más testimonios de viajeros en el libro de José M<sup>o</sup> Iribarren, *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, Diputación Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1957.

ásperos y “de ideas tan limitadas como su horizonte”<sup>164</sup>. Respecto a los riberos, los retrató supersticiosos, aficionados al juego y amantes de salir de noche. “Costumbres, modales, corazón, ideas, acento, todo es bárbaro en la Ribera. A la justicia respetan de día, y se burlan de ella y la insultan de noche”<sup>165</sup>.

El brigadier Ramírez Arcas siguió a Madoz en la bipartición entre Montaña y Ribera. A su caracterización general añadió que, a diferencia de lo que sucedía en la primera, la juventud ribera estaba “un poquito inclinada a la molicie y algo dispuesta a la vida guerrillera”<sup>166</sup>.

Otro texto de interés es la *Estadística*<sup>167</sup> escrita por Sanz y Baeza en 1858. Como los autores anteriores, Sanz distingue dos regiones, si bien luego añade una subdivisión dentro de la Montaña para la Cuenca de Pamplona. Según señala, los habitantes de la parte llana “son de un carácter franco, de espíritu fogoso, ágiles, fuertes para el trabajo, poco sufridos en las disputas, amigos de músicas y rondallas nocturnas”<sup>168</sup>. Los montañeses, con la excepción de los aldeanos, son de “carácter pacífico, honradísimos, lentos para todo, aunque muy aplicados al trabajo; sobrios”<sup>169</sup>. Frente a estas amables descripciones, Sanz y Baeza siente un curioso desdén hacia los montañeses de la Cuenca de Pamplona. Éstos son, escribe,

“[...] egoístas, y envidiosos hasta del bienestar de sus parientes: desconocen lo que es la caridad y buena fe: jamás dicen la verdad cuando conocen que el decirla les ha de causar la pérdida de medio real [...]: trabajan, pero de mala gana: enemistados casi siempre, se reúnen todos cuando se trata del interés de algún forastero: apenas hay persona que tratándoles de cerca, o que tenga asuntos con ellos que no les mire con desconfianza y antipatía.”<sup>170</sup>

Como dijimos anteriormente, Juan Mañé siguió a Madoz en su tipología de los navarros. En *El Oasis*<sup>171</sup> incluyó seis retratos de habitantes típicos de Navarra, tres

---

<sup>164</sup> *Ibidem*, p. 273.

<sup>165</sup> *Ibidem*, p. 274.

<sup>166</sup> A. Ramírez Arcas, *op. cit.*, p. 50.

<sup>167</sup> Florencio Sanz y Baeza, *Estadística de Navarra*, Imp. de F. Erasun y Rada, Pamplona, 1858.

<sup>168</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>169</sup> *Ibidem*.

<sup>170</sup> *Ibidem*, pp. 16-17. Hay que anotar que el ataque de Sanz y Baeza provocó la respuesta de Francisco Lacabe. Cfr. *Defensa de los aldeanos de la cuenca de Pamplona*, Pamplona, 1858.

<sup>171</sup> J. Mañé, *op. cit.*

riberos y tres montañeses. Los primeros se distinguían por una ‘fisonomía abierta e inteligente, enérgica, pero poco circunspecta, es decir, que en ellos la energía no está siempre templada o moderada por la prudencia’<sup>172</sup>. Al contemplar los retratos de montañeses - y cabe anotar que uno pertenece a un anciano de Igúzquiza-, el autor subrayaba ‘cuán distintos’<sup>173</sup> son a los de los riberos y cuán parecidos entre sí (‘parece que son individuos de una misma familia’<sup>174</sup>). En sus semblantes Mañé destacó la formalidad, la gravedad y el reposo.

La exaltación de los montañeses y la depreciación de los riberos es común a otros autores foráneos del XIX. Nombela, por ejemplo, señala que ‘en la ribera participan sus habitantes del carácter de los aragoneses, y aunque menos intransigentes y más cultos, son alegres expansivos, generosos y más aficionados a divertirse que a trabajar’<sup>175</sup>. Su descripción del norte de la provincia es infinitamente más amable:

‘Limpieza, aseo, comodidad: he aquí lo que se encuentra en los pliegues de las montañas de Navarra; seguridad personal, honradez, he aquí lo que completa la fisonomía de los montañeses.’<sup>176</sup>

Respecto a su docilidad, Nombela declaraba que, en general, ‘la ley, representada por un uniforme o una varita, los domina como una fuerza magnética’<sup>177</sup>.

Entre los escritores navarros, Navarro Villoslada<sup>178</sup> distinguió también entre Montaña y Llanura. A su modo de ver, la primera, en la medida que había permanecido generalmente aislada, albergaba los ejemplares más puros de la raza. Por contra,

‘Las tierras llanas y fronterizas, más accesibles a los extraños, y desprovistas de medios naturales de resistencia, han tenido que sucumbir, por más o menos tiempo, al yugo de los conquistadores.’<sup>179</sup>

---

<sup>172</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>173</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>174</sup> *Ibidem*.

<sup>175</sup> J. Nombela, *op. cit.*, p. 82.

<sup>176</sup> *Ibidem*.

<sup>177</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>178</sup> Francisco Navarro Villoslada, ‘La mujer de Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 25, 1946, p. 811. Original de la *Revista Euskara*, 1881.

<sup>179</sup> *Ibidem*.

Aunque oriundo del sur de la provincia, Villoslada llamó a las comarcas llanas “zonas de servidumbre”<sup>180</sup> y añadió que “lo que en la ribera son músicas y rondas, trabucazos y navajadas, en la montaña son leyendas contadas en las veladas del hogar”<sup>181</sup>. Como los varones de cada parte, las mujeres de una y otra zona “son realmente distintas”<sup>182</sup>, aunque matizó que ambas convenían “en el fondo del carácter nacional”<sup>183</sup>.

“La montañesa es altiva, constante, trabajadora y alegre, como sus paisanas del mediodía; pero ni física ni moralmente puede confundirse con ellas. Más ibérica, más vascongada, más primitiva que éstas [...]”<sup>184</sup>

Con todo, Navarro Villoslada advertía que había notables divergencias entre esta mujer y la guipuzcoana<sup>185</sup>. Además la mujer montañesa no era sólo dulzura puesto que sabía manejar el fusil “tan bien como su padre, su hermano o su marido”.<sup>186</sup> En cualquier caso, la diferencia más aguda parece ser la que guarda con la mujer ribera. Ésta tiene mucho más desparpajo, es más altanera y “capaz de encajar una fresca al lucero del alba”<sup>187</sup>.

Pedro Madrazo también siguió en lo sustancial a Madoz, aunque añadió que en el pasado “no había diferencias entre el vasco montañés y el vasco de la tierra llana”<sup>188</sup>. Es evidente que, a su modo de ver, el tipo más original es el primero. Por lo demás, Madrazo apuntó que los riberos eran poco respetuosos, mientras que sus compatriotas de la Montaña eran generalmente “circunspectos”<sup>189</sup>.

Hilario Sarasa<sup>190</sup> sólo se ocupó de los navarros de la Montaña, pero su descripción no carece de interés para nosotros. Sarasa los identifica llanamente con los vascos y los describe valerosos, religiosos y hospitalarios; “por lo común de ingenio

---

<sup>180</sup> *Ibidem*.

<sup>181</sup> *Ibidem*, p. 819.

<sup>182</sup> *Ibidem*, p. 812.

<sup>183</sup> *Ibidem*.

<sup>184</sup> *Ibidem*, p. 812.

<sup>185</sup> *Ibidem*.

<sup>186</sup> *Ibidem*, p. 821.

<sup>187</sup> *Ibidem*, p. 819.

<sup>188</sup> P. Madrazo, *op. cit.*, p. 225.

<sup>189</sup> *Ibidem*, p. 219.

<sup>190</sup> H. Sarasa, *op. cit.*, pp. 205 y ss.

claro; y si no lo parecen, consiste en que acostumbrados a hablar el vascuence, no encuentran facilidad para expresarse en castellano”<sup>191</sup>. Además, continúa,

‘Son pacíficos, dóciles, respetuosos para con la autoridad, y fáciles por consiguiente de ser gobernados. Bondadosos, afables y serviciales. Aseados y limpios; y sino son dados al lujo en sus personas, en sus casas no falta lo necesario en sus respectivas posiciones.’<sup>192</sup>

Viven ‘bastante apegados a sus usos y costumbres’ y son ‘poco amigos de innovaciones’<sup>193</sup>. Visten como antaño y juegan a pelota, al mus y al tute. ‘Los montañeses son reflexivos y astutos. Pobres de imaginación como por lo común sucede con los habitantes de climas fríos y nebulosos’<sup>194</sup>. La falta de sol ‘les impide reconcentrarse, impide la distracción de la inteligencia, y hace ver con ojos más claros la verdad. Por esto salen pocos poetas de las montañas, y abundan en cambio los hombres pensadores’<sup>195</sup>.

Como la mayor parte de los autores citados, Mariano Pérez Goyena<sup>196</sup> expresa su preferencia por los montañeses sobre los otros navarros. Según afirma,

‘Son [...] por lo general profundamente religiosos, sobrios, amantes del trabajo, dulces y afables en el trato de gentes, hospitalarios para con los extraños, atentos y deferentes para con los de superior categoría, sumamente respetuosos con la autoridad, sumisos y admiradores del párroco, y asiduos asistentes al templo, de modo que parece que respiran religión y piedad en todos los actos de la vida.’<sup>197</sup>

Sin embargo. Pérez Goyena deja claro que no desprecia a los habitantes de la zona media y Ribera, puesto que también los reconoce como descendientes de los

---

<sup>191</sup> *Ibidem*, p. 211.

<sup>192</sup> *Ibidem*.

<sup>193</sup> *Ibidem*, p. 213.

<sup>194</sup> *Ibidem*.

<sup>195</sup> *Ibidem*, pp. 213-214.

<sup>196</sup> M. Pérez Goyena, *op. cit.*

<sup>197</sup> *Ibidem*, p. 73.

euskaros. Al aldeano lo califica de laborioso, religioso, sensato, honrado y apegado a lo suyo y al ribero de franco, entusiasta, religioso y valeroso<sup>198</sup>.

La disparidad entre montañeses y riberos debía ser especialmente dolorosa para quien como Campi3n tratara de caracterizar toda Navarra a partir de los rasgos de una sola de sus zonas. Su actitud ante la variedad interna de la provincia no parece haber sido demasiado consistente. Por un lado no pudo sino reconocer la relevancia de esas diferencias. As3, en la cuarta serie de su *Euskariana*<sup>199</sup> escribi3:

‘El montañ3s y el ribereño, o ‘ribero’, como por aqu3 le llamamos, parecen dos razas, dos pueblos. En vano el *atavismo* trabaja, la *adaptaci3n* triunfa.’<sup>200</sup>

Para Campi3n el ribero viene a ser un vasco deformado por un clima y una geograf3a extranjeras. En el pasado tanto uno como otra se parec3an m3s a la parte norteña del pa3s, pero hoy una ‘aridez sem3tica proclama la vecindad de Arag3n y Castilla’<sup>201</sup>. A ello se aña3e que, aunque la masa de la poblaci3n es vasca en la Ribera, hay una ‘infiltraci3n de celtas, romanos, godos, 3rabes y jud3os’<sup>202</sup>. El nuevo clima, m3s caluroso y seco, necesita, seg3n Campi3n, de alimentos diferentes a los tradicionales vascos: pimientos, picantes y vino. Las costumbres se malean, los pueblos son grandes y la estructura social sufre grandes alteraciones, surgiendo ‘una profunda divisi3n de clases, el orgullo de arriba y el resentimiento de abajo’<sup>203</sup>. Como consecuencia la delincuencia aumenta y las riñas a navajazos se hacen frecuentes.

‘La cultura euskara toleraba el *makilla*, rara vez homicida. La cultura ultraib3rica ha puesto en manos de nuestros ribereños la cobarde, la villana navaja, el arma favorita de los chulos, tipo soez e innoble que, como una gangrena, se va enseñoreando del tipo espaol.’<sup>204</sup>

---

<sup>198</sup> *Ib3dem*.

<sup>199</sup> A. Campi3n, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*

<sup>200</sup> *Ib3dem*, p. 100.

<sup>201</sup> *Ib3dem*, p. 102.

<sup>202</sup> *Ib3dem*, p. 100.

<sup>203</sup> *Ib3dem*, p. 103.

<sup>204</sup> Cfr. A. Campi3n, *Consideraciones acerca de la cuesti3n foral, op. cit.*, p. 110.



El retrato que Campión ofrece de los euskaros de la llanura está lleno de claroscuros. Fornidos, comilones, bebedores, trabajadores, dispendiosos, alegres, burlones, exagerados, orgullosos, pendencieros, rebeldes, francos, mal hablados y religiosos. Las virtudes se amalgaman con los defectos. En lo que se ha convertido en un tópico inevitable cada vez que se habla de los riberos, Campión refiere varias anécdotas cómicas que se pretenden reveladoras de su personalidad.

Llevadas a sus últimas consecuencias las impresiones de Campión con respecto al navarro meridional podrían haberle llevado a concebirlo como un hijo pródigo degenerado que había que revasquizar. Aunque es difícil sustraerse a la impresión de que en el fondo lo sintiera así, lo cierto es que Campión simultaneó las anteriores afirmaciones con otras mucho más elogiosas de los ribereños. Éstos, señaló, pueden parecer a primera vista completamente diferentes de los montañeses pero, en realidad, las divergencias son un ‘barniz [...] que no pasa de la piel’<sup>205</sup>. Como dijo en otro lugar, ‘los navarros de la llanura son baskos escritos en tono mayor’<sup>206</sup>.

Campión no fue el único autor en explicar las divergencias entre el carácter de montañeses y riberos a partir de las diferencias geográficas y climáticas. A decir de Julio Altadill:

‘El tipo navarro así en lo físico como en lo moral, ofrece los mismos contrastes que la naturaleza; el monte y el llano, el árbol y la espiga, el torrente y la laguna, los fenómenos atmosféricos distintos en la montaña y la ribera han de imprimir condiciones muy distintas también en los habitantes de ambas zonas; ni el *zortcico* encaja en Tudela o en Marcilla, ni la jota en Echalar u Ochagavía; ni las pasiones pueden manifestarse fogosas en Roncal y Salazar, ni la languidez y dulzura pueden manifestarse fogosas en Roncal y Salazar, ni la languidez y dulzura pueden constituir sello local de Lodosa o de Peralta.’<sup>207</sup>

Altadill cita el elogioso retrato que hizo Campión de la mujer vasconavarra<sup>208</sup>, pero añade que ‘algunas de estas cualidades [...] no abundan en la zona baja de nuestra

---

<sup>205</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>206</sup> A. Campión, *Euskariana. Octava serie, op. cit.*, p. 257.

<sup>207</sup> J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 595.

<sup>208</sup> Cfr. A. Campión, *Euskariana. Algo de historia, op. cit.*, p. 94.

Provincia”<sup>209</sup>. Su descripción general del ribero es similar a la de su maestro: el navarro del llano es laborioso, tosco, poco ahorrador, franco, bullicioso, “algún tanto ferviente de Baco”<sup>210</sup>, agudo, valiente y religioso. La delincuencia, apunta, es más alta en la parte llana que en el norte.

Varios autores han visto en el sur de Navarra un territorio en disputa con los extraños que colonizan el país. Así, para el nacionalista Leoncio Urabayen la Ribera “es el teatro de una sorda lucha en costumbres y en modos de ser entre Navarra por una parte y Castilla y Aragón por la otra, y en la que éstas últimas parecen llevar la ventaja”<sup>211</sup>.

Podría pensarse que el menosprecio hacia los navarros del llano fuera distintivo de los autores nacionalistas. Sin embargo no es así. Por un lado, porque el nacionalismo, que en su fuero interno podía ver en la Ribera el Ulster de Euskal Herria, se ha esforzado por mostrar su vasquidad<sup>212</sup>. Por el otro, porque el navarrismo a menudo ha abundado en la minusvaloración de la parte sur del país.

Una muestra clara de ello es el estudio sobre *La propiedad privada en Navarra*<sup>213</sup> del Conde de Rodezno. Éste distinguía dentro de la provincia una montaña “patriarcal”, “forestal y apacible”<sup>214</sup> y una parte llana seca, “mediterránea y totalmente africana”<sup>215</sup>.

“En el Norte el paisaje europeo y la lluvia, formidable elemento de civilización dulcifica las costumbres, se desenvuelve con cultura el trato social y los pueblos prosperan y se embellecen. En la ribera, el sol, promotor de la barbarie, calcina y endurece los sentimientos y pone una sensación acusadísima de rudeza en el paisaje y en sus naturales.”<sup>216</sup>

El Conde de Rodezno se muestra mucho más tajante que Campión en su caracterización de las distintas zonas de Navarra. Según él:

---

<sup>209</sup> J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 599.

<sup>210</sup> *Ibidem*.

<sup>211</sup> L. Urabayen, *Una interpretación de las comunicaciones en Navarra, op. cit.*, 14.

<sup>212</sup> Cfr., por ejemplo, el “Tipo erribero”, en *Amayur*, 23-II-1934, artículo en que se pone a los navarros del sur como prototipos de vasco.

<sup>213</sup> El Conde de Rodezno, *La propiedad privada, op. cit.*

<sup>214</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>215</sup> *Ibidem*.

<sup>216</sup> *Ibidem*, p. 6.

‘Lo evidente es que la montaña y la ribera no tienen ninguna característica en común: la una es europea; la otra, africana. En la montaña se encuentra el vasco con todas sus virtudes y todos sus defectos; en la ribera hay una raza de hombres emprendedores, inteligentes y trabajadores, pero la psicología es beduina, cabileña. Los bandos de oposición irreductible en que generalmente se hallan divididos los pueblos, responden a esto: a su tendencia cabileña.’<sup>217</sup>

Aunque la opinión de Rodezno destaca por su dureza, la posposición de los habitantes del llano es común a otros autores navarristas. Así Julio Gúrpide, al examinar las cualidades morales de los navarros, destaca que ‘en esto, la montaña aventaja a la ribera’<sup>218</sup>. En contraste con quienes han aludido a la pobreza y mal clima de la parte sur, Gúrpide achaca la superioridad moral de la Montaña precisamente a su mal clima y su pobreza, ‘que hace del montañés ahorrador y reflexivo, en oposición al ribero, espontáneo y pródigo’<sup>219</sup>. Bien es cierto que punto y seguido puntualiza:

‘Pero unos y otros, laboriosos y honrados, tenaces, obedientes y valerosos, son apreciados en países extraños por sus virtudes.’<sup>220</sup>

El tudelano José M<sup>a</sup> Iribarren pasa por ser uno de los grandes divulgadores del tipo ribero. Con todo, algunos de sus textos expresan cierta proximidad con quienes han visto en los navarros del llano un residuo africano.

‘Nada más diferente en físico y en raza que un sonrosado y vasco montañés y un atezado y árabe ribero. Y nada más distinto del genio abierto y franco, jactancioso y violento de un hortelano de Tudela o de Viana, que el carácter oscuro y reservado, suspicaz y prudente de un cashero de Arizcun o un aldeano de la Cuenca de Iruña.’<sup>221</sup>

---

<sup>217</sup> *Ibidem*. No es la única ocasión en la que el político tradicionalista llamó cabileños a los navarros del llano. Cfr. Conde de Rodezno, *Carlos VII, duque de Madrid*, Espasa-Calpe, Madrid, 1929, p. 213. ‘Aquellos hombres cabileños, mediterráneos y sarracenos como todos los riberos de Navarra [...]’

<sup>218</sup> J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 73.

<sup>219</sup> *Ibidem*.

<sup>220</sup> *Ibidem*.

<sup>221</sup> José M<sup>a</sup> Iribarren, *Cajón de Sastre. Saldo de retales*, Ed. Gómez, Pamplona, 1955, p. 119. Cfr. José Javier Uranga, ‘El paisaje impresionante de la Bardena’, en *Pregón*, n<sup>o</sup> 24, 1950: ‘Caparroso ya es africano, en sus cuevas, en su población, en su aspecto todo’.

En otro texto, escrito en 1965, el propio Iribarren Rodríguez afirmaba:

‘Los montañeses, de lengua vascongada, son aseados, prudentes, económicos, de pocas palabras, reservados e incluso suspicaces. Los riberos, por el contrario, son toscos y locuaces, de carácter abierto y jovial, francos e irrespetuosos [...], imprevisores y fanfarrones, de carácter impulsivo y violento, de genio belicoso y peleón.’<sup>222</sup>

Aunque otras de sus descripciones se alejan de estas comparaciones, el ribero aparece continuamente en su obra como un personaje cómico, fuente de anécdotas y motivo de burla por su forma de hablar, sus ocurrencias y su incultura. “Apocadores, decidores, graciosos y bromistas, agudos en el dicho y repentinos en la réplica; así son los de la Ribera”<sup>223</sup>.

Con frecuencia la depreciación del navarro del sur ha adoptado un carácter más velado. Pérez Ilzarbe, por ejemplo, después de identificar a vascones, vascos y montañeses, admite que el ribero

‘[...] efectivamente, no encaja dentro de las cualidades físicas del vasco o montañés, pero en lo moral es también de gran reciedumbre religiosa y fiel a la palabra dada; más vehemente y quizá menos reflexivo que el montañés; obra más impulsivamente y sufre mayores decepciones cuando la realidad le dice que el corazón le ha engañado.’<sup>224</sup>

Aunque más ocasionalmente, el aldeano, el habitante de la imprecisa zona media, ha sido también objeto de menosprecio. Según una “observación puramente médica”<sup>225</sup> de Víctor Juaristi, la Cuenca de Pamplona, que actúa de “zona de fusión” entre riberos y montañeses, se encuentra poblada por hombres físicamente degenerados respecto a los demás navarros. A esta teoría y a las duras apreciaciones de Sanz y

---

<sup>222</sup> José M<sup>o</sup> Iribarren, *Espoz y Mina. El guerrillero*, Aguilar, Madrid, 1965, p. 23.

<sup>223</sup> José M<sup>o</sup> Iribarren, *Retablo de curiosidades. zambullida en el alma popular*, Imp. del Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1940, p. 90.

<sup>224</sup> D. Pérez-Ilzarbe, *op. cit.*, p. 4.

<sup>225</sup> V. Juaristi, “Los hombres de Navarra”, en Gurrea, *op. cit.*

Baeza, anteriormente citadas, hay que añadir la descripción de Manuel Iribarren<sup>226</sup>. Según éste:

‘Los aldeanos de la cuenca [...] se hacen los lerdos, pero se pasan de avisados. Imitan sus mañas -las de la capital vecina-, aunque sin asimilar apenas sus virtudes.’<sup>227</sup>

Iribarren Paternáin se mostró algo más amable con los riberos, aunque los diferenció “considerablemente de los otros navarros”<sup>228</sup>, tanto en lo físico como en lo psicológico y, dada su condición mestiza, les negó un tipo físico definido. Respecto a su carácter, afirmó:

‘El ribero es fibroso, corajudo, pasional, muy resistente para el trabajo, burlón, excitable, altivo, franco y alegre, dadivoso de lo propio y de lo ajeno, espléndido hasta el despilfarro, jugador, corto de talla, pero largo de nervio, agudo de palabra, rápido de entendimiento, quizás un poco voceras y algo fanfarrón, descarado y con majeza retadora en el porte.’<sup>229</sup>

Iribarren reservó sus preferencias para los habitantes de la parte norte de Navarra:

‘El montañés se caracteriza por prudente, ahorrativo, previsor, discreto y reservado. Humilde y señorial al mismo tiempo [...] insobornable espíritu de independencia [...] no rehuye la guerra [...] pero es pacífico por sentimiento natural.’<sup>230</sup>

---

<sup>226</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*

<sup>227</sup> *Ibidem*, p. 59. Eladio Esparza también parece haber sentido cierto desprecio hacia la zona media. Así en su novela *Nere* (Ed. Mentora, Barcelona, 1928, p. 102), cuando describe el paisaje de Navarra dice de ella: ‘no es extensa como la ribera, ni bonita como la montaña. Es la tierra de transición, incolora, vaga, fluctuante. Hay árboles vergonzosos y llanuras tímidas. Por no tener nada concreto, no tiene ni ideología. Hablan un ‘patois’ que es es oprobio de la lengua de Cervantes.’ Hay que advertir que Iribarren no extendía sus críticas a todos los habitantes de la zona media. Hecha la salvedad de los aldeanos dice que es gente ‘viva de genio, hospitalaria, emprendedora, muy devota y con un sentido utilitario de la vida’ (M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 59.)

<sup>228</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>229</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>230</sup> *Ibidem*, p. 57.

Hay que subrayar que, pese a esta caracterización, Iribarren observa dentro del montañés dos subtipos opuestos: uno sedentario, tímido, cristiano e idealista y otro trotamundos, audaz, pagano y epicúreo. De hecho, Iribarren fragmentó internamente las tradicionales divisiones de Navarra. Así distinguió al baztanés del nativo del Pirineo agreste, al bardenero del de la Mejana. A diferencia de lo que pudo hacer Campión, Iribarren no enfrentó las montañas a la llanura sino que se sumó a quienes hicieron de la diversidad navarra una metáfora de España. Ello no obsta para que sus descripciones de las partes norteñas fuera mucho más amable que las de la Ribera, donde ‘lo típico desaparece poco a poco, desplazado por lo universal’<sup>231</sup>.

Ocasionalmente, algunos escritores han mostrado su preocupación por las hondas diferencias internas de Navarra. Así, el fustiñanés Esteban y Chavarría reconoce que, aunque Montaña y Ribera ‘ponen una muralla inexpugnable a los enemigos de la Religión, de la Patria y de los Fueros’<sup>232</sup>, lo cierto es que sus formas de ser tienen muy poco que ver.

‘Los montañeses son reservados, calculadores, ahorrativos, circunspectos y de costumbres morigeradas; mientras que los riberos o ribereños son bulliciosos, gastadores y amigos de la francachela, del juego, y algunas veces hasta del derroche, aunque muy hacenderos y honrados.’<sup>233</sup>

‘Con tales diferencias’, continúa, ‘no es extraño que la Montaña y la Ribera tengan gustos y aspiraciones distintas y aun contrarias’<sup>234</sup>. Mientras los montañeses miran a Pamplona, los riberos tienen como capital de hecho a Zaragoza.

‘Este acercamiento de nuestra Ribera a Zaragoza no supone su *aragonesización* (valga la palabra), como creen muchos de Pamplona y no pocos de Zaragoza; pero indudablemente es un peligro para su *desnavarrización*, peligro que debe evitarse.’<sup>235</sup>

---

<sup>231</sup> *Ibidem*.

<sup>232</sup> Juan P. Esteban y Chavarría, ‘La Montaña y la Ribera de Navarra’, en *La Avalanche*, nº 860, 1931, p. 24.

<sup>233</sup> *Ibidem*.

<sup>234</sup> *Ibidem*.

<sup>235</sup> *Ibidem*. *Cursivas originales*.

Para compensar la falta creciente de homogeneidad interna, Esteban y Chavarría propone impulsar campañas de prensa que acerquen las dos partes del país, haciendo que “desaparezcan las diferencias”<sup>236</sup> y se remedie la “incomprensión mutua”<sup>237</sup>. Porque, en efecto, “la Montaña y la Ribera viven cada vez más separadas”<sup>238</sup>.

Frente a esta opinión, otros autores han minimizado la distancia entre las partes montañosa y llana de Navarra. Según José Ramón Castro, por ejemplo, ambas zonas guardan una “ semejanza esencial”<sup>239</sup>. En ellas se observa la misma religiosidad, la misma moralidad, las mismas buenas costumbres e incluso “la misma semejanza también en los bailes y danzas populares”<sup>240</sup>. En definitiva, concluye, “las diferencias son meramente accidentales e impuestas por el ambiente geográfico”<sup>241</sup>.

Otros autores, sin minimizar las disparidades entre montañeses y riberos, han sabido describirlas sin expresar ninguna tensión. Especialmente durante el franquismo la pluralidad interna de Navarra comienza a ser presentada en términos apacibles. Miguel Ángel Astiz y Dolores Baleztena, por ejemplo, describen el modo de ser de todas las zonas de la provincia a través de sus procesiones y peregrinaciones. Quedémonos sólo con dos retratos extremos: el del montañés y el del ribero.

‘Estos montañeses buenos, adustos, sencillos, paz todas sus palabras y sus gestos, olvidan su medida e incitados por la devoción, muestran ahora el torrente fervoroso que esconde su alma’<sup>242</sup>

‘El hombre ribero al que se pinta en dos palabras con la jota, el grito y la risa, encubre quizá con este carácter despreocupado un mundo interior al que llegan como a los valles rodeados de montañas, más fuertemente que en ningún otro sitio los pisotones de las penas y la lluvia de los amores. Es su ruralismo una coraza con la que defienden su alma de intromisiones extrañas. [...] estos hombres de mirar casi jactancioso, genio pronto y vivo, trabajadores incansables, amigos del bien comer y bien beber, derrochones cuando viene a pelo, dejan en ciertos momentos el resquicio de pequeños detalles por los que se entrevé su alma.

---

<sup>236</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>237</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>238</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>239</sup> J. R. Castro, “Prólogo”, en Santos de Tudela, *op. cit.*, p. XI.

<sup>240</sup> *Ibidem*.

<sup>241</sup> *Ibidem*.

<sup>242</sup> D. Baleztena, M. A. Astiz, *op. cit.*, p. 11.

Pacíficos y ejemplares en la paz, valientes hasta la inconsciencia en la guerra, no soldados pero si voluntarios, resulta esto una extraña paradoja para quien no haya llegado a comprenderlos.”<sup>243</sup>

Es interesante ver que, eventualmente, la disparidad de caracteres entre cada zona de Navarra llega a disolver toda identidad genuina. Para Pedro Madoz, seguido en este punto por Ramírez Arcas, Madrazo y Mañé, los navarros de la Ribera ‘se parecen mucho a los de las provincias vecinas, al paso que los de la Montaña a los guipuzcoanos y rayanos franceses’<sup>244</sup>. Ahora bien: si los navarros de cada parte se parecen a sus respectivos vecinos, ¿qué tienen de propio, de peculiar y distintivo? La misma e inquietante duda sugieren las afirmaciones de Dionisio de Ibarlucea en 1886: ‘El carácter de los montañeses se parece mucho al de los habitantes de las provincias cercanas’<sup>245</sup>; los riberos, por contra, se asemejan a ‘los aragoneses y riojanos’<sup>246</sup>.

Otras divisiones, sin asimilar a los navarros a sus vecinos, dejan también en entredicho la integridad de un modo de ser propio de Navarra. Entre las tipologías más llamativas a este respecto está la de Marcelo Núñez de Cepeda. Éste, aunque subraya que Navarra tiene ‘una destacada e inconfundible personalidad’<sup>247</sup>, afirma un poco más adelante:

‘Las tres regiones bien determinadas que constituyen la Navarra de hoy, o sean [sic] montaña, cuenca o centro y ribera, estaban habitadas, respectivamente, por vascos, pamploneses y navarros (éstos solamente en tierras de Estella).’<sup>248</sup>

A continuación, y para terminar de complicar las cosas, informa que ‘en un documento del siglo XII hecho por unos vecinos de Peralta, se cita a dos personas que fueron a Peralta desde Navarra’, concluyendo que ‘entonces la Ribera no era Navarra’<sup>249</sup>.

---

<sup>243</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>244</sup> P. Madoz, *op. cit.*, p. 221.

<sup>245</sup> D. Ibarlucea, *Compendio, op. cit.*, p. 15.

<sup>246</sup> *Ibidem*, p. 16. Ibarlucea habla de una zona intermedia, que en principio podría servir de cantera a un carácter específicamente navarro. Sin embargo afirma que éstos se parecen bien a los montañeses, bien a los riberos, ‘según habiten pueblos más o menos próximos a una u otra zona’ (*Ibidem*, p. 17).

<sup>247</sup> M. Núñez de Cepeda, *Guía, op. cit.*, p. 5.

<sup>248</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>249</sup> *Ibidem*.



En la mayor parte de las descripciones de los arquetipos de cada zona se observa una clara predominancia del tipo montañés sobre el ribero y el aldeano. A las citas anteriores cabe añadir que los montañeses con bastante frecuencia son identificados con los vascos y los vascones, e incluso en ocasiones con los navarros. Si bien estas identificaciones suelen referirse a períodos de la antigüedad o al principio de la Edad Media, lo cierto es que, en la medida que la fuente de la identidad colectiva se sitúa en esas fechas, ello otorga a los habitantes de la montaña un claro predominio sobre sus paisanos del sur. En definitiva, los montañeses heredan de forma más directa el modo de ser de los antepasados<sup>250</sup>, mientras que los riberos constituyen veladamente para muchos muestras del resultado perverso del comercio con el Extraño. Podemos pensar que el fracaso del vasquismo en Navarra y, muy particularmente, el fracaso del nacionalismo vasco, deriva de su incapacidad para articular una interpretación verosímil del carácter vasco de la Ribera.

Dado el menosprecio, más o menos abierto, de los habitantes del sur de Navarra respecto a los de la Montaña, no puede extrañar que algunos autores oriundos de aquella parte del país hayan procurado una reivindicación de los mismos. El tudelano Francisco Salinas proclama que ‘la Ribera es tan navarra como la mismísima Montaña’<sup>251</sup>. Su protesta viene motivada porque ‘no podía admitir sin disgusto que a nosotros los de la Ribera se nos reconociera nuestra carta de naturaleza navarra un poco a regañadientes’<sup>252</sup>. Otro ribero, Pedro García Merino, se queja porque la Ribera, la ‘Andalucía de Navarra’, haya sido tan mal comprendida ‘por muchos literatos que no han sabido ver en ella más que calor, polvo y rudeza’<sup>253</sup>. Francisco Escribano, abilitense, escribe acerca de la Mejana: ‘Las esencias primigenias del viejo Reino se encuentran aquí’<sup>254</sup>. Para Victoriano Bordonaba, por último, ‘el ribereño es alegre y sincero, fiel hasta la muerte y no entiende de traiciones’<sup>255</sup>.

Es importante tener en cuenta que las fronteras entre Montaña, Ribera y la eventual zona media han estado muy poco claras. A menudo nuestros autores han

---

<sup>250</sup> Cfr. J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, op. cit., p. 101. Los montañeses, dice, ‘conservan sus rasgos característicos, descendientes de aquellos primitivos vascones’.

<sup>251</sup> F. Salinas, ‘Navarra limita al este con las provincias de Huesca y Zaragoza’, en *Temas de Derecho Foral*, op. cit., p. 172.

<sup>252</sup> *Ibidem*.

<sup>253</sup> Pedro García Merino, ‘Una excursión por la Ribera’, en *Pregón*, nº 63, 1960.

<sup>254</sup> Francisco Escribano Zardoya, *La Ribera de Navarra*, TCP, Gobierno de Navarra, Pamplona, p. 5.

<sup>255</sup> Victoriano Bordonaba Castell-Ruiz, *Expresiones del alma popular*, TCP, Gobierno de Navarra, Pamplona, p. 3.

incluido en la Montaña localidades que hoy se situarían en la Ribera. Por otro lado, la zona media no aparece sino en algunas ocasiones y cuando lo hace ocupa una franja de terreno mucho más estrecha de lo que hoy es habitual. Así, Mañé divide la Montaña de la Ribera por una línea imaginaria que uniría Sangüesa-Tafalla-Puente la Reina-Estella<sup>256</sup>. Para Altadill los límites de la Montaña están formados por las localidades de Espronceda, Estella, Viguria, Tiebas, Liédena y Yesa; mientras que los de la zona media lo están por las de Bargota, Lazagurría, Mañeru, Pueyo y Gallipienzo<sup>257</sup>. Iribarren Rodríguez fija las fronteras de la Montaña en Leyre, Lumbier, Monreal, Puente, Estella y Condes. Por su parte, Viana, Larraga, Tafalla y Ujué marcarían el final de la zona media<sup>258</sup>. Otros, como Casas Torres y Galdeano, sitúan a la Barranca y la Burunda en la zona media<sup>259</sup>. El Conde de Rodezno, por el contrario, pone como divisoria Montaña-Ribera la línea Sangüesa-Viana<sup>260</sup>. Por último, el mapa ofrecido por *El Pensamiento Navarro* en 1980 ensancha la zona media en detrimento de la Ribera y sobre todo de la Montaña, que pierde muchas localidades<sup>261</sup>.

### ¿El genio de los navarros?

“¿Qué puntos de continuidad histórica vinculan a la Navarra de hoy con la de ayer? [...] yo creo que los navarros natos y netos, con sus características individuales bien acusadas, son racial y psicológicamente los mismos ahora que en la época de Teodosio de Goñi. Como son los mismos en su forma y substancia los árboles que pueblan actualmente la selva del Irati que los que allí crecían en los míticos tiempos del Basa-jaun. Pese a talas, vendavales, rayos e incendios.”<sup>262</sup>

Manuel Iribarren.

---

<sup>256</sup> J. Mañé y Flaquer, *op. cit.*, p. 20.

<sup>257</sup> J. Altadill, *Geografía, op. cit.*, pp. 290-291.

<sup>258</sup> José M<sup>º</sup> Iribarren, *Espoz y Mina. pp. cit.*, p. 20.

<sup>259</sup> J. M. Casas Torres, *op. cit.* C. Galdeano, *Mio Jurra, op. cit.*, p. 8.

<sup>260</sup> Conde de Rodezno, *La propiedad privada, op. cit.*, p. 5.

<sup>261</sup> Cfr. *E. P. N.*, 3-I-1980, p. 2

<sup>262</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 24.

Las páginas precedentes nos han ofrecido un buen número de descripciones del modo de ser de los navarros, tanto desde un punto de vista general como del de sus variedades internas.

Llama la atención la existencia de algunas afinidades entre varias de ellas. Una parte importante de estas similitudes parecen tener origen no tanto en una coincidencia de impresiones como en la influencia literaria, es decir, en la lectura de unas mismas fuentes y la elaboración de nuevos textos en base a ellas. Así, hemos podido ver cómo el *Diccionario* de 1802 y el *Diccionario* de Madoz servían de base a las descripciones de Ramírez Arcas, Madrazo, Mañé, etc. A su vez Campión se habría servido de Madrazo, el *Diccionario*, Vinson, etc. No siempre es fácil determinar las direcciones de lectura e influencia. En cualquier caso lo fundamental es comprender que los escritores se han copiado unos a otros para describir a vascos y navarros, habitualmente comprendiéndolos como partes de un mismo colectivo.

Más allá de esas coincidencias, llama más poderosamente la atención la existencia de algunas disparidades de importancia. Muchos de nuestros textos llaman a los vasconavarros “circunspectos”, pero en el siglo XVI los vascos llevan fama de bulliciosos<sup>263</sup>. Unos autores destacan la fiereza como una constante del carácter local, mientras otros señalan un talante pacífico e incluso abúlico. Vinson y Madrazo coinciden en la extremada viveza de la imaginación de los vascos, mientras que para muchos otros, como Campión y Gallop, su imaginación es muy escasa. Por último hay autores que remarcan la alta tasa de criminalidad de la provincia, mientras otros subrayan su incondicional respeto a la autoridad.

Estas diferencias, con ser importantes constituyen una dificultad menor a la hora de caracterizar el genio de los naturales si se compara con el escollo de la diversidad interna.

La mayor parte de los autores ha reconocido las grandes diferencias existentes entre navarros de las montañas y del llano. Sólo algunos han distinguido una zona media y, como hemos visto, ni su extensión ni las de las otras zonas ha estado clara. En cualquier caso se observa un manifiesto predominio del norte sobre el sur. Los montañeses reúnen la mayor parte de las virtudes, o simplemente son identificados con el modo de ser típicamente navarro, mientras que la zona media y especialmente la

---

<sup>263</sup> Cfr. M. Herrero, *op. cit.*

Ribera han sido a menudo reputadas como zonas en las que lo castizo había retrocedido ante lo foráneo. Si comparamos las descripciones generales de los navarros con los rasgos típicos atribuidos a los nativos del sur, parece que éstos han heredado muchos de los defectos característicos del colectivo -pendencieros, bulliciosos, poco sobrios, jugadores-, recibiendo sólo algunos de los caracteres positivos -franqueza, alegría-. Conviene avisar que, pese a la insistencia de muchos autores en la jovialidad de los riberos, otros autores observaron precisamente lo contrario. Así Cénac-Montaut, un viajero francés del XIX, encontró Tudela lúgubre y triste<sup>264</sup>.

Pero ni siquiera los montañeses aparecen con un carácter unitario. Algunos los reputan fieros y otros pacíficos. Iribarren hablaba de dos tipos contrapuestos en la Montaña y Estornés afirma la existencia en Roncal de dos tipos humanos: el vasco (“de inteligencia algo perezosa, el genio más bien corto y tardos de lengua”<sup>265</sup>) y el vascón (ágil, vivo, inteligente y altivo<sup>266</sup>).

La existencia de, al menos, dos formas de ser diferentes en Navarra es más trascendente de lo que parece a primera vista. En cierto modo pone de relieve la dificultad de hablar del ser navarro (y consiguientemente de Navarra como pueblo) de una manera consistente, más allá de su realidad jurídico-institucional.

Esa alteridad norte-sur sólo “pone de relieve” la dificultad de sentirse navarro y no la causa porque, de hecho, el problema de la identidad permanecería aunque Navarra fuese geográfica y étnicamente uniforme. La unión de individuos desconocidos entre sí y separados cronológicamente sólo podría argumentarse en función de su pertenencia a una cultura homogénea y aislada del devenir histórico. El conocimiento de las tradiciones culturales del norte de España nos desmiente este supuesto<sup>267</sup>.

Puesta en cuestión la existencia de una forma de ser navarra, de unos atributos que den contenido a la navaridad, el tema de si los navarros son o no vascos pierde mucha importancia. Porque, en efecto, no se trata de si los navarros se parecen, distinguen o identifican con los vascongados, sino si los propios vascos y los navarros se identifican con sus contemporáneos y con sus antepasados. Como parcialmente expresa Iribarren en la cita que encabeza este epígrafe, la pregunta por la identidad se refiere esencialmente a un problema de vínculos. A saber: qué une a las generaciones a

---

<sup>264</sup> Cfr. J. M. Iribarren, *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, op. cit., p. 218.

<sup>265</sup> B. Estornés, *Erronkari*, op. cit., pp. 71-72.

<sup>266</sup> *Ibidem*.

<sup>267</sup> Cfr. J. Caro Baroja, *Los vascos*, op. cit.

lo largo de los siglos, qué une a los individuos a lo largo de las clases sociales, la psicología individual, etc.; qué une a los habitantes de regiones etnográfica y geográficamente muy diferentes. Después de haber asistido al desfile de citas de los epígrafes precedentes el lector juzgará hasta qué punto la rotunda respuesta de Iribarren le resulta satisfactoria.

Si partimos de una teoría pragmática del significado, esto es, de una teoría que defina los significados de las palabras no por su referencia a trascendentes inmóviles, sino por el uso que hacen de ellos los hablantes, comprenderemos que “vasco” y “navarro” han sido palabras de significado variable e impreciso. Algunos autores han llamado a los navarros vascongados, otros les han llamado simplemente vascos, otros han hablado de vasconavarros y otros han separado a vascos y navarros. No pocos han reservado el término vasco o vascongado para los navarros de la Montaña. Tampoco faltan quienes han tenido a los navarros como riojanos<sup>268</sup> y, viceversa, a los riojanos como navarros<sup>269</sup>.

Hay que advertir que a menudo los autores no demuestran tener un criterio constante. Es relativamente frecuente que, por ejemplo, una misma firma rubrique un texto donde se identifica a vascos y navarros y otro escrito donde se los diferencia. Sólo los nacionalistas suelen mostrarse especialmente puntillosos con los patronímicos.

En definitiva, la justificación de cualquiera de aquellas identificaciones es problemática, por la sencilla razón que la exposición de qué se entiende por navarro, vasco, vascongado y riojano es absolutamente problemática.

¿Hasta qué punto esta diversidad de descripciones del modo de ser de los navarros encaja con lo expuesto en los anteriores capítulos? A lo largo de nuestro itinerario hemos empleado como referentes dos conjuntos de conceptos. Por un lado las ideologías euskara, nacionalista y navarrista, y por otro las tramas del *saltus* y el *ager*.

En lo que atañe al primer grupo hay que constatar cómo las ideologías no consiguen discernir adecuadamente entre la multitud de rasgos atribuidos a los vasconavarros. Las páginas precedentes han vuelto a mostrar cómo autores euskaros, nacionalistas y navarristas pueden tanto coincidir entre ellos como realizar afirmaciones disonantes con el resto de su discurso. Así pues, no se trata de que el nacionalismo haya elaborado un modelo de ser navarro, los euskaros otro, etc. Lo mismo sucede con el tratamiento otorgado a montañeses y riberos. En este sentido, la variedad subyacente a

---

<sup>268</sup> Cfr. Marqués de Dosfuentes, “Los vascos”, *Por Esos Mundos*, nº 192, 1911, p. 68.

las diversas caracterizaciones del genio local es irreductible a la tríada euskaros-navarrismo-nacionalismo.

Las tramas del *saltus* y el *ager Vasconum* ofrecen mejores perspectivas analíticas. Si las hemos tomado como principal referente y situado al navarrismo, nacionalismo y euskarismo en un lugar secundario respecto a ellas es precisamente porque necesitábamos erigir unos modelos más puros, que se situarán más allá de la producción concreta de los diferentes autores.

Tomados aisladamente muchos de los rasgos atribuidos a los navarros que han aparecido encajan con bastante facilidad dentro del esquema de las tramas. Así sucede con su individualismo, fiereza, tendencia al aislamiento, gravedad, etc., atributos que les acercan al *saltus*. Por contra su hospitalidad, sumisión, pasividad, afabilidad, etc., parecen remitirlos al *ager*. En su lugar se insistió en que las tramas tenían capacidad para entremezclarse dentro de un mismo texto, así que la presencia de rasgos propios del *saltus* y del *ager* dentro de la misma caracterización no constituye en absoluto una objeción.

Las diferencias internas entre las diversas zonas de Navarra permiten también una aproximación según los modelos del *saltus* y el *ager*. Habitualmente los montañeses constituyen ejemplares puros de la raza. La Ribera, por el contrario, aparece como un territorio bastardo, ya asimilado al Extraño. La zona media, por último, permanece indecisa entre su parecido a la Montaña y a la Ribera.

En definitiva, algunos de los rasgos observados parecen comprensibles desde el esquema de las tramas. Ahora bien, es manifiesto que otros elementos se escapan a ellas. En concreto atributos como la gula, la limpieza, la laboriosidad y la franqueza, resultan difícilmente asimilables a las tramas. En rigor, no parece posible remitirlos ni al *saltus* ni al *ager*. ¿Cómo explicar su presencia? Proponemos varias respuestas.

La influencia literaria, de la que hemos visto algunos casos, ofrece una primera explicación. Los autores se han copiado unos a otros, citando a menudo un diccionario de principios del XIX. Hemos remarcado que las tramas responden a un período de tiempo posterior. Acaso muchos de esos rasgos irreductibles a ellas sean residuos tomados de esas épocas anteriores.

Una segunda explicación, compatible con la anterior, es que se trate de atributos periféricos. Tal vez haya que ver en muchas de las caracterizaciones un mero lugar

---

<sup>269</sup> Cfr. S. Olave, *Reseña histórica, op. cit.*, p. 25.

común de escasa importancia ideológica. Así por ejemplo, que algunos autores hayan atribuido a los navarros falta de imaginación o de espíritu deportivo no dejaría de ser algo irrelevante. Los verdaderos retratos de la colectividad se darían no tanto en las descripciones explícitas como en los relatos sobre los orígenes, la guerra, etc.

Una tercera explicación, compatible con la primera, incidiría en la simultaneidad de varias ideologías dentro una misma obra. La de Iturralde, por ejemplo, pertenece al mismo tiempo al ideario euskaro, el pensamiento reaccionario español, el romanticismo europeo católico, etc. Las tramas sólo interpretan parte de esos contenidos, pero no pueden dar cuenta de todos. Los atributos citados formarían parte de esa franja no abordable por las tramas.

De una u otra manera las tres explicaciones ponen de relieve los límites hermeneúticos del dúo *saltus-ager*. Constatar esta finitud no debe suponer su depreciación. Como escribe Mosterín<sup>270</sup>, ninguna red nos servirá para atrapar todos los peces. Basta con que nos ayude a capturar algunos sabrosos.

---

<sup>270</sup> Jesús Mosterín, *Conceptos y teorías en la ciencia*, Alianza, Madrid, 1987, pp. 173-174.

## Capítulo 9.

### Reconstrucción y regreso de Navarra.

El Alzamiento militar de 1936 tuvo importantes consecuencias en la cultura navarra. De un lado, los autores navarristas, hasta entonces relativamente dispersos, quedaron aglutinados en torno al movimiento nacional. Precisamente, muchos escritores navarristas se curtirán como propagandistas de la rebelión antirrepublicana: Manuel Iribarren, Angel M<sup>a</sup> Pascual, Rafael García Serrano, etc. Del otro lado, los autores más próximos al nacionalismo debieron optar entre la cárcel, el exilio, el silencio o el apoyo más o menos sincero al nuevo orden de cosas. Mientras tanto, el último de los grandes euskaros, Campión, moría en 1937, poco después de haber firmado una discutida carta de “adhesión inquebrantable a la Junta Nacional de Burgos”<sup>1</sup>.

Con la victoria franquista y una vez remitida la efervescencia belicista en la cultura, los años de la postguerra conocieron el inicio de una sistemática campaña de reconstrucciones arquitectónicas promovida por la Diputación Foral de Navarra. Entre los años 1941 y 1963 el castillo de Olite, las catedrales de Pamplona y Tudela, los monasterios de Leire, Hirache, Iruzu y la Oliva e iglesias como Ujué, Santa María de Sangüesa, San Pedro de Estella, Eunate y un largo etcétera, son restauradas total o parcialmente. En el caso de los monasterios, las diversas órdenes religiosas -teatinos, benedictinos y cistercienses- vuelven a habitarlos. En Javier, restaurado por primera vez en 1890-92, se realiza una contrarrestauración que subsana los errores de la primera reforma<sup>2</sup>.

“[...] todas las iglesias santuarios y palacios arquitectónicamente bastardeados, abandonados o recompuestos sin estilo, se restauran o devuelven a su primer plano, a su primitivo plan constructivo y tecnológico.”<sup>3</sup>

La constitución de la Institución Príncipe de Viana en 1939, en sustitución de la vieja Comisión de Monumentos, y la publicación de su órgano, la revista del mismo

---

<sup>1</sup> “¡Campión con España!”, en *D. N.*, 15-IX-1936, p. 1. La carta ha suscitado opiniones divergentes en torno a su autenticidad. Cfr. J del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, op. cit., pp. 76-77. Bernardo Estornés Lasa, *Memorias. Recuerdos y andanzas de casi un siglo*, Auñamendi, Donostia, 1996, pp. 163 y ss.

<sup>2</sup> Cfr. José M<sup>a</sup> Recondo, “El Castillo de Xavier”, en *Príncipe de Viana*, n<sup>o</sup> 57-58, 1957.

<sup>3</sup> J. Aparicio, op. cit.



nombre a partir de 1940, en relevo del *Boletín*, supuso un hito fundamental en esta política de reconstrucciones. Dicha institución nacía, según su promotor, el Conde de Rodezno, con el doble objetivo de “sistematizar debidamente el propósito restaurador”<sup>4</sup> de los monumentos y de fomentar la “restauración”<sup>5</sup> de la historia de Navarra. La importancia de éste último objetivo venía dada por la convicción de Rodezno de que “el pueblo que desconozca su historia y no cuide con amor los testimonios de su pasado, mal podrá enfocar el porvenir por el cauce seguro de sus destinos”<sup>6</sup>. Por lo mismo, ambos propósitos no se concebían como una actuación estrictamente institucional y minoritaria: se trataba de contagiar a todo el pueblo navarro del entusiasmo por el pasado y el amor a los monumentos.

Es interesante constatar que, a diferencia de lo que podía suceder con Olóriz o Altadill, el Conde no responsabiliza a sus paisanos del precario estado de los “felicarios” de Navarra. De hecho, según señaló en el discurso pronunciado con motivo de la concesión de la Medalla de Oro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando a la Diputación en 1947, “el espíritu tradicional de sus naturales [...] jamás cedió al olvido de sus glorias pretéritas, antes bien, las envolvió en verdadero culto de amor y las guardó con nostálgica añoranza”<sup>7</sup>.

Tanto en este discurso como en un texto anterior, de 1940, Rodezno rinde homenaje al “grupo de hombres meritorios e inolvidables” que “inició en los finales del siglo XIX un movimiento renacentista de los estudios históricos, literarios y folklóricos del país”<sup>8</sup>, es decir, Gaztelu, Ansoleaga, Iturralde y el “gran maestro Campión”<sup>9</sup>. Bien es cierto que, a pesar de estas referencias, Rodezno remarca que nada más lejos del espíritu de la nueva institución que “la pedantesca y enconada concepción de una cultura exclusivamente regional, estrechamente reducida a los límites de un pequeño territorio”<sup>10</sup>. “Príncipe de Viana” nació con la voluntad manifiesta de “destacar la aportación de los navarros a la cultura hispana”<sup>11</sup>.

---

<sup>4</sup> Palabras del Conde de Rodezno recogidas en “Una Fecha memorable”, en *Príncipe de Viana*, nº 26, 1947, p. 91.

<sup>5</sup> Conde de Rodezno, “Nuestros propósitos”, en *Príncipe de Viana*, nº 1, 1940, p. 6.

<sup>6</sup> “Una fecha memorable”, *op. cit.*, p. 90.

<sup>7</sup> Conde de Rodezno, “Nuestros propósitos”, *op. cit.*, p. 6.

<sup>8</sup> “Una fecha memorable”, *op. cit.*, p. 91.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 92.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 93.

Las referencias a la labor de Iturralde, Campión, Ansoleaga y compañía por parte del promotor de la nueva institución tienen su importancia. Más allá de una mención anecdótica y exclusiva de Rodezno, la política de reconstrucciones de la postguerra debe comprenderse como una “respuesta” a las denuncias formuladas por los autores euskaros a partir de 1870. En este sentido, la literatura generada en torno a las ruinas restauradas incluye abundantes menciones a aquellos escritores. En cada caso se pone de relieve cómo las denuncias de Iturralde *et al.* eran justas para su época, pero que ahora, iniciada la nueva política de recuperación del patrimonio histórico y artístico, llevan camino de quedar resueltas. José Esteban Uranga, por ejemplo, en un texto de 1960 donde hace balance de los últimos veinte años de restauraciones, recuerda los desesperados llamamientos de la antigua Comisión de Monumentos<sup>12</sup>. Ésta, escribe, no pudo prever que la semilla plantada “iba a dar sus frutos”, que su lamento “iba a ser oído y atendido poco más adelante y por la siguiente generación, y que aquella vergüenza iba a ser debidamente reparada”. Como prueba, el texto incluye fotografías de cada lugar antes y después de cada restauración. A un lado vemos muros caídos y torres desmochadas, al otro monasterios y castillos impecables. Uranga subraya que el ejemplo no sólo ha cundido “en una minoría selecta, sino en todo el pueblo navarro”. También Francisco López Sanz cita la denuncia de Iturralde sobre Leire, y añade: “ya no sirven totalmente estas palabras, exactas y certeras aplicadas a otros tiempos”<sup>13</sup>, la Cruzada ha terminado con el ciclo de destrucciones. “El milagro se ha hecho”; los navarros pueden visitar orgullosos la cuna de su reino. “Ya no es Leire un recuerdo enterrado entre escombros”<sup>14</sup>.

Contra lo que podría creerse, las críticas abiertas de los escritores navarristas de la postguerra hacia los euskaros son muy escasas y se circunscriben casi exclusivamente a los que en algunas de sus obras se mostraron más próximos al nacionalismo. Es cierto que los nombres de aquéllos autores pasaron al olvido en esta época, pero ello no fue como resultado de un ataque directo a sus ideales, sino por el silencio y la falta de nuevas ediciones.

Como vimos a lo largo del primer capítulo, la denuncia de Iturralde y compañía por el estado ruinoso de los principales monumentos de la provincia era algo más que la

---

<sup>12</sup> J. E. Uranga, “Las restauraciones monumentales en Navarra”, en *Pregón*, nº 63, 1960.

<sup>13</sup> Francisco López Sanz, “Leire, como su Abad San Virila, despierta de un largo sueño”, en *Pregón*, nº 25-26, 1950.

<sup>14</sup> Francisco López Sanz, “Leire ya no es una ruina monástica. Ya hay en el cenobio monjes que cantan y rezan salmos”, en *Pregón*, nº 42, 1954.

queja erudita de unos estudiosos de la historia y el arte. La ruina de aquéllos lugares ponía en evidencia la decadencia de Navarra. Su reconstrucción también será algo más que una simple reforma arquitectónica. Lo que se pretende con ella es suturar el declive del país, devolverle la memoria y reparar las ofensas infligidas al pasado. Como en una novela gótica, los vivos resarcen a sus fantasmas familiares, para que el lamento nocturno de éstos cese. Olite, escribe Mario Ozcoidi, ‘ha dejado de ser la víctima secular de las injurias del tiempo y de los hombres’<sup>15</sup>. Quienes pasean por Iranzu, leemos en *Pregón* en 1946, ya no podrán dejar caer ‘suspiros del corazón por la tristeza que les causaba ruina tan descomunal’<sup>16</sup>. ‘Por todos los caminos de Navarra florece una primavera de piedra’. Las guías ya no dirán de Iranzu, para vergüenza de los navarros, ‘Antiguo monasterio, hoy en ruinas’, sino, para su orgullo, ‘Iranzu restaurado en piedra nueva con viejo espíritu’. Los vínculos del pasado con el presente han quedado reanudados.

La ruina, recuérdese, era honor y vergüenza de los navarros contemporáneos. Mostraba su glorioso pasado, pero también proclamaba su escasa piedad filial, su falta de atención hacia el recuerdo de los ancestros. La reconstrucción tiene el propósito declarado de enmendar aquél pecado, o al menos esa es la lectura que hacen los autores navarros. ‘La restauración arquitectónica del monasterio de San Salvador de Leyre y en él la Orden Benedictina’, sentencia Ruiz de Oyaga, ‘es la obra entre todas que rehabilita a nuestra generación y dignifica a Navarra’<sup>17</sup>. Otro tanto sucede en opinión de Julián Rubio con la restauración de Olite. Las nuevas piedras, colocadas ‘gracias a feliz acuerdo de nuestra Diputación Foral’, escribe, dirán ‘à las generaciones por venir cómo ha sabido nuestra generación valorar el arte y el recuerdo de los que nos precedieron’<sup>18</sup>.

Se trata, en definitiva, de restaurar Navarra, de que su espíritu deje de agonizar en las montañas y los bosques, como se lamentaba Iturralde a finales del XIX. Durante la Gamazada, Ansoleaga sugirió la idea de que conservándose los monumentos legados por los ancestros, esto es, la materia, también el espíritu se conservaría<sup>19</sup>. Los autores que abanderan las restauraciones parecen compartir la misma opinión. José María Donosty, por ejemplo, destaca en 1954 que la restauración de los monumentos no es

---

<sup>15</sup> Mario F. Ozcoidi, ‘El Real Palacio de Olite camino de su reconstrucción’, en *Arga*, nº 7 y 8, 1945.

<sup>16</sup> C. L. G. , ‘La restauración del monasterio de Iranzu’, en *Pregón*, nº 9, 1946.

<sup>17</sup> Julio Ruiz de Oyaga, ‘Maestros constructores del monasterio nuevo de San Salvador de Leyre. 1567-1648’, en *Príncipe de Viana*, nº 52-53, 1953, p. 340.

<sup>18</sup> Julián Rubio, *Guía de Navarra. 1952-1953*, Ed. Navarras, Pamplona, 1952, p. 169.

<sup>19</sup> Colaboración sin título de Florencio Ansoleaga en *la Navarra Ilustrada*, 1894, p. 2.

“tan sólo, una restauración material de orden arquitectónico, sino una restauración íntegra, total”, esto es, una restauración “de su espíritu”<sup>20</sup>. Otro tanto cree José Esteban Uranga<sup>21</sup>. Y dado que, como vimos, los monumentos experimentan la misma suerte que el país, su reconstrucción supone también el resurgir de Navarra. Porque en efecto, señala emocionado Miguel Ángel Astiz, el pueblo navarro

“[...] al ver cómo se reconstruyen las piedras nobles de sus palacios y sus ermitas, está esperando la reconstrucción de su espíritu.

Para que las piedras restauradas sean vivo testimonio de una época, expresión gozosa de un renacer.”<sup>22</sup>

Hay que subrayar que las restauraciones que se suceden a partir de 1940 no sólo tienen como objeto los monumentos arquitectónicos, aunque sin duda es el ámbito donde más éxito tuvieron. Al fin y al cabo, no sólo aquéllos se encontraban abandonados. También los fueros, el euskera, los bosques y el folklore son objetos de tentativas, más o menos esforzadas, de reconstrucción. Así, en los años de la postguerra, Diputación inicia una intensiva política de repoblaciones forestales. Similarmente, hacia 1943, comienzan los trabajos tendentes a recopilar la legislación civil de Navarra, trabajos que culminarán en 1973, con la promulgación del Fuero Nuevo. En 1957, por último, Diputación crea la Sección de Fomento del Euskera. Ésta, según Xavier Ereintzatarra, completa la restauración de las ruinas monumentales, iniciando la reconstrucción de ese “castillo lingüístico”<sup>23</sup> que es el idioma pirenaico. Otros grupos intentarán el renacimiento del folklore, la danza, las tradiciones populares, etc.<sup>24</sup>.

Si la constatación de las ruinas había desencadenado una visión pesimista sobre el estado de Navarra, su reconstrucción promueve una lectura profundamente satisfecha y autocomplaciente. Francisco López Sanz es uno de los autores más optimistas respecto al porvenir del Antiguo Reino. Según afirma, “el maestro Campián” se equivocó “al decir: ‘Navarra va siendo cada día menos baska y cada día menos navarra’. Navarra fue cada día más navarra, más idealista, más amante de su personalidad, más

---

<sup>20</sup> José María Donosty, “Leire”, en *Pregón*, nº 42, 1954.

<sup>21</sup> J. E. Uranga, “Las restauraciones monumentales en Navarra”, *op. cit.*

<sup>22</sup> Miguel Ángel Astiz, “Alma navarra: el pueblo hace su tarea”, en *Pregón*, nº 17, 1948.

<sup>23</sup> Xavier Ereintzatarra, “Para el fomento del Euskera”, en *Pregón*, nº 62, 1959.

<sup>24</sup> I. C., “El renacimiento de la danza”, *op. cit.* Recuérdese también la recuperación de tradiciones como el rey de la Faba, el misterio de Obanos, el Olentzero, etc.

dueña de sí misma, más guardadora de su ser y de su historia, más enemiga de modernismos y de insensateces”<sup>25</sup>. También Manuel Iribarren cree que, lejos de ser “una pieza de museo”, un recuerdo casi olvidado, “Navarra es una realidad viva”<sup>26</sup> que ha sabido mezclar “sin promiscuidad” lo antiguo y lo moderno. Gracias a ello el Viejo Reino disfruta hoy, junto de una acendrada religiosidad y de una moral envidiable, de buenas carreteras, de una administración eficiente y de un general bienestar económico. En opinión de nuestro autor, los navarros del presente, lejos de lo que supusieron los euskaros, no han perdido conciencia de lo que fueron, como tampoco el recuerdo de sus ancestros: “Parece como si la mayoría de mis paisanos conservaran en el subconsciente, grabada a fuego, la noción de sus pasadas glorias”<sup>27</sup>.

Gracias a todas estas reconstrucciones, Navarra ya no es el pueblo de las ruinas y el olvido. Los ancestros no pueden maldecir desde sus tumbas porque su espíritu ha sido fielmente recogido por la nueva generación. Ya no hay una ruptura entre el ayer y el hoy, el tiempo perdido se ha convertido en memoria viva. Tal y como proclama Casas Torres,

“La Navarra actual es hija del pasado, su originalidad está precisamente en este pasado, y permitidme que os diga que para mí está en la actualización y en la vigencia plena y eficazísimo de este pasado.”<sup>28</sup>

“Esta combinación feliz de lo que había que conservar y lo que había que cambiar define a mi entender la originalidad de Navarra.”<sup>29</sup>

Gracias a la benemérita labor de su Diputación Foral, a su recuperación física y espiritual de lo perdido, la provincia ha dejado de estar dormida, culpablemente indiferente ante su historia, pasando a ser un modelo de integración entre pasado y futuro. En pocos años, ya reparada la herida de la provincia, solventada supuestamente su relación con los ancestros, el navarrismo de la postguerra podrá derivar en la ideología de los nuevos tiempos de pujanza y crecimiento industrial, en el discurso de la Navarra equilibrada y próspera, tradicional y modernizante, sanamente regionalista y

---

<sup>25</sup> Francisco López Sanz, “Navarra lleva en su seno...”, en *Vida Vasca*, nº 16, 1939, p. 123.

<sup>26</sup> M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 7.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>28</sup> José Manuel Casas Torres, *La originalidad geográfica de Navarra*, Excma. Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1956, p. 19.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 20.

fervientemente española. Para 1964, cuando se cumplen los veinticinco años de la victoria franquista, Rafael García Serrano atisba el surgimiento de esta nueva provincia:

‘[...] nos gusta soñar una Navarra -ya vecina en el tiempo- con prados y bosques, con factorías y explotaciones, con trigo y con ganado. La Navarra de las potasas y la de los perfiles en frío, la de la madera y las conservas, una Navarra con vinos que den la batalla a los de Francia, y una Navarra productora de cemento; con el trigo y el cordero, con trenes de laminación y con cadenas de montaje; con sus aguas ordenadas en el buen servicio de la comunidad, para la luz, para la energía, para el riego.’<sup>30</sup>

En definitiva, para los navarristas de la postguerra la restauración de las ruinas termina con el período de agonía. El poema de Máximo Ortabe ‘En el Castillo de Olite’<sup>31</sup> ofrece una expresión paradigmática de este pensamiento. En sus versos, el autor evoca el espíritu de Hermilio de Olóriz, recuerda sus lamentos por el abandono del palacio de Carlos III y de toda Navarra. Entonces Ortabe consuela al poeta. ‘No llores’, le dice, gracias a ‘tus lagrimas’, el pueblo navarro ha reaccionado y ‘las ruinas no son ruinas’<sup>32</sup>. Luego recorren juntos un castillo completamente restaurado. ‘Navarra se despereza de su profundo sopor’<sup>33</sup>. A lo lejos se escuchan las plegarias de los restaurados Hirache, la Oliva, Eunate, Iranzu, etc. ‘¡Tu pueblo no era muerto!... ¡Es que estaba dormido!’<sup>34</sup>. Como dice en otro poema del mismo libro, ‘Navarra... vuelve a brillar rememorando sus antiguos tiempos de gloria y majestad’<sup>35</sup>.

‘¡Navarra... vuelve!’<sup>36</sup>

### **La marea del desencanto.**

Además de a la reconstrucción formal de Navarra, los años de la postguerra asistieron al reforzamiento de un difuso proceso de desencantamiento en la cultura

---

<sup>30</sup> R. García Serrano, ‘Prólogo’ a J. del Burgo, *Navarra. España en paz, op. cit.*, pp. 10-11.

<sup>31</sup> En M. Ortabe, *Navarra vuelve, op. cit.*

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 286.

<sup>33</sup> *Ibidem*.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 287.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 287.

local. Ya con anterioridad autores de la talla de Campi3n habían comenzado a mostrar su creciente escepticismo ante algunas de las creencias y los t3picos de la cultura navarra. As3, en la novena serie de su *Euskariana*, afirma que si el euskera sobrevive a la romanizaci3n no es por la resistencia ind3mita de los vascos, sino por el poco inter3s de los romanos<sup>37</sup>. A esto se a3ade su teor3a de que las cortes navarras s3lo se constituyeron plenamente, con facultad legislativa, hasta el a3o 1330<sup>38</sup>, algo que contrar3a la versi3n tradicional. Incluso la presencia del ap3stol Santiago en la Pen3nsula le parece dudosa a nuestro escritor<sup>39</sup>. En la misma l3nea, autores como Etayo o Pradera pusieron en entredicho algunos otros mitos de la historiograf3a precedente.

A partir de 1939 esa corriente desmitificadora parece acentuarse y adquirir un car3cter m3s sistem3tico. Un ejemplo de ello es la obra del ya citado Luis del Campo. Este, en sus *Investigaciones hist3rico cr3ticas*, reprocha el “excesivo navarrismo”<sup>40</sup> de la historia anterior a la hora de abordar los comienzos del reino. En su lectura, los I3tigos luchan ferozmente contra los Jimenos, no dudando en aliarse con los moros. Del Campo duda de la religiosidad de los navarros de aquellas fechas, aqu3llos que para Ol3riz o Pelairea eran esforzados paladines de la Cristiandad. Los matrimonios de entonces, escribe, eran por fuero, sin sacerdote, y permit3an el divorcio; los concubinatos entre musulmanes y cristianos eran frecuentes en la nobleza. Adem3s la Navarra primigenia no s3lo no era patriarcal -como hab3an supuesto tantos autores-, sino que se reg3a matriarcalmente. “Los hijos ser3an de la madre, el clam [sic] era el materno y la autoridad ejercida por el abunculado. El padre pudo llegar a desconocerse”<sup>41</sup>.

En otro lugar, en concreto en su biograf3a de Sancho el Fuerte, Luis del Campo ha echado por tierra tambi3n muchas de las leyendas que circulan en torno a este personaje. Seg3n destaca, no s3lo tuvo buenos tratos con los almohades, resultando excomulgado en 1197, sino que “su conducta execrable encaja perfectamente en una denominaci3n. Perfidia”<sup>42</sup>. Sobre las Navas se3ala que “se ha hipertrofiado la importancia de la batalla”<sup>43</sup> y que, posiblemente, Navarra s3lo jug3 un “insignificante

---

<sup>37</sup> A. Campi3n, *Euskariana. Novena serie, op. cit.*, p. 50.

<sup>38</sup> *Ib3dem*, p. 213.

<sup>39</sup> *Ib3dem*, pp. 52 y ss.

<sup>40</sup> L. del Campo, *Investigaciones hist3rico-cr3ticas, op. cit.*, p. 14. Cfr. J. del Campo, *Sancho el Fuerte de Navarra, op. cit.*, p. 90., donde critica la “man3aca pasi3n regionalista” de Moret y Campi3n.

<sup>41</sup> *Ib3dem*, p. 201.

<sup>42</sup> J. del Campo, *Sancho el Fuerte de Navarra, op. cit.*, p. 257.

<sup>43</sup> *Ib3dem*, p. 248.

papel” en la victoria. La cifra de 200 combatientes, dada por Ximénez de Rada, le parece perfectamente plausible. Del Campo tampoco se muestra conforme con la política interior del Fuerte, hasta el punto de afirmar que “si enjuiciamos a Sancho como gobernante bajo el prisma de nuestra sociedad, nos parecería un dictador en sus actos”<sup>44</sup>.

Las investigaciones llevadas a cabo por José M<sup>a</sup> Lacarra han supuesto también un jarro de agua fría sobre muchas de las pretensiones de la vieja historia regionalista. Según afirma, los vascones no se enfrentaron en un primer momento a los árabes, sino que mantuvieron buenas relaciones con ellos<sup>45</sup>. De hecho, hacia el siglo VII, “se distinguen por su crueldad con las personas y las cosas religiosas”<sup>46</sup>. Lejos de ser los cristianos *avant la letre* que describía Navarro Villoslada en *Amaya*, su religiosidad es puesta en entredicho hasta el siglo XV.

En la misma línea, Eladio Esparza llega a recomendar que se repare en las “gacetillas desastrosas de nuestros antepasados, para que no se nos llene tan gratuitamente la boca de elogios a las ‘sencillas y buenas costumbres’ de otros tiempos que, positivamente, no fueron mejores”<sup>47</sup>. Como siguiendo su consejo, José M<sup>a</sup> Iribarren destaca la “criminalidad aterradora”<sup>48</sup> en la Navarra de 1828. Por otro lado, los retratos que ofrece de Carlos III, Mina y Zumalacárregui se aproximan perceptiblemente a la caricatura<sup>49</sup>. Abundando en la misma corriente, su homónimo Manuel Iribarren descubre la “Crónica negra”<sup>50</sup> de Navarra: hacia 1843 la provincia tiene el mayor índice de criminalidad de la península. Los navarros llegan a ser conocidos por estas fechas como “los de la navaja”<sup>51</sup>. Por su parte, Uranga, afirma que los ancestros no resistieron ni mucho ni poco a los romanos; en los primeros siglos de nuestra era se produjo la “completa romanización de Pamplona”<sup>52</sup>. Florencio Idoate, por último, declara que o

---

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 405.

<sup>45</sup> José M<sup>a</sup> Lacarra, “Expediciones musulmanas contra Sancho Garcés”, en *Príncipe de Viana*, n<sup>o</sup> 1, 1940.

<sup>46</sup> J. M. Lacarra, *Vasconia medieval*, *op. cit.*, p. 66.

<sup>47</sup> E. Esparza, *Hubo Pirineos*, *op. cit.*, p. 69.

<sup>48</sup> J. M. Iribarren, *Historias y costumbres*, *op. cit.*, p. 73.

<sup>49</sup> Así, describe a Carlos III, “Cariancho, de robusta nariz, tiene unos ojos dulces, unos labios delgados y unas quijadas recias, de aldeano hecho a los goces del buen yantar” (*Ibidem*, p.28). Zumalacárregui es representado colérico y sombrío (*Ibidem*, p. 322). Espoz y Mina como misántropo, enfermo, aquejado de hemorroides y cruel (*Ibidem*).

<sup>50</sup> M. Iribarren, *Navarra*, *op. cit.*, p. 373.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 376.

<sup>52</sup> José Javier Uranga, “La población de la Navarrería de Pamplona en 1350”, en *Príncipe de Viana*, n<sup>o</sup> 46-47, 1952, p. 67.



bien Iñigo de Loyola no era capitán o bien no estuvo presente en el asedio de Pamplona<sup>53</sup>.

Además de en personajes históricos, las desmitificaciones se han ensañado también en personajes colectivos, como los campesinos y los aldeanos. En la literatura peninsular el papel de éstos ha oscilado entre la veneración de los escritores costumbristas y románticos y la sátira más o menos cruel. A veces aparecen como depositarios de la tradición, son seres sobrios y sabios, austeros y valerosos. Otras son personajes ridículos y supersticiosos, analfabetos y toscos, fuente continua de anécdotas para los ciudadanos. Durante la postguerra la tendencia a enfatizar exclusivamente el lado cómico de los campesinos navarros parece acentuarse, sobresaliendo muy por encima de su papel señorial. El autor más leído de esta época, José M<sup>a</sup> Iribarren, destaca en multitud de libros las supersticiones y humoradas de montañeses y riberos. Reproduce su forma de hablar, se recrea en su ignorancia, aunque sea con amabilidad y simpatía. En la Montaña, escribe, existe la costumbre de echar desnudos a la pocilga a los niños con erupciones para curarlos. En la Ribera se engorda a los cerdos mezclándoles pienso y piojos; en otro lugar las diarreas se cortan con un corcho en el ano<sup>54</sup>. Durante los años cincuenta y sesenta muchos autores menores le siguen en la elección de los campesinos como personajes cómicos para sus escritos<sup>55</sup>.

La marea desmitificadora también alcanza a los fueros. El propio José M<sup>a</sup> Iribarren afirma que el Fuero General de Navarra ‘brinda al aficionado a las curiosidades sobrados temas de amenidad’<sup>56</sup>, y se permite jocosos y burlones comentarios sobre algunas de las disposiciones de los venerados ancestros. Manda el Fuero de Navarra, escribe divertido, que el que hurte un gato y no pueda pagar la multa en mijo, será desnudado y se le atará al cuello el gato, hostigando a éste para que clave las uñas en el infeliz<sup>57</sup>. Manda también, continúa, que si alguno roba un carnero se llene una ‘campaneta de m... de home hasta que esté rasa, y hagan implir en la boca del

---

<sup>53</sup> F. Idoate, ‘Las fortificaciones de Pamplona’, *op. cit.*, p. 11.

<sup>54</sup> Cfr. José M<sup>a</sup> Iribarren, *Batiburrillo. Anecdótico popular pintoresco*, 2<sup>a</sup> ed., Ed. Gómez, Pamplona, 1950. *Historias y costumbres*, *op. cit.*; *Retablo de curiosidades*, *op. cit.*

<sup>55</sup> Valgan como muestra: F. López Sanz, ‘El del ‘clujido’ de Valtierra’, en *Pregón*, n<sup>o</sup> 50, 1956; Andrés Briñol, ‘Oyendo y contando cosas de nuestra tierra’, en *Pregón*, n<sup>o</sup> 49, 1956; José M<sup>a</sup> Remacha, ‘Maiximico (entremés tudelano)’, en *Pregón*, n<sup>o</sup> 38, 1953; Juan de Echavacoiz, ‘Pintoresquismo pamplonica’, en *Pregón*, n<sup>o</sup> 12, 1948. En la misma línea humorística, aunque anterior a Iribarren, está la obra de Cándido Testaut, ‘Arako’, publicada en el *Diario de Navarra* desde 1910 hasta la década de 1950. Cfr. Arako, *Dialogando*, Ed. Leyre, Pamplona, 1947.

<sup>56</sup> J. M<sup>a</sup> Iribarren, *Navarrerías*, *op. cit.*, pp. 31-32.

<sup>57</sup> *Ibidem*, pp. 165-166.

ladrón de aquella m...”<sup>58</sup>. También López Sanz, entre otros, explota el Fuero como fuente de anécdotas, actitud muy alejada del respeto que podía merecer a Olóriz o Iturralde<sup>59</sup>.

Hay que matizar que la desmitificación no llega a ser completa, y que la voluntad de quienes la llevaron a cabo tampoco pretendía desprestigiar absolutamente a los ancestros, los campesinos y las viejas leyes. De hecho, a menudo en los mismos lugares donde señalan las faltas de los personajes regios, los excesos de la historiografía regionalista o lo jocoso de los antepasados, se recogen con absoluta convicción creencias igualmente míticas y visiblemente conectadas con la tradición historiográfica más rancia. Luis del Campo, por ejemplo, ofrece una lectura mitificante del ceremonial de coronación y declara que las mazas y las cadenas custodiadas en Roncesvalles son auténticas<sup>60</sup>. Las páginas anteriores ofrecen abundantes muestras del mismo fenómeno para los casos de Iribarren, Esparza, López Sanz, Campión, etc.

Al tiempo que tiene lugar el proceso de desencantamiento, algunos temas, periféricos en la cultura precedente, cobran una insospechada importancia. Este es el caso de los Sanfermines. Con anterioridad, en efecto, las fiestas de Pamplona no parecen haber interesado demasiado a la mayoría de los literatos navarros. Es más, buena parte de ellos expresan cierto menosprecio por ellos. Nicasio Landa, en 1882, propugna que abandonen las corridas de toros, “reproducción absurda de las del circo romano”, y se organicen concursos literarios<sup>61</sup>. En 1925 Vicente Martínez de Ubago manifiesta su poco afecto por el jolgorio sanferminero, que es “todo lo contrario” de “la alegría euzkérica”<sup>62</sup>. Al año siguiente, Eladio Esparza reclama fiestas más culturales para toda Vasconia<sup>63</sup>. En 1934 el Ateneo navarro organiza una exposición “con el ferviente deseo de llevar hálitos de espiritualidad al cartel de las fiestas anuales de Pamplona, casi por entero materializadas en el sangriento y reiterado espectáculo de la llamada fiesta nacional”<sup>64</sup>. Durante la postguerra, por el contrario, las fiestas se erigen en el acontecimiento por excelencia de Navarra y en un tópico extraordinariamente

---

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 33. Los puntos suspensivos son suyos.

<sup>59</sup> F. López Sanz, “Las barbas en el fuero y en el foro”, en *Pregón*, nº 20, 1949.

<sup>60</sup> L. del Campo, *Investigaciones histórico-críticas*, *op. cit.*, y *Sancho el Fuerte de Navarra*, *op. cit.*

<sup>61</sup> N. Landa, *Los primeros cristianos*, *op. cit.*, p. I.

<sup>62</sup> Vicente Martínez de Ubago, “Pamplona se divierte”, en *Navarra*, 1925.

<sup>63</sup> Eladio Esparza, “Las fiestas de los pueblos”, en *Euskalerrriaren Alde*, tomo XVI, 1926.

<sup>64</sup> “Exposición de Artes plásticas”, en *Cultura Navarra*, nº 5, 1934, p. 201.

frecuentado por la literatura local<sup>65</sup>. En el contexto de una caracterización en clave turística de España, y a falta de flamenco y playa, los Sanfermines constituyen el reclamo más visible de la provincia.

Es obvio que la Navarra de la postguerra no se compone sólo de fiesta, ni siquiera literariamente. Muchos de los viejos tópicos, como los fueros, permanecen en activo. A esto se añade el que otro de los temas en alza, la religiosidad, se mezcle agudamente con elementos de la cultura política precedente. No en vano, el nacional-catolicismo que impera en toda España logra en Navarra uno de sus desarrollos más originales. Una de las muestras más sobresalientes de tal mezcla es la coronación de Santa María la Real en septiembre de 1946, con motivo del Congreso Eucarístico Diocesano. Los caminos de Navarra y las calles de Pamplona se saturan con fieles que desean asistir a la ceremonia. El entusiasmo popular sólo es comparable al que imperaba durante la Gamazada en 1894. La imaginería medieval, tan apreciada por la estética falangista<sup>66</sup> y tan atractiva para el sano regionalismo navarrista, hace continuo acto de presencia: maceros, cruzados, heraldos y atabaleros desfilan por la ciudad. Los propios discursos de políticos, eclesiásticos y periodistas abundan en un lenguaje anacrónico. Los navarros van ha hacerse “vasallos de esa dulce Reina”<sup>67</sup>, coronándola conforme al ritual de Carlos III el noble. El día convenido, doce “ricos-homes” alzan sobre el pavés la efigie de María, al triple grito de “¡Real, real, real!”. Con ello, glosa el Conde de Rodezno en su discurso, el Viejo Reino de Navarra concluye su itinerario histórico. La madre de Dios será desde ahora y para siempre su Señora:

“[...] cuando de nuestro reino queda tan sólo su bella historia, cuando las glorias legendarias están envueltas en la bruma de los siglos, Navarra usa del milenario rito y te levanta sobre el pavés y te corona por Reina, poniendo su bandera en el cielo y a su historia un colofón, el más alto que soñar se pudo, al depositar el símbolo de la realeza, por última vez, en tus augustas, dándote para siempre el trono de este pueblo.”<sup>68</sup>

---

<sup>65</sup> Cfr. la revista *Pregón* a partir de 1947, uno de cuyos cuatro números anuales se dedica monográficamente a las fiestas. Otras muestras destacables de literatura sanferminera son las obras de José M<sup>a</sup> Iribarren (recogidas en la bibliografía).

<sup>66</sup> Cfr. Gonzalo Pasamar Alzuría, *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1991.

<sup>67</sup> Faustino Corella, *Navarra por Santa María. Breve crónica de su coronación*, Imp. Diocesana, Pamplona, 1946, p. 30. Cfr. con la crónica de F. Corella, “Navarra por Santa María”, en *Pregón*, n<sup>o</sup> 9, 1946.

<sup>68</sup> Recogido en F. Corella, *Navarra por Santa María*, *op. cit.*, pp. 59-60.

A través de esta sublimación los pleitos sobre las bulas, la legitimidad de la conquista, los títulos para detentar la corona de Navarra de los borbones -exiliados desde 1931-, etc., quedan extinguidos y resueltos. El reino, voluntaria y libremente, como cuando se fundó, ha dado el trono a un personaje indiscutible y eterno. Entregándose a la Madre de Dios, Navarra resuelve brillantemente la tragedia de un reino despojado injustamente hace cuatro siglos.

### **Conclusiones.**

A pesar del silencio de los críticos, los manuales y los libros de texto, creemos fundamentado hablar de la existencia de una cultura navarra para el período de tiempo indicado. Esta creencia se justifica por la marcada homogeneidad temática de la mayor parte de la bibliografía producida en la provincia durante esos años, algo que le otorga un perceptible “aire de familia”. A lo largo de las páginas anteriores hemos presentado los que, a nuestro modo de ver, son sus temas más importantes y duraderos: las ruinas, los orígenes de la raza y el reino, las guerras, los fueros, el euskera, etc.

Uno de los rasgos más llamativos de esta cultura son sus estrechos lazos con la política. No se trata aquí de demarcar dependencias entre ambos ámbitos. Tan viable sería hablar de un análisis político de la cultura como hacerlo de un análisis cultural de la política. Lo importante es comprender que la cultura ha servido de campo de batalla entre las diversas ideologías políticas y que éstas no pueden comprenderse al margen de las producciones culturales. Esta circunstancia se evidencia desde el propio surgimiento de la cultura regional en los albores de la Restauración, cuando un grupo de intelectuales intenta romper precisamente desde la historia y la literatura la dialéctica de carlistas y alfonsinos.

Este rasgo se encuentra relacionado con la condición anamnética de la cultura local. Como hemos podido ver, ésta puede concebirse como una gran búsqueda de testimonios, como una ingente historia y rememoración de la identidad perdida. La poesía, la narrativa, el derecho, la historia, la etnografía, etc., concurren en la misión de despertar a Navarra de su sueño culpable y mortífero, en devolverle la memoria y la conciencia de los tiempos primigenios, la *vis* de los ancestros. Este interés por el pasado no reduce a la cultura navarra a un mero apéndice de la historia, al menos entendiendo ésta como disciplina científica. De hecho, constantemente las hipótesis

factuales históricas han quedado en ella subordinadas a afirmaciones más profundas sobre la identidad del grupo y su relación con sus vecinos. La cultura es historia en el sentido de búsqueda de testimonios, pero no en el de ciencia sometida al expediente de las instancias científicas.

Otro rasgo significativo de la cultura navarra es su marcado localismo. No sólo sus temas han sido casi exclusivamente navarros, también su público y su repercusión lo son. Pocos autores trascienden más allá de la provincia o, en el mejor de los casos, del ámbito vasconavarro. Se trata, en definitiva, de una cultura relativamente cerrada y centrada en sí misma y, sobre todo, sin vocación para rebasar ese círculo.

A pesar del patente aire de familia y de la homogeneidad temática de la cultura navarra a lo largo de estos 80 años, hemos puesto de relieve la existencia en su interior de una dialéctica entre dos formas de comprender la identidad nativa, dos maneras de tramar los diversos relatos, la trama del *saltus* y la trama del *ager*. La primera concibe el ser navarro en forma de aislamiento, diferencia, hostilidad frente al extraño, independencia y agonía. La segunda, por el contrario, lo hace en términos de mestizaje, pacto, sacrificio e integración en destinos superiores. El mismo tema leído por una u otra trama ofrece relatos contrapuestos. Del mismo modo, diferentes temas leídos por la misma trama producen relatos ideológicamente equivalentes.

A menudo *saltus* y *ager* se encuentran entremezcladas en el interior de un mismo texto. Es también habitual que un autor produzca relatos conforme a una y otra trama. Este fenómeno evidencia una característica importante de la cultura navarra: su ambigüedad entre esas dos formas de comprender la navarridad, su indecisión entre los riesgos y las oportunidades del autismo fortalecedor, por un lado, y, por el otro, la comunicación claudicante.

En relación con ello hemos postulado la existencia de una afinidad entre las tramas y los diferentes regionalismos navarros, a saber, la corriente euskara, el navarrismo y nacionalismo. En concreto, los euskaros recogerían por antonomasia la tensión entre las tramas, bien que resolviéndola precariamente a favor del *ager*. Por su parte, los nacionalistas se acercaría a la visión del *saltus*, mientras que los navarristas se encontrarían próximos al *ager*. La razón de hablar de afinidades y no de correspondencias estriba en la mencionada pronunciada ambigüedad de la cultura navarra. En especial hay demasiados textos pertenecientes a autores en principio afines a una trama que se encuentran desconcertantemente cercanos a la trama supuestamente contraria.

La cultura navarra fracasó a la hora de obtener el reconocimiento de las instancias culturales. Como hemos insistido, las historias de la literatura no mencionan apenas sino a unos pocos autores navarros y nunca como parte de una cultura específicamente navarra. Este desconocimiento es extensivo a la actual comunidad foral. Muy pocos navarros sabrán hoy quiénes son los escritores que han recorrido nuestro trabajo; sus obras, con unas pocas excepciones, no se encuentran ya en las librerías. A nuestro modo de ver la razón de este hecho se encuentra en la paradójica relación de la cultura política navarra actual respecto a la del período anterior, es decir, aquélla que hemos examinado. El debate político contemporáneo gira esencialmente en torno a la vasquidad de Navarra. La negación de ésta se ha convertido en el discurso hegemónico de la provincia y en el distintivo del navarrismo. Sin embargo, la práctica totalidad de los literatos navarros, incluyendo a la mayoría de los navarristas, consideró que Navarra era vasca, estuviesen o no de acuerdo en la creación de un ente autónomo que abarcara las cuatro provincias. Esta opinión los ha vuelto irrecuperables e incómodos para la mayoría de los navarros del presente. En principio, los sectores nacionalistas se encontrarían en mejor disposición para vindicar la antigua cultura navarra, pero el rechazo por éstos de la idea de España, admitida por la mayoría de los literatos navarros, limita su posible reivindicación a los autores estrictamente nacionalistas. A causa de esta fractura entre la cultura navarra del período estudiado y la del presente hemos afirmado que nuestro análisis lo era de un discurso desaparecido.

Sin embargo, en otro sentido la cultura navarra del período aquí abordado no ha carecido de continuidad en el presente. Por curioso que parezca, los temas y los lugares escogidos por nuestros autores para escribir sus relatos e ilustrar su visión del país sí perduraron. Buena parte de su concepción de la historia de Navarra acertó a divulgarse entre los navarros, a menudo a pesar de los desmentidos académicos. Aquéllos saben hoy qué “sucedió” en Roncesvalles y las Navas de Tolosa, qué importancia tienen los fueros, qué representa el euskara, dónde están Leyre, Javier y La Oliva; quién construyó Olite. En este sentido nuestros autores consiguieron implantar algunos hitos en la memoria de Navarra. Pero sus nombres y sus obras se olvidaron.

¿Qué ha sido de las tramas? ¿Puede sostenerse su continuidad en los discursos políticos actuales? La cuestión es más compleja de lo que pueda parecer en un primer momento. Sucesos como la conmemoración de la batalla de Roncesvalles en 1978, mencionado en el capítulo cinco, parecen indicar una respuesta afirmativa. Otros textos nos han mostrado la pervivencia de las tramas en fechas muy cercanas. Sin embargo no

cabe ignorar que con la implantación de la democracia los discursos políticos han mudado profundamente. Poco queda de los fueros en el Amejoramiento navarrista de 1982 y poco también en el Estatuto de Gernika aprobado por el P. N. V. La propia relación de los grupos y los partidos políticos con sus antecesores se ha hecho muy problemática. Por eso nos parece tan arriesgado afirmar que el nacionalismo democrático actual herede globalmente el *saltus*, como pensar que el navarrismo de 1998 recoja substancialmente la defensa del *ager* de Esparza o Pradera. Podemos sentirnos especialmente tentados de ver en la izquierda nacionalista radical una encarnación de la fiereza del *saltus*, una llamada a la resistencia incondicional, análoga a la de Amagoia, pero a nuestro modo de ver, esta impresión no es más que un espejismo. La actividad del abertzalismo rupturista está más marcada por el marxismo leninismo y el discurso antisistema de los años 70 que por los intentos anamnéticos de Olóriz e Iturralde. Bien es cierto que el navarrismo contemporáneo comprende la identidad de Navarra en términos de colaboración y pacto con España, como el *ager*, mientras que la izquierda nacionalista lo hace en términos de separación y enfrentamiento, como el *saltus*. En cualquier caso, la cuestión desborda los fines de este trabajo y se encuentra a la espera de futuras investigaciones.

## Apéndice biográfico.

Los escritores navarros citados en las páginas anteriores son, en su inmensa mayoría, perfectos desconocidos. A fin de situarlos temporal y políticamente, ofrecemos una breve reseña biográfica de los principales de ellos. Los datos están tomados en su práctica totalidad de la *Enciclopedia de Navarra* y la *Enciclopedia General del País Vasco*.

**Rafael Aizpún** (Madrid, 1889 - Pamplona, 1981). Jurista y político. Iniciado en el maurismo, es uno de los fundadores del P. S. P. En la 2ª República funda Unión Navarra que se integrará en la C. E. D. A. Diputado a Cortes entre 1931 y 1936. Ministro de Justicia entre 1934-1935 y ministro de Industria y Comercio en 1935.

**José Aguerre** (Pamplona, 1889 - 1962). Político y periodista. Director de *La Voz de Navarra*, miembro de *Euskaltzaindia* y presidente del *Napar Buru Batzar* del P. N. V. Firma habitualmente con el seudónimo “Gurbindo”.

**Julio Altadill** (Toledo, 1858 - Pamplona, 1935). Militar, historiador y geógrafo. Afincado en Pamplona desde 1870. Intendente general de división, secretario y vicepresidente de la Comisión de Monumentos; director de su Boletín; secretario del 2º Congreso de la Sociedad de Estudios Vascos; director de *La Vasco Navarra*. Tuvo una estrecha amistad con Campión, a quien siempre consideró su maestro.

**Florencio Ansoleaga** (Pamplona, 1846 - 1916). Arquitecto provincial y arquitecto diocesano; arqueólogo; presidente de la Cruz Roja provincial. Miembro fundador de la Asociación Euskara. Vicepresidente de la Comisión de Monumentos.

**Estanislao de Aranzadi** (Estella, 1841 - Oñate, 1918). Abogado y político nacionalista. Decano del Colegio de Abogados de Pamplona, profesor en la Universidad de Barcelona y de Oñate, fundador del diario *Lauburu*, fundador de la Asociación Euskara. Amigo personal de Sabino Arana.



**Mariano Arigita** (Corella, 1864 - San Miguel de Aralar, 1916). Historiador y religioso. Chantre de la Catedral de Pamplona, Archivero del Ayuntamiento, de Diputación y del Cabildo Catedralicio, capellán de Diputación y vocal de la Comisión de Monumentos.

**Francisco Javier Arraiza** (Pamplona, 1888 - Ibero, 1937). Abogado, alcalde de Pamplona, diputado foral conservador. Vocal de la Comisión de Monumentos y miembro destacado de la Sociedad de Estudios Vascos.

**Mariano Arrasate** (Corella, 1864 - Pamplona, 1935). Político y novelista. Diputado foral conservador. Impulsor de la Biblioteca Olave.

**Francisco Javier Arvizu** (Pamplona, 1888) Periodista, secretario de la Caja de Ahorros de Navarra. Gobernador civil de Teruel durante el gobierno del general Berenguer. Alcalde de Pamplona hasta la caída de la monarquía.

**Enrique Ascunce** (Pamplona, 1873 - Veruela, 1958). Escritor y religioso jesuita. Encargado del Observatorio de Igueldo.

**Miguel Ángel Astiz** (Pamplona, 1919 - Bilbao, 1984). Periodista carlista. Redactor de *La Gaceta del Norte*, miembro de la *Euskaltzaindia*.

**José M<sup>a</sup> Azcona** (Tafalla, 1882 - 1951). Escritor y bibliófilo. Licenciado en Derecho, historia y filosofía; alcalde de Tafalla y diputado a Cortes; vocal de la Comisión de Monumentos y de Príncipe de Viana. Liberal.

**Dolores Baleztena** (Pamplona, 1895 - 1989). Publicista y conferenciante. Carlista activa, fundadora de las Margaritas -organización femenina del carlismo. Colabora en la preparación de la sublevación de 1936. Fundadora con su hermano Ignacio de la peña "*Muthiko alaiak*".

**Ignacio Baleztena** (Pamplona, 1887 - 1972). Abogado, político carlista y escritor. Concejal de Pamplona, diputado foral, director del Museo de Navarra, miembro destacado de *Eusko Ikaskuntza*. Fue oficial del Archivo de Navarra.

**Baldomero Barón** (Pamplona, 1890 - 1985). Periodista y escritor. Redactor del *Diario de Navarra*.

**Joaquín Beunza** (Pamplona, 1872 - Hondarribia, 1936). Abogado y político carlista. Concejal del Ayuntamiento de Pamplona, diputado foral y diputado a Cortes. Asesinado al comienzo de la Guerra Civil.

**Jaime del Burgo** (Pamplona, 1912). Escritor, historiador y político tradicionalista. Profesor mercantil, organizador del Requeté, Premio Nacional de Literatura en 1967. Teniente de Alcalde del ayuntamiento de Pamplona, director de Turismo, Bibliotecas y Cultura Popular de la Diputación Foral; consejero nacional y procurador en Cortes.

**Arturo Campi3n** (Pamplona, 1854 - 1937). Político, escritor e historiador. Licenciado en Derecho, concejal de Pamplona, diputado a Cortes. Presidente de la Sociedad de Estudios Vascos, presidente de la Comisi3n de Monumentos, acad3mico de la Lengua Vasca, fundador de la Asociaci3n Euskara. Políticamente comienza militando en el republicanismo federal, luego es diputado por una candidatura integrista, más tarde simpatiza con el nacionalismo vasco y termina adhiriéndose al Movimiento Nacional.

**Luis del Campo** (Pamplona, 1912 - 1995). M3dico, novelista e historiador.

**Jos3 Ram3n Castro** (Tudela, 1895 - 1977). M3dico e historiador. Catedrático de Instituto, archivero municipal, jefe del Archivo General de Navarra y vocal de Príncipe de Viana.

**Arturo Cayuela** (Pamplona, 1851 - 1893). Poeta y periodista. Director del Instituto de Pamplona. De tendencia euskara.

**Carlos Clavería** (Pamplona, 1924). Escritor e historiador nacionalista vasco.

**Tomás Domínguez Ar3valo** (Madrid, 1882 - Villafranca, 1952). Conde de Rodezno. Político tradicionalista e historiador. Diputado a Cortes, senador, ministro de

Justicia en 1938, vicepresidente de Diputación Foral. Toma parte activa en la conspiración de 1936.

**José M<sup>a</sup> Doussinague** (Tolosa, 1897). Diplomático, historiador y abogado. Embajador en Chile, ministro plenipotenciario en La Haya y Montevideo. Franquista.

**Salvador Echaide** (Saint-Pée-sur-Nivelle, 1851 - Pamplona, 1921). Abogado, jurista y notario. Miembro fundador de la Asociación Euskara.

**Francisco Elías de Tejada** (Madrid, 1917). Erudito y escritor. Catedrático de Filosofía, miembro de la Junta Suprema de la Comunión Tradicionalista.

**Eladio Esparza** (Lesaka, 1888 - 1961). Novelista, historiador y periodista. Iniciado en el carlismo, llega a dirigir el diario nacionalista *La Voz de Navarra*. Más tarde pasa a ser redactor jefe del *Diario de Navarra*. Gobernador civil de Álava y director de Príncipe de Viana.

**Juan Pablo Esteban y Chavarría** (Fustiñana, 1864 - Zaragoza, 1940). Historiador y periodista. Licenciado en Derecho. En sus inicios se encuentra cercano a Campión, pero termina como entusiasta del navarrismo franquista.

**Bernardino de Estella** (Estella, 1892 - Nueva Pompeya, Argentina, 1948). Religioso capuchino e historiador. Discípulo de Evangelista de Ibero. Nacionalista vasco.

**Bernardo Estornés** (Isaba, 1907). Escritor, editor e historiador. Profesor mercantil. Nacionalista vasco.

**Gervasio Etayo** (Sesma, 1855 - Pamplona, 1917). Periodista y escritor.

**Jesús Etayo** (Pamplona, 1894 - 1951). Periodista. Director de *El Pensamiento Navarro*, vocal de la Academia Tradicionalista de Estudios, archivero de Diputación.

**Vicente Galbete.** Catedrático de Instituto, archivero del Ayuntamiento y director de Príncipe de Viana.

**Raimundo García** (Madrid, 1884 - Pamplona, 1962). Periodista y político. Director del *Diario de Navarra* desde 1912. Miembro de la Asamblea Nacional y diputado a Cortes durante la 2ª República. Participa activamente en la sublevación. Firma habitualmente con los seudónimos “Garcilaso” y “Amezitia”.

**Federico García Sanchiz** (Valencia, 1887 - Madrid, 1964). Escritor franquista. Hijo adoptivo de Navarra.

**Rafael García Serrano** (Pamplona, 1917 - Madrid, 1988). Escritor y periodista. Falangista de la Vieja Guardia, voluntario en la Guerra Civil, llega a ser subdirector de *Arriba España*.

**Justo Garrán** (Pamplona). Político y escritor. Diputado a Cortes, diputado foral, representante en la Asamblea Nacional. Católico conservador independiente.

**Julio Gúrpile** (Ochagavía, 1906). Maestro y escritor.

**José M<sup>a</sup> Huarte** (Pamplona, 1898 - Madrid, 1969). Historiador. Licenciado en Filosofía y Letras y Derecho; Grande de España; director del Archivo General de Navarra y director del *Boletín de la Comisión* en su última etapa.

**Ambrosio Huici** (Burlada, 1879 - Valencia, 1973). Arabista e historiador. Catedrático de Instituto, fue expulsado del escalafón acusado de masón. Amigo personal de Levi-Provençal.

**Victoriano Huici** (Etxarri-Aranatz, 1860 - 1938). Sacerdote.

**Javier de Ibarra** (Lacabe, 1876 - Roncesvalles, 1955). Religioso e historiador. Canónigo de Roncesvalles.

**Evangelista de Ibero** (Ibero, 1873 - Híjar, 1909). Religioso capuchino y propagandista del nacionalismo. Su nombre civil era Ramón Goicoechea. Profesor en Lekaroz y director del Seminario Capuchino.

**Pablo Iarregui** (Estella, 1808 - 1874). Político, jurista, escritor y editor. Secretario del Ayuntamiento de Pamplona, vicepresidente de la Comisión de Monumentos, diputado a Cortes. Liberal.

**Miguel de Inchaurreondo** (Arriba, 1879 - Cartagena de Indias, 1979). Sacerdote, profesor de euskera en el Seminario de Pamplona.

**Manuel Iribarren** (Pamplona, 1902 - 1973). Escritor. Premio Nacional de Literatura en 1965, director de Príncipe de Viana. Formó parte del equipo de la revista falangista *Jerarquía*.

**José M<sup>a</sup> Iribarren** (Tudela, 1966 - Pamplona, 1971). Escritor, tal vez el más leído de Navarra. Abogado, secretario personal de Mola, miembro de *Príncipe de Viana*, vocal del C. S. I. C., académico de la Lengua y de la Lengua Vasca.

**Gregorio Iribas** (Estella, 1854 - Tudela, 1915). Abogado. Doctor en Derecho, licenciado en Filosofía y Letras, concejal de Tudela, decano del Colegio de Abogados de Tudela. Fuerista.

**Juan Iturralde y Suit** (Pamplona, 1840 - Barcelona, 1909). Escritor, historiador, arqueólogo y dibujante. Concejal de Pamplona, fundador de la Asociación Euskara, director de la Revista Euskara; secretario y vicepresidente de la Comisión de Monumentos, vicepresidente de la Cruz Roja de Navarra.

**Fermín Izurdiaga** (Pamplona, 1905 - 1981). Sacerdote, poeta, orador y periodista. Falangista. Fundador de *Arriba España* y de *Jerarquía*. *Revista negra de la Falange*.

**Victoriano Juaristi** (San Sebastián, 1880 - Pamplona, 1949). Médico, publicista, escritor, músico, pintor, escultor y esmaltista. Consejero foral.

**Nicasio Landa** (Pamplona, 1831 - 1891). Médico, militar y escritor. Doctor en medicina, filántropo, miembro destacado de la Cruz Roja. Dirige la *Revista Euskara* y es miembro de la Comisión de Monumentos.

**Onofre Larumbe** (Pamplona, 1881 - Roncesvalles, 1947). Sacerdote e historiador. Profesor del seminario, vicepresidente de la Comisión de Monumentos.

**Francisco López Sanz** (Pamplona, 1896 -1977). Periodista, escritor y político tradicionalista. Director de *El Pensamiento Navarro*, presidente de la Juventud Carlista, concejal del Ayuntamiento de Pamplona, consejero nacional y procurador en Cortes. Toma parte activa en la conspiración de 1936.

**Javier Los Arcos** (Sangüesa, 1847 - Madrid, 1906). Militar y político. Diputado en Cortes, director general de Correos y Telégrafos.

**Agapito Martínez** (Aguilar de Codés, 1885 - Roncesvalles, 1976). Sacerdote y escritor. Prior de Roncesvalles.

**José Joaquín Montoro** (Pamplona, 1898 - 1976). Abogado, escritor e historiador.

**Eufrasio Munárriz**. Militar y escritor. Teniente Coronel de Infantería, colabora en diversos periódicos vasconavarros.

**Lino Munárriz** (Larraza, 1839 - Arguedas, 1919). Pedagogo, historiador y poeta. Delegado de la Comisión de Monumentos en la Ribera.

**Francisco Navarro Villoslada** (Viana, 1818 - 1895). Escritor, periodista y político tradicionalista. Licenciado en Derecho, diputado a Cortes, secretario particular de Carlos VII, jefe de la Comución Tradicionalista.

**Julio Nombela** (Madrid, 1836 - 1919). Escritor y periodista. Secretario de Ríos Rosas y del carlista Cabrera.

**Pedro de Navascués** (Pamplona, 1903 - Tudela, 1927). Historiador nacionalista. Utilizó los seudónimos ‘Miguel de Orreaga’ e ‘I. de Baigorri’.

**Marcelino Olaechea** (Baracaldo, 1888 - Valencia, 1972). Obispo de Pamplona entre 1935 y 1946.

**Serafín Olave** (Sevilla, 1831 - Calahorra, 1884). Político, escritor y militar. Milita en el Partido Radical y en el Republicano Federal, no obstante su marcado catolicismo. Diputado a Cortes, tomó parte en la expedición española a Indochina.

**Hermilio de Olóriz** (Pamplona, 1854 - Madrid, 1919). Historiador y poeta. Fundador de la Asociación Euskara, bibliotecario y cronista de Navarra. Miembro de la Comisión de Monumentos.

**Luis Oroz** (Nardués, 1885 - Pamplona, 1962). Jurista. Licenciado en Derecho, secretario de Diputación entre 1921 y 1945.

**Máximo Ortabe** (Unzué, 1898 - Pamplona, 1962). Periodista y poeta. Director de *La Tradición Navarra*.

**Justo Pérez de Urbel** (Pedrosa del Río Urbel, 1895 - Valle de los Caídos, 1979). Historiador, traductor, poeta y religioso. Doctor en Filosofía y Letras, catedrático de Historia en la Universidad Central; procurador en las Cortes; asesor de la Sección Femenina de Falange; primer abad del monasterio del Valle de los Caídos.

**Víctor Pradera** (Pamplona, 1872 - San Sebastián, 1936). Escritor y político tradicionalista. Diputado a Cortes, ingeniero de caminos y doctor en Derecho. Asesinado en los primeros meses de la Guerra Civil.

**Julio Ruiz de Alda** (Estella, 1897 - Madrid, 1936). Militar y aviador. Tomó parte de la mítica travesía del *Plus Ultra*. Fundador de Falange Española. Asesinado en los primeros meses de la Guerra Civil.

**Francisco Salinas** (Tudela, 1915). Jurista. Doctor en Derecho, especialista en derecho foral, miembro de la Comisión compiladora de Derecho Civil Navarro; abogado asesor de Diputación, vicepresidente de Príncipe de Viana. Según sus propias palabras ha sido siempre “católico, apostólico, romano y foral”.

**Santos de Tudela** (Tudela, 1884 - Lekaroz, 1969). Religioso capuchino y escritor. Profesor en Lekaroz.

**Felix Urabayen** (Ulzurrun, 1883 - Madrid, 1943). Escritor y profesor. Amigo personal de Azaña, que lo hizo consejero de Cultura. Radical socialista.

**Leoncio Urabayen** (Erroz, 1888 - Pamplona, 1968). Hermano del anterior. Geógrafo. Catedrático de Escuela Normal, concejal en Pamplona. Nacionalista.

**José Esteban Uranga** (Pamplona, 1898 - 1978). Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras; presidente de *Diario de Navarra*; director de Príncipe de Viana, concejal de Pamplona.

**Miguel Javier Urmeneta** (Pamplona, 1915 - 1988). Militar, político y abogado. Nacionalista vasco, se apunta en 1936 al Requeté. Termina la Guerra como capitán. Alistado en la División Azul, asciende a comandante. Director de la Caja de Ahorros de Navarra, diputado foral y alcalde de Pamplona.

**Hilario Yaben** (Villanueva de Arakil, 1876 - Sigüenza, 1945). Religioso y publicista. Canónigo de la catedral de Sigüenza.

**José Zalba** (Estella, 1883 - Pamplona, 1947). Escritor. Vocal de la Comisión de Monumentos, oficial del Archivo General de Navarra. Nacionalista vasco.

**Luis Zapatero** (Valtierra, 1885 - Pamplona, 1941). Médico y novelista. Carlista.



## Bibliografía.

### Artículos sin firma citados, publicados en revistas y prensa.

#### *-El Aralar.*

“Nuestro Título”, 2-II-1894.

“La cuestión foral”, 5-VI-1894.

#### *-Amayur.*

“Al pueblo vasco”, 23-V-1931.

“Salvemos la patria”, 23-V-1931.

“De Orreaga a Roncesvalles”, 28-X-1931.

“Y los que no llevan apellidos vascos... ¡Pueden ser vascos!” , 14-V-1932.

“La lengua de los nabarros”, 5-II-1932.

“Tipo erribero”, 23-II-1934.

#### *-Arriba España.*

“Alocución Pastoral en el IV Centenario de la muerte de San Francisco Javier”,  
3-XII-1952.

#### *-Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra.*

“Castillo real de Olite”, 1895.

“Informe general del Jurado del certamen científico y literario celebrado en la ciudad de Pamplona , bajo los auspicios de la Excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, para solemnizar el 7º Centenario de la batalla de las Navas de Tolosa”, 1913.

“Moción”, 1919.

“Acta”, 1920.

“II Concurso bibliográfico-histórico promovido bajo los auspicios del Excmo. Ayuntamiento de Pamplona”, 1920.

“Circular de la Comisión organizadora de la exposición de arte retrospectivo”, 1920.

“La exposición de Arte retrospectivo”, 1920.

“Sección oficial”, 1921.  
“Comunicaciones”, 1922.  
“Sección oficial”, 1924.  
“Sección oficial”, 1926.

*-Cultura Navarra.*

“Crónica de un homenaje”, nº 4, 1933.  
“Exposición de Artes plásticas”, nº 5, 1934.

*-Diario de Navarra.*

“Mitin contra la blasfemia”, 11-VI-1912.  
“Juegos Florales”, 22-IX-1918.  
“Saludo”, 18-VII-1920. Suplemento al II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.  
“Remitido”, 4-VI-1921.  
“Remitido”, 5-VI-1921.  
“Fin de la polémica”, 26-I-1921.  
“Una moción plausible no se quiere tomar en consideración”, 25-V- 1924.  
“Incidente inexplicable. La moción de los Sres. Arraiza y Huarte respecto al monumento de Amayur”, 28-V-1924.  
“La Comisión de Monumentos y el Monumento de Maya”, 18-VII-1924.  
“La cuestión foral. Nuestra opinión”, 11-XII-1926.  
“La Hermandad del Árbol y del Paisaje”, 13-III-1932.  
“Lo que dicen los Anales de Navarra”, 16-VI-1932.  
“La Actitud de siempre”, 18-VI-1932.  
“Un hermoso documento de la minoría católico-fuerista”, 18-VI-1932.  
“Nuestro saludo”, 19-VI-1932.  
“La Asamblea del domingo”, 21-VI-1932.  
“D. Joaquín Beunza renuncia a su acta”, 24-VI-1932.  
“Inauguración de Círculo Carlista de Leiza”, 8-VIII-1933.  
“¡ Campión con España!”, 15-IX-1936.  
“Euskeraz”, 20-IX-1936.  
“Las cadenas de las Navas de Tolosa figurarán en la grandiosa fiesta de la Victoria que se va a celebrar en Madrid”, 10-V-1939.

“Navarra por San Francisco Javier”, 24-II-1952.

“Impresionante manifestación de Fe de la Juventud Navarra”, 11-III-1952.

*-El Eco de Navarra,*

“Discurso del señor Sanz”, 28-VII-1893.

*-El Pensamiento Navarro.*

“Ante el Estatuto”, 16-I-1932.

“Ante el Estatuto”, 27-I-1932.

“Nota de la Comución Tradicionalista”, 25-V-1932.

“Notas de la región”, 19-III-1936.

“Diversos actos folklóricos tendrán lugar en el 15 de agosto en la propia campa de Roncesvalles”, 1-VIII-1978.

*-La Lealtad Navarra.*

“Un acto patriótico”, 30-V-1894.

*-El Liberal Navarro.*

“El Lau-Buru”, 22 y 24-VIII-1886.

*-La Voz de Navarra.*

“Poblet y Olite”, 5-IV-1927.

“Contestando al señor Juaristi”, 24-VIII-1934.

*-Napatarra.*

“Jaungoikoa eta Lege zarra”, 8-V-1911.

“La lucha por Aoiz”, 11-III-1911.

“Escándalo foral”, 3-II-1912.

“Por decoro”, 6-IV-1912.

*-Pregón.*

“Nuestro saludo a la Baja Navarra”, nº 26-27, 1950.

*-Príncipe de Viana.*

“Una Fecha memorable”, nº 26, 1947.

“Los trabajos y los días”, nº 40-41, 1950.

*Revista Euskara.*

“Programa”, 1878.

“Memoria leída en el Batzarre de julio de 1880”, 1880.

*-Suplemento[en euskera] de la Revista Príncipe de Viana [el primer número se llamó Roncesvalles].*

“Roncesvalles”, nº 1, 1966.

“Aralar mendi”, nº 32, 1968.

**Artículos y libros citados firmados por iniciales y seudónimos cuya correspondencia se ignora o es dudosa.**

\*\*\*, “Bodas Reales”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921.

Anónimo, “El hispanismo de S. Francisco Javier. Desatino histórico”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1934.

C. L. G. , “La restauración del monasterio de Iranzu”, en *Pregón*, nº 9, 1946.

Echavacoiz, Juan de, “Pintoresquismo pamplonica”, en *Pregón*, nº 12, 1948.

Espinal, Juan de, “Jaun Joseph Beñardo. Leyenda pirenaica”, en *Arga*, nº 21, 1947.

Ereintzatarra, Xavier, “Para el fomento del Euskera”, en *Pregón*, nº 62, 1959.

Equis, “Roncesvalles”, en *E. P. N.*, 17-VIII-1978.

F. S., [¿Fermín Sanz Orrio?], “El centenario de Walter Scott”, *D.N.*, 28-IX-1932.

–“El enigma vasco”, en *D. N.*, 3-X-1936.

I. B. [¿Ignacio Baleztena?], “Relaciones de la Santa sede con los Monarcas navarros y con sus legítimos herederos”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921.

I. C. (I. S. En el sumario), “El renacimiento de la danza”, en *Pregón*, nº 25-26, 1950.

Irular, “El vascuence en Navarra”, en *Navarra*, 1925.

J. C., “Una versión sobre la batalla de Roncesvalles”, en *E. P. N.*, 10-VIII-1978.

Juardiano, Juan de, “Sobre la canción de Roldán”, *L. V. N.*, 25-VIII-1934.

KIF, “Reflejos en el Arga”, en *A. E.*, 2-XII-1952.

Lurreko Gauzak, "Arboricultura municipal", en *L. V. N.*, 26-I-1924.  
Mendigorria, "Diferencia", en *Napartarra*, 15-IV-1911.  
Miguel Ramón, [¿M. A. Astiz?], "La Carta foral de Navarra", en *E. P. N.*, 3-I-1936.  
M-J, "Ayuntamientos de Navarra", en *Amayur*, 23-V-1931.  
Oskar el encubierto, "Mitin carlista en Durango", en *Napartarra* nº 30, 29-VII-1911.  
Un amante de la verdad y de la justicia, *Los fueros mirados a la luz de la historia, de la ley y de la razón*, Imp. J. M. Martínez, Santander, 1876.  
Un Navarro, *La Tesis católica en Navarra o sea el programa de los católicos navarros*, Imp. y Lib. de Erice y García, Pamplona, 1901.  
Yanuaemendi, *Un episodio electoral*, Imp. D. Cumia, Pamplona, 1876.

### **Resto de la bibliografía citada y consultada.**

[Aguerre, José] "Gurbindo", "Sobre la canción de Roldán", *L. V. N.*, 22-VIII-1934.  
- "Gora Euzkadi", en *Amayur*, 30-V-1931.  
- y Ruiz de Oyaga, Julio, "Xabier y la independencia de su Patria", en *Amayur*, 23-XII-1932.  
Aguar e Silva, Vítor Manuel de, *Teoría de la literatura*, Gredos, Madrid, 1972.  
Aguirre Baztán, Ángel ed., *Historia de la antropología española*, Ed. Boixareu Universitaria, Barcelona, 1992.  
Agulhon, Maurice, *Marianne into Battle. Republican Imagery and Symbolism in France. 1789-1880*, Cambridge U.P., Cambridge, 1981.  
Aizpún, Rafael, *Naturaleza jurídica de las Leyes Forales de Navarra*, original 1952, reproducida en AA. VV., *Temas Forales*, Dip. Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1966.  
- "Intervención parlamentaria de D. Rafael Aizpún, diputado a Cortes por Navarra, en el debate de totalidad de la Base 2ª del Dictamen", en *D. N.*, 13-VII-1932.  
- "Un escrito de los diputados Sres. Aizpún y Gortari acerca del Estatuto vasco navarro", en *D. N.*, 12-VI-1932.  
Albillo, Carlos y Sánchez Aranda, José J., *Historia de la radio en Navarra*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1995.  
Alborg, Juan Luis, *Historia de la Literatura Española*, Gredos, Madrid, 1982.

- Alcalá Galiano, Antonio y Dc. Dunham, *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel, redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunham*, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, Madrid, 1844. Cuatro volúmenes.
- Aldea Eguílaz, Raimundo, *Los Derechos de Navarra. Prontuario de divulgación foral*, Gráficas Iruña, Pamplona, 1964.
- Divulgación de los Fueros*, Ind. Gráfica Aralar, Pamplona, 1971.
- Alegría, Blas, *Gure ama. Estudio euskérico*, 1932.
- Alejandría, Perico, *El pamplonés. Guía de la ciudad y Manual de curiosidades de Pamplona*, Imp. de Díaz Espada, Pamplona, 1863.
- Almirante, José, *Bosquejo de la Historia Militar de España hasta el fin del XVIII*, Imp. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1923. 4 volúmenes.
- Alonso, José, *Recopilación y Comentarios de los Fueros y Leyes del antiguo Reino de Navarra, que han quedado vigentes después de la ley del 16 de agosto de 1841*, Dip. Foral -Aranzadi, Pamplona, 1964.
- Altaffaylla Kultur Taldea, *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Altaffaylla Kultur Taldea, Tafalla, 1986. 2 volúmenes.
- Altadill, Julio, *Biografía y obras del P. Joseph de Morete*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1887.
- “Discurso leído en la inauguración del Museo Artístico Arqueológico de Navarra”, en *B. C. M. H. A.*, 1910.
- “El séquito del Rey Fuerte”, *B. C. M. H. A. N.*, 1912.
- “Otro retrato del Príncipe de Viana”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1913.
- “Geografía histórica de Navarra”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1917.
- “Las excursiones”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1920.
- “Pamplona: Brochazo histórico”, en *Euskalerrriaren Alde*, tomo X, 1920.
- “Otra carta” en *D. N.*, 28-IV-1921.
- “La Virgen de Roncesvalles”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1923.
- Geografía general del País Vasco-Navarro*, Est. Ed. de A. Martín, Barcelona, s. f. (pero 1923). 2 volúmenes.
- *La vida monacal en Navarra*, Pamplona, 1927.
- Castillos medioevales de Nabarra*, Beñat Idaztiak, Donostia, 1934-1936. 3 volúmenes

- “Las torturas del Rey Fuerte en el Castillo de Tudela”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1934.
- Amador de los Ríos, Juan F., *Historia de la Edad Media*, Imp. Velandía, Pamplona, 1911.
- “Ameztiá”. Ver García, Raimundo.
- Amorena, Luis, *Antiguo Reino de Navarra*, Pamplona, 1923.
- Anchorena, Juan, *Zoraida. La Reina Mora. Novela histórica de tiempos de Sancho VIII de Navarra*, Lib. Católica de Luis Gili, 1912.
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, F. C. E., México D. F., 1993.
- Andrés-Gallego, José, *Historia Contemporánea de Navarra*; Ediciones y Libros, Pamplona, 1982.
- Ángulo, José M., *La abolición de los fueros e instituciones vascongadas*, Imp. J. Astury, Bilbao, 1886.
- Ansoleaga, Florencio, “Roncesvalles. Vidriera de la Capilla de San Agustín”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.
- y Aranzadi, Telesforo de, *Exploración de cinco dólmenes del Aralar*, Imp. Provincial a cargo de J. Ezquerro, Pamplona, 1915.
- El cementerio franco de Pamplona*, Imp. de J. García, Pamplona, 1914.
- Colaboración sin título en *Navarra Ilustrada*, 1894.
- Aparicio, Juan, “Arquitectura y política navarras, o la sotana del Canónigo”, en *Pregón*, nº 38, 1953.
- “Arako”. Ver Testaut, Cándido.
- Arana, Sabino, *Obras Completas*, Sendoa, Donostia, 1980.
- La patria de los vascos*, Ed. de A. Elorza, Haranburu, Donostia, 1995.
- Aranzadi, Estanislao de, *Reconstitución del Pueblo Euskaldún en la reconstitución de la Lengua*, Imp. y Lib. de J. Astuy, Bilbao, 1902.
- “Dulcis Amor Patriae”, en *Navarra Ilustrada*, 1894.
- Aranzadi, Juan, *Milenarismo vasco (Edad de Oro, etnia y nativismo)*, Taurus, Madrid, 1982.
- Aranzadi, Telesforo de, *El pueblo euskalduna. Estudio de antropología*, Impr. de la Provincia, San Sebastián, 1889.
- “Los vascos en la etnografía europea”, en *RIEV*, tomo XVII, 1926.

- y J. M. Barandiarán y M. Etcheverry, *La raza vasca*, Auñamendi, San Sebastián, 1959.
- Arazuri, José J., *Pamplona, calles y barrios*, Gráficas Castuera, Pamplona, 1979-1980. 3 volúmenes.
- Arbeloa, Joaquín, *Los orígenes del Reino de Navarra, (710-925)*, Auñamendi, San Sebastián, 1969. 3 volúmenes.
- ‘Perfume de leyenda’, en *D. N.*, 16-VIII-1955.
- Arbeloa, Víctor Manuel, *Navarra ante los estatutos: introducción documental (1916-1932)*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1978.
- Los Arcos, Javier, *Intervención del Excmo. Señor D. Javier Los Arcos en la discusión del Proyecto de Ley de Presupuestos para el año económico de 1893 a 1894 en los puntos referentes a la provincia de Navarra*, Editada originalmente en 1893, y recogida en el volumen AA. VV., *Temas Forales*, Dip. Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1966.
- Aresti, Gabriel, *Harri eta Herri*, Bilboko Udala-Bizkaiko Foru Aldundia- Susa, Bilbo, 1986.
- Argamasilla, Joaquín, *De tierras altas. Boceto de paisajes y novelas*, Imp. de A. Marzo, Madrid, 1907.
- ‘Sobre los orígenes de la monarquía pirenaica’, en *D. N.*, 18-VII-1920, Suplemento al II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.
- Arigita, Mariano, *El Ilmo. y Rvmo. señor don Francisco de Navarra de la Orden de San Agustín. Estudio histórico-crítico*, Imp. Provincial a cargo de J. Ezquerro, Pamplona, 1899.
- ‘El Príncipe de Viana’, en *La Avalancha*, nº 119, 1900.
- Historia de la Imagen y Santuario de San Miguel de Excelsis*, Imp. Lizaso, Pamplona, 1904.
- ‘Influencia social, religiosa y política de los judíos en el País Vasco’, en VV. AA., *El Pueblo Vasco*, Imp. Provincial, San Sebastián, 1905.
- ‘Reseña Eclesiástica’, en J. Altadill, *Geografía General*, 1923.
- ‘Prólogo’ a Baltasar Lezaun y Andía, *Memorias de los Señores Condes de Lerín*.
- [Ariztimuño, José de], Urkina, J. de, *La Democracia en Euzkadi*, Beñat Idaztiak, Donostia, 1935.



- Aronoff, Myron J., "Ideology and Interest: the Dialect of Politics", en *Political Anthropology Yearbook*, 1980.
- Arraiza, Francisco Javier, "Una carta", en *D. N.*, 27-IV-1921.  
 -"Otra carta" en *D. N.*, 29-IV-1921.  
 -"El monumento de Maya", en *D. N.*, 27-VI-1922.
- Arraiza, Pedro J., "De la vida hidalga (Memorias genealógicas del palacio de Ochovi), en *Príncipe de Viana*, nº 48-51.
- Arrarás, Joaquín, *Historia de la Segunda República Española*, Ed. Nacional, Madrid, 1968. Cuatro volúmenes.
- Arrasate, Mariano, *La Expósita. Tipos y costumbres de Navarra*, La Acción Social, Pamplona, 1929.  
 -*Macario, Novela de tipos y costumbres de Navarra*, Imp. de J. García, Pamplona, 1932.
- Arriaga Sagarra, José Miguel, "Las Cortes de Navarra" en *Príncipe de Viana*, nº 56-57, 1954.
- Arrigarai, Bernardino de. Ver Caparros, Celestino de.
- Arvizu, Francisco Javier, *Elementos de Historia de Navarra y su régimen foral*, Ed. Aramburu, Pamplona, 1953.
- Ascárate, Tomás de, "El monumento navarro por excelencia", en *D. N.*, 21-III-1912.
- Ascunce, Enrique, *Iñigo de Loyola. Capitán español y el Castillo de Pamplona*, Ed. Afrodisio, Madrid, s. f.
- Assmann, Jan, "Collective Memory and Cultural Identity", *New German Critique*, nº 65, 1995.
- Astarloa, Pablo Pedro de, *Apología de la lengua bascongada o ensayo crítico filosófico de su perfección y antigüedad sobre todas las cosas que se conocen: en respuesta a los reparos propuestos en el Diccionario Geográfico Histórico de España, tomo segundo, palabra Nabarra*, Gerónimo Ortega, Madrid, 1803.
- Astiz, Miguel Ángel, *¡Por San Miguel de Aralar!*, Junta Pro San Miguel Excelsis, Pamplona, 1943.  
 -"Alma navarra: el pueblo hace su tarea", en *Pregón*, nº 17, 1948.  
 -"Navarra es así", en *E. P. N.*, 11-VIII-1955.
- Atard, Rafael, *Para Navarra*, Talleres E. Maestre, Madrid, 1928.
- Aub, Max, *Manual de historia de la literatura española*, Akal, Madrid, 1974.

- Aubert, Paul, ‘Elitismo y antiintelectualismo en la España del primer tercio del XX’, en *Espacio, Tiempo y Forma*, nº 6, 1993.
- Aulestia, Gorka, ‘Historiografía literaria vasca’, en *Sancho el Sabio*, nº 1, 1991.
- AA. VV., *Cuestiones de Historia Moderna y Contemporánea de Navarra*, Eunsa, Pamplona, 1986.
- AA. VV., *España Romana (218 a. de J. C.- 414 d. De J. C.)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1935.
- AA. VV., *Geografía histórica de la lengua vasca*, Icharopena, Zarauz, 1960. 2 volúmenes..
- AA. VV., *Historia de la Literatura Española*, Cátedra, Madrid, 1990.
- AA. VV., *Los pueblos más bellos de España*, Selecciones del Reader’s Digest, Madrid, 1981.
- Axular, Pedro de, *Gero*, Jakin, Oñati, 1976.
- Ayuntamiento de Pamplona. Certamen Literario 1882*, Imp. Joaquín Lorda, Pamplona, 1882.
- Certamen Literario 1883*, Imp. Joaquín Lorda, Pamplona, 1883.
  - Certamen Literario 1884*, Imp. J. Bescansa, Pamplona, 1884.
  - Certamen Literario 1885*, Imp. Joaquín Lorda, Pamplona, 1885.
  - Certamen Literario 1887*, Imp. Joaquín Lorda, Pamplona, 1887.
- Ayuso, Teófilo, *Peregrinación Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona, 1939.
- Azaña, Manuel, *Memorias políticas y de guerra*, Crítica, Barcelona, 1978. 2 volúmenes.
- Azarola, José M. de, *Vasconia y su destino*, Ed. de la Revista de Occidente, Madrid, 1972. 2 volúmenes.
- Azcárate, José, ‘El monumento de Amayur ha sido destruido’, en *L. V. N.*, 29-VII-1931.
- Azcona, Jesús, *Etnia y nacionalismo vasco (Una aproximación antropológica)*, Anthropos, Barcelona, 1984.
- Aznar, Manuel, *Historia militar de la Guerra de España*, Ed. Idea, Madrid, 1940.
- Badandaño, Kosme de; González de Durana, Javier; Juaristi, Jon, *Arte en el País Vasco*, Cátedra, Madrid, 1987.
- Baleztena, Dolores, *La Casa. Novela*, Gráficas Gurrea, Pamplona, 1958.
- y Miguel Ángel Astiz, *Romerías Navarras*, Imp. Regino Bescansa, Pamplona, 1944.

- Navarra por Santa María*, TCP, Dip. Foral de Navarra, Pamplona.
- Baleztena, José Ignacio, [“Premín de Iruña”, “Tiburcio de Okabio”], *De cómo Kilikizarra murió y estiró la gara. Disparate curriñesco en un acto y una porción de cuadros a cual más chapuceros (sólo para niños, familias y amistades)*, Imp. La Acción Social, Pamplona, s.f.
- Iruñerías*, TCP, nº 128, 161, 169, 225, 253, 277, 313, 349 y 372, Dip. Foral de Navarra, Pamplona.
- Barandiarán, José M., ‘Breve historia del hombre primitivo’, en *Anuario de Eusko Folklore*, tomo XI, 1931.
- Baroja, Pío, *Juventud, egolatría*, Ed. Caro Raggio, Madrid, 1985.
- Barón, Baldomero, *Desahogos poéticos*, 1925.
- Con permiso. Diálogo de actualidad en verso*, Imp. de J. García, Pamplona, 1927.
- “Donostiarras y Pamplónicas” en *Navarra en Guipúzcoa*, nº 3, 1935.
- Romancero Popular Navarro*, 3 volumen, Imprenta de J. García, Pamplona 1937.
- Romancero Popular Navarro*, 4 volumen, Imp. y Lib. de García, Pamplona, 1941.
- Barthes, Roland, *Mythologies*, Seuil, Paris, 1957.
- El grado cero de la escritura*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.
- El placer del texto*, Siglo XXI, México, 1989.
- La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Paidós, Barcelona, 1990.
- La aventura semiológica*, Paidós, Barcelona, 1992.
- Lo obvio y lo obtuso: imágenes, gestos, voces*, Paidós, Barcelona, 1992.
- Bataille, Georges, *El aleluya y otros textos*, Alianza, Madrid, 1981.
- Teoría de la Religión*, Taurus, Madrid, 1981.
- Baztán, Francisco, *Cotejo de los Fueros y leyes políticas de Navarra y de la Constitución Española de 1869*, Imp. Provincial, Pamplona 1874.
- Bécquer, Gustavo Adolfo, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1954, octava edición.
- Bédarida, François, ‘La mémoire contre l’histoire’, en *Esprit*, nº 113, 1993.
- [Belzanegui, Niceto], ‘BIPIMI’, ‘Otro voto en contra’, *L. V. N.*, 26-VIII-1934.
- Beriáin, Josetxo, *La identidad colectiva: vascos y navarros*, Universidad Pública de Navarra-Haranburu, Pamplona, 1998.
- Bernard, Ino, *Mola. Mártir de España*, Ed. y Lib. Prieto, Granada, 1938.

- Beruete, Francisco, “Navarra-Fuero”, en *E. P. N.*, 13-III-1980.
- Beúnza, Joaquín, “El fuero de Navarra”, en *D. N.*, 18-VII-1920, Suplemento al II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.
- “La Enseñanza primaria”, en *E. P. N.*, 18-VII-1920.
- “Conferencia del Señor Beunza”, en *D. N.*, 11-IV-1922.
- Bigüézal, Barón de, “Memoria leída en el Batzarre de julio de 1880”, en *Revista Euskara*, 1880.
- Bilbao, Jon, *Eusko Bibliographia*, Auñamendi, Donostia, 1989.
- Biurrun, Tomás, *El Arte Románico en Navarra. Su aspecto monumental y educativo*, Aramburu, Pamplona, 1936.
- Biurrun, Gabriel, “Gabirel”, *Discreteos*, Talleres graf. E, Verdes, Bilbao, 1934.
- Blanchot, Maurice, *El libro que vendrá*, Monte Ávila, Caracas, 1969.
- Bloom, Harold, *La angustia de las influencias*, Monte Ávila, Caracas, 1977.
- Boissonade, Pierre, *Histoire de la réunion de la Navarre a la Castille. Essai sur les relations des princes de Foix-Albret avec la France et l’Espagne (1479-1521)*, A. Picard et Fils éditeurs, Paris, 1893.
- Bonaparte, Luis Luciano, *Carte des sept provinces basques*, Stanford’s Geographical Establishment, London, 1863.
- Boneta, Joaquín M<sup>a</sup>, *Recuerdos Estellesses*, Pamplona, 1981.
- [Borbón, Alfonso de], “Discurso leído por S. M. EL REY”, en *D. N.*, 27-VII-1920.
- Bordonaba, Victoriano, *Expresiones del alma popular*, TCP, Gobierno de Navarra, Pamplona.
- Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995.
- Braudel, Fernand, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza, Madrid, 1968.
- Briñol, Andrés, “Oyendo y contando cosas de nuestra tierra”, en *Pregón*, nº 49, 1956.
- Bruni, Luigi, E. T. A., *Historia política de una lucha armada*, Txalaparta, Tafalla, 1989.
- Burgo, Jaime del, *Cruzados. Drama carlista en prosa y en verso*, Imp. La Acción Social, Pamplona, 1934.
- Al borde de la traición*, Imp. de H. Coronas, Pamplona, 1936.
- Ideario*, Gráficas Bescansa, Pamplona, 1937.
- Requetés en Navarra antes del Alzamiento*, Ed. Española, San Sebastián, 1939.
- El valle perdido*, Ed. Navarra, Pamplona, 1942.

- ¡Huracan! Novela*, Ed. Gómez, Pamplona, 1943.
  - “Catálogo bio-bibliográfico”, en *Príncipe de Viana*, nº 38-50, 1950-53.
  - El Fracaso de Oroquieta. Navarra en el Alzamiento de 1872*, Ed. Siempre, Pamplona, 1951.
  - Lo que buscamos*, Ed. Siempre-Gómez, Pamplona, 1951.
  - Hombres y episodios de la Historia que no conocemos*, Ed. Siempre, Pamplona, 1952.
  - España en paz. Navarra*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1964.
  - Navarra*, Ed. Everest, León, 1966.
  - Conspiración y guerra civil*, Alfaguara, Madrid, 1970.
  - Bibliografía del siglo XIX: Guerras Carlistas, luchas políticas*, Dip. Foral de Navarra, Pamplona, 1978. 2ª Ed. revisada.
  - Historia de Navarra. La lucha por la libertad*, Tebas, Madrid, 1978.
- Burgo, Jaime Ignacio del, *Ciento veinticinco años de vigencia del Pacto-ley de 16 de agosto de 1841*, Gómez, Pamplona, 1966.
- Origen y Fundamento del Régimen Foral de Navarra*, Dip. Foral de Navarra, Pamplona, 1968.
  - Navarra es Navarra. Tres años de lucha en defensa de nuestra identidad*, Gráficas Irujo, Pamplona, 1979.
  - La Constitución foral*, TCP, Dip. Foral de Navarra, Pamplona.
- Burgui, Fr. Thomas de, *San Miguel de Excelsis representado como Príncipe Supremo de todo el Reyno de Dios en Cielo, y Tierra y como protector excelso aparecido, y adorado en el Reyno de Navarra*, Oficina de J. M. Ezquerro, Pamplona, 1774. Dos volúmenes.
- Burke, Peter, ed., *Formas de hacer Historia*, Alianza, Madrid, 1993.
- Bustince, Capitolina, *Compendio histórico del antiguo Reino de Navarra para uso de los niños de ambos sexos*, Imprenta provincial, Pamplona, 1898.
- Cabezudo Astraín, José, ‘Lo foral visto desde fuera de Navarra’, en *Pregón*, nº 89, 1966.
- Cadahalso, Joseph, *Cartas marruecas*, Imp. de Piferrer, Barcelona, 1796.
- Calatrava, Francisco, *La Abolición de los Fueros Vasco-Navarros. Estudio político, histórico, crítico y filosófico de la Sociedad Española*, Imp. de Fortanet, Madrid, 1876, segunda edición.

- Campión, Arturo, *Consideraciones acerca de la cuestión foral y los carlistas en Navarra*, Imp. a cargo de G. Justi, Madrid, 1876.
- “El anti-iberismo. Notas”, en *Revista Euskara*, 1878.
- “Orreaga”, en *Revista Euskara*, 1878.
- Orreaga (Roncesvalles). Balada escrita en el dialecto guipuzcoano*, Imp. y Lib. de J. Lorda, Pamplona, 1880.
- Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara*, Est. Tipográfico de E. López, Tolosa, 1884.
- “El patriotismo Nabarro”, en *Revista del Antiguo Reino de Navarra*, 1888.
- “Iberos, Celtas y Euskaros”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1895.
- Euskariana. Parte I. Historia a través de la leyenda*, Biblioteca Bascongada, Bilbao, 1896.
- Euskariana. (Fantasía y realidad)*, [Segunda serie], Biblioteca Bascongada, Bilbao, 1897.
- Euskariana. Cuarta serie (Algo de historia)*, vol. 2, Imp. de Erice y García, Pamplona, 1904.
- Euskariana. Quinta serie. Algo de historia*, vol. 3, Imp. y Lib. de García, Pamplona, 1915.
- Euskarian. Séptima serie. Algo de historia*, vol. 4, Imp. de J. García, Pamplona, 1923.
- Euskariana. Octava serie. Orígenes del pueblo euskaldún (Iberos, keltas y baskos). Testimonios de la Antropología, Etnografía, Etnología y Arqueología*, Imp. y Lib. de J. García, Pamplona, 1927.
- Euskariana, Novena serie (Nabarra en su vida histórica)*, Imp. de J. García, Pamplona, s. f.
- Euskariana. Décima serie. Orígenes del pueblo euskaldún. -(Iberos, Keltas y Baskos.) -Segunda parte. Testimonios de la Geografía y la Historia clásicas. -Tercera parte. Testimonios de la Lingüística. (Primer volumen.)*, Imp. de J. García, Pamplona, 1931.
- Euskariana. Duodécima serie. Orígenes del pueblo euskaldún. -(Iberos, Keltas y Baskos.) tercera parte. Testimonios de la Lingüística. (Segundo volumen.)*, Imp. de J. García, Pamplona, 1936.
- Blancos y Negros (Guerra en la Paz)*, Imp. Erice y García, Pamplona, 1898.

- “Iberos, Celtas y Euskaros”, en *Euskal Erria. Revista Bascongada*, 1897-1904.
- Discursos políticos y literarios*, Imp. y Lib. de Erice y García, Pamplona, 1907.
- “Sobre el nuevo bautizo del País Basko”, en *R. I. E. V.*, tomo I, 1907.
- “Prólogo”, en Juan Iturralde, *Obras*, vol. 1, 1912.
- “Don Sancho el Fuerte retratado por Don Jaime el Conquistador”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.
- De las lenguas, y singularmente de la lengua baska, como instrumento de investigación histórica*, Bilbaína de Artes Gráficas, Bilbao, 1919.
- “Amaya o los vascos en el siglo VIII. Estudio crítico”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921-22.
- “El Árbol de Guernica”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1922.
- “Informe de los señores académicos A. Campión y P. Broussain a la Academia de la Lengua Vasca sobre la unificación del euskera”, en *Euskera*, 1922.
- “Nabarra en su vida histórica”, en J. Altadill, *Geografía general*, 1923.
- “Prólogo” a M. de Orreaga, *¡Amayur..!*, 1923.
- Narraciones Baskas*, Beñat Idaztiak, Donostia, 1934.
- Don García Almorabid. Crónica del siglo XIII*, Auñamendi, San Sebastián, 1970.
- Fantasia y realidad*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1972.
- Obras Completas de Arturo Campión*, Mintzoa, Iruña, 1983-1985. 15 volúmenes.

Campo, Luis del, *Encierro de los Toros*, Imp. Diocesana, Pamplona, 1943.

- “Aportaciones de la medicina legal a la Historia de Navarra. Sancho cognominado el Cesón”, Separata de *Anales de la Clínica Médico Forense de Madrid*, Madrid, 1953.
- Investigaciones histórico-críticas de la dinastía pirenaica*, La Acción Social, Pamplona, 1958.
- Jaizki el proscrito. Un suceso entre Vasconia y Roma en tiempos de Julio César*, Icharopena, Zarauz, 1960.
- Sancho el Fuerte de Navarra*, Imp. La Acción Social, Pamplona, 1960.

- Pedro de Ursua. Conquistador español del siglo XVI. Ensayo biográfico*, Ed. La Acción Social, Pamplona, 1970.
- Campo Senosiáin, Luis del, *Historia Mítica de los orígenes de España*, Copi printer, Pamplona, 1994.
- Canavaggio, Jean dir., *Historia de la literatura española*, Ariel, Barcelona, 1995.
- Cánovas, Carlos, *Apuntes para una historia de la fotografía en Navarra*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1989.
- [Caparros, Celestino de], “Bernado de arrigarai”, *Gramática del euskera. Dialecto Guipuzkoano*, s.f.
- Cardaillac, Xavier, *La Bataille de Roncesvaux*, Imp. de Privat, Toulouse, 1910.
- Caro Baroja, Julio, *Los pueblos del norte de la Península Ibérica (Análisis histórico cultural)*, C. S. I. C., Madrid, 1943.
- Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1945.
- Los vascos*, Istmo, Madrid, 1971.
- Etnografía histórica de Navarra*, C.A.N., Pamplona, 1971. 3 volúmenes.
- Historia general del País Vasco*, coed. Ed. de la Gran Enciclopedia Vasca y L. Haranburu, Bilbao-San Sebastián, 1980.
- El Laberinto vasco*, Txertoa, San Sebastián, 1984.
- Mitos vascos y mitos sobre los vascos*, Txertoa, San Sbastián, 1985.
- Vasconiana*, Txertoa, San Sebastián, 1986.
- Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Seix Barral, Barcelona, 1992. 6ª edición.
- Carroquino, Julio y Ximenez de Embun, Ángel, *Compendio Histórico de Navarra*, Imp. de M. Embid, Zaragoza, 1932.
- Casañal, Alberto, *Nuevo libro de los Enxemplos*, Argensola, Zaragoza, s.f.
- Casariago, Jesús-Evaristo, *Flor de hidalgos (Ideas, hombres y escenas de la guerra)*, Ed. Navarra, Pamplona, 1938.
- Casas Torres, José Manuel, *La originalidad geográfica de Navarra*, Dip. Foral de Navarra, Pamplona, 1956.
- Castoriadis, Cornelius, *L' Institution imaginaire de la société*, Seuil, Paris, 1975.
- Castro, José Ramón, “Juan de Anchieta. Sus retablos y los de sus discípulos”, en *Euskalerrriaren Alde*, tomo XV, 1925.



- Lealtad de Tudela a los últimos Reyes de Navarra*, Imp. La Académica, Zaragoza, 1933.
- "Prologo" a Santos de Tudela, *La frivolidad*, 1934.
- Yanguas y Miranda. Una vida fecunda al vaivén de la política*, Ed. Gómez, Pamplona, 1963.
- Cayuela, Arturo, *La Rota de Roncesvalles*, Imp. Velandía, Pamplona, 1882.
- La Derrota de Olaso. Canto épico*, R. Bescansa, Pamplona, 1886.
- El Paladín de las Navas*, 1891.
- Cazeneuve, Jean, *Bonheur et Civilisation*, Gallimard, Paris, 1966.
- Chateaubriand, Vizconde de, *Genio del Cristianismo, o bellezas de la relijón cristiana*, Imp. de C. J. Mayol, Barcelona, 1842.
- Chaho, Augustin, "Aitor. Légende cantabre", *L'Ariel*, 1843.
- Chevalier, Jean-Claude, "F. Brunot (1860-1937). La fabrication d'une mémoire de la langue", en *Langages*, nº 114, 1994.
- Chueca, Josu, "Galburuak fusil bihurtu zirenean", en *Uztaro*, nº 6, 1992.
- Ciganda, Paz de, "El árbol y el paisaje", *Cultura Navarra*, nº 1, 1933.
- Clavería, Carlos, "Influencia espiritual de Leire en Navarra", en *Pregón*, nº 16, 1948.
- Leyendas de Vasconia*, Ed. Gómez, Pamplona, 1958.
- Relieves del Genio vasco*, Ed. Gómez, Pamplona, 1962.
- Historia del Reino de Navarra*, Ed. Gómez, Pamplona, 1971.
- Codera, Francisco de, *Estudios críticos de la Historia Árabe Española*, Lib. A. Uriarte, Zaragoza, 1903.
- Cohen, William, "Symbols of Power: Statues in Nineteenth-Century Provincial France", en *Comparative Study of Society and History*, vol. 31, 1989.
- Corcuera, Javier, *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1904)*, Siglo XXI, Madrid, 1979.
- Corella, Faustino, *Navarra por Santa María. Breve crónica de su coronación*, Imp. Diocesana, Pamplona, 1946.
- "Navarra por Santa María", en *Pregón*, nº 9, 1946.
- Corella, José M<sup>a</sup>, *Historia de la Literatura Navarra (Ensayo para una historia literaria del viejo Reino)*, Ed. Pregón, Pamplona, 1973.
- Correa, Luis, *Historia de la conquista del Reino de Navarra por el Duque de Alba, general del ejército del Rey Fernando el Católico, en el años de 1512*, Edición de Yanguas y Miranda, Pamplona, 1843.

- Cros, Edmond, *Literatura, ideología y sociedad*, Gredos, Madrid, 1986.
- Danto Arthur C., *Historia y narración*, Paidós, Barcelona, 1989.
- Dasconaguerre, J. B., *Les échos du Pas de Roland*, F. Marchand Lib.-éd., Paris, 1867.
- Deleuze, Gilles, *Lógica del sentido*, Paidós, Barcelona, 1980.
- Derrida, Jacques, y otros, *Teoría literaria y deconstrucción*, Arco/Libros, Madrid, 1990.  
-*Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid, 1994.
- Desvenises du Dezert, G., *Don Carlos d'Aragon. Prince de Viane. Etude sur l'Espagne du nord au XV siècle*, Armand Colin et C. eds, Paris, 1889.
- Diccionario de la lengua castellana por la Academia española*, Imprenta Nacional, Madrid, 1852. 10ª ed.
- Diccionario Literario de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países* [Bompiani], Hora, Barcelona, 1988.
- Díez, José Mª dir., *Historia de la Literatura Española*, Guadiana, Madrid, 1974.  
-*Historia de las Literaturas Hispánicas no castellanas*, Taurus, Madrid, 1980.  
-Coord., *Métodos de Estudio de la Obra literaria*, Taurus, Madrid, 1985.
- Díez-Echarri, E., y Roca Franquesa, J. M., *Historia general de la Literatura Española e Hispanoamericana*, Aguilar, Madrid, 1960.
- Dijk, Teun A. van, *La ciencia del texto. Un enfoque interdisciplinario*, Paidós, Barcelona, 1983.  
-*Estructuras y funciones del discurso. Una introducción interdisciplinaria a la lingüística del texto y a los estudios del discurso*, Siglo XXI, Madrid, 1995. 9ª ed.  
-*Texto y contexto (Semántica y pragmática del discurso)*, Cátedra, Madrid, 1995.
- La Diputación de Navarra á su país*, alocución firmada el 15 de julio de 1867. Se encuentra en la Caja 2382 (1851-1875) del Archivo Administrativo de Navarra, Carpeta Laurak Bat.
- Dirks Nicholas B., Eley, Geoff, y Ortner Sherry B., eds., *CULTURE/POWER/HISTORY*, Princeton UP, Princeton, New Jersey, 1994.
- Donosty, José María, 'Leire', en *Pregón*, nº 42, 1954.
- Tomás Domínguez Arévalo, Conde de Rodezno, *La propiedad privada en Navarra y un informe sobre reforma tributaria*, Imp. de J. Pueyo, Madrid, s.f.

- Los Teobaldos de Navarra. Ensayo de crítica histórica*, Nueva imprenta de San Francisco de Sales, Madrid, 1909.
- “Arturo Campi3n. Semblanza literaria”, en *D. N.*, 20-I-1912 a 18-II-1912.
- De tiempos lejanos. Glosas hist3ricas*, Imp. de S. Francisco de Sales, 1913.
- “Otra carta”, en *D. N.*, 23-I-1921.
- Carlos VII, duque de Madrid*, Espasa-Calpe, Madrid, 1929.
- “Unas cuartillas del diputado a Cortes Sr. Dom3nguez Ar3valo”, 17-VI-1932.
- y Eladio Esparza, *Los M3rtires de la Tradici3n*, Ed. Pr3ncipe de Viana, Vitoria, 1938.
- “Nuestros prop3sitos”, en *Pr3ncipe de Viana*, n3 1, 1940.
- “El Vicepresidente de la Diputaci3n Foral, de 1941, Sr. Conde de Rodezno, conmemora la Ley paccionada de 1841”, en *Pr3ncipe de Viana*, n3 IV, 1941.
- Austrias y Albrets ante la incorporaci3n de Navarra a Castilla*, Ed. Aramburu, Pamplona, 1944.
- El Dr. Navarro Don Mart3n de Azpilicueta*, Instituci3n Pr3ncipe de Viana, Pamplona, 1943.
- “Pr3logo”, en M. Iribarren, *El Pr3ncipe de Viana*, 1947.
- D’Ors, Alvaro, “Fuero”, en *Preg3n*, n3 89, 1966.
- Dosfuentes, Marqu3s de, “Los vascos”, *Por Esos Mundos*, n3 192, 1911.
- Doussinague, Jos3 M3, *Fernando el Cat3lico y el cisma de Pisa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1946.
- “Fernando el Cat3lico y la prisi3n de Pedro Navarro”, en *Pr3ncipe de Viana*, n3 31, 1948.
- Dubois, C-G., “Fonction des mythes d’origine dans le developpement des ide3s nationalistes en France”, en *History of European Ideas*, vol. 16, 1993.
- Durand, Gilbert, “L’Alogique du mythe”, en *Cahiers Internationaux de Symbolisme*. Monogr3fico sobre “Le signe, le symbole et le sacr3”, n3 77-79, 1994.
- Durkheim, Emile, *Las reglas del m3todo sociol3gico*, Akal, Madrid, 1987.
- Las formas elementales de la vida religiosa*, Akal, Madrid, 1992.
- Dwyer, John, “The construction of Community in eighteenth Century Scotland”, en *History of European Ideas*, vol. 16, 1993.
- The Earl of Carnarvon, *Portugal and Galicia with a Review of the Social and Political State of the Basque Provinces*, John Murray ed., London, 1861.

- Echaide, Salvador, ‘La Diputación de Navarra. Su origen y organización’, en *Revista Euskara*, 1881.
- Apuntes sobre la aplicación del código civil en Navarra*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1891.
- Echalar, Eusebio de, ‘Voces vascas en los Fueros de Navarra’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1920.
- ‘Disertación sobre toponimia vasca’, en J. Altadill, *Geografía general*, 1923.
- Eco, Umberto, *Obra abierta*, Ariel, Barcelona, 1984. 2ª ed.
- Signo*, Labor, Barcelona, 1988.
- Tratado de semiótica general*, Lumen, Barcelona, 1995. 5ª ed.
- Eeckaute-Bardery, E., ‘Langue et identité nationale’, en *History of European Ideas*, vol. 16, 1993.
- Egaña, Pedro, *Moción presentada a las Juntas de Álava en el mes de noviembre de 1866*, Imp. de los Hijos de Manteli, Vitoria, 1867.
- Eguílaz, Luis de, *El molinero de Subiza*, Imp. de Velasco, Madrid, 1903. 6ª ed.
- Eguaras, Jaime, ‘Un silencio que es elogio’, en *L. V. N.*, 2-I-1927.
- Eguren, Enrique, *Estudio antropológico del pueblo vasco*, Imp. y Enc. de Eléxpuru Hermanos, Bilbao, 1914.
- Elena, J., *Publicaciones periódicas impresas en Navarra*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1990.
- Eley, Geoffrey, ‘What Is Cultural History?’, en *New German Critique*, nº 65, 1995.
- Elíade, Mircea, *Mito y Realidad*, Labor, Barcelona, 1968.
- Elías de Tejada, Francisco, *Las Españas. Formación histórica. Tradiciones regionales*, Ed. Ambos Mundos, Madrid, s.f.
- ‘La literatura política en la Navarra medieval’, en *Príncipe de Viana*, nº 63, 1956.
- Elizalde, Ignacio, ‘¡Javier a la vista!’, en *D. N.*, 8-III-1951.
- Elorza, Antonio, *Ideologías del Nacionalismo vasco*, Haranburu, San Sebastián, 1978.
- ‘Sobre los orígenes literarios del nacionalismo’, en *SAIOAK*, nº 2, 1978.
- Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, Auñamendi, San Sebastián, 1968-1996. 43 volúmenes. En publicación.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Hijos de J. Espasa eds., Barcelona, s.f. 112 volúmenes.

- Erize, Xabier, *Nafarroako euskeraren historia soziolinguistikoa (1863-1936). Soziolinguistiko historia eta hizkuntza gutxituen bizitza*, Nafarroako Gobernua, Iruña, 1997.
- Erro, Juan Bautista de, *El mundo primitivo o examen filosófico de la Antigüedad y Cultura de la nación bascongada*, Imprenta que fue de Fuentenebro, Madrid, 1815.
- Escribano, Francisco, *La Ribera de Navarra*, TCP, Gobierno de Navarra, Pamplona.  
[Escudero, Cayo], *Laurac-bat*, Imp. S. Bandrés, Pamplona, 1867.  
-*La discusión del código civil en el Senado el año de 1889 por lo que afectaba a Navarra*, Imp. Hijos de Montosio, Pamplona, 1899.
- Esparza, Eladio, “Cinco Villas”, en *D. N.*, 18-VII-1920. Suplemento al II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.  
-*La novia*, Ed. Patria, Madrid, s. f.  
-*Tierra que florece...*, Biblioteca de Cultura Popular, Madrid, s.f.  
-“Literatura”, en *Navarra*, 1925.  
-“Euskariana”, en *Navarra*, 1925.  
-“La novela de Doña Blanca de Navarra”, en *Navarra*, 1925.  
-“Bibliografía. Le pays basque à vol d’oiseau”, en *Euskalerraren Alde*, tomo XVI, 1926.  
-“Las fiestas de los pueblos”, en *Euskalerraren Alde*, tomo XVI, 1926.  
-*Nere*, Ed. Mentora, Barcelona, 1928.  
-*La Dama del Lebrél blanco*, Ed. Juventud, Barcelona, 1930.  
-“Pos tales”, en *D. N.*, 19-VII-1931.  
-“Postales”, en *D. N.*, 1-VIII-1931.  
-“Postales”, en *D. N.*, 9-IV-1932.  
-“Postales”, en *D. N.*, 31-VII-1932.  
-“Postales”, en *D. N.*, 3-VIII-1932.  
-“Postales”, en *D. N.*, 24-IX-1932.  
-“Amor y diferencia”, en *D. N.*, 25-IX-1932.  
-“Postales”, en *D. N.*, 21-VIII-1934.  
-“Postales”, en *D. N.*, 29-VIII-1934.  
-“Postales”, en *D. N.*, 6-IX-1934.  
-“Postales”, *D. N.*, 7-IX-1934.

- Discurso sobre el Fuero de Navarra*, Ed. Príncipe de Viana, Pamplona, 1935.
- *Pequeña Historia del Reino de Navarra*, Ed. Españolas, Madrid, 1940.
- Nuestro Francisco Javier*, Ed. Leyre-Aramburu, Pamplona, 1941.
- “Notas sobre el antecedente histórico de la Ley de 1841”, en *Príncipe de Viana*, nº 4, 1941.
- De cuando éramos novios*, Ed. Gómez, Pamplona, 1943.
- “Nuevas investigaciones sobre la lengua vasca”, en *Príncipe de Viana*, nº 11, 1943.
- “Nota crítica a ‘Fernando el Católico y Germana de Foix, un matrimonio por razón de Estado’ de Doussinague”, en *Príncipe de Viana*, nº 23, 1946.
- Hubo Pirineos o entre Juanas anda el Reino*, Ed. Gómez, Pamplona, 1950.

Esteban y Chavarría, Juan P., ‘El congreso de Estudios vascos y la verdadera personalidad de Navarra’, en *La Avalancha*, nº 607, 1920.

- ‘Navarra por D. Carlos, Príncipe de Viana’, en *La Avalancha*, nº 627, 1921.
- ‘Rasgos de la patria’, en *La Avalancha*, nº 626, 1921.
- ‘Navarrismo castizo’, en *D. N.*, 13 y 16-IV-1924.
- ‘La Montaña y la Ribera de Navarra’, en *La Avalancha*, nº 860, 1931.
- ‘Nuestro Estatuto’, en *La Avalancha*, nº 875, 1931.
- ‘Por la autonomía regional’, en *La Avalancha*, nº 891, 1932.
- ‘El Estatuto y el Fuero’, en *D. N.*, 4-VII-1936.
- ‘Navarra Española’, en *D. N.*, 10-X-1936.

Estella, Bernardino de, *Historia Vasca*, Izaro, Guecho, 1977.

Estornés, Bernardo, *Erronkari (el Valle de Roncal)*, Tip. La Académica, Zaragoza, 1927.

- Historia del País Basko*, Ed. Vasca, Zarauz, 1933.
- Historia Vasca*, Beñat Idaztiak, Donostia, 1935.
- Orígenes de los vascos*, Ed. Auñamendi, San Sebastián, 1965. 4 volúmenes.
- *Sobre historia y orígenes de la lengua vasca*, Ed. Auñamendi, San Sebastián, 1967.
- El Cantar de Roncesvalles y otros poemas navarros*, Ed. Auñamendi, San Sebastián, 1978.
- Memorias. Recuerdos y andanzas de casi un siglo*, Auñamendi, Donostia, 1996.

- Estornés, Idoia, *La Sociedad de Estudios Vascos. Aportación de Eusko Ikaskuntza a la Cultura Vasca (1918-1936)*, Eusko ikaskuntza, San Sebastián, 1983.
- Etayo, Gervasio, *Paz y Fueros. La manifestación fuerista de Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona, 1893.
- Etayo, Jesús, “Ante el cuarto centenario de la herida de Iñigo de Loyola”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921.
- “Divagaciones”, en *Navarra*, 1925.
- “Ante el homenaje, en Navarra, para el invasor Roldán”, en *L. V. N.*, 21-VIII-1934.
- ‘Eusebius’. Ver García Mina, Eusebio.
- Extramiana, Joxe, *Historia de las Guerras Carlistas*, Haranburu, San Sebastián, 1979. 2 volúmenes.
- Falcón, Modesto, “Codificación del Derecho Foral”, en *Navarra Ilustrada*, 1894.
- Favyn, André, *Histoire de Navarre, Contennat l’Origine, les Vies & conquetes de fes Roys, depuis leur commencement iufques a prefent*, Imp. Pierre Mettayer, Paris, 1612.
- Fawtier, Robert, *La Chanson de Roland. Étude historique*, E. de Boccard, Paris, 1933.
- Feliú, Bartolomé, “Por Dios y por mi dama”, en *Navarra Ilustrada*, 1894.
- Feria, Marqués de, “¡Alerta, Navarros!” en *D. N.*, 15-VI-1932.
- Fernández Viguera, Silvia, “Ideología de Raimundo García ‘Garcilaso’ en torno al tema foral. Su evolución: 1903-1931”, en *Príncipe de Viana*, Anejo 5 al I Congreso Historia de Navarra, 1986.
- “La ideología Social y Política de Raimundo García ‘Garcilaso’ (1903-1929)”, en *Príncipe de Viana*, nº 189, 1990.
- Ferrer, Melchor, *Observaciones de un viejo carlista a unas cartas del Conde de Rodezno*, 1946.
- Breve historia del legitimismo español*, Ed. Montejurra, Madrid, 1958.
- Ferrer Muñoz, Manuel, *Elecciones y Partidos Políticos en Navarra durante la segunda República*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1992.
- Fita, Fidel, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*, 1879.
- Floristán, Alfredo, “El pensamiento geográfico de Leoncio Urabayen”, en *Príncipe de Viana*, nº 195, 1992.

- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI, México, 1968.
- “What is an Author?”, en J. V. Harari ed., *Textual Strategies*, Ithaca, Nueva York, 1979.
  - Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992.
  - La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1995, 16ª ed.
- Frye, Northrop, *Anatomía de la crítica*, Monte Ávila eds., Caracas, 1991.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y Método*, Sígueme, Salamanca, 1994. Dos volúmenes.
- Galbete, Vicente, “Vida y andanzas del Coronel D. Cristóbal de Villalba”, en *Príncipe de Viana*, nº 25, 1946.
- “Navarra, región histórica”, en *Pregón*, nº 89, 1966.
- Galdeano, Clemente, *Mío Jurra*, Ed. Iberia, Pamplona, 1943.
- El suplicio de Tántalo*, Gráficas Iruña, Pamplona, 1954.
- Gallop, Rodney, *Los vascos*, Ediciones Castilla, Madrid, 1948.
- Garat, D. J., *Origines des basques de France et d’Espagne*, Lib. de L. Hachette & Cia., Paris, 1869.
- Garay, Juan Luis de, *Sierra de Aralar*, Editorial Española, Burgos, 1934.
- García, Eladio, *Cartilla de la Batalla de las Navas de Tolosa. Monografía de este suceso al alcance de todos*, Irún, 1912.
- [García García, Raimundo] “Garcilaso”, “Amezitia” y “G”; “San Francisco Javier”, en *El Eco de Navarra*, 3-XII-1908.
- “Película regional”, en *D. N.*, 8-X-1911.
  - “La Fiesta del Árbol en Pamplona”, en *D. N.*, 24-XI-1911.
  - “La Fiesta del Árbol en Tafalla”, en *D. N.*, 25-XI-1911.
  - “La fiesta del Árbol”, en *D. N.*, 27-XI-1911.
  - “El castillo de Olite se hunde”, en *D.N.*, 29-XI-1911.
  - “A un colega”, en *D. N.*, 7-III-1918.
  - “Movimiento patriótico en defensa de las selvas de Navarra” en *D. N.*, 5-VII-1918.
  - “El Congreso de Estudios Vascos”, en *D. N.*, 13-IX -1918.
  - “Reflexiones. La batalla de Roncesvalles”, en *D. N.*, 14-VIII-1955.
- García Abadía, Anacleto, *Historia y juicio crítico de la conquista de Navarra*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1877.



- García Ezpeleta, Fermín, *Historia de Navarra*, Imp. de García Enciso, Pamplona, 1933.  
 -*España Inmortal*, Ed. Afrodisio Aguado, Madrid, 1943.
- García López, José, *Historia de la Literatura Española*, Vicens Vives, s. f.
- García Merino, Pedro, ‘Una excursión por la Ribera’, en *Pregón*, nº 63, 1960.  
 -‘Presencia de los fueros’, en *Pregón*, nº 89, 1966.
- García Mina, Eusebio, ‘Eusebius’, ‘Gran tabarra sobre las Cantigas’, en *D. N.*, 31-VIII-1934.
- García Rayo, Luis, ‘Javier, el Gran Almirante de la flota misionera hispánica’, *A. E.*, 3-XII-1952.
- García Sanchiz, Federico, *Del Robledal al Olivar. Navarra y el carlismo*, Ed. Española, San Sebastián, 1939.  
 -*Navarra*, Ed. Aspás, Madrid, 1943.
- García Santos, Juan F., *Léxico y política de la Segunda República*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1980.
- García-Sanz Marcotegui, Ángel, *Republicanos navarros*, Pamiela, Pamplona, 1985.  
 -‘La insurrección fuerista de 1893. Foralismo oficial versus foralismo popular durante la Gamazada’, en *Príncipe de Viana*, nº 185, 1988.  
 -*Caciques y políticos forales. Las elecciones a la Diputación de Navarra (1877-1923)*, I. G. Castuera, Torres de Elorz, 1992.  
 -*La Navarra de ‘La Gamazada’ y Luis Morote*, GraphyCems, Morentin, 1993.  
 -*Intransigencia, exaltación y populismo: la política navarra en tres semanarios criptocarlistas (1913-1915)*, Txertoa, San Sebastián, 1994.  
 -*Diccionario biográfico de los diputados forales de Navarra (1840-1931)*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1996.
- García Serrano, Rafael, *Eugenio o la proclamación de la primavera*, Ed. Jerarquía, Bilbao, 1938.  
 -*Plaza del Castillo*, Ed. Saro, Madrid, 1951.  
 -‘Navarra pura en Javier’, en *A. E.*, 4-XII-1952.  
 -*Bailando hasta la cruz del sur*, Gráficas CIES, Madrid, 1954. 2ª ed.  
 -*Los Sanfermines*, Espasa-Calpe, Madrid, 1963.  
 -*La fiel Infantería*, Planeta, Barcelona, 1980. 2ª edición.  
 -‘Prólogo’ a J. del Burgo, *Navarra. España en paz*, 1964.
- Garmendia, José M., *Historia de ETA*, Haranburu ed., San Sebastián, 1980-83. 2 volúmenes.

- Garmendia, Vicente, ‘Ideología dominante por Euskal Herria (Siglo XIX)’, en *Sancho el Sabio*, nº 2, 1992.
- Garrán, Justo, *El sistema foral de Navarra y Provincias Vascongadas*, Aramburu, Pamplona, 1935.
- ‘La Ley de 1841’, en *Príncipe de Viana*, nº 4, 1941.
- Gáscue, F., *El Bizcainismo*, Imp y esc. de F. Jornet, San Sebastián, 1904.
- Gaztelu, Rafael, *Memoria sobre los reyes de Navarra cuyos restos se hallaron en el monasterio de Leyre y han de ser trasladados al panteón de la Catedral de Pamplona*, Imprenta provincial, Pamplona, 1866.
- Geertz, Clifford, *Interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1987.
- El antropólogo como autor*, Paidós, Barcelona, 1989.
- Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Alianza, Madrid, 1983.
- Genette, Gerard, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Taurus, Madrid, 1989.
- Giacopuzzi, Giovanni, *ETA. Historia política de una lucha armada. 2ª parte*, Txalaparta, Tafalla, 1992. 2ª ed. aumentada.
- Gil y Bardají, Paulino, *Memoria acerca de los hombres célebres de Navarra desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Imp. Provincial, Pamplona, 1882.
- Giménez Caballero, Ernesto, *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, Ed. Jerarquía, Zaragoza, 1939. 2ª ed.
- Giorello, G., ‘A Nation once again: Thomas Osborne Davis and the construction of the Irish popular tradition’, en *History of European Ideas*, vol. 20, 1995.
- Girardet, Raoul, *Mythes et mythologies politiques*, Seuil, Paris, 1986.
- González, Vicente J., ‘Bernardo del Carpio y la Batalla de Roncesvalles’, en *VIII Congreso de la Societat Rencesvalls*, Institución Príncipe de Viana-Gobierno de Navarra, Pamplona, 1981.
- González Ollé, Fernando, *Introducción a la Historia Literaria de Navarra*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1989.
- González Simancas, Manuel, *España militar a principios de la Baja Edad media. Batalla de las Navas de Tolosa*, Talleres del Depósito de la Guerra, Madrid, 1925.
- Goñi Gaztambide, José, ‘Por qué el Dr. Navarro no fue nombrado Cardenal’, en *Príncipe de Viana*, nº 9, 1942.
- Historia de los obispos de Pamplona*, EUNSA-Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1979-1991. Diez volúmenes

- Goñi Urrutia, Luis, ‘Euskalerriko Oiturak’, en *Diario de Navarra*, 18-VII-1920.  
Suplemento al II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.
- Goodwin, Barbara, *El uso de las ideas políticas*, Península, Barcelona, 1988.
- Górriz, Pedro de, ‘La cadena de las Navas’, en Ayuntamiento de Pamplona, *Certamen científico, literario y artístico*, Imp. y Lib. de R. Bescansa, Pamplona, 1884.  
-‘Cancionero popular navarro’, en *Certamen literario del Ayuntamiento de Pamplona*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1885.
- Gould, Stephen Jay, *La falsa medida del hombre*, Orbis, Barcelona, 1986.
- Gran Enciclopedia de Navarra*, Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1990. 10 volúmenes.
- Guía del Peregrino. IVª Peregrinación de los Mozos de Navarra en Javier*, Ed. del Consejo Diocesano, Pamplona, 1944.
- Guilhaumou, Jacques, ‘La mémoire et l’événement: le 14 juillet 1989’, en *Langages*, nº 114, 1994.
- Gunther, R., *Política y cultura en España*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1992.
- Gúrpide, Julio, *Geografía e Historia de Navarra. Lecturas- leyendas-tradiciones. Biografías de Hombres Ilustres de Navarra*, Ed. Iberia, Pamplona, 1944.  
-*Geografía e Historia de Navarra. Lecturas- leyendas-tradiciones. Biografías de Hombres Ilustres de Navarra*, Aramburu, 1944.  
-*Navarra foral siempre española. Divulgación foral*, Aramburu, 1953.
- Halbwachs, Maurice, ‘Memoria colectiva y memoria histórica’, en *Revista Española Internacional de Sociología*, nº 69, 1995.
- Hamburger, Käte, *La lógica de la Literatura*, Visor, Madrid, 1995.
- Henao, Gabriel de, *Averiguaciones de las Antigüedades de Cantabria, enderezadas principalmente a descubrir las de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava, provincias contenidas en ella, y a honor y Gloria de S. Ignacio de Loyola*, Imp. de E. López, Tolosa, 1894-5. 7 volúmenes.
- Hernández Pacheco, Francisco, ‘Las Bardenas Reales’, en *Príncipe de Viana*, nº 37, 1949.
- Herrero, Manuel, ‘Ideología Española del Siglo XVII. Concepto de los vascos’, en *R. I. E. V.*, tomo XX, 1927.

- Herri Batasuna, ‘Roncesvalles: La lucha del pueblo vasco por la independencia’, en *Egin*, 5-VIII-1978.
- Hobsbawn, Eric y Ranger, Terence eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge U. P., Cambridge, 1983.
- Naciones y nacionalismo desde 1870*, Crítica, Barcelona, 1991.
- Hollier, Denis ed., *El Colegio de Sociología*, Taurus, Madrid, 1982.
- Hovelacque, Abel, *La Linguistique*, C. Reinwald libraire-éditeur, Paris, 1881. 4ª ed.
- Huarte, José Mª, ‘Posibilidades turísticas de Navarra’, en *Navarra. Ayer, Hoy y Mañana*, Gurrea, Rafael Ed., s.f.
- ‘Oasis del turismo consciente’, en *Vida Navarra*, 1934.
- Huici, Ambrosio, *Estudio sobre la campaña de las Navas de Tolosa*, Anales del Instituto General y Técnico de Valencia, Valencia, 1916.
- Huici, Victoriano, *Manual de Gramática Bascongada*, Imp. de Erice y García, Pamplona, 1899.
- Huici, María del Puy, ‘Las Comisiones de Monumentos Históricos y Artísticos con especial referencia a la Comisión de Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 189, 1990.
- En torno a la conquista de Navarra*, Gráficas Castuera, Torres de Elorz, 1993.
- Humboldt Guillermo de, *Los primitivos habitantes de España. Investigaciones con el auxilio de la lengua vasca*, Librería de D. José Anllo, Madrid, 1879.
- ‘Los Vascos o Apuntaciones sobre un viaje por el país vasco en primavera del año 1801’, en *RIEV*, tomos XIV-XV, 1923-24.
- Ibarbia, Ignacio, ‘Sepulcro del rey de Navarra don Sancho VIII’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.
- Ibarlucea, Dionisio de, *Atlas de la provincia de Navarra, acompañado de una breve descripción geográfica*, Imp. de Díaz Espada, Pamplona, 1886.
- Compendio de Geografía de Navarra*, Imp. de Aramendía y Onsalo, Pamplona, 1907.
- Ibarra, Javier de, ‘Un navarro’, *Historia de Roncesvalles*, Talleres Tip. ‘La Acción Social’, Pamplona, 1935.
- Historia del Monasterio y de la Universidad literaria de Irache*, Taller Tip. La Acción Social, Pamplona, s.f.
- Ilustres navarros del siglos XVI*, Imp. de J. García, Pamplona, 1951.

- Ilustres navarros del siglo XIX y parte del XX*, Imp. de J. García, Pamplona, 1953.
- Ibero, Evangelista de, *Sermón predicado en la Catedral de Pamplona el 8 de abril de 1902, el día de la dedicación de aquella Santa Iglesia*, Biblioteca católico-propagandista, Pamplona, 1902.
- Ami Vasco*, Imp. de E. Arceche, Bilbao, 1906.
- Idoate, Florencio, “Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra”, en *Príncipe de Viana*, nº 54-55, 1954.
- Rincones de la Historia de Navarra*, Dip. de Navarra, Pamplona, 1979. Tres volúmenes.
- Inman, Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Cátedra, Madrid, 1997.
- Illarregui, Pablo, *Defensa del Ferro-carril de Pamplona Francia por los Alduides*, Imp. del Eco de Navarra, Pamplona, 1857.
- Del origen y autoridad legal del Fuero General de Navarra*, Imp. de T. Iriarte, Pamplona, 1869.
- “La Lengua vascongada”, en *Revista Euskara*, 1878.
- Ilundáin, Joaquín, *Guía de Pamplona y de las atracciones histórico artísticas de Navarra*, Imp. de T. Bescansa, Pamplona, 1926.
- Imbuluzqueta, Gabriel, *Periódicos Navarros del siglo XIX*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1993.
- Inchaurredo, Miguel de, *La Iglesia y el euskera. Obligación de hablar al pueblo en su lengua nativa y de cultivarla*, Imp. Federación, Pamplona, 1926.
- Método Práctico del Euskera*, Lib. de J. Aramendía, Pamplona, 1928.
- [Iraburu, José M<sup>a</sup> ], “José María de Luzaide”, *Boiras. Narraciones, poesía y comentarios históricos en torno de Roncesvalles*, Imp. de Higinio Coronas, Pamplona, 1922.
- “La capital de la Baja Navarra”, en *Pregón*, nº 26-27, 1950.
- Iribarren Paternáin, Manuel, *Retorno*, Espasa-Calpe, Madrid, 1932.
- La ciudad*, Ediciones españolas, Madrid, 1939.
- Una perspectiva histórica de la Guerra en España*, García Enciso, Madrid, 1941.
- San Hombre. Itinerario espiritual*, Ed. Nacional, Madrid, 1943.

-*El Príncipe de Viana (Un destino frustrado)*, Montaner y Simón, Barcelona, 1947.

-*Encrucijadas*, Aguilar, Madrid, 1952.

-*Navarra. Ensayo de biografía*, Ed. Nacional, Madrid, 1956.

-*El paisaje*, T. C. P., Dip. Foral de Navarra, Pamplona.

-*Escritores Navarros de ayer y hoy*, Ed. Gómez, Pamplona, 1970.

-*Pugna de almas*, Afrodisio Aguado, Madrid, s.f.

Iribarren Rodríguez, José M<sup>a</sup>, *Con el general Mola. Escenas y aspectos inéditos de la guerra civil*, Editorial ‘Heraldo de Aragón’, Zaragoza, 1937.

-*Mola. Datos para una biografía y una historia del Alzamiento Nacional*, Talleres Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1938.

-*Retablo de curiosidades. Zambullida en el alma popular*, Imp. del Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1940.

-*Navarrerías. Album de variedades*, Imp. Bergara, Pamplona, 1944.

-*Historias y costumbres*, Imp. Diputación Foral, Pamplona, 1949. 2 ed. aumentada, 1956.

-*Batiburrillo. Anecdotario popular pintoresco*, Ed. Gómez, Pamplona, 1950. 2<sup>a</sup> ed.

-*Vocabulario navarro*, Gómez, Pamplona, 1952.

-*Cajón de Sastre. Saldo de retales*, Ed. Gómez, Pamplona, 1955.

-*Pamplona y los viajeros de otros siglos*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1957.

-*Espoz y Mina. El guerrillero*, Aguilar, Madrid, 1965.

Iribas, Gregorio, *Los derechos de Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona, 1894.

Irigaray, Ángel, ‘Antropónimos medioevales de Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 61, 1955.

-*Euskalerriko ipuiñak. Cuentos populares vascos*, Itxaropena, Zarautz, 1957.

-‘Nuevos testimonios de la lengua vascónica en Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 80-81, 1958.

- (selector) *Prosistas Navarros Contemporáneos en Lengua Vasca*, Diputación Foral de Navarra-Príncipe de Viana, Pamplona, 1958.
- Irigaray, Fermín, “Larreko”, *Gerla urte, gezur urte. Iruñea 1936-40, isiltasunean mintzo*, Pamiela arg., Iruña, 1993.
- Irigaray Apat, Agustín, *De Buzo a General (Odisea de un navarro)*, Gráficas Bescansa, Pamplona, 1940.
- Irigoyen, Manuel, *Noticias y datos estadísticos del Noble Valle y Universidad de Baztán*, Imp. Provincial, Pamplona, 1890.
- Irujo, Manuel de, “Levantemos un monumento a Wamba”, *L. V. N.*, 9-IX-1934.
- Isla, José F., *Triunfo del amor y de la Lealtad. Día grande de navarra en la festiva, pronta, gloriosa aclamación del serenísimo Catholico Rey don Fernando II de Navarra y VI de Castilla*, Madrid, 1746.
- Is-Orval, “Incorporación a la Unidad”, en *Pregón*, nº 66, 1960.
- Iturralde y Suit, Juan, *Memoria sobre las ruinas del Palacio real de Olite*, Imp. La Internacional, Pamplona, 1870.
- “Los castillos de Navarra, durante la Edad Media”, en *Revista Euskara*, 1883.
- Colaboración sin título en *Navarra Ilustrada*, 1894.
- “El arquilla arábigo-persa de Leire” en *B. C. M. H. A.N.*, 1895,
- “Santuario de Nuestra Señora de Eunate”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1895.
- Las grandes ruinas monásticas de Navarra*, Imp. y Lib. de J. García, Pamplona, 1906.
- Obras de Iturralde y Suit. Vol. I. Cuentos leyendas y descripciones euskaras* - Imp. de J. García, Pamplona, 1912.
- Obras II. La prehistoria en Navarra*, Imp. de J. García, Pamplona, 1911.
- Obras*, vol. IV, Imp. de García, Pamplona.
- Obras*, vol. V, Imp. de García, Pamplona, 1917.
- “La leyenda de San Virila de Leire”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1917.

-“Una visita al castillo de Javier antes de su restauración”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1920 (original *Revista Euskara*, 1883).

-“Las cruces de nuestro suelo”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921.

-“El monasterio de Leire y la ciudad de San Sebastián”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1922.

Izurdiaga [o Yzurdiaga], Fermín, *Poema de Navarra*, Imp. Viuda de Aramburu, Pamplona, 1927.

-*El cardenal Cisneros*, Ediciones para el bolsillo de la camisa azul, Bilbao, s.f.

Jakobson, Roman, *Arte verbal, signo verbal, tiempo verbal*, F. C. E., México, 1992.

Jaúregui, José Antonio, *Las reglas del juego*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977.

Jaurgain, Jean de, *La Vasconie. Étude historique et critique sur les origines du Royaume de Navarre, du duché de Gascogne des comtés de Comminges, d'Aragon, de Foix, de Bigorre, d'Alava & de Biscaye, de la Vicomté de Béarn et des grands fiefs du duché de Gascogne*, Imp. Garet, Paris, 1898.1900. 2 volúmenes.

Jauss, Hans R., *Pour une herméneutique littéraire*, Gallimard, Paris, 1988.

Jiménez Gil, Javier, *Los usos de Martín de Azpilcueta*, inédito.

Jiménez de Rada, Rodrigo, *Historia de los hechos de España*, Alianza, Madrid, 1989.

[Jimeno Egurbide, Manuel], Un Navarro, *El santuario de San Miguel de Excelsis. Su tradición y su historia*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1894.

Jimeno Jurío, José M<sup>a</sup>, *Historia de Pamplona. Síntesis de una evolución*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1974.

-“Los orígenes de la sublevación vasca”, en *Egin*, 10-VIII-1978.

-“Silencio cultural”, en *Egin*, 15-VIII-1978.

-et al., *475 Aniversario de la Conquista de Navarra*, Eusko Ikaskuntza, Donostia, 1989.

Juaristi, Jon, *Euskeraren ideologiak. Etorkiak*, Kriselu, Donostia, 1976.



- El Linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Taurus, Madrid, 1987.
- Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*, Siglo XXI, Madrid, 1992.
- [Juaristi, Victoriano], “V́ctor Iván”, *Costa de Plata*, Imp. de La Voz de Guipúzcoa, San Sebastián, 1928.
- “Los hombres de Navarra”, en Gurrea ed., *Navarra*, 1934.
- “Un artículo en ‘pro’, del señor Juaristi”, en *L. V. N.*, 23-VIII-1934.
- “Unas cuartillas del señor Juaristi”, en *L. V. N.*, 28-VIII-1934.
- Roncesvalles y la Canción de Roldán*, Icharopena, Zarauz, s..f.
- Los caminos de Navarra*, Navarro y del Teso, San Sebastián, 1935.
- Juliá, Santos, *Historia social/ sociología histórica*, Siglo XXI eds., Madrid, 1989.
- Kayser, Wolfgang, *Interpretación y análisis de la obra literaria*, Gredos, Madrid, 1954.
- Kirk, G. S., *El mito. Su significado y funciones en la Antigüedad y otras culturas*, Paidós, Barcelona, 1985.
- Koselleck, Reinhart, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993.
- Kuhn, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, F. C. E. , México, 1971.
- La Orden, Ernesto, “Retablo de la Navarra Laureada”, en *Príncipe de Viana*, nº 1, 1940.
- La reintegración foral de Navarra. Acta de la asamblea celebrada en el palacio provincial el día 30 de Diciembre de 1918*, Imp. Provincial, Pamplona, 1919.
- Lacabe, Francisco, *Defensa de los aldeanos de la cuenca de Pamplona*, Pamplona, 1858.
- Lacarra, José M<sup>a</sup>, “Expediciones musulmanas contra Sancho Garcés”, en *Príncipe de Viana*, nº 1, 1940.
- “El día de la batalla de Roncesvalles”, en *Príncipe de Viana*, nº 4, 1941.

- Vasconia Medieval. Historia y filología*, Publicaciones del Seminario J. Urquijo, Exc. Dip. Provincial de Guipúzcoa, San Sebastián, 1957.
- Historia Política del Reino de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, Aranzadi, 1973. 3 volúmenes.
- Investigaciones históricas*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1983.
- Lacarra, Victoriano, *Instituciones de derecho civil navarro*, Imp. Provincial, Pamplona, 1917. Dos volúmenes.
- Ladrón de Guevara, Pablo, *Novelistas malos y buenos*, La Editorial Vizcaína, Bilbao, 1910. 2ª edición aumentada.
- Lafuente, Modesto y Valera, Juan, *Historia general de España*, Montaner y Simón, Barcelona, 1887-1890. 25 volúmenes.
- Laguardia, Florencio, ‘San Saturnino, San Fermín, San Francisco Javier’, en *D. N.*, 18-VII-1920. Suplemento al II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.
- Lakoff, George, y Johnson, Mark, *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1991.
- Landa, Nicasio, ‘Una visión en la niebla’, en *Revista Euskara*, 1878.
- ‘Crania Euskara’, en *Revista Euskara*, 1878.
- ‘Datos sobre el arte cristiano en Navarra’, en *Revista Euskara*, 1880.
- Los primeros cristianos de Pompeyopolis*, Imp. Provincial, Pamplona, 1882.
- ‘Reseña histórica de la universidad y valle de Lana’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1924.
- Landa, Santos, *Páginas de la Historia de Navarra. Puestas en verso para niños*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1886.
- Lapesquera, Ramón, *¡¡¡Gora el Diario!!! Navarra insólita II*, Pamiela arg., Iruña, 1985.
- De aquellos barros...*, *Prensa Navarra y nacionalidad vasca*, Txalaparta, Tafalla, 1996.
- Larrambere, José A., ‘Plan definitivo para la conservación en Navarra del idioma vascongado’, en *Pregón*, nº 51, 1957.

- Larramendi, Manuel de, *Diccionario trilingüe castellano, bascuence y latín*, Pío Zuazua ed., San Sebastián, 1853. 2ª ed.
- Sobre la antigüedad y universalidad del Bascuence en España: de sus perfecciones y ventajas sobre muchas lenguas*, edición facsímil de Ediciones Vascas, San Sebastián, 1978.
- Larrayoz, Javier, *Aldea navarra. Apuntes monográficos del lugar y parroquia de Cemboráin, en la Diócesis de Pamplona*, Imp. Diocesana, Pamplona, 1945.
- De aventurero a Apóstol, o Fray Francisco de Pamplona, misionero capuchino*, Ed. Pro Fide, Madrid, 1945.
- Larraz, María del Mar, coord., *La Gamazada. Ocho estudios para un centenario*, Eunsa, Pamplona, 1995.
- Larumbe, Onofre, ‘En el Real monasterio de Santa María de la Oliva. Fantasía’, en *Euskalerraren Alde*, tomo IX, 1918.
- ‘San Miguel de Izaga’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1924.
- El Monasterio de Nuestra Señora de la Oliva (Restauraciones esplendorosas)*, Aramburu, Pamplona, 1930.
- Lasala, Fermín, *Última etapa de la unidad nacional*, Madrid, 1924.
- Lasala, Luis María, *Compendio de la Historia de España, con un resumen de la de Navarra, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Imp. de Huarte, Pamplona, 1860.
- Le Bon, Gustave, *Psicología de las masas*, Morata, Madrid, 1983.
- Le Goff, Jacques, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, Paidós, Barcelona, 1991.
- El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Paidós, Barcelona, 1991.
- Lefort, Claude, *Les formes de l'histoire: essais d'antropologie politique*, Gallimard, Paris, 1979.
- Léger, Danielle, ‘Les utopies du retour’, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1979.
- Legassa, Marcos. Ver Legasse, Mark.

[Legasse, Mark] Legassa, Marcos, *El Rey fuerte. Cantar de gesta*, Aramburu, Pamplona, 1951.

Lévi-Provençal, Évariste, *España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba*, en R. Menéndez Pidal dir. *Historia de España*, tomo IV.

Lévi-Strauss, Claude, Spiro, Melford E. y Gougle, K., *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Anagrama, Barcelona, 1974.

-*Antropología estructural*, Paidós, Barcelona, 1992.

Lezaun y Andía, Baltasar, *Memorias de los Señores Condes de Lerín*, edición de Mariano Arigita, Publicaciones de la *Revista de Historia y Genealogía Española*, Madrid, 1912.

López Sanz, Francisco, "Navarra lleva en su seno", en *Vida Vasca*, nº XVI, 1939.

-*Relente*, Ed. Española, San Sebastián, 1942

-*Navarra en la Cruzada. Episodios, Gestas, Lenguaje, Epístolas y Anecdótico*, Ed. Navarra, Pamplona, 1948.

-"Las barbas en el fuero y en el foro", en *Pregón*, nº 20, 1949.

-"Leire, como su Abad San Virila, despierta de un largo sueño", en *Pregón*, nº 25-26, 1950.

-"Leire ya no es una ruina monástica. Ya hay en el cenobio monjes que cantan y rezan salmos", en *Pregón*, nº 42, 1954.

-"El del 'clujido' de Valtierra", en *Pregón*, nº 50, 1956.

-"Cómo se expresaron algunos políticos de fines y principios de siglo", en *Pregón*, nº 89, 1966.

*Los Vascongados a los demás Españoles*, s.f., se encuentra en la Biblioteca Nacional, signatura VE 1193/34.

Lotman, Ignace, *Estructura del texto artístico*, Istmo, Madrid, 1988.

Loyarte, Adrián de, "¡Oh, tu Navarra, en emoción de grandeza!", en *D. N.*, 4-X-1936.

Loyer, B., "Nation, État et citoyens en Espagne", en *Hérodote*, nº 72-73, 1994.

Lukács, György, *Sociología de la literatura*, Península, Barcelona, 1989. 4ª ed.

- Madariaga, Salvador de, *España. Ensayo de historia contemporánea*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979.
- Madoz, Pascual, *Diccionario Geográfico-estadístico-histórico de Navarra*, Ámbito, Valladolid, 1986. Facsímil de la edición original de 1845-50.
- Madrazo, Pedro, *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Navarra y Logroño*, 3 tomos, Ed. de D. Cortezo y C<sup>a</sup>, Barcelona, 1886.
- Mainer, José-Carlos, *Falange y literatura*, Ed. Labor, Barcelona, 1971.
- Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*, Ed. Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1972.
- Historia, Literatura, Sociedad*, Instituto de España-Espasa Calpe, Madrid, 1988.
- La dama de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España*, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1988.
- “Vi da política y vida literaria: inventario de 1902-1931”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, H<sup>a</sup> Contemporánea, t. 6, 1993.
- Mannheim, Karl, *Ideología y utopía*, F. C. E., México, 1941. Primera reimpresión de la segunda edición, 1993.
- Manterola, Pedro y Paredes, Camino, *Arte navarro, 1850-1940. Un programa de recuperación de las Artes Plásticas*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1991.
- Mañé, Juan, *El oasis. Viaje al país de los fueros*, Imp. de J. Roviralta, Barcelona, 1878. 3 volúmenes.
- Marchán, Simón, *La estética en la cultura moderna. De la Ilustración a la crisis del Estructuralismo*, Alianza, Madrid, 1987.
- Marcilla, Constancio, “Régimen foral de Navarra”, en Gurrea ed, *Navarra*, 1934.
- Marchand, Suzanne, “Problems And Prospects For Intellectual History”, en *New German Critique*, nº 65, 1995.

- Mariana, Juan de, *Historia general de España*, Imp. y Lib. de G. Roig, Madrid, 1852-1853. 3 volúmenes.
- Marichalar, Amalio y Manrique, Cayetano, *Historia de los fueros de Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa y Álava*, Auñamendi, San Sebastián, 1971. Facsímil del original de 1868.
- Marichalar, Carlos, ‘Colección diplomática del Rey D. Sancho el Fuerte’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1934.
- Markínez, José J., *Catalina de Foix (1483-1517)*, Mintzoa, Iruña, 1987.
- Martín Nogales, José L., *La novela en Navarra desde 1936 hasta 1975*, UNED-Navarra, Pamplona, 1988.
- Cincuenta años de novela española (1936-1986). Escritores navarros*, PPU, Barcelona, 1989.
- Martínez Alegría, Agapito, *La Batalla de Roncesvalles y el Brujo de Bargota. Historia, leyenda y floklora*, La Acción Social, Pamplona, 1929.
- Martínez-Beloqui, M<sup>a</sup> Sagrario, ‘Las relaciones entre la diputación navarra y las Provincias Vascongadas en 1866’, en *Eusko Ikaskuntzaren IX. Kongresoa. Gaurko Euskal Gizartearen sorburu hurbilak XVIII-XIX Mendeak*, Eusko Ikaskuntza, Donostia, 1984.
- Martínez Cuadrado, Miguel, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Alfaguara-Alianza, Madrid, 1973.
- Martínez Erro, José Ramón, *Olite, Corte de Reyes*, Taller tipogr. de Orive, Tafalla, 1946.
- Martínez de Ubago, Vicente, ‘Pamplona se divierte’, en *Navarra*, 1925.
- Martínez-Peñuela, Araceli, *Antecedentes y primeros pasos del Nacionalismo Vasco en Navarra, 1878-1918*, Gobierno de Navarra, Dep. de Educación y Cultura, Pamplona, 1989.
- Mata, Carlos, *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas*, Gob. de Navarra-Príncipe de Viana, Pamplona, 1995.
- Maya, José L., *Navarra y la ley de desamortización*, Imp. Tudelana, Tudela, 1859.
- Mena, Ignacio, *La batalla de Atapuerca. Ensayo literario*, Imp. de Istúriz, Pamplona, 1883.

- Mencos, Ignacio, ‘El Príncipe de Viana (Romance)’, en *Revista Euskara*, 1880.
- Menéndez Pidal, Ramón, dir., *Historia de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1935-1985.  
21 volúmenes. En publicación.
- La Chanson de Roland y el neotradicionalismo (orígenes de la épica románica)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1959.
- En torno a la lengua vasca*, Espasa-Calpe argentina, Buenos Aires, 1962.
- Menéndez Pidal, F., ‘La muerte de Francisco de Febo, Rey de Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 58, 1955.
- Mercapide, Jerónimo, *Crónica oficial de la Coronación Canónica de la Imagen de la Sma. Virgen de Ujué*, Imprenta del Obispado, Pamplona, 1953.
- Mezquíriz, María Ángeles, ‘Notas sobre la antigua Pompaelo’, en *Príncipe de Viana*, nº 56-57, 1954.
- ‘El Museo de Navarra’, *Príncipe de Viana*, nº 70-71, 1958.
- Mina, M<sup>a</sup> Cruz, ‘Nafarroaren egungo historiari sarrera’, en *Jakin*, nº 6, 1978.
- Fueros y Revolución Liberal en Navarra*, Alianza Universidad, Madrid, 1981.
- ‘Elecciones y partidos en Navarra (1891 -1923)’, en G. Delgado ed., *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, SIGLO XXI, Madrid, 1985.
- Miranda, Francisco, *La Dictadura de Primo de Rivera en Navarra. Claves políticas*, ed. Eunate, Pamplona, 1995.
- Mongin, Olivier, ‘Une mémoire sans histoire? Vers une autre relation à l’Histoire’, en *Esprit*, nº 190, 1993.
- Monsalud, Marqués de, ‘El Palacio Real de Olite: Informe para su declaración de Monumento nacional’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1913.
- Montoro, José Joaquín, ‘Orígenes y factores del Derecho Navarro’, en *D. N.*, 19 a 22-V-1956.
- Morales, Antonio, *Memoria que comprende los principios e instituciones de derecho civil de Navarra que deben quedar subsistentes como excepción del Código general; y los que pueden desaparecer viniendo a la unificación redactada con*

- arreglo al Real Decreto de 2 de Febrero de 1880*, Imp. Provincial, Pamplona, 1884.
- Moret, José de, *Anales del Reino de Navarra*, Establecimiento tipográfico de E. López, Tolosa, 1890-92. 12 volúmenes.
- Anales del Reino de Navarra* al cuidado de Susana Herreros Lopetegui , Gobierno de Navarra, Pamplona, 1987-1995. 5 volúmenes. En publicación.
- Investigaciones históricas de las Antigüedades del Reyno de Navarra*, Imp. de Pascual Ibáñez, Pamplona, 1766.
- Moret, Segismundo y Silvela, Luis, *La familia foral y la familia castellana*, Imp. Viuda e hijos de J. Cuesta, Madrid, 1863.
- Morgan, Prys, ‘From a Death to a View: The Hunt for the Welsh Past in the Romantic Period’, en Eric Hobsbawn y Terence Ranger eds., *The Invention of Tradition*, 1994.
- Mortara, Bice, *Manual de retórica*, Cátedra, Madrid, 1991.
- Mosterín, Jesús, *Conceptos y teorías en la ciencia*, Alianza, Madrid, 1987.
- Mugueta, Fermín, ‘Leyre, Monumento nacional, está de ruinas’, en *Vida Vasca*, nº XIV, 1937.
- Mujika, Luis M<sup>a</sup>, *Historia de la literatura euskérica*, Haranburu ed., San Sebastián, 1979.
- Müller, Max, *La Science du Langage*, A. Durand et P. Lauriel, Paris, 1876. 3<sup>a</sup> edición en francés de la octava edición inglesa.
- Munárriz, T. Coronel [Eufrasio], ‘El vascuence en la vieja navarra’, en *RIEV*, tomos 14 y 15, 1925-26.
- Leoz el Marino*, Aramburu, Pamplona, 1930.
- Miguel de Iturbide*, Bengaray, Pamplona, 1931.
- Munárriz, Lino, *Resumen de la historia de Navarra*, Imp. de Aramburu, Pamplona, 1912.
- ‘Viaje de D. Sancho al Africa’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.
- Museo de Navarra. Guía*, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1956.



Mutuberria, Atanasio, *Mirando al Centenario de las Navas de Tolosa*, Imp. de Aramburu, Pamplona, 1912.

Nadal de Gurrea, José *Glorias Navarras. Historia compendiosa del origen del antiguo reino de Navarra. Biografías y hechos célebres de sus reyes, fundación de sus principales ciudades, villas y Monumentos, e historia detallada de Pamplona desde sus primitivos tiempos, con otras varias noticias de interés general*, Imp. de Díaz de Espada, Pamplona, 1866.

Nagore, Daniel, *La agricultura y ganadería en Navarra*, Imp. Provincial a cargo de Falces, Pamplona, s. f.

Nagore, Javier, *Complilación de derecho navarro*, Dip. Foral de Navarra-Príncipe de Viana, Pamplona, 1965.

Narbaiz, Pierre, *Orria o La batalla de Roncesvalles*, Elkar, Pamplona, 1978.

*Navarra en las Navas de Tolosa*, Imp. de J. Lizaso Hermanos, Pamplona, 1912.

Navarro Villoslada, Francisco, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1977.

-*Amaya*, guión y dibujos de R. Ramos, Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, Pamplona, 1981.

-“De lo prehistórico en las provincias vascongadas” en *La Paz*, 17-I-1877.

-“La mujer de Navarra”, en *Príncipe de Viana*, nº 25, 1946.

[Navascués, Pedro de], Orreaga, Miguel de, “Sobre la defensa de Amayur”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1921.

-*¡Amayur...! Los últimos nabarros. Vindicación de los caballeros patriotas que lucharon por la independencia de Nabarra y por los derechos de la casa de Albret en los años 1512-1524*, Imp. Viuda de T. Bescansa, Pamplona, 1923.

Nombela, Julio, *Crónica de la Provincia de Navarra*, Rubio, Grilo y Vitturi eds., Madrid, 1868.

*Nueva recopilación de los fueros, privilegios, buenos usos y costumbres, leyes y ordenanzas de la M. N. Y. M. L. Provincia de Guipúzcoa*, A. Gorosabel imp., Tolosa, 1867.

Nora, Pierre y Le Goff, Jacques, dirs., *Les Lieux de mémoire*, Gallimard, Paris, 1984-1992. 7 volúmenes.

Núñez de Cepeda, Marcelo, *La Beneficencia en Navarra a través de los siglos*, Escuelas Profesionales Salesianos, Pamplona, 1940.

-*Los votos seculares de la ciudad de Pamplona*, Ayuntamiento de Pamplona, Pamplona, 1942.

-*Guía completa del País Navarro*, Gráficas Gurrea, Pamplona, 1947.

Ochoa, Teodoro, *Diccionario Geográfico Histórico de Navarra*, Imp. del autor, Pamplona, 1842.

Olábarri, Ignacio, y Sánchez Prieto, Juan M<sup>a</sup>, “Un ejemplo de *Richtungskamps* en la historiografía navarra contemporánea; la polémica en torno a Amayur”, en *Simbolae Ludovico Mitxelena Septuagenio Oblatae*, Vitoria, 1985.

-“Notas en torno al problema de la conciencia colectiva de los navarros en el XIX”, en *Congreso de Historia de Euskal Herria*, tomo V, Servicio Central de Pub. del Gobierno Vasco, Gasteiz, 1988.

Olaechea, Marcelino, “A Javier”, a E. Esparza, *Nuestro Francisco Javier*.

Olave, Serafín, *Reseña histórica y análisis comparativo de las constituciones forales de Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia*, Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C<sup>a</sup>, Madrid, 1875.

-*La verdad acerca del ferro-carril de alduides prolongado desde Pamplona, por estella, Calahorra y Soria hasta Torralba en la línea de Madrid a Zaragoza ó sea la gran central directa entre Madrid y Francia*, Imp. de Álvarez Hermanos, Madrid, 1880.

-“El Pacto político como fundamento histórico general de la Nacionalidad Española y especialmente como manifestación legal de la soberanía independiente de Navarra”, en AA. VV., *Temas Forales*, 1966. Es facsímil del original de 1878.

-“Nobleza Navarra. Leyenda histórica”, en *Revista Euskara*, 1878.

-“El Escudo de Navarra”, en *Revista Euskara*, 1878.

Olivier-Copons, Eduardo, *Conquista y anexión de Navarra*, Biblioteca económica de Ciencias Militares, Madrid, 1888.

Olóriz, Hermilio de, *El Romancero de Navarra*, Imp. provincial, Pamplona, 1876.

-*Fundamento y defensa de los fueros*, Imp. de R. Velandía, Pamplona, 1880.

-*Calahorra*, Imp. de J. Lorda, Pamplona, 1883.

-*Resumen histórico del Antiguo Reino de Navarra*, Imp. Provincial, Pamplona, 1887.

-*Laureles y siemprevivas*, Imp. Provincial, Pamplona, 1893.

- Colaboración sin título en la *Navarra Ilustrada*, 1894.

-*La cuestión foral. Reseña de los principales acontecimientos ocurridos desde mayo de 1893 a julio de 1894*, Imprenta Provincial, Pamplona, 1895.

-*Ecos de mi Patria Leyendas y poesías*, Imp. Provincial, Pamplona, 1900.

-*Navarra en la guerra de la independencia. Biografía del guerrillero D. Francisco Espoz y Noticia de la abolición y restablecimiento del Régimen foral*, Aramburu, Pamplona, 1910.

-“Las Navas de Tolosa”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1912.

-*Nueva biografía del doctor navarro D. Martín de Azpilcueta y enumeración de sus obras*, Imp. Aramburu, Pamplona, 1916.

“Ollarra”. Ver Uranga Santesteban, José Javier.

Oria, Jon, *Últimos Reyes de Navarra. De Gastón IV a Margarita de Valois*, Mintzoa, Iruña, 1994.

Oroz, Lorenzo, “Discurso del señor Presidente de la Diputación de Navarra”, en *D. N.*, 27-VII-1920.

Oroz Zabaleta, Luis, *Legislación administrativa de Navarra*, Artes gráficas, Pamplona, 1917 (tomo I).

-“La Diputación Foral”, en *D. N.*, 18-VII-1920. Suplemento al II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.

Orreaga, Miguel de. Ver Navascués, Pedro de.

- Ortabe, Máximo, *En el castillo de Tiebas. Poema*, Imp. Diocesana, Pamplona, 1946.
- Jalones del Camino (versos)*, Iberia, Pamplona, 1948
  - En la penumbra del santuario*, Iberia, Pamplona, 1948.
  - Navarra vuelve*, Imp. de J. García, Pamplona, 1952.
- Ortíz-Osés, Andrés; Mayr, F. K., *El inconsciente colectivo vasco*, Txertoa, San Sebastián, 1982.
- Ortíz de la Vega. Ver Patxot, Fernando.
- Ortíz de Zárate, Ramón, ‘Primeros tiempos de la monarquía navarra’, en *Revista Euskara*, 1878.
- Ory, Pascal, dir., *Nueva historia de las ideas políticas*, Mondadori, Madrid, 1992.
- Otaegui, Claudio, *¡Elkar gaitezen denok napar-euskaldunok!*, B. Valverderen moldizkarian, Irun, 1881.
- ‘San Francisco Jabiereko indietako apostuluari alabanzak’, en *Revista Euskara*, 1882.
  - ‘Gure ama gaberik ez ginte zke bizi’, en *Revista Euskara*, 1883.
- Oyarzun, Román, *Historia del Carlismo*, Ed. FE, Bilbao, 1939.
- Oyarzun, María y Oyarzun, Román, *Personalidad de Navarra*, Imp. Castuera, Burlada, 1989.
- Oyenart, Arnaldo de, *Noticia de las dos Vasconias, la Ibérica y la Aquitana*, Eusko Ikaskuntza, San Sebastián, 1929.
- Ozcoidi, Mario F., ‘El Real Palacio de Olite camino de su reconstrucción’, en *Arga*, nº 7 y 8, 1945.
- Palau, Antonio, *Manual del Librero Hispano-Americano. Bibliografía general española e hispano-americana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los impresos descritos*, A. Palau, Barcelona, 1948-1987. 35 volúmenes.
- Pasamar, Gonzalo, *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1991.

- Pascual, Ángel M<sup>a</sup>, *Amadis*, Espasa-Calpe, Madrid, 1943.
- Glosas a la Ciudad*, Ed. Morea, Pamplona, 1963.
  - Capital de Tercer Orden. Versos de Amor de disgusto*, ediciones y Libros, Pamplona, 1971. 2<sup>a</sup> edición.
  - Silva curiosa de historias*, Pamiela, Pamplona, 1987.
- [Patxot, Fernando], Ortíz de la Vega, *Anales de España desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, Imp. de Cervantes, Barcelona, 1857-59.
- Paz, Alfredo de, *La revolución romántica. Poéticas, estéticas, ideologías*, Tecnos, Madrid, 1992,
- Payne, Stanley, 'Navarrismo y españolismo en la política navarra bajo la Segunda República', en *Príncipe de Viana*, n° 166-167, 1982.
- Peers, Edgar Allison, *Historia del movimiento romántico español*, Gredos, Madrid, 1967. 2 volúmenes.
- Pelairea, Alberto, *San Miguel de Aralar*, Imp. García Enciso, Pamplona, 1925.
- 'Navarra', en *B. C. M. H. A. N.*, 1918.
- Pemán, José M<sup>a</sup>, *El divino impaciente*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, s. f.
- Perelman, Charles, *The Realm of Rethoric*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1982.
- Pérez Goyena, Mariano, *Jaunsarás o los vascos en el siglo VI*, Imp. de Aramburu, Pamplona, 1899.
- Pérez Goyena, Antonio, *Contribución de Navarra y de sus hijos en la Historia de la Sagrada Escritura. Notas históricas y bio-bibliográficas*, Publicaciones del Seminario Diocesano, Pamplona, 1944.
- La Santidad en Navarra: Santos, Beatos y personas insignes en santidad del pueblo navarro. Discusiones sobre los apócrifos y otros hechos oscuros hagiográficos. Contribución de navarra y sus hijos a la Hagiografía*, Publicaciones del Seminario Diocesano de Pamplona, Pamplona, 1947.

-*Ensayo de Bibliografía Navarra: desde la creación de la imprenta hasta el año 1910*, Dip. Foral de Navarra.Príncipe de Viana, Pamplona, 1947-1964. 9 volúmenes.

Pérez Ilzarbe, David, *Navarra a la vista. Anuario-guía general de Navarra*, Iberia, Pamplona, 1950.

Pérez Borda, José A., ‘En torno al lenguaje poético fascista. La metáfora de la Guardia eterna’, en *Letras de Deusto*, nº 31, 1985.

Pérez de Urbel, Justo, ‘Navarra y Castilla en tiempos de Sancho el Mayor’, en *Príncipe de Viana*, nº 18, 1945.

-*Los vascos en el nacimiento de Castilla*, La Editorial Vizcaína, Bilbao, 1946.

-*Sancho el Mayor de Navarra*, Dip. Foral de Navarra, Madrid, 1950.

-‘Lo viejo y lo nuevo sobre el origen del Reino de Pamplona’, en *Al-Andalus*, vol. XIX, 1954.

-y Ricardo del Arco Garay, *España Cristiana. Comienzo de la Reconquista*, tomo VI de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, 1956.

Perochegui, Juan de, *Origen de la nación bascongada y de su lengua de que han emanado las Monarquía Española, y Francia, y la República de Venecia, que existen en el presente*, segunda impresión, imprenta de los Herederos de Martínez, Pamplona, 1760. Edición facsímil a cargo de Ediciones vascas, 1978.

Pradera, Victor, *Regionalismo y Nacionalismo*, Imp. de ‘El Correo Español’, Madrid, 1917.

-*El Misterio de los Fueros Vascos*, J. Rates, Madrid, 1918.

-‘¿Debe existir un Derecho foral navarro?’ en *D. N.*, 18-VII-1920. Suplemento al II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.

-*Por Navarra, para España*, s.f.

-*Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, 2ª ed. aumentada, Ed. Voluntad, Madrid, 1925.

-‘Carta abierta’, en *D. N.*, 16-VI-1932.

-*Obra Completa*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1945. 2 volúmenes.

- ‘Premín de Iruña’. Ver, Baleztena, Ignacio.
- Prösler, Martin, ‘Museums and Globalization’, en *Sociological Review Monographs. Theorizing Museums*, Oxford, 1996.
- Protesta Foral de Navarra*, E. Pérez-Tafalla Ed., Pamplona, 1893.
- Proyectos sometidos por la Diputación de Navarra las de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa*, Imp. Provincial bajo la dirección de J. F. Cancela, Pamplona, 1866.
- [Queipo de Llano, José M<sup>a</sup>], El Conde de Toreno, *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*, Lib. Europea de Baudry, París, 1838. 3 volúmenes.
- Querejeta, Rafael, *Navarra. Lecturas*, Aramburu, Pamplona, 1934.
- Quintanilla, Emilio, *La Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1995.
- Quiroga, M<sup>a</sup> Dolores, ‘Filiación genealógica y curiosos pormenores de la Casa de Rada’, en *Príncipe de Viana*, nº 61, 1955.
- Ramírez Arcas, Antonio, *Itinerario descriptivo, geográfico estadístico y mapa de Navarra*, Imp. de T. Ochoa, Pamplona, 1848.
- Real Academia de la Historia, *Diccionario geográfico-histórico de España por la Real Academia de la Historia. Sección I. Comprehende el reyno de Navarra, señorío de Vizcaya y provincias de Álava y Guipúzcoa*, Madrid, 1802. Dos volúmenes.
- Rebollo, Miguel A., *Vocabulario Político, Republicano y Franquista (1931-1971)*, Fernando Torres ed., Valencia, 1978.
- Reboul, Olivier, *Lenguaje e ideología*, F. C. E., México C., 1986.
- Reclus, Eliseo, ‘Los vascos. Un pueblo que se va’, en *R. I. E. V.*, tomo XX, 1929.
- Recondo, José M<sup>a</sup>, ‘El Castillo de Xavier’, en *Príncipe de Viana*, nº 57-58, 1957.
- La Javierada*, TCP, Gobierno de Navarra.
- Redondo, Luis y Zavala, Juan de, *El Requeté (La Tradición no muere)*, Ed. AhR, Barcelona, 1957.

- Reis, Carlo, *Para una semiótica de la ideología*, Taurus, Madrid, 1987.
- Fundamento y técnicas del análisis literario*, Gredos, Madrid, 1989.
- Remacha, José M<sup>a</sup>, ‘Maiximico (entremés tudelano)’, en *Pregón*, nº 38, 1953.
- Rico, Francisco dir., *Historia y crítica de la Literatura Española*, Crítica, Barcelona, 1980.
- Ricoeur, Paul, *Temps et récit. Le temps raconté*, Seuil, Paris, 1985.
- ‘Verdad y Mentira’, en *Historia y verdad*, Encuentro, Madrid, 1990.
- Ideología y utopía*, Gedisa, Barcelona, 1994.
- Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Siglo XXI eds., México D. F., 1995. En publicación.
- Río, Ángel del, *Historia de la Literatura Española*, Holt, Reinhart and Winston, New York, 1963.
- Rivière, Claude, ‘Mythes modernes a coeur de l’idéologie’, en *Cahiers internationaux de sociologie*, Vol. XC, 1991.
- Rodríguez-Ferrer, Miguel, ‘El País Vasco, su lengua y el Príncipe Luis Luciano Bonaparte’, en *Revista España*, tomo XXIX, 1872.
- Rodríguez González, Pablo, *Brochazos de la tierrica (cuadros de costumbres, tradiciones, narraciones, &)*, Ed. Torrent Aramendía hnos., Pamplona, 1933.
- Rodríguez Puertolas, Francisco coord., *Historia social de la Literatura española*, Castalia, Madrid, 1984.
- Literatura fascista española*, Akal, Madrid, 1986.
- Rosemblum, Robert, *Transformaciones en el arte de finales del siglo XVIII*, Taurus, Madrid, 1986.
- Rubio, Andrés, ‘La Santa Tradición’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1918.
- Rubio, Julián, *Guía de Navarra. 1952-1953*, Ed. Navarras, Pamplona, 1952.
- Ruiz de Alda, Julio, *Obra completa*, Ediciones FE-Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, 1939.



Ruiz Manjón, Octavio, *El Partido Republicano Radical, 1908-1936*, Tebas, Madrid, 1936.

[Julio Ruiz de Oyaga], J. R., “Nabarros”, en *Amayur*, 23-V-1931.

-[sin título], en *Amayur*, 23-V-1931.

-“Maestros constructores del monasterio nuevo de San Salvador de Leyre. 1567-1648”, en *Príncipe de Viana*, nº 52-53, 1953.

Sagarzazu, Claudio de, “Mendian bizi nahi det”, en *Cultura Navarra*, nº 3, 1933.

Said, Edward W., “Cultura, identidad e historia”, en *Letra internacional*, nº 48, 1997.

Saint-Esprit, Delandines de, *Histoire des ages héroïques (754-987). Les karlovinghiens*, Debécourt libraire-éditeur, Paris, 1843.

Sáiz-Calderón, Ángel, *Guía de Navarra 1929*, editada por el autor, Pamplona, 1930.

Salinas Quijada, Francisco, *Un alférez en cursillos. Retoños de la gesta triunfal*, Zaragoza, 1938.

-*Rutas de Tierra en el Dolor y en la Gloria*, Imp. Cervantes, Salamanca, 1939.

-*Barro Blando (Por la Baja Navarra). Un duelo de amor en la Baja Navarra*, Imp. Gráficas Hispana, Tudela, 1941.

-“Las Arras en el Derecho Foral navarro”, en *Príncipe de Viana*, nº 5, 1941.

-“Conceptos y formas de matrimonio en el derecho foral navarro”, en *Príncipe de Viana*, nº 12, 1943.

-*Temas de Derecho Foral Navarro*, Dip. Foral de Navarra, Pamplona, 1958.

-*Derecho civil de Navarra*, Aranzadi-Gómez, Pamplona, 1971-1977.

-*Estudios de Historia del Derecho foral de Navarra*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1978.

-*Elementos de derecho civil de Navarra*, Dip. Foral de Navarra, Pamplona, 1979.

-*Manual de Derecho civil de Navarra*, Aranzadi, Pamplona, 1980.

- Navarros universales. Sancho el Fuerte, Carranza, Azpilcueta y Javier, Arbolancho*, Gob. de Navarra, Pamplona, 1991.
- Artículos y conferencias (1977-1992)*, Gráficas Ona, Pamplona, 1993.
- Sallaberry, Jean P., *La Baja Navarra*, TCP, Dip. Foral de Navarra, Pamplona.
- Sánchez-Albornoz, Claudio, *Orígenes y destino de Navarra. Trayectoria histórica de Vasconia. Otros escritos*, Planeta, Madrid, 1984.
- Sánchez Aranda, José J., *Navarra en 1900. Los comienzos del Diario*, Ediciones y Libros, Pamplona, 1983.
- Sánchez-Prieto, Juan M<sup>a</sup>, *El Imaginario Vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo, 1833-1876*, EIUNSA, Barcelona, 1993.
- Sánchez González, Miguel, “Arqueología del saber y verdad histórica en la obra de Michel Foucault”, en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, nº 8, 1991.
- Sánchez Silva, Manuel, *Crítica de los fueros de las Provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya*, Imp. de El Clamor público, Madrid, 1864.
- Santamaría, Juan, “Derecho civil de Navarra”, en *Príncipe de Viana*, nº 62, 1956.
- Sanz y Baeza, Florencio, *Memoria sobre el territorio que la España ha perdido en los Pirineos, por la parte de Navarra y demostración de los derechos españoles a los terrenos que usurpan los franceses*, Imp. de Matute, Madrid, 1850.
- Para la historia de la Primera Guerra Carlista*, Memorias manuscritas, depositadas en la Biblioteca general de Navarra.
- Estadística de Navarra*, Imp. de F. Erasun y Rada, Pamplona, 1858.
- Sanz y Díaz, José, *Navarra y sus reyes*, Publicaciones españolas, Madrid, 1955.
- Sanz Escartín, Eduardo, *De la autoridad política en la sociedad contemporánea*, Imp. Hijos de J. A. García, Madrid, 1894.
- Federico Nietzsche y el anarquismo intelectual*, Imp. Hijo de J. A. García, Madrid, 1898.
- Saperas, Miguel de, *Carlos de Viana. Tragedia en cinco actos*, Ed. Leyre, Pamplona 1943.

- Sarasa, Eusebio, *Historia de la Biblioteca Olave*, Imp. y Librería de J. García, Pamplona, 1945.
- Sarasa, Hilario, *Roncesvalles. Reseña histórica de su real casa y Descripción de su contorno*, Imp. Provincial a cargo de V. Cantera, Pamplona, 1878.
- Saussure, Ferdinand de, *Curso de lingüística general*, Alianza, Madrid, 1983.
- Schulten, Adolf, ‘Las referencias sobre los Vascones hasta el año 810 después de J. C.’, en *RIEV*, tomo XVIII, 1927.
- Sellier, André y Sellier, Jean, *Atlas des peuples d'Europe centrale*, La Découverte, Paris, 1991.
- Seminario, Francisco, ‘Otra opinión’, en *D. N.*, 23-I-1921.
- Sharp, Rachel, *Conocimiento, ideología y política educativa*, Akal, Madrid, 1988.
- Sierra Urzais, Francisco J., ‘La conquista de Navarra: Estudio bibliográfico desde el siglo XVI al XX’, en J. Jimeno Jurío et al., *475 Aniversario de la Conquista de Navarra*.
- Silver, Philip W., ‘La invención de la Reconquista’, en *Bitarte*, nº 3, 1995.
- Ruina y restitución: reinterpretación del romanticismo en España*, Cátedra, Madrid, 1996.
- Simmel, Georg, ‘Las ruinas’ en *Revista de Occidente*, nº 76, 1986.
- Sinnigen, Jack, *Narrativa e Ideología*, Nuestra Cultura, Madrid, 1982.
- SKOL VREIZH, *La Bretagne au XIXe siècle 1789-1914*, Imprimerie Commerciale, Rennes, 1989.
- Smith, Anthony D., *Las teorías del nacionalismo*, Península, Barcelona, 1976.
- Solana, Marcial, *Tradicionalismo igual a navarrismo*, Gráficas Vasconia, Pamplona, 1934.
- Sorbet, Alejo, *Carlomagno, Roldán y Sancho el Fuerte en Roncesvalles*, Imp. La Acción Social, Pamplona, 1956.
- Suárez Fernández, Luis, *Fernando el Católico y Navarra. El proceso de incorporación del reino a la Corona de España*, Rialp, Madrid, 1985.

- Susaeta, Raimundo, *Firmino de Pompaelo. Hagiografía novelada*, Ed. Gómez, Pamplona, 1942.
- [Testaut, Candido], “Arako”, *Dialogando*, ed. Leyre, Pamplona, 1947.
- The Encyclopedia of Language and Linguistics*, Pergamon Press, Oxford, 1994.
- Thompson, John B., *Studies in the Theory of Ideology*, Polity Press, Cambridge, 1984.
- “Tiburcio de Okabio”. Ver Baleztana, Ignacio de.
- Tieghem, Paul V., *Compendio de Historia literaria de Europa desde el Renacimiento*, Espasa-Calpe, Madrid, 1932.
- Todorov, Tzvetan ed., *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Signos, Buenos Aires, 1970.
- Théories du Symbole*, Seuil, Paris, 1977.
- Crítica de la crítica*, Monte Ávila, Caracas, 1984.
- Toni, Teodoro, *La lección de Navarra*, Imp. Aldecoa, Burgos, 1938. 2ª ed.
- Torrealdai, Joan M., *Euskal Idazleak, Gaur*, Jakin, Oñati, 1977.
- “Nafarroako euskal-idazleak”, en *Jakin*, nº 6, 1978.
- El Libro Negro del Euskera*, Tarttalo, Donostia, 1998.
- Torrente Ballester, Gonzalo, *Panorama de la literatura española contemporánea*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1961.
- Torres, Leopoldo, “La iglesia de la hospedería de Roncesvalles”, en *Príncipe de Viana*, nº 20, 1945.
- Tovar, Antonio, *La lengua vasca*, Biblioteca vascongada de los amigos del País, San Sebastián, 1950.
- El euskera y sus parientes*, Minotauro, Madrid, 1959.
- Mitología e ideología sobre la lengua vasca. Historia de los estudios sobre ella*, Alianza, Madrid, 1980.
- Tudela, Santos de, *La Frivolidad. Una raza gloriosa en peligro de muerte*, Imp. Larrad, Tudela, 1934.

Tuñón de Lara, Manuel, *Medio siglo de Cultura Española (1885-1936)*, Tecnos, Madrid, 1973. 3 ed.

-*La España del siglo XX*, Laia, Barcelona, 1974. Tres volúmenes.

Ubieto, Antonio, ‘Las fronteras de Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 50-51, 1953.

-‘Estudios en torno a la división del Reino por Sancho el Mayor de Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 78-81, 1960.

-‘La derrota de Carlomagno y la ‘Chanson de Roland’’, en *Hispania*, vol. 23, 1963.

Urabayen, Félix, *Bajo los robles navarros*, Espasa Calpe, Madrid, 1965.

Urabayen, Leoncio, *Oroz-Betelu. Monografía geográfica*, Real Sociedad Geográfica, Madrid, 1916.

-*Una interpretación de las comunicaciones en Navarra*, Imp. de la Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián, 1927.

-*Geografía Humana de Navarra*, tomo I, Aramburu, Pamplona, 1929. Tomo II, Espasa-Calpe, Madrid, 1932.

-*Geografía de Navarra*, Imp. de García Enciso, Pamplona, 1931.

-‘Jaurrieta’, en *Estudios Geográficos*, publicación del C. S. I. C. , nº 32, 1947.

-*Biografía de Pamplona. La vida de una ciudad reflejada en su solar y en sus piedras. Sus problemas urbanísticos*, Ed. Gómez, Pamplona, 1952.

Uranga, Pedro, ‘En favor del vascuence’, en *Euskal-Erria. Revista Bascongada*, tomo XXXVI, 1897.

-‘Una mirada al pasado’. En *D. N.*, 18-VII-1920. Suplemento al II Congreso de *Eusko Ikaskuntza*.

Uranga, José Esteban, ‘Vestigios del culto al toro en Sos’, en *B. C. M. H. A. N.*, 1926.

-‘Una carta del Sr. Uranga’, en *D. N.*, 5-VIII-1931.

-‘Las restauraciones monumentales en Navarra’, en *Pregón*, nº 63, 1960.

- Uranga Santesteban, José Javier, [“Ollarra”], “El paisaje impresionante de la Bardena”, en *Pregón*, nº 24, 1950.
- “Notas del viaje a Javier”, en *Pregón*, nº 31, 1952.
- “La población de la Navarrería de Pamplona en 1350”, en *Príncipe de Viana*, nº 46-47, 1952.
- “Climas para el crimen”, en *D. N.*, 10-X-1976.
- “El PNV y la derecha”, en *D. N.*, 9-IV-1980.
- “Euzcadi y los vascos”, en *D. N.*, 10-IV-1980.
- [Úriz y Labayru], *Aviso pastoral que el Excmo. E Illmo. Sr. Obispo de Pamplona dirige al clero y pueblo de su diócesis con motivo de la propaganda anti-católica de nuestros días*, Imp. de Erasun, Pamplona, 1865.
- Urkina, J. de. Ver Ariztimuño, José de.
- Urmeneta, Blanca, *Navarra ante el vascuence. Actitudes y actuaciones (1876-1919)*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1996.
- Urmeneta, Miguel Javier, “Prólogo” en J. M. Corella, *Historia de la Literatura navarra*.
- Urmeneta, Umbelino de, “Navarra Forestal”, en Gurrea ed., *Navarra*, 1934.
- Urry, John, “How societies remember the past”, en *Sociological Review Monographs. Theorizing Museums*, Oxford, 1996.
- Urquijo, Julio de, *Estado actual de los estudios relativos a la lengua vasca. Discurso pronunciado en el Congreso de Oñate el 3 de septiembre de 1918*, Imp. y Lib. de Eléxpuru Hermanos, Bilbao, 1918.
- Urroz, Eugenio de, “Historia religiosa”, en *Primer Congreso de Estudios Vascos*, Bilbaína de Artes Gráficas, Bilbao, 1919.
- Urzainqui, Tomás, *Francisco Salinas Quijada*, Eusko Ikaskuntza, Donostia, 1997.
- Valbuena, Ángel, *Historia de la Literatura Española*, G. Gili, Barcelona, 1982.
- Valiente, Valeriano, *Una gloria extinguida o el Monasterio de Leire*, Imp. Provincial, Pamplona, 1881.

- Valverde, Emilio, *Guía de las Provincias Vascongadas y Navarra*, Imp. de F. Cao y D. de Val, Madrid, 1886.
- Vera e Idoate, P., *Navarra y las Cruzadas*, Aramburu, Pamplona, 1931.
- Vázquez de Prada, Valentín, “Conquista e incorporación de Navarra a Castilla”, en VV. AA., *Cuestiones de historia moderna y contemporánea de Navarra*.
- Vernois, Paul, *Le roman rustique de George Sand à Ramuz*, Nizet, Paris, 1962.
- Victor Iván. Ver Juaristi, Victoriano.
- Villanueva, coord., *Curso de Teoría de la literatura*, Taurus, Madrid, 1994.
- Villaverde, María José, *Rousseau y el pensamiento de las luces*, Tecnos, Madrid, 1987.
- Violet-le-Duc, Eugène-Emmanuel, *Encyclopédie médiévale*, Normandie Roto Impression, 1993.
- Vicens Vives, Jaime, “Trayectoria Mediterránea del Príncipe de Viana”, en *Príncipe de Viana*, nº 40-41.
- Weber, Alfred, *Sociología de la historia y de la cultura*, Galatea, Buenos Aires, 1951.
- White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, F. C. E., México D. F., 1992.
- El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Barcelona, 1992.
- Wright Mills, C., *La imaginación sociológica*, F. C. E., México, 1961.
- Yaben, Hilario, *Los contratos matrimoniales en Navarra y su influencia en la estabilidad de la familia*, Est. Tip. de J. Ratés, Madrid, 1916.
- “In sistiendo”, en *D. N.*, 6-VIII-1931.
- “El Estatuto y el momento actual”, en *D. N.*, 10-VI-1932.
- “Observaciones sobre el Estatuto”, en *D. N.*, 17-VI-1932.
- Yanguas y Miranda, José, *Resumen Histórico del Reino de Navarra*, Mintzoa, Iruña, 1986.

-“Prólogo” a Luis Correa, *Historia de la conquista del Reino de Navarra por el duque de Alba, general del ejército del rey Fernando el Católico, en el años de 1512.*

Zabalo, Francisco J., *Sancho VII el Fuerte*, T. C. P., Diputación Foral de Navarra, Pamplona.

Zalba, José, *Desconocimiento de la nacionalidad étnica de Euzkadi y sus consecuencias*, Imp. Argañiz, Pamplona, 1914.

-“La persona y el domicilio inviolables, ¿son una conquista del derecho moderno?”, en *Euskalerraren Alde*, tomo XIV, 1924.

-“Páginas de la Historia Literaria de Navarra”, en *Euskalerraren Alde*, tomo XIV, 1924.

-“Sancho el Fuerte, Inocencio II y España”, en *Euskalerraren Alde*, tomo XV, 1925.

-“Amayur”, en *Amayur*, 23-V-1931.

-“El doctor Juan de Huarte y el Examen de Ingenios”, en *Cultura Navarra*, nº4, 1933.

Zapatero, Félix, “Juan II de Navarra. El ocaso de un reino”, en *Euskalerraren Alde*, tomo XVIII, 1928.

-*Luis de Añezkar*, Imp. de J. García, Pamplona, 1937.

Zavala, Iris M., *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, Anaya, Salamanca, 1971.

Zéraffa, Michel, *Novela y sociedad*, Amorrortu, Buenos Aires.

Zolberg, A., y Sherman, C., “Worthy monuments: Art museums and the politics of culture in nineteenth century France”, en *Theory and Society*, vol 21, 1992.

Zubeldía, Néstor, *Los estatutos en el actual momento crítico de Navarra*, Imp. de la acción social, Pamplona, 1931.

Zulaika, Joseba, *Violencia vasca. Metáfora y sacramento*, Nerea, Madrid, 1990.